

Shirley

Por

Charlotte Brontë

***Free*editorial** 

CAPÍTULO I

LEVÍTICO

En los últimos tiempos ha caído una copiosa lluvia de coadjutores sobre el norte de Inglaterra; se posan en abundancia sobre las colinas; todas las parroquias disponen de uno o más de ellos; son lo bastante jóvenes para mostrarse muy activos y deberían hacer mucho bien. Pero no es de estos últimos años de lo que vamos a hablar aquí. Regresaremos al inicio de este siglo: los últimos años, los años presentes, son polvorientos, cálidos, abrasados por el sol, áridos; eludiremos el mediodía, lo olvidaremos durante la siesta, pasaremos por él dormidos, y soñaremos con el alba.

Si crees, por este prelude, lector, que se prepara algo parecido a una novela romántica, no habrás estado jamás tan equivocado. ¿Esperas sentimientos y poesía y ensoñación? ¿Esperas pasión y estímulo y melodrama? Modera tus expectativas, límitalas a algo más modesto. Tienes ante ti algo real, frío y sólido; algo carente de romanticismo como el lunes por la mañana, cuando todos los que tienen trabajo se despiertan con la conciencia de que deben levantarse y encaminarse a donde deben realizarlo. No se niega tajantemente que vayas a probar la excitación, quizá hacia la mitad y el final de la comida, pero está decidido que el primer plato colocado sobre la mesa será el que podría comer un católico —sí, incluso un católico inglés— en Viernes Santo: serán lentejas frías y vinagre sin aceite; será pan ácimo con hierbas amargas, y no habrá cordero asado.

En los últimos tiempos, digo, ha caído una copiosa lluvia de coadjutores sobre el norte de Inglaterra, pero en 1811 o 1812 esta abundante lluvia no se había producido aún; los coadjutores eran escasos entonces, no había ayuda pastoral, ni Sociedad de Coadjutores Adicionales para echar una mano a los viejos y agotados párrocos y beneficiados y darles lo suficiente para pagar a un joven y vigoroso colega de Oxford o Cambridge. Los sucesores actuales de los apóstoles, discípulos del doctor Pusey y herramientas de la Propaganda, se criaban entonces bajo las mantas de una cuna, o experimentaban la regeneración de un bautismo en las palanganas de los cuartos infantiles. Imposible de adivinar, mirando a cualquiera de ellos, que los dobles volantes almidonados de sus gorros de tul enmarcaban el rostro de un sucesor predeterminado y especialmente santificado de san Pablo, san Pedro o san Juan; imposible igualmente prever en los pliegues de sus largos camiones la blanca sobrepelliz que vestirían más adelante para hostigar cruelmente las almas de sus feligreses, y singularmente para asombrar a su anticuado párroco haciendo ondear en un púlpito la vestimenta semejante a una camisa que antes

no había ondeado más allá de un atril.

Sin embargo, incluso en aquellos tiempos de escasez había coadjutores; la preciosa planta era rara, pero podía encontrarse. Cierta distrito favorecido del West Riding de Yorkshire podía alardear de que habían florecido tres bastones de Aarón en un radio de treinta kilómetros. Disponte a verlos, lector. Entra en la pulcra casita con jardín de las afueras de Whinbury, avanza hacia la salita: allí están ellos, comiendo. Permíteme que te los presente: el señor Donne, coadjutor de Whinbury; el señor Malone, coadjutor de Briarfield; el señor Sweeting, coadjutor de Nunnely. Aquí se aloja el señor Donne, en lo que es la morada de un tal John Gale, un modesto comerciante de paños. El señor Donne ha tenido la amabilidad de invitar a sus hermanos a comer con él. Tú y yo nos uniremos al grupo, veremos lo que haya que ver y oiremos lo que haya que oír. Por el momento, empero, se limitan a comer, y mientras comen, nosotros haremos un aparte.

Estos caballeros están en la flor de la juventud; poseen toda la energía de esa interesante edad, energía que sus viejos y abatidos párrocos encauzarían de buena gana hacia sus deberes pastorales, pues expresan a menudo el deseo de verla empleada en la diligente supervisión de las escuelas y en las visitas frecuentes a los enfermos de sus parroquias respectivas. Pero a los jóvenes levitas esas tareas les parecen aburridas; prefieren derrochar sus energías en un proceder que, pese a que a otros ojos pueda verse más cargado de aburrimiento y más afligido por la monotonía que el extenuante trabajo de un tejedor en su telar, a ellos parece proporcionarles una fuente inagotable de diversión y actividad.

Me refiero a las continuas idas y venidas entre sus respectivos alojamientos: no una ronda, sino un triángulo de visitas, que mantienen durante todo el año, en primavera, verano, otoño e invierno. La estación y las condiciones meteorológicas no importan; con incomprensible celo desafían nieve y granizo, lluvia y viento, polvo y lodo, para juntarse a comer, o a beber té, o a cenar. Resultaría difícil decir qué los atrae. No es la amistad, pues siempre que se reúnen acaban peleándose. No es la religión, cosa que jamás nombran entre ellos; de teología puede que hablen de vez en cuando, pero de la piedad... jamás. No es el amor por la comida y la bebida; cualquiera de ellos podría comer un asado y un pudín igual de buenos, un té igual de fuerte y unas tostadas igual de suculentas así en su propio alojamiento como en el de su hermano. La señora Gale, la señora Hogg y la señora Whipp —sus respectivas patrañas— afirman que «no es más que para dar trabajo a la gente». Por «gente», las buenas señoras se refieren, naturalmente, a sí mismas, pues ciertamente este sistema de invasión mutua las tiene en un estado de «excitación» perpetuo.

El señor Donne y sus invitados, como digo, están comiendo. Les sirve la

señora Gale, con una chispa apenas del tórrido fuego de la cocina en los ojos. Considera que el privilegio de invitar a un amigo a comer de vez en cuando sin cargo adicional (privilegio incluido en el alquiler del alojamiento) se ha ejercido más que de sobra últimamente. Nos hallamos tan sólo a jueves esta semana, y el lunes el señor Malone, el coadjutor de Briarfield, vino a desayunar y se quedó a comer; el martes, el señor Malone y el señor Sweeting de Nunnely vinieron a tomar el té, se quedaron a cenar, ocuparon la cama sobrante, y la honraron con su compañía durante el desayuno el miércoles por la mañana; ahora, jueves, están allí los dos, cenando, y ella está casi segura de que se quedarán a pasar la noche. «C'en est trop», diría, si supiera hablar francés.

El señor Sweeting está desmenuzando la tajada de rosbif que tiene en el plato, quejándose de que está muy duro; el señor Donne dice que la cerveza es insípida. ¡Sí!, eso es lo peor de todo; si al menos fueran corteses, a la señora Gale no le importaría tanto; si al menos se mostraran satisfechos con lo que les sirven, a ella no le importaría, pero «estos sacerdotes jóvenes son tan altaneros y despreciativos que ponen a todo el mundo por debajo de ellos»; la tratan con nula cortesía no sólo porque no tiene criada, sino porque es ella en persona la que se encarga de todas las tareas domésticas, como su madre hizo antes que ella; «además, siempre están hablando mal de Yorkshire y de la gente de Yorkshire», y a causa de este mismo indicio, la señora Gale no cree que ninguno de ellos sea un auténtico caballero ni que proceda de una buena familia. «Los viejos párrocos valen más que todo ese montón de universitarios, saben lo que son las buenas maneras y son amables con ricos y pobres por igual».

—¡Más pan! —exclama el señor Malone en un tono de voz que, aun no habiendo pronunciado más de dos sílabas, lo delata de inmediato como nativo de la tierra de los tréboles y las patatas. La señora Gale detesta al señor Malone más que a los otros dos, pero también le tiene miedo, pues es un sacerdote alto y fornido, con auténticas piernas y brazos irlandeses y un rostro igualmente genuino; no es el rostro milesio, no es del estilo de Daniel O'Connell, sino del tipo que tiene las acentuadas facciones de un indio norteamericano, habitual en cierta clase de irlandeses de buena familia, y tiene un aire pétreo y orgulloso, más adecuado para un señor con esclavos que para el terrateniente de un campesinado libre. El padre del señor Malone se llamaba a sí mismo caballero: era pobre y estaba endeudado, y era un bruto arrogante; su hijo era como él.

La señora Gale le tendió el pan.

—Corte el pan, mujer —dijo su huésped, y la «mujer» lo cortó. De haber seguido sus inclinaciones, también habría cortado al coadjutor; su alma de Yorkshire se rebelaba contra su forma de dar órdenes.

Los coadjutores tenían buen apetito y, aunque el buey estaba «duro», dieron buena cuenta de él. Engulleron también una cantidad apreciable de la «cerveza insípida» mientras desaparecían, como las hojas devoradas por las langostas, un pudín de Yorkshire y dos fuentes de verdura. También el queso recibió distinguida muestra de su atención, y el «pastel especiado», que siguió a modo de postre, desapareció como por ensalmo y nunca más se supo de él. Su elegía la entonó en la cocina Abraham, el hijo y heredero de la señora Gale, un niño de seis veranos; había contado con su regreso y, cuando su madre llegó con el plato vacío, alzó la voz y lloró amargamente.

Los coadjutores, mientras tanto, seguían sentados bebiendo vino: un caldo de una cosecha sin pretensiones, que disfrutaron moderadamente. El señor Malone, de hecho, hubiera preferido con mucho beber whisky, pero el señor Donne, que era inglés, no disponía de tal licor. Mientras bebían, discutían, no de política, ni de filosofía, ni de literatura —estos temas carecían totalmente, entonces como siempre, de interés para ellos—, ni siquiera de teología, ni práctica ni doctrinal, sino sobre puntos nimios de la disciplina eclesiástica, frivolidades que parecían vacías como burbujas a todos menos a ellos. El señor Malone, que se las compuso para hacerse con dos vasos de vino, mientras sus hermanos se contentaban con uno, fue alegrándose poco a poco a su modo, es decir, se mostró algo insolente, soltó groserías con tono intimidatorio y rio estruendosamente para celebrar su propio ingenio.

Sus compañeros se convirtieron, por turno, en blanco de sus bromas. Malone disponía para su servicio de una buena retahíla de ellas, que tenía la costumbre de utilizar regularmente en ocasiones festivas como la presente, variando raras veces sus ocurrencias, lo cual no era en realidad necesario, puesto que no parecía considerarse jamás aburrido y no le importaba lo más mínimo lo que opinaran los demás. Al señor Donne le obsequió con indirectas sobre su extrema delgadez, alusiones a su nariz respingona, sarcasmos hirientes sobre cierta levita raída de color chocolate que dicho caballero solía lucir siempre que llovía o parecía probable que lloviera, y críticas sobre una serie escogida de frases en cockney londinense y formas de pronunciación, propias del señor Donne, que ciertamente merecían destacarse por la elegancia y refinamiento que conferían a su estilo.

Del señor Sweeting se burló por su estatura —era un hombre bajo, con una complexión de adolescente, comparado con el atlético Malone—; se rio de sus dotes musicales —tocaba la flauta y cantaba himnos como un querubín (así opinaban algunas de las señoras de su parroquia)—; le llamó «perrito faldero» con desprecio; se mofó de su mamá y sus hermanas, por las que el pobre señor Sweeting sentía aún cierta estima, y sobre las que era lo bastante tonto para hacer algún que otro comentario en presencia de aquel Paddy del clero, en cuya anatomía se habían omitido por alguna razón las entrañas donde residen

los afectos naturales.

Cada una de las víctimas recibió esos ataques a su manera: el señor Donne, con una pomposa suficiencia y una flema algo taciturna, único sostén de su dignidad, por lo demás maltrecha; el señor Sweeting, con la indiferencia de un carácter despreocupado y afable, que jamás pretendía poseer una dignidad que hubiera de mantener.

Cuando las burlas de Malone se volvieron demasiado ofensivas, lo que no tardó mucho en ocurrir, ambos aunaron sus esfuerzos para volver las tornas, preguntándole cuántos mozalbetes le habían gritado al pasar «¡Peter irlandés!» (el nombre de pila de Malone era Peter, el reverendo Peter Augustus Malone); quisieron que les informara de si era moda en Irlanda que los clérigos llevaran pistolas cargadas en el bolsillo y un garrote en la mano cuando hacían visitas pastorales; inquirieron el significado de palabras como vele, firrum, hellumo storrum (así pronunciaba Malone invariablemente vela, firme, timón y tormenta); y emplearon para desquitarse cuantos métodos les sugirió el innato refinamiento de su intelecto.

Esto, claro está, no sirvió de nada. Malone, que no tenía buen carácter ni era flemático, fue presa de un violento ataque de ira. Vociferó, gesticuló; Donne y Sweeting se rieron. Él los insultó llamándolos sajones y esnobs con el tono más alto de su aguda voz gaélica; ellos le echaron en cara haber nacido en una tierra conquistada. Él amenazó con rebelarse en nombre de su counthry y dio rienda suelta a su amargo odio al dominio inglés; ellos hablaron de andrajos, mendicidad y pestilencia. La salita se había convertido en un campo de batalla; hubiérase dicho que ante tantos y tan virulentos insultos, el duelo era inminente; parecía increíble que el señor y la señora Gale no se alarmaran por semejante alboroto y enviaran a buscar a un alguacil para que reinstaurara el orden. Pero estaban acostumbrados a tales manifestaciones; sabían muy bien que los coadjutores jamás comían ni tomaban el té sin un pequeño ejercicio de aquel género, y no temían en absoluto las consecuencias, sabiendo como sabían que aquellas disputas clericales eran tan inofensivas como ruidosas, que quedaban en agua de borrajas y que, cualesquiera que fueran las condiciones en que se despidieran los coadjutores por la noche, a la mañana siguiente volverían a ser con toda seguridad los mejores amigos del mundo.

Mientras la respetable pareja permanecía sentada frente al fuego del hogar en la cocina, escuchando el sonoro y repetido contacto del puño de Malone con la superficie de caoba de la mesa de la salita y los consiguientes golpes y tintineos de licoreras y vasos tras cada asalto, la risa burlona de los contendientes ingleses aliados y el tartamudeo de las protestas del aislado hibernés; mientras estaban así sentados, oyeron pasos en los peldaños de la puerta principal y la aldaba se estremeció con un fuerte golpe.

El señor Gale se dirigió a la puerta y la abrió.

—¿A quién tienen ustedes arriba, en la salita? —preguntó una voz, una voz peculiar, de tono nasal y pronunciación entrecortada.

—¡Oh!, señor Helstone, ¿es usted, señor? Apenas lo distingo en la oscuridad; ahora anochece tan pronto. ¿No quiere usted entrar, señor?

—Primero quiero saber si merece la pena entrar. ¿A quién tiene arriba?

—A los coadjutores, señor.

—¡Qué! ¿A todos?

—Sí, señor.

—¿Comiendo aquí?

—Sí, señor.

—Está bien.

Con estas palabras, entró una persona: un hombre de mediana edad vestido de negro. Atravesó la cocina directamente hacia la otra puerta, la abrió, inclinó la cabeza y se quedó a la escucha. Desde luego había qué escuchar, pues arriba el ruido era justamente entonces más fuerte que nunca.

—¡Eh! —exclamó para sí; luego, volviéndose hacia el señor Gale, añadió —: ¿Tienen ustedes que soportar este jaleo a menudo?

El señor Gale había sido mayordomo y se mostraba indulgente con el clero.

—Son jóvenes, ¿comprende, señor?, son jóvenes —dijo con tono de desaprobación.

—¡Jóvenes! Una buena vara es lo que necesitan. ¡Malos!, ¡malos! Si fuera usted un evangelista disidente en lugar de ser un hombre de la Iglesia como Dios manda, harían lo mismo: se pondrían en evidencia; pero yo...

A modo de conclusión de la frase, traspasó la puerta, la cerró tras él y subió la escalera. Una vez más se detuvo a escuchar unos minutos cuando llegó a la habitación de arriba. Entró sin avisar y se halló frente a los coadjutores.

Y éstos callaron; se quedaron paralizados, igual que el intruso. Él —un personaje corto de estatura, pero de porte erguido y con cabeza, ojos y pico de halcón sobre los anchos hombros, coronado todo ello por un Roboam, o sombrero de teja, que no consideró necesario alzar o quitarse en presencia de los que ante sí tenía— se cruzó de brazos y examinó a sus amigos —si tal eran — con toda tranquilidad.

—¡Cómo! —empezó, articulando las palabras con una voz que ya no era

nasal sino grave, más que grave: una voz deliberadamente hueca y cavernosa —. ¡Cómo! ¿Se ha renovado el milagro de Pentecostés? ¿Han vuelto a descender las lenguas que se dividen? ¿Dónde están? Su sonido llenaba la casa entera hace apenas unos instantes. He oído las diecisiete lenguas en todo su esplendor: partos, medos y elamitas, los moradores de Mesopotamia, de Judea y de Capadocia, de Ponto y de Asia, los de Frigia, de Panfilia y de Egipto, los de la Libia, colindante con Cirene, y los que han venido de Roma, tanto judíos como prosélitos, los cretenses y los árabes; todos ellos debían de estar representados en esta habitación hace dos minutos.

—Le ruego que me perdone, señor Helstone —empezó diciendo el señor Donne—. Tome asiento, por favor, señor. ¿Quiere un vaso de vino?

Sus cortesías no recibieron respuesta; el halcón de la levita negra prosiguió:

—¿Qué digo yo del don de lenguas? ¡Menudo don! He equivocado el capítulo, el libro y el testamento: el Evangelio por la Ley, Hechos por el Génesis y la ciudad de Jerusalén por la llanura de Shinar. No era el don sino la confusión de las lenguas lo que se parloteaba y me ha dejado sordo como una tapia. ¿Apóstoles, ustedes? ¡Cómo!, ¿ustedes tres? Desde luego que no. Tres engreídos albañiles de Babel es lo que son, ¡ni más ni menos!

—Le aseguro, señor, que nos limitábamos a charlar bebiendo un vaso de vino después de una amigable comida, poniendo a los disidentes en su sitio.

—¡Oh! ¿Así que poniendo a los disidentes en su sitio? ¿Ponía Malone a los disidentes en su sitio? A mí me ha parecido más bien que ponía en su sitio a sus compañeros apóstoles. Se estaban peleando, haciendo casi tanto ruido, ustedes tres solos, como Moses Barraclough, el sastre predicador, y todos los que le escuchan allá abajo, en la capilla metodista, donde se hallan en el fragor de una asamblea evangelista. Yo sé quién tiene la culpa; la culpa es suya, Malone.

—¿Mía, señor?

—Suya, señor. Donne y Sweeting estaban tranquilos antes de que usted llegara, y tranquilos estarían si se marchara usted. Ojalá hubiera dejado atrás sus costumbres irlandesas cuando cruzó el canal. Los hábitos de un estudiante de Dublín no son apropiados aquí; las maneras que tal vez pasen desapercibidas en un pantano salvaje o en una zona montañosa de Connaught, harán recaer la deshonra en quienes las adopten en una parroquia inglesa decente y, peor aún, en la sagrada institución de la que son únicamente unos humildes apéndices.

Había cierta dignidad en la forma en que el menudo y anciano caballero reprendía a aquellos jóvenes, aunque no era, quizá, la dignidad más apropiada

para la ocasión. El señor Helstone —más tieso que una vela—, con el rostro afilado de un milano y pese a su sombrero clerical, su levita negra y sus polainas, tenía más el aire de un veterano oficial reprendiendo a sus subalternos que el de un sacerdote venerable exhortando a sus hijos en la fe. La bondad evangélica, la benevolencia apostólica no parecían haber extendido su influencia sobre aquel afilado semblante moreno, pero la firmeza había fijado las facciones y la sagacidad había esculpido sus arrugas en torno a ellas.

—Me he encontrado con Supplehough —prosiguió—, que caminaba a marchas forzadas por el barro en esta noche lluviosa para ir a predicar a la iglesia rival de Milldean. Como les decía, he oído a Barraclough bramando en su conciliábulo de disidentes como un toro poseso; y a ustedes, caballeros, los encuentro perdiendo el tiempo con media pinta de oportu turbio y riñendo como viejas arpías. No es de extrañar que Supplehough haya sumergido en el agua a dieciséis adultos convertidos a su fe en un solo día, como ocurrió hace una quincena; no es de extrañar que Barraclough, que no es más que un pícaro y un hipócrita, atraiga a todas las tejedoras, con sus flores y sus cintas, para ser testigos de que sus nudillos son más fuertes que el borde de madera de su púlpito; como tampoco es de extrañar que demasiado a menudo, dejados de la mano, sin el respaldo de sus rectores, Hall y Boulton y yo mismo, celebren ustedes el oficio divino para las paredes desnudas de nuestra iglesia, y lean su pequeño y árido sermón para el sacristán, el organista y el bedel. Pero, basta ya de este asunto; he venido a ver a Malone; tengo un encargo para ti, ¡oh, capitán!

—¿Cuál? —inquirió Malone, descontento—, no puede haber ningún funeral a esta hora del día.

—¿Lleva usted armas encima?

—¿Armas, señor? Sí, y piernas —dijo, y enseñó los fuertes miembros.

—¡Bah! Me refiero a armas de fuego.

—Llevo las pistolas que me dio usted mismo; nunca me separo de ellas, las dejo amartilladas en una silla junto a mi cama por la noche. Llevo mi garrote.

—Muy bien. ¿Querrá ir a la fábrica de Hollow?

—¿Qué ocurre en la fábrica de Hollow?

—Todavía nada, ni ocurrirá quizá, pero Moore está solo allí, pues ha enviado a Stilbro a todos los obreros en los que puede confiar; únicamente han quedado con él dos mujeres. Sería una buena oportunidad para que alguno de sus amigos le hiciera una visita, sabiendo que tiene el camino despejado.

—No soy uno de sus amigos, señor; me trae sin cuidado.

—¡Vaya! Malone, tiene usted miedo.

—Ya sabe usted que no. Si realmente creyera que existe la posibilidad de que haya jaleo, iría, pero Moore es un hombre extraño y receloso al que nunca he conseguido entender, y no daría un solo paso por disfrutar de su compañía.

—Pero es que la posibilidad de que haya jaleo existe; aunque no se produzca un auténtico motín, de lo que ciertamente no veo señales, es improbable que la noche transcurra sin incidentes. Ya sabe usted que Moore ha decidido adquirir la nueva maquinaria y espera que esta noche lleguen de Stilbro dos carros cargados con telares y máquinas tundidoras. Scott, el capataz, y unos cuantos hombres escogidos han ido a buscarlos.

—Los traerán con toda seguridad y tranquilidad, señor.

—Eso dice Moore, y afirma que no necesita a nadie; sin embargo, alguien tendrá que ir, aunque sólo sea como testigo por si ocurriera algo. A mí me parece muy imprudente. Moore está en la oficina de contabilidad con las persianas abiertas; va por ahí de noche, se pasea por la hondonada, bajando por el camino de Fieldhead, entre las plantaciones, como si fuera estimado en la vecindad, o, dado que lo detestan, como si fuera el «favorito de la fortuna», como dicen en los cuentos. No le ha servido de lección el destino de Pearson ni el de Armitage, muertos a tiros, uno en su propia casa y el otro en el páramo.

—Pero debería servirle de lección, señor, y también hacerle tomar precauciones —intervino el señor Sweeting—, y creo que las habría tomado si hubiera oído lo mismo que yo oí el otro día.

—¿Qué oyó usted, Davy?

—¿Conoce usted a Mike Hartley, señor?

—¿El tejedor antinomista?

—Después de varias semanas seguidas sin parar de beber, Mike suele acabar visitando la vicaría de Nunnely para decirle al señor Hall lo que opina sobre sus sermones, denuncia la horrible tendencia de su doctrina sobre las obras, y le advierte de que tanto él como los que le escuchan se hallan sumidos en las tinieblas.

—Bueno, eso no tiene nada que ver con Moore.

—Además de ser antinomista, es un jacobino radical.

—Lo sé. Cuando está muy borracho, no hace más que darle vueltas a la idea del regicidio. Mike no está familiarizado con la historia y es muy gracioso oírle repasar la lista de tiranos de los que, como dice él, «la venganza de la sangre ha obtenido satisfacción». El hombre siente un extraño regocijo ante el asesinato de testas coronadas, o cualquier otra cabeza que acabe rodando por motivos políticos. Ya he oído insinuar que parece tener una extraña fijación

con Moore; ¿es a eso a lo que se refiere, Sweeting?

—Ha utilizado usted la palabra precisa, señor. El señor Hall cree que Mike no siente un odio personal hacia Moore; Mike afirma incluso que le gusta hablar con él e irle detrás, pero tiene la fijación de que con Moore debería darse un ejemplo. El otro día lo ensalzaba ante el señor Hall como el industrial con más cerebro de Yorkshire, y por esa razón afirma que Moore debería ser elegido como víctima del sacrificio, como ofrenda de dulce sabor. ¿Cree usted que Mike Hartley está en su sano juicio, señor? —inquirió Sweeting con sencillez.

—No lo sé, Davy; puede que esté loco o puede que sólo sea astuto, o quizá un poco de ambas cosas.

—Afirma haber visto visiones, señor.

—¡Sí! Es todo un Ezequiel o un Daniel de las visiones. El viernes pasado por la noche vino cuando estaba a punto de acostarme para contarme una visión que le había sido revelada en Nunnely Park aquella misma tarde.

—Diga, señor, ¿qué era? —pidió Sweeting.

—Davy, tiene usted un enorme órgano del asombro en el cráneo. Malone, en cambio, no tiene ninguno; ni los asesinatos ni las visiones le interesan. Veán, en este momento parece un Saf inexpresivo.

—¿Saf? ¿Quién era Saf, señor?

—Imaginaba que no lo sabrían; pueden buscarlo: es un personaje bíblico. No sé nada más de él que su nombre y su raza, pero desde que era sólo un muchacho le he atribuido siempre una personalidad determinada. Pueden estar seguros de que era honrado, corpulento e infortunado; halló su fin en Gob a manos de Sobocay.

—Pero ¿y la visión, señor?

—Davy, tú la oirás. Donne se muerde las uñas y Malone bosteza, de modo que sólo a ti te la contaré. Mike no tiene trabajo, como muchos otros, desgraciadamente. El señor Grame, el administrador de sir Philip Nunnely, le dio un empleo en el priorato. Según contó Mike, estaba ocupado levantando una cerca a última hora de la tarde, antes de que anocheciera, cuando oyó a lo lejos lo que le pareció una banda: bugles, pífanos y el sonido de una trompeta; procedía del bosque y le extrañó oír música allí. Alzó la vista: entre los árboles vio objetos que se movían, rojos como amapolas o blancos como flores del espino; el bosque estaba lleno de aquellos objetos, que salieron y ocuparon el parque. Vio entonces que eran soldados, miles y miles de ellos, pero no hacían más ruido que un enjambre de moscas enanas en una noche estival. Se colocaron en formación, afirmó, y marcharon, un regimiento tras otro, por el

parque; él los siguió hasta Nunnely Common; la música seguía sonando suave y distante. Al llegar al ejido, vio que ejecutaban una serie de ejercicios; un hombre vestido de escarlata los dirigía desde el centro; según dijo, se desplegaron a lo largo de más de cincuenta acres. Estuvieron a la vista durante media hora, luego se marcharon en completo silencio; durante todo ese tiempo, no oyó voz alguna ni ruido de pasos, nada salvo la suave música de una marcha militar.

—¿Hacia dónde fueron, señor?

—Hacia Briarfield. Mike los siguió; al parecer pasaban por Fieldhead cuando una columna de humo, como la que podría vomitar todo un parque de artillería, se extendió silenciosa sobre los campos, el camino y el ejido, y llegó, dijo él, azul y tenue, hasta sus mismos pies. Cuando se dispersó, buscó a los soldados, pero se habían desvanecido; no los vio más. Mike, que es un sabio Daniel, no sólo me describió la visión, sino que le dio la interpretación siguiente: significa, anunció, que habrá derramamiento de sangre y conflicto civil.

—¿Le da usted crédito, señor? —preguntó Sweeting.

—¿Y usted, Davy? Pero, a ver, Malone, ¿por qué no se ha ido ya?

—Estoy sorprendido, señor, de que no se quedara con Moore usted en persona; a usted le gustan ese tipo de cosas.

—Eso debería haber hecho, de no haber sido porque, desgraciadamente, había invitado a Boulty a cenar conmigo después de la asamblea de la Sociedad Bíblica de Nunnely. Prometí enviarlo a usted en mi lugar, cosa, por cierto, que no me agradeció; habría preferido tenerme a mí, Peter. Si realmente fuera necesaria mi ayuda, iría a reunirme con ustedes; el silbato de la fábrica me daría el aviso. Mientras tanto, vaya usted, a menos —se volvió de repente hacia los señores Sweeting y Donne—, a menos que prefieran ir Davy Sweeting o Joseph Donne. ¿Qué dicen ustedes, caballeros? Se trata de una misión honorable, no exenta del aderezo de un poco de peligro real, pues el país se halla en estado de agitación, como todos saben, y Moore y su fábrica y su maquinaria son bastante odiados. Bajo esos chalecos suyos hay sentimientos caballerescos, hay un coraje que palpita con fuerza, no lo dudo. Quizá me muestre demasiado parcial hacia mi favorito, Peter; el pequeño David será el campeón, o el intachable Joseph. Malone, no es usted más que un Saúl grande y torpe, al fin y al cabo, bueno únicamente para prestar su armadura. Saque las pistolas, coja su garrote; está ahí, en el rincón.

Malone sacó sus pistolas con una sonrisa significativa, y se las ofreció a sus hermanos, que no se apresuraron a cogerlas: con cortés modestia, ambos caballeros retrocedieron un paso ante las armas que les ofrecían.

—Jamás las he tocado; jamás he tocado nada parecido —dijo el señor Donne.

—Prácticamente soy un desconocido para el señor Moore —musitó Sweeting.

—Si jamás ha tocado una pistola, pruebe a tocarla ahora, gran sátrapa de Egipto. En cuanto al pequeño juglar, seguramente prefiere enfrentarse con los filisteos sin más armas que su flauta. Vaya a por sus sombreros, Peter; irán los dos.

—No, señor. No, señor Helstone, a mi madre no le gustaría —dijo Sweeting, implorante.

—Y yo tengo por norma no mezclarme nunca en asuntos de índole semejante —señaló Donne.

Helstone sonrió sarcásticamente. Malone soltó una risotada; volvió a guardarse entonces las pistolas, cogió sombrero y garrote y, afirmando que jamás se había sentido más entonado para una pelea en toda su vida, y que esperaba que una veintena de aprestadores asaltaran el domicilio de Moore esa noche, se fue, bajando la escalera en un par de zancadas. Toda la casa tembló cuando cerró de golpe la puerta principal.

CAPÍTULO II

LOS CARROS

Era noche cerrada: grises nubes tormentosas apagaban estrellas y luna; grises habrían sido de día, de noche parecían negras. Malone no era un hombre dado a la atenta observación de la Naturaleza, cuyos cambios le pasaban, en su mayor parte, desapercibidos; podía caminar durante kilómetros en un día de abril de lo más variable y no ver en ningún momento el hermoso jugueteo entre la tierra y los cielos, no percibir jamás cuándo un rayo de sol besaba las cimas de las colinas, arrancándoles una clara sonrisa bajo la verde luz, ni cuándo las barría la lluvia, ocultando sus crestas entre la suelta y desordenada cabellera de una nube. Así pues, no se molestó en comparar el cielo tal como aparecía entonces —una bóveda embozada y chorreante, toda negra salvo hacia el este, donde los hornos de las fundiciones de Stilbro arrojaban un resplandor lívido y trémulo en el horizonte— con ese mismo cielo de una noche de helada y sin nubes. No se molestó en preguntarse adonde habían ido planetas y constelaciones, ni en lamentarse por la serenidad «negroazulada» del aire-océano tachonado de esas blancas isletas bajo el que otro océano, de un elemento más denso y pesado, se ondulaba y ocultaba. Se limitó a seguir su

camino obstinadamente, inclinándose un poco mientras caminaba y llevando el sombrero en la coronilla, lo cual constituía uno de sus hábitos irlandeses. Avanzaba con dificultad por la carretera empedrada, donde el camino se envanecía del privilegio de tal comodidad; caminaba chapoteando por las roderas llenas de barro, donde el empedrado era sustituido por un lodo blanduzco. No buscaba más que ciertos puntos de referencia: la aguja de la iglesia de Briarfield; más adelante, las luces de Redhouse. Se trataba de una posada y, cuando llegó a ella, el resplandor del fuego a través de una ventana con la cortina a medio correr y la visión de vasos sobre una mesa redonda y de unos juerguistas en un banco de roble estuvo a punto de apartar al coadjutor de su camino. Pensó con afán en un vaso de whisky con agua; en otro lugar habría hecho realidad ese sueño inmediatamente, pero el grupo reunido en aquella cocina estaba formado por feligreses del señor Helstone; todos le conocían. Suspiró y pasó de largo.

Debía abandonar la carretera en aquel punto, puesto que la distancia que le quedaba por recorrer hasta la fábrica de Hollow podía reducirse considerablemente atajando campo a través. Los campos eran llanos y monótonos; Malone siguió una ruta que los atravesaba directamente, saltando setos y muros. No pasó más que por un edificio, que parecía grande y tenía aires de casa solariega, aunque irregular: podía verse un alto gablete, luego un denso montón de elevadas chimeneas; detrás había unos cuantos árboles. Estaba a oscuras, ni una sola bujía brillaba en las ventanas; estaba sumida en un completo silencio: la lluvia que discurría por los canalones y el silbido del viento, violento pero bajo, alrededor de las chimeneas y entre las ramas eran lo único que se oía en torno a la casa.

Pasado este edificio, los campos, llanos hasta entonces, descendían en rápida pendiente; era evidente que acababan en un valle, por el que se oía correr el agua. Una luz brillaba al final de la pendiente: hacia aquel faro se desvió Malone.

Llegó a una casita blanca —se veía que era blanca incluso en medio de aquella densa oscuridad— y llamó a la puerta. La abrió una criada de tez rubicunda; la bujía que llevaba iluminó un estrecho pasillo que terminaba en una escalera angosta. Dos puertas tapizadas de bayeta de color carmesí y la alfombra carmesí que cubría la escalera contrastaban con las paredes de color claro y el suelo blanco; daban al pequeño interior un aspecto limpio y fresco.

—El señor Moore está, supongo.

—Sí, señor, pero no en la casa.

—¡No está en la casa! ¿Dónde está entonces?

—En la fábrica, en la oficina de contabilidad.

En aquel momento se abrió una de las puertas de color carmesí.

—¿Han llegado los carros, Sarah? —preguntó una voz femenina, y al mismo tiempo apareció una cabeza de mujer. Puede que no fuera la cabeza de una diosa (de hecho, los papeles de rizar envueltos que llevaba en ambas sienes impedían completamente hacer tal suposición), pero tampoco era la cabeza de una Gorgona. Sin embargo, Malone pareció verla bajo esta última forma. Con toda su corpulencia, retrocedió tímidamente bajo la lluvia ante aquella visión y, diciendo: «Voy a buscarlo», recorrió presuroso un corto camino, visiblemente turbado, y atravesó un oscuro patio en dirección a una enorme fábrica negra.

La jornada laboral había concluido; la «mano de obra» se había marchado ya; la maquinaria se hallaba en reposo; la fábrica estaba cerrada. Malone rodeó el edificio; en algún lugar de su gran pared lateral ennegrecida halló otro resquicio de luz; llamó a otra puerta, utilizando para tal fin el grueso extremo de su garrote, con el que dio una vigorosa sucesión de golpes. Una llave giró; la puerta se abrió.

—¿Eres Joe Scott? ¿Qué noticias hay de los carros, Joe?

—No... soy yo. Me envía el señor Helstone.

—¡Oh! Señor Malone. —La voz sonó con otra levísima cadencia de decepción al pronunciar ese nombre. Tras unos instantes de pausa, continuó, cortésmente, pero con cierta formalidad—: Pase, señor Malone, se lo ruego. Lamento extraordinariamente que el señor Helstone haya creído necesario molestarle enviándole tan lejos; no había necesidad alguna. Se lo he dicho, y en una noche como ésta... pero entre.

Malone siguió al que hablaba por una oscura estancia, donde nada se distinguía, hasta una habitación interior clara e iluminada; muy clara e iluminada parecía en verdad a los ojos que durante una hora se habían esforzado por penetrar la doble oscuridad de la noche y la niebla; pero, excepto por su excelente fuego y un quinqué encendido de elegante diseño y brillante cerámica vidriada que había sobre una mesa, era un lugar realmente sencillo. No había alfombras en el suelo entarimado; las tres o cuatro sillas de respaldo alto pintadas de verde parecían haber amueblado en otro tiempo la cocina de alguna granja; una mesa de fuerte y sólida estructura, la mesa antes mencionada, y unas cuantas hojas enmarcadas en las paredes de color pétreo que representaban planos de edificación y ajardinamiento, diseños de maquinaria, etcétera, completaban el mobiliario de la pieza.

Pese a su sencillez, el aposento pareció satisfacer a Malone, quien, una vez se despojó y colgó su levita y su sombrero mojados, acercó a la chimenea una de las sillas de aspecto reumático y se sentó con las rodillas casi pegadas a las

barras de la rejilla roja.

—Un lugar muy acogedor tiene usted aquí, señor Moore, perfecto para usted.

—Sí, pero mi hermana se alegraría de verle, si prefiere usted entrar en la casa.

—¡Oh, no! Las señoras están mejor solas. Nunca he sido un hombre que andara entre mujeres. ¿No me confundirá usted con mi amigo Sweeting, señor Moore?

—¡Sweeting! ¿Cuál de ellos es? ¿El caballero de la levita de color chocolate o el caballero menudo?

—El menudo, el de Nunnely. El caballero andante de las señoritas Sykes, de las que él está enamorado, de las seis a la vez, ¡ja!, ¡ja!

—En su caso, mejor que esté enamorado de todas en general que de una en particular, creo yo.

—Pero es que está enamorado de una en particular, pues cuando Donne y yo le instamos a que eligiera una entre el grupo de mujeres, nombró... ¿a quién cree usted?

—A Dora, por supuesto, o a Harriet —respondió el señor Moore con una sonrisa extraña y tranquila.

—¡Ja!, ¡ja!, es usted un excelente adivino, pero ¿qué le ha hecho pensar en esas dos?

—Que son las más altas y las más hermosas, y Dora, al menos, es la más corpulenta y, teniendo en cuenta que el señor Sweeting es bajo y de complexión menuda, he deducido que, según una regla frecuente en estos casos, prefirió su contrario.

—Está usted en lo cierto; es Dora. Pero no tiene posibilidades, ¿verdad, Moore?

—¿De qué dispone el señor Sweeting aparte de su coadjutoría?

La pregunta pareció divertir a Malone extraordinariamente; se carcajeó durante tres minutos enteros antes de responderla.

—¿De qué dispone Sweeting? Pues de su arpa, o de su flauta, que viene a ser lo mismo. Tiene una especie de reloj de imitación; ídem con un anillo; ídem con un monóculo; eso es todo.

—¿Cómo se propondría pagar siquiera lo que la señorita Sykes gasta en vestidos?

—¡Ja!, ¡ja! ¡Excelente! Se lo preguntaré la próxima vez que lo vea. Me mofaré de su presunción. Pero sin duda espera que el viejo Christopher Sykes se muestre generoso. Es rico, ¿no? Viven en una gran casa.

—Sykes tiene numerosos intereses.

—Por lo tanto debe de ser rico, ¿eh?

—Por lo tanto debe de tener muchas cosas en las que emplear su dinero, y en estos tiempos es tan probable que piense en retirar dinero de sus negocios para dotar a sus hijas como que yo sueño con tirar mi casa para construir sobre sus ruinas una mansión tan grande como Fieldhead.

—¿Sabe qué oí el otro día, Moore?

—No, quizá que estaba a punto de efectuar ese cambio. Sus chismosos de Briarfield son capaces de decir eso y tonterías mayores.

—Que iba a alquilar usted Fieldhead. A propósito, me ha parecido un lugar deprimente cuando he pasado por delante de él esta noche. Y que su intención es instalar allí a una de las señoritas Sykes como dueña y señora; que se casa, en resumidas cuentas, ¡ja!, ¡ja! Bueno, ¿cuál es? Dora, estoy seguro; ha dicho usted que era la más hermosa.

—¡Me pregunto cuántas veces se habrá dado por sentado que iba a casarme desde que llegué a Briarfield! Me han emparejado por turnos con todas las solteras casaderas de las cercanías. Fueron las dos señoritas Wynn, primero la morena y luego la rubia. Fue la pelirroja señorita Armitage, luego la madura Ann Pearson; ahora echa usted sobre mis hombros a toda la tribu de señoritas Sykes. En qué se basan tales rumores, sólo Dios lo sabe. Yo no visito a nadie; busco la compañía femenina más o menos con la misma asiduidad que usted, señor Malone. Si alguna vez voy a Whinbury, es sólo para ver a Sykes o a Pearson en sus oficinas, donde nuestras conversaciones giran sobre temas distintos al matrimonio y nuestros pensamientos están ocupados en cosas bien diferentes de cortejos, noviazgos y dotes: la tela que no podemos vender, los obreros que no podemos emplear, las fábricas que no podemos dirigir, el adverso curso de los acontecimientos que por lo general no podemos alterar; creo que estos asuntos llenan por el momento nuestros corazones, con la casi completa exclusión de invenciones tales como el galanteo, etcétera.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, Moore. Si hay una idea que odie más que ninguna otra es la del matrimonio. Me refiero al matrimonio en el sentido vulgar y blando de la palabra, como una mera cuestión de sentimientos: dos estúpidos miserables que acuerdan unir su indigencia por un fantástico vínculo sentimental. ¡Bobadas! Pero una relación ventajosa como la que puede formarse en consonancia con dignidad de puntos de vista y continuidad de intereses sólidos no está tan mal, ¿eh?

—No —respondió Moore con aire ausente. El tema no parecía interesarle y no siguió con él. Tras seguir un rato mirando el fuego con aire pesaroso, volvió de repente la cabeza—. ¡Escuche! —dijo—, ¿no ha oído unas ruedas?

Se levantó, se acercó a la ventana, la abrió y aguzó el oído. Pronto volvió a cerrarla.

—Sólo es el sonido del viento, que se ha levantado —comentó—, y el arroyo que baja un poco crecido hacia el valle. Esperaba que los carros llegaran a las seis; ahora son casi las nueve.

—Hablando en serio, ¿cree que instalando esa nueva maquinaria correrá usted peligro? —preguntó Malone—. Eso es lo que piensa Helstone, al parecer.

—Ojalá las máquinas, los telares, ya estuvieran aquí, a salvo y guardados en el interior de la fábrica. Una vez instalados, desafío a los que intenten romperlos; que se atrevan a venir y carguen con las consecuencias: mi fábrica es mi castillo.

—Esos canallas sinvergüenzas son despreciables —señaló Malone, en una profunda vena reflexiva—. Casi me gustaría que esta noche apareciera por aquí un grupo, pero el camino estaba extremadamente tranquilo cuando he pasado yo; no he visto moverse ni una sombra.

—¿Ha pasado por la Redhouse?

—Sí.

—No habría visto nada por allá; es de Stilbro de donde viene el peligro.

—¿Y cree usted que existe ese peligro?

—Lo que esos individuos han hecho a otros podrían hacérmelo a mí. Sólo hay una diferencia: la mayoría de los industriales parecen quedarse paralizados cuando los atacan. Sykes, por ejemplo, cuando prendieron fuego a su fábrica de apresto, cuando arrancaron la tela de sus bastidores y dejaron los jirones en pleno campo, no dio ningún paso para descubrir o castigar a los muy bellacos; se rindió con la misma docilidad de un conejo en las fauces de un hurón. Pues bien, por mi parte yo defenderé mi negocio, mi fábrica y mi maquinaria.

—Helstone dice que esos tres son sus dioses, que las Reales Ordenes son para usted otra manera de nombrar los siete pecados capitales, que Castlereagh es su Anticristo y los partidarios de la guerra sus legiones.

—Sí, aborrezco todas esas cosas porque me arruinan, se interponen en mi camino; no puedo seguir adelante. No puedo llevar a la práctica mis planes por su culpa; a cada momento me veo obstaculizado por sus efectos adversos.

—Pero usted es rico y emprendedor, Moore.

—Soy muy rico en telas que no puedo vender; debería usted entrar en mi almacén y observar que está lleno de piezas hasta los topes. Roakes y Pearson se hallan en la misma situación; antes su mercado era América, pero las Reales Ordenes han acabado con eso.

Malone no parecía dispuesto a enzarzarse en una conversación de ese tipo; empezó a juntar los talones de sus botas y a bostezar.

—Y pensar además —continuó el señor Moore, que parecía demasiado enfascado en la corriente de sus pensamientos para advertir los síntomas de ennuí de su invitado—, ¡pensar que esas ridículas chismosas de Whinbury y Briarfield seguirán importunándome para que me case! Como si no hubiera nada más que hacer en la vida que «fijarse», como dicen ellas, en una señorita, y luego pasar por la vicaría con ella, y luego iniciar un viaje de bodas, y luego hacer toda una ronda de visitas, y luego, supongo, «tener familia». Oh, que le diable emporte...! —Interrumpió la expresión del deseo al que iba a lanzarse con cierta energía, y añadió, con más calma—: Creo que las mujeres hablan y piensan sólo en esas cosas, y naturalmente, imaginan que los pensamientos de los hombres están ocupados de forma similar.

—Por supuesto, por supuesto —asintió Malone—, pero no se preocupe por ellas. —Y soltó un silbido, miró a un lado y a otro con impaciencia y pareció sentir una gran necesidad de algo. Esta vez Moore se percató y, al parecer, comprendió sus manifestaciones.

—Señor Malone —dijo—, necesitará tomar algo después de su húmeda caminata; he olvidado las normas de la hospitalidad.

—En absoluto —replicó Malone, pero su expresión daba a entender que por fin había dado en el clavo. Moore se levantó y abrió un armario.

—Me gusta —dijo— disponer de todas las comodidades a mi alcance y no depender de las féminas de la casa para cada bocado que doy y cada gota que bebo. A menudo paso la velada y ceno aquí solo, y duermo con Joe Scott en la fábrica. Algunas veces hago de vigilante; no necesito dormir mucho y me agrada pasear con mi mosquete durante un par de horas por el valle en una buena noche. Señor Malone, ¿sabe usted cocinar una chuleta de cordero?

—Póngame a prueba; lo hice cientos de veces en la universidad.

—Pues tengo una fuente llena y una parrilla. Hay que darles la vuelta rápidamente; ¿conoce usted el secreto para que queden jugosas?

—No tema... ya verá. Deme un tenedor y un cuchillo, por favor.

El coadjutor se remangó las mangas de la levita y se aplicó con brío a la tarea de cocinar. El industrial colocó sobre la mesa platos, una barra de pan, una botella negra y dos vasos. Luego sacó un pequeño hervidor de cobre —

también del bien provisto escondrijo, su armario—, lo llenó con agua de una gran jarra de piedra que había en un rincón, lo depositó en el fuego junto a la siseante parrilla, sacó limones, azúcar y un pequeño recipiente de ponche de porcelana; pero cuando preparaba el ponche, un golpe en la puerta desvió su atención.

—¿Eres tú, Sarah?

—Sí, señor. ¿Querría usted venir a cenar, por favor, señor?

—No, esta noche no iré, dormiré en la fábrica. Conque cierra las puertas y dile a tu señora que se acueste. —Volvió a la mesa.

—Tiene usted la casa bien organizada —comentó Malone con aprobación mientras, con el bello rostro enrojecido como las ascuas sobre las que se inclinaba, daba vueltas con regularidad a las chuletas de cordero—. No se deja gobernar por las faldas, como el pobre Sweeting; un hombre... ¡fiuuu!, ¡cómo chisporrotea la grasa!, me ha quemado la mano, un hombre destinado a que le manden las mujeres. Pero usted y yo, Moore... aquí tengo una buena chuleta bien jugosa y muy hecha para usted. Usted y yo no tendremos yeguas en los establos cuando nos casemos.

—No sé, nunca pienso en eso. Si la yegua es hermosa y dócil, ¿por qué no?

—Las chuletas están hechas, ¿está preparado el ponche?

—Ahí tiene un vaso lleno, pruébelo. Lo compartiremos con Joe Scott y sus compañeros cuando vuelvan, siempre que traigan los telares intactos.

Durante la cena, Malone experimentó una creciente euforia: se rio estrepitosamente de cualquier nadería; hizo chistes malos y se aplaudió a sí mismo; y, en resumidas cuentas, se volvió absurdamente ruidoso. Su anfitrión, por el contrario, siguió tan tranquilo como antes. Es hora ya, lector, de que tengas alguna idea sobre el aspecto de ese anfitrión; debo esforzarme en describirlo mientras está sentado a la mesa.

Se trata de lo que seguramente a primera vista calificaríamos como un hombre extraño, pues es delgado, moreno y de tez cetrina, con una apariencia de extranjero muy acusada, con cabellos oscuros que caen al descuido sobre la frente: al parecer no dedica mucho tiempo a su aseo personal, pues de lo contrario se lo peinaría con mejor gusto. Parece no darse cuenta de que tiene bellas facciones, de una simetría meridional, con claridad y regularidad en su cincelado; tampoco un observador se percata de ese atributo hasta haberlo examinado bien, pues su semblante inquieto y un perfil del rostro hundido, casi macilento, perturba la idea de belleza con otra de preocupación. Sus ojos son grandes y graves y grises; su expresión es atenta y reflexiva, más penetrante que suave, más pensativa que cordial. Cuando entreabre los labios

en una sonrisa, su fisonomía es agradable, no porque sea franca o alegre, ni siquiera entonces, sino porque se nota la influencia de cierto encanto sosegado que sugiere, sea verdad o ilusión, una naturaleza considerada, quizá incluso bondadosa, y unos sentimientos que pueden ser duraderos: paciencia, indulgencia, posiblemente fidelidad. Aún es joven; no sobrepasa los treinta; es alto de estatura y de figura esbelta. Su forma de hablar desagrada: tiene un acento extranjero que, pese a su estudiada indiferencia por la pronunciación y la dicción, rechina a los oídos británicos, sobre todo si son de Yorkshire.

El señor Moore en realidad no es más que medio britano, y a duras penas. Sus antepasados eran extranjeros por parte de madre y él mismo había nacido, y crecido en parte, en suelo extranjero. De naturaleza híbrida, es probable que tuviera sentimientos ambivalentes sobre muchos aspectos: el patriotismo, por ejemplo; es posible que fuera incapaz de sentir apego por partidos políticos y sectas, o incluso por climas y costumbres; no es imposible que tuviera tendencia a aislar su persona individual de cualquier comunidad en la que su suerte pudiera empeorar temporalmente, ni que creyese que lo más sensato era defender los intereses de Robert Gérard Moore, sin incluir una consideración filantrópica por los intereses generales, de los que consideraba al mencionado Gérard Moore desligado en gran medida. El comercio era la vocación heredada del señor Moore: dos siglos habían visto generaciones de Gérards mercaderes, pero las incertidumbres, las contingencias del negocio se habían abatido sobre ellos; especulaciones desastrosas habían debilitado paulatinamente los cimientos de su crédito; la casa había resistido sobre su tambaleante base durante una docena de años y, por fin, con la conmoción de la Revolución francesa, se había precipitado su ruina total. En su caída había arrastrado a la firma inglesa Moore, de Yorkshire, muy vinculada a la casa de Amberes, y uno de cuyos socios, Robert Moore, residente en esta ciudad, se había casado con Hortense Gérard con la perspectiva de que la novia heredara la participación de su padre, Constantine Gérard, en el negocio. No heredó, como hemos dicho, más que su parte de las acciones en la firma, y de estas acciones, aunque debidamente anuladas por un acuerdo con los acreedores, se decía que su hijo Robert las había aceptado, a su vez, como herencia, y que aspiraba a rehabilitarlas algún día y a reconstruir la firma hundida de Gérard y Moore a una escala cuando menos igual a su antigua grandeza. Se suponía incluso que se tomaba muy a pecho las circunstancias pasadas y, si una infancia junto a una madre melancólica, bajo el presagio de un mal próximo, y una juventud destrozada y empapada por la cruel llegada de la tormenta podían dejar una dolorosa huella en el espíritu, seguramente ni infancia ni juventud estaban impresas en el suyo en letras de oro.

Si bien su gran empeño era la perspectiva de la restauración, no tenía facultad para emplear grandes medios a fin de conseguirlo; se veía obligado a contentarse con las pequeñas cosas cotidianas. Al llegar a Yorkshire, él —

cuyos antepasados habían sido dueños de tinglados en varios puertos marítimos y de fábricas en varias localidades del interior, y habían disfrutado de casa en la ciudad y de casa en el campo— no vio más solución ante sí que alquilar una fábrica textil en un rincón remoto de una zona remota, ocupar una casita contigua como residencia y, para aumentar sus posesiones, como pasto para su caballo y espacio para sus bastidores de tela, unos cuantos acres del terreno empinado y desigual que bordeaba la hondonada por la que discurría impetuosa el agua que pasaba por su saetín. Todo ello lo tenía pagando un alquiler bastante alto (pues aquellos tiempos de guerra eran duros y todo era caro) a los administradores de la finca de Fieldhead, que era entonces propiedad de un menor.

En la época en que esta historia comienza, Robert Moore no llevaba viviendo más de dos años en la zona, periodo durante el cual había demostrado al menos que poseía el atributo de la vitalidad. La sucia casita se había convertido en una residencia pulcra y de buen gusto. Una parte del terreno agreste la había convertido en huertos, que cultivaba con precisión y esmero singulares, propios de un flamenco. En cuanto a la fábrica, que era un viejo edificio equipado con maquinaria vieja, que estaba anticuada y había perdido toda su utilidad, Moore había expresado desde un principio un fuerte desprecio por su equipamiento y sus estructuras: su propósito había consistido en llevar a cabo una reforma radical, que había ejecutado con la mayor rapidez que permitía su limitadísimo capital, y la estrechez de ese capital, con el freno consiguiente en sus avances, era un obstáculo que mortificaba grandemente su ánimo. Moore quería avanzar sin parar; «adelante» era la divisa grabada en su alma; pero la pobreza lo refrenaba: algunas veces (figurativamente) echaba espumarajos por la boca cuando las riendas tiraban demasiado.

Con este estado de ánimo, no era de esperar que se lo pensara dos veces antes de decidir si su progreso era o no perjudicial para los demás. No siendo natural de la tierra, ni habiendo residido en los contornos más que un corto tiempo, no le importó demasiado cuando los nuevos inventos dejaron sin empleo a los trabajadores: jamás se preguntó dónde encontraban el pan de cada día los que ya no cobraban el salario semanal que él les pagaba, y su negligencia no era diferente de la de otros miles a quienes los pobres que se morían de hambre en Yorkshire parecían tener más derecho a reclamar.

El período del que escribo fue una época oscura en la historia británica, y sobre todo en la historia de las provincias del norte. La guerra estaba entonces en todo su apogeo. Toda Europa se hallaba inmersa en ella. Inglaterra, si no harta, estaba agotada por la larga resistencia. Sí, y la mitad de su pueblo estaba harta también, y reclamaba la paz a cualquier precio. El honor nacional se había convertido en un mero nombre hueco, que carecía de valor a los ojos de muchos, porque su visión estaba nublada por el hambre, y por un pedazo de

carne habrían vendido sus derechos de nacimiento.

Las «Reales Órdenes», consecuencia de los decretos de Napoleón de Milán y Berlín, que prohibían a las potencias neutrales el comercio con Francia, habían ofendido a América, cerrando así el principal mercado para el comercio de la lana de Yorkshire, y conduciéndolo al borde de la ruina. Otros mercados extranjeros de menor importancia estaban saturados y no aceptaban más: Brasil, Portugal, Sicilia tenían existencias para casi dos años de consumo. En medio de esta crisis, ciertos ingenios recién inventados empezaban a introducirse en las principales fábricas del norte, lo cual, con la drástica reducción de la mano de obra necesaria, dejó a miles de obreros sin trabajo y sin medios legítimos de ganarse el sustento. Sobrevino una mala cosecha. La angustia alcanzó su punto culminante. La resistencia, más que acicateada, tendió la mano de la fraternidad a la sedición. Bajo las colinas de los condados del norte se notaba el doloroso palpitar de las ansias de una especie de terremoto moral. Pero, como suele suceder en estos casos, nadie le prestó demasiada atención. Cuando se producían disturbios por el hambre en una localidad industrial, cuando una fábrica gigantesca ardía hasta los cimientos, o asaltaban la casa de un industrial, arrojaban sus muebles a la calle y obligaban a la familia a huir para salvar la vida, el magistrado de la zona tomaba o no algunas medidas de tipo local; se descubría a un cabecilla, o bien, con mayor frecuencia, conseguía éste eludir ser descubierto; se escribían unos cuantos párrafos en el periódico sobre el tema y allí se acababa todo. En cuanto a los que sufrían, cuya única herencia era el trabajo y que habían perdido tal herencia —pues no conseguían encontrar empleo y, en consecuencia, no cobraban salario alguno y, en consecuencia, no podían comer—, los dejaban que siguieran sufriendo, quizá porque era inevitable: no serviría de nada detener el progreso de la inventiva, ni dañar la ciencia desalentando sus mejoras; no podía ponerse fin a la guerra; no se podían recaudar fondos de socorro; no había, pues, socorro posible, de modo que los desempleados sobrellevaban su destino, comían y bebían el pan y el agua de la aflicción.

La miseria genera odio; aquellos que sufrían odiaban las máquinas que, según creían, les habían arrebatado el pan; odiaban los edificios que contenían esas máquinas; odiaban a los industriales a los que pertenecían esos edificios. En la parroquia de Briarfield, de la que estamos tratando ahora, la fábrica de Hollow era considerada el lugar más aborrecible; Gérard Moore, en su doble papel de medio extranjero y perfecto progresista, era el hombre más aborrecido. Y quizá concordaba más con el temperamento de Moore ser odiado por todos que otra cosa, sobre todo porque creía que lo odiaban por algo que era justo y conveniente. Así pues, con cierta excitación belicosa se hallaba sentado aquella noche en su oficina de contabilidad, esperando la llegada de sus carros cargados de telares. La llegada y la compañía de Malone puede que fueran sumamente inoportunas para él, hubiera preferido esperar

solo, pues le gustaba una soledad silenciosa, sombría y llena de peligro; el mosquete del vigilante habría sido compañía suficiente para él; el arroyo crecido en la cañada le habría ofrecido sin interrupción el discurso más reconfortante para sus oídos.

Con la expresión más extraña del mundo había pasado el industrial unos diez minutos contemplando al coadjutor irlandés, mientras éste daba buena cuenta del ponche, cuando de repente aquellos firmes ojos grises cambiaron, como si otra visión se hubiera interpuesto entre Malone y ellos. Moore alzó una mano.

—¡Chist! —exclamó, al modo francés, cuando Malone hizo un ruido con el vaso. Escuchó un momento, luego se levantó, se puso el sombrero y salió a la puerta de la oficina de contabilidad.

La noche era silenciosa, oscura e inmóvil; el agua seguía discurriendo con ímpetu y abundancia: parecía casi una inundación en medio de aquel completo silencio. El oído de Moore, empero, captó otro sonido —muy distante, pero muy definido— variable, desigual: en resumen, el sonido de unas pesadas ruedas crujendo sobre un camino pedregoso. Volvió a entrar en la oficina de contabilidad y encendió un quinqué con el que atravesó el patio de la fábrica, y procedió a abrir la verja. Los grandes carros se acercaban; se oía el chapoteo de los enormes cascos de los caballos de tiro en el agua y en el fango. Moore saludó.

—¡Eh, Joe Scott! ¿Todo va bien?

Seguramente Joe Scott estaba todavía a demasiada distancia para oír la pregunta; no la respondió.

—¡Que si todo va bien, digo! —volvió a preguntar Moore cuando el hocico cuasi elefantino del caballo guía estuvo a punto de tocarle la nariz.

Alguien saltó del primer carro al suelo; una voz exclamó:

—¡Sí, sí, diablo, todo va bien! Los hemos destrozado.

Y se produjo una estampida. Los carros no se movieron; se habían quedado vacíos.

—¡Joe Scott! —Joe Scott no respondió—. ¡Murgatroyd! ¡Pighills! ¡Sykes! —No hubo respuesta. El señor Moore alzó el quinqué y miró el interior de los vehículos; no había hombres ni maquinaria: estaban vacíos y abandonados.

El señor Moore amaba su maquinaria: había arriesgado lo que le quedaba de su capital en la compra de los telares y las tundidoras que esperaba esa noche; especulaciones importantísimas para sus intereses dependían de los

resultados que se obtuvieran con ellos: ¿dónde estaban?

Las palabras «¡los hemos destrozado!» resonaron en sus oídos. ¿Cómo le afectaba a él la catástrofe? A la luz del quinqué que sostenía, sus facciones eran visibles, y se relajaban en una singular sonrisa: la que se observa en un hombre de espíritu resuelto cuando llega a una coyuntura en su vida en que se pone a prueba la fortaleza de ese espíritu, cuando se ha de ejercer la tensión y ese don debe resistir o romperse. Sin embargo, permaneció en silencio, e incluso inmóvil, pues en aquel instante no sabía qué decir ni qué hacer. Dejó el quinqué en el suelo, se cruzó de brazos y, con la vista baja, reflexionó.

El ruido del impaciente pisoteo de uno de los caballos hizo que alzara la cabeza; en aquel momento sus ojos captaron el tenue brillo de algo blanco sujeto a una parte del arnés. Un examen a la luz del quinqué desveló que se trataba de un papel doblado: una nota. No llevaba dirección por fuera; dentro leyó la siguiente apelación:

Para el Diablo de Hollow's Mili.

No copiaremos el resto de la ortografía, que era muy peculiar, sino que la traduciremos a un inglés legible. Rezaba así:

Su diabólica maquinaria está hecha añicos en el páramo de Stilbro y sus hombres están tirados en una zanja junto al camino, atados de pies y manos. Considérela como un aviso de hombres que se están muriendo de hambre y encontrarán a sus mujeres e hijos muertos de hambre cuando vuelvan a sus casas después de esta acción. Si compra usted nuevas máquinas, o si continúa como hasta ahora, volverá a tener noticias nuestras. ¡Cuidado!

—¿Que volveré a tener noticias vuestras? Sí, volveré a tener noticias vuestras y vosotros tendréis noticias mías. Hablaré con vosotros directamente: en el páramo de Stilbro sabréis de mí en un instante.

Tras meter los carros en el recinto, se encaminó a la casa con prisa. Abrió la puerta, dijo unas cuantas palabras rápidamente, pero en voz baja, a dos mujeres que corrieron para salirle al encuentro en el pasillo. Moore apaciguó la aparente alarma de una de ellas con un breve relato atenuado de lo que había ocurrido. A la otra le dijo:

—Ve a la fábrica, Sarah, aquí tienes la llave, y toca la campana lo más fuerte que puedas. Después ve a buscar otro quinqué y ayúdame a iluminar la fachada.

Regresó junto a los caballos, les quitó los arneses, los alimentó y los metió en los establos con igual celeridad y cuidado, deteniéndose a veces, mientras lo hacía, como para oír la campana de la fábrica. Finalmente la campana sonó con estrépito, irregular, pero fuerte y alarmante: el repiqueteo apresurado y

torpe daba mayor sensación de urgencia que la que hubiera dado una mano firme y experta. En aquella noche serena, a hora tan insólita, se oyó en muchas millas a la redonda: el estruendo sobresaltó a los clientes de la cocina de la Redhouse que, manifestando que «debe de haber algo especial que hacer en la fábrica de Hollow», mandaron traer quinqués y salieron en grupo a toda prisa hacia dicho lugar. Y apenas habían llegado en tropel al patio con sus lámparas resplandecientes cuando se oyó el estrépito de unos caballos y un hombre menudo con sombrero de teja, que cabalgaba muy erguido a lomos de un poni lanudo, entró al trote, seguido por un ayuda de campo que montaba un caballo mayor.

El señor Moore, mientras tanto, después de haber metido sus caballos de tiro en el establo, había ensillado su caballo de silla y, con la ayuda de Sarah, la criada, iluminó su fábrica; la amplia fachada quedó bañada en un gran resplandor, arrojando sobre el patio luz suficiente para evitar toda posibilidad de confusión causada por la oscuridad. Un grave murmullo de voces empezaba ya a hacerse audible. El señor Malone había salido por fin de la oficina de contabilidad, tras haber tomado previamente la precaución de sumergir rostro y cabeza en el aguamanil de piedra, y esta precaución, junto con la súbita alarma, le habían devuelto casi la posesión de aquellos sentidos que el ponche había dispersado parcialmente. Con el sombrero en la coronilla y el garrote aferrado con el puño derecho, respondió al azar a las preguntas del grupo recién llegado de la Redhouse. El señor Moore apareció entonces, e inmediatamente se encontró cara a cara con el sombrero de teja y el poni lanudo.

—Bueno, Moore, ¿qué es lo que quiere de nosotros? Imaginaba que nos necesitaría esta noche, a mí y a este líder de los cosacos —palmeó el cuello de su poni—, y a Tom y a su corcel. Cuando he oído la campana de su fábrica, no he podido estar quieto un momento más, así que he dejado solo a Boulby acabando de cenar; pero ¿dónde está el enemigo? No veo máscaras ni caras tiznadas, ni hay ningún cristal roto en sus ventanas. ¿Le han atacado, o espera que lo hagan?

—¡Oh, en absoluto! Ni ha habido ataque, ni espero que lo haya —respondió Moore fríamente—. He ordenado que tocan la campana sólo porque quiero que dos o tres vecinos se queden aquí, en la hondonada, mientras yo voy al páramo de Stilbro con un par más.

—¡Al páramo de Stilbro! ¿Para qué? ¿Para ir al encuentro de los carros?

—Los carros llegaron hace una hora.

—Entonces ya está. ¿Qué más quiere?

—Han llegado vacíos, y a Joe Scott y compañía los han dejado en el

páramo, junto con los telares. Lea estos garabatos.

El señor Helstone cogió el documento cuyo contenido se ha mencionado antes y lo leyó.

—¡Mmm! Sencillamente le han dado el mismo trato que a los demás. Sin embargo, los pobres tipos de la zanja estarán esperando ayuda con impaciencia; menuda noche para dormir en semejante cama. Tom y yo iremos con usted; Malone puede quedarse aquí y vigilar la fábrica. ¿Qué le pasa? Parece que los ojos se le van a salir de las órbitas.

—Ha comido una chuleta de cordero.

—¡Vaya! Peter Augustus, vigile bien. No coma más chuletas de cordero esta noche. Lo dejamos aquí a cargo de la fábrica: ¡un puesto honorable!

—¿No se quedará nadie conmigo?

—Todos los que quieran de los que están aquí reunidos. Muchachos, ¿cuántos de vosotros os quedaréis aquí, en Hollow, y cuántos haréis un corto trayecto con el señor Moore y conmigo por la carretera de Stilbro para ir a buscar a unos hombres a los que han emboscado y asaltado esos que se dedican a destrozar telares?

Apenas tres se ofrecieron a acompañarlos, el resto prefirió quedarse. Mientras el señor Moore montaba a caballo, el rector le preguntó en voz baja si había guardado las chuletas de cordero bajo llave para que Peter Augustus no pudiera hacerse con ellas. El industrial asintió y el grupo de rescate emprendió la marcha.

CAPÍTULO III

EL SEÑOR YORKE

La alegría, al parecer, es algo que depende tanto del estado de cosas interior como del estado de cosas externo y del que nos rodea. Hago este comentario trillado porque da la casualidad de que sé que los señores Helstone y Moore salieron al trote por la verja del patio de la fábrica, al frente de su escueto grupo, con el mejor de los ánimos. Cuando el haz luminoso de una lámpara (los tres del grupo que marchaban a pie llevaban una cada uno) cayó sobre el rostro del señor Moore, pudo verse una chispa en sus ojos, insólita por lo vivaz, y una nueva animación que encendía su morena fisonomía; y cuando la luz iluminó la faz del rector, se pusieron al descubierto sus duras facciones, sonrientes y radiantes de júbilo. Sin embargo, diríase que una noche de llovizna y una expedición un tanto peligrosa no son las mejores circunstancias

para animar a los que deben exponerse a la lluvia para embarcarse en la aventura. Si algún miembro o miembros del grupo que había actuado en el páramo de Stilbro le hubieran echado el ojo a aquel grupo, habrían sentido un gran placer en disparar a cualquiera de los dos cabecillas desde detrás de un muro, y los cabecillas lo sabían; lo cierto es que, teniendo ambos nervios de acero y corazón tenaz, los regocijaba saberlo.

Soy consciente, lector, y no es necesario que me lo recuerdes, de que es horrible en un párroco ser belicoso; soy consciente de que debería ser un hombre de paz. Tengo una vaga idea de lo que constituye la misión de un clérigo entre sus congéneres, y recuerdo claramente a quién sirve, de quién es el mensaje que transmite, de quién debería seguir el ejemplo; aun así, si eres de los que odian a los párrocos, no esperes que siga todos tus pasos por el lúgubre camino que desciende a la impiedad; no esperes que participe en tus oscuros anatemas, tan estrechos y amplios a la vez, ni en tu rencor ponzoñoso, tan intenso y absurdo, contra «el clero», ni que alce ojos y manos con un Supplehough, o infle los pulmones con un Barraclough, para condenar, horrorizada, al diabólico rector de Briarfield.

No era diabólico en absoluto. Lo malo consistía simplemente en que había equivocado su vocación. Debería haber sido soldado y las circunstancias le habían llevado a ser sacerdote. Por lo demás, era un hombre pequeño, concienzudo, realista, de fuerte temperamento, valiente, severo, implacable y leal: un hombre casi antipático, brusco, rígido, lleno de prejuicios, pero también fiel a sus principios, honorable, sagaz y sincero. Soy de la opinión, lector, de que no siempre se puede cortar a los hombres según el patrón de su profesión, y de que no hay que anatematizarlos porque esa profesión no les sienta como un guante; tampoco yo anatematizaré a Helstone, por muy cosaco clerical que parezca. No obstante, había quien lo anatematizaba, y muchos de ellos se contaban entre sus propios feligreses, igual que otros lo adoraban: destino frecuente de hombres que demuestran parcialidad en la amistad y encono en la enemistad, de quienes se aferran a sus principios y a sus prejuicios por igual.

Teniendo en cuenta que tanto Helstone como Moore se hallaban de un humor excelente y que los unía por el momento una causa común, habría sido de esperar que, mientras cabalgaban uno al lado del otro, conversaran amigablemente. ¡Oh, no! Aquellos dos hombres, ambos de fuerte carácter y naturaleza biliosa, se veían raras veces, pero se irritaban mutuamente. Su manzana de la discordia solía ser la guerra. Helstone era un ultra tory (había tories en aquella época) y Moore era un whig acérrimo, al menos en cuanto a opositor al partido que defendía la guerra, siendo ésta la cuestión que afectaba a sus intereses personales, pues sólo en ella tenía un punto de vista sobre política británica. Gustaba de enfurecer a Helstone manifestando su certeza

acerca de la invencibilidad de Bonaparte, burlándose de Inglaterra y Europa por sus impotentes esfuerzos para derrotarle, y avanzando fríamente la opinión de que sería mejor rendirse a él, cuanto más pronto mejor, puesto que al final tendría que aplastar a todos sus adversarios para reinar sobre ellos.

Helstone no podía soportar tales sentimientos; sólo pensando que Moore era una especie de paria extranjero y que no tenía más que una mitad de sangre británica para atemperar la hiel foránea que corroía sus venas, podía escucharle sin satisfacer su deseo de golpearle con una vara. Otra cosa aliviaba un tanto su repugnancia, a saber, un sentimiento afín al tono obstinado con que el otro expresaba sus opiniones, y un respeto por la solidez de la malhumorada contumacia de Moore.

Cuando el grupo tomó la carretera de Stilbro, se enfrentaron con el poco viento que soplaba; la lluvia les azotó el rostro. Moore, que había enojado ya a su compañero, animado ahora por la brisa fría, e irritado quizá por la fuerte lluvia, empezó a aguijonearle.

—¿Siguen siendo satisfactorias las noticias que le llegan de la península Ibérica? —preguntó.

—¿Qué quiere usted decir? —fue la desabrida respuesta del rector.

—Le pregunto si todavía tiene fe en ese Baal de lord Wellington.

—¿Y qué quiere decir ahora con eso?

—¿Sigue creyendo que ese tipo con cara de palo y corazón de piedra que tiene Inglaterra por ídolo tiene poder para hacer que el fuego de los cielos consuma a los franceses en el altar del sacrificio que quiere usted ofrendar?

—Creo que Wellington arrojará al mar a latigazos a los mariscales de Bonaparte el día que desee levantar el brazo.

—Pero, mi querido señor, no hablará usted en serio. Los mariscales de Bonaparte son grandes hombres que actúan guiados por un espíritu maestro omnipotente. Su Wellington es el más vulgar de los militares ordenancistas, cuyos movimientos, lentos y mecánicos, ha entorpecido aún más un gobierno ignorante.

—Wellington es el alma de Inglaterra. Wellington es el justo campeón de una buena causa, el digno representante de una nación poderosa, resuelta, sensata y honrada.

—Su buena causa, tal como yo la entiendo, es simplemente la restauración de ese rastrero y débil Fernando en un trono que ha deshonrado; su digno representante es un boyero imbécil que actúa en nombre de un campesino imbécil, y contra ellos se alinean la supremacía victoriosa y el genio invencible.

—Contra la legitimidad se alinea la usurpación; contra una resistencia a la invasión, modesta, resuelta, justa y valiente se alinea una ambición de poder jactanciosa, hipócrita, egoísta y traidora. ¡Dios está del lado de la justicia!

—A menudo Dios está del lado de los poderosos.

—¡Qué! Supongo que el puñado de israelitas que llegaron a pie enjuto a la orilla asiática del mar Rojo eran más fuertes que las huestes egipcias que se ahogaron en la orilla africana. ¿Eran más numerosos? ¿Estaban mejor pertrechados? En otras palabras, ¿eran más poderosos?, ¿eh? No conteste, o tendrá que mentir, Moore, lo sabe usted muy bien. No eran más que un grupo de pobres esclavos extenuados. Los tiranos los habían oprimido durante cuatrocientos años; una débil mezcla de mujeres y niños mermaba sus escasas fuerzas; sus amos, que vociferaban a sus soldados para que cruzaran el mar dividido y los siguieran, eran un puñado de etíopes consentidos, tan fuertes y brutales como los leones de Libia, estaban armados, montaban a caballo y en carros; los pobres vagabundos hebreos marchaban a pie, es probable que pocos de ellos empuñaran mejores armas que sus cayados de pastores o sus herramientas de canteros; su propio caudillo, dócil y poderoso, no disponía más que de su vara. Mas, recuerde, Robert Moore, la justicia estaba de su parte, el Dios de las batallas estaba de su parte. La injusticia y el ángel caído mandaban las fuerzas del faraón, ¿y quién triunfó? Lo sabemos muy bien: «De esta suerte libró el Señor en aquel día a Israel de las manos de los egipcios. Y vieron en la orilla del mar los cadáveres de los egipcios», sí, «sepultados quedan en los abismos: hundiéronse como piedras hasta lo profundo». ¡La diestra del Señor demostró su soberana fortaleza; la diestra del Señor hirió al enemigo!

—Tiene usted razón, pero olvida cuál es el auténtico paralelismo: Francia es Israel y Napoleón es Moisés. Europa, con sus viejos imperios ahitos y sus dinastías podridas, es el Egipto corrupto; la galante Francia son las Doce Tribus y su nuevo y vigoroso usurpador es el pastor de Horeb.

—No merece contestación.

Moore, por tanto, se contestó a sí mismo; al menos añadió un comentario más a los que acababa de decir, pero en voz más baja.

—¡Oh, en Italia era tan grande como cualquier Moisés! Era lo que se necesitaba allí; capaz de encabezar y organizar medidas para la regeneración de las naciones. Aún sigue asombrándome que el vencedor de Lodi haya condescendido a convertirse en emperador, un vulgar y estúpido farsante; y más aún que el pueblo, que antes se llamaba a sí mismo republicano, haya vuelto a hundirse en la categoría de meros esclavos. ¡Desprecio a Francia! Si Inglaterra hubiera llegado tan lejos como Francia en la marcha de la civilización, no se habría retirado de manera tan vergonzosa.

—No querrá dar a entender que la embrutecida Francia imperial es peor que la sangrienta Francia republicana —dijo Helstone, acaloradamente.

—No quiero dar a entender nada, pero puedo pensar lo que quiera, ¿comprende, señor Helstone?, tanto de Francia e Inglaterra como de la revolución, los regicidas y las restauraciones en general, y sobre el derecho divino de los reyes, que a menudo defiende usted con fervor en sus sermones, y sobre el deber de la no resistencia y sobre la cordura de la guerra, y...

La frase del señor Moore quedó interrumpida por el sonido de una calesa que se acercaba rápidamente, y porque ésta se detuvo de repente en medio del camino; tanto Moore como el rector estaban demasiado ocupados en su discusión para darse cuenta de que la calesa se acercaba hasta que la tuvieron encima.

—Bueno, señor, ¿han llegado los carros a casa? —preguntó una voz desde el vehículo.

—¿Eres tú, Joe Scott?

—¡Sí, sí! —replicó otra voz, pues la calesa llevaba a dos personas, como se vio a la luz de su farol; los hombres de las lámparas se habían quedado rezagados, o más bien los jinetes del grupo de rescate habían dejado atrás a los que iban a pie.

—Sí, señor Moore, es Joe Scott. Te lo llevaba a casa, y en bonito estado. Lo he encontrado allá, en medio del páramo, a él y a otros tres. ¿Qué me darás por devolvértelo?

—Vaya, creo que las gracias, pues difícilmente hallaría a un hombre mejor y no puedo permitirme perderlo. Por la voz, supongo que es usted, señor Yorke.

—Sí, muchacho, soy yo. Volvía a casa desde el mercado de Stilbro y justo cuando me hallaba en medio del páramo y azuzaba a los caballos para que volaran como el viento (¡porque dicen que éstos no son tiempos seguros, por culpa de un gobierno desastroso!), he oído un quejido. Me he parado; algunos habrían azuzado aún más a los caballos, pero yo no tengo nada que temer, que yo sepa. No creo que haya un solo muchacho en los contornos capaz de hacerme daño, al menos les daría tanto como recibiera si quisieran hacérmelo. He dicho: «¿Ocurre algo malo por ahí?». «Sí, por cierto», contesta alguien, y su voz parecía salir de la tierra. «¿Qué es? Sea rápido y dígamelo», le he ordenado. «Nada más que cuatro personas tiradas en una zanja», ha dicho Joe, como si tal cosa. Yo les he dicho que debería darles vergüenza, que se levantaran y echaran a andar, si no querían probar mi látigo, pues creía que estaban todos bien. «Lo habríamos hecho hace una hora, pero estamos atados con correas», dice Joe. Así que al cabo de un momento me he bajado y he

cortado las correas con mi navaja, y Scott ha querido venir conmigo para contarme todo lo ocurrido, y los otros vienen detrás con todo lo que dan de sí sus piernas.

—Bueno, le estoy sumamente agradecido, señor Yorke.

—¿En serio, muchacho? Sabes que no. Sin embargo, ahí llegan ya los demás. Y aquí, ¡Dios santo!, hay otro grupo con luces en los cántaros, como el ejército de Gedeón, y, como tenemos al párroco entre nosotros, buenas noches, señor Helstone, ya estamos todos.

El señor Helstone devolvió el saludo al individuo de la calesa, muy envarado, ciertamente. El individuo prosiguió:

—Somos once hombres fuertes, y contamos tanto con caballos como con carros. Si tropezáramos con unos cuantos de esos golfos hambrientos que se dedican a destrozarse telares, obtendríamos una gran victoria; todos seríamos un Wellington, eso le complacería, señor Helstone. ¡Y qué párrafos nos dedicarían los periódicos! Briarfield se haría célebre; pero, en mi opinión, deberíamos tener una columna y media en el Stilbro' Courier por este trabajo: no espero menos.

—Y no le prometo menos, señor Yorke, pues yo mismo escribiré el artículo —replicó el rector.

—¡Desde luego! ¡Por supuesto! Y no se olvide de recomendar que se cuelgue a los que han destrozado los telares y han atado las piernas de Joe Scott con correas, y nada de fuero eclesiástico. Merecen la horca, sin duda.

—¡Si los juzgara yo, pronto los despacharía! —exclamó Moore—, pero pienso dejarlos tranquilos por esta vez para darles cuerda suficiente, con la certeza de que al final se ahorcarán ellos mismos.

—¿Dejarlos tranquilos, dices, Moore? ¿Lo prometes?

—¿Prometer? No. Lo que quiero decir es que no me tomaré especiales molestias para atraparlos; pero si tropiezo con alguno de ellos...

—Lo atraparás al vuelo, naturalmente, sólo que preferirías que hicieran algo más grave que limitarse a detener un carro antes de ajustarles las cuentas. Bueno, no diremos nada más al respecto por el momento. Hemos llegado a mi casa, caballeros, y espero que entren ustedes y los hombres; a ninguno le iría mal tomar algo.

Moore y Helstone rechazaron esta sugerencia por innecesaria; sin embargo, les insistieron tan cortésmente, la noche además era tan desapacible, y el resplandor que traspasaba las cortinas de muselina de las ventanas de la casa ante la que se habían detenido parecía tan tentador, que por fin cedieron. Tras apearse el señor Yorke de la calesa, que dejó en manos de un hombre que

a su llegada había salido de una dependencia exterior, los condujo al interior de la casa.

Como se habrá observado, el señor Yorke tenía dos formas de hablar un tanto distintas; ahora hablaba el dialecto de Yorkshire, y al poco se expresaba en el más puro inglés. Sus modales parecían tender a parecidas alternancias; podía ser cortés y afable, y también brusco y desabrido. No era fácil, por tanto, determinar su posición social por su manera de hablar ni por su comportamiento; tal vez se decida por el aspecto de su residencia.

A los hombres, les aconsejó que tomaran el camino de la cocina, afirmando que haría que les sirvieran algo para comer inmediatamente. Los caballeros entraron por la puerta principal. Se encontraron entonces en un vestíbulo alfombrado, con las paredes prácticamente cubiertas de cuadros hasta el techo; atravesándolo, los condujeron a un amplio gabinete con un magnífico fuego en la chimenea; en conjunto daba la impresión de ser una habitación sumamente alegre y, cuando uno se detenía a examinar los detalles, ese efecto que la animaba no disminuía. No denotaba esplendor, pero reinaba el buen gusto — un gusto poco habitual—, diríase que el gusto de un hombre viajero y estudioso, de un caballero. Una serie de paisajes italianos adornaban las paredes, ejemplos todos ellos del verdadero arte; los había elegido un experto, eran auténticos y valiosos. Incluso a la luz de las bujías, los cielos claros y fulgurantes, las suaves distancias y el aire azul titilando entre el ojo y las colinas, los ricos matices y las luces y sombras bien agrupadas, deleitaban la vista.

Todos eran de tema pastoril y reproducían lugares soleados. Había una guitarra y unas partituras sobre un sofá; camafeos, hermosas miniaturas; un juego de vasijas de estilo griego sobre la repisa de la chimenea; libros bien ordenados en dos elegantes estanterías.

El señor Yorke invitó a sus huéspedes a sentarse, luego tiró de la campanilla para pedir vino; al criado que llegó con él le dio hospitalarias órdenes de que se sirviera bien a los hombres de la cocina. El rector permaneció de pie; no parecía gustarle la casa; no quiso probar el vino que su anfitrión le ofrecía.

—Como usted quiera —dijo el señor Yorke—. Supongo que piensa usted en las costumbres orientales, señor Helstone, y no quiere comer ni beber bajo mi techo por miedo a que nos veamos obligados a ser amigos, pero yo no soy tan delicado ni supersticioso. Podría usted beberse todo el contenido de esa licorera y darme una botella del mejor vino de su bodega, y seguiría sintiéndome libre de contradecirle a cada paso, en todas las juntas parroquiales y en todas las vistas judiciales en las que nos encontráramos.

—Es exactamente lo que esperaba de usted, señor Yorke.

—¿Le sienta bien a su edad, señor Helstone, salir a caballo en pos de unos alborotadores en una noche lluviosa?

—Siempre me sienta bien cumplir con mi deber, y en este caso mi deber es también un placer. Ir en busca de unos canallas es una noble ocupación, digna de un arzobispo.

—Digna de usted, desde luego; pero ¿dónde está su coadjutor? ¿Se ha ido por casualidad a visitar a algún pobre enfermo, o casualmente ha ido a perseguir canallas en otra dirección?

—Está de guardia en la fábrica de Hollow.

—Espero que le hayas dejado un sorbo de vino, Bob —volviéndose hacia el señor Moore—, para mantener viva la llama de su coraje. —No esperó la respuesta, sino que continuó rápidamente, dirigiéndose todavía a Moore, que se había desplomado en una anticuada silla junto al fuego—. ¡Muévete, Robert! ¡Levántate, muchacho! Ésta es mi casa. Siéntate en el sofá, o en las otras tres sillas, si te place, pero en ésta no; me pertenece a mí y a nadie más.

—¿Por qué es tan quisquilloso con esa silla, señor Yorke? —preguntó Moore, obedeciendo con pereza la orden de dejar la silla libre.

—Mi padre lo fue antes de mí y ésa es toda la explicación que voy a darte, y es una razón tan buena como cualquiera que pueda dar el señor Helstone para la mayor parte de sus ideas.

—Moore, ¿está usted listo para partir? —inquirió el rector.

—No, Robert no está listo, o más bien yo no estoy listo para despedirme de él: es un muchacho malo y necesita un correctivo.

—¿Por qué, señor? ¿Qué he hecho yo?

—Crearte enemigos por todos lados.

—¿Qué me importa eso a mí? ¿Qué interés puede tener para mí que sus patanes de Yorkshire me odien o me quieran?

—Sí, ahí está. Este muchacho tiene hechura de extranjero entre nosotros; su padre no habría hablado jamás de ese modo. Vuelve a Amberes, donde naciste y te educaste, *mauvaise tête!*

—*Mauvaise tête vous-même; je ne fais que mon devoir, quant à vos lourdauds de paysans, je m'en moque!*

—En revanche, mon garfon, nos lourdauds de paysans se moqueront de toi; sois en certain —replicó Yorke, hablando con un acento francés casi tan perfecto como el de Gérard Moore.

—*C'est bon!, c'est bon! Et puisque cela m'est égal, que mes amis ne s'en*

inquiétent pas.

—Tes amis! Où sont-ils, tes arms?

—Je fais echo, où sont-ils?, et je suis fort aise que l'écho seuly répond. Au diable les amis! Je me souviens encore du moment où mon père et mon oncle Gérard appellèrent autour d'eux leurs amis, et Dieu sait si les amis se sont empressés d'accourir à leur secours! Tenez, monsieur Yorke, ce mot, ami, m'irrite trop; ne m'en parlez plus.

—Comme tu voudras.

Y aquí el señor Yorke guardó silencio. Mientras él sigue recostado en su silla tallada de roble triangular, aprovecharé la oportunidad para dibujar el retrato de este caballero de Yorkshire que habla francés.

CAPÍTULO IV

EL SEÑOR YORKE

Continuación

Era el caballero de Yorkshire por excelencia en todos los aspectos. Tenía unos cincuenta y cinco años de edad, pero a primera vista parecía aún mayor, pues tenía los cabellos de un blanco plateado. Su frente era ancha, pero no alta; tenía el rostro sano y de buen color; se veía la dureza del norte en sus facciones, igual que se oía en su voz; todos y cada uno de sus rasgos eran puramente ingleses, sin una sola huella normanda; era una faz que carecía de elegancia, nada clásica, nada aristocrática. Las personas distinguidas la habrían llamado vulgar, quizá; las personas sensibles la habrían calificado de característica; a las personas perspicaces les hubiera deleitado su vigor, su sagacidad e inteligencia. La tosquedad, pero también una auténtica originalidad, se hallaban impresas en todas sus facciones, latentes en todos sus pliegues. Pero era un rostro indómito, desdeñoso y sarcástico; el rostro de un hombre difícil de conducir e imposible de manejar. Era bastante alto, de buena complexión, enjuto y fuerte, y todo en su porte era majestuoso; no había nada en él que resultara ridículo.

No me ha resultado fácil describir al señor Yorke, pero más difícil aún es mostrar su espíritu. Si esperas, lector, encontrar en él la perfección, o incluso a un anciano caballero benevolente y filántropo, estás en un error. Ha hablado al señor Moore con cierta sensatez y buenos sentimientos, pero no debes deducir por ello que siempre hable y piense con bondad y justicia.

En primer lugar, el señor Yorke carecía del órgano de la veneración; gran

carencia, que deja a un hombre en mal lugar siempre que se requiere veneración. En segundo lugar, carecía del órgano de la comparación, deficiencia que priva a un hombre de simpatía; y, en tercer lugar, tenía demasiado reducido el órgano de la benevolencia y del idealismo, lo que privaba a su carácter de gloria e indulgencia, y disminuía, a sus ojos, esas divinas cualidades en todo el universo.

La falta de veneración le volvía intolerante con los que estaban por encima de él: reyes, nobles y sacerdotes, dinastías, parlamentos y dirigentes, con todas sus obras; la mayoría de sus decretos, sus formas, sus derechos y sus reivindicaciones eran para él una abominación; bazofia todos por igual, no hallaba utilidad ni placer en ellos, y creía que el mundo saldría ganando y no perdería nada si se arrasaban las altas instancias y sus ocupantes quedaban aplastados en la caída. La falta de veneración, además, le hacía totalmente insensible al excitante deleite de admirar lo que es admirable, secaba mil fuentes de puro gozo, marchitaba mil vividos placeres. No era un hombre impío, aunque no pertenecía a iglesia alguna, pero su religión no podía ser como la de los que saben venerar. Creía en Dios y en el Cielo, pero su Dios y su Cielo eran los de un hombre carente de temor de Dios, de imaginación y de ternura.

La debilidad de sus dotes de comparación hacía de él una persona contradictoria; aunque profesaba algunas excelentes doctrinas generales sobre tolerancia e indulgencia mutuas, abrigaba una antipatía llena de prejuicios hacia ciertas clases: hablaba de «párrocos» y de cuantos estaban relacionados con ellos, y de «lords» y apéndices de lords, con una dureza, algunas veces insolencia, tan injusta como inaceptable. Era incapaz de ponerse en el lugar de los que vituperaba; no podía comparar sus errores con sus tentaciones, ni sus defectos con sus desventajas; no era capaz de comprender el efecto que tendrían circunstancias parecidas sobre sí mismo en caso de hallarse en una posición similar, y a menudo expresaba los deseos más violentos y tiránicos respecto a los que, en su opinión, habían actuado tiránicamente y con violencia. A juzgar por sus amenazas, habría empleado medios arbitrarios, incluso crueles, para avanzar en la causa de la libertad y la igualdad; sí, el señor Yorke hablaba de igualdad, pero en el fondo era un hombre orgulloso, muy afable con sus trabajadores, muy bueno con todos los que estaban por debajo de él y se conformaban dócilmente con seguir por debajo, pero altanero como Belcebú con cualquiera al que el mundo considerara superior a él (pues él no consideraba superior a ningún hombre). Llevaba la rebeldía en la sangre: no soportaba ser controlado; su padre y su abuelo no lo habían soportado, y sus hijos no lo soportarían.

La falta de benevolencia general le hacía muy impaciente con la imbecilidad y con todos los defectos capaces de crispar su naturaleza fuerte y

perspicaz; no reprimía su sarcasmo cáustico. Como carecía de compasión, algunas veces hería y volvía a herir sin darse cuenta del daño que hacía, ni le importaba hasta qué punto fuera profunda la herida.

En cuanto a la carencia de idealismo en su espíritu, difícilmente puede llamarse a eso defecto; si un buen oído para la música, un buen ojo para el color y la forma le proporcionaban la cualidad del buen gusto, ¿a quién le importa la imaginación? ¿Quién no cree que es un atributo bastante peligroso y absurdo, afín a la debilidad y quizá en cierta medida a la locura, más una enfermedad que un don del espíritu?

Seguramente todos piensan así, menos los que lo poseen, o creen poseerlo. Oyéndolos hablar, diríase que se les helaría el corazón si no fluyera ese elixir a través de él, que sus ojos se volverían borrosos si esa llama no refinara su visión, que se sentirían solos si ese extraño compañero los abandonara. Diríase que confiere una alegre esperanza a la primavera, un bello encanto al verano, una dicha serena al otoño y un consuelo al invierno, que uno no siente. Una ilusión, por supuesto, pero los fanáticos se aferran a su sueño, y no lo soltarían ni por todo el oro del mundo.

Dado que el señor Yorke carecía de imaginación poética, la consideraba una cualidad absolutamente superflua en los demás. A los músicos y los pintores los toleraba, los alentaba incluso, porque disfrutaba con el resultado de su arte; era capaz de captar el encanto de un buen cuadro y sentir el placer de la buena música; pero un poeta tranquilo —fuera cual fuera la lucha de fuerzas que anidara en su pecho y el fuego que lo prendiera— que no hubiera trabajado de empleado en una oficina de contabilidad o de comerciante en el Pierce Hall, habría podido vivir despreciado por Hiram Yorke y morir menospreciado por él.

Y como hay muchos Hiram Yorke en el mundo, afortunadamente el auténtico poeta, por tranquilo que sea, tiene a menudo un carácter agresivo bajo su aparente placidez, su docilidad está llena de astucia y es capaz de medir la estatura de quienes le miran por encima del hombro, adivinando correctamente el peso y el valor de las ocupaciones que él no ha seguido, y que son la causa de que le desprecien. Es una suerte que el poeta tenga su propia dicha, su propia compañía en su gran amiga y diosa, la Naturaleza, totalmente independiente de quienes hallan poco placer en él y en quienes él no halla placer en absoluto. Es de justicia que, aunque el mundo y las circunstancias le ofrezcan a menudo su lado oscuro, frío e indiferente —y en justa contrapartida, además, puesto que antes ha sido él quien les ha ofrecido su lado oscuro, frío e indiferente—, sea capaz de abrigar en su pecho un festivo fulgor y un calor suave que todo lo vuelve brillante y afable a sus ojos, mientras que quienes no le conocen creen que su existencia es un invierno polar que jamás ha alegrado el sol. El auténtico poeta no debe mover a

compasión ni un ápice, y tiende a reírse por lo bajo cuando algún simpatizante desencaminado se lamenta de las injusticias que sufre. Incluso cuando le juzgan los utilitaristas y dictaminan que su arte y él son inútiles, escucha la sentencia con tan grande mofa, con un desdén tan enorme, profundo, general e implacable hacia los fariseos que pronuncian la sentencia, que más se le ha de reprender que compadecer. Éstas no son, empero, reflexiones del señor Yorke, y es de él de quien estamos hablando.

Te he contado algunos de sus defectos, lector; en cuanto a sus cualidades, era uno de los hombres más respetables y capaces de Yorkshire; incluso aquellos a quienes no gustaba se veían forzados a respetarle. Era muy querido por los pobres, porque se mostraba bueno y paternal con ellos. Con sus trabajadores era considerado y cordial: cuando los despedía de un trabajo, intentaba colocarlos en otro empleo, o, de ser esto imposible, los ayudaba a mudarse con sus familias a otro lugar donde pudieran hallar trabajo. Cabe señalar también que si, como ocurría a veces, cualquiera de sus «obreros» mostraba signos de insubordinación, Yorke —que, como muchos otros que aborrecen ser dominados, sabía cómo dominar con energía— conocía el secreto para aplastar la rebelión en su germen, para erradicarla como una mala hierba, para que no se extendiera ni desarrollara dentro de los límites de su autoridad. Siendo éste el feliz estado de sus propios asuntos, se creía con derecho a hablar con suma severidad de quienes se hallaban en distinta situación, a culparlos a ellos de todos los contratiempos que pudiera acarrearles su posición, a distanciarse de los amos y abogar libremente por la causa de los obreros.

La familia del señor Yorke era la primera y más antigua del distrito, y él, aunque no el hombre más rico, era uno de los más influyentes. Había tenido una buena educación; en su juventud, antes de la Revolución francesa, había viajado por el continente; hablaba perfectamente francés e italiano. Durante una estancia de dos años en Italia, había acumulado muchos y buenos cuadros y rarezas de exquisito gusto que ahora adornaban su residencia. Sus modales, cuando quería, eran los de un consumado caballero de la vieja escuela; su conversación, cuando estaba dispuesto a agradar, era singularmente interesante y original y, si solía expresarse en el dialecto de Yorkshire, era porque le daba la gana, porque prefería su rústico dialecto nativo a un vocabulario más refinado. «El acento gutural de Yorkshire —afirmaba— es mucho mejor que el silabeo cockney de Londres, igual que el bramido de un toro es mejor que el chillido de un ratón».

El señor Yorke conocía a todo el mundo y todo el mundo lo conocía en varios kilómetros a la redonda; sin embargo, sus amigos íntimos eran muy pocos. Siendo él una persona muy original, no le gustaba lo ordinario: podía aceptar un carácter vigoroso y recio, fuera de alta o de baja posición social; un

personaje refinado e insípido, por muy elevado que fuera su estado, le producía aversión. En cualquier momento podía pasar una hora entera charlando libremente con un perspicaz obrero de los suyos, o con alguna extraña y sagaz anciana de las que tenía entre sus arrendatarios, pero se mostraría renuente a pasar un solo instante con un distinguido caballero como tantos otros, o con la dama más elegante, aunque frívola. Sus preferencias en esos aspectos las llevaba hasta el extremo, olvidando que pueden existir caracteres amables, e incluso admirables, entre quienes no pueden ser originales. No obstante, hacía excepciones a su propia regla: había cierta categoría de mentalidad, sencilla y cándida, que desdeñaba el refinamiento, que estaba desprovista casi de intelectualidad y que era totalmente incapaz de apreciar lo que había de intelectual en él, pero a la que, al mismo tiempo, no le repugnaba jamás su rudeza, no le hería fácilmente su sarcasmo, y no analizaba detenidamente lo que decía, hacía u opinaba; con ésta se sentía particularmente cómodo y, en consecuencia, la prefería particularmente. Entre tales personas, él era dueño y señor. Ellos, aunque se sometían implícitamente a su influencia, jamás reconocían su superioridad, porque jamás reflexionaban sobre ello; por lo tanto, eran absolutamente tolerantes, sin correr el menor riesgo de resultar serviles, y su insensibilidad inconsciente, natural y sin artificio era tan aceptable como la de la silla en la que se sentaba el señor Yorke o como el suelo que pisaba, porque a él le convenía.

Se habrá observado que no era totalmente antipático con el señor Moore; tenía dos o tres razones para sentir una cierta predilección por ese caballero. Puede que parezca extraño, pero la primera de ellas era que Moore hablaba inglés con acento extranjero y un francés de lo más puro, y que su rostro moreno y delgado, con sus bellos rasgos, aunque bastante estragados, tenía un aspecto absolutamente opuesto al británico y al de Yorkshire. Estos aspectos parecen frívolos y parece poco probable que influyeran en un carácter como el de Yorke, pero el hecho es que despertaban viejas, quizá gratas, asociaciones: le recordaban sus viajes, sus días juveniles. Había visto, en ciudades y paisajes italianos, rostros como el de Moore; había oído, en cafés y teatros parisinos, voces como la suya; entonces él era joven, y cuando miraba y escuchaba al extranjero le parecía volver a serlo.

En segundo lugar, había conocido al padre de Moore, había tenido tratos con él; éste era un vínculo más sustancial, aunque en absoluto más agradable, pues, habiendo realizado su empresa transacciones comerciales con la de Moore, también se había resentido, en cierta medida, de sus pérdidas.

En tercer lugar, en la persona de Robert había hallado un astuto hombre de negocios. Veía motivos para vaticinar que finalmente, por un medio u otro, Moore haría dinero, y respetaba tanto su determinación como su perspicacia, quizá también su dureza. Una cuarta circunstancia los unía: que el señor Yorke

era uno de los tutores de la menor en cuya propiedad se hallaba ubicada la fábrica de Hollow; en consecuencia, en el curso de sus cambios y reformas, Moore había tenido ocasiones frecuentes de consultar con él.

En cuanto al otro invitado presente en el gabinete de Yorke, el señor Helstone, entre su anfitrión y él existía una doble antipatía: la del carácter y la de las circunstancias. El librepensador detestaba al formalista; el amante de la libertad detestaba al disciplinario; además, se decía que en otro tiempo habían sido pretendientes rivales de la misma dama.

Por lo general, del señor Yorke en su juventud se conocía su preferencia por las mujeres vivaces y enérgicas: una figura y un aspecto llamativos, un ingenio agudo y una lengua pronta parecían ser para él los mayores atractivos. Sin embargo, jamás había propuesto matrimonio a ninguna de aquellas brillantes beldades cuya compañía buscaba, y de repente se enamoró muy en serio de una joven que ofrecía un marcado contraste con aquellas a las que hasta entonces había prestado atención, y la cortejó apasionadamente. Era una joven con el rostro de una Madonna, una joven de mármol viviente, la serenidad personificada. No importaba que cuando le hablara ella le respondiera tan sólo con monosílabos; no importaba que sus suspiros no parecieran ser escuchados, que sus miradas no fueran devueltas, que no diera jamás la réplica a sus opiniones, que raras veces sonriera con sus bromas, que no le tomara en consideración ni le hiciera caso; no importaba que pareciera todo lo contrario a la feminidad que, durante toda su vida, se había sabido que admiraba; para él, Mary Cave era perfecta porque, por algún desconocido motivo —sin duda tenía un motivo—, la amaba.

El señor Helstone, en aquella época coadjutor de Briarfield, también amaba a Mary, o en cualquier caso, le gustaba. Ella tenía otros admiradores, pues era hermosa como un ángel monumental, pero el clérigo era su preferido en razón de su profesión, pues seguramente ésta conllevaba en parte la ilusión necesaria para incitarla a contraer matrimonio, ilusión que la señorita Cave no hallaba en ninguno de los jóvenes comerciantes de la lana, sus otros admiradores. El señor Helstone no tenía ni pretendía tener la absorbente pasión del señor Yorke; conocía la humilde reverencia que parecía sojuzgar a la mayoría de sus pretendientes; él la veía más como realmente era que los demás; en consecuencia, era más dueño de sí mismo y de ella. Fue aceptado cuando le hizo la primera propuesta de matrimonio y se casaron.

La Naturaleza no tuvo jamás el propósito de que el señor Helstone fuera un marido muy bueno, sobre todo para una mujer callada. Él pensaba que, mientras una mujer guardara silencio, nada la aquejaba ni nada le faltaba. Si no se quejaba de la soledad, la soledad, por persistente que fuera, no podía resultarle fastidiosa. Si no hablaba ni se manifestaba, si no expresaba una preferencia por esto y una aversión por aquello, no tenía preferencias ni

aversiones y era inútil consultarle sus gustos. Él no pretendía comprender a las mujeres ni compararlas con los hombres: pertenecían a una categoría de existencia distinta, seguramente muy inferior; una esposa no podía ser la compañera de su marido y mucho menos su confidente, y mucho menos su sostén. Su mujer, después de un par de años, no tenía demasiada importancia para él en ningún sentido, y cuando un día, de repente le pareció —pues no había notado apenas su declive—, paulatinamente según pensaron otros, se despidió del marido y de la vida, y sólo quedó un molde de arcilla de facciones aún hermosas, frías y blancas, sobre el lecho conyugal, Helstone lamentó su pérdida; ¿quién sabe si poco? Sin embargo, quizá fuera más de lo que aparentaba, pues no era un hombre a quien la pena arrancara fácilmente las lágrimas.

Sus ojos secos y su sobria aflicción escandalizaron a la vieja ama de llaves y a la sirvienta, que habían atendido a la señora Helstone durante su enfermedad y quienes, tal vez, habían tenido oportunidad de conocer mejor que el marido el carácter de su difunta señora, su capacidad para sentir y para amar. Las dos mujeres cotillearon junto al cadáver, relataron, adornándolas, anécdotas sobre su lenta postración y su causa, real o imaginaria. En resumen, se animaron mutuamente hasta alimentar cierta indignación contra el austero hombrecillo que estaba examinando papeles en una habitación contigua, inconsciente del oprobio del que era objeto.

Apenas se hallaba bajo tierra la señora Helstone cuando en los contornos empezaron a correr rumores de que había muerto con el corazón partido; éstos se magnificaron rápidamente hasta convertirse en afirmaciones sobre un trato impropio por parte del marido y, finalmente, en detalles sobre su ruda manera de tratarla; afirmaciones totalmente falsas, pero no por ello recibidas con menor avidez. El señor Yorke las oyó, las creyó en parte. Claro está que no sentía ya entonces simpatía alguna por el rival que le había vencido. Aunque él también se había casado y con una mujer que parecía opuesta a Mary Cave en todos los aspectos, no había olvidado la mayor decepción de su vida y, cuando se enteró de que lo que habría sido tan precioso para él, otro lo había descuidado, quizá maltratado, concibió hacia ese otro una profunda y amarga animadversión.

De la naturaleza y fuerza de esa animadversión, el señor Helstone sólo se apercibió a medias: ni sabía lo mucho que Yorke había amado a Mary Cave, lo que había sentido al perderla, ni conocía las calumnias que se propalaban sobre el modo en que la había tratado, familiares para todos en la zona menos para él. Creía que sólo las diferencias políticas y religiosas le separaban del señor Yorke; de haber sabido la verdad, difícilmente habrían podido persuadirle de que cruzara el umbral de la puerta de su antiguo rival.

El señor Yorke no siguió reprendiendo a Robert Moore; la conversación a partir de entonces se reanudó de una forma más general, aunque todavía con cierto tono de disputa. La turbulenta situación del país y los diversos ataques contra fábricas de la zona que se habían producido en los últimos tiempos proporcionaron abundantes motivos de discordia, sobre todo porque los tres caballeros sostenían puntos de vista más o menos diferentes. El señor Helstone creía que los amos eran los agraviados, y los obreros, los irracionales; condenaba taxativamente el generalizado espíritu de descontento contra las autoridades constituidas y la oposición creciente a soportar con paciencia males que él consideraba inevitables; como remedio, prescribía una enérgica intervención del gobierno y una estricta vigilancia judicial y, en caso necesario, una rápida coacción militar.

El señor Yorke quiso saber si la intervención, la vigilancia y la coacción alimentarían a los que pasaban hambre y darían trabajo a los que lo buscaban y nadie quería contratar. Rechazó la idea de los males inevitables; afirmó que la paciencia pública era un camello sobre cuyo lomo se había cargado ya el último átomo que podía soportar, y que la resistencia se había convertido en un deber. El generalizado espíritu de descontento contra las autoridades constituidas lo veía como el signo más prometedor de los tiempos; admitió que los amos habían sido realmente agraviados, pero sus principales agravios se los había endosado un gobierno «corrupto, vil y sanguinario» (éstos fueron los epítetos que usó). Locos como Pitt, demonios como Castlereagh, idiotas perniciosos como Perceval eran los tiranos, la maldición del país, los destructores de su comercio. Era su caprichosa perseverancia en una guerra injustificable, desesperada y ruinosa, lo que había llevado a la nación a la situación en que se hallaba. Eran sus impuestos monstruosamente opresivos, sus infames «Reales Ordenes» —si había hombres públicos que merecieran ser enjuiciados y ejecutados eran los autores de tales órdenes— los que acogotaban a Inglaterra.

Pero ¿de qué servía hablar?, preguntó. ¿Qué posibilidad había de que se atendiera a la razón en un país gobernado por reyes, sacerdotes y pares, donde el monarca nominal era un lunático y el auténtico gobernante un libertino sin principios, donde se toleraba semejante insulto al sentido común como el de los legisladores hereditarios, donde se soportaba y veneraba a unos farsantes como los obispos y un abuso tan arrogante como el de una Iglesia establecida, mimada e inquisidora, donde se mantenía a un ejército permanente y donde a una multitud de párrocos ociosos con sus paupérrimas familias se les trataba a cuerpo de rey?

El señor Helstone se levantó y, poniéndose su sombrero de teja, señaló a modo de contestación que en el transcurso de su vida había encontrado dos o tres ejemplos de personas que habían mantenido tales sentimientos con gran

valentía, en tanto que la salud, la fuerza y la prosperidad habían sido sus aliados; pero, dijo, a todos los hombres les llega un momento en el que «deberían temblar los dueños de la casa, en el que deberían temer lo que está por encima de ellos y el miedo debería estorbarlos», y ese momento era la prueba de los que abogaban por la anarquía y la rebelión, de los enemigos de la religión y el orden. Hacía poco, afirmó, que le habían llamado para que leyera las plegarias que la Iglesia destina a los enfermos junto al miserable lecho de muerte de uno de sus más rencorosos enemigos; se había encontrado con una persona atormentada por los remordimientos, deseosa de descubrir un lugar para el arrepentimiento e incapaz de hallarlo, pese a que lo buscaba afanosamente entre lágrimas. Debía advertir al señor Yorke que la blasfemia contra Dios y el rey era un pecado mortal, y que existía un «juicio final».

El señor Yorke creía firmemente que existía ese juicio final. De lo contrario sería difícil de imaginar qué retribución iban a recibir, en la moneda que se habían ganado, todos los sinvergüenzas que parecían triunfar en este mundo, rompiendo corazones inocentes con impunidad, abusando de privilegios inmerecidos, convirtiéndose en un escándalo para profesiones honorables, quitando el pan de la boca a los pobres, avasallando a los humildes y adulando vilmente a los ricos y orgullosos. Pero, añadió, siempre que se desanimaba por tales tejemanejes y su éxito aparente en esa masa infecta que era el planeta, cogía el libro (señaló una gran Biblia que había en un estante), lo abría al azar y podía estar seguro de encontrar un versículo donde ardía el fuego del infierno que todo lo arreglaba. Sabía, dijo, el destino que aguardaba a algunos, con tanta certeza como si un ángel con grandes alas blancas hubiera llamado a su puerta para contárselo.

—Señor —dijo el señor Helstone, haciendo valer toda su dignidad—. Señor, la mayor sabiduría del hombre es conocerse a sí mismo, y el destino hacia el que se encaminan sus pasos.

—¡Sí, sí! No olvide, señor Helstone, que la ignorancia fue rechazada ante las mismas puertas del Cielo, llevada por los aires y arrojada por una puerta en la ladera de la colina que conducía al Infierno.

—Como tampoco he olvidado, señor Yorke, que la confianza vana, incapaz de ver por dónde pisaba, cayó en un profundo abismo que el príncipe de las tinieblas había abierto expresamente con el fin de capturar además a los estúpidos jactanciosos, y se hizo añicos.

—Bueno —interpuso el señor Moore, que hasta entonces había guardado silencio como regocijado espectador de aquella batalla verbal, y cuya indiferencia a los partidos políticos de entonces, así como a los chismes de la vecindad, le convertían en juez imparcial, si bien apático, de los méritos de tal enfrentamiento—, ya se han censurado suficientemente y han demostrado

cuán cordialmente se detestan y lo mal que piensan el uno del otro. Por mi parte, la corriente del odio que siento hacia los individuos que han destrozado mis telares sigue siendo tan impetuosa que no me queda apenas nada para mis amigos, y menos aún para algo tan vago como una secta o un gobierno; pero, en serio, caballeros, por lo que dicen uno y otro, ambos me parecen realmente malos, peor de lo que yo hubiera podido sospechar. No me atrevo a pasar la noche con un rebelde y blasfemo como usted, Yorke, ni a volver a casa cabalgando junto a un eclesiástico cruel y tiránico como el señor Helstone.

—Sin embargo, yo me voy, señor Moore —dijo el rector con severidad—. Venga conmigo o no venga, como guste.

—No, no tiene elección, iré con usted —replicó Yorke—. Pasa ya de la medianoche y no quiero gente en mi casa por más tiempo. Tienen que irse todos. —Tocó la campanilla—. Deb —dijo a la criada que acudió—, despide a los de la cocina, cierra las puertas y vete a la cama. Por aquí, caballeros —continuó, dirigiéndose a sus invitados; e iluminando el pasillo para ellos, los puso de patitas en la calle.

Encontraron al resto del grupo saliendo atropelladamente por la parte de atrás; los caballos estaban junto a la verja; montaron y se alejaron: Moore riendo por la brusca despedida, Helstone, muy indignado por ella.

CAPÍTULO V

HOLLOW'S COTTAGE

Moore seguía de buen humor cuando se levantó a la mañana siguiente. Tanto él como Joe Scott habían pasado la noche en la fábrica, en los espacios que se habían habilitado para dormir en ambos extremos de la oficina de contabilidad. El patrón, siempre madrugador, se levantó incluso algo más pronto de lo habitual; despertó a su empleado cantando una canción francesa mientras se aseaba.

—¿No está deprimido entonces, señor? —exclamó Joe.

—Ni pizca, mon garçon, que quiere decir «muchacho». Levántate y daremos una vuelta por la fábrica antes de que lleguen los obreros y les explique mis planes futuros. Tendremos esas máquinas, Joseph. ¿No has oído hablar de Bruce?

—¿Y la araña? Sí que he oído hablar de él. He leído la historia de Escocia y resulta que sé tanto como usted, y comprendo que quiere decir que perseverará.

—Lo haré.

—¿Tiene usted dinero en su país? —preguntó Joe, doblando su cama provisional para guardarla.

—¡En mi país! ¿Cuál es mi país?

—Pues Francia, ¿no?

—¡Desde luego que no! La circunstancia de que los franceses hubieran tomado Amberes, donde yo nací, no me convierte en francés.

—¿Holanda, entonces?

—No soy holandés. Ahora confundes Amberes con Amsterdam.

—¿Flandes?

—¡Desprecio esa insinuación, Joe! ¡Un flamenco, yo! ¿Tengo cara de flamenco, con la fea nariz protuberante, la frente mezquina echada hacia atrás, los pálidos ojos azules a fleur de tête? ¿Soy acaso todo cuerpo sin piernas, como un flamenco? Pero tú no sabes cómo son en los Países Bajos, Joe. Soy un amberino y mi madre era amberina, aunque de familia francesa, razón por la cual hablo francés.

—Pero su padre era de Yorkshire, así que usted también es un poco de Yorkshire, y cualquiera puede ver que es usted semejante a nosotros por las ganas que tiene de ganar dinero y medrar.

—Joe, eres un perro insolente, pero estoy acostumbrado a tu tosca insolencia desde mi juventud: la classe ouvrière, es decir, la clase obrera de Bélgica se comporta brutalmente con quienes les dan trabajo, y cuando digo brutalmente, Joe, quiero decir brutalement, lo que quizá debería traducirse más bien como groseramente.

—Todos decimos nuestra opinión en este país y los párrocos jóvenes y los señorones de Londres se escandalizan de nuestras «maneras sin civilizar», y a nosotros nos gusta darles motivos para escandalizarse, porque nos divierte verlos poner los ojos en blanco y extender las manos como si vieran fantasmas, y luego oírlos decir, acortando las palabras, algo así como: «¡Cielos!, ¡cielos! ¡Qué salvajes! ¡Qué palurdos!».

—Sois salvajes, Joe; no creerás que sois civilizados, ¿verdad?

—Regular, regular, señor. Creo que nosotros, los obreros del norte, somos mucho más inteligentes y sabemos mucho más que los campesinos del sur. El oficio despierta nuestro ingenio, y a los que son mecánicos, como yo, nos hace pensar. ¿Sabe usted?, cuidando de las máquinas y cosas así he cogido la manía de que, cuando veo un efecto, busco enseguida la causa, y a menudo la encuentro con provecho; además, me gusta la lectura y siento curiosidad por

saber qué piensan hacer por nosotros y con nosotros los que suponen que nos gobiernan, y los hay mucho más listos que yo; muchos de esos chicos mugrientos que huelen a aceite y de los tintoreros con la piel manchada de negro y azul tienen buen olfato y saben cuándo una ley es estúpida tan bien como usted o como el viejo Yorke, y mucho mejor que tontos como Christopher Sykes o Whinbury y grandes tarugos bravucones como ese Peter irlandés, el coadjutor de Helstone.

—Te crees un tipo listo, lo sé, Scott.

—Sí, sólo regular. Sé distinguir un huevo de una castaña y me doy perfecta cuenta de que he aprovechado las oportunidades que he tenido mejor que otros que creen estar por encima de mí, pero hay miles en Yorkshire tan buenos como yo, y unos cuantos mejores.

—Eres un gran hombre, eres un tipo sublime, ¡pero eres un pedante, un memo engreído, Joe! No debes creer que porque hayas aprendido un poco de matemáticas aplicadas y porque hayas encontrado algunas muestras de los elementos químicos en el fondo de una cuba de tinte eres un hombre de ciencia malogrado; y no debes suponer que porque la industria no vaya siempre bien y tú y los que son como tú os quedéis a veces sin trabajo y sin pan, que eso convierte a vuestra clase en mártir y que toda la forma de gobierno bajo la que vivís es mala. Más aún, no debes insinuar ni por un momento que las virtudes se han refugiado en las cabañas, abandonando por completo las casas de pizarra. Déjame decirte que aborrezco especialmente ese tipo de necedades, porque sé muy bien que la naturaleza humana es igual en todas partes, sea bajo tejas o techumbre de paja, y que en todos los especímenes de la naturaleza humana que respiran, vicios y virtudes se hallan siempre mezclados en mayor o menor proporción, y que ésta no viene determinada por la condición social. He conocido a villanos ricos y a villanos pobres, y he conocido a villanos que no eran ni una cosa ni otra, pero habían visto cumplido el sueño de Agar y vivían con un salario justo y modesto. El reloj va a dar las seis; ve a tocar la campana de la fábrica, Joe.

Estaban entonces a mediados del mes de febrero; a las seis, por tanto, el alba empezaba apenas a imponerse a la noche, a traspasar su parda oscuridad con una luz pálida y a hacer semitraslúcidas sus sombras opacas. Pálida era la luz en aquella mañana en particular; ningún color teñía el este, no había arrebol que lo calentara. Viendo qué pesado manto levantaba el día lentamente, qué triste mirada arrojaba sobre las colinas, diríase que la lluvia de la noche había extinguido el fuego del sol. El aliento de aquella mañana era tan frío como su aspecto; un viento penetrante agitaba la masa de nubes nocturnas y mostraba, al levantarse ésta despacio —dejando un halo incoloro con un resplandor plateado alrededor del horizonte—, no el cielo azul, sino una capa de vapor aún más pálido. Había dejado de llover, pero la tierra estaba

empapada y habían crecido charcas y arroyos.

Las ventanas de la fábrica estaban iluminadas, la campana seguía sonando con fuerza, y los niños empezaban a llegar corriendo, esperemos que a la velocidad necesaria para que no los dejara helados el aire inclemente. Ciertamente, quizá por comparación, aquella mañana les pareciera más favorable que otras, pues a menudo habían acudido al trabajo durante aquel invierno en medio de tormentas de nieve, grandes lluvias y heladas.

El señor Moore estaba en la entrada observándolos: los contó cuando pasaron por su lado; a los que llegaron tarde les soltó una reprimenda, que repitió más tarde Joe Scott con algo más de dureza cuando los rezagados llegaron a sus talleres. Ni amo ni capataz hablaron con violencia; ninguno de los dos era hombre violento, si bien ambos se mostraron rígidos, pues multaron a un infractor que llegó realmente tarde: el señor Moore le hizo pagar un penique antes de entrar a trabajar y le informó de que la siguiente repetición de la falta le costaría dos.

Indudablemente las normas son necesarias en tales casos, y los amos toscos y crueles crearán normas toscas y crueles que, en la época que tratamos al menos, a veces imponían de manera tiránica; pero, aunque describo personajes imperfectos (todos los personajes de este libro resultarán ser más o menos imperfectos, pues mi pluma se niega a trazar ningún modelo), no es mi propósito tratar de personajes degradados ni absolutamente infames. A los torturadores de niños, amos y tratantes de esclavos los dejo en manos de los carceleros; al novelista puede eximirse de mancillar sus páginas con la narración de sus actos.

Así pues, en lugar de atormentar el alma de mi lector y deleitar su órgano del asombro con dramáticas descripciones de latigazos y azotes, me alegra informarle de que ni el señor Moore ni su capataz pegaron jamás a un niño en su fábrica. Es cierto que Joe había azotado con gran severidad a un hijo suyo por contar una mentira y persistir en ella, pero, al igual que Moore, era un hombre demasiado flemático, demasiado tranquilo, así como demasiado razonable para aplicar castigos corporales a los niños, aparte de aquella excepción.

El señor Moore merodeó por su fábrica, por el patio de su fábrica, su cobertizo de teñido y su almacén hasta que la enfermiza aurora se fortaleció hasta convertirse en día. Incluso salió el sol —al menos un disco blanco, claro, limpio y casi con el frío aspecto del hielo—, asomó por encima de la oscura cima de una colina, cambió el borde lívido de la nube que tenía encima por otro plateado y contempló con solemnidad toda la extensión de la hondonada, o angosto valle, entre cuyos estrechos límites nos hallamos ahora confinados. Eran las ocho; se habían apagado todas las luces de la fábrica; se dio la señal

del desayuno; los niños, liberados durante media hora de su duro trabajo, se dirigieron a los pequeños botes de lata en los que llevaban café y a las pequeñas cestas que contenían su ración de pan. Esperemos que tengan suficiente comida; que no la tuvieran sería lamentable.

Y, por fin, el señor Moore abandonó el patio de la fábrica y desvió sus pasos hacia la casa donde vivía. Se hallaba a un corto trecho de la fábrica, pero el seto y el alto terraplén levantados a ambos lados del sendero que conducía hasta la casa le daban cierta apariencia y una sensación de aislamiento. Era un lugar pequeño, de muros encalados, con un porche verde sobre la puerta principal; en el jardín, cerca de ese porche y debajo de las ventanas, crecían unos escuetos tallos pardos, sin capullos ni flores, pero que presagiaban vagamente las enredaderas florecidas y disciplinadas del estío. Frente a la casa había unos arriates y una franja de hierba; los arriates presentaban tan sólo un negro mantillo, excepto donde, en pequeños escondrijos resguardados, asomaban en la tierra los primeros brotes de campanillas de invierno y de flores del azafrán, verdes como esmeraldas. La primavera se retrasaba; el invierno había sido largo y riguroso; la última capa de nieve acababa de derretirse justo antes de las lluvias del día anterior; de hecho, en las colinas resplandecían aún sus blancos restos, salpicando las hondonadas y coronando los picos; el césped no era verde, sino blancuzco, igual que la hierba del terraplén y la que había en el sendero bajo los setos. Tres árboles garbosamente agrupados se alzaban junto a la casa; no eran altos, pero, sin rivales próximos, resultaban imponentes y quedaban bien allí donde crecían. Aquél era el hogar del señor Moore: un nido confortable para la contemplación y el contento, pero en cuyo interior las alas de la acción y de la ambición no podían permanecer plegadas mucho tiempo.

Su aire de modesta comodidad no pareció ejercer ninguna atracción especial sobre su dueño; en lugar de entrar en la casa inmediatamente, cogió una pala de un pequeño cobertizo y empezó a trabajar en el jardín. Estuvo cavando durante un cuarto de hora sin interrupción; sin embargo, finalmente se abrió una ventana y una voz femenina le llamó.

—Eh, bien! Tu ne déjeûnes pas ce matin?

La respuesta y el resto de la conversación se produjo en francés, pero teniendo en cuenta que éste es un libro inglés, la traduciré.

—¿Está preparado el desayuno, Hortense?

—Desde luego, hace ya media hora.

—Entonces yo también estoy preparado; tengo un hambre de lobo.

El señor Moore arrojó la pala al suelo y entró en la casa. El estrecho pasillo lo condujo hasta un pequeño gabinete, donde se había servido un desayuno de

café y pan con mantequilla, con el acompañamiento, poco inglés, de compota de pera. Presidía la mesa sobre la que se hallaban estas viandas la señora que había hablado desde la ventana. Debo describirla antes de continuar.

Parecía algo mayor que el señor Moore, quizá tenía treinta y cinco años, alta y de complexión robusta; tenía los cabellos muy negros, retorcidos y envueltos en aquel momento en papeles de rizar, las mejillas encendidas, la nariz pequeña y unos ojillos negros. La parte inferior del rostro era grande en relación con la parte superior; tenía la frente pequeña y bastante arrugada; su expresión era de descontento, pero no malhumorada; había algo en ella que producía en los demás la tendencia a sentirse irritados y regocijados por igual. Lo más extraño eran sus ropas: falda rígida y un cubrecorsé de algodón a rayas. La falda era corta y ponía al descubierto un par de pies y tobillos que dejaban mucho que desear en cuestiones de simetría.

Crearás, lector, que acabo de describir a una mujer increíblemente desaliñada; en absoluto. Hortense Moore (la hermana del señor Moore) era una persona muy ordenada y ahorrativa; la falda, el cubrecorsé y los papeles de rizar eran su atavío matinal, que siempre había acostumbrado a llevar para «hacer vida doméstica» en su país. Prefería no adoptar las modas inglesas sólo por verse obligada a vivir en Inglaterra; se aferraba a sus viejas modas belgas, completamente convencida de que había cierto mérito en ello.

Mademoiselle tenía una excelente opinión de sí misma, opinión que no era del todo inmerecida, pues tenía algunas excelentes cualidades, pero sobreestimaba la clase y el grado de éstas, y dejaba fuera de sus cuentas varios pequeños defectos que las acompañaban. Nadie habría podido convencerla de que era una persona de miras estrechas y con prejuicios, de que era demasiado susceptible en lo que se refería a su propia dignidad e importancia, y de que era demasiado proclive a ofenderse por nimiedades; pero todo eso era cierto. Sin embargo, cuando no se ponían en duda su pretendida dignidad ni se ofendían sus prejuicios, era buena y amable. Estaba muy unida a sus dos hermanos (pues había otro Gérard Moore además de Robert). Como únicos representantes de su desintegrada familia, ambos eran casi sagrados a sus ojos; de Louis, no obstante, sabía menos que de Robert, pues lo habían enviado a Inglaterra cuando era sólo un muchacho y se había educado en un colegio inglés. Dado que su educación no había sido la adecuada para los negocios, y quizá también porque sus inclinaciones naturales no se decantaban hacia actividades mercantiles, cuando las arruinadas perspectivas de su herencia le obligaron a hacer fortuna por sí mismo, emprendió la muy ardua y muy modesta carrera de profesor, primero en un colegio, y ahora se decía que como tutor de una familia particular. Cuando mencionaba a Louis, Hortense lo describía como una persona que tenía lo que ella llamaba des moyens, pero demasiado tímida y retraída. Las alabanzas que vertía sobre Robert tenían otro

tono, menos cualificado: estaba muy orgullosa de él, lo consideraba el hombre más grande de Europa, todo lo que él decía y hacía era extraordinario a sus ojos, y esperaba que los demás lo contemplaran desde el mismo punto de vista que ella; nada había más irracional, monstruoso e infame que estar en desacuerdo con Robert, salvo estar en desacuerdo consigo misma.

Así pues, tan pronto como el mencionado Robert se sentó a la mesa del desayuno y ella le sirvió una ración de compota de peras y le cortó una buena rebanada de pan belga con mantequilla, empezó a verter un torrente de expresiones de asombro y de horror ante las actividades de la noche anterior: la destrucción de los telares.

—Quelle idee!, destruirlos. Quelle action honteuse! On voyait bien que les ouvriers de ce pays étaient à la fois bêtes et méchants. C'était absolument comme les domestiques anglais, les servants surtout: rien d'insupportable comme cette Sarah, par exemple!

—Parece limpia y trabajadora —comentó el señor Moore.

—¡Parecer! No sé lo que parece y no digo que sea sucia ni perezosa, mais elle est d'une insolence! Ayer discutió conmigo un cuarto de hora sobre la manera de cocinar el buey; dijo que lo hervía hasta hacerlo papilla, que los ingleses jamás serían capaces de comer un plato como nuestro bouilli y que el bouillon no es más que agua caliente grasienta. En cuanto al choucroute, ¡afirma que no puede ni tocarlo! Ese barril que tenemos en la bodega, deliciosamente preparado con mis propias manos, lo llamó cubo de «bazofia», que quiere decir comida para los cerdos. Esa chica es un tormento, pero no puedo despedirla por miedo a encontrarme con otra peor. ¡Tú te hallas en la misma situación con tus obreros, pauvre cher frère!

—Me temo que no eres muy feliz en Inglaterra, Hortense.

—Es mi deber ser feliz allá donde tú estés, hermano, pero por lo demás, desde luego hay mil cosas que me hacen echar de menos nuestra ciudad natal. Todos aquí me parecen unos maleducados (mal-élevés). Resulta que mis costumbres las consideran ridículas: si una chica de tu fábrica entra por casualidad en la cocina y me encuentra preparando la comida con mi falda corta y mi cubrecorsé (porque ya sabes que no puedo confiar en que Sarah cocine un solo plato), se burla de mí. Si acepto una invitación para tomar el té, cosa que he hecho un par de veces, percibo que se me coloca en un segundo plano, que no se me presta la atención que indudablemente merezco. ¡De qué familia tan excelente son los Gérard, como sabemos, y también los Moore! Tienen derecho a exigir cierto respeto y me siento dolida cuando se les niega. En Amberes se me trataba siempre con distinción; aquí, cualquiera diría que cuando abro la boca en sociedad hablo inglés con un acento ridículo, cuando estoy completamente segura de que mi pronunciación es perfecta.

—Hortense, en Amberes nos conocían como ricos; en Inglaterra sólo nos han conocido como pobres.

—Precisamente, y así de mercenaria es la humanidad. ¿Recuerdas, querido hermano, que el domingo pasado también llovió mucho? Fui a la iglesia, como corresponde, con mis pulcros zuecos negros, calzado que ciertamente una no llevaría en una ciudad elegante, pero que siempre he acostumbrado a llevar en el campo para andar por caminos de tierra. Créeme, cuando recorrí el pasillo de la iglesia, serena y tranquila como siempre, cuatro señoras y otros tantos caballeros se rieron y escondieron la cara en los devocionarios.

—¡Bueno, bueno! No vuelvas a ponerte los zuecos. Ya te había dicho que no parecían apropiados en este país.

—Pero, hermano, no son zuecos vulgares como los que llevan las campesinas. Ya te he dicho que son zuecos noirs, très propres, très convenables. En Mons y en Leuze, ciudades no muy alejadas de la elegante capital de Bruselas, la gente respetable muy raras veces calza otra cosa en invierno. Que alguien intentara caminar por el barro de las calzadas flamencas con un par de borceguíes parisinos, on m'en dirait des nouvelles!

—Olvídate de Mons y Leuze y de las calzadas flamencas; donde fueres, haz lo que vieres. En cuanto a la falda corta y el cubrecorsé, tampoco las tengo todas conmigo. Jamás he visto a una señora inglesa vestida con tales prendas. Pregúntaselo a Caroline Helstone.

—¡Caroline! ¿Preguntarle yo a Caroline? ¿Pedirle yo consejo sobre mi atuendo? Es ella la que debería pedirme consejo en todos los aspectos; no es más que una niña.

—Tiene dieciocho años, o diecisiete cuando menos; es lo bastante mayor para saber de vestidos, enaguas y zapatos.

—No mimes a Caroline, te lo ruego, hermano; no hagas que se sienta más importante de lo que debe ser. Ahora es modesta y sin pretensiones; hagamos que siga igual.

—Con todo mi corazón. ¿Va a venir esta mañana?

—Vendrá a las diez, como de costumbre, para su clase de francés.

—No creerás que ella se burla de ti, ¿verdad?

—No, no lo hace, me aprecia más que cualquier otra persona de aquí; claro que ella tiene más oportunidades de conocerme íntimamente: puede ver que tengo educación, inteligencia, modales, principios; todo lo que, en resumen, corresponde a una persona educada y de buena cuna.

—¿Le tienes tú algún cariño?

—De cariño no puedo hablar; no soy persona dada a grandes afectos y, en consecuencia, se puede contar más bien con mi amistad. Le tengo cierto aprecio como pariente; su posición me inspira también interés y su conducta como pupila mía hasta el momento ha servido para acrecentar más que disminuir el aprecio que nace de otras causas.

—¿Se comporta correctamente durante las clases?

—Conmigo se comporta muy bien, pero tú ya sabes, hermano, que mis modales están pensados para rechazar una familiaridad excesiva, para granjearme estima e inspirar respeto. Sin embargo, dotada como estoy de perspicacia, percibo claramente que Caroline no es perfecta, que deja mucho que desear.

—Dame una última taza de café y mientras me la bebo, diviérteme con la enumeración de sus defectos.

—Querido hermano, me alegra ver que te tomas el desayuno con gusto, después de la noche tan fatigosa que has pasado. Caroline, pues, tiene defectos, pero, con ayuda de mi mano reformadora y de mis esfuerzos casi maternos, puede que mejore. Hay ocasiones en las que tiene un cierto aire... circunspecto, creo, que no me gusta nada, porque no es suficientemente sumiso ni propio de una muchacha, y en su carácter da muestras de cierto atolondramiento inquieto que me incomoda. Sin embargo, suele ser de lo más tranquila; de hecho, a veces incluso es demasiado apática y reflexiva. No dudo de que con el tiempo haré de ella una joven uniformemente sosegada y decorosa, que no se muestre pensativa de manera injustificada. Siempre he desaprobado lo que no es inteligible.

—No comprendo nada de lo que dices; ¿qué significa eso de «atolondramiento inquieto», por ejemplo?

—Tal vez un ejemplo sea la mejor explicación. Ya sabes que a veces le hago leer poesía francesa para que practique su pronunciación. En el transcurso de las clases, ha leído mucho a Corneille y Racine con un espíritu firme y sobrio, tal como me parece conveniente. En realidad, en ocasiones ha mostrado cierta languidez en la lectura de esos estimados autores que tiene más de apatía que de sobriedad, y la apatía es algo que no puedo tolerar en quienes reciben el beneficio de mi instrucción; además, no se debe ser apático en el estudio de las obras clásicas. El otro día le puse en las manos un volumen de breves poemas sueltos. Le indiqué que se sentara junto a la ventana y aprendiera uno de memoria, y, cuando alcé la vista, vi que volvía las hojas con impaciencia, frunciendo los labios en una mueca de desprecio, mientras hojeaba los pequeños poemas superficialmente. La reprendí. «Ma cousine — me dijo—, tout cela m'ennuie à la mort». Yo le dije que su lenguaje era impropio. «Dieu! —exclamó—. Il n'y a donc pas deux lignes de poésie dans

toute la littérature française?». Le pregunté qué quería decir. Me pidió perdón con la debida docilidad. Pronto guardó silencio; la vi sonreír para sí mientras miraba el libro; empezó a estudiar con diligencia. Al cabo de media hora se acercó a mí, me devolvió el volumen, cruzó las manos, como siempre le pido que haga, y me repitió ese poema corto de Chénier, «La joven cautiva». Si hubieras oído la forma en que lo declamó y cómo expresó unos cuantos comentarios incoherentes al terminar, habrías comprendido lo que quería decir con «atolondramiento inquieto». Cualquiera habría dicho que Chénier resultaba más conmovedor que todo Racine y Corneille juntos. Tú, hermano, que eres tan sagaz, percibirás que esa desproporcionada preferencia es muestra de un pensamiento mal regulado. Pero tiene la suerte de tenerme a mí como preceptora. Yo le daré un sistema, un método de pensamiento, un conjunto de opiniones; le enseñaré a dominar y guiar sus sentimientos a la perfección.

—Hazlo, Hortense. Ahí viene. Creo que esa sombra que acaba de pasar por la ventana era ella.

—¡Ah!, cierto. Llega demasiado pronto, media hora antes de tiempo. ¿Qué te trae por aquí antes de que haya desayunado, niña?

Esta pregunta se dirigía a la persona que entraba en la habitación, una joven envuelta en una capa de invierno, cuyos pliegues arrojaban con cierto garbo una figura claramente esbelta.

—He venido a toda prisa para ver cómo estabas, Hortense, y también Robert. Estaba segura de que los dos estaríais afligidos por lo que sucedió anoche. Yo no me he enterado hasta esta mañana; mi tío me lo ha contado durante el desayuno.

—¡Ah!, es indescriptible. ¿Lo lamentas por nosotros? ¿Lo lamenta tu tío por nosotros?

—Mi tío está muy enfadado, pero con Robert, creo, ¿no es así? ¿No fue contigo al páramo de Stilbro?

—Sí, emprendimos la marcha con un estilo muy marcial, Caroline, pero los prisioneros a los que íbamos a rescatar acudieron a nuestro encuentro a medio camino.

—Por supuesto, no hubo ningún herido, ¿no?

—Pues no; sólo unas rozaduras de Joe Scott en las muñecas por haberlas tenido atadas con fuerza a la espalda.

—¿Tú no estabas allí? ¿No ibas en los carros que fueron atacados?

—No, uno no suele tener la suerte de hallarse presente en sucesos a los que desearía asistir especialmente.

—¿Adónde vas esta mañana? He visto a Murgatroyd ensillando tu caballo en el patio.

—A Whinbury: hoy es día de mercado.

—El señor Yorke también va; me he cruzado con su calesa. Vuelve a casa con él.

—¿Por qué?

—Dos son mejor que uno y a nadie le disgusta el señor Yorke; al menos entre los pobres.

—Por lo tanto, sería una protección para mí, al que odian, ¿no es eso?

—Al que no entienden; eso, seguramente, lo describe mejor. ¿Volverás tarde? ¿Volverá tarde, prima Hortense?

—Es muy probable; a menudo tiene muchos asuntos que despachar en Whinbury. ¿Has traído tu libro de ejercicios, niña?

—Sí. ¿A qué hora regresarás, Robert?

—Suelo regresar a las siete. ¿Quieres que vuelva más temprano a casa?

—Procura volver más bien antes de la seis. En esta época todavía es de día a las seis, pero a las siete ya ha anochecido completamente.

—¿Y qué peligros debo temer, Caroline, cuando haya anochecido? En mi caso, ¿qué peligro crees que acompaña a la oscuridad?

—No estoy segura de poder definir mis miedos, pero todos sentimos ahora cierta ansiedad por nuestros amigos. Mi tío dice que corren tiempos peligrosos. También dice que los propietarios de las fábricas son impopulares.

—¿Y que yo soy uno de los más impopulares? ¿No es un hecho? Eres reacia a decirlo con claridad, pero en el fondo crees que estoy expuesto a sufrir el mismo destino que Pearson, al que dispararon, por cierto, no desde detrás de un seto, sino en su propia casa a través de la ventana de la escalera, cuando subía a acostarse.

—Anne Pearson me enseñó la bala en la puerta de la habitación —comentó Caroline con seriedad, doblando su capa y dejándola sobre una mesita junto con su manguito—. ¿Sabes? —continuó—, hay un seto a lo largo de toda la carretera desde aquí hasta Whinbury, y hay que pasar por las plantaciones de Fieldhead, pero a las seis ya habrás vuelto... ¿o antes?

—Desde luego que sí —afirmó Hortense—. Y ahora, niña, prepara las lecciones para decírmelas luego, mientras yo pongo en remojo los guisantes para el puré de la comida.

Tras esta indicación, Hortense abandonó la estancia.

—¿Sospechas, entonces, que tengo enemigos, Caroline? —preguntó el señor Moore—, y sin duda sabes que carezco de amigos.

—No careces de ellos, Robert. Tienes a tu hermana, a tu hermano Louis, al que jamás he visto, al señor Yorke, y a mi tío; además, claro está, de otros muchos.

—Te verías en un aprieto para nombrar a esos «otros muchos» —dijo Robert con una sonrisa—. Pero muéstrame tu libro de ejercicios. ¡Qué arduos esfuerzos dedicas a la escritura! Supongo que mi hermana exige todo ese esmero: quiere formarte en todo siguiendo el modelo de una colegiala flamenca. ¿Qué vida estás destinada a llevar, Caroline? ¿Qué harás con tu francés, tu dibujo y demás aptitudes cuando las hayas adquirido?

—Dices bien, cuando las haya adquirido, pues, como sabes, hasta que Hortense empezó a enseñarme, sabía bien poco. En cuanto a la vida para la que estoy destinada, no sabría decírtelo. Supongo que llevaré la casa de mi tío hasta... —vaciló.

—¿Hasta qué? ¿Hasta que se muera?

—No. ¡Qué duro has sido diciendo eso! Yo jamás pienso en su muerte; sólo tiene cincuenta y cinco años. Hasta que... en definitiva, hasta que los acontecimientos me ofrezcan otras ocupaciones.

—¡Una perspectiva extraordinariamente vaga! ¿Te contentas con eso?

—Antes sí. Los niños, ¿sabes?, no reflexionan demasiado, o más bien dedican sus reflexiones a asuntos ideales. Ahora hay momentos en los que no me siento del todo satisfecha.

—¿Por qué?

—No gano dinero... no gano nada.

—Veo que vas al grano, Lina. Así pues, ¿también tú quieres ganar dinero?

—Sí, me gustaría tener una ocupación; si fuera chico, no me costaría encontrar una. Veo un modo muy fácil y agradable de aprender un negocio y abrirme camino en la vida con él.

—Sigue, oigamos cuál es ese modo.

—Podría aprender tu negocio, el negocio textil. Podría aprenderlo de ti, dado que somos parientes lejanos. Yo trabajaría en la oficina de contabilidad, llevaría los libros y redactaría las cartas mientras tú te ocupas del mercado. Sé que tu gran deseo es ser rico para poder pagar las deudas de tu padre; quizá yo podría ayudarte a conseguirlo.

—¿Ayudarme? Deberías pensar en ti misma.

—Ya lo hago, pero ¿acaso ha de pensar uno siempre únicamente en sí mismo?

—¿En quién más pienso yo? ¿En quién más me atrevo a pensar? Los pobres no deben tener demasiadas simpatías; su cerrazón es obligada.

—No, Robert...

—Sí, Caroline. La pobreza es necesariamente egoísta, constreñida, servil, llena de desasosiegos. De vez en cuando, el corazón de un pobre hombre, visitado por el sol y el rocío, puede crecer como la vegetación incipiente que ve en ese jardín en este día primaveral, puede sentirse preparado para desarrollar su follaje, quizá incluso para florecer, pero no debe alentar ese placentero impulso; debe invocar a la prudencia para dominarlo con ese gélido aliento suyo que es tan cortante como un viento del norte.

—Ninguna casa sería feliz entonces.

—Cuando hablo de pobreza, no me refiero tanto a la pobreza natural y habitual de la clase trabajadora, como a la embarazosa penuria del hombre endeudado; el esclavo del trabajo al que me refiero es un comerciante debatiéndose siempre entre estrecheces, agobiado por las preocupaciones.

—Alimenta la esperanza, no la ansiedad. Estás obsesionado con ciertas ideas. Quizá sea presuntuoso por mi parte decir esto, pero tengo la impresión de que andas errado en tus ideas sobre los medios de obtener la felicidad, igual que en... —Segunda vacilación.

—Soy todo oídos, Caroline.

—En... —«¡valor!, ayúdame a decir la verdad»— en tu forma de tratar, cuidado, he dicho sólo tu forma, a los trabajadores de Yorkshire.

—Has querido decirme esto a menudo, ¿no es cierto?

—Sí, a menudo, muy a menudo.

—Creo que los defectos de mi comportamiento son sólo negativos. No soy orgulloso: ¿de qué puede sentirse orgulloso un hombre en mi posición? Sólo soy taciturno, flemático y triste.

—Como si tus aprestadores fueran máquinas, igual que tus telares y tus tundidoras; en tu propia casa pareces diferente.

—Para los de mi propia casa no soy un extraño, como lo soy para esos payasos ingleses. Puedo hacerme el benevolente con ellos, pero fingir no es mi fuerte. Me parecen irracionales y perversos; obstaculizan mi camino cuando deseo ir hacia adelante. Tratándolos con justicia cumplo sobradamente mi

deber para con ellos.

—No esperarás que te quieran, por supuesto.

—Ni lo deseo.

—¡Ah! —dijo la joven amonestadora, meneando la cabeza y exhalando un hondo suspiro. Con esa exclamación que indicaba que percibía un tornillo suelto en alguna parte, pero no estaba en su mano apretarlo, se inclinó sobre sus ejercicios de gramática y buscó la regla y el ejercicio del día.

—Supongo que no soy un hombre cariñoso, Caroline; el afecto de unos pocos me basta.

—Por favor, Robert, ¿querrías arreglarme un par de plumas antes de marcharte?

—Primero déjame que te haga una pauta en el libro, porque siempre te las apañas para hacer las líneas torcidas... Ahí está... Y ahora las plumas; te gustan muy finas, ¿no?

—Como las sueles arreglar para Hortense y para mí, no con esas puntas tan gruesas que haces para ti.

—Si tuviera la profesión de Louis, podría quedarme en casa y dedicarte la mañana a ti y a tus estudios; en cambio, he de pasarla en el almacén de lana de Sykes.

—Estarás ganando dinero.

—Más bien perdiéndolo.

Cuando terminaba de arreglar las plumas, le llevaron un caballo ensillado y con las bridas puestas hasta la verja del jardín.

—Ahí está Fred, listo para mí; debo irme. Primero echaré también un vistazo para ver qué ha hecho la primavera en el límite sur.

Salió de la habitación y salió al jardín que había detrás de la fábrica. Una encantadora franja de hierba joven y capullos en flor —de campanillas de invierno, flores del azafrán, e incluso prímulas— se abría al sol bajo la ardiente pared del edificio. Moore recogió flores y hojas de aquí y de allá hasta formar un pequeño ramo; regresó al gabinete, hurtó un hilo de seda del costurero de su hermana, ató las flores y las depositó sobre el escritorio de Caroline.

—Ahora, buenos días.

—Gracias, Robert; es muy bonito; colocado ahí, parecen chispas de sol y cielo azul. Buenos días.

Moore se encaminó hacia la puerta, se detuvo, abrió la boca como si fuera a hablar, no dijo nada y siguió adelante. Atravesó el portillo y montó su caballo; segundos después había saltado al suelo otra vez, pasándole las riendas a Murgatroyd, y volvía a entrar en la casa.

—He olvidado los guantes —dijo, aparentando coger algo de la mesita; luego, como si fuera una idea improvisada, señaló—: ¿Tienes algún compromiso que te obligue a volver a casa, Caroline?

—No tengo nunca ninguno; sólo tengo que tejer unos calcetines para niños que la señora Ramsden ha pedido para la cesta del judío, pero eso puede esperar.

—Que la cesta del judío... ¡se venda! No hay utensilio con un nombre más adecuado. No se concibe nada más judío, por su contenido y su precio. Pero veo algo, una levísima mueca de desprecio en las comisuras de tus labios, que me dice que conoces los méritos de la cesta tan bien como yo. Olvídala, pues, y pasa el día aquí para variar. A tu tío no le partirá el alma tu ausencia, ¿no?

—No. —Sonreía.

—¡El viejo cosaco! Eso me parecía —musitó Moore—. Entonces quédate y come con Hortense, se alegrará de tu compañía. Yo regresaré a su debido tiempo. Tendremos una pequeña velada de lectura. La luna sale a las ocho y media y te acompañaré andando hasta la rectoría a las nueve. ¿Estás de acuerdo?

Ella asintió y sus ojos se iluminaron.

Moore se demoró aún un par de minutos más: se inclinó sobre el escritorio de Caroline y echó una ojeada a su gramática, toqueteó su pluma, alzó el ramo y jugueteó con él. Su caballo piafaba, impacientado; Fred Murgatroyd carraspeó y tosió junto a la verja, como si se preguntara qué podía estar haciendo su amo.

—Buenos días —repitió Moore, y desapareció al fin.

Al entrar Hortense diez minutos después, descubrió, sorprendida, que Caroline aún no había comenzado su ejercicio.

CAPÍTULO VI

CORIOLANO

La pupila de mademoiselle Moore se mostró aquella mañana algo distraída. Caroline olvidaba una y otra vez las explicaciones que recibía; sin

embargo, aguantó las reprimendas por su falta de atención sin perder el buen humor. Sentada al sol, cerca de la ventana, parecía recibir con su calor una influencia benéfica que la hacía sentirse feliz y buena a la vez. Así dispuesta, ofrecía su mejor aspecto, y era ésta una visión placentera.

No le había sido negado el don de la belleza; no era absolutamente necesario conocerla para que a uno le gustara; era lo bastante hermosa para agradar, incluso a primera vista. Tenía una figura acorde con su edad: juvenil, ágil y ligera; todas sus curvas eran finas y todos sus miembros proporcionados; su rostro era expresivo y afable; tenía unos bellos ojos, dotados en ocasiones de una atractiva mirada que llegaba directa al corazón, con un lenguaje que apelaba tiernamente a los afectos. Su boca era encantadora; tenía la piel delicada y una hermosa mata de cabellos castaños que sabía peinar con gusto; los rizos la favorecían y disponía de ellos en pintoresca abundancia. Su manera de vestir proclamaba su buen gusto: estilo discreto, con telas que estaban lejos de ser costosas, pero adecuadas por su color al cutis blanco con el que contrastaban y, por la hechura, a la esbelta figura que envolvían. Su atuendo invernal en aquel momento era de lana merina, del mismo suave tono marrón que sus cabellos; el pequeño cuello se cerraba en torno a su garganta con un lazo rosa sobre una cinta del mismo color; no llevaba ningún otro adorno.

Tal era el aspecto de Caroline Helstone. En cuanto a su carácter o intelecto, si es que los tenía, habrán de hablar por sí mismos a su debido tiempo.

Sus relaciones familiares son fáciles de explicar. Era hija de un matrimonio mal avenido que se había separado poco después de su nacimiento. Su madre era hermanastra del padre del señor Moore; así pues —aunque no existía un vínculo de sangre—, en cierto grado distante, era prima de Robert, Louis y Hortense. Su padre era hermano del señor Helstone, un hombre de esos que los amigos no desean recordar cuando la muerte da por zanjadas todas las cuentas terrenales pendientes. Había hecho infeliz a su mujer: las historias que de él se sabían con certeza habían dado un aire de probabilidad a las que circulaban falsamente sobre su hermano, que era hombre de principios. Caroline no había conocido a su madre, dado que la habían separado de ella en su infancia y no había vuelto a verla; su padre había muerto a una edad relativamente temprana y hacía varios años que su tío era su único tutor. Ni la naturaleza ni los hábitos del señor Helstone, como sabemos, lo calificaban para ocuparse de una jovencita: no se había molestado demasiado en educarla; seguramente no se habría molestado en absoluto de no haber sido porque, viéndose descuidada, Caroline se había preocupado por sí misma y había pedido de vez en cuando un poco de atención y los medios para adquirir los conocimientos más indispensables. Aun así, seguía teniendo la deprimente sensación de que era inferior, de que sus conocimientos eran menores de los

que solían tener las chicas de su misma edad y condición, y con gran alegría había aprovechado la amable oferta de su prima Hortense, poco después de la llegada de ésta a la fábrica de Hollow, de enseñarle francés y costura. Por su parte, mademoiselle Moore realizaba esta tarea encantada, porque le daba tono; le gustaba tiranizar un poco a una pupila dócil, pero de mente despierta. Tomó a Caroline exactamente por lo que ella misma se consideraba: una chica de educación imperfecta, ignorante incluso, y, cuando descubrió que hacía rápidos y ávidos progresos, no atribuyó esa mejoría al talento ni a la aplicación de la alumna, sino enteramente a su propio método de enseñanza superior. Cuando descubrió que Caroline, que carecía de una disciplina rutinaria, tenía ciertos conocimientos, inconexos pero variados, ese descubrimiento no le causó sorpresa, pues imaginó que la chica había cosechado aquellos tesoros inadvertidamente en el curso de sus conversaciones; lo pensó incluso cuando se vio obligada a admitir que su pupila sabía mucho sobre temas de los que ella sabía poco: la idea no era lógica, pero Hortense la creía a pies juntillas.

Mademoiselle, que se enorgullecía de poseer un esprit positif y de albergar una decidida predilección por los estudios más áridos, intentó inculcar lo mismo a su joven prima en la medida de lo posible. Le hacía trabajar implacablemente la gramática de la lengua francesa, imponiéndole interminables analyses logiques como el mejor ejercicio que podía idear. Aquellos «análisis» no eran en absoluto una fuente de placer para Caroline; creía que podría haber aprendido francés igualmente sin ellos y lamentaba de veras el tiempo perdido en reflexionar sobre propositions, principales et incidents, en decidir el incidente determinative y el incidente applicative, en examinar si la proposición era pleine, elliptique o implicite. Algunas veces se perdía en aquel laberinto y entonces, de vez en cuando (mientras Hortense estaba arriba revolviendo sus cajones, ocupación inexplicable a la que dedicaba una buena parte cada día, arreglándolos, desarreglándolos y volviendo a arreglarlos una y otra vez), se iba con el libro a la oficina de contabilidad y allanaba las dificultades con ayuda de Robert. El señor Moore tenía un cerebro despejado y tranquilo; casi en el momento mismo en que sus ojos se posaban sobre los pequeños quebraderos de cabeza de Caroline, éstos parecían disolverse bajo su mirada: en dos minutos lo explicaba todo; en dos palabras daba con la clave del rompecabezas. Caroline pensaba que aprendería mucho más deprisa ¡sólo con que Hortense le enseñara igual que él! Recompensándole con una sonrisa admirativa y agradecida, más bien dirigida a sus pies que a su rostro, Caroline abandonaba entonces de mala gana la fábrica para volver a la casa, y luego, mientras terminaba el ejercicio o resolvía la suma (pues mademoiselle Moore también le enseñaba aritmética), deseaba que la naturaleza la hubiera hecho hombre en lugar de mujer, deseaba poder pedirle a Robert que le dejara ser su escribiente y sentarse con él en la oficina de contabilidad, en lugar de estar con Hortense en el gabinete.

En alguna que otra ocasión —pero esto ocurría muy raras veces—, pasaba la velada en la casa de Hollow. A veces, durante estas visitas, Moore se hallaba lejos, en algún mercado; algunas veces había ido a casa del señor Yorke; a menudo se hallaba ocupado con algún visitante masculino en otra habitación; pero también había veces en que estaba en casa, desocupado y libre para hablar con Caroline. Cuando éste era el caso, las horas pasaban volando antes de ser contadas. No había estancia en Inglaterra más agradable que aquel gabinete cuando lo ocupaban los tres primos. Cuando no enseñaba, reprendía o cocinaba, Hortense estaba muy lejos de ser una mujer malhumorada; tenía por costumbre relajarse hacia la noche y mostrarse amable con su joven pariente inglesa. Existía, además, un modo de volverla encantadora: convencerla para que cogiera su guitarra, cantara y tocara; se mostraba entonces realmente afable y, dado que tocaba con destreza y tenía una voz bien templada, no era desagradable escucharla: habría sido realmente agradable de no haber sido porque su carácter formal y vanidoso modulaba su tono, igual que se manifestaba en sus modales y moldeaba su semblante.

Liberado del yugo del trabajo, el señor Moore, si bien no era una persona vivaz, resultaba un complaciente espectador de la vivacidad de Caroline y un oyente bien dispuesto de su charla, presto a responder a sus preguntas. Era agradable sentarse a su lado, revolotear a su alrededor, dirigirse a él y mirarlo. Algunas veces era aún mejor, animado casi, amable y amistoso.

El inconveniente estaba en que a la mañana siguiente, indefectiblemente, volvía a mostrarse frío, y por mucho que pareciera disfrutar, a su modo tranquilo, con aquellas veladas, raras veces procuraba repetir las. Esta circunstancia desconcertaba a su inexperta prima. «Si yo tuviera a mi disposición un medio de obtener la felicidad —pensaba—, emplearía ese medio a menudo; lo tendría lustroso por el uso y no lo arrinconaría durante semanas hasta que se oxidara».

Sin embargo, ponía gran cuidado en no llevar a la práctica su propia teoría. Por mucho que le gustara pasar la velada en casa de sus primos, jamás lo hacía sin ser invitada. En realidad, declinaba a menudo cuando Hortense insistía en que fuera, porque Robert no la secundaba o porque sólo lo hacía superficialmente. Aquella mañana era la primera vez en que él la invitaba por voluntad propia y de forma espontánea, y además, se había expresado con tanta amabilidad que, al oírle, la felicidad de Caroline había bastado para tenerla alegre el resto del día.

La mañana transcurrió como de costumbre. Mademoiselle, siempre muy ajetreada, la pasó en idas y venidas apresuradas entre la cocina y el gabinete, ora riñendo a Sarah, ora repasando el ejercicio de Caroline o escuchando cómo repetía la lección. Aunque estas tareas se realizaran sin fallo alguno, ella jamás las alababa: tenía como máxima que los elogios se contradecían con la

dignidad de un maestro y que la censura, en mayor o menor medida, le era indispensable. Creía que las incesantes reprimendas, leves o severas, eran totalmente necesarias para conservar su autoridad; y si no era posible hallar error alguno en las lecciones, era la conducta, o el porte, o el vestido, o la actitud, lo que merecían su corrección.

Durante la comida se produjo la habitual refriega; cuando Sarah entró por fin con ella en la habitación, prácticamente la arrojó sobre la mesa con una expresión que denotaba bien a las claras: «Jamás había servido una cosa así en toda mi vida; no es bueno ni para los perros». Pese al desprecio de Sarah, la comida era sabrosa. La sopa era una especie de puré de guisantes secos, que mademoiselle había preparado entre amargas quejas contra aquel desolado país que era Inglaterra, donde no podían encontrarse judías verdes. Luego había un plato de carne —de naturaleza desconocida, pero supuestamente variada— cortada de forma singular y horneada en un molde con pedazos de pan sazonados de un modo único, pero no repulsivo; era un plato raro, pero no desagradaba al paladar en absoluto. Unas verduras extrañamente machacadas lo acompañaban como guarnición. La comida se completaba con un pastel de fruta conservada según una receta ideada por la grand-mère de madame Gérard Moore; por el gusto que tenía, parecía probable que la mélasse hubiera sido sustituida por azúcar.

Caroline no tenía objeciones a la cocina belga; en realidad, disfrutaba con el cambio, y afortunadamente así era, pues, de haber expresado repugnancia hacia ese tipo de cocina, tal manifestación le habría hecho perder el favor de mademoiselle para siempre; un crimen se le habría perdonado más fácilmente que un síntoma de aversión a los comestibles foráneos.

Poco después de la comida, Caroline engatusó a su prima institutriz para que subiera a vestirse: esta maniobra requería destreza.

Insinuar que la falda corta, el cubrecorsé y los papeles de rizar eran objetos detestables o, en realidad, cualquier cosa menos puntos meritorios, habría sido una felonía. Cualquier intento prematuro por acelerar su desaparición era, por tanto, poco sensato, y probablemente daría como resultado que mademoiselle perseverara en llevarlos todo el día. Sin embargo, esquivando rocas y arenas movedizas con cuidado, la pupila consiguió llevar arriba a la maestra con el pretexto de que necesitaba cambiar de ambiente y, una vez en el dormitorio, la convenció de que no valía la pena volver luego y que podía aprovechar ya para asearse. Mientras mademoiselle pronunciaba una solemne homilía sobre el mérito incomparable de desdeñar las frivolidades de la moda, Caroline la despojó del cubrecorsé, le puso un vestido decente, le arregló el cuello, los cabellos, etcétera, y la dejó totalmente presentable. Mas Hortense quiso darse los últimos toques y éstos consistieron en un grueso pañuelo atado alrededor del cuello y un gran delantal negro como de criada, que lo estropeaba todo.

Por nada del mundo quería aparecer mademoiselle en su propia casa sin el grueso pañuelo y el voluminoso delantal; el primero era una evidente cuestión de moralidad: era totalmente indecoroso no llevar pañuelo; el segundo era el distintivo de una buena ama de casa: al parecer creía que por medio del delantal de algún modo hacía grandes economías con la renta de su hermano. Con sus propias manos había confeccionado y ofrecido a Caroline un equipo similar, y la única disputa grave que habían tenido y que había dejado un poso de resentimiento en el alma de la prima mayor tenía su origen en la negativa de la más joven a aceptar aquellos elegantes regalos.

—Llevo un vestido cerrado y con cuello —dijo Caroline—. Tendría la sensación de que me ahogo si además llevara un pañuelo, y mis delantales cortos sirven igual que ese tan largo; prefiero no cambiar.

Sin embargo, a fuerza de perseverancia, seguramente Hortense la habría obligado a hacer el cambio, de no haber sido porque el señor Moore oyó casualmente una discusión al respecto y decidió que el pequeño delantal de Caroline era suficiente y que, en su opinión, dado que todavía no era más que una niña, podía prescindir del pañuelo por el momento, sobre todo porque sus rizos eran largos y casi le tocaban los hombros.

No había apelación posible a la opinión de Robert; por lo tanto su hermana se vio obligada a ceder, aunque desaprobaba totalmente la provocativa elegancia del atuendo de Caroline y la gracia femenina de su aspecto; habría considerado beaucoup plus convenable algo más uniforme y sencillo.

La tarde estuvo dedicada a la costura. Mademoiselle, como la mayoría de las señoritas belgas, era especialmente hábil con la aguja. En modo alguno consideraba que fuera una pérdida de tiempo dedicar innumerables horas a hacer bellos bordados, encajes que destrozaban la vista, a tejer maravillosamente y, sobre todo, al más complejo zurcido de calcetines. En cualquier momento era capaz de consagrar un día entero a zurcir dos agujeros en un calcetín, y consideraba su «misión» noblemente cumplida cuando terminaba. Otro de los apuros de Caroline consistía en verse condenada a aprender aquel estilo de zurcir extranjero, que se hacía puntada a puntada a fin de imitar con exactitud el tejido del calcetín; un proceso agotador, pero que Hortense Gérard tenía por uno de los principales «deberes de una mujer», igual que sus antepasados de varias generaciones. A ella misma le habían puesto en las manos una aguja, hilo de algodón y un calcetín tremendamente agujereado cuando aún llevaba la cofia infantil sobre su morena cabecita: sus hauts faits en la especialidad del zurcido habían sido exhibidos ante las visitas desde los seis años de edad. Cuando descubrió que Caroline era profundamente ignorante en aquellos conocimientos esenciales, poco le faltó para llorar de pena por su juventud terriblemente desatendida.

No perdió tiempo en encontrar un par de medias cuya situación era desesperada, con los talones completamente gastados, y en poner a la ignorante joven inglesa a enmendar esta deficiencia: hacía dos años que había empezado esta tarea y Caroline aún tenía las medias en su bolsa de labores. Zurcía unas cuantas pasadas cada día, a modo de penitencia por sus pecados: eran una gravosa carga para ella; habría preferido con mucho echar las medias al fuego. En una ocasión el señor Moore, que la había visto suspirando mientras zurcía, le había propuesto quemarlas en secreto en la oficina de contabilidad, pero Caroline sabía que sería una imprudencia aceptar su proposición, pues el resultado sólo podía ser un nuevo par de medias, seguramente en un estado aún peor; se aferró, por tanto, a lo malo conocido.

Durante toda la tarde las dos mujeres estuvieron cosiendo, hasta que los ojos, los dedos, e incluso el espíritu de una de ellas, se agotaron. Había oscurecido desde la comida; había empezado a llover otra vez, a llover a cántaros. Empezó a apoderarse de Caroline el secreto temor de que el señor Sykes o el señor Yorke convencieran a Robert de que se quedara en Whinbury hasta que aclarase, y esto no parecía probable por el momento. Dieron las cinco y el tiempo discurrió lentamente; las nubes seguían derramando lluvia; el suspiro del viento susurraba en las cumbres de la casa; el día parecía terminar ya; el fuego del gabinete arrojaba sobre el despejado hogar un resplandor rojizo como el del crepúsculo.

—No despegaré hasta que salga la luna —opinó mademoiselle Moore—; por lo tanto, estoy segura de que mi hermano no regresará hasta entonces; la verdad es que lamentaría que lo hiciera. Tomaremos ya el café; sería inútil esperarle.

—Estoy cansada, ¿puedo dejar ya la labor, prima?

—Sí, porque está oscureciendo y no se ve lo suficiente para hacerlo bien. Dóblala y guárdala cuidadosamente en la bolsa, luego ve a la cocina y pídele a Sarah que traiga la merienda, o el té, como lo llaman aquí.

—Pero aún no han dado las seis; aún podría venir.

—No vendrá, te lo digo yo. Puedo pronosticar sus movimientos. Conozco a mi hermano.

La incertidumbre es fastidiosa, la decepción amarga. Todo el mundo lo ha sentido en uno u otro momento. Obediente a las órdenes, Caroline fue a la cocina. Sarah se estaba haciendo un vestido, sentada a la mesa.

—Tienes que traer el café —dijo la joven con tono decaído; y luego apoyó el brazo y la cabeza en la repisa de la chimenea de la cocina, y contempló el fuego con apatía.

—¡Qué abatida parece usted, señorita! Pero eso es porque su prima la tiene todo el día trabajando. ¡Es una vergüenza!

—Nada de eso, Sarah —fue la escueta réplica.

—¡Oh! Pero si lo sé. Ahora mismo se echaría a llorar y sólo porque se ha pasado el día aquí sentada. Hasta un gato se entristecería si estuviera enjaulado de esa manera.

—Sarah, cuando llueve, ¿suele volver tu señor temprano del mercado?

—Nunca, casi nunca; pero justamente hoy lo ha hecho, no sé por qué.

—¿Qué quieres decir?

—Ha vuelto: hace cinco minutos, cuando he ido a buscar agua a la bomba, estoy segura de que he visto a Murgatroyd metiendo su caballo en el patio por la parte de atrás. Creo que estaba en la oficina de contabilidad con Joe Scott.

—Te equivocas.

—¿Por qué habría de equivocarme? ¿Acaso no conozco su caballo?

—Pero no lo has visto a él en persona.

—Pero le he oído hablar. Le estaba diciendo a Joe Scott algo así como que había arreglado todos los medios y maneras, y que habría un nuevo cargamento de telares antes de que pasara una semana, y que esta vez conseguiría cuatro soldados del cuartel de Stilbro para proteger el carro.

—Sarah, ¿estás haciendo un vestido?

—Sí, ¿es bonito?

—¡Precioso! Prepara el café. Yo terminaré de cortar esa manga, y te daré algo para adornarlo. Tengo una cinta estrecha de raso de un color que haría juego.

—Es usted muy amable, señorita.

—Date prisa, sé buena chica; pero primero pon los zapatos de tu amo en la chimenea; se quitará las botas cuando entre. Ya le oigo... viene hacia aquí.

—¡Señorita!, está cortando mal la tela.

—Es verdad, pero sólo es un tijeretazo; no se ha perdido nada.

La puerta de la cocina se abrió; entró el señor Moore, empapado y aterido de frío. Caroline se volvió a medias, pero reanudó su tarea por un momento, como si quisiera ganar tiempo con algún propósito. Inclineda sobre el vestido, no se le veía la cara; hizo un intento por serenarse y velar su expresión, pero fracasó: cuando por fin miró al señor Moore, su faz estaba radiante.

—Ya no te esperábamos; decían que no vendrías —dijo.

—Pero yo había prometido volver pronto; supongo que me esperabais, ¿no?

—No, Robert; no me atrevía a esperarte con esta lluvia tan fuerte. Y estás calado y muerto de frío. Cámbiate de ropa; si coges frío, me... nos sentiríamos culpables en cierta medida.

—No estoy calado; mi capa de montar es impermeable. Lo único que necesito son un par de zapatos secos. Ya está; el fuego es reconfortante después de unos cuantos kilómetros de lluvia y viento frío.

Se colocó delante del hogar de la cocina; Caroline se situó a su lado. Mientras disfrutaba del reconfortante calor, el señor Moore posó la vista en los relucientes objetos de cobre que había en el estante sobre el hogar. Luego, bajando casualmente los ojos, su mirada se posó sobre un rostro alzado, encendido, sonriente, feliz, sombreado por unos sedosos rizos, iluminado por unos hermosos ojos. Sarah había ido al gabinete con una bandeja: una reprimenda de su señora la retuvo allí. Moore puso una mano sobre el hombro de su joven prima un momento, se inclinó y la besó en la frente.

—¡Oh! —dijo ella, como si ese gesto hubiera abierto sus labios sellados—, me he sentido desolada al pensar que no vendrías; ahora casi soy demasiado feliz. ¿Eres feliz tú, Robert? ¿Te alegras de volver a casa?

—Creo que sí; esta noche al menos.

—¿Estás seguro de que no temes por tus telares y por tu negocio y por la guerra?

—Ahora mismo, no.

—¿Estás convencido de que no encuentras que Hollow's Cottage es demasiado pequeño para ti, y mezquino y deprimente?

—En este momento, no.

—¿Puedes afirmar que no sientes amargura en tu corazón porque los ricos y los poderosos no se acuerdan de ti?

—No me hagas más preguntas. Te equivocas si crees que anhelo buscar el favor de los ricos y los poderosos. Sólo quiero recursos, una posición, una carrera.

—Que tu talento y tu bondad harán posibles. Naciste para ser importante; serás importante.

—Me pregunto, si realmente hablas con el corazón en la mano, qué receta me darías para adquirir esa importancia; pero ya lo sé, mejor incluso que tú

misma. ¿Sería eficaz, daría resultado? Sí: pobreza, miseria, ruina. ¡Oh! ¡La vida no es como tú crees, Lina!

—Pero tú eres como yo creo que eres.

—No lo soy.

—¿Eres mejor, pues?

—Mucho peor.

—No, mucho mejor. Sé que eres bueno.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo parece; y yo siento que lo es.

—¿Dónde lo sientes?

—En el corazón.

—¡Ah!, me juzgas con el corazón, Lina; deberías juzgarme con la cabeza.

—Lo hago, y estoy muy orgullosa. Robert, no sabes todo lo que pienso de ti.

El rostro moreno del señor Moore mudó de color; sus labios sonrieron y, sin embargo, los tenía apretados; sus ojos reían y, sin embargo, fruncía el entrecejo decididamente.

—Piensa mal de mí, Lina —dijo—. Los hombres, en general, son una especie de escoria, muy diferente de cuanto puedas imaginar; no pretendo ser mejor que mis congéneres.

—Si lo pretendieras, no te apreciaría yo tanto como te aprecio; precisamente porque eres modesto tengo tanta confianza en tus méritos.

—¿Me adulas? —preguntó él, volviéndose bruscamente para estudiar el rostro de su prima con aguda penetración.

—No —respondió ella dulcemente, riéndose ante su ímpetu repentino. No parecía creer que hiciera falta negar con vehemencia aquella acusación.

—¿No te importa que crea o no crea que me adulas?

—No.

—¿Tan segura estás de tus propias intenciones?

—Supongo que sí.

—¿Cuáles son, Caroline?

—Tranquilizar tan sólo mis pensamientos, expresando por una vez parte de lo que siento, y hacer luego que estés más satisfecho de ti mismo.

—¿Convenciéndome de que una de mis parientes es mi amiga sincera?

—Exactamente; soy tu amiga sincera, Robert.

—Y yo soy... lo que la oportunidad y los avatares hagan de mí, Lina.

—Pero no mi enemigo, espero.

La respuesta quedó en suspenso porque Sarah y su señora entraron juntas en la cocina con cierto revuelo. Gracias a su tardanza, el señor Moore y la señorita Helstone habían pasado el rato platicando mientras ellas discutían sobre el asunto del café au lait, que según Sarah era la mezcla más extraña que había visto en su vida y una manera de malgastar los dones del Señor, puesto que «el café había que hervirlo en agua», pero que, según afirmaba mademoiselle, era un breuvage royal, mil veces demasiado bueno para la mediocre persona que le ponía reparos.

Los anteriores ocupantes de la cocina se retiraron al gabinete. Antes de que Hortense los siguiera, Caroline sólo tuvo tiempo para preguntar de nuevo:

—¿Pero no mi enemigo, Robert?

Y Moore había respondido con otra pregunta y la voz trémula:

—¿Cómo podría ser tu enemigo?

Luego, sentándose a la mesa, instaló a Caroline a su lado.

Caroline apenas oyó la explosión de ira de mademoiselle cuando ésta se reunió con ellos; el largo discurso sobre la conduite indigne de cette méchante créature sonó en sus oídos de forma tan confusa como el agitado tintineo de la porcelana. Robert se rio un poco, con mucha contención, y luego, rogando a su hermana con calma y cortesía que se serenara, le aseguró que, si ello podía proporcionarle alguna satisfacción, debía elegir otra sirvienta entre las chicas de su fábrica; su único temor era que difícilmente las hallara de su agrado, puesto que, según tenía entendido, la mayoría de ellas ignoraba por completo las tareas domésticas y, por muy impertinente y terca que fuera Sarah, quizá no era peor que la mayor parte de las mujeres de su clase.

Mademoiselle admitió la verdad de esta conjetura: según ella, ces paysannes anglaises étaient toutes insupportables. Qué no daría ella por une bonne cuisinière anversoise, con la cofia alta, la falda corta y unos zuecos decentes propios de su clase; ¡algo mejor, desde luego, que una coqueta insolente con un vestido sin volantes y sin cofia! (pues Sarah, al parecer, no compartía la opinión de san Pablo cuando decía que «es una vergüenza que una mujer vaya con la cabeza descubierta», sino que sostenía una doctrina contraria, y resueltamente se negaba a encerrar entre lino o muselina las gruesas guedejas de sus cabellos amarillos, los cuales solía sujetar elegantemente en la nuca con una peineta o llevar rizados hacia delante los

domingos).

—¿Quieres que te busque una chica de Amberes? —preguntó el señor Moore, que, severo en público, era por lo general muy benevolente en privado.

—Merci du cadeau! —fue la respuesta—. Una chica de Amberes no se quedaría aquí ni diez días, porque se burlarían de ella todas las jóvenes coquinas de tu fábrica. —Luego, suavizando su tono, añadió—: Eres muy bueno, querido hermano, disculpa mi mal humor, pero desde luego mis apuros domésticos son graves. Sin embargo, seguramente es mi destino, pues recuerdo que nuestra venerada madre experimentó padecimientos similares aunque podía elegir entre los mejores sirvientes de todo Amberes. Los criados son todos una pandilla de mimados e indisciplinados.

El señor Moore tenía también ciertos recuerdos de las dificultades de su venerada madre. Para él había sido una buena madre, y como tal honraba su memoria, pero recordaba que tenía una pésima relación con la cocina en Amberes, igual que su fiel hermana en Inglaterra. Así pues, dejó correr el tema y, cuando se retiró el servicio del café, procedió a consolar a Hortense yendo en busca de su libro de partituras y de su guitarra. Tras haber arreglado la cinta del instrumento en torno a su cuello con la tranquila solicitud fraternal que, como bien sabía, calmaba indefectiblemente sus estados de ánimo más agitados, le pidió que le cantara alguna de las canciones favoritas de su madre.

Nada purifica tanto como el afecto. La discordancia familiar vulgariza; la unión familiar eleva. Complacida y agradecida, Hortense parecía casi agraciada mientras tocaba, casi hermosa; su quejumbrosa expresión cotidiana desapareció por unos instantes, y fue sustituida por un sourire plein de bonté. Cantó las canciones solicitadas con sentimiento; le recordaban a una madre con la que había estado muy unida, le recordaban sus años juveniles. Observó también que Caroline escuchaba con cándido interés; esto acrecentó su buen humor y la exclamación al final de la canción: «¡Ojalá tocara y cantara como Hortense!», dio en el clavo y la volvió encantadora para el resto de la velada.

También es cierto que, a continuación, echó un pequeño sermón a Caroline sobre la vanidad de desear y el deber de intentar. Sugirió que, al igual que Roma no se construyó en un día, tampoco la educación de mademoiselle Gérard Moore se había completado en una semana o por el mero hecho de desear ser inteligente. Era el esfuerzo lo que había hecho posible la gran tarea: siempre se había destacado por su perseverancia, por su aplicación: sus maestros habían comentado que era tan encantador como insólito hallar tanto talento unido a tanta solidez, y cosas por el estilo. Una vez metida en el tema de sus propios méritos, mademoiselle habló con soltura.

Arrebujada por fin en un feliz engreimiento, cogió el punto y se sentó tranquilamente. Las cortinas echadas, un buen fuego, la suave luz de una

lámpara daban al gabinete su mejor aspecto: su encanto vespertino. Es probable que las tres personas allí presentes notaran ese encanto: todos parecían felices.

—¿Qué hacemos ahora, Caroline? —preguntó el señor Moore, volviendo a sentarse junto a su prima.

—¿Qué hacemos, Robert? —repitió ella con tono juguetón—. Tú decides.

—¿No jugamos al ajedrez?

—No.

—¿Ni a las damas ni al chaquete?

—No, no; los dos detestamos los juegos silenciosos que sólo mantienen las manos ocupadas, ¿verdad?

—Creo que sí; entonces ¿nos dedicamos al chismorreo?

—¿Sobre quién? ¿Nos interesa alguien lo suficiente para obtener placer de ponerlo de vuelta y media?

—Una pregunta muy acertada. Por mi parte, aunque suene muy poco amable, debo decir que no.

—Y yo también. Pero es extraño; aunque no necesitamos a una tercera... cuarta quiero decir —rápidamente echó una mirada contrita a Hortense—, persona (así de egoístas somos en nuestra felicidad), aunque no queremos pensar en el mundo actual, sería agradable volver la vista hacia el pasado, escuchar a quienes han dormido durante generaciones en tumbas que quizá ya no son tales, sino jardines y campos, mientras nos hablan para contarnos sus pensamientos y transmitirnos sus ideas.

—¿Quién hablará? ¿En qué idioma? ¿Francés?

—Tus antepasados franceses no hablaban con tanta dulzura ni solemnidad, ni de forma tan impresionante, como tus ancestros ingleses, Robert. Esta noche serás totalmente inglés: leerás un libro inglés.

—¿Un libro inglés antiguo?

—Sí, un libro inglés antiguo, uno que te guste, y elegiremos una parte que armonice perfectamente con algo tuyo. Despertará tu naturaleza, llenará tu cabeza de música: pasará como una mano diestra sobre tu corazón y pulsará sus fibras. Tu corazón es una lira, Robert, pero el destino no te ha hecho músico y no puedes tocarla, y suele estar muda. Dejemos que el glorioso William se acerque y la toque: verás cómo arrancará la intensidad y la melodía inglesas de sus cuerdas.

—¿Debo leer a Shakespeare?

—Debes tener su espíritu ante ti; debes oír su voz con los oídos del espíritu; debes incorporar parte de su alma a la tuya.

—Con el fin de hacerme mejor. ¿Habrá de funcionar como un sermón?

—Habrá de animarte, infundirte nuevas sensaciones. Te hará sentir la vida con fuerza, no sólo las virtudes, sino también los vicios y perversiones.

—Dieu! Que dit-elle? —exclamó Hortense, que hasta entonces había estado contando puntos en la labor que tejía sin atender demasiado a lo que se decía; pero aquellas dos fuertes palabras fueron como un pellizco para sus oídos.

—No te preocupes, hermana, deja que hable; deja que diga cuanto le apetezca esta noche. Algunas veces le gusta meterse con tu hermano; me divierte, así que déjala en paz.

Caroline, que, subida a una silla, había estado revolviendo la librería, regresó con un libro.

—Aquí está Shakespeare —dijo— y aquí está Coriolano. Ahora, lee y descubre por los sentimientos que la lectura despertará en ti inmediatamente hasta dónde llegan su bajeza y su grandeza.

—Ven, pues, siéntate a mi lado y corrígeme cuando pronuncie mal.

—¿Seré entonces la maestra y tú mi pupilo?

—Ainsi sot-il!

—¿Y Shakespeare es nuestra ciencia, puesto que vamos a estudiarlo?

—Eso parece.

—¿Y no te mostrarás francés, ni escéptico ni burlón? ¿Y no pensarás que es un signo de sabiduría negarse a admirar?

—No lo sé.

—Si lo haces, Robert, me llevaré a Shakespeare y me marchitaré por dentro, y me pondré el sombrero y me iré a casa.

—Siéntate; voy a empezar.

—Un momento, por favor, hermano —interrumpió mademoiselle—, cuando el caballero de una familia lee, las señoras tienen que coser siempre. Caroline, querida niña, coja su bordado; puede hacer tres ramitos esta noche.

—No veo bien con la luz de la lámpara —dijo Caroline, consternada—; tengo los ojos cansados y no puedo hacer bien dos cosas a la vez. Si coso, no puedo escuchar; si escucho, no puedo coser.

—Fi, donc! Quel enfantillage! —empezó a decir Hortense. Como de costumbre, el señor Moore intervino con tono afable.

—Permítele abandonar el bordado por esta noche. Quiero que fije toda su atención en mi acento, y para ello tiene que seguir la lectura con los ojos; tiene que mirar el libro.

Lo colocó entre los dos, descansó el brazo sobre el respaldo de la silla de Caroline, y así empezó a leer.

La primera escena de Coriolano fue del gusto picante de su paladar intelectual, y aún estaba alegre mientras leía. Pronunció con deleite el altanero discurso de Cayo Marco a los hambrientos ciudadanos; no dijo que le pareciera bien su orgullo irracional, pero parecía pensarlo. Caroline le miró con una sonrisa singular.

—Hemos dado ya con uno de tus vicios —dijo—, simpatizas con ese orgulloso patricio que no siente compasión por sus compatriotas hambrientos y los insulta; adelante, sigue.

Robert prosiguió. Las hazañas guerreras no le animaron demasiado; dijo que todo aquello estaba pasado de moda, o que debería estarlo, porque ahí se manifestaba un espíritu bárbaro; sin embargo, le encantó el encuentro a solas entre Marco y Tulio Aufidio. A medida que avanzaba, olvidó criticar; era evidente que apreciaba el poder, la verdad de cada parte y, saliéndose de la estrecha línea de los prejuicios personales, empezó a saborear el amplio retrato de la naturaleza humana y a sentir la realidad impresa en los personajes que le hablaban desde el papel.

No leía bien las escenas cómicas; de modo que, cogiéndole el libro de las manos, Caroline las leyó por él. Oyéndoselas a ella, Robert pareció disfrutarlas, y ciertamente las leía con un vigor que nadie hubiera esperado, con una expresividad que pareció adquirir en el acto y sólo para aquel breve instante. Podemos señalar, de paso, que el carácter general de su conversación aquella noche, tanto si era seria como vivaz, grave o alegre, surgía de algo natural, no estudiado, intuitivo, caprichoso, en cuanto desaparecía, era tan imposible reproducirlo tal como había sido como lo es reproducir el rayo indirecto del meteoro, los matices puros de una gema, la forma o el color de la nube en el crepúsculo, el fugaz espejeo del agua en la corriente de un arroyo.

Coriolano cubierto de gloria, Coriolano caído en desgracia, Coriolano desterrado, se sucedían como sombras gigantescas una tras otra. Ante la visión del hombre desterrado, el espíritu de Moore pareció hacer una pausa. Contemplaba ante el hogar del salón de Aufidio la imagen de la grandeza caída, más grande que nunca en su bajeza. Vio «el lúgubre aspecto», el rostro ensombrecido «con expresión autoritaria», «el noble navío con el aparejo

roto». Moore comprendía perfectamente la venganza de Cayo Marco; no le escandalizó; y de nuevo Caroline susurró:

—Ahí vislumbro otro sentimiento de camaradería equivocado.

La marcha sobre Roma, la súplica de la madre, la larga resistencia, el sometimiento final de las bajas pasiones a las más elevadas, como ha de ser siempre en una naturaleza digna del epíteto de noble, la cólera de Aufidio por lo que él considera debilidad en su aliado, la muerte de Coriolano, la aflicción final de su gran enemigo; todas aquellas escenas hechas de verdad y fuerza condensadas se fueron sucediendo, llevando con ellas, en su fluir rápido y profundo, el corazón y el pensamiento de quien leía y de quien escuchaba.

—Bien, ¿has sentido a Shakespeare? —preguntó Caroline unos diez minutos después de que su primo hubiera cerrado el libro.

—Creo que sí.

—¿Y has sentido algo de Coriolano en ti?

—Quizá sí.

—¿No era grande a la vez que imperfecto?

Moore asintió.

—¿Y cuáles eran sus imperfecciones? ¿Qué hizo que lo odiaran los ciudadanos? ¿Por qué lo desterraron sus compatriotas?

—¿Qué cree usted?

—Vuelvo a preguntar...

Whether was it pride,
which out of daily fortune ever taints
the happy man? whether defect of judgement,
to fail in the disposing of those chances
which he was lord of? or whether nature,
not to be other than one thing; not moving
from the casque to the cushion, but commanding peace
even with the same austerity and garb
as he controlled the war?

—Bueno, responde tú misma, Esfinge.

—Fue por una mezcla de todo. Y tú no debes ser orgulloso con tus obreros; no debes desaprovechar las oportunidades para apaciguarlos, y no debes tener

una naturaleza inflexible, ni expresar una petición con tanta solemnidad como si fuera una orden.

—Ésa es la moral que tú atribuyes a la obra. ¿Cómo se te han metido esas ideas en la cabeza?

—Porque deseo tu bienestar, porque me preocupa tu seguridad, querido Robert, y porque me dan miedo muchas cosas que he oído últimamente: que tu vida corre peligro.

—¿Quién le dice esas cosas?

—Oigo a mi tío hablar de ti: alaba la fortaleza de tu espíritu, tu talante decidido, el desprecio que muestras a los enemigos viles, tu determinación a no «ser servil con la chusma», como dice él.

—¿Y tú querrías que fuera servil?

—No, por nada del mundo; jamás deseo que te rebajes. Pero, no sé por qué, no puedo evitar pensar que es injusto incluir a toda la pobre gente trabajadora en el término general e insultante de «la chusma», así como pensar en ellos y tratarlos siempre con arrogancia.

—Eres una pequeña demócrata, Caroline; ¿qué diría tu tío si se enterara?

—Apenas hablo con mi tío, como ya sabes, y nunca de tales cosas; él cree que todo lo que no sea coser y cocinar desborda los límites de comprensión de la mujer y está fuera de su competencia.

—¿Y tú supones que comprendes las cosas sobre las que me aconsejas?

—En lo que a ti conciernen, las comprendo. Sé que sería mucho mejor para ti que tus obreros te quisieran en lugar de odiarte, y estoy segura de que es más fácil ganarse su estima con amabilidad que con orgullo. Si te mostraras orgulloso y frío conmigo y con Hortense, ¿te querríamos nosotras? Cuando eres frío conmigo, como ocurre a veces, ¿puedo arriesgarme a corresponderte con cariño?

—Bueno, Lina, ya me has dado mi clase de lengua y de ética, con un toque de política; ahora te toca a ti. Hortense me ha dicho que te gusta mucho un poema que aprendiste el otro día, un poema del pobre André Chénier, «La joven cautiva». ¿Lo recuerdas aún?

—Creo que sí.

—Repítelo, entonces. Tómame tu tiempo y cuida el acento; sobre todo que no haya «us» inglesas.

Empezando en voz baja y bastante trémula, pero envalentonándose a medida que avanzaba, Caroline repitió los dulces versos de Chénier; las

últimas tres estrofas las declamó bien.

Mon beau voyage encore est si loin de sa fin!

Je pars, et des ormeaux qui bordent le chemin

j'ai passé les premiers à peine.

Au banquet de la vie à peine commencé,

un instant seulement mes lèvres ont pressé

la coupe en mes mains encore pleine.

Je ne suis qu'au printemps —je veux voir la moisson;

et comme le soleil, de saison en saison,

je veux achever mon année.

Brillante sur ma tige, et l'honneur du jardin

je n'ai vu luire encore que les feux du matin,

je veux achever ma journée!

Al principio Moore escuchaba cabizbajo, pero pronto alzó la vista furtivamente: recostado en la silla, pudo contemplar a Caroline sin que ella percibiera dónde miraba. Aquella noche, las mejillas de Caroline tenían un color, sus ojos un brillo y su semblante una expresión que incluso habrían vuelto atractivas unas facciones vulgares; pero en su caso no existía ningún penoso defecto de vulgaridad que hubiera que perdonar. El sol no arrojaba su luz sobre una tosca aridez; caía sobre un suave rubor. Todos los rasgos estaban moldeados con gracia; su aspecto general era agradable. En aquel momento —animada, interesada, conmovida— podía considerarse hermosa. Un rostro como el suyo estaba pensado para despertar no sólo el tranquilo sentimiento del aprecio, o el distante de la admiración, sino también un sentimiento más delicado, más vivificante, más íntimo: amistad, quizá... afecto, interés. Cuando terminó, Caroline se volvió hacia Moore y sus ojos se encontraron.

—¿Lo he repetido bien? —preguntó, sonriendo como una niña dócil y feliz.

—En realidad, no lo sé.

—¿Por qué no lo sabes? ¿No me has escuchado?

—Sí, y te he mirado. ¿Eres aficionada a la poesía, Lina?

—Cuando tropiezo con auténtica poesía no descanso hasta que me la aprendo de memoria, y la hago así en parte mía.

El señor Moore guardó silencio varios minutos. Dieron las nueve; entró

Sarah y anunció que había llegado la criada del señor Helstone para acompañar a la señorita Caroline.

—Entonces la velada se ha acabado ya —comentó ella—, y supongo que tardaré mucho en volver a pasar otra aquí.

Hacía rato que Hortense cabeceaba sobre la labor; dormida ahora, no replicó al comentario.

—¿No pondrías reparos a venir a pasar la velada aquí más a menudo? —preguntó Robert, al tiempo que cogía la capa doblada de su prima de una mesita, donde aún yacía, y la envolvía en ella con esmero.

—Me gustaría venir, pero no deseo ser una intrusa. No insinúo que deseo que me lo pidáis; espero que me entiendas.

—¡Oh! Te entiendo, criatura. Algunas veces me sermoneas por desear ser rico, Lina, pero si fuera rico, tendrías que vivir siempre aquí; de todas formas, deberías vivir conmigo fuera cual fuera mi morada.

—Eso sería agradable; y si fueras pobre, pobrísimo, también sería agradable. Buenas noches, Robert.

—Te había prometido acompañarte hasta la rectoría.

—Ya lo sé, pero pensaba que lo habías olvidado y no sabía cómo recordártelo, aunque deseaba hacerlo. ¿Te gustaría venir? La noche es fría y, como ha venido Fanny, no hay necesidad...

—Aquí tienes tu manguito. No despiertes a Hortense. Vamos.

El kilómetro escaso hasta la rectoría se recorrió en poco tiempo. Se despidieron en el jardín sin un beso, apenas con un leve apretón de manos; sin embargo, Caroline entró en casa nerviosa y alegremente turbada. Robert había sido especialmente amable con ella aquel día: no con frases, ni cumplidos, ni declaraciones, sino con sus modales, sus miradas, su tono suave y amistoso.

En cuanto a él, volvió a casa grave, casi taciturno. De pie, apoyado en la verja del patio, meditando bajo la acuosa luz de la luna, completamente solo —la fábrica oscura y dormida ante él, la hondonada rodeada de colinas a su alrededor—, exclamó bruscamente:

—¡Esto no puede ser! Hay debilidad en todo esto, es la ruina total. Sin embargo —añadió, bajando la voz—, el arrebató es temporal. Lo sé muy bien: lo he tenido antes. Mañana ya habrá pasado.

CAPÍTULO VII

LOS COADJUTORES TOMAN EL TÉ

Caroline Helstone tenía sólo dieciocho años, y a los dieciocho años la auténtica historia de la vida aún no ha comenzado. Antes de ese momento, nos sentamos y escuchamos un cuento, una maravillosa ficción, deliciosa a ratos, a ratos triste, casi siempre irreal. Antes de ese momento, nuestro mundo es heroico, sus habitantes son semidioses o semidemonios, sus paisajes son escenarios de ensueño: bosques más oscuros y colinas más extrañas, cielos más fúlgidos, aguas más peligrosas, flores más dulces, frutos más tentadores, llanuras más amplias, desiertos más áridos y campos más soleados que los que se encuentran en la naturaleza se extienden por nuestro mundo encantado. ¡Qué luna contemplamos antes de ese momento! ¡De qué modo el estremecimiento que en nuestro corazón produce su aspecto atestigua su indescriptible belleza! En cuanto a nuestro sol, es un cielo ardiente: el mundo de los dioses.

En esa época, a los dieciocho años, acercándonos a los confines de esos sueños ilusorios, vacíos, el país de las hadas queda a nuestra espalda, las orillas de la realidad se alzan ante nosotros. Esas orillas están lejos todavía; parecen tan azules, tan suaves y amables, que ansiamos alcanzarlas. A la luz del sol, vemos verdor bajo el azul celeste, como de prados primaverales; vislumbramos líneas plateadas e imaginamos el oleaje de las aguas. Si pudiéramos alcanzar esa tierra, no pensaríamos más en la sed y el hambre, cuando lo cierto es que, antes de poder saborear la auténtica dicha, habremos de atravesar muchos desiertos, y a menudo el río de la Muerte, o algún arroyo de aflicción tan frío y casi tan negro como la Muerte. Todas las alegrías que da la vida han de ganarse, y sólo los que han luchado por grandes premios saben lo mucho que eso cuesta. La sangre del corazón ha de adornar con rojas gemas la frente del combatiente antes de que la ciñan los laureles de la victoria.

A los dieciocho años no somos conscientes de estas cosas. Cuando nos sonrío la esperanza y nos promete la felicidad para el mañana, implícitamente le damos crédito; cuando el amor llega vagando como un ángel perdido hasta nuestra puerta, lo admitimos al punto, le damos la bienvenida, lo abrazamos: no vemos su temblor; si sus flechas nos atraviesan, su herida es como la sensación de una nueva vida: no tememos que lleven veneno, ni tememos las lengüetas que ninguna sanguijuela pueda extraer: se cree que esa peligrosa pasión —una agonía incluso en alguna de sus fases; para muchos, una agonía de principio a fin— es un bien incalificable; en resumen, a los dieciocho años aún no se ha entrado en la escuela de la experiencia y todavía no se han estudiado sus lecciones humillantes, abrumadoras, opresivas y, sin embargo, purificadoras y estimulantes.

¡Ay, la experiencia! Ningún otro mentor tiene un rostro tan consumido y

pétreo como el tuyo; ninguno lleva una toga tan negra, ni utiliza una vara tan pesada, ninguno atrae al novicio con mano tan inexorable y de forma tan severa hacia su tarea, ni le obliga con autoridad tan ineluctable a realizarla. Sólo gracias a tus instrucciones el hombre o la mujer llegan a encontrar un camino seguro a través de los desiertos de la vida; sin él, ¡cómo tropiezan, cómo van a la deriva! ¡En qué lugares prohibidos se adentran, por qué horribles pendientes los arrojan!

Después de haber llegado a casa acompañada por Robert, Caroline no deseaba pasar el resto de la velada con su tío; la habitación en que se hallaba el rector era un recinto sagrado para ella, en el que irrumpía muy pocas veces; aquella noche se quedó arriba hasta que sonó la campana para el rezo. En casa del señor Helstone se repetía parte del oficio religioso de la noche como forma de culto: lo leía con su acostumbrada voz nasal, clara, alta y monótona. Terminado el rito, su sobrina se acercó a él, como tenía por costumbre.

—Buenas noches, tío.

—¡Vaya! Has estado fuera de casa todo el día; de visita, comiendo, ¡y quién sabe qué más!

—No me he movido de Hollow's Cottage.

—¿Y has tomado las lecciones?

—Sí.

—¿Y has hecho una camisa?

—Sólo parte de una.

—Bueno, es suficiente; sigue con la aguja, aprende a hacer camisas y vestidos y masa para pasteles, y algún día serás una mujer inteligente. Ahora sube a acostarte; yo estoy ocupado aquí con un opúsculo.

Al poco rato, la sobrina se hallaba en su pequeño dormitorio; la puerta estaba cerrada con pestillo, ella llevaba su camisón blanco y los largos cabellos sueltos, cayendo en suaves y espesas ondas hasta la cintura; y cuando, descansando de la tarea de peinarlos, apoyó la mejilla en la mano y clavó la vista en la alfombra, ante ella se alzaron, rodeándola, las visiones que tenemos a los dieciocho años.

Sus pensamientos le hablaban, y era placentero lo que decían, al parecer, pues sonreía mientras escuchaba. Estaba hermosa mientras así meditaba, pero había en aquel aposento algo más resplandeciente que ella: el espíritu de la esperanza juvenil. Según este adulator profeta, Caroline no volvería a saber lo que eran las decepciones, ni volvería a notar la frialdad; había entrado en el amanecer de un día estival —no en un amanecer falso, sino en la auténtica fuente de la mañana— y su sol saldría rápidamente. Era imposible sospechar

ser víctima de una ilusión: sus expectativas parecían garantizadas, los cimientos sobre los que descansaban parecían sólidos.

«Cuando la gente se ama, el siguiente paso es casarse»: éste era su argumento. «Bueno, yo amo a Robert, y estoy segura de que Robert me ama a mí; lo he pensado muchas veces; hoy lo siento. Cuando le he mirado después de recitar el poema de Chénier, sus ojos (¡qué ojos tan bonitos tiene!) le han transmitido la verdad a mi corazón. Algunas veces tengo miedo de hablarle, por no ser demasiado franca, ni parecer descarada, pues más de una vez he lamentado amargamente el exceso de palabras superfluas, temiendo haber dicho más de lo que él esperaba oírme decir y que desaprobara lo que podía considerar como indiscreción. Ahora, esta noche, podría haberme arriesgado a expresar cualquier pensamiento, de tan indulgente como estaba. ¡Qué amable ha sido mientras veníamos por el camino! Él no halaga ni dice tonterías; su galanteo (su amistad, quiero decir; por supuesto, no considero todavía que me corteje, pero espero que lo haga algún día) no es como leemos en los libros, es mucho mejor: original, tranquilo, viril, sincero. Realmente me gusta; si se casara conmigo, yo sería una excelente esposa para él: le descubriría sus defectos (porque tiene unos pocos), pero procuraría su bienestar y lo cuidaría y me esforzaría por hacerle feliz. Estoy segura de que mañana no se mostrará frío; estoy casi convencida de que mañana por la noche vendrá aquí o me pedirá que vaya a su casa».

Volvió a peinarse los cabellos, largos como los de una sirena; girando la cabeza, mientras se peinaba, se vio el rostro y la figura en el espejo. Tales imágenes devuelven a la realidad a las personas sin atractivo: sus propios ojos no se dejan embrujar, saben entonces que los ojos de otros no pueden ver en ellos fascinación alguna; pero es natural que las personas atractivas extraigan otras conclusiones: la imagen es encantadora y debe fascinar. Caroline vio una figura y una cabeza que, daguerrotipadas en aquella actitud y con aquella expresión, habrían resultado cautivadoras; no pudo por menos que ver en aquel espectáculo la confirmación de sus anhelos. Se acostó, pues, con un regocijo sin merma.

Y con regocijo sin merma se levantó al día siguiente; cuando entró en la salita del desayuno de su tío y le deseó buenos días con moderada alegría, incluso el hombrecillo de bronce pensó, por un momento, que su sobrina se estaba convirtiendo en «una hermosa muchacha». Por lo general, Caroline se mostraba silenciosa y tímida con él, muy dócil, pero poco comunicativa; aquella mañana, sin embargo, tenía muchas cosas que decir. Entre ellos sólo podían comentarse temas insignificantes, pues con una mujer —una muchacha—, el señor Helstone no hablaría de nada más. Caroline había dado un temprano paseo por el jardín y contó a su tío que las flores empezaban a brotar; preguntó cuándo iría el jardinero a recortar los arriates; le informó de

que unos estorninos empezaban a construir sus nidos en la torre de la iglesia (la iglesia de Briarfield estaba pegada a la rectoría); le extrañaba que el tañido de las campanas en el campanario no los asustara.

El señor Helstone opinó que eran como tantos otros estúpidos que acababan de aparearse: inconscientes de los inconvenientes, por el momento. Caroline, a la que su buen humor transitorio había vuelto quizá demasiado valiente, aventuró un tipo de comentario que jamás había osado esgrimir hasta entonces para responder a las observaciones que dejaba caer su venerado pariente.

—Tío —dijo—, siempre que habla del matrimonio, lo hace con desprecio; ¿cree que la gente no debería casarse?

—Decididamente lo más sensato es permanecer soltero, sobre todo en el caso de las mujeres.

—¿Todos los matrimonios son desgraciados?

—Millones de matrimonios son desgraciados; si todo el mundo confesara la verdad, quizá todos lo sean más o menos.

—Se enoja siempre que le piden que case a una pareja, ¿por qué?

—Porque a uno no le gusta actuar como cómplice en la comisión de una completa locura.

El señor Helstone respondió con tanta presteza que parecía contento de aprovechar la oportunidad de darle a su sobrina su opinión sobre ese punto. Envalentonada por la impunidad que hasta entonces había acompañado a sus preguntas, fue un poco más allá.

—Pero ¿por qué —dijo— tiene que ser una completa locura? Si dos personas se gustan, ¿por qué no han de consentir en vivir juntas?

—Se cansarán la una de la otra; se cansarán la una de la otra en un mes. El que comparte contigo el mismo yugo no es un compañero; él o ella sufre contigo.

No fue en absoluto una ingenua simplicidad lo que inspiró la siguiente pregunta de Caroline; fue un sentimiento de antipatía hacia tales opiniones y de desagrado hacia el que las sostenía.

—Cualquiera diría que no ha estado usted casado, tío; cualquiera pensaría que es usted un viejo solterón.

—Prácticamente lo soy.

—Pero usted ha estado casado. ¿Por qué se contradijo a sí mismo casándose?

—Todos los hombres cometen una locura un par de veces en la vida.

—Así pues, ¿usted se cansó de mi tía y mi tía de usted, y fueron desgraciados juntos?

Los labios del señor Helstone se fruncieron en una mueca de cinismo, se arrugó su frente morena y emitió un gruñido inarticulado.

—¿No te convenía acaso? ¿No era de carácter afable? ¿No te acostubraste a ella? ¿No lamentaste su muerte?

—Caroline —dijo el señor Helstone bajando la mano lentamente a tres o cinco centímetros de la mesa y, de repente, golpeando con fuerza la superficie de caoba—, entiende bien esto: es vulgar y pueril confundir lo general con lo particular: en todos los casos existe una regla y hay excepciones. Tus preguntas son estúpidas e infantiles. Si has acabado de desayunar, toca la campanilla.

Se retiró el servicio del desayuno. Una vez concluido éste, tío y sobrina tenían por costumbre separarse y no volverse a ver hasta la comida; pero ese día la sobrina, en lugar de abandonar la habitación, se dirigió al asiento de la ventana y se sentó allí. El señor Helstone miró a un lado y a otro, incómodo, un par de veces, como si deseara que se fuera, pero Caroline miraba por la ventana y no parecía prestarle atención, de modo que siguió leyendo el periódico de la mañana, que resultó ser especialmente interesante puesto que se habían producido nuevos movimientos en la península Ibérica y ciertas columnas eran prolijas en largos despachos del general lord Wellington. Poco imaginaba mientras leía qué pensamientos ocupaban la mente de su sobrina, pensamientos que la conversación de hacía media hora había reavivado, sin ser su causa; eran ahora tumultuosos como abejas molestadas en una colmena, pero hacía años que habían instalado sus celdillas en el cerebro de Caroline.

Sopesaba el carácter y el temperamento de su tío, repitiendo sus sentimientos sobre el matrimonio. Los había sopesado muchas otras veces, tanteando la brecha que medía entre sus ideas y las de él, y así, en el otro lado del abismo ancho y profundo, había visto a otra figura junto a su tío, igual que la veía ahora, una forma extraña, vaga, siniestra, apenas terrenal: la imagen borrosa de su propio padre, James Helstone, el hermano del rector.

A sus oídos habían llegado rumores sobre el carácter de su padre; viejos criados habían dejado caer alguna que otra insinuación. Sabía también que no era un buen hombre y que jamás había sido bueno con ella. Recordaba —y era un recuerdo sombrío— unas semanas que había pasado con él en cierta gran ciudad, sin doncella para vestirla ni cuidar de ella, encerrada día y noche en una alta buhardilla prácticamente desamueblada, sin alfombra y con una simple cama sin cortinas. Su padre salía temprano todas las mañanas y a

menudo olvidaba regresar y darle de comer durante el día, y por la noche, cuando volvía, parecía un poseso, furioso y terrible, o —lo que era aún más doloroso— un idiota, un imbécil insensato. Caroline sabía que había caído enferma en aquel lugar y que una noche, cuando estaba realmente grave, él había irrumpido en la habitación desvariando, afirmando que la mataría, porque era una carga para él; los gritos de Caroline habían atraído a personas que la ayudaron, y desde el momento en que la salvaron de él no había vuelto a verlo, salvo muerto en su ataúd.

Aqué! era su padre, pero también tenía una madre; aunque el señor Helstone no hablaba jamás de ella, aunque Caroline no recordaba haberla visto, sabía que estaba viva. Aquella madre era, pues, la mujer de un borracho. ¿Cómo había sido su matrimonio? Apartando los ojos de la celosía desde la que esperaba ver los estorninos (aunque no los había visto), en voz baja y con un tono triste y amargo, quebró así el silencio de la habitación:

—Supongo que habla usted del matrimonio como de una desgracia, por lo que vio de mis padres. Si mi madre sufrió lo que sufrí yo cuando estuve con papá, debió de llevar una vida horrible.

Así requerido, el señor Helstone giró en su silla y miró a su sobrina por encima de los anteojos; estaba estupefacto.

¡Sus padres! ¿Cómo se le había ocurrido mencionar a sus padres, de los que él no le había hablado jamás en los doce años que llevaban viviendo juntos? No imaginaba que tales ideas hubieran madurado por sí solas, que tuviera recuerdos o albergara especulaciones sobre sus padres.

—¿Tus padres? ¿Quién te ha hablado de ellos?

—Nadie, pero recuerdo un poco cómo era papá, y compadezco a mamá. ¿Dónde está ella?

Aquella pregunta la había tenido en la punta de la lengua cientos de veces, pero jamás la había formulado hasta entonces.

—No lo sé —respondió el señor Helstone—. Yo no la conocía apenas. Hace años que no tengo noticias tuyas, pero, dondequiera que esté, no piensa en ti en absoluto; jamás ha preguntado por ti y tengo razones para creer que no desea verte. Vamos, es la hora de tus clases. ¿No vas a casa de tu prima a las diez? Acaban de darlas.

Quizá Caroline hubiera añadido algo más, pero Fanny entró para informar a su señor de que los mayordomos querían hablar con él en la sacristía. El rector se apresuró a reunirse con ellos y su sobrina salió en dirección a casa de sus primos al poco rato.

El camino desde la rectoría a la fábrica de Hollow era cuesta abajo; fue,

por tanto, corriendo casi todo el tiempo. El ejercicio, el aire fresco, la idea de ver a Robert, de hallarse al menos en su casa, cerca de él, reavivó su ánimo, algo abatido. Cuando se hallaba a la vista de la blanca casa y oía ya el ruido atronador de la fábrica y su impetuosa corriente de agua, lo primero que vio fue a Moore en la verja del jardín. Allí estaba con su blusa holandesa ceñida y un gorro ligero cubriéndole la cabeza, atavío informal que le favorecía. Miraba hacia el otro lado del camino, opuesto a la dirección por la que llegaba su prima. Caroline se detuvo, se retiró un poco detrás de un sauce, y examinó a su primo.

«No tiene quien le iguale —pensó—; es tan guapo como inteligente. ¡Qué ojos tan penetrantes! ¡Qué facciones tan definidas y enérgicas, finas y serias, pero atractivas! Me gusta mucho su rostro; me gusta mucho su físico. ¡Me gusta mucho todo él! Mucho más que cualquiera de esos taimados coadjutores, por ejemplo. ¡Más que cualquier otro, lindo Robert!».

Rápidamente buscó la compañía del «lindo Robert». En cuanto a él, cuando Caroline llamó su atención, creo que habría pasado ante sus ojos como un fantasma de haber podido; pero, siendo un hecho y no una ficción, se vio obligado a someterse al saludo. Lo hizo breve: fue un saludo de primo, fraternal, amistoso, cualquier cosa menos el saludo de un pretendiente. El indescriptible encanto de la noche anterior había abandonado sus maneras, no era ya el mismo hombre o, al menos, no latía el mismo corazón en su pecho. ¡Penosa decepción, aguda contrariedad! Al principio la anhelante joven no quiso creerse aquel cambio, aunque lo veía y lo notaba. Fue difícil retirar la mano antes de que la de él concediera al menos algo parecido a una amable presión; fue difícil apartar los ojos de los de él hasta que su mirada expresara algo más cariñoso que una fría bienvenida.

El hombre que ama y se ve así despreciado puede hablar para pedir explicaciones; la mujer que ama nada puede decir. Si lo hiciera, el resultado sería vergüenza y angustia, y remordimiento por haberse delatado. La naturaleza estigmatizaría semejante manifestación como rebelión contra el instinto femenino, y se vengaría después en secreto, golpeando a la mujer súbitamente con el rayo del desprecio por sí misma. Toma las cosas tal como son; no hagas preguntas; no protestes: es lo más prudente. Esperabas pan y recibes una piedra; rómpete los dientes con ella y no chilles porque te martirice los nervios: no dudes de que tu estómago mental —si es que tienes tal cosa— es fuerte como el de un avestruz; la piedra será digerida. Extiendes la mano para recibir un huevo y el destino pone en ella un escorpión. No te muestres consternada, cierra los dedos fuertemente sobre el regalo, deja que te pique en la palma. No te preocupes; con el tiempo, después de que se te hayan hinchado la mano y el brazo, y hayan temblado mucho tiempo bajo la tortura, el escorpión estrujado morirá y tú habrás aprendido la gran lección de cómo

resistir sin un sollozo. Pues el resto de tu vida, si sobrevives a la prueba —se dice que algunas mueren en el intento—, serás más fuerte, más sabia, menos sensible. Quizá no seas consciente de ello en su momento, y, en consecuencia, esa esperanza no te infunde valor. La naturaleza, sin embargo, como se ha dado a entender, es una amiga excelente en tales casos: sella los labios, prohíbe las palabras, impone un plácido disimulo, disimulo que a menudo conlleva un semblante tranquilo y alegre al principio, pero con el tiempo se convierte en palidez y pesadumbre, y luego, cuando éstas desaparecen, en un práctico estoicismo que, no por agridulce, resulta menos reconstituyente.

¡Agridulce! ¿Es eso malo? No, debería ser amargo: la amargura es fuerza, es un tónico. La fuerza duce y dócil que sigue a un sufrimiento intenso no se halla en parte alguna: se engaña quien habla de ella. Puede que tras el tormento llegue una extenuación apática; si queda energía, será más bien peligrosa, mortífera frente a la injusticia.

¿Quién ha leído la balada de la «Pobre Mary Lee»? Me refiero a esa vieja balada escocesa, escrita en no sé qué generación y por no sé qué mano. A Mary la han tratado mal, seguramente ofreciéndole como cierto lo que era falso; no se queja, pero está sola en medio de la tormenta de nieve, y podemos oír sus pensamientos. No son los de una heroína modelo, dadas las circunstancias, sino los de una joven campesina profundamente dolida y muy resentida. La angustia la ha apartado del amor de la lumbre, llevándola a las colinas heladas, cubiertas por una mortaja de nieve. Acucillada bajo la «ventisca», recuerda todas las imágenes del horror: «el tritón de vientre amarillo», «la víbora peluda», «el viejo chucho ladrando a la luna», «el espectro nocturno», «el amargo endrino», «la leche sobre el lomo del sapo»; todo esto lo detesta, pero «¡más odia a Robin-a-Ree!».

Oh! ance I lived happily by yon bonny burn —
The warld was in love wi' me;
but now I maun sit'neath ihe cauld drift and mourn,
and curse black Robin-a-Ree!
Then whudder awa'thou bitter biting blast,
and sough through the scrunty tree,
and smoor me up in the snaw fu'fast,
and ne'er let the sun me see!
Oh, never melt awa, thoy wreath o'snaw,
that's sae kind in graving me;
but hide me frae the scorn and guffaw

o'villains like Robin-a-Ree!

Mas lo que se ha dicho en las dos últimas páginas no está relacionado con los sentimientos de Caroline Helstone, ni con la situación entre ella y Robert Moore. Robert no había hecho nada malo, no le había contado mentira alguna; era ella quien tenía la culpa, si alguien la tenía. Toda la amargura que pudiera destilar su alma debía ser derramada sobre su propia cabeza. Había amado sin que nadie se lo pidiera; una casualidad natural, algunas veces inevitable, pero preñada de sufrimiento.

Ciertamente, en ocasiones Robert había dado muestras de que ella le gustaba, pero ¿por qué? Porque Caroline se hacía tan agradable a sus ojos que, pese a todos sus esfuerzos, dejaba traslucir sin remedio unos sentimientos que ni su juicio aprobaba ni su voluntad sancionaba. Estaba a punto de interrumpir decididamente todo trato íntimo con ella porque no quería que su afecto se viera irremediabilmente comprometido, ni ser arrastrado, contra su razón, a un matrimonio que consideraba imprudente. Bien, ¿y ella qué haría? ¿Dar rienda suelta a sus sentimientos o dominarlos? ¿Perseguir a Robert o centrarse en sí misma? Si es débil, recurrirá a lo primero, perderá la estima de Robert y se granjeará su antipatía; si tiene sentido común, será su propia dueña, resolverá sojuzgar y llevar a buen gobierno el turbulento reino de sus emociones. Decidirá contemplar la vida con firmeza, tal como es; empezará a aprender seriamente sus severas verdades, y a estudiar sus intrincados problemas con detenimiento y minuciosidad.

Al parecer Caroline no carecía de sentido común, pues se despidió de Robert tranquilamente, sin quejarse ni hacer una sola pregunta —sin que se le alterara un músculo ni le cayera una sola lágrima—, se entregó a sus estudios bajo la dirección de Hortense, como de costumbre, y a la hora de comer volvió a casa sin entretenerse.

Cuando hubo comido y se halló a solas en la salita de la rectoría, tras dejar a su tío bebiendo su moderado vaso de oporto, la dificultad que acudió a su pensamiento y la dejó desconcertada fue: «¿Cómo voy a soportar este día?».

La noche de la víspera había esperado que el día siguiente sería igual, que de nuevo pasaría la velada con la felicidad y con Robert; por la mañana había comprendido que estaba en un error y, sin embargo, no podía calmarse, convencida de que no se daría ninguna circunstancia que la reclamara en Hollow's Cottage, ni que la llevara a ver de nuevo a Robert.

En más de una ocasión, su primo había ido dando un paseo hasta la rectoría después del té, para pasar una hora con su tío: la campanilla de la puerta había sonado, la voz de Robert se había oído en el corredor en el crepúsculo, cuando ella no esperaba semejante placer; y esto había ocurrido dos veces precisamente después de que él la hubiera tratado con peculiar reserva, y,

aunque rara era la vez en que le dirigía la palabra en presencia de su tío, no había dejado de mirarla mientras estaba allí, sentado frente a la mesa en la que trabajaba Caroline. Las pocas palabras que le dirigía entonces eran consoladoras; su actitud al desearle buenas noches era afable. Tal vez esta noche venga también, le decía la falsa esperanza; estaba casi segura de que era la falsa esperanza quien se lo susurraba, mas la escuchaba.

Intentó leer; no conseguía concentrarse. Intentó coser; cada puntada era un aburrimiento, la ocupación insufriblemente tediosa; abrió su escritorio e intentó escribir una redacción en francés; no hizo más que faltas.

De repente, la campanilla sonó con fuerza; le dio un vuelco el corazón, salió disparada hacia la puerta, la abrió con suavidad, asomó la cabeza por la abertura: Fanny hacía pasar a un visitante, un caballero, un hombre alto, justamente de la estatura de Robert. Por un segundo Caroline creyó que era él, por un segundo se sintió exultante, pero la voz que preguntaba por el señor Helstone la desengañó: era una voz irlandesa y, en consecuencia, no era la de Moore, sino la del coadjutor; era la voz de Malone. Fanny lo acompañó hasta el comedor, donde sin duda no tardaría en ayudar al rector a vaciar las licoreras.

Era un hecho digno de mención que, fuera cual fuera la casa de Briarfield, Whinbury o Nunnely por la que se dejara caer un coadjutor a la hora de la comida —comida o cena, según el caso—, otro coadjutor le seguía al poco rato, y a menudo no uno, sino dos. No era que se hubieran citado, sino que solían andar corriendo unos detrás de otros al mismo tiempo; Donne, por ejemplo, fue al alojamiento de Malone en su busca y, no hallándolo allí, inquirió adonde había ido. Al enterarse de su paradero gracias a la casera, salió corriendo en pos de él todo lo que le dieron de sí las piernas; las mismas causas operaron del mismo modo en Sweeting. Así, sucedió aquella tarde que los oídos de Caroline fueron atormentados tres veces por el sonido de la campanilla y la llegada de invitados no deseados, pues Donne siguió a Malone y Sweeting siguió a Donne. Desde el comedor se pidió que se subiera más vino de la bodega (pues, aunque el viejo Helstone regañaba a los sacerdotes subordinados cuando los encontraba «de jarana», como decía él, en sus propios alojamientos, en su mesa jerárquica gustaba siempre de ofrecerles un vaso de su mejor vino), y a través de la puerta Caroline oyó sus risas adolescentes, agudas y vacías. Su mayor temor era que se quedaran a cenar, pues no le gustaba nada hacer la cena para aquel trío en particular. ¡Qué distinciones hacemos las personas! Eran tres hombres, hombres jóvenes y educados como Moore; sin embargo, para ella, ¡qué gran diferencia! Estar en su compañía era un tostón; la de él, una delicia.

No sólo estaba destinada a disfrutar de su compañía clerical, sino que la Fortuna le enviaba en aquel momento cuatro invitados más, cuatro invitadas

metidas todas ellas en un faetón tirado por un poni que rodaba pesadamente por la carretera, procedente de Whinbury: una señora mayor y tres de sus rollizas hijas iban a visitar a Caroline «amistosamente», como era costumbre en la vecindad. Sí, la campanilla sonó una cuarta vez; Fanny entró en la salita anunciando lo siguiente:

—La señora Sykes y las tres señoritas Sykes.

Cuando Caroline recibía visitas, tenía el hábito de retorcerse las manos con gran nerviosismo, ruborizarse un poco y avanzar precipitadamente, aunque también con vacilación, con el deseo de estar en Jericó en aquel mismo instante. En tales crisis, mostraba de un modo deplorable que carecía de una educación completa, aunque había llegado a pasar un año entero en un colegio. En consecuencia, en esta ocasión, sus manos pequeñas y blancas se maltrataron la una a la otra de una forma lamentable mientras aguardaba de pie la entrada de la señora Sykes.

Con paso majestuoso entró dicha señora, una dama alta y biliosa que hacía una más que sobrada profesión de piedad, no del todo hipócrita, y que era muy dada a la hospitalidad para con el clero; con paso majestuoso entraron sus tres hijas, un llamativo trío, pues eran todas entradas en carnes y más o menos hermosas.

Se ha de señalar cierto aspecto propio de las señoras de la Inglaterra rural. Tanto si son jóvenes como viejas, guapas o feas, insípidas o vivaces, todas (o casi todas) tienen cierta expresión grabada en las facciones que parece decir: «No presumo de ello, pero sé que soy un modelo de decoro; por tanto, que todos a cuantos me acerque o que se acerquen a mí se mantengan ojo avizor, pues en lo que diferimos, tanto si es en el vestir como en los modales, las opiniones, los principios o la práctica, en eso están equivocados».

Lejos de ser excepciones a esta observación, la señora y las señoritas Sykes eran señaladas ilustraciones de su verdad. La señorita Mary —una joven agraciada, bienintencionada y, en conjunto, de buen carácter— llevaba su suficiencia con cierta ostentación, pero sin acritud; la señorita Harriet —una belleza— la llevaba con mayor autoridad: parecía altanera y distante; la señorita Hannah, que era engreída, presuntuosa e insistente, ostentaba la suya abiertamente y de forma deliberada; la madre la mostraba con la gravedad propia de su edad y de su reputación religiosa.

El recibimiento se hizo de una forma u otra. Caroline se alegraba de verlas (una mentira rematada); esperaba que estuvieran bien de salud y que la tos de la señora Sykes hubiera mejorado (la señora Sykes tenía tos desde hacía veinte años); esperaba que las hermanas que las señoritas Sykes habían dejado en casa estuvieran bien. A esta pregunta, que las señoritas Sykes, sentadas en tres sillas frente al taburete del piano en el que Caroline se había instalado sin

pretenderlo tras vacilar unos segundos entre el taburete y un gran sillón que, recordó al fin, debía invitar a ocupar a la señora Sykes (en realidad esta señora le ahorró la molestia al ocuparlo por sí misma); las señoritas Sykes, digo, respondieron a Caroline con una inclinación de cabeza simultánea, muy majestuosa y realmente intimidatoria. Siguió una pausa; aquella inclinación de cabeza era de las que garantizan el silencio durante los cinco minutos siguientes, cosa que consiguió. La señora Sykes preguntó entonces por el señor Helstone, si le había vuelto el reumatismo, si se fatigaba con dos sermones por domingo y si podía celebrar ya un oficio completo; al serle asegurado que sí, ella y sus tres hijas expresaron a coro su opinión de que era «un hombre maravilloso para sus años».

Segunda pausa.

Haciendo acopio de energía a su vez, la señorita Mary preguntó si Caroline había asistido a la reunión de la Sociedad Bíblica que se había celebrado en Nunnely el jueves por la noche; la respuesta negativa que la sinceridad impulsó a dar a Caroline —pues la noche del jueves la había pasado en casa leyendo una novela que le había prestado Robert— arrancó simultáneamente una expresión de sorpresa de labios de las cuatro señoras.

—Todas asistimos —dijo la señorita Mary—, mamá y nosotras. Incluso a papá lo convencimos para que fuera, Hannah le insistió mucho; pero se quedó dormido mientras hablaba el señor Langweilig, el ministro alemán de la Iglesia morava. Yo me sentí muy avergonzada viéndole dar cabezadas.

—Y estuvo el doctor Broadbent —exclamó Hannah—. ¡Qué maravilloso orador! Quién lo iba a decir, con esa presencia que tiene, casi vulgar.

—Pero es encantador —la interrumpió Mary.

—Y un hombre tan bueno, tan servicial —añadió la madre.

—Sólo que parece un carnicero —dijo la bella y orgullosa Harriet, metiendo baza—. Ni siquiera podía mirarlo; le escuché con los ojos cerrados.

La señorita Helstone se dio cuenta de su ignorancia y de su incompetencia; no habiendo visto al doctor Broadbent, no pudo dar su opinión. Se produjo la tercera pausa. Mientras duró, Caroline comprendió desde el fondo de su corazón que era una tonta soñadora, que llevaba una vida muy poco práctica, y que estaba muy poco capacitada para las relaciones ordinarias con el mundo ordinario. Comprendió que se había vinculado a la casa blanca de Hollow con absoluta exclusividad y que había cerrado todo su universo en torno a la existencia de uno de los moradores de aquella casa. Se dio cuenta de que no podía ser, de que algún día se vería obligada a hacer cambios. No puede decirse que deseara exactamente parecerse a las señoras que tenía ante ella, pero sí que quería superarse a sí misma para que no la asustara tanto su aire

digno.

El único medio que halló para reavivar la floja conversación fue preguntarles si se quedarían a tomar el té, y para ella fue un cruel esfuerzo simular aquella cortesía. La señora Sykes había empezado a decir:

—Se lo agradecemos, pero... —cuando volvió a entrar Fanny.

—Los caballeros se quedan a tomar el té, señora —era el mensaje que traía del señor Helstone.

—¿Qué caballeros son? —preguntó la señora Sykes. Escuchó los nombres. Intercambió una mirada con sus hijas; los coadjutores no eran para ellas lo mismo que para Caroline. El señor Sweeting era todo un favorito entre ellas; incluso podía decirse algo parecido del señor Malone, porque era un clérigo—. Bien, puesto que ya tienen ustedes compañía, creo que nos quedaremos —señaló la señora Sykes—. Formaremos un pequeño grupo de lo más agradable. Siempre estoy encantada de reunirme con el clero.

Caroline tuvo entonces que acompañarlas arriba, ayudarlas a quitarse los chales, alisarse los cabellos y ponerse guapas, volver a acompañarlas a la salita, repartir libros de grabados entre ellas, o cosas sueltas que había comprado de la cesta del judío; Caroline estaba obligada a comprar, aunque su contribución era escasa; de haber poseído dinero de sobra, habría preferido comprar todo el surtido cuando se lo llevaron a la rectoría —¡horrible pesadilla!— antes que contribuir con un mísero acerico.

Tal vez fuera conveniente explicar de pasada, en beneficio de quienes no estén au fait de los misterios de la «cesta del judío» y de la «cesta del misionero», que tales muebles son recipientes de mimbre con la capacidad de una cesta para la ropa de tamaño familiar, destinados al propósito de transportar de casa en casa una monstruosa colección de acericos, alfileros, tarjeteros, bolsas de labores, prendas para bebés, etcétera, hechos por las manos solícitas o reacias de las señoras cristianas de una parroquia y vendidos a la fuerza a los caballeros paganos de la misma parroquia, a precios descaradamente exorbitantes. Los beneficios de tan coercitivas ventas se destinan a la conversión de los judíos, a la búsqueda de las diez tribus perdidas o a la regeneración de la interesante población de color del orbe. Cada señora que contribuye a la cesta debe guardarla en casa durante el mes que le toca, coser lo que aporta y endosarle el contenido a una renuente clientela masculina. Cuando ese mes se acaba, llega un momento excitante: a algunas mujeres activas y con mentalidad de comerciante les gusta, y disfrutan enormemente haciendo pagar a rudos hiladores de estambre la friolera de un cuatrocientos o quinientos por ciento sobre el precio de coste por artículos absolutamente inútiles para ellos; otras almas más débiles ponen reparos, y preferirían ver al príncipe de las tinieblas en persona llamando a su puerta

cualquier mañana antes que aquella cesta fantasma que llegaba con «los saludos de la señora Rouse, y por favor, señora, dice que ahora es su turno».

Una vez cumplidos sus deberes como anfitriona, con más inquietud que alegría, la señorita Helstone fue a la cocina para sostener una breve conversación con Fanny y Eliza sobre el té.

—¡Cuánta gente! —exclamó Eliza, que era la cocinera—. Y yo que hoy no he hecho pan porque pensaba que habría de sobra hasta mañana; no tendremos bastante.

—¿Hay pastelillos para el té? —preguntó su joven señora.

—Sólo tres y un pan. Ojalá toda esa gente elegante se quedara en su casa hasta que los invitaran. Yo quería acabar de adornar mi sombrero.

—En tal caso —sugirió Caroline, a quien la importancia de la emergencia dio cierto brío—, Fanny tendrá que ir corriendo a Briarfield a comprar bollos, panecillos y unas galletas; y no te enfades, Eliza, ya no se puede hacer nada para evitarlo.

—¿Y qué servicio de té tengo que sacar?

—Oh, supongo que el mejor; iré a sacar el servicio de plata —dijo, y salió corriendo escalera arriba en dirección al armario de la vajilla. Al poco rato volvió a bajar con tetera, lechera y azucarero.

—¿Y tenemos que usar la tetera grande?

—Sí, y ahora prepáralo todo rápidamente, pues cuanto antes acabemos con el té, antes se irán; al menos, eso espero. ¡Ay! Ojalá se hubieran ido ya —dijo con un suspiro, volviendo a la salita.

«Aun así —pensó, deteniéndose ante la puerta antes de abrirla—, si viniera Robert, aunque fuera ahora, ¡qué alegre sería todo! ¡Qué fácil sería, en comparación, la tarea de distraer a esas personas si él estuviera aquí! Sería interesante oírle hablar (aunque no es muy hablador) y hablar en su presencia; no puede tener el menor interés oír a ninguna de ellas, ni hablarles. ¡Cómo parlotearán cuando vengan los coadjutores, y cómo me aburriré escuchándolas! Pero supongo que soy una tonta egoísta; son personas muy respetables y de buena familia; sin duda debería estar orgullosa de que nos ayuden. No digo que no sean tan buenas como yo, ni mucho menos, pero son diferentes».

Entró en la salita.

La gente de Yorkshire, en aquellos tiempos, tomaba el té alrededor de la mesa, sentados muy cerca de ella, con las rodillas debidamente metidas bajo la madera de caoba. Era esencial disponer de multitud de bandejas con pan y

mantequilla, de clases diversas y cantidad abundante; también se consideraba apropiado que en la bandeja central hubiera un plato de cristal con mermelada; entre las viandas se esperaba encontrar un pequeño surtido de pasteles de queso y tartas; si había, además, una bandeja de finas lonjas de jamón aderezadas con perejil, tanto mejor.

Por suerte, Eliza, la cocinera del rector, conocía bien su oficio; al principio se había puesto un poco de mal humor al ver llegar tantos invasores de manera tan inesperada, pero al parecer recuperó su buen humor con la actividad, pues a su debido tiempo se sirvió un té excelente, en el que no faltaron el jamón, ni las tartas, ni la mermelada, entre el acompañamiento.

Llamados a compartir aquella abundante comida, los coadjutores entraron gozosos en la salita; pero al ver a las señoras, de cuya presencia no los habían advertido, se detuvieron de inmediato en el umbral. Malone era el primero; se detuvo en seco y se echó hacia atrás, derribando casi a Donne, que llegaba detrás de él. Donne retrocedió tres pasos tambaleándose, lanzando al menudo Sweeting en brazos del viejo Helstone, que era el último. Hubo algunas reconveniones, algunas risas disimuladas: se pidió a Malone que tuviera más cuidado y se le instó a seguir adelante, cosa que finalmente hizo, aunque poniéndose como la grana hasta la blanca raíz de los cabellos. Helstone avanzó, haciendo a un lado a los tímidos coadjutores, dio la bienvenida a sus bellas invitadas, estrechó la mano a todas ellas, con todas bromeó y acabó sentándose cómodamente entre la encantadora Harriet y la presuntuosa Hannah; a la señorita Mary le fue requerido que se trasladara a la silla que quedaba frente al rector para que éste pudiera verla, ya que no quedaba sitio a su lado. Afables y galantes, a su manera, eran siempre sus modales con las señoritas, y era muy popular entre ellas. Sin embargo, en el fondo, ni respetaba ni le gustaba el sexo femenino, y aquellas que, por circunstancias, habían llegado a trabar íntimo conocimiento con él, siempre le habían temido más que amado.

Los coadjutores quedaron a su libre albedrío. Sweeting, que era el menos azorado de los tres, buscó refugio junto a la señora Sykes, la cual, de eso era consciente el coadjutor, sentía casi tanto afecto por él como por un hijo. Por su parte, Donne, tras inclinarse ante toda la concurrencia con una gracia característica, dijo con una voz aguda y pragmática:

—¿Qué tal está usted, señorita Helstone?

Y se dejó caer en el asiento junto a Caroline, lo que produjo a la joven un verdadero fastidio, pues sentía una singular antipatía por Donne a causa de su engreimiento ridículo e inamovible, y por su incurable estrechez de miras. Con una sonrisa inconsciente, Malone se instaló al otro lado de Caroline; de este modo, ésta se vio bendecida por un par de acompañantes, ninguno de los

cuales, lo sabía, tendría la menor utilidad humana, tanto si era para mantener viva la conversación como para pasar tazas de mano en mano, hacer que circularan los panecillos o, incluso, levantar el plato del recipiente para los posos del té. Pese a su menudez y su aire adolescente, el pequeño Sweeting habría valido por veinte de ellos.

Si bien Malone era un charlatán que no paraba de hablar en compañía de hombres, se quedaba mudo en presencia de señoras. No obstante, había pronunciado ya tres frases que jamás faltaban en su repertorio:

Primera: «¿Ha paseado usted hoy, señorita Helstone?».

Segunda: «¿Ha visto a su primo Moore últimamente?».

Tercera: «¿Sigue teniendo su clase de la escuela dominical el mismo número de alumnos?».

Una vez formuladas y contestadas estas preguntas, entre Caroline y Malone reinó el silencio.

Con Donne fue todo lo contrario: era enojoso, exasperante. Tenía siempre a mano un surtido de frases insustanciales, las más trilladas y perversas a un tiempo que imaginarse puedan: insultos a la gente de Briarfield y a los nativos de Yorkshire en general; quejas sobre la falta de buena sociedad y el estado de atraso de la civilización por aquellos pagos; murmuraciones contra la conducta irrespetuosa del vulgo hacia sus superiores en el norte; maneras tontas de ridiculizar la forma de vivir en aquella zona por la falta de estilo y la ausencia de elegancia, como si él estuviera acostumbrado ciertamente a grandes eventos, insinuación que no confirmaban ni sus modales ni su aspecto, poco pulidos. Parecía creer que aquellas críticas debían procurarle la estimación de la señorita Helstone, o de cualquier otra señorita que le oyera, mientras que, al menos en el caso de Caroline, lo rebajaban a un nivel por debajo del desprecio, si bien es cierto que en ocasiones conseguían indignarla, pues, siendo ella precisamente natural de Yorkshire, detestaba ver su tierra insultada por tan lamentable charlatán. De modo que, llegado cierto extremo, se daba la vuelta y decía algo que, ni por el contenido ni por la forma de decirlo, podía granjearle el favor del señor Donne. Le decía que no era una prueba de refinamiento dedicarse a censurar continuamente a los demás por su vulgaridad, ni era propio de un buen pastor no dejar jamás de criticar a su rebaño. Le preguntaba para qué había ingresado en la Iglesia, cuando tanto se quejaba de que sólo hubiera casuchas por visitar y gente pobre a la que predicar, si se había ordenado sacerdote únicamente para llevar ropas suaves y visitar casas de reyes. Todos los coadjutores consideraban que tales preguntas eran en extremo audaces e impías.

El té transcurrió con lentitud: todos los invitados hablaban

atropelladamente, tal como su anfitriona esperaba. El señor Helstone, que se hallaba de excelente humor —¿cuándo no, por cierto, hallándose en compañía, en atractiva compañía femenina?; sólo con la única mujer de su propia familia se mostraba pertinazmente taciturno—, sostenía un chispeante flujo de cháchara con sus vecinas de derecha e izquierda, e incluso con su vis-à-vis, la señorita Mary, aunque, puesto que ésta era la más sensata, la menos coqueta de las tres, con ella el viejo viudo era menos atento. En el fondo, no soportaba el buen juicio en las mujeres: le gustaba pensar que eran todas todo lo tontas, frívolas, vanas y susceptibles de ser ridiculizadas que fuera posible, porque entonces se convertían realmente en lo que él creía y deseaba que fueran: inferiores, juguetes con los que jugar, con los que llenar una hora de ocio y a los que poder desechar luego.

Hannah era su favorita. Harriet, aunque hermosa, egoísta y pagada de sí misma, no era lo bastante débil para él: tenía algo de auténtico amor propio entre tanto falso orgullo y, si no hablaba como un oráculo, tampoco parloteaba como una loca: no permitía que la trataran como a una muñeca, una niña, un juguete; esperaba que se inclinaran ante ella como ante una reina.

Hannah, por el contrario, no exigía respeto, sólo adulación: sólo con que sus admiradores le dijeran que era un ángel, los dejaba tratarla como a una idiota. Tan crédula y frívola era, tan tonta se volvía cuando la rodeaban de atenciones, cuando la halagaban y admiraban en su justa medida, que había momentos en los que Helstone llegaba a sentirse realmente tentado de contraer matrimonio una segunda vez y probar el experimento de convertirla en su segunda esposa. Pero, afortunadamente, el saludable recuerdo del aburrimiento de su primer matrimonio, la huella que el peso de la cruz que otrora llevara a cuestas había dejado en él, la firmeza de sus sentimientos sobre los males insufribles de la vida conyugal, servían de freno a su cariño, contenían el aliento que agitaba sus viejos pulmones de acero y le impedían susurrar a Hannah una propuesta que ella habría escuchado con gran regocijo y satisfacción.

Es probable que Hannah se hubiera casado con él si el rector se lo hubiera pedido; sus padres lo habrían aprobado sin reservas: para ellos, los cincuenta y cinco años del señor Helstone y su endurecido corazón no constituían ningún obstáculo y, dado que era rector, poseía un excelente beneficio eclesiástico, ocupaba una buena casa y se suponía que tenía incluso propiedades particulares (aunque en eso el mundo se equivocaba: había empleado hasta el último penique de las cinco mil libras que había heredado de su padre en construir y dotar una iglesia en su aldea natal de Lancashire, pues era capaz de mostrar una magnificencia señorial cuando le apetecía y, si el fin era de su agrado, no vacilaba jamás en realizar un gran sacrificio para conseguirlo); sus padres, digo, habrían dejado a Hannah en sus manos bondadosas y poco

compasivas, sin el menor escrúpulo, e, invirtiendo el orden natural de la vida de los insectos, la segunda señora Helstone habría revoloteado durante la luna de miel como una radiante y admirada mariposa y se habría arrastrado durante el resto de su vida como un sórdido gusano pisoteado.

Sentado entre la señora Sykes y la señorita Mary, que se mostraban muy amables con él, el menudo señor Sweeting parecía y se sentía más satisfecho que un monarca, con la bandeja de tartas delante de él y la mermelada y los bollos en el plato. Le gustaban todas las señoritas Sykes, a todas ellas les gustaba él; el señor Sweeting creía que eran unas jóvenes magníficas, absolutamente adecuadas para emparejarse con alguien de su altura. Si algún motivo para lamentarse tenía en aquel gozoso momento era la ausencia de la señorita Dora, pues ella era a quien secretamente esperaba algún día llamar señora de David Sweeting, con quien soñaba que daría majestuosos paseos, conduciéndola como a una emperatriz por la aldea de Nunnely, y una emperatriz habría sido, si dependiera únicamente del tamaño. Dora era corpulenta, pesada; vista por detrás, tenía el aspecto de una cuarentona muy robusta; sin embargo, era bien parecida y de buen carácter.

Por fin terminaron de tomar el té; habrían terminado mucho antes si el señor Donne no hubiera insistido en seguir sentado con la taza medio llena de té frío mucho después de que los demás ya se lo hubieran tomado y de que él mismo hubiera devorado todas las viandas que se sintió capaz de engullir; ciertamente, mucho después de que todos hubieran manifestado claros signos de impaciencia: hasta que las sillas se retiraron, hasta que languideció la charla, hasta que se hizo el silencio. En vano inquirió Caroline repetidamente si quería otra taza, si quería un poco de té caliente, pues el que aún tenía debía de estar frío, etcétera: Donne no quería beberlo ni dejarlo. Parecía pensar que su aislada posición le confería cierta importancia, que le daba dignidad y majestuosidad ser el último, que era distinguido hacer esperar a todos los demás. Tanto se demoró que incluso la tetera se apagó y dejó de sisear. No obstante, al final hasta el rector, que hasta entonces estaba demasiado entretenido con Hannah para preocuparse por el retraso, acabó impacientándose.

—¿A quién estamos esperando? —preguntó.

—Creo que a mí —respondió Donne, satisfecho de sí mismo; parecía considerar un gran mérito que todo un grupo dependiera de sus movimientos.

—¡Vaya! —exclamó Helstone; luego, levantándose, añadió—: Demos gracias a Dios por estos alimentos —lo que hizo inmediatamente, y todos abandonaron la mesa. Sin el menor desconcierto, Donne siguió sentado diez minutos completamente solo, después de lo cual, el señor Helstone hizo sonar la campanilla para que recogieran la mesa; el coadjutor se vio obligado

finalmente a vaciar su taza y a renunciar al rôle que, según él creía, le había otorgado tan afortunada distinción, atrayendo sobre él la sumamente halagadora atención general.

Y, siguiendo el curso natural de los acontecimientos (Caroline, que lo sabía, había abierto el piano y sacado las partituras con presteza), se pidió música. Aquélla era la oportunidad del señor Sweeting para presumir: estaba impaciente por comenzar; emprendió, por tanto, la ardua tarea de persuadir a las señoritas para que obsequiaran a los demás con una melodía, una canción. Con gran celo procedió a suplicar, a rogar, a resistirse a las excusas y a allanar las dificultades, y logró por fin convencer a la señorita Harriet para que se dejara conducir hasta el instrumento. Aparecieron entonces las piezas de su flauta (siempre las llevaba en el bolsillo, tan infalibles como su pañuelo). Las enroscó y dispuso correctamente; mientras tanto, Malone y Donne se juntaron y lo miraron con una sonrisa burlona de la que se percató el hombrecillo al mirar por encima del hombro, pero a la que no prestó la menor atención: estaba convencido de que el sarcasmo de sus colegas tenía la envidia como único motivo, porque ellos no podían acompañar a las señoritas como él; él, que estaba a punto de gozar de su triunfo sobre ambos.

El triunfo empezó. Sumamente contrariado al oírle tocar con extraordinario estilo, Malone decidió distinguirse también, si eso era posible, y asumiendo de inmediato el papel de galán (papel que había intentado representar en una o dos ocasiones anteriores, pero con el que no había tenido hasta entonces el éxito del que sin duda se creía merecedor), se acercó al sofá en el que estaba sentada la señorita Helstone y, depositando su voluminosa figura irlandesa junto a ella, probó suerte (o más bien lengua) con un par de elegantes frases acompañadas de muecas de lo más extraordinarias e incomprensibles. En el curso de sus esfuerzos por hacerse agradable, consiguió tomar posesión de los dos cojines largos del sofá y de uno cuadrado, con los que, después de enrollarlos durante un rato con extraños gestos, consiguió erigir una especie de barrera entre el objeto de sus atenciones y él mismo. Caroline, que estaba totalmente de acuerdo en que debían separarse, pronto inventó una excusa para marcharse al extremo opuesto de la habitación y colocarse junto a la señora Sykes; a esta buena señora le solicitó instrucciones sobre un nuevo punto de tejido ornamental, favor que ella le concedió de buena gana, y así fue rechazado Peter Augustus.

Muy hosca se volvió su expresión cuando se vio abandonado enteramente a sus propios recursos en un gran sofá y a cargo de tres pequeños cojines. Lo cierto era que se sentía seriamente inclinado a cultivar la relación con la señorita Helstone, porque creía, en consonancia con otros, que su tío tenía dinero, y deducía que, puesto que el rector no tenía hijos, seguramente se lo dejaría a su sobrina. Gérard Moore estaba mejor enterado: había visto la pulcra

iglesia que debía su construcción al celo y al dinero del rector y, en más de una ocasión, en su fuero interno, había maldecido el caro capricho que frustraba sus deseos.

La velada pareció larga a toda la concurrencia. De vez en cuando Caroline dejaba caer el punto sobre el regazo y se entregaba a una suerte de letargo cerebral —cerrando los ojos y bajando la cabeza— causado por el murmullo que la rodeaba y que a ella le parecía carente de sentido: el repiqueteo sin gusto ni armonía de las teclas del piano; las notas chillonas y entrecortadas de la flauta; la risa y el regocijo de su tío y de Hannah y Mary, cuyo origen no conseguía adivinar, puesto que no oía nada cómico ni alegre en su conversación; y, por encima de todo, los interminables chismorreos que la señora Sykes murmuraba cerca de su oído, chismorreos que abarcaban cuatro temas: la salud de la señora Sykes y de su familia, la cesta del misionero y la del judío y el contenido de ambas, la última reunión en Nunnely, y la próxima, que se esperaba para la semana siguiente en Whinbury.

Cansada por fin hasta la extenuación, Caroline aprovechó la oportunidad que le brindó el señor Sweeting al acercarse a hablar con la señora Sykes y se escabulló sigilosamente, abandonando la estancia en busca de un momento de respiro en soledad. Se fue al comedor, en cuya chimenea ardían aún los restos de un fuego, con llamas pequeñas, pero nítidas. La estancia estaba vacía y tranquila, se habían retirado vasos y licoreras de la mesa, las sillas se habían devuelto a su lugar, todo estaba ordenado. Caroline se dejó caer en el butacón de su tío, entornó los ojos y descansó, descansó al menos sus miembros, sus sentidos, su oído, su vista, cansados de escuchar naderías y mirar al vacío. En cuanto a su pensamiento, voló directamente hacia el Hollow; allí se detuvo en el umbral de la puerta del gabinete, luego pasó a la oficina de contabilidad y se preguntó qué lugar gozaría de la presencia de Robert. Daba la casualidad de que ninguno de los dos lugares disfrutaba de ese honor, pues Robert se hallaba a un kilómetro casi de ambos, y mucho más cerca de Caroline de lo que su embotado espíritu sospechaba: en aquel momento cruzaba el cementerio de la iglesia en dirección a la verja del jardín de la rectoría; sin embargo, no era su intención visitar a su prima, sino únicamente comunicar una breve información al rector.

Sí, Caroline, oyes vibrar el cable de la campanilla que suena de nuevo por quinta vez; te sobresaltas y estás convencida de que esta vez tiene que ser el hombre con el que sueñas. No puedes explicar por qué estás tan segura, pero lo sabes. Adelantas el torso, aguzando el oído cuando Fanny abre la puerta: ¡sí!, es la voz, baja, con el leve acento extranjero, pero tan dulce como la imaginas. Te levantas a medias: «Fanny le dirá que el señor Helstone tiene visita y se irá». ¡Oh! No puede dejar que se marche; a su pesar, en contra de su sentido común, cruza la mitad del comedor, dispuesta a salir corriendo si oye

que Robert se retira, pero él ha entrado en el corredor.

—Puesto que tu señor está ocupado —dice—, llévame al comedor, tráeme papel y tinta; le escribiré una breve nota.

Tras captar estas palabras, y oyéndole avanzar, Caroline deseó que en el comedor hubiera otra puerta para desaparecer por ella. Se siente atrapada, encerrada; teme que su inesperada presencia le moleste. Hace un segundo hubiera volado hacia él; pasado ese segundo, quiere rehuirle. No puede, no hay modo de escapar: el comedor sólo tiene una puerta, por la que ahora entra su primo. La expresión de sorpresa y contrariedad que esperaba ver en su rostro ha aparecido, la ha conmocionado, y se ha ido. Caroline ha balbucido una disculpa:

—He dejado la salita hace un momento buscando un poco de tranquilidad.

Había tanta timidez y abatimiento en la actitud y en el tono con que dijo esa frase, que cualquiera habría podido advertir que sus perspectivas habían experimentado un triste cambio y que la facultad de un alegre dominio de sí misma la había abandonado. Seguramente, el señor Moore recordó que antes acostumbraba a recibirlo con gentil vehemencia y confianza esperanzada; debe de haber visto ahora qué resultado ha dado la contención de la mañana. Tenía ahora la oportunidad de poner en práctica su nuevo sistema con efecto, si decidía mejorarlo. Quizá le resultaba más fácil practicar ese sistema a plena luz del día, en el patio de su fábrica, en medio de las ajetreadas ocupaciones de su negocio, que en una tranquila estancia, libre de compromisos y al anochecer. Fanny encendió las bujías que antes estaban apagadas sobre la mesa, trajo los útiles de escritura y abandonó la habitación; Caroline estaba a punto de seguirla. Para actuar con coherencia, Moore debería haberla dejado marchar, pero se quedó en el umbral y, extendiendo la mano hacia ella, suavemente la retuvo; no le pidió que se quedara, pero no la dejaba marchar.

—¿Le digo a mi tío que estás aquí? —preguntó ella, aún con la misma voz apagada.

—No, puedo decirte a ti todo lo que tenía que decirle a él. ¿Serás mi mensajera?

—Sí, Robert.

—Entonces puedes informarle de que tengo una pista sobre la identidad de al menos uno de los hombres que me rompió los telares, que pertenece a la misma banda que atacó a Sykes y la fábrica de Pearson, y que espero tenerlo bajo custodia mañana. ¿Lo recordarás?

—¡Oh, sí! —Estos dos monosílabos los pronunció en un tono más triste que nunca y, al decirlos, movió la cabeza ligeramente y suspiró—. ¿Lo

llevarás a juicio?

—Sin duda.

—No, Robert.

—¿Y por qué no, Caroline?

—Porque pondrá a todo el vecindario en contra tuya más que nunca.

—Ésa no es razón para que no cumpla con mi deber y defienda mi propiedad. Ese individuo es un canalla y debería impedírsele que perpetre nuevos delitos.

—Pero sus cómplices querrán vengarse de ti. No sabes hasta dónde puede conducir el rencor a la gente de este lugar. Algunos de ellos alardean de que pueden llevar una piedra en el bolsillo durante siete años, darle la vuelta al final de ese tiempo, guardarla siete años más, y tirarla y dar en el blanco «por fin».

Moore se echó a reír.

—Una jactancia muy significativa —dijo—, que redundaba ampliamente en los méritos de tus queridos amigos de Yorkshire. Pero nada temas por mí, Lina: estoy en guardia contra esos compatriotas tuyos que son como corderos; no te inquietes por mí.

—¿Cómo evitarlo? Eres mi primo. Si ocurriera algo... —no concluyó la frase.

—No ocurrirá nada, Lina. Usando su propio lenguaje, la Providencia todo lo rige, ¿no es así?

—Sí, querido Robert. ¡Que ella te guarde!

—Y si las plegarias son eficaces, las tuyas me beneficiarán. ¿Rezas por mí alguna vez?

—Alguna vez no, Robert. No os olvido ni a ti, ni a Louis, ni a Hortense.

—Eso he pensado a menudo. Cuando, cansado e irritado, me acuesto como un pagano, se me ocurre que otro ha pedido perdón por mis acciones del día, y que esté a salvo durante la noche. No creo que semejante piedad indirecta sirva de mucho, pero las súplicas emanan de un corazón sincero, de unos labios inocentes: deberían ser tan aceptables como la ofrenda de Abel, y sin duda lo serían, si el objeto las mereciera.

—Aniquila esa duda; no tiene fundamento.

—Cuando a un hombre se le ha educado únicamente para que gane dinero y vive sólo para conseguirlo y apenas respira otro aire que el de las fábricas y

los mercados, parece extraño pronunciar su nombre en una plegaria o mezclarlo con un pensamiento divino; y mucho más extraño parece que un corazón bueno y puro lo acepte y lo cobije, como si tuviera algún derecho a semejante nido. Si yo pudiera guiar a ese benévolo corazón, creo que le aconsejaría que excluyera a quien profesa no tener propósito más elevado en la vida que el de remendar su descalabrada fortuna y limpiar de su blasón burgués la horrible mancha de la bancarrota.

La insinuación, aunque hecha de modo tan delicado y modesto (así pensaba Caroline), fue claramente percibida y comprendida.

—Ciertamente yo sólo pienso, o sólo pensaré, en ti como en mi primo — fue la rápida respuesta—. Empiezo a comprender mejor las cosas, Robert, que cuando llegaste a Inglaterra, mejor que hace una semana, un día. Sé que es tu deber intentar salir adelante, y que no te servirá de nada ponerte romántico, pero en el futuro no debes interpretarme mal si te parezco demasiado cordial. Esta mañana me has interpretado mal, ¿verdad?

—¿Qué te ha hecho pensar eso?

—Tu mirada, tu actitud.

—Pero fíjate en mí ahora...

—¡Oh!, ahora es diferente: ahora me atrevo a hablarte.

—Sin embargo, soy el mismo, salvo en que he dejado al comerciante en el Hollow; ante ti tienes tan sólo a tu pariente.

—A mi primo Robert, no al señor Moore.

—Ni una pizca del señor Moore. Caroline...

En aquel momento oyeron el ruido que hacían en la otra habitación al levantarse; se abrió la puerta; se pidió el carruaje del poni; se solicitaron chales y sombreros; el señor Helstone llamó a su sobrina.

—Debo ir, Robert.

—Sí, debes ir, o vendrán aquí y nos encontrarán, y yo, antes que encontrarme con todos los invitados en el corredor, saldré por la ventana; por suerte se abre igual que una puerta. Un minuto tan sólo, baja la bujía un instante; ¡buenas noches! Te beso porque somos primos y, siendo primos, uno, dos, tres besos están permitidos. ¡Buenas noches, Caroline!

CAPÍTULO VIII

NOÉ Y MOISÉS

Al día siguiente, Moore se había levantado antes que el sol, había ido cabalgando hasta Whinbury y estaba de vuelta antes de que su hermana hubiera preparado el café con leche y las rebanadas de pan con mantequilla y mermelada para el desayuno. Las transacciones que pudiera haber llevado a cabo allí no fueron mencionadas. Hortense no hizo preguntas: no tenía por costumbre comentar los movimientos de su hermano, ni él acostumbraba a rendir cuentas. Los secretos del negocio —misterios complejos y a menudo deprimentes— estaban enterrados en su pecho y jamás salían de su sepulcro, salvo en contadas ocasiones para asustar a Joe Scott, o a algún corresponsal extranjero; en verdad parecía que en su sangre mercantil anidaba un hábito general de reserva sobre todo lo que era importante.

Terminado el desayuno, fue a la oficina de contabilidad. Henry, el chico de Joe Scott, le llevó las cartas y los papeles del día; Moore se sentó a su escritorio, rompió los sellos de los documentos y les echó una ojeada. Todos eran breves, pero nada agradables al parecer; seguramente eran bastante tristes, pues cuando dejó el último sobre la mesa, las ventanas de su nariz emitieron un resoplido burlón y desafiante y, aunque no prorrumpió en un soliloquio, el brillo de sus ojos parecía invocar al diablo para encargarle que se llevara aquel asunto a la gehena. Sin embargo, tras elegir una pluma y destrozarse la parte superior en un breve espasmo de ira de los dedos —sólo de los dedos, su rostro seguía siendo plácido—, escribió apresuradamente una serie de respuestas, las selló y luego salió de la oficina y recorrió la fábrica; después volvió para sentarse a leer el periódico.

El contenido no parecía demasiado interesante: en más de una ocasión lo dejó sobre las rodillas, se cruzó de brazos y contempló el fuego; en ocasiones volvía el rostro hacia la ventana, miraba el reloj a intervalos; en resumen, parecía preocupado. Quizá pensaba en la bonanza del tiempo —pues era una mañana suave y agradable para la época del año— y deseaba estar fuera, en los campos, disfrutando de ella. La puerta de la oficina estaba abierta de par en par, la brisa y la luz del sol entraban libremente; pero el primer visitante no trajo el perfume de la primavera en sus alas, tan sólo una bocanada ocasional de sulfuro de la densa columna de humo negro que salía en abundancia por la lúgubre chimenea de la fábrica.

Una aparición de color azul oscuro (la de Joe Scott, recién llegado de una cuba de teñir) se presentó momentáneamente en el umbral de la puerta abierta, pronunció las palabras: «Ha venido, señor», y se desvaneció.

El señor Moore no levantó la vista del periódico. Entró un hombre corpulento, de hombros anchos y gruesos miembros, vestido con ropas de fustán y calcetines de estambre gris; Moore lo recibió con una inclinación de cabeza y le indicó que tomara asiento, cosa que el hombre hizo, comentando

—mientras se quitaba el sombrero (de muy mala calidad), lo dejaba debajo de su silla, y se enjugaba la frente con un pañuelo de algodón sucio que sacó de la copa del sombrero— que hacía «calor para ser febrero». El señor Moore asintió: al menos, emitió un leve sonido que, aunque inarticulado, podía pasar por asentimiento. El visitante depositó cuidadosamente en el rincón, junto a él, un bastón de aspecto oficial que llevaba en la mano; hecho esto, silbó, seguramente para aparentar desenvoltura.

—Supongo que tiene usted todo lo necesario —dijo el señor Moore.

—¡Sí, sí! Todo está a punto.

Volvió a silbar, el señor Moore reemprendió la lectura: al parecer el periódico se había vuelto más interesante. Al poco, empero, se volvió hacia el armario, que tenía al alcance de su largo brazo, lo abrió sin levantarse, sacó una botella negra —la misma que había sacado para provecho del señor Malone—, un vaso y una jarra, los colocó sobre la mesa y dijo a su invitado:

—Sírvese usted mismo; hay agua en esa jarra del rincón.

—No creo que sea muy necesaria, a pesar de que uno está seco (sediento) por las mañanas —dijo el caballero de fustán, levantándose para hacer lo que se le pedía—. ¿No tomará usted nada, señor Moore? —inquirió, mientras con mano experta mezclaba una porción, y, tras probarla de un buen trago, volvió a sentarse, satisfecho y afable.

Parco en palabras, Moore replicó con un gesto de negación y un murmullo.

—Le convendría hacerlo —continuó su visitante—, le levantaría los ánimos un sorbo de esto. ¡Un Hollands particularmente bueno! Se lo traen de alguno de esos sitios lejanos, supongo.

—¡Sí!

—Siga mi consejo y pruebe un vaso; los tipos que van a venir le tendrán hablando quién sabe cuánto tiempo; necesitará un apoyo.

—¿Ha visto al señor Sykes esta mañana? —preguntó Moore.

—Lo he visto hace una hora... no, ha sido hace un cuarto de hora, justo antes de salir. Me ha dicho que tenía intención de venir aquí, y no me extrañaría que también viéramos aparecer al viejo Helstone; he visto que ensillaban su pequeño rocín al pasar por la rectoría.

El que hablaba era un auténtico profeta pues cinco minutos más tarde se oían en el patio los cascos de un pequeño rocín al trote, que se detuvo, y una voz nasal muy familiar gritó:

—Chico —seguramente dirigiéndose a Henry Scott, que solía andar por la fábrica desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde—, coge mi

caballo y llévalo al establo.

Helstone entró caminando erguido, con gran agilidad, y parecía más moreno, más agudo y vivaz que de costumbre.

—Hermosa mañana, Moore. ¿Cómo está, muchacho? ¡Ja! ¿A quién tenemos aquí? —volviéndose hacia el personaje con el bastón—: ¡Sugden! ¡Cómo! ¿Va a actuar inmediatamente? A fe mía que no pierde usted el tiempo, pero yo he venido a pedir explicaciones: me han entregado su mensaje. ¿Está seguro de que sigue la pista correcta? ¿Cómo piensa llevar adelante este asunto? ¿Tiene usted una orden de detención?

—La tiene Sugden.

—Entonces ¿piensa ir a buscarlo ahora? Le acompañaré.

—No es necesario que se moleste, señor; va a venir a buscarme él. Ahora mismo estoy esperando cómodamente su llegada.

—¿Y quién es? ¿Uno de mis feligreses?

Joe Scott había entrado sin ser visto; se hallaba ahora inclinado sobre la mesa como un siniestro fantasma, pues la mitad de su persona estaba teñida del tono más oscuro del índigo. La respuesta de su amo a la pregunta del rector fue una sonrisa; Joe tomó la palabra; adoptando una expresión tranquila, pero taimada, dijo:

—Es un amigo suyo, señor Helstone, un caballero del que habla usted a menudo.

—¡Vaya! ¿Cómo se llama, Joe? Tienes buen aspecto esta mañana.

—El reverendo Moses Barraclough; el orador de púlpitos caducos, creo que le llama usted a veces.

—¡Ah! —dijo el rector, sacando su caja de rapé y administrándose una generosa pulgarada—. ¡Ah! Debería haberlo supuesto. Vaya, ¿ese piadoso hombre no ha trabajado nunca para usted, Moore? Es sastre de profesión.

—Tanto más rencor le guardo por entrometerse y azuzar contra mí a los hombres a los que despedí.

—¿Y Moses estuvo presente en la batalla del páramo de Stilbro? ¿Fue allí con la pierna de madera y todo?

—Sí, señor —dijo Joe—, fue hasta allí a caballo para que no se notara lo de su pierna: era el cabecilla y llevaba una máscara; los demás hombres sólo se ennegrecieron el rostro.

—¿Y cómo le han descubierto?

—Se lo contaré yo, señor —dijo Joe—, el patrón no es muy aficionado a hablar; yo no tengo objeciones. Moses cortejaba a Sarah, la criada del señor Moore, y al parecer ella no quería saber nada de él; o no le gustaba la pierna de madera o se le había metido en la cabeza que era un hipócrita. Resulta (porque las mujeres son bichos raros; podemos decirlo ahora que estamos entre hombres y no hay ninguna cerca) que lo animaba, a pesar de su pierna y de su engaño, por pasar el rato. Conozco a otras que han hecho lo mismo, y algunas de ellas eran de las más guapas y remilgadas. ¡Sí! He visto jovencitas limpias y bien arregladas, que parecían tan puras y delicadas como margaritas, y que con el tiempo se descubre que no son más que ortigas ponzoñosas.

—Joe es un hombre sensato —apostilló Helstone.

—Sin embargo, Sarah tenía otra cuerda para su arco: Fred Murgatroyd, uno de nuestros chicos, anda detrás de ella y, como las mujeres juzgan a los hombres por la cara y Fred tiene una cara regular, mientras que Moses no es tan bien parecido, como todos sabemos, la chica se puso en relaciones con Fred. Hace dos o tres meses, Murgatroyd y Moses se encontraron por casualidad un domingo por la noche; los dos merodeaban por aquí con la idea de aconsejar a Sarah que diera un paseo con ellos; se encontraron, hubo una pelea y Fred se llevó la peor parte, porque es joven y pequeño, y Barraclough, aunque sólo tiene una pierna, es casi tan fuerte como Sugden. La verdad es que cualquiera que le oiga rugir en una de sus reuniones o de sus comidas fraternales sabe muy bien que no es un enclenque.

—Joe, eres insoportable —dijo el señor Moore, interrumpiéndole—. Tus explicaciones dan vueltas y más vueltas igual que los sermones de Moses. En definitiva, Murgatroyd estaba celoso de Barraclough y anoche, cuando él y su amigo se guarecieron de la lluvia en un cobertizo, oyeron y vieron a Moses conferenciando allí dentro con unos cómplices. Por su conversación, resultó evidente que él había sido el cabecilla, no sólo en el páramo de Stilbro, sino también en el ataque a la propiedad de Sykes; planeaban, además, formar una delegación, que ha de encabezar el sastre, para salirme al paso esta mañana y, con el espíritu más religioso y pacífico posible, rogarme que saque esa maldita cosa de mi fábrica. Por la mañana temprano he montado y me he ido a Whinbury, he conseguido un alguacil y una orden de detención y le espero ahora para dar a mi amigo la recepción que merece. Mientras tanto, ahí viene Sykes. Señor Helstone, tiene usted que animarle; se siente cohibido ante la idea de entablar una acción judicial.

Se oyó el ruido de una calesa que entraba en el patio. En la oficina entró el señor Sykes; era un hombre alto y robusto de unos cincuenta años, de bellas facciones, pero con un triste semblante: parecía preocupado.

—¿Han venido? ¿Se han ido? ¿Lo tiene? ¿Se ha acabado todo? —

preguntó.

—Todavía no —respondió Moore, flemático—. Los estamos esperando.

—No vendrán; es cerca del mediodía. Será mejor dejarlo; sería causa de resquemores, provocaría agitación, tal vez tendría fatídicas consecuencias.

—No es necesario que usted me acompañe —dijo Moore—. Saldré al patio a recibirlos cuando lleguen; usted puede quedarse aquí.

—Pero mi nombre aparecerá necesariamente en el proceso legal. Una mujer e hijos, señor Moore, una mujer e hijos vuelven a un hombre cauto.

—Abandone, si quiere —dijo Moore con repugnancia—, déjemelo todo a mí, no tengo nada que objetar a actuar solo; pero puede estar seguro de que no hallará seguridad en la sumisión; su socio, Pearson, cedió y concedió y soportó con paciencia. Bueno, eso no les impidió intentar matarle a tiros en su propia casa.

—Mi querido señor, tome un poco de vino con agua —recomendó el señor Helstone.

El vino con agua era Hollands con agua, como descubrió el señor Sykes cuando hubo mezclado y bebido un vaso lleno a rebosar, que lo transfiguró en dos minutos, le devolvió el color a la cara y le hizo valiente, de palabra al menos. Anunció entonces que esperaba no dejarse pisotear por el vulgo, y que él estaba por encima de eso; que no pensaba aguantar la insolencia de las clases trabajadoras por más tiempo; que había reflexionado y se había decidido a llegar hasta las últimas consecuencias; que, si el dinero y el temple podían acabar con aquellos alborotadores, debía acabarse con ellos; que el señor Moore podía hacer lo que gustara, pero que él, Christie Sykes, se gastaría hasta el último penique en los tribunales antes que darse por vencido: acabaría con ellos, podía estar seguro.

—Tómese otro vaso —le instó Moore.

Al señor Sykes no le importó hacerlo; la mañana era fría (a Sudgen le había parecido cálida); era preciso tener cuidado en aquella época del año; era conveniente tomar algo para protegerse de la humedad. Tenía ya algo de tos (aquí tosió para confirmar el hecho); algo así (levantando la negra botella) resultaba una medicina excelente (vertió el remedio en el vaso); no tenía por costumbre beber alcohol por la mañana, pero de vez en cuando era en verdad prudente tomar precauciones.

—Muy prudente; tómelas, desde luego —le instó su anfitrión.

El señor Sykes se dirigió entonces al señor Helstone, que se hallaba junto a la chimenea con el sombrero de teja puesto, observándolo de un modo significativo con sus ojillos penetrantes.

—Puede que a usted, señor, como clérigo —dijo—, le parezca desagradable hallarse presente en medio de escenas de atropello y revuelo, y puede decirse que de peligro. Tal vez sus nervios no lo resistan; usted es un hombre de paz, señor, pero nosotros somos industriales que, viviendo en un mundo siempre turbulento, nos volvemos muy beligerantes. Realmente la idea del peligro despierta un ardor que hace palpar con fuerza mi corazón. Cuando la señora Sykes teme que ataquen la casa y entren en ella a la fuerza, cosa que ocurre cada noche, yo me entusiasmo. No podría describirle, señor, mis sentimientos; lo cierto es que, si viniera alguien, ladrones o cualquier otra cosa, creo que me divertiría, tal es mi estado de ánimo.

La réplica del rector fue una risa cruel, aunque breve y por lo bajo, y en modo alguno insultante. Moore habría insistido en que el heroico industrial se tomara un tercer vaso, pero el clérigo, que jamás traspasaba los límites del decoro, ni permitía que lo hicieran los demás en su presencia, se lo impidió.

—Lo bueno, si breve, dos veces bueno, ¿no es cierto, señor Sykes? —dijo, y el señor Sykes asintió. Luego se sentó y contempló cómo Joe Scott se llevaba la botella a una seña de Helstone, con una sonrisa de suficiencia en los labios y un brillo pesaroso en los ojos.

Moore daba la impresión de que le hubiera gustado verle hacer aún más el ridículo. ¿Qué habría dicho cierta joven pariente de haber visto a su querido, su bueno y gran Robert —su Coriolano— en aquel preciso instante? ¿Habría reconocido en aquel semblante malévolos y sardónico el mismo rostro hacia el que había alzado los ojos con tanto amor, el que se había inclinado sobre ella con tanta gentileza la noche de la víspera? ¿Era aquél el hombre que había pasado una velada tan tranquila con su hermana y su prima —tan zalamero con una, tan cariñoso con la otra— leyendo a Shakespeare y escuchando a Chénier?

Sí, era el mismo hombre, pero visto desde otra perspectiva; perspectiva que Caroline no había llegado aún a percibir, aunque quizá tenía sagacidad suficiente para sospechar de su existencia. Bueno, sin duda Caroline tenía también su lado defectuoso: era humana, debía de ser por tanto muy imperfecta y, de haber visto el lado peor de Moore, seguramente se lo habría dicho a sí misma y le hubiera disculpado. El amor puede disculparlo todo excepto la vileza; la vileza mata el amor, mutila incluso el afecto natural: sin estima no puede existir el amor verdadero. Moore, con todos sus defectos, podía ser estimado, pues no había escrófula moral en su intelecto, ni tara contaminante e incurable como, por ejemplo, la de la falsedad; tampoco era esclavo de sus apetitos; la vida activa en medio de la cual había nacido y se había criado le había llevado a hacer algo más que incorporarse a la fútil búsqueda del placer: era un hombre que no se había degradado, discípulo de la razón, no devoto de los sentidos. Lo mismo podía decirse del viejo Helstone:

ninguno de los dos pensaría ni diría una mentira; para ninguno de los dos tenía la desafortunada botella negra que acababan de retirar el menor atractivo; ambos podían reclamar con derecho el orgulloso título de «señor de la creación», pues no había vicio animal que se enseñoreara de ellos: parecían, y eran, seres superiores al pobre Sykes.

Se oyó un ruido como de gente que se reunía en el patio, y luego una pausa. Moore se acercó a la ventana, seguido de Helstone; ambos se colocaron a un lado, el joven alto detrás del menudo hombre mayor, mirando con cautela para que no los vieran desde fuera; su único comentario sobre lo que veían fue una sonrisa cínica que se reflejó en la severa mirada de ambos.

Se oyó entonces una adornada tos oratoria, seguida por la exclamación: «¡Tssss!», destinada, al parecer, a acallar el murmullo de varias voces. Moore abrió la ventana unos centímetros para que el sonido entrara más libremente.

—Joseph Scott —empezó una voz gangosa (Scott estaba apostado en la puerta de la oficina de contabilidad)—, ¿podemos preguntar si tu amo está dentro y si se puede hablar con él?

—¡Está dentro, sí! —dijo Joe con aplomo.

—¿Puedes entonces, si nos haces el favor —énfasis en «haces»—, tener la amabilidad de decirle que doce caballeros quieren verle?

—Puede que pregunte para qué —sugirió Joe—. Más vale que se lo diga al mismo tiempo.

—Por cierto propósito —fue la respuesta. Joe entró en la oficina.

—Por favor, señor, hay doce caballeros ahí que quieren verle «por cierto propósito».

—Bien, Joe; soy su hombre. Sugden, salga cuando yo silbe.

Moore salió, riendo entre dientes burlescamente. Caminó por el patio con una mano en el bolsillo y la otra metida en el chaleco, con la gorra echada sobre los ojos, ensombreciendo así el brillo de desprecio que danzaba en lo más profundo de sus ojos. Doce hombres aguardaban en el patio, algunos de ellos en mangas de camisa, otros con mandiles azules: dos resaltaban claramente al frente del grupo. Uno, un hombre menudo y atildado que se daba ciertos aires y tenía la nariz respingona; el otro, un tipo de hombros anchos, en el que destacaba tanto su rostro comedido y sus recelosos ojos de gato como su pierna de madera y su sólida muleta: sus labios esbozaban una sonrisa maliciosa, parecía reírse por lo bajo de alguna persona o cosa, la impresión general era cualquiera menos la de un hombre sincero.

—Buenos días, señor Barraclough —dijo Moore con tono jovial, dirigiéndose a él.

—¡Que la paz sea con usted! —fue la respuesta, y al darla, el señor Barraclough cerró totalmente los ojos que tenía entornados por naturaleza.

—Se lo agradezco; la paz es una excelente cosa, no hay nada que desee más para mí mismo. Pero supongo que no será eso lo que ha venido a decirme. Imagino que no es la paz el propósito que le trae.

—En cuanto a nuestro propósito —empezó Barraclough—, se trata de algo que puede sonar extraño, y quizá también estúpido a oídos como los suyos, pues el hijo de este mundo es más sabio en su generación que el hijo de la luz.

—Al grano, por favor, oigamos de qué se trata.

—Lo oiré, señor; si yo no puedo soltarlo, tengo a once hombres detrás para ayudarme. Es un propósito elevado y —su voz pasó de un cierto sarcasmo a un gañido— es el propósito del Señor, lo que es mejor.

—¿Quiere un donativo para una nueva capilla de los ranters, señor Barraclough? A menos que su misión sea algo por el estilo, no comprendo qué puede ser.

—No tenía presente ese deber, señor, pero dado que la Providencia le ha llevado a usted a mencionar el asunto, estoy dispuesto a aceptar cualquier insignificancia que pueda usted darme; la más pequeña contribución sería bienvenida.

Diciendo esto, se quitó el sombrero y lo tendió como si mendigara, al tiempo que una sonrisa de descarado le cruzaba la cara.

—Si le doy seis peniques, se los gastará en beber.

Barraclough alzó las palmas de las manos y puso los ojos en blanco, manifestando con el gesto una mera parodia de la hipocresía.

—Sí que es usted un buen tipo —dijo Moore con gran frialdad y aspereza—. No le importa mostrarme que es un hipócrita redomado, que su negocio es un fraude; en realidad espera hacerme reír por la inteligencia con que representa su tosca farsa, al mismo tiempo que cree engañar a los hombres que tiene detrás.

El semblante de Moses se ensombreció; comprendió que había llegado demasiado lejos: iba a responder cuando el segundo cabecilla, impaciente al verse relegado hasta entonces a un segundo plano, se adelantó. Este hombre no parecía un traidor, aunque tenía un aire engreído y excesivamente seguro de sí mismo.

—Señor Moore —comenzó, hablando también con voz gangosa y pronunciando muy despacio cada palabra, como si quisiera dar tiempo a su público para apreciar plenamente la elegancia, fuera de lo común, de su

fraseología—, tal vez podríamos decir con justicia que nuestro propósito es la razón más que la paz. Hemos venido, en primer lugar, para pedirle que atienda a razones y, si se niega, es mi deber advertirle en muy enérgicos términos que habremos de acudir (quería decir recurrir) a medidas que, seguramente, acabarán por... por hacerle ver la insensatez, la... la necedad que parece guiar y guardar sus actos como hombre de negocios en esta... en esta parte industrial del país. ¡Ejem!... señor, ruego que me permita decir que, como extranjero procedente de una costa lejana, de otra parte y hemisferio del globo, arrojado, podría decirse, como un proscrito a estas costas, los acantilados de Albión, no posee el más mínimo conocimiento sobre nosotros y nuestras costumbres que podría beneficiar a las clases trabajadoras. Si, para entrar directamente en materia, acepta usted abandonar esta fábrica y marcharse sin más prolongaciones al lugar del que vino, bien estaría. No veo nada en contra. ¿Qué tenéis que decir a eso, muchachos? —preguntó, volviéndose hacia los otros miembros de la delegación, que respondieron unánimemente: «¡Muy bien!».

—¡Bravo, Noah o' Tím's! —murmuró Joe Scott, que se hallaba detrás del señor Moore—. ¡Ni Moses podría superar eso de los acantilados de Albión y el otro hemisferio, a fe mía! ¿Viene usted de la zona antártica, señor? Moses está vencido.

Sin embargo, Moses se negó a darse por vencido y pensó en probar de nuevo. Lanzando una mirada airada a «Noah o' Tim's», se lanzó a su vez, pero hablando con tono serio, renunciando al sarcasmo que no le había dado resultado.

—Antes de que usted estableciera su morada entre nosotros, señor Moore, vivíamos en paz y quietud; sí, puedo afirmar que en perfecta armonía. Aún no soy una persona de edad, pero recuerdo hasta hace veinte años, cuando se alentaba y respetaba a la mano de obra y ningún liante se había atrevido a introducir esas máquinas que son tan perniciosas. Bien, yo no soy tejedor, sino que tengo el oficio de sastre; sin embargo, mi corazón es algo blando por naturaleza: soy un hombre muy sensible y, cuando mis hermanos son oprimidos como mi gran tocayo de la antigüedad, tengo que salir en su defensa, con cuyo fin le hablo hoy cara a cara. Le aconsejo que se deshaga de su maquinaria infernal y emplee a más trabajadores.

—¿Y qué pasa si no sigo su consejo, señor Barraclough?

—¡Que el Señor le perdone! ¡Que el Señor ablande su corazón, señor!

—¿Ahora está usted en tratos con los wesleyanos, señor Barraclough?

—¡Alabado sea Dios! ¡Bendito sea Su nombre! ¡Soy metodista!

—Lo que en modo alguno le impide ser un borracho y un timador al

mismo tiempo. Una noche, hace de esto una semana, le vi tirado en la cuneta, completamente borracho, cuando volvía del mercado de Stilbro; y al mismo tiempo que predica la paz, dedica su vida a sembrar la disensión. Siente usted la misma simpatía por los pobres que padecen penurias que la que siente por mí: los incita a atropellar las leyes para conseguir sus malvados fines; lo mismo hace el individuo llamado Noah o' Tim's. Son los dos unos sinvergüenzas descontentos, entrometidos e insolentes, cuya motivación principal es la ambición egoísta, tan peligrosa como pueril. Algunos de los hombres que los siguen son personas honradas, pero mal aconsejadas; pero a ustedes dos los considero unos canallas.

Barraclough quiso hablar.

—¡Silencio! Ya ha dicho lo que tenía que decir, y ahora hablo yo. En cuanto a recibir órdenes tuyas, o de cualquier Jack, Jem o Jonathan del mundo, no lo toleraré ni por un instante. Quieren que abandone el país; me piden que me vaya con mi maquinaria; en caso de que me niegue, me amenazan. Pues me niego; ¡tajantemente! Aquí me quedo, y en esta fábrica, y hasta aquí traeré la mejor maquinaria que puedan proporcionarme los inventores. ¿Qué piensan hacer ustedes? Lo máximo que pueden hacer, y a eso no se atreverán jamás, es quemarme la fábrica, destruir su contenido y pegarme un tiro. Supongamos que el edificio está en ruinas y yo soy un cadáver. ¿Qué pasa entonces? Vosotros, muchachos que vais detrás de estos dos picaros, ¿creéis que eso detendría a los inventores o que acabaría con la ciencia? ¡No, ni por una milésima de segundo! Otra fábrica textil nueva y mejor se alzaría sobre las ruinas de ésta, y quizá un dueño más emprendedor vendría a ocupar mi lugar. ¡Escuchadme! Haré mis paños como me plazca y de acuerdo con mis conocimientos. Para la manufactura, emplearé los medios que más me convengan. Quienquiera que, después de escuchar esto, se atreva a interferir en mis asuntos, habrá de atenerse a las consecuencias. Un ejemplo probará que hablo en serio.

Lanzó un agudo y fuerte silbido. Sugden entró en escena con su bastón y su orden de detención.

Moore se dio la vuelta bruscamente hacia Barraclough.

—Estuvo en Stilbro —dijo—. Tengo pruebas. Estuvo en el páramo: llevaba una máscara, derribó a uno de mis hombres con sus propias manos. ¡Usted, un predicador del Evangelio! ¡Sugden, arréstelo!

Moses fue prendido. Hubo gritos y aglomeraciones para rescatarlo, pero la mano derecha que durante todo aquel tiempo se había mantenido oculta en el pecho de Moore reapareció empuñando una pistola.

—He cargado ambos cañones —dijo—. ¡Estoy dispuesto a todo!

¡Apartaos!

Caminando de espaldas, dando la cara al enemigo mientras retrocedía, escoltó a su presa hasta la oficina de contabilidad. Ordenó a Joe Scott que entrara con Sugden y el prisionero y cerrara la puerta desde dentro. En cuanto a él, echó a andar de un lado a otro frente a la fábrica, mirando el suelo con aire meditabundo y con la mano colgando descuidadamente a un costado, pero sin soltar la pistola. Los once delegados restantes lo contemplaron un rato, hablando por lo bajo entre ellos; finalmente uno se acercó. Este hombre parecía muy diferente de los dos que antes habían hablado: tenía las facciones duras, pero modestas, y aspecto varonil.

—No tengo mucha confianza en Moses Barraclough —dijo—, y quisiera decirle unas palabras, señor Moore. Por mi parte, no es la mala voluntad lo que me ha traído aquí, es sólo un esfuerzo para enderezar las cosas, porque están realmente torcidas. Usted sabe que estamos mal, muy mal: nuestras familias son pobres y pasan penalidades. Esos telares nos han echado a la calle, no encontramos trabajo, no ganamos nada. ¿Qué hemos de hacer? Tenemos que decir: ¡lástima!, ¿y echarnos a morir? No; yo no tengo grandes palabras que decir, señor Moore, pero creo que un hombre razonable ha de tener principios y no dejarse morir de hambre como una estúpida criatura; yo no pienso hacerlo. No quiero derramar sangre; no quiero matar ni herir a ningún hombre, y no quiero derribar fábricas ni romper máquinas, porque, como usted dice, esa manera de hacer las cosas no detendrá jamás los inventos; pero hablaré, haré tanto ruido como pueda. Puede que los inventos estén muy bien, pero sé que no está bien que los pobres se mueran de hambre. Los que gobiernan tienen que encontrar la manera de ayudarnos; tienen que hacer leyes nuevas. Usted dirá que eso es difícil; pues entonces, más fuerte aún tendremos que gritar, porque más les costará aún a los hombres del Parlamento ponerse a hacer un trabajo difícil.

—Atosigad a los parlamentarios cuanto os plazca —dijo Moore—, pero atosigar a los dueños de las fábricas es absurdo y, por mi parte, yo no voy a consentirlo.

—¡Tiene usted el corazón de piedra! —replicó el obrero—. ¿No querrá darnos un poco de tiempo? ¿No accederá a hacer sus cambios un poco más despacio?

—¿Acaso formo yo todo el gremio de fabricantes de paños de Yorkshire? ¡Respóndeme a eso!

—No, es uno de ellos.

—Y sólo uno, y si me detuviera a mitad de camino un solo instante, mientras los otros avanzan hacia el futuro, me pisotearían. Si hiciera lo que

queréis que haga, iría a la ruina en un mes. ¿Serviría mi ruina para poner pan en la boca de vuestros hijos hambrientos? William Farren, no me someteré ni a tus dictados ni a los de ningún otro. No me hables más de maquinaria; las cosas se harán a mi modo. Mañana traeré nuevos telares. Si los rompéis, traeré más. Jamás cederé.

La campana de la fábrica dio las doce: era la hora de comer. Bruscamente Moore dio la espalda a la delegación y volvió a entrar en la oficina de contabilidad.

Sus últimas palabras habían dejado una mala impresión, muy dura: él, al menos, había «fracasado en aprovechar una oportunidad que tenía en sus manos». Hablando con amabilidad a William Farren —un hombre honrado que no envidiaba ni odiaba a quienes vivían en circunstancias más felices que él, que no creía que verse obligado a ganarse la vida trabajando fuera una injusticia ni una penuria, que estaba dispuesto a contentarse honorablemente con el simple hecho de tener trabajo—, tal vez Moore habría hecho un amigo. Parecía realmente asombroso que pudiera darle la espalda a un hombre así sin una expresión conciliadora o de comprensión. El pobre hombre tenía el rostro macilento por culpa de la necesidad: tenía el aspecto de un hombre que no sabía lo que era una vida cómoda desde hacía semanas, quizá meses y, sin embargo, no había ferocidad ni malignidad en su semblante; había cansancio, desaliento, severidad, pero seguía siendo paciente. ¿Cómo pudo Moore dejarlo así, con las palabras «jamás cederé», sin un solo susurro de buena voluntad, o esperanza, o ayuda?

En el camino de vuelta a casa —un lugar decente, limpio y agradable en otros tiempos, pero muy triste ahora, aunque aún limpio, a causa de su extrema pobreza—, Farren se hizo esta pregunta. Decidió que el extranjero, el dueño de la fábrica, era un hombre egoísta, insensible y, también eso lo pensó, insensato. Le pareció que, de tener los medios necesarios, sería preferible emigrar a servir a semejante amo. Se sentía muy abatido, casi desesperado.

Cuando entró en casa, su mujer sirvió metódicamente toda la comida de que disponía para él y para los niños: fueron únicamente gachas de avena, y en cantidad muy insuficiente. Algunos de los niños más pequeños pidieron más cuando terminaron sus raciones, petición que alteró grandemente a William: mientras su mujer los calmaba como podía, él se levantó y se dirigió a la puerta. Silbó una alegre estrofa, lo que, sin embargo, no impidió que un par de lagrimones (más parecidos a las «primeras gotas de una lluvia torrencial» que a las que manaban de la herida del gladiador) mojaran los párpados de sus ojos grises y cayeran luego en el umbral. Se aclaró la vista con la manga y, pasado el momento de debilidad, le siguió uno de gran seriedad.

Seguía rumiando en silencio cuando vio acercarse a un caballero de negro;

distinguió en seguida que era un clérigo, pero no Helstone, ni Malone, ni Donne, ni Sweeting. Tenía unos cuarenta años de edad, un rostro vulgar, la piel morena y los cabellos ya grises. Caminaba algo encorvado. Su semblante, cuando se acercó más, mostraba un aire abstraído y algo pesaroso, pero, al llegar a la altura de Farren, alzó la vista y una expresión cordial iluminó el rostro preocupado y serio.

—¿Eres tú, William? ¿Cómo estás? —preguntó.

—Regular, señor Hall. ¿Cómo está usted? ¿Quiere entrar y descansar un poco?

El señor Hall, cuyo nombre el lector ha visto mencionado antes (y que era, en verdad, el vicario de Nunnely, de cuya parroquia era natural Farren y de la que se había mudado hacía apenas tres años para residir en Briarfield, por la conveniencia de estar cerca de la fábrica de Hollow, donde había conseguido trabajo), entró en la casa y, tras saludar a la buena mujer y a los niños, tomó asiento. Empezó a hablar con gran animación sobre el tiempo transcurrido desde que la familia había abandonado su parroquia, de los cambios que habían ocurrido desde entonces; respondió a preguntas sobre su hermana Margaret, por la que se mostró un gran interés; formuló preguntas a su vez y, por fin, con una mirada apresurada e inquieta a través de los anteojos (llevaba anteojos, pues era corto de vista) a la desnuda habitación y a los rostros enflaquecidos y macilentos que lo rodeaban —pues los niños se habían arremolinado en torno a sus rodillas, y el padre y la madre se hallaban de pie ante él—, dijo bruscamente:

—¿Y cómo estáis todos? ¿Qué tal os van las cosas?

Hago notar que el señor Hall no sólo hablaba con un fuerte acento del norte, pese a ser un capacitado hombre de letras, sino que, en ocasiones, utilizaba libremente expresiones típicas del norte.

—Nos van mal —dijo William—. Estamos todos sin trabajo. He vendido la mayor parte de las cosas de casa, como puede ver, y Dios sabe lo que vamos a hacer ahora.

—¿Te ha echado el señor Moore?

—Nos ha echado, y ahora tengo tal opinión de él que creo que, si volviera a admitirme mañana, no trabajaría para él.

—No es propio de ti hablar así, William.

—Ya lo sé, pero ya no soy el mismo: noto que estoy cambiando. No me importaría si los niños y la mujer tuvieran suficiente para vivir, pero pasan hambre... pasan hambre...

—Bueno, muchacho, también tú pasas hambre; salta a la vista. Son

tiempos difíciles; veo sufrimiento allá donde voy. William, siéntate; Grace, siéntate. Hablemos.

Y a fin de poder hablar mejor, el señor Hall aupó al más pequeño de los niños sobre su rodilla y colocó una mano sobre la cabeza del que le seguía en edad; pero, cuando los pequeños empezaron a parlotearle, les pidió silencio y, clavando los ojos en el hogar, contempló el puñado de ascuas que ardían sombríamente.

—¡Tiempos tristes! —dijo—, y duran demasiado. Es la voluntad de Dios. ¡Que así sea! Pero nos pone a prueba y la prueba es realmente extrema. —Una vez más reflexionó—. ¿No tienes dinero, William, y no tienes nada que vender para conseguir una pequeña suma?

—No; he vendido la cómoda y el reloj, y un velador de caoba, y el bonito servicio de té y los utensilios para la chimenea que ella aportó como dote cuando nos casamos.

—Y si alguien os prestara una libra o dos, ¿sabrías hacer buen uso de ellas? ¿Conseguirías otro medio de ganarte el sustento?

Farren no respondió, pero su mujer dijo rápidamente:

—Sí, estoy segura de que sí, señor. Es un hombre muy apañado, nuestro William. Si tuviera dos o tres libras, podría empezar a hacer de vendedor.

—¿Podrías, William?

—Si Dios quiere, podría vender comestibles y cintas e hilo, y lo que pensara que fuera vendible, y al principio podría empezar como buhonero.

—Y, ¿sabe usted, señor? —interpuso Grace—, puede estar seguro de que William no bebería ni haría el vago ni despilfarraría en modo alguno. Es mi marido y no debería alabarlo, pero le diré que no hay hombre en Inglaterra más sensato ni más honrado que él.

—Bueno, hablaré con un par de amigos y creo que puedo prometer que tendrás cinco libras en un día o dos. Como préstamo, cuidado, no como regalo: tendrás que devolverlo.

—Lo entiendo, señor; estoy totalmente de acuerdo.

—Mientras tanto, aquí tienes unos cuantos chelines para ti, Grace, sólo para tener algo que llevar al puchero mientras llegan los clientes. Ahora, niños, poneos en fila y recitad el catecismo, mientras vuestra madre va a comprar algo de comer, porque estoy seguro de que no habéis comido gran cosa hoy. Empieza tú, Ben. ¿Cómo te llamas?

El señor Hall se quedó hasta que volvió Grace; luego se apresuró a despedirse, estrechando la mano a Farren y a su mujer; ya en la puerta, les dijo

unas breves palabras de consuelo y exhortación religiosa con gran seriedad. Se separaron diciéndose: «¡Dios le bendiga, señor!», y un «Dios os bendiga, amigos míos».

CAPÍTULO IX

BRIARMAINS

Los señores Helstone y Sykes empezaron a mostrarse extraordinariamente jocosos con el señor Moore y a felicitarlo cuando se reunió con ellos después de despachar a la delegación; él estuvo tan callado, sin embargo, tras los cumplidos sobre su firmeza, etcétera, y con un semblante tan parecido a un día quieto y sombrío, sin sol y sin brisa, que el rector, después de observarlo detenidamente, se abrochó las felicitaciones con la casaca y dijo a Sykes, cuyos sentidos no eran lo bastante agudos para descubrir sin ayuda cuándo sobran su presencia y su conversación:

—Vamos, señor, nuestros caminos son en parte el mismo; ¿por qué no nos hacemos compañía? Le daremos a Moore los buenos días y lo dejaremos con los felices pensamientos a los que parece dispuesto a entregarse.

—¿Y dónde está Sugden? —inquirió Moore, alzando los ojos.

—¡Ah, ja! —exclamó Helstone—. No he estado del todo ocioso mientras usted estaba ocupado. Me jacto, y no con imprudencia, de haberle ayudado un poco. He pensado que era preferible no perder tiempo; de modo que mientras usted parlamentaba con ese caballero de aspecto demacrado, Farren, creo que se llama, he abierto esta ventana que da atrás, he llamado a gritos a Murgatroyd, que estaba en el establo, para que trajera la calesa del señor Sykes a la parte de atrás; luego he hecho salir a hurtadillas a Sugden y al hermano Moses, con su pierna de madera y todo, por esta abertura, y los he visto subir a la calesa (siempre con el permiso de su buen amigo Sykes, por supuesto). Sugden ha cogido las riendas; conduce como Jehú, y al cabo de otro cuarto de hora Barraclough se hallará bajo custodia en la cárcel de Stilbro.

—Muy bien, gracias —dijo Moore—; buenos días, caballeros —añadió, y de este cortés modo los condujo hasta la puerta y los acompañó fuera del recinto de su fábrica.

Estuvo taciturno y serio durante el resto del día: ni siquiera intercambió la característica sucesión de réplicas con Joe Scott, quien, por su parte, se limitó a hablar con su amo lo imprescindible para el desarrollo del negocio, aunque lo observó en más de una ocasión con el rabillo del ojo, entró a menudo en la oficina de contabilidad para atizar el fuego de la chimenea, y en una ocasión,

mientras cerraba la fábrica al término de la jornada (en la fábrica se trabajaba entonces pocas horas por culpa de la disminución de la clientela), comentó que la tarde era magnífica y que «esperaba que el señor Moore se diera un pequeño paseo por la hondonada; que le haría bien».

Ante esta recomendación, el señor Moore soltó una breve carcajada y, después de preguntar a Joe qué significaba tanta solicitud y si lo tomaba por una mujer o un niño, le quitó las llaves de la mano y le empujó por los hombros para despedirlo. Sin embargo, antes de que llegara a la verja del patio, le llamó para que volviera.

—Joe, ¿conoces a esos Farren? No debe de irles muy bien, ¿no?

—No puede irles bien, señor, cuando no tienen trabajo desde hace tres meses. Usted mismo lo vería en su casa, que ha cambiado mucho; está completamente pelada: lo han vendido casi todo.

—¿Era un buen trabajador?

—Nunca tuvo otro mejor desde que abrió la fábrica.

—¿Y son personas decentes, toda la familia?

—No las hay más decentes; la mujer es una buena persona, ¡y limpísima! Se pueden comer las gachas en el suelo de su casa. No pueden irle peor las cosas. Ojalá William consiguiera trabajo como jardinero o algo parecido; sabe bastante de jardinería. En otro tiempo vivió con un escocés que le enseñó los secretos del oficio, como dicen.

—Bien, ya puedes irte, Joe; no hace falta que te quedes ahí mirándome de esa manera.

—¿No tiene ninguna orden que darme, señor?

—Ninguna más: que te vayas.

Joe actuó en consecuencia.

Las tardes de primavera son a menudo frías y húmedas, y aunque aquél había sido un día apacible, cálido incluso por la mañana a la luz del meridiano, refrescó con la puesta de sol, la tierra se heló y antes de que cayera la noche la escarcha se extendió poco a poco, con sigilo, sobre la hierba floreciente y los capullos sin abrir. Blanqueó el pavimento frente a Briarmains (la residencia del señor Yorke) y causó silenciosos estragos entre las delicadas plantas y el musgo del jardín. En cuanto al gran árbol de fuerte tronco y amplias ramas que protegía el aguilón más cercano a la carretera, parecía desafiar a la escarcha primaveral a dañar sus ramas aún desnudas, igual que el bosquecillo de castaños sin hojas que se alzaban a gran altura en la parte posterior de la casa.

En la negrura de una noche estrellada pero sin luna, las luces de las ventanas brillaban con fuerza: no era aquél un paraje sombrío ni solitario, ni siquiera silencioso. Briarmains se erguía cerca de la carretera; era una casa bastante vieja, construida antes de que se hiciera la carretera, cuando un sendero que serpenteaba a través de los campos era el único camino que conducía hasta ella. Briarfield se hallaba apenas a un kilómetro y medio de distancia; se oía su bullicio, se distinguía claramente su resplandor. De Briar-chapel, la capilla tosca, amplia y nueva, de culto wesleyano, la separaban no más de cien metros, y, dado que en aquel mismo momento se celebraba un rezo entre sus muros, la iluminación de sus ventanas arrojaba un resplandeciente reflejo sobre la carretera, al tiempo que un himno de la naturaleza más extraordinaria, cuyo espíritu induciría a bailar incluso a un cuáquero, resonaba con alegres ecos en toda la vecindad. La letra era perfectamente audible a intervalos: aquí cito unas estrofas de diferentes sonos, pues los cantantes pasaban vivazmente de un himno a otro y de una a otra melodía con una desenvoltura y una alegría características.

Oh! who can explain
this struggle for life,
this travail and pain,
his trembling and strife?
plague, earthquake, and famine,
and tumult and war,
the wonderful coming
of Jesús declare!
For every fight
is dreadful and loud, —
the warrior's delight
is slaughter and blood;
his foes overturning,
till all shall expire, —
and this is with burning,
and fuel, and fire!

Aquí siguió un intervalo de clamorosas plegarias, acompañadas por gemidos de temor. El grito de «¡He hallado la libertad! ¡Doad o'Bill's ha hallado la libertad!» se elevó desde la capilla, y toda la congregación estalló de

nuevo en cánticos.

What a mercy is this!
What a heaven of bliss!
How unspeakably happy I am!
Gather'd into the fold,
with thy people enroll'd,
with thy people to live and to die!!
Oh, the goodness of God
in employing a clod
his tribute of glory to raise;
his standard to bear,
and with triumph declare
his unspeakable riches of grace!
Oh, the fathomless love,
that has deign'd to approve
and prosper the work of my hands;
with my pastoral crook,
I went over the brook,
and behold I am spread into bands!
Who, I ask in amaze,
hath begotten me these?
And inquire from what quarter they came;
my full heart it replies,
they are born from the skies,
and gives glory to God and the Lamb!

La estrofa que siguió a ésta, tras otro largo interregno de gritos, aullidos, jaculatorias, chillidos frenéticos y gemidos agonizantes, pareció rematar el punto culminante de ruido y fervor.

Sleeping on the brink of sin,
tophet gaped to take us in;

mercy to our rescue flew, —
broke the snare, and brought us through.
Here, as in a lion's den,
undeavour'd we still remain;
pass secure the watery flood,
hanging on the arm of God.
Here...

(Terrible, realmente ensordecedor, fue el grito forzado con que se cantó la última estrofa).

Here we raise our voices higher,
shout in the refiner's fire;
clap our hands amidst the flame,
glory give to Jesus name!

El tejado de la capilla no salió volando, lo cual dice mucho en favor de su sólido empizarrado.

Pero si Briar-chapel estaba llena de vida, lo mismo ocurría en Briarmains, aunque ciertamente la mansión parecía disfrutar de una fase de la existencia más tranquila que el templo; también allí se veía luz en algunas ventanas: sus hojas se abrían al jardín, las cortinas ocultaban el interior y oscurecían en parte el resplandor de las bujías que las iluminaban, pero no amortiguaban enteramente las voces y risas. Gozamos del privilegio de entrar por la puerta principal y penetrar en el santuario doméstico.

No es la presencia de invitados lo que anima la morada del señor Yorke, pues no hay nadie allí más que su familia, que se halla congregada en la habitación más alejada de la derecha, la salita de atrás.

Éste es el lugar habitual para las veladas. A la luz del día, las ventanas lucirían sus cristales de brillante colorido: con el púrpura y el ámbar como tonos predominantes y relucientes en torno a sendos medallones de tintes sombríos en el centro, que representan la amable cabeza de William Shakespeare y la serena cabeza de John Milton. De las paredes cuelgan unos cuantos paisajes canadienses —de verdes bosques y azules aguas—, y en medio, las llamaradas de una erupción nocturna en el Vesubio; realmente ardiente es su resplandor en comparación con la fría espuma y el azul celeste de las cataratas y las umbrías profundidades de los bosques.

El fuego que ilumina esta estancia, lector, es de los que, si eres del sur, no

verás a menudo en la chimenea de una residencia particular; es un fuego nítido, cálido, de carbón apilado en un gran montón en el amplio hogar. El señor Yorke se empeña en tener semejantes fuegos incluso en el cálido verano: está sentado frente a la chimenea con un libro en las manos y una bujía sobre el pequeño velador redondo que tiene al lado, pero no lee, contempla a sus hijos. Frente a él se sienta su esposa, personaje al que podría describir minuciosamente, pero no siento inclinación por la tarea. La veo, empero, muy claramente ante mí: una mujer corpulenta con el más grave de los semblantes y la preocupación reflejada en la frente y los hombros, pero no la preocupación abrumadora e inevitable, sino más bien esa suerte de carga sombría que lleva siempre sobre sí la persona que considera su deber ser pesimista. ¡Ah, qué pena! La señora Yorke tenía esa idea, y grave como Saturno se mostraba, mañana, tarde y noche; mal pensaba de cualquier desdichado individuo —sobre todo del sexo femenino— que osara mostrar en su presencia el brillo de un corazón contento o una faz radiante. En su opinión, ser risueño era una profanación; ser alegre era ser frívolo: no hacía distinciones. Sin embargo, era una excelente esposa y una madre solícita que cuidaba de sus hijos sin descanso, y amaba a su marido. Lo peor del caso era que, de haber podido imponer su voluntad, no le habría permitido tener otro amigo en el mundo más que ella: todas sus amistades le resultaban insoportables y las mantenía a distancia.

El señor Yorke y ella se llevaban a las mil maravillas; sin embargo, él era un hombre sociable y hospitalario por naturaleza —un abogado de la unidad familiar—, y en su juventud, como ya se ha dicho, no le gustaban más que las mujeres alegres y vivaces. Por qué la había elegido a ella, cómo conseguían llevarse tan bien, es un misterio realmente desconcertante, pero que pronto podría resolverse, si uno tuviera tiempo para analizar el caso. Baste con decir aquí que el carácter de Yorke tenía su lado oscuro igual que su lado luminoso, y que el lado oscuro hallaba simpatía y afinidad en el conjunto de la naturaleza uniformemente sombría. En cuanto al resto, la señora Yorke era una mujer decidida; jamás hablaba a la ligera ni decía obviedades; tenía una visión seria y democrática de la sociedad y bastante cínica de la naturaleza humana; se consideraba perfecta y digna de confianza, y creía que el resto del mundo estaba equivocado. Su defecto principal era la eterna suspicacia, que la roía por dentro y no podía mitigar, y que despertaban en ella todos los hombres, las cosas, los credos y los partidos por igual: esta suspicacia era un velo ante sus ojos, una falsa guía en su camino, allá donde mirara o hacia donde se volviese.

Puede suponerse que no era probable que los hijos de semejante pareja fueran seres vulgares y corrientes, y no lo eran. Tienes ante ti a los seis, lector. El más pequeño es un bebé que la madre tiene en el regazo; aún es todo suyo, de éste aún no ha empezado a dudar, a sospechar, no ha empezado a condenarlo; el bebé depende de ella para su sustento, depende de ella, se aferra

a ella, la ama por encima de todas las cosas; de eso ella está segura, porque, dado que vive de ella, no puede ser de otra manera; por lo tanto, ella lo ama.

Los dos siguientes son chicas, Rose y Jessy; las dos están ahora en las rodillas de su padre; raras veces se acercan a su madre, salvo por obligación. Rose, la mayor de la dos, tiene doce años de edad; se parece a su padre —de todos, ella es la más parecida—, pero es una cabeza de granito copiada en marfil; tanto el color como las facciones están suavizadas. Yorke tiene un rostro duro; el de su hija no lo es, ni tampoco acaba de ser bonito; es simple, de rasgos infantiles y mejillas llenas y sonrosadas; en cuanto a sus ojos grises, no son nada infantiles, sino solemnes luces del alma, un alma joven todavía, pero que madurará si el cuerpo vive; ni el espíritu del padre ni el de la madre pueden compararse con el suyo: aun teniendo algo de la esencia de ambos, un día llegará a ser mejor que cualquiera de ellos; más fuerte, más puro, más ambicioso. Ahora Rose es una muchacha callada, terca algunas veces: su madre quiere hacer de ella una mujer que se le parezca —una mujer con deberes monótonos y sombríos— y Rose tiene un entendimiento ya desarrollado y sembrado con el germen de ideas que su madre jamás ha conocido. Para ella es una agonía que a menudo esas ideas sean pisoteadas y reprimidas. Aún no se ha rebelado, pero si se la trata con mano dura, se rebelará un día y será para siempre. Rose quiere a su padre: su padre no la trata con mano de hierro, es bueno con ella. Algunas veces teme que su hija no vivirá de tan brillantes como son las chispas de inteligencia que, en ocasiones, centellean en su mirada y resplandecen en su habla. Esta idea hace que a menudo se muestre cariñoso con ella de una manera melancólica.

No piensa en absoluto que la pequeña Jessy vaya a morir joven, ella que es tan alegre y parlanchina; perspicaz, original incluso ahora; vehemente cuando se la provoca, pero muy afectuosa cuando se la mima; a ratos amable y a ratos desconcertante; no teme a nadie —por ejemplo a su madre, cuyas normas irracionales, duras y estrictas ha desafiado a menudo—; sin embargo, confía en cualquiera que la ayude. Jessy, con su menudo rostro de diablillo, su cháchara envolvente y su simpatía, está destinada a ser la niña de los ojos de papá, y eso es. Resulta extraño que la muñeca se parezca a su madre, rasgo por rasgo, igual que Rose se parece a su padre y, sin embargo, la fisonomía... ¡qué diferente!

Señor Yorke, si ante usted colocaran ahora un espejo mágico, y en él se le mostrara a sus dos hijas tal como serán dentro de veinte años a partir de esta noche, ¿qué pensaría? El espejo mágico está aquí: conocerá usted sus destinos, y en primer lugar, el de su pequeña Jessy.

¿Conoce este sitio? No, nunca lo había visto, pero reconoce la naturaleza de estos árboles, este follaje: el ciprés, el sauce, el tejo. Cruces de piedra como éstas no le son desconocidas, tampoco estas sombrías guirnaldas de

siempre vivas. Aquí está el lugar —cubierto de césped y con una lápida de mármol gris—, bajo el que yace Jessy. Falleció en un día de abril; amó mucho y fue muy amada. A menudo, en su corta vida, derramó lágrimas, tuvo frecuentes pesares; sonrió entre uno y otro, alegrando cuanto tocaba. Su muerte fue tranquila y feliz en los protectores brazos de su hermana, pues Rose había sido su sostén y defensa frente a muchas y duras pruebas: las dos jóvenes inglesas, una moribunda, otra que velaba, se vieron en aquella hora solas en un país extranjero, y en el suelo de aquel país, halló Jessy su sepultura.

Ahora contemple a Rose dos años más tarde. Las cruces y las guirnaldas parecían extrañas, pero los bosques y colinas de este paisaje lo son aún más. Estamos verdaderamente lejos de Inglaterra; remotas han de ser unas playas con ese exuberante y agreste aspecto. Esta soledad tiene algo de virginal: pájaros desconocidos revolotean alrededor de la linde de ese bosque; no es un río europeo éste, en cuya orilla está sentada Rose, meditando. La pequeña y tranquila joven de Yorkshire es una emigrante solitaria en una región perdida del hemisferio sur. ¿Volverá algún día?

Los tres hijos mayores son todos varones: Matthew, Mark y Martin. Están sentados juntos en aquel rincón, enzarzados en algún juego. Observa sus tres cabezas: muy parecidas a primera vista; diferentes, en una segunda ojeada; contrastadas a la tercera. Cabellos negros, ojos negros, mejillas rojas: así es el trío; todos poseen las menudas facciones inglesas; todos tienen una semejanza entremezclada al padre y a la madre y, sin embargo, muestran un semblante distinto, señal de un carácter diverso.

No diré gran cosa sobre Matthew, el primogénito, aunque es imposible no observarle durante un rato sin conjeturar qué cualidades indica u oculta esa faz. No es un muchacho de aspecto vulgar: los cabellos negros como el azabache, la blanca frente, las mejillas coloradas y los ojos negros y vivos son buenas cualidades, a su modo. ¿A qué se debe que, por mucho que mires, sólo hay un objeto en la habitación, el más siniestro, con el que el rostro de Matthew parece tener cierta afinidad y que, de vez en cuando, extrañamente, te lo recuerda? La erupción del Vesubio. Llamas y sombras parecen formar parte del alma del muchacho: en ella no hay luz del día, no brilla el sol, ni la pura y fría luz de la luna. Tiene un cuerpo inglés, pero, por lo visto, su espíritu no es inglés: diríase un estilete italiano en una vaina de artesanía británica. Se ha enfadado por el juego; fíjate en su ceño. El señor Yorke lo ve, ¿y qué dice? En voz baja, ruega:

—Mark y Martin, no hagáis enfadar a vuestro hermano. —Y éste es siempre el tono que adoptan ambos progenitores. En teoría, censuran el favoritismo; no se reconocen derechos de primogenitura en esa casa, pero a Matthew no se le puede importunar jamás, ni plantarle cara: evitan provocarle

con la misma pertinacia con que alejarían del fuego un barril de pólvora. «Cede, conciba» es su lema en lo que a él se refiere. Estos republicanos están convirtiendo rápidamente en tirano a la sangre de su sangre. Esto lo saben y lo perciben los vástagos más jóvenes, y en el fondo de su corazón se rebelan contra la injusticia; no comprenden los motivos de sus padres, sólo ven la diferencia de trato. Los dientes de dragón se han sembrado ya entre las jóvenes ramas de olivo del señor Yorke: la discordia será un día su cosecha.

Mark es un muchacho apuesto, el que tiene las facciones más regulares de toda la familia; es extraordinariamente tranquilo; su sonrisa es taimada, puede decir las cosas más irónicas y mordaces del mundo en el tono más sereno. Pese a su calma, una frente algo ceñuda delata su temperamento y te recuerda que no siempre las aguas más tranquilas son las más seguras. Además, es demasiado circunspecto, impasible y flemático para ser feliz. La vida no tendrá nunca demasiadas alegrías que ofrecer a Mark: cuando llegue a los veinticinco se preguntará de qué se ríe la gente, y creerá que todos los que parecen divertirse son unos estúpidos. La poesía no existirá para él, ni en la literatura, ni en la vida; sus mejores efusiones le sonarán a simples divagaciones y jerigonza; aborrecerá y despreciará el entusiasmo. Mark no tendrá juventud: aunque parezca juvenil y en la flor de la vida, tendrá ya la mentalidad de un hombre de mediana edad. Su cuerpo tiene ahora catorce años de edad, pero su alma ha llegado a los treinta.

Martin, el más joven de los tres, tiene otro carácter. Puede que la vida sea o no breve para él, pero sin duda será brillante: pasará por todas sus ilusiones, creyéndolas a medias, gozándolas plenamente y dejándolas luego atrás. No es un muchacho guapo, no tiene el atractivo de sus hermanos: es vulgar; está envuelto en una cáscara seca, que llevará hasta cumplir casi los veinte; entonces se la quitará; más o menos por esa época se hará atractivo a sí mismo. Hasta esa edad sus modales serán toscos, quizá se cubra de feos ropajes, pero la crisálida mantendrá la facultad de transformarse en mariposa, y tal transformación ocurrirá a su debido tiempo. Vendrá una etapa en la que será vano, seguramente un auténtico petimetre, ansioso de placeres y ávido de admiración, sediento, también, de conocimientos. Querrá todo cuanto el mundo pueda ofrecerle, tanto en diversiones como en sabiduría; beberá, quizá, grandes sorbos de cada fuente. Saciada esa sed, ¿qué le quedará? No lo sé. Martin podría ser un hombre extraordinario: la adivina es incapaz de predecir si lo será o no; sobre ese particular no ha tenido una visión clara.

Tomando la familia del señor Yorke en su conjunto, hay tanta fuerza mental en esas seis jóvenes cabezas, tanta originalidad, tanta actividad y vigor cerebrales para —dividiendo entre media docena de niños normales— dar a cada uno de ellos bastante más de la cantidad media de sentido común y talento. El señor Yorke lo sabe y está orgulloso de su estirpe. Yorkshire tiene

familias como ésta aquí y allí, entre sus colina y campos ondulados: peculiares, chispeantes, vigorosas; de buena sangre y cerebro poderoso; algo turbulentas en el orgullo de su fuerza, e intratables en la fortaleza de sus dones autóctonos; carentes de refinamiento, consideración y docilidad, pero sanas, enérgicas y de pura sangre como el águila en el risco o el corcel en la estepa.

Se oye un golpe tenue en la puerta de la salita; los chicos hacían tanto ruido con su juego y la pequeña Jessy, además, cantaba una canción escocesa tan dulce a su padre —que se deleita con canciones escocesas e italianas y ha enseñado a su musical hija algunas de las mejores— que no se había oído la campanilla de la puerta principal.

—Entre —dice la señora Yorke, con esa voz deliberadamente constreñida y solemne que tiene, que se modula siempre en un tono de tristeza funeraria, aunque su objeto no sea más que dar órdenes para que se haga un pudín en la cocina, pedir a los chicos que cuelguen los gorros en el vestíbulo o llamar a las chicas a la hora de la costura—: ¡Entre! —Y entró Robert Moore.

La circunspección habitual de Moore, así como su carácter abstemio (pues no se piden nunca las licoreras cuando él los visita durante la velada), han hablado en su favor a la señora Yorke hasta el punto de que todavía no lo ha convertido en el blanco de animadversiones privadas con su marido: la señora Yorke no ha descubierto aún que una intriga secreta se interpone en el camino de Moore, impidiéndole casarse, ni que es un lobo con piel de oveja, descubrimientos éstos que hizo en época temprana de su matrimonio con respecto a la mayoría de los amigos solteros de su marido, a los que, en consecuencia, excluyó de su círculo social. Podría decirse que esta parte de su conducta, en realidad, tenía su lado justo y sensato, así como severo.

—Vaya, ¿es usted? —dice al señor Moore, y él se acerca y le da la mano—. ¿Qué anda haciendo por ahí a estas horas? Debería estar en su hogar.

—¿Puede decirse que un hombre soltero tiene hogar, señora? —pregunta él.

—¡Bah! —dice la señora Yorke, que desprecia las cortesías convencionales tanto como su marido y las practica igualmente poco, y cuya franca manera de hablar en toda ocasión llega hasta un punto calculado, a veces, para despertar admiración, pero con mayor frecuencia alarma—. ¡Bah! Ahórrese esas tonterías conmigo; un hombre soltero puede tener un hogar si quiere. ¿Acaso su hermana no crea un hogar para usted?

—Ella no —intervino el señor Yorke—, Hortense es una muchacha decente, pero yo, a la edad de Robert, tenía cinco o seis hermanas, todas tan decentes como ella, y, sin embargo eso, Hesther, no me impidió buscar esposa.

—Y amargamente se ha arrepentido de casarse conmigo —añadió la

señora Yorke, que de vez en cuando gustaba de hacer alguna broma irónica sobre el matrimonio, aunque fuera a su propia costa—, hasta rasgarse las vestiduras y mesarse los cabellos, Robert Moore, como bien puede usted creer viendo su castigo —aquí señaló a sus hijos—. ¿Quién se echaría a la espalda semejante carga de muchachos grandes y rudos si pudiera evitarlo? No se trata tan sólo de traerlos al mundo, aunque eso es ya bastante malo, sino que hay que alimentarlos, vestirlos, criarlos y darles una posición en la vida. Joven caballero, cuando le tiente la idea de casarse, piense en nuestros cuatro hijos y en nuestras dos hijas, piénseselo dos veces antes de dar el salto.

—No me tiente por ahora, de todas formas; creo que no están los tiempos para casarse ni dar en matrimonio a una hija.

Un lúgubre sentimiento de aquel género no podía por menos que obtener la aprobación de la señora Yorke: ésta asintió y emitió un gruñido de aquiescencia, pero al cabo de unos instantes dijo:

—No hago mucho caso de la sabiduría de un Salomón de su edad; se verá sacudida por el primer amor que se le cruce por delante. Mientras tanto, siéntese, señor; supongo que sentado puede hablar igual de bien que de pie.

Aquella era su manera de invitar a su visitante a tomar asiento; en cuanto él la hubo obedecido, la pequeña Jessy saltó de la rodilla de su padre, y se lanzó a los brazos del señor Moore, que éste abrió con presteza para recibirla.

—Hablas de casarlo —dijo Jessy a su madre, muy indignada, mientras él la sentaba sin esfuerzo en su rodilla—, y ya está casado, o como si lo estuviera: el verano pasado me prometió que yo sería su mujer, cuando me vio por primera vez con mi vestido blanco nuevo y el fajín azul. ¿No es verdad, padre? —Aquellos niños no estaban acostumbrados a decir «papá» y «mamá»; su madre no toleraba semejantes «ñoñerías».

—Sí, pequeña mía, lo prometió; yo soy testigo. Pero oblígale a que te lo diga otra vez, Jessy: los hombres de su clase no son más que unos granujas mentirosos.

—No es mentiroso; es demasiado guapo para ser mentiroso —dijo Jessy, alzando la vista hacia su alto amado con plena confianza en su palabra.

—¡Guapo! —exclamó la señora Yorke—, ésa es la razón por la que debe de ser un sinvergüenza, y la prueba de que lo es.

—Pero parece demasiado triste para ser mentiroso —adujo aquí una pausada voz desde detrás de la silla del padre—. Si estuviera siempre riendo, pensaría que olvida pronto sus promesas, pero el señor Moore no ríe nunca.

—Tu sentimental petimetre es el mayor embustero de todos, Rose —comentó el señor Yorke.

—No es sentimental —dijo Rose.

El señor Moore se volvió hacia ella, algo sorprendido, sonriendo al mismo tiempo.

—¿Cómo sabes que no soy sentimental, Rose?

—Porque le oí decir a una señora que no lo es.

—Voilà, qui devient intéressant! —exclamó el señor Yorke, acercando más la silla al fuego sin levantarse—. ¡Una señora! Eso suena muy romántico: tenemos que adivinar de quién se trata. Rosy, dile el nombre al oído a tu padre, no dejes que él lo oiga.

—Rose, no seas impertinente —interrumpió la señora Yorke con su acostumbrada manera de aguar la fiesta—, y tampoco tú, Jessy. Conviene que los pequeños, sobre todo las niñas, guarden silencio en presencia de sus mayores.

—¿Para qué tenemos lengua entonces? —preguntó Jessy, con insolencia, mientras Rose se limitaba a mirar a su madre con una expresión que parecía decir que debía reflexionar sobre esa máxima con detenimiento.

Tras dos minutos de grave deliberación, preguntó:

—¿Y por qué las niñas especialmente, madre?

—En primer lugar, porque lo digo yo, y en segundo lugar porque la discreción y la reserva son lo más sensato para una joven.

—Mi querida señora —comentó Moore—, lo que usted dice es excelente; la verdad es que me recuerda las observaciones de mi querida hermana, pero lo cierto es que no puede aplicarse a estas pequeñas. Deje que Rose y Jessy me hablen con toda libertad o desaparecerá el principal placer que encuentro en estas visitas. Me gusta su cháchara: me hace bien.

—¿Verdad que sí? —dijo Jessy—. Más que si se le acercaran esos rudos muchachos. Usted misma los ha llamado rudos, madre.

—Sí, mignonne, mil veces más. Ya tengo muchachos rudos de sobra a mi alrededor durante todo el día, poulet.

—Hay mucha gente —continuó la niña— que presta atención a los chicos: todos mis tíos y tías parecen creer que sus sobrinos son mejores que sus sobrinas, y cuando vienen a comer caballeros, siempre hablan con Matthew y Mark y Martin, y nunca con Rose o conmigo. El señor Moore es nuestro amigo, y lo conservaremos; pero, cuidado, Rose, no es tan amigo tuyo como mío: es mi amigo particular, ¡recuérdalo! —Y alzó la mano menuda en un gesto admonitorio.

Rose estaba muy acostumbrada a ser amonestada por aquella mano menuda; diariamente su voluntad se doblegaba ante la de la impetuosa y pequeña Jessy, que la guiaba y dirigía en mil cosas. En todas las ocasiones de lucimiento o de placer, Jessy se erigía en protagonista y Rose pasaba silenciosamente a un segundo plano; mientras que, cuando se trataba de las cosas desagradables de la vida, del esfuerzo y de las privaciones, instintivamente Rose se hacía cargo de ella y añadía a su propia parte cuanto podía de la de su hermana. Jessy había decidido ya por su cuenta que, cuando fuera mayor, se casaría, pero que Rose debía ser una solterona que viviría con ella, cuidaría de sus hijos y llevaría su casa. Este estado de cosas no es raro entre hermanas cuando una es fea y guapa la otra, pero en este caso, si existía una diferencia en el aspecto externo, Rose se llevaba la mejor parte: sus facciones eran más regulares que las de la vivaracha Jessy. Sin embargo, Jessy estaba destinada a poseer, junto con una ágil inteligencia y una gran vitalidad, el don de la fascinación, el poder de hechizar a quien quisiera, cuando y donde quisiera. Rose tendría un alma buena y generosa, un intelecto noble y profundamente cultivado, y un corazón de una fidelidad inquebrantable, pero carecería de la facultad de seducir.

—Bien, Rose, dime el nombre de esa señora que negó que yo fuera sentimental —insistió el señor Moore.

Rose no sabía jugar a la seducción, de lo contrario le habría mantenido un rato en la duda; respondió brevemente:

—No puedo; no sé cómo se llama.

—Descríbemela. ¿Cómo es? ¿Dónde la viste?

—Cuando Jessy y yo fuimos a pasar el día en Whinbury con Kate y Susan Pearson, que acababan de llegar del colegio, hubo una fiesta en casa de la señora Pearson, y unas señoras estaban sentadas en un rincón del salón hablando de usted.

—¿Conocías a alguna de ellas?

—A Hannah, Harriet, Dora y Mary Sykes.

—Bien. ¿Me insultaron, Rosy?

—Algunas sí: le llamaron misántropo. Recuerdo la palabra; la busqué en el diccionario cuando volví a casa: significa que odia a los hombres.

—¿Qué más?

—Hannah Sykes dijo que era usted un jovenzuelo pomposo.

—¡Mejor! —exclamó el señor Yorke, entre risas—. ¡Oh! ¡Excelente! Hannah... ésa es la de los cabellos rojos: una guapa chica, pero medio tonta.

—Al parecer tiene ingenio suficiente para mí —dijo Moore—. ¡Así que un jovencuelo pomposo! Bueno, Rose, sigue.

—La señorita Pearson dijo que ella opinaba que había mucho de afectación en usted, y que le parecía un memo sentimental, con sus cabellos negros y su rostro pálido.

El señor Yorke volvió a echarse a reír; esta vez, incluso la señora Yorke se unió a sus risas.

—Ya ve qué estima le tienen a sus espaldas —dijo—. Sin embargo, creo que a la señorita Pearson le gustaría pescarle; puso los ojos en usted en cuanto apareció por aquí, a pesar de la edad que tiene.

—¿Y quién la contradijo, Rosy? —inquirió el señor Moore.

—Una señora a la que no conozco, porque nunca ha venido aquí de visita, aunque la veo todos los domingos en la iglesia; se sienta en el banco cercano al púlpito. Por lo general la miro a ella en lugar de mirar mi devocionario, porque es igual que un cuadro que tenemos en el comedor, el de la mujer con la paloma en la mano; al menos tiene los mismos ojos, y también la nariz, una nariz recta que hace que su cara parezca de algún modo lo que yo llamo clara.

—¡Y no la conoces! —exclamó Jessy en un tono de extraordinaria sorpresa—. Es muy propio de Rose. Señor Moore, a menudo me pregunto en qué mundo vive mi hermana; estoy segura de no vive en éste todo el tiempo. A cada momento descubre uno que ignora por completo alguna insignificancia que todos los demás conocen. ¡Pensar que va solemnemente a la iglesia todos los domingos y que se pasa todo el servicio religioso mirando a una persona en particular, y que no ha llegado jamás a preguntar quién es esa persona! Se refiere a Caroline Helstone, la sobrina del rector. Yo lo recuerdo todo. La señorita Helstone se enfadó mucho con Anne Pearson. Dijo: «Robert Moore no es afectado ni sentimental; están totalmente confundidas sobre su carácter, o bien es que ninguna de ustedes sabe nada de él». Bueno, ¿quiere que le diga cómo es ella? Puedo decir cómo es la gente y cómo van vestidos mejor que Rose.

—Oigámoslo.

—Es simpática, es hermosa; tiene un bonito cuello blanco y esbelto; lleva largos tirabuzones, pero no rígidos, sino sueltos y suaves, de color castaño, pero no oscuro; habla pausadamente, con un tono claro; nunca se mueve con precipitación; a menudo lleva un vestido gris de seda; es muy pulcra: los vestidos, los zapatos y los guantes siempre le sientan bien. Es lo que yo llamo una señora y, cuando sea tan alta como ella, quiero ser igual. ¿Le gustaré si soy como ella? ¿Se casará conmigo de verdad?

Moore acarició los cabellos de Jessy; durante unos instantes pareció a punto de abrazarla, pero en cambio la apartó un poco.

—¡Oh! ¿No me querrá? Me ha apartado.

—Pero, Jessy, si yo no te importo nada; nunca vienes a verme al Hollow.

—Porque usted no me lo pide.

El señor Moore se apresuró a invitar a ambas niñas a que lo visitaran al día siguiente, prometiendo que, puesto que iba a Stilbro por la mañana, compraría un regalo para cada una, de cuya naturaleza no quería revelar nada; tendrían que ir a verlo por sí mismas. Jessy estaba a punto de replicar, pero uno de los chicos metió baza inesperadamente.

—Conozco a esa señorita Helstone de la que todos parloteaban: es una chica fea. ¡La odio! Odio a todas las mujeres. Me gustaría saber para qué sirven.

—¡Martin! —dijo su padre, pues de Martin se trataba. El muchacho se limitó a volver su joven rostro cínico, a medias malicioso, a medias agresivo, hacia la silla paterna—. Martin, hijo mío, eres un granuja jactancioso; un día serás un jovenzuelo extravagante, pero no olvides esos sentimientos tuyos. Veamos, escribiré esas palabras en mi cuaderno. —El señor Yorke sacó un libro encuadernado en tafilete y escribió en él despacio—. De aquí a diez años, Martin, si tú y yo vivimos aún, te recordaré esas palabras.

—Diré lo mismo entonces que ahora: pienso odiar siempre a las mujeres; son unas estúpidas. No hacen más que ponerse vestidos caros y pasearse por ahí para que las admiren. No me casaré jamás; seré un solterón.

—¡No cambies! ¡No cambies! Hesther —dirigiéndose a su mujer—, yo era como él cuando tenía su edad, un auténtico misógino y, ¡fíjate!, cuando llegué a los veintitrés años (entonces era un turista en Francia e Italia, ¡y Dios sabe dónde!), me rizaba el pelo todas las noches antes de acostarme, y llevaba un anillo en la oreja, y habría llevado otro en la nariz si hubiera estado de moda; y todo eso para hacerme agradable y encantador para las damas. Martin hará lo mismo.

—¿Yo? ¡Nunca! Tengo más sentido común. ¡Menudo tipo era, padre! En cuanto a la ropa, haré una promesa: nunca me vestiré con más elegancia que la que ve ahora. Señor Moore, visto de azul de los pies a la cabeza, y se ríen de mí y me llaman marinero en la escuela secundaria. Yo me río de ellos más fuerte aún y les digo que son todas unas cotorras y unos loros, con las casacas de un color, los chalecos de otro y los pantalones de un tercero. Yo siempre vestiré de azul y nada más que de azul; está por debajo de la dignidad humana vestirse con prendas de diferentes colores.

—De aquí a diez años, Martin, no habrá sastrería que tenga suficiente variedad de colores para tu gusto escrupuloso, ni perfumerías con esencias lo bastante exquisitas para tus exigentes sentidos.

Martin adoptó una expresión desdeñosa, pero no se dignó contestar. Mientras tanto, Mark, que durante unos minutos había estado revolviendo en un montón de libros de una mesita, tomó la palabra. Habló con una voz singularmente tranquila y pausada y con una expresión de apacible ironía en su rostro, difícil de describir.

—Señor Moore —dijo—, quizá crea usted que la señorita Caroline Helstone le hacía un cumplido al decir que no es sentimental. Me ha parecido que se quedaba usted confuso cuando mis hermanas se lo contaban, como si se sintiera halagado: se ha ruborizado igual que cierto chico engreído de nuestra escuela, que considera conveniente sonrojarse siempre que le toma el pelo a alguien en la clase. Para su información, señor Moore, he buscado la palabra «sentimental» en el diccionario y he encontrado que significa «teñido de sentimientos». A continuación, he hallado que «sentimiento» se explica como pensamiento, idea, noción. Un hombre sentimental, por tanto, es aquel que tiene pensamientos, ideas, nociones, y un hombre no sentimental es el que carece de ellos.

Mark calló; no sonrió, no miró a un lado y a otro buscando admiración: había dicho lo que quería decir y ahora guardaba silencio.

—Mafoi!, mon ami —comentó el señor Moore a Yorke—, ce sont vrciiment des enfants terribles, que les vótres!

Rose, que había escuchado atentamente el discurso de Mark, le replicó:

—Hay diferentes tipos de pensamientos, ideas y nociones —dijo—, buenos y malos; sentimental debe de referirse a los malos, o la señorita Helstone debió de tomarlo en ese sentido, porque no acusaba al señor Moore, lo defendía.

—¡Ésta es mi pequeña y bondadosa abogada! —exclamó Moore, cogiendo a Rose de la mano.

—Lo defendía —repitió Rose—, como hubiera hecho yo en su lugar, pues las otras señoras parecían hablar con malevolencia.

—Las señoras siempre hablan con malevolencia —dijo Martin—; forma parte de la naturaleza de las mujeres ser malévolas.

Matthew abrió la boca para hablar por primera vez.

—Qué estúpido es Martin, siempre parloteando de lo que no entiende.

—Estoy en mi derecho, como hombre libre, de hablar de cualquier tema que me plazca —replicó Martin.

—Lo usas, o más bien abusas de él hasta tal punto —replicó a su vez el hermano mayor— que demuestras que deberías ser un esclavo.

—¡Un esclavo! ¡Un esclavo! ¡Que eso se lo diga un Yorke a otro Yorke! Este individuo —añadió, levantándose de la mesa y señalando a Matthew—, este individuo olvida lo que sabe cualquier arrendatario de Briarfield, que todos los nacidos de nuestra casa tienen el empuje arqueado bajo el cual puede discurrir el agua, prueba de que no ha habido ningún esclavo de nuestra sangre desde hace trescientos años.

—¡Charlatán! —dijo Matthew.

—¡Silencio, muchachos! —exclamó el señor Yorke—. Martin, eres un liante: no tendríamos este alboroto de no ser por ti.

—¡Vaya! ¿Ah, sí? ¿He empezado yo, o ha empezado Matthew? ¿Le había hablado yo a él cuando me ha acusado de parlotear como un idiota?

—¡Como un idiota presuntuoso! —repitió Matthew.

La señora Yorke empezó a mecerse, movimiento de mal agüero en ella, pues alguna que otra vez, sobre todo cuando Matthew salía malparado de una discusión, le seguía un ataque de histeria.

—No veo por qué he de tolerar la insolencia de Matthew Yorke, ni qué derecho tiene a insultarme —dijo Martin.

—No tiene derecho, hijo mío; pero perdona a tu hermano hasta setenta y siete veces —dijo el señor Yorke con tono apaciguador.

—¡Siempre igual, y teoría y práctica siempre opuestas! —musitó Martin, dándose media vuelta para abandonar la habitación.

—¿Adónde vas, hijo mío? —preguntó el padre.

—A algún sitio donde esté a salvo de insultos, si es que puedo encontrar un lugar así en esta casa.

Matthew soltó una insolente carcajada; Martin le lanzó una extraña mirada, y todo su esbelto cuerpo adolescente temblaba, pero se contuvo.

—Supongo que no hay objeción alguna a que me retire —dijo.

—No. Ve, hijo mío, pero recuerda que no debes ser rencoroso.

Martin se fue y Matthew le dirigió otra carcajada insolente. Levantando la hermosa cabeza del hombro del señor Moore, donde había reposado durante unos instantes, Rose miró con firmeza a Matthew y dijo:

—Martin está afligido y tú estás contento, pero yo preferiría ser Martin a ser tú; no me gusta tu carácter.

Con el ánimo de alejarse, o al menos de evitar una escena —un sollozo de la señora Yorke le advirtió que era probable que se produjera—, el señor Moore se levantó en aquel momento y, depositando a Jessy en el suelo, la besó a ella y a su hermana, recordándoles al mismo tiempo que no olvidaran ir al día siguiente por la tarde al Hollow. Luego, tras despedirse de su anfitriona, dijo al señor Yorke:

—¿Puedo hablar a solas con usted? —Y salió de la habitación seguido por él.

Mantuvieron una breve conversación en el vestíbulo.

—¿Tiene usted empleo para un buen trabajador? —preguntó Moore.

—Pregunta absurda en estos tiempos, cuando sabes que cualquier amo tiene muchos y buenos trabajadores a los que no puede dar un empleo.

—Tiene usted que complacerme aceptando a ese hombre, si es posible.

—Muchacho, no puedo aceptar más obreros ni para complacer a toda Inglaterra.

—No importa; debo encontrarle trabajo en alguna parte.

—¿Quién es?

—William Farren.

—Conozco a William; un hombre muy honrado, ese William.

—Hace tres meses que se quedó sin trabajo; tiene una familia numerosa. Estamos seguros de que no pueden vivir sin un salario. Formaba parte de una delegación de aprestadores que ha venido a verme esta mañana para quejarse y amenazarme. William no me ha amenazado, sólo me ha pedido que les diera un poco más de tiempo, que hiciera mis cambios más despacio. Usted sabe que no puedo hacer eso: apurado de dinero como estoy, no tengo más remedio que seguir adelante. Me ha parecido que sería ocioso parlamentar con ellos. Los he despachado, tras arrestar a un bribón que los acompañaba y al que espero que condenen a la deportación; un tipo que predica algunas veces en aquella capilla de allá.

—¿Moses Barraclough?

—Sí.

—¡Ah! ¿Lo has arrestado? ¡Bien! Pues entonces de un granuja harás un mártir; buena cosa has hecho.

—He hecho lo que debía hacer. Bueno, en definitiva, estoy resuelto a encontrarle trabajo a Farren, y cuento con usted para que se lo proporcione.

—¡Eso sí que es estupendo! —exclamó el señor Yorke—. ¿Qué derecho tienes a contar conmigo para que me ocupe de los obreros que tú despides? ¿Qué sé yo de tus Farrens y tus Williams? He oído decir que es un hombre honrado, pero ¿tengo que mantener yo a todos los hombres honrados de Yorkshire? Puede que a ti no te parezca una gran carga, pero, grande o pequeña, no la voy a aceptar.

—Vamos, señor Yorke, ¿qué puede encontrar para él?

—¿Encontrar yo? Harás que utilice un lenguaje que no estoy acostumbrado a usar. Quiero que te vayas a casa; ahí está la puerta. Adiós.

Moore se sentó en una de las sillas del vestíbulo.

—No puede darle trabajo en su fábrica, bien, pero usted tiene tierras; encuéntrale alguna ocupación en la tierra, señor Yorke.

—Bob, creía que no te importaban nada nuestros lourdauds de paysans; no entiendo este cambio.

—Yo sí: lo que me dijo ese hombre no era más que la verdad y palabras muy sensatas. Yo le contesté con la misma rudeza con que traté a los demás, que no hacían más que farfullar sandeces. En ese momento no supe hacer distinciones: su aspecto hablaba por sí solo de sus penurias, pero ¿de qué sirven las explicaciones? Démosle trabajo.

—Dáselo tú. Si tanto te interesa, tira un poco de la manga.

—Si tuviera la posibilidad de tirar de la manga en mis negocios, lo haría hasta que volviera a romperse, pero esta mañana he recibido cartas que me muestran con toda crudeza la situación en que me encuentro, y no está muy lejos del final de la cuerda. Mi mercado extranjero, en cualquier caso, está bloqueado. Si no se produce ningún cambio, si no surge alguna perspectiva de paz, si las Reales Ordenes no se abrogan por fin y podemos abrir nuestras rutas hacia el oeste, no sé a qué voy a recurrir. Veo la misma luz que si estuviera encerrado en el interior de una roca; de modo que, pretender que puedo ofrecer a un hombre un medio de subsistencia no sería honrado.

—Ven, demos una vuelta por fuera; la noche es estrellada —dijo el señor Yorke.

Salieron de la casa cerrando tras ellos la puerta principal y, codo con codo, pasaron por el pavimento cubierto de escarcha.

—Arregle lo de Farren de inmediato —insistió el señor Moore—. Usted tiene grandes extensiones de árboles frutales en Yorke Mills; es un buen jardinero, dele trabajo allí.

—Bien, que así sea, enviaré a buscarlo mañana, y veremos. Y ahora,

muchacho, ¿estás preocupado por el estado de tus asuntos?

—Sí, un segundo fracaso, que puedo aplazar, pero que en este momento no veo modo de evitar definitivamente, arruinaría el nombre de Moore por completo, y usted sabe que tenía la noble intención de pagar todas las deudas y devolver a la firma su antigua importancia.

—Necesitas capital; eso es todo lo que necesitas.

—Sí, pero eso es lo mismo que decir que un muerto sólo necesita respirar para vivir.

—Lo sé. Sé que el capital no se encuentra a pedir de boca y, si fueras un hombre casado y tuvieras hijos, como yo, pensaría que tu caso es desesperado, pero los jóvenes sin trabas tienen oportunidades propias. De vez en cuando me llega el chisme de que estás a punto de casarte con esta señorita o con otra, pero supongo que nada de eso es cierto.

—Hace bien en suponerlo, creo que no estoy en situación de soñar con el matrimonio. ¡Matrimonio! No soporto esa palabra: suena tan estúpida y utópica. He decidido que el matrimonio y el amor son cosas superfluas, destinadas únicamente a los ricos, que viven con comodidad y no necesitan pensar en el mañana; o desesperaciones, la última alegría temeraria de los más desgraciados, que no esperan siquiera salir del abismo de su absoluta miseria.

—Yo no pensaría así si me hallara en tus circunstancias; pensaría que tenía grandes oportunidades de conseguir una esposa con unos cuantos miles de libras, que me convendría tanto a mí como a mis negocios.

—¿Dónde, me pregunto yo?

—¿Lo intentarías, si tuvieras la ocasión?

—No lo sé. Depende de... en resumen, depende de muchas cosas.

—¿Te casarías con una mujer mayor?

—Antes me pondría a picar piedra.

—Yo también. ¿Te casarías con una fea?

—¡Bah! Detesto la fealdad y me deleito con la belleza: mis ojos y mi corazón, Yorke, se complacen con un rostro dulce, joven y hermoso, del mismo modo que les repele un rostro sombrío, duro y flaco; los rasgos y tonos delicados me gustan, los duros me predisponen en contra. No tendré una mujer fea.

—¿Aunque sea rica?

—Aunque estuviera cubierta de gemas. No podría amarla, no podría gustarme, no podría soportarla. Mis gustos han de verse satisfechos, o la

repugnancia se convertiría en despotismo, o peor aún, en una frialdad absoluta.

—Bob, ¿y si te casaras con una muchacha honrada, de buen carácter y fortuna, aunque poco atractiva? ¿No podrías tolerar unos pómulos prominentes, una boca ancha y un pelo rojizo?

—Jamás lo intentaría, se lo aseguro. Ha de tener gracia al menos, y juventud, y simetría; sí, y lo que yo llamo belleza.

—Y pobreza y un montón de chiquillos que no podrías vestir ni alimentar, y muy pronto una mujer impaciente y marchita, y luego la bancarrota, el descrédito, una vida de sacrificios.

—Déjeme en paz, Yorke.

—Si eres romántico, Robert, y sobre todo, si ya estás enamorado, no tiene sentido seguir hablando.

—No soy romántico. Estoy tan despojado de romanticismo como los bastidores blancos de ese campo están despojados de paños.

—Utiliza siempre esas figuras retóricas, muchacho, las comprendo perfectamente. ¿Y no hay ningún asunto amoroso que enturbie tu buen juicio?

—Creía que ya lo había dejado claro. ¿Amor, yo? ¡Bobadas!

—Bueno, entonces, si estás sano de cabeza y de corazón, no hay razón para que no aproveches una buena oportunidad si se presenta. Por lo tanto, espera.

—Es usted enigmático como un oráculo, Yorke.

—Creo que algo de eso hay. No te prometo nada y no te aconsejo nada, pero te pido que no pierdas la esperanza y te dejes guiar por las circunstancias.

—Mi tocayo, el médico del almanaque, no hablaría con más cautela.

—Mientras tanto, me importas un comino, Robert Moore; no eres pariente mío ni de los míos, y me es indiferente que pierdas o ganes una fortuna. Ahora vete a casa; han dado las diez. La señorita Hortense se estará preguntando dónde te has metido.

CAPÍTULO X

SOLTERONAS

Transcurrió el tiempo y se asentó la primavera. El paisaje de Inglaterra empezaba a ser placentero: el verdor de sus campos, los arroyos de sus

colinas, las flores de sus jardines; pero bajo esa superficie nada había mejorado: los pobres seguían en condiciones miserables; los que les daban empleo seguían acosados; el comercio, en algunas de sus ramas, parecía atezado por una parálisis total, pues la guerra continuaba; se derramaba la sangre de Inglaterra y se derrochaban sus riquezas, y todo, al parecer, para alcanzar unos objetivos realmente insuficientes. Ciertamente es que de vez en cuando llegaban noticias de algún triunfo en la península Ibérica, pero se producían con lentitud; entre una novedad y otra existían largos intervalos en los que no se oía otra cosa que las insolentes felicitaciones que Bonaparte se dedicaba a sí mismo tras sus sucesivas victorias. Quienes sufrían las consecuencias de la guerra encontraban insoportable aquella lucha tediosa y desesperada —según ellos creían— contra lo que sus miedos o sus intereses señalaban como un poder invencible, y exigían la paz a cualquier precio; hombres como Yorke y Moore —y había miles a los que la guerra había colocado en la misma situación que a ellos, temblando al borde de la bancarrota— insistían en la paz con la energía de la desesperación.

Celebraban reuniones; hacían discursos; redactaban peticiones para conseguir ese favor; no les importaba en qué condiciones.

Todos los hombres, tomados individualmente, son más o menos egoístas y, tomados en conjunto, lo son aún más. El comerciante británico no es una excepción a esa regla: las clases mercantiles la ejemplifican de manera extraordinaria. Ciertamente estas clases piensan exclusivamente en ganar dinero, olvidando por completo cualquier consideración nacional más allá de extender el comercio de Inglaterra (es decir, de ellos mismos). En su corazón han muerto los sentimientos de caballerosidad, generosidad y orgullo de la honra. Un país gobernado únicamente por ellos se sometería de manera ignominiosa con demasiada frecuencia, no por los motivos que Cristo nos enseña, sino más bien por los que inspira Mamón. Durante la última guerra, los comerciantes de Inglaterra habrían aguantado bofetadas de los franceses en la mejilla derecha y en la izquierda; le habrían dado su abrigo a Napoleón y luego le habrían ofrecido cortésmente también la casaca, y tampoco le habrían negado el chaleco de haberles sido requerido; habrían solicitado permiso sólo para conservar su otra única prenda, porque en ella tenían el bolsillo y su bolsa. Ni una chispa de temple, ni un signo de resistencia habrían mostrado hasta que la mano del bandido corso no hubiera agarrado esa amada bolsa; entonces, quizá, transformados en el acto en perros británicos, saltarían a la garganta del ladrón y, aferrados a ella, no la soltarían, insaciables, empecinados, hasta recuperar su tesoro. Cuando los comerciantes hablan en contra de la guerra, declaran siempre que la detestan porque es bárbara y sangrienta; oyéndolos hablar, se diría que son especialmente civilizados, especialmente amables y bien dispuestos hacia sus compatriotas. No es éste el caso. Muchos de ellos son extremadamente mezquinos e insensibles, no

sienten absolutamente nada hacia otra clase que no sea la suya; son distantes, incluso hostiles, con todas las demás; las llaman inútiles, parecen poner en duda su derecho a existir, darles a regañadientes hasta el aire que respiran, y creer que la circunstancia de que coman, beban y vivan en casas decentes es totalmente injustificable. No saben qué hacen los demás para ayudar, complacer o enseñar a los de su estirpe; no se molestan en preguntarlo: al que no comercia lo acusan de comer el pan de la ociosidad, de llevar una fútil existencia. ¡Ojalá Inglaterra tarde mucho tiempo en convertirse realmente en una nación de tenderos! Hemos dicho ya que Moore no era un patriota abnegado, y hemos explicado también qué circunstancias le hicieron especialmente proclive a limitar su atención y sus esfuerzos a favorecer sus intereses individuales. En consecuencia, cuando se vio empujado por segunda vez al borde de la ruina, nadie luchó más que él contra las influencias que podían derribarlo. Cuanto podía hacer él con respecto a la tumultuosa agitación que se vivía en el norte en contra de la guerra, lo hizo, e instó a otros más poderosos que él por su dinero y sus influencias. Algunas veces, momentáneamente, tenía la impresión de que las exigencias que su partido planteaba al Gobierno no eran razonables: cuando oyó decir que toda Europa estaba amenazada por Bonaparte y que toda Europa se armaba para oponérsele; cuando vio a Rusia amenazada y contempló cómo Rusia se alzaba, colérica y severa, para defender su helado suelo, sus salvajes provincias de siervos y su tenebroso despotismo de la bota, del yugo y la tiranía de un vencedor extranjero, supo que Inglaterra, un reino libre, no podía delegar en sus hijos para hacer concesiones y proponer condiciones al avaro e injusto cabecilla francés. Cuando de vez en cuando llegaban noticias sobre las acciones del HOMBRE que representaba a Inglaterra en la península Ibérica, de su avance de victoria en victoria —ese avance, lento pero implacable, circunspecto pero seguro, sin prisa pero sin pausa—; cuando leía los despachos del propio lord Wellington en las columnas de los periódicos, documentos escritos por la modestia al dictado de la verdad, Moore admitía en el fondo de su corazón que las tropas británicas tenían un cierto poder, un poder vigilante, duradero, auténtico y sin ostentación que es el que al final otorga la victoria. ¡Al final! Pero ese final, pensaba, aún estaba lejos, y mientras tanto él, Moore, como individuo, sería aplastado y sus esperanzas convertidas en polvo. Era de sí mismo de quien debía preocuparse, era por sus esperanzas por las que debía luchar. Cumpliría con su destino.

Cumplió con él de manera tan enérgica que al poco tiempo llegó a una ruptura decisiva con su viejo amigo tory, el rector. Riñeron durante una reunión pública y después intercambiaron unas cuantas cartas mordaces a través de los periódicos. El señor Helstone acusó a Moore de jacobino, dejó de verlo, ni siquiera le hablaba cuando se encontraban: comunicó también a su sobrina, muy claramente, que su relación con la casa del Hollow debía cesar

por el momento, que debía abandonar las clases de francés. En el mejor de los casos, dijo, era una lengua mala y frívola, altamente injuriosa por su tendencia a debilitar las mentes femeninas. Se preguntaba (comentó entre paréntesis) qué idiota había iniciado la moda de enseñar francés a las mujeres; no había nada más impropio para ellas: era como alimentar a un niño raquítrico con tiza y gachas aguadas. Caroline tenía que renunciar a eso, y renunciar también a sus primos: eran gente peligrosa.

El señor Helstone daba por cierto que se opondría a su orden: esperaba ver lágrimas. Raras veces se preocupaba por los movimientos de Caroline, pero se adueñó de él la vaga idea de que su sobrina se había aficionado a ir a la casa del Hollow; también sospechaba que le gustaban las visitas ocasionales de Robert Moore a la rectoría. El cosaco había percibido que, cuando era Malone quien se dejaba caer por la tarde con el afán de mostrarse sociable y encantador, pellizcando las orejas de un viejo gato negro que solía compartir el escabel con los pies de la señorita Helstone, o tomando prestada una escopeta para disparar contra la puerta de un cobertizo para herramientas que había en el jardín, cuando aún había luz para ver aquella diana conspicua — ocasionando así el trastorno de dejar abiertas las puertas del pasillo y de la salita todo el tiempo, a fin de poder entrar y salir corriendo cómodamente para anunciar sus éxitos y sus fracasos con ruidosa brusquedad—; el cosaco había observado que, en tales entretenidas circunstancias, Caroline tenía la manía de desaparecer por la escalera con pies ligeros y silenciosos, y seguir invisible hasta que la llamaban para cenar. Por otro lado, cuando el invitado era Robert Moore, a pesar de que no estimulaba la vivacidad del gato, de que no le hacía nada en realidad, salvo persuadirle de que abandonara el escabel para subirse a su rodilla y dejarlo ahí ronronear, subírsele al hombro y frotar la cabeza contra su mejilla; a pesar de que no se oían los ensordecedores chasquidos de las armas de fuego, ni se difundía el perfume sulfuroso de la pólvora, ni había ruido ni alardes durante su estancia; a pesar de todo ello, Caroline se quedaba en la salita y parecía hallar una asombrosa satisfacción en coser acericos para la cesta del judío y tejer calcetines para la cesta del misionero.

Ella estaba muy callada y Robert le prestaba escasa atención, apenas le dirigía la palabra; pero el señor Helstone, que no era uno de esos viejos caballeros que se dejan cegar fácilmente, sino que, por el contrario, se hallaba extremadamente alerta en toda ocasión, los había observado cuando se deseaban buenas noches: había visto cómo se cruzaban sus miradas una sola vez, sólo una. A algunas naturalezas las habría complacido la mirada así sorprendida, porque no había nada malo en ella y sí cierto deleite. No era en modo alguno una mirada de complicidad, pues no existían secretos amorosos entre ellos; no había, pues, argucia ni engaño que ofendiera, tan sólo que los ojos del señor Moore, al mirar los de Caroline, sentían que eran claros y gentiles, y los de Caroline, al encontrarse con los del señor Moore, confesaban

que los encontraba varoniles y penetrantes: cada uno reconocía el encanto que tenía el otro a su estilo. Moore esbozaba una leve sonrisa y Caroline se ruborizaba también levemente. El señor Helstone les habría reprendido sin pensárselo: le molestaban. ¿Por qué? Imposible adivinarlo. Si le hubieran preguntado qué merecía Moore en aquel momento, habría contestado: «un látigo»; de haberle inquirido acerca de lo que merecía Caroline, le habría adjudicado una bofetada; de haberle preguntado además por la razón de tales castigos, habría vociferado en contra del coqueteo y el cortejo, y habría jurado que no toleraría jamás semejantes desatinos bajo su techo.

Estas reflexiones íntimas, combinadas con razones políticas, determinaron su decisión de separar a los primos. Anunció su voluntad a Caroline una noche, mientras ella estaba ocupada en su labor cerca de la ventana de la salita: Caroline tenía el rostro vuelto hacia él, bañado por la luz. Unos minutos antes al rector le había parecido que su sobrina estaba más pálida y callada que de costumbre; tampoco se le había escapado el hecho de que desde hacía unas tres semanas el nombre de Robert Moore no había acudido a sus labios, ni que durante ese mismo espacio de tiempo dicho personaje no había hecho aparición por la rectoría. Al señor Helstone le perseguía la sospecha de que tenían encuentros clandestinos; dada su pobre opinión sobre las mujeres, siempre sospechaba de ellas: creía que era preciso vigilarlas continuamente. En un tono burlesco significativo, expresó su deseo de que interrumpiera las visitas al Hollow; él esperaba un sobresalto, una mirada de desaprobación: el sobresalto lo vio, pero fue muy leve; mirada, no recibió ninguna.

—¿Me has oído? —preguntó.

—Sí, tío.

—Por supuesto, piensas obedecerme.

—Sí, ciertamente.

—Y nada de escribir a tu prima Hortense: no debe haber ninguna comunicación en absoluto. No apruebo los principios de esa familia; son unos jacobinos.

—Muy bien —dijo Caroline tranquilamente. Así pues, consentía; no asomaba el rubor del enojo a su rostro, no afluían las lágrimas: la sombría seriedad que dominaba sus facciones antes de que él hablara permaneció imperturbable: obedecía.

Sí, completamente, porque la orden coincidía con su propia decisión, ya tomada, porque se había convertido en sufrimiento para ella ir a la casa del Hollow; nada encontraba allí salvo decepciones, la esperanza y el amor habían abandonado aquella pequeña casa, pues Robert parecía haber desertado de ella. Siempre que Caroline preguntaba por él —cosa que hacía en contadas

ocasiones, puesto que el mero hecho de pronunciar su nombre la hacía sonrojarse—, la respuesta era que no estaba en casa o que estaba muy ocupado en sus negocios: Hortense temía que su hermano se estuviera matando con tanta aplicación, pues casi nunca comía en casa; vivía en la oficina de contabilidad.

Sólo en la iglesia tenía Caroline oportunidad de verlo, y allí casi nunca lo miraba: le causaba demasiado dolor y placer al mismo tiempo; excitaba demasiadas emociones, y había acabado por comprender que todas eran desperdiciadas.

Una vez, un domingo oscuro y lluvioso en el que había poca gente en la iglesia, y hallándose sobre todo ausentes ciertas señoras, a cuyas dotes de observación y lenguas afiladas tenía un miedo pavoroso, la sobrina del rector había dejado que sus ojos se posaran en el banco de Robert y se demoraran un rato observando a su ocupante. Robert estaba solo; a Hortense la habían retenido en casa prudentes consideraciones relativas a la lluvia y a un nuevo chapeau primaveral. Durante el sermón estuvo sentado con los brazos cruzados y la vista baja, y parecía muy triste y distraído. Cuando estaba abatido, hasta el color de su cara parecía más oscuro que cuando sonreía, y aquel día, frente y mejillas mostraban su tono aceitunado más puro. Caroline supo instintivamente, al examinar aquel semblante sombrío, que los pensamientos de su primo no discurrían por cauces familiares ni amistosos; que estaban muy lejos, no sólo de ella, sino de todo cuanto ella podía comprender o compartir. En su cabeza no había nada sobre lo que hubieran charlado juntos alguna vez; Robert se hallaba absorto en intereses y responsabilidades que lo alejaban de ella, de los que se consideraba que ella no podía formar parte.

Caroline se entregó a sus propias reflexiones; especuló sobre los sentimientos de Robert, su vida, sus miedos, su destino; meditó sobre el misterio de los «negocios», intentó comprender más de lo que le habían explicado: sus puntos oscuros, inconvenientes, deberes y exacciones; se esforzó por imaginar el estado de ánimo de un «hombre de negocios», por meterse en él, sentir lo que él sentiría, aspirar a lo que aspiraría él. Su más ardiente deseo era ver la realidad de las cosas y no ser romántica. A fuerza de voluntad, consiguió vislumbrar la luz de la verdad aquí y allá, y esperó que ese escueto rayo bastara para guiarla.

«Diferente del mío, desde luego —determinó—, es el estado mental de Robert: yo sólo pienso en él; él no tiene espacio ni tiempo libre para pensar en mí. El sentimiento llamado amor es y ha sido durante dos años la emoción predominante en mi corazón; siempre ahí, siempre despierto, siempre agitado. Otros sentimientos completamente distintos absorben sus reflexiones y gobiernan sus facultades. Ahora se levanta, va a salir de la iglesia, pues el

servicio ha terminado. ¿Volverá la cabeza hacia este banco? No, ni una sola vez; no tiene ni una mirada para mí. Es duro; una mirada amable me habría hecho feliz hasta mañana: no la tendré; no me la concederá; se ha ido. Es extraño que la pena me ahogue casi porque otro ser humano no ha querido devolverme una mirada».

Aquel domingo, cuando el señor Malone llegó, como de costumbre, para pasar la tarde con su rector, Caroline se retiró después del té a su habitación. Fanny, que conocía sus hábitos, había encendido allí un pequeño y animado fuego, pues el tiempo era muy ventoso y frío. Encerrada allí, solitaria y muda, ¿qué podía hacer sino pensar? Paseó de un lado a otro, pisando sin ruido el suelo alfombrado, la cabeza gacha, las manos cruzadas; era fastidioso sentarse: la corriente de la reflexión discurría con rapidez por su cabeza; aquella noche estaba silenciosamente excitada.

Callada estaba la habitación, callada la casa. La doble puerta del estudio amortiguaba las voces de los caballeros; los criados estaban silenciosos en la cocina, se entretenían con libros que les había prestado su joven señora, libros que ella les había dicho que eran «apropiados para leer en domingo». Y ella misma tenía abierto otro del mismo tipo sobre la mesa, pero no podía leerlo: su teología era incomprendible para ella, y su espíritu estaba demasiado ocupado, rebosante de ideas, divagando, para escuchar el lenguaje de otro espíritu.

Su cabeza también estaba llena de imágenes: imágenes de Moore; escenas en las que los dos habían estado juntos; bosquejos invernales junto al fuego; el resplandeciente paisaje de una cálida tarde estival que pasó con él en el corazón del bosque de Nunnely; divinas viñetas de instantes pasados en la apacible primavera o el suave otoño, cuando ella se sentaba a su lado en el soto del Hollow, escuchando el canto del cuclillo de mayo o compartiendo el tesoro de nueces y zarzamoras que les regalaba septiembre, un postre silvestre que ella recogía con placer en una cestita por la mañana, cubriéndola con hojas verdes y flores recién cortadas, y que por la tarde ofrecía a Moore, fruto a fruto, nuez a nuez, como un pájaro alimentando a sus crías.

Las facciones y la forma de Robert estaban con ella; su voz sonaba con nitidez en sus oídos; sus escasas caricias parecían renovadas. Pero, siendo huecos aquellos goces, pronto fueron aplastados: las imágenes se diluyeron, la voz se quebró, el apretón de la mano imaginada se derritió como hielo en la suya, y donde el cálido sello de los labios de Robert había dejado huella en su frente, sintió ahora como si hubiera caído una gota de aguanieve. Regresó de una región encantada al mundo real: en lugar del bosque de Nunnely en junio, vio su reducida habitación; en lugar del canto de los pájaros en los senderos, oyó la lluvia en su ventana; en lugar del suspiro del viento del sur, le llegó el sollozo del doliente viento del este; y en lugar de la compañía varonil de

Moore, vio la tenue ilusión de su propia sombra borrosa en la pared. Volviendo la espalda al pálido espectro que la reflejaba en su silueta, y a sus ensoñaciones en la actitud abatida de su cabeza sombría y sus bucles sin color, se sentó —podría decirse que la apatía era el estado de ánimo en el que estaba cayendo—, y se dijo a sí misma:

«Tengo que vivir, hasta los setenta años, quizá. Por lo que sé, gozo de buena salud: puede que me quede medio siglo de vida. ¿En qué voy a ocuparlo? ¿Qué voy a hacer para llenar el tiempo que me separa de la tumba?».

Reflexionó.

«No voy a casarme, al parecer —prosiguió—. Supongo, dado que Robert no me quiere, que jamás tendré un marido al que amar, ni hijos a los que cuidar. Hasta hace poco había dado por seguro que los deberes y los afectos de esposa y madre ocuparían mi existencia. En cierto modo, consideraba como cosa natural que crecería y tendría un destino ordinario, y no me había molestado en buscar ningún otro; pero ahora, veo con claridad que estaba equivocada. Seguramente seré una solterona. Viviré para ver a Robert casado con otra, alguna dama rica; yo nunca me casaré. ¿Para qué he sido creada, me pregunto? ¿Cuál es mi lugar en el mundo?».

Volvió a meditar.

«¡Ah! Comprendo —continuó al poco—, ésa es la cuestión que la mayoría de las solteronas no sabe cómo resolver; otras personas la resuelven por ellas diciendo: “Tu lugar está haciendo el bien a los demás, siendo útil siempre que se necesite ayuda”. Eso es verdad en cierta medida, y es una doctrina muy conveniente para quienes la sostienen, pero yo creo que cierto grupo de seres humanos son muy proclives a sostener que otros grupos deberían renunciar a su vida para servirlos a ellos, y luego les pagan con alabanzas: los llaman devotos y virtuosos. ¿Es eso suficiente? ¿Es eso vivir? ¿No hay una terrible vaciedad, y burla, y carencia, y ansia, en esa existencia que se entrega a otros a falta de algo propio a lo que dedicarla? Sospecho que sí. ¿La virtud consiste en resignarse? No lo creo. La humildad indebida alimenta la tiranía; la débil concesión crea egoísmo. La religión papista enseña sobre todo a renunciar a uno mismo, a someterse a los demás, y en ningún otro sitio se encuentran tantos tiranos avariciosos como entre las filas de los sacerdotes papistas. Todo ser humano tiene sus derechos. Creo que se conseguiría la felicidad y el bienestar de todos si cada uno de nosotros supiera cuál es su suerte y se aferrara a ella con la misma tenacidad que un mártir a su fe. Extraños pensamientos estos que me vienen a la cabeza: ¿tendré razón? No estoy segura.

»Bueno, la vida es corta: setenta años, dicen, pasan como una nube, como

un sueño cuando despiertas, y todos los caminos que holla el pie humano terminan en un mismo destino: la tumba; la pequeña grieta en la superficie de este gran globo; el surco en el que el poderoso labrador de la guadaña deposita la semilla que ha arrancado del pedúnculo, y allí cae, se pudre y, por lo tanto, brota de nuevo, cuando el mundo ha dado unas cuantas vueltas más. Eso ocurre con el cuerpo; el alma mientras tanto emprende su largo vuelo hacia lo alto, pliega sus alas al borde del mar de fuego y cristal, y mirando a través de la ardiente claridad, ve allí reflejada la visión de la Trinidad cristiana: Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Tales son, al menos, las palabras elegidas para expresar lo que es inexpresable, para describir lo que desafía toda descripción. La realidad del alma después de la muerte, ¿quién puede adivinarla?».

El fuego se había consumido hasta la última carbonilla; Malone se había ido, y la campanilla del estudio sonaba llamando a la oración.

El día siguiente tuvo que pasarlo Caroline completamente sola, pues su tío comía con su amigo el doctor Boulby, el vicario de Whinbury. Durante todo ese tiempo estuvo hablando para sus adentros, en el mismo tenor: mirando hacia delante, preguntando qué haría con su vida. Al entrar y salir de la habitación de vez en cuando para cumplir con sus tareas como doncella, Fanny se fijó en que su joven señora estaba inmóvil. Siempre en el mismo lugar, siempre con la cabeza inclinada industriosamente sobre alguna labor, sin levantarla para hablar con ella, como tenía por costumbre, y cuando ésta dijo que hacía buen día y que debería dar un paseo, Caroline se limitó a contestar:

—Hace frío.

—Es usted muy diligente con eso que cose, señorita Caroline —continuó la chica, acercándose a la mesita.

—Estoy harta de ello, Fanny.

—Entonces ¿para qué sigue? Déjelo; lea, o haga algo que la divierta.

—Esta casa es solitaria, Fanny, ¿no crees?

—A mí no me lo parece, señorita. Eliza y yo nos hacemos compañía, pero usted está demasiado quieta; debería ir más de visita. Déjese convencer; vaya arriba, póngase guapa y vaya a tomar el té amistosamente con la señorita Mann o la señorita Ainley. Estoy segura de que cualquiera de esas dos señoras estará encantada de verla.

—Pero sus casas son deprimentes; las dos son solteronas. Estoy segura de que las solteronas son una raza muy desgraciada.

—Ellas no, señorita, no pueden ser desgraciadas; se cuidan mucho. Son todas unas egoístas.

—La señorita Ainley no es egoísta, Fanny, siempre hace el bien. Cuidó con

abnegación a su madrastra, mientras vivió la vieja señora, y ahora que está completamente sola en el mundo, sin hermano ni hermana ni nadie que cuide de ella, ¡qué caritativa es con los pobres, dentro de lo que le permiten sus recursos! Aun así, nadie la tiene en demasiada estima, ni se complace en visitarla; ¡y cómo se mofan siempre los caballeros de ella!

—No deberían hacerlo, señorita; creo que es una buena mujer, pero los caballeros sólo piensan en si una dama es guapa o fea.

—Iré a verla —exclamó Caroline, poniéndose en pie—, y si me pide que me quede para el té, me quedaré. ¡Qué mal está dejar de lado a las personas porque no son bonitas y jóvenes y alegres! Y desde luego también iré a visitar a la señorita Mann; puede que no sea amable, pero ¿qué la ha vuelto antipática? ¿Qué ha sido la vida para ella?

Fanny ayudó a la señorita Helstone a guardar sus labores y luego a vestirse.

—Usted no será una solterona, señorita Caroline —dijo, mientras ataba el fajín de su vestido de seda marrón, tras haberle peinado los suaves, abundantes y lustrosos rizos—, no tiene trazas de solterona.

Caroline miró el pequeño espejo que tenía delante y pensó que alguna traza sí tenía. Veía que había cambiado durante aquel último mes, que el tono de su cutis era más pálido, que sus ojos estaban alterados: una sombra macilenta parecía rodearlos, su semblante mostraba el desaliento. No estaba, en definitiva, tan hermosa como antes, ni tenía tan buen color. Se lo insinuó fríamente a Fanny, de quien no obtuvo una respuesta directa, tan sólo el comentario de que la gente cambiaba de aspecto, pero que a su edad adelgazar un poco no significaba nada; pronto volvería a engordar, y a estar más rolliza y sonrosada que antes. Tras haberle dado esta seguridad, Fanny mostró un celo singular en envolverla en chales y pañuelos, hasta que Caroline, sofocada casi por el peso, se vio obligada a resistirse.

Hizo sus visitas: primero a la señorita Mann, pues era la más difícil: desde luego la señorita Mann no era una persona que se hiciera querer. Hasta entonces, Caroline había afirmado siempre sin vacilar que no le gustaba, y en más de una ocasión se había unido a su primo Robert para reírse de alguna de sus peculiaridades. Habitualmente Moore no era dado al sarcasmo, sobre todo con quien fuera más humilde o más débil que él, pero en un par de ocasiones se hallaba por casualidad en la habitación cuando la señorita Mann había ido a visitar a su hermana y, tras escuchar su conversación y contemplar sus facciones durante un rato, había salido al jardín donde su pequeña prima atendía algunas de sus flores favoritas y, mientras la observaba de cerca, se había divertido comparando la belleza joven —delicada y atractiva— con la madurez marchita, lívida y sin amor, y repitiendo en tono guasón el discurso

avinagrado de una solterona amargada a una joven sonriente. En una de esas ocasiones, Caroline le había dicho, alzando la vista de la exuberante enredadera que sujetaba a su entramado:

—¡Ah! Robert, no te gustan las solteras. Yo también caería bajo el látigo de tu sarcasmo si fuera una solterona.

—¡Una solterona, tú! —había replicado él—. Una idea muy provocativa en unos labios de ese color y esa forma. Aunque te imagino perfectamente a los cuarenta, vestida con sobriedad, pálida y abatida, pero aún con esa nariz recta, esa frente blanca y esos dulces ojos. También supongo que conservarás la voz, que tiene un «timbre» diferente del órgano áspero y grave de la señorita Mann. ¡Valor, Cary! Ni siquiera a los cincuenta serás repulsiva.

—La señorita Mann no se hizo a sí misma, ni moduló su voz, Robert.

—Cuando la naturaleza la hizo a ella, tenía el mismo talante que cuando hacía zarzas y espinos; mientras que para la creación de algunas mujeres reserva las horas matinales de mayo, cuando con luz y rocío consigue arrancar primulas a la turba y azucenas al musgo de los bosques.

Al ser introducida en la salita de la señorita Mann, Caroline la encontró, como siempre, rodeada por una pulcritud, una limpieza y una comodidad extremas (al fin y al cabo, ¿no es una virtud de las solteras que raras veces la soledad las vuelva negligentes o desordenadas?); no se veía polvo en sus muebles lustrosos, ni en su alfombra; había flores recién cortadas en el jarrón, sobre su mesa, y un fuego acogedor en su chimenea. Ella estaba sentada con aire remilgado y algo sombrío en una mecedora, entre cojines, las manos ocupadas en una labor de punto: ésta era su tarea predilecta, puesto que era la que menos esfuerzo exigía. Apenas se incorporó cuando entró Caroline; evitar toda alteración era uno de los objetivos de la señorita Mann en la vida: no había hecho otra cosa que intentar sosegar desde que había bajado por la mañana, y acababa de alcanzar cierto estado letárgico de tranquilidad cuando la sobresaltó la llamada de su visitante en la puerta, deshaciendo el trabajo de todo el día. Poco le agradó, en consecuencia, ver a la señorita Helstone: la recibió con reservas, le rogó que se sentara con tono severo, y cuando Caroline lo hizo, clavó en ella su mirada fija y penetrante.

No era un destino común hallarse bajo el escrutinio de la señorita Mann. Robert Moore lo había experimentado en una ocasión y no lo había olvidado jamás.

Él lo consideraba equiparable a la visión de Medusa; según decía, dudaba de que, desde aquel castigo, su carne hubiera vuelto a ser la misma de antes, de que su textura no se hubiera vuelto algo pétreo. La mirada había tenido tal

efecto sobre él que había abandonado la estancia y la casa al punto, incluso lo había enviado directamente a la rectoría, donde apareció ante Caroline con el rostro demudado, asombrándola al exigirle inmediatamente un saludo de prima para reparar el daño que se le había causado.

Ciertamente, la señorita Mann tenía unos ojos formidables para una persona del sexo débil: eran saltones y mostraban buena parte del blanco, y lo miraban a uno con tanta firmeza, sin pestañear, como si fueran bolas de acero fundidas en su cabeza, y cuando, mientras miraba, empezaba a hablar en un tono indescriptiblemente monótono y aburrido —un tono sin vibración ni inflexión— uno se sentía como si le hablara la imagen esculpida de algún espíritu maligno. Pero todo aquello era producto de la imaginación, una cuestión superficial. El lúgubre aspecto de duende de la señorita Mann era tan poco profundo como la dulzura angelical de cientos de beldades. Era una mujer absolutamente recta y escrupulosa, que en sus tiempos había cumplido con deberes sumamente dolorosos, ante los que muchas jóvenes hermosas con ojos de gacela, sedosos bucles y lenguas de plata habrían retrocedido espantadas: sola había sobrellevado prolongadas situaciones de sufrimiento, había practicado una rígida abnegación, había hecho grandes sacrificios de tiempo, dinero y salud por personas que se lo habían pagado con ingratitud, y ahora su principal defecto —casi el único— era el de criticar.

Desde luego que criticaba. No hacía ni cinco minutos que Caroline se había sentado, cuando su anfitriona, que la sometía aún al hechizo de su temible mirada de gorgona, empezó a despellejar vivas a ciertas familias de la vecindad. Empezó esta tarea de un modo singularmente frío y pausado, como un cirujano aplicando el escalpelo a un sujeto sin vida; hizo pocas distinciones; apenas hallaba a quien pudiera llamar bueno; diseccionó imparcialmente a casi todos sus conocidos. Si su oyente se atrevía de vez en cuando a intercalar una palabra paliativa, ella la desechaba con cierto desdén. Sin embargo, aunque implacable en anatomía moral, no era una chismosa: jamás esparcía comentarios realmente malignos o peligrosos; no era tanto su corazón como su temperamento el que erraba.

Caroline hizo este descubrimiento ese día por primera vez e, impulsada por ello a lamentar varios juicios injustos que había emitido sobre la malhumorada solterona en más de una ocasión, empezó a hablarle con amabilidad, con una simpatía que no era de palabra sino de tono. La soledad de su situación apareció ante la visitante bajo una nueva luz, así como el carácter de su fealdad: la palidez mortal del cutis y las profundas arrugas del rostro. La joven sintió lástima por la mujer solitaria y afligida; su expresión delató lo que sentía: un dulce semblante nunca es más dulce que cuando el corazón conmovido le infunde la ternura de la compasión. Al ver ese semblante vuelto hacia ella, la señorita Mann se sintió a su vez conmovida: agradeció el interés

que así, inesperadamente, percibía, replicando con sinceridad. No solía ser comunicativa en lo tocante a sus asuntos, porque nadie la escuchaba, pero lo fue aquel día, y su confidente derramó lágrimas al oírla, pues le habló de sufrimientos crueles y pertinaces que la habían consumido lentamente. ¡Ya podía semejar un cadáver, ya podía tener un aspecto sombrío y no sonreír jamás, ya podía desear eludir toda excitación para alcanzar y conservar la serenidad! Cuando lo supo todo, Caroline reconoció que la señorita Mann debía más bien ser admirada por su fortaleza que acusada por su irritabilidad. ¡Lector!, cuando contemplas a alguien cuyo aspecto muestra una tristeza continua y un ceño que no puedes explicar, cuyo invariable pesimismo te exaspera por su aparente falta de motivo, puedes estar seguro de que hay un cáncer en alguna parte, y un cáncer que no por estar oculto corroe menos las entrañas.

La señorita Mann creyó que era comprendida sólo en parte y deseó ser comprendida del todo, pues, por viejos, feos y humildes que seamos, por desolados y afligidos que estemos, mientras nuestros corazones conserven una tenue chispa de vida, también conservarán, temblando junto a esa pálida ascua, el profundo anhelo espectral del reconocimiento y el afecto. A ese extenuado espectro, quizá, no se le arroja una migaja ni una sola vez al año, pero cuando está muerto de hambre y de sed —cuando la humanidad entera ha olvidado al inquilino moribundo de una casa en ruinas—, la misericordia divina recuerda al doliente y cae una lluvia de maná para unos labios que no han de conocer ya más el alimento terrenal. Las promesas bíblicas, oídas por primera vez cuando se tiene salud, mas luego desatendidas, llegan susurrantes al lecho del enfermo: se cree que un Dios compasivo vigila a aquellos olvidados de la mano de los hombres; se recuerda la dulce compasión de Jesús y se confía en ella; la mirada borrosa que ve más allá del tiempo, ve un hogar, un amigo, un refugio en la eternidad.

Incitada por la atención inmóvil de su oyente, la señorita Mann procedió a aludir a circunstancias de su vida pasada. Habló como alguien que dice la verdad: con sencillez, y también cierto reparo; no alardeó, ni exageró. Caroline descubrió que la solterona había sido una hija y hermana muy devota; que había velado, infatigable, junto a lechos de moribundos durante largos períodos; que debía al cuidado prolongado y tenaz de los enfermos la enfermedad que ahora envenenaba su propia vida; que para un desgraciado pariente había sido el apoyo y socorro en las profundidades de una degradación merecida, y que era todavía su mano la que impedía que acabara en la total indigencia. La señorita Helstone se quedó toda la tarde, olvidando la otra visita que tenía prevista, y cuando dejó a la señorita Mann fue con la determinación de intentar, en el futuro, excusar sus defectos, no volver a menospreciar sus peculiaridades ni a reírse de su fealdad y, por encima de todo, no descuidarla, sino ir a verla una vez por semana y ofrecerle, de un

corazón humano al menos, homenaje de afecto y respeto: creía que ahora podía darle sinceramente un pequeño tributo de cada uno de esos sentimientos.

A su regreso a casa, Caroline le dijo a Fanny que se alegraba mucho de haber salido y que se sentía mucho mejor después de la visita. Al día siguiente, no dejó de ir a ver a la señorita Ainley. Esta señora vivía con mayores estrecheces que la señorita Mann y su morada era más humilde, si bien estaba aún más exquisitamente limpia, si cabe, y pese a que la marchita señora no podía permitirse el lujo de tener sirvienta, sino que lo hacía todo por sí misma y disponía tan sólo de la ayuda ocasional de una muchacha que vivía en una casita cercana.

La señorita Ainley no sólo era más pobre, sino también menos atractiva aún que la otra solterona. En su primera juventud debía de haber sido fea, pero ahora, a la edad de cincuenta, lo era mucho más. A primera vista, todo el mundo, salvo quienes poseían un carácter especialmente disciplinado, tendía a darle la espalda con fastidio, a concebir un prejuicio contra ella, sencillamente por su desagradable aspecto. Además, vestía y se comportaba con remilgo: tenía el aspecto de una auténtica solterona, y hablaba y se movía como tal.

La bienvenida que dispensó a Caroline fue formal, pese a su amabilidad, pues fue amable, pero la señorita Helstone la disculpó. Conocía en parte la benevolencia del corazón que latía bajo el almidonado pañuelo; todos en el vecindario —al menos toda la parte femenina— la conocía; nadie hablaba mal de la señorita Ainley, excepto los caballeros jóvenes y dicharacheros y los caballeros viejos y desconsiderados, a quienes les parecía repelente.

Caroline pronto se sintió a gusto en la diminuta salita; una mano amable recibió su chal y su sombrero y la instaló en el asiento más cómodo junto al fuego. Pronto la mujer joven y la anticuada se enzarzaron en una amable conversación, y pronto Caroline fue consciente del poder que podía ejercer un espíritu serenísimo, desinteresado y benévolo sobre aquellos a quienes se manifestaba.

La señorita Ainley jamás hablaba de sí misma, sino siempre de los demás. Pasaba por alto sus defectos; hablaba de sus necesidades, que ella se esforzaba por cubrir, y de sus sufrimientos, que ella anhelaba mitigar. Era religiosa —profesaba una religión—, lo que algunos llamarían una «santa», y a menudo se refería a la religión con expresiones sancionadoras, expresiones que aquellos que tienen sentido del ridículo sin poseer la facultad de analizar el carácter con precisión y juzgarlo con veracidad considerarían ciertamente objeto adecuado para la sátira, la imitación y la risa. Errarían grandemente con tales esfuerzos. La sinceridad no es nunca ridícula; siempre es respetable. Tanto si la verdad —sea religiosa o moral— habla con elocuencia y un lenguaje bien escogido como si no, su voz debería ser escuchada con reverencia. Quienes no pueden

distinguir con certeza y claridad la diferencia entre un tono hipócrita y otro sincero, no deberían tomarse la libertad de reírse, a menos que quieran caer en la deplorable desgracia de reírse cuando no deben y, creyendo ser ingeniosos, cometan impiedad.

De las buenas obras de la señorita Ainley no se había enterado Caroline de sus propios labios, pero las conocía: su caridad era el tema familiar de los pobres de Briarfield. No eran limosnas lo que daba: la solterona era demasiado pobre para dar mucho, aunque pasaba privaciones si era necesario para poder aportar su óbolo; sus obras eran las de una hermana de la caridad, mucho más difíciles que las de una dama generosa. Velaba a los enfermos: parecía no temer ninguna enfermedad; cuidaba a los más pobres, a los que nadie más quería cuidar, y siempre se mostraba serena, humilde, amable y ecuánime.

Escasa era la recompensa que recibía en esta vida por su bondad. Muchos de los pobres se acostumbraban de tal modo a sus servicios que difícilmente se los agradecían; los ricos oían que se mencionaban con asombro, pero callaban, avergonzados de la diferencia entre los sacrificios de ella y los suyos propios. Sin embargo, muchas señoras le tenían un enorme respeto, no podían evitarlo; un caballero —sólo uno— le ofrecía su amistad y su total confianza: era el señor Hall, el vicario de Nunnely. Decía, y lo decía de verdad, que la vida de la señorita Ainley estaba más cerca de la vida de Cristo que la de cualquier otro ser humano al que hubiera conocido. No debes creer, lector, que al esbozar el carácter de la señorita Ainley he descrito un producto de la imaginación, no; buscamos el modelo de tales retratos sólo en la vida real.

La señorita Helstone estudió bien el corazón y la cabeza que ahora se le manifestaban. No halló un intelecto superior que pudiera admirar: la solterona era tan sólo razonable, pero descubrió tanta bondad, tanta utilidad, dulzura, paciencia y verdad, que inclinó su propio intelecto ante el de la señorita Ainley como reverencia. ¿Qué era su amor por la naturaleza, qué era su sentido de la belleza, qué eran sus emociones, más variadas y fervientes, qué era su mayor profundidad de pensamiento, su más amplia capacidad para comprender, comparados con la excelencia práctica de aquella buena mujer? Durante unos instantes, le parecieron tan sólo formas hermosas de placer egoísta; mentalmente las pisoteó.

Es cierto, seguía lamentando que la vida que hacía feliz a la señorita Ainley no la hiciera feliz a ella: pese a ser pura y activa, en el fondo de su corazón la consideraba profundamente triste porque, a su modo de ver, carecía por completo de amor, era una vida desolada. Sin embargo, era indudable, se decía, que lo único que se necesitaba era el hábito para hacerla practicable y agradable a cualquiera; era despreciable, creía, consumirse sentimentalmente, abrigar penas secretas, recuerdos vanos, permanecer inerte, desperdiciar la juventud en una languidez compungida, hacerse vieja sin hacer nada.

«No puedo quedarme quieta —decidió—: intentaré ser sensata, ya que no puedo ser buena».

Le preguntó entonces a la señorita Ainley si podía ayudarla en algo. La señorita Ainley, alegrándose, le contestó que sí, y le indicó algunas familias pobres de Briarfield a las que sería deseable que visitara; requerida nuevamente, le encomendó, asimismo, alguna que otra tarea para ciertas pobres mujeres que tenían muchos hijos y no sabían usar la aguja.

Caroline volvió a casa, trazó sus planes y resolvió no apartarse de ellos. Se concedió una parte del tiempo para sus diversos estudios y otra parte para hacer cualquier cosa que la señorita Ainley pudiera indicarle; el resto lo dedicaría al ejercicio; no quedaría ni un solo momento para entregarse a pensamientos febriles como los que habían envenenado la tarde del domingo anterior.

Es menester decir, en justicia, que ejecutó sus planes escrupulosamente, con perseverancia. El trabajo fue duro al principio, fue duro incluso al final, pero la ayudó a hacer frente a la angustia y a contenerla: la obligó a mantenerse ocupada; le impidió darle vueltas a la cabeza; y destellos de satisfacción se intercalaron en su vida gris aquí y allá, cada vez que descubría que había hecho el bien, había procurado un placer o mitigado un sufrimiento.

No obstante, debo decir la verdad: ese empeño no le deparó ni salud física ni una paz espiritual continuada; se consumió, se hizo más triste y macilenta; su memoria seguía tocando la cantinela de Robert Moore machaconamente: una elegía sobre el pasado siguió sonando sin cesar en sus oídos; un fúnebre lamento interno la atormentaba. La pesada carga de un espíritu quebrantado y de unas facultades desvaídas, paralizadas, se adueñó lentamente de su pujante juventud. El invierno pareció vencer a su primavera: el suelo de su espíritu se helaba paulatinamente junto con sus tesoros, camino de un estéril estancamiento.

CAPÍTULO XI

FIELDHEAD

Sin embargo, Caroline se negó a sucumbir dócilmente: tenía una fortaleza natural en su corazón juvenil, y la aprovechó. Hombres y mujeres no luchan jamás tanto como cuando luchan solos, sin testigos, consejeros o confidentes; sin nadie que los aliente, los ayude o los compadezca.

La señorita Helstone se encontraba en esa situación. Sus sufrimientos eran su único acicate y, siendo muy reales y agudos, agitaron su espíritu

profundamente. Empeñada en vencer un dolor mortal, hizo cuanto estuvo en su mano por calmarlo. Jamás se la había visto tan ajetreada, tan estudiosa y, por encima de todo, tan activa. Daba paseos hiciera buen o mal tiempo; paseos largos en direcciones solitarias. Día tras día volvía por la tarde, pálida y con aspecto cansado, pero sin haberse fatigado al parecer pues, en lugar de descansar, en cuanto se quitaba chal y sombrero, empezaba a pasear de un lado a otro de su habitación: algunas veces no se sentaba hasta hallarse literalmente desfallecida. Decía hacerlo para caer rendida, para así poder dormir profundamente por la noche. Pero si ése era su propósito, no lo conseguía, pues por la noche, cuando los demás dormían, ella daba vueltas sobre la almohada, o se sentaba a los pies de la cama en la oscuridad, olvidando claramente la necesidad de procurarse reposo. A menudo, ¡infortunada muchacha!, lloraba; lloraba con una especie de desesperación insoportable que, cuando se adueñaba de ella, aplastaba su fortaleza y la reducía a un desamparo infantil.

Cuando estaba así postrada, la asaltaban las tentaciones: débiles sugerencias susurradas a su oído cansado de que escribiera a Robert y le dijera que era desgraciada porque le habían prohibido verle a él y a Hortense, y que temía que él le retirara su amistad (no su amor) y la olvidara por completo, y para que le rogara que la recordara y le escribiera alguna vez. Llegó a redactar una o dos cartas, pero no las envió: se lo impidieron la vergüenza y el sentido común.

Por fin la vida que llevaba alcanzó un punto en el que parecía que no podría resistirla más, que debía buscar algún cambio, o de lo contrario su cabeza y su corazón se desplomarían bajo la presión que los agobiaba. Anhelaba abandonar Briarfield, irse a algún remoto lugar. Anhelaba algo más: el deseo profundo, secreto y acuciante de descubrir y conocer a su madre cobraba fuerzas día a día, pero ese deseo llevaba emparejada una duda, un temor: si la conocía, ¿podría amarla? Existían motivos de vacilación, de aprensión sobre ese punto: jamás en toda su vida había oído ensalzar a su madre; quienquiera que la mencionara, lo hacía con frialdad. Su tío parecía tener hacia su cuñada una suerte de antipatía tácita; una vieja criada, que había vivido con la señora de James Helstone durante algún tiempo después de que se casara, hablaba siempre con fría reserva cuando se refería a su antigua señora; algunas veces decía que era «rara», otras que no la comprendía. Estas manifestaciones eran como hielo para el corazón de la hija; sugerían la conclusión de que quizá valía más no conocer jamás a su madre, que conocerla y que no le gustara.

Pero podía concebir un proyecto cuya ejecución probablemente alimentaría una esperanza de alivio; era el de emplearse como institutriz; no podía hacer ninguna otra cosa. Un pequeño incidente la llevó a encontrar el valor necesario

para dar a conocer su propósito a su tío.

Sus largos paseos vespertinos la llevaban siempre, como se ha dicho, por caminos solitarios, pero, fuera cual fuera la dirección en la que hubiera estado vagando, tanto si paseaba por los deprimentes alrededores del páramo de Stilbro, como por el ejido soleado de Nunnely, siempre se las arreglaba para pasar, de vuelta a casa, por las cercanías del Hollow. Rara vez bajaba hasta el valle arbolado, pero visitaba su límite con el crepúsculo casi con la misma regularidad con que las estrellas aparecían sobre las cimas de las colinas. El lugar donde descansaba era cierta escalera que había bajo cierto viejo espino y que servía para pasar al otro lado de una cerca: desde allí podía ver la casa, la fábrica, el jardín cubierto de rocío, el embalse, profundo y estanco; desde allí era visible la ventana de la oficina de contabilidad que tan bien conocía y cuyos cristales, a una hora fija, traspasaba con súbito brillo el haz de luz de la lámpara que tan bien conocía. Su propósito era esperar aquel haz de luz; su recompensa era verlo, algunas veces resplandeciente en el aire límpido, otras veces tenue y estremecido en medio de la niebla, y, de vez en cuando, lanzando destellos intermitentes entre cortinas de lluvia, pues ella estaba allí hiciera el tiempo que hiciera.

Había noches en que la luz no aparecía: sabía entonces que Robert no estaba en el Hollow, y se marchaba doblemente triste, mientras que verla encendida la alegraba como si viera en ella la promesa de una esperanza indefinida. Si, mientras miraba, una sombra se inclinaba, interponiéndose entre la luz y la celosía, el corazón le daba un vuelco; ese eclipse era Robert: lo había visto. Entonces volvía a casa reconfortada, llevando en su pensamiento una visión más clara de su presencia, un recuerdo más vivido de su voz, su sonrisa y su porte, y a menudo se mezclaba con esas impresiones la dulce convicción de que, si pudiera acercarse a él, el corazón de Robert seguiría alegrándose de verla, de que en ese momento tal vez estaría dispuesto a extender la mano y atraerla hacia él, y cobijarla bajo su ala como solía. Esa noche, aunque tal vez llorara como de costumbre, las lágrimas le parecerían menos ardientes, la almohada que empapaban parecería más blanda y las sienes apretadas contra esa almohada le dolerían menos.

El camino más corto desde el Hollow hasta la rectoría serpenteaba cerca de cierta mansión, la misma junto a cuyos solitarios muros pasó Malone aquella noche mencionada en un capítulo anterior de este libro: la vieja casa denominada Fieldhead, que no estaba alquilada. Así la había tenido su propietario durante diez años, pero no estaba abandonada: el señor Yorke se había ocupado de mantenerla en buen estado, y en ella vivía un viejo jardinero con su mujer, que cultivaban los campos y cuidaban de que la casa estuviera habitable.

Si bien como edificio Fieldhead tenía pocos méritos que añadir a ése,

podría decirse al menos que era pintoresco: su diseño arquitectónico irregular y los tonos grises y musgosos adquiridos con el paso del tiempo le daban derecho a tal epíteto. Las viejas ventanas con celosía, el porche de piedra, los muros, el tejado, los cañones de las chimeneas, todo abundaba en toques pastel y en luces y sombras de color sepia. Los árboles de la parte posterior eran robustos, bellos y frondosos; el cedro del jardín delantero era magnífico, y las urnas de granito del muro del jardín, así como el arco adornado con grecas de la verja, eran cuanto podían desear los ojos de un artista.

Una apacible noche de mayo, Caroline pasaba por allí cerca cuando la luna se elevaba en el cielo y, sintiendo escasos deseos, aun estando cansada, de regresar a casa, donde sólo la aguardaban el lecho de espinos y una noche de dolor, se sentó en la tierra musgosa cerca de la verja y contempló a través de ésta cedro y mansión. No corría el aire: la noche era sosegada, con la tierra cubierta de rocío y el cielo despejado de nubes. Los gabletes, que miraban hacia el oeste, reflejaban el claro ámbar del horizonte; detrás, los robles se veían negros; el cedro era aún más negro, y bajo sus densas ramas como el azabache se vislumbraba un cielo grave y azul; lo llenaba por completo la luna, que miraba a Caroline con aire solemne y plácido desde debajo de aquel sombrío dosel.

A Caroline la noche y la vista le parecían encantadoras en su melancolía. Deseó poder ser feliz; deseó poder conocer la paz interior; se preguntó si la Providencia no se apiadaría de ella, si no la ayudaría ni la consolaría. A su pensamiento acudieron recuerdos de citas felices entre amantes, celebradas en antiguas baladas: pensó que semejante cita en semejante escenario sería maravillosa. ¿Dónde estaría Robert en aquel momento?, se preguntó. No estaba en el Hollow: ella había estado un buen rato esperando la luz de su lámpara y no la había visto. Se preguntó si estarían destinados a encontrarse y volver a hablar. De repente, la puerta que había bajo el porche de piedra de la mansión se abrió; por ella salieron dos hombres: uno mayor y de cabellos blancos, el otro joven, alto y de morena cabeza. Atravesaron el jardín y salieron por un pórtico que había en el muro. Caroline los vio cruzar el camino, pasar al otro lado de la cerca por la escalera, descender por los campos y desaparecer. Robert Moore había pasado delante de ella con su amigo el señor Yorke: ninguno de los dos la había visto.

La aparición había sido fugaz, vista y no vista, pero su electrizante paso dejó sus venas encendidas y su alma insurgente. La encontró cuando desesperaba; la dejó desesperada: dos estados diferentes.

«¡Oh! ¡Si hubiera estado solo! ¡Si me hubiera visto! —fue su lamento—. Me habría dicho algo, me habría dado la mano. Me ama, tiene que amarme un poco; me habría dado alguna muestra de su afecto: en sus ojos, en sus labios, yo habría encontrado consuelo, pero he perdido la oportunidad. El viento, la

sombra de una nube no pasan más sigilosos ni más desprovistos de sentido que él. ¡He sido burlada, y los Cielos son crueles!».

De este modo, completamente enferma de deseo y decepción, volvió a casa.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, al que se presentó con el rostro exangüe y el deplorable aspecto de quien ha visto a un fantasma, preguntó al señor Helstone:

—¿Tiene alguna objeción, tío, a que busque empleo en una familia?

Su tío, ignorante como la mesa en la que apoyaba su taza de café de todo lo que había sufrido y sufría su sobrina, no dio crédito a sus oídos.

—¿Qué capricho es ése? —replicó—. ¿Estás hechizada? ¿Qué quieres decir con eso?

—No me encuentro bien y necesito un cambio —dijo ella.

El rector la examinó. Descubrió que, en efecto, su sobrina había experimentado un cambio. Sin que él se diera cuenta, la rosa había menguado y se había marchitado hasta convertirse en una mera campanilla de invierno: el color había huido de su rostro, la carne se había consumido; Caroline estaba sentada frente a él, abatida, pálida y delgada. De no ser por la dulce expresión de sus ojos castaños, las delicadas líneas de sus facciones y la ondulante abundancia de sus cabellos, no tendría ya derecho al epíteto de hermosa.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó el rector—. ¿Qué ocurre? ¿Qué tienes?

No hubo respuesta: sólo que los ojos castaños se llenaron de lágrimas y los labios descoloridos temblaron.

—¡Buscar empleo, dice! ¿Para qué empleo sirves tú? ¿Qué has estado haciendo? No estás bien.

—Estaría bien si me fuera de aquí.

—A estas mujeres no hay quien las entienda. Tienen la rara habilidad de sobresaltarlo a uno con sorpresas desagradables. Hoy las ves fuertes, rollizas, rojas como cerezas y redondas como manzanas, y mañana se exhiben desmayadas como trajes de luto, pálidas e inanes. ¿Y por qué razón? Ése es el misterio. Tiene sus comidas, su libertad, una buena casa donde vivir y ropas buenas para llevar, como siempre; hace poco, eso bastaba para mantener su lozanía y su animación, y miradla ahora, una pobre chica flaca y pálida que gimotea. ¡Exasperante! Se plantea entonces la pregunta: ¿qué hacer? Supongo que tendré que pedir consejo. ¿Quieres que llame a un médico, hija?

—No, tío, no quiero; un médico no me serviría de nada. Sólo quiero

cambiar de aires.

—Bueno, si ése es tu capricho, será satisfecho. Irás a un balneario. No me importa lo que cueste; te acompañará Fanny.

—Pero, tío, algún día habré de hacer algo por mí misma: no tengo fortuna. Sería mejor que empezara desde ahora.

—Mientras yo viva, no serás institutriz, Caroline. No permitiré que se diga que mi sobrina es una institutriz.

—Pero cuanto más se tarda en hacer un cambio así, más difícil y penoso resulta, tío. Desearía acostumbrarme al yugo antes de que se forme en mí el hábito de la comodidad y la independencia.

—No me atosigues, Caroline, te lo suplico. Tengo el propósito de asegurar tu porvenir. Siempre lo he tenido. Obtendré una renta vitalicia para ti. ¡Dios mío! Tengo cincuenta y cinco años, mi salud y mi constitución son excelentes; hay tiempo de sobra para ahorrar y tomar medidas. No te preocupes por el futuro. ¿Es eso lo que te atormenta?

—No, tío, pero anhele un cambio.

El rector se echó a reír.

—¡Ha hablado la mujer! —exclamó—. ¡Una auténtica mujer! ¡Un cambio, un cambio! ¡Siempre fantástica y caprichosa! Bueno, es propio de su sexo.

—Pero no es fantasía ni capricho, tío.

—¿Qué es entonces?

—Necesidad, creo. Me siento más débil que antes y creo que debería tener algo en que ocuparme.

—¡Admirable! Se siente débil y, en consecuencia, tiene que ponerse a trabajar; *clair comme le jour*, como Moore... ¡maldito sea Moore! Irás a Cliffbridge, y aquí tienes dos guineas para que te compres un vestido nuevo. Vamos, Cary, no temas; encontraremos el bálsamo de Galaad.

—Tío, desearía que fuera menos generoso y más...

—¿Más qué?

«Comprensivo» era la palabra que Caroline tenía en los labios, pero no la pronunció; se contuvo a tiempo: en verdad su tío se habría reído si se le hubiera escapado una palabra tan ñoña.

—Lo cierto es —dijo el rector, reparando en el silencio de su sobrina— que no sabes bien lo que quieres.

—Sólo ser institutriz.

—¡Bah! ¡Tonterías! No quiero oír hablar de eso. No vuelvas a mencionarlo. Es un capricho demasiado femenino. He terminado el desayuno; toca la campanilla; quítate esas manías de la cabeza y ve a distraerte.

«¿Con qué? ¿Con mi muñeca?», se preguntó Caroline, abandonando la habitación.

Pasaron un par de semanas; la salud física y mental de Caroline no mejoró ni empeoró. Se hallaba precisamente en ese estado en que, si su constitución hubiera llevado en sí semillas de tisis, postración o fiebre cerebral, tales enfermedades se habrían desarrollado con rapidez y pronto se la habrían llevado calladamente de este mundo. Las personas no mueren nunca por amor o dolor únicamente, pero algunas mueren por enfermedades inherentes que las torturas de esas pasiones fuerzan a la destrucción de forma prematura. Las personas saludables soportan esas torturas, atormentadas, alteradas, quebrantadas: su belleza y su lozanía se echan a perder, pero conservan la vida. Llegan a cierto estado de deterioro; se ven reducidas a la palidez, la debilidad y el enflaquecimiento. Viéndolas moverse lánguidamente, los demás creen que pronto acabarán postradas en cama, fallecerán y dejarán de contarse entre los sanos y felices. Eso no ocurre: siguen viviendo y, aunque no pueden recobrar la juventud ni la alegría, tal vez recuperan la serenidad y la fuerza. Puede que la flor que el viento de marzo hiela, pero no barre, sobreviva para dar una manzana seca en el árbol al final del otoño: tras haber desafiado las últimas heladas de la primavera, quizá desafíe también las primeras del invierno.

Todos notaron el cambio sufrido por la señorita Helstone en su apariencia y la mayoría afirmaba que iba a morir. Ella no lo pensaba nunca: no se sentía tan mal; no tenía dolor ni enfermedad alguna. Su apetito había disminuido; sabía cuál era la razón: que se pasaba las noches llorando. Le fallaban las fuerzas; conocía la explicación: el sueño se mostraba tímido y no podía dormir; sus sueños eran angustiosos y siniestros. Aún parecía esperar un tiempo, en un futuro lejano, en que, superado aquel período de aflicción, conociera el sosiego una vez más, aunque quizá no volviera a ser feliz.

Mientras tanto, su tío la instaba a ir de visita, a aceptar las frecuentes invitaciones de sus conocidos; ella eludía todo aquello, pues era incapaz de mostrarse alegre en compañía de otros y se sentía observada, más con curiosidad que con simpatía. Las señoras mayores le ofrecían siempre sus consejos, recomendándole tal o cual panacea; las señoritas jóvenes la miraban de un modo que ella comprendía claramente y que quería evitar. Sus ojos le decían que sabían que había sufrido una «decepción», como acostumbra a decirse: no estaban seguras por culpa de quién.

Las señoritas jóvenes y corrientes pueden ser tan despiadadas como los

caballeros jóvenes y corrientes, tan pragmáticas y egoístas como ellos. Aquellos que sufran deben evitarlas siempre; desprecian la pena y la calamidad: parecen considerar ambas cosas como juicios divinos a los seres inferiores. Para ellas, «amar» consiste únicamente en idear un plan para lograr una buena boda; sufrir una «decepción» significa que su plan ha sido descubierto y desbaratado. Creen que los sentimientos y proyectos de los demás respecto al amor son similares a los suyos, y los juzgan en consecuencia.

Todo esto lo sabía Caroline en parte por instinto y en parte por observación, y se comportó con arreglo a este conocimiento, ocultando su pálido rostro y su enflaquecida figura a la vista de los demás en la medida de lo posible. Vivía por tanto en completa reclusión y dejó de recibir noticias de los tejemanejes de la vecindad.

Una mañana, su tío entró en el gabinete donde estaba ella, esforzándose por hallar algún placer en pintar un ramillete de flores silvestres recogidas bajo un seto en lo alto de los campos del Hollow, y le dijo a su abrupta manera:

—Vamos, hija, siempre estás inclinada sobre una paleta de colores o un libro o una labor; deja de mancharte con eso. Por cierto, ¿te llevas el pincel a los labios cuando pintas?

—Algunas veces, tío, cuando no me doy cuenta.

—Entonces es eso lo que te está envenenando. Las pinturas son deletéreas, hija: hay albayalde, minio, verdín, gutagamba y otra veintena de venenos en esos colores. ¡Guárdalos bajo llave! ¡Guárdalos bajo llave! Ponte el sombrero, quiero que vengas de visita conmigo.

—¿Con usted, tío?

Esta pregunta la hizo con tono de sorpresa. Caroline no estaba acostumbrada a ir de visita con su tío: jamás salía de casa con él, ni a pie ni en coche.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! Soy un hombre muy ocupado, ya lo sabes. No puedo perder el tiempo.

Caroline se apresuró a recoger los útiles de pintar, preguntando al mismo tiempo adonde iban.

—A Fieldhead.

—¡Fieldhead! ¿Vamos a ver al viejo James Booth, el jardinero? ¿Está enfermo?

—Vamos a ver a la señorita Shirley Keeldar.

—¡La señorita Keeldar! ¡Ha venido a Yorkshire! ¿Está en Fieldhead?

—Sí. Hace una semana que llegó. La vi en una fiesta anoche: esa fiesta a la que tú no quisiste ir. Me gustó; he decidido que debes conocerla, te hará bien.

—Supongo que habrá alcanzado ya la mayoría de edad.

—Así es, y residirá en su propiedad durante un tiempo. Yo le eché un sermón al respecto, le indiqué cuál era su deber, y ella no se mostró difícil de gobernar. Es una joven muy simpática; te enseñará lo que es tener un espíritu enérgico; no hay ni el menor asomo de indolencia en ella.

—No creo que quiera verme, ni que nos presenten. ¿Qué bien puedo hacerle yo a ella? ¿Cómo puedo distraerla?

—¡Bah! Ponte el sombrero.

—¿Es orgullosa, tío?

—No lo sé. No creerás que iba a mostrarme su orgullo a mí, ¿no? Una muchacha como ella difícilmente se atrevería a darse aires con el rector de su parroquia, por rica que sea.

—No. Pero ¿cómo se comportó con los demás?

—No me fijé. Lleva la cabeza bien alta, y seguramente puede ser todo lo descarada que quiera en el momento oportuno; no sería una mujer, de lo contrario. ¡Bueno, a buscar el sombrero ahora mismo!

El debilitamiento de su fuerza física y la depresión de su espíritu no habían contribuido a aumentar la presencia de ánimo ni la desenvoltura de Caroline, la cual, por naturaleza, no tenía demasiada confianza en sí misma, ni le dieron mayor valor para enfrentarse con desconocidos. Así pues, pese a las recriminaciones que ella misma se hacía, caminaba acobardada cuando subió con su tío por el amplio sendero pavimentado que conducía desde la verja de Fieldhead hasta su porche. Caroline traspasó aquel porche con reticencia, a la zaga del señor Helstone, para entrar en el sombrío y viejo vestíbulo.

Muy sombrío era; largo, vasto y oscuro: una ventana con celosía filtraba apenas una luz mortecina; en la enorme y vieja chimenea no había fuego encendido, pues la cálida temperatura no lo requería; su lugar lo ocupaban unas ramas de sauce. Apenas se distinguía el contorno de la galería que daba al vestíbulo, en el lado opuesto al de la puerta principal, pues las sombras se hacían más densas hacia el techo; cabezas de ciervos talladas, con cuernos auténticos, miraban grotescamente hacia abajo desde sus paredes. No era aquélla una casa espléndida ni confortable: el interior, como el exterior, era antiguo, laberíntico e incómodo. La casa llevaba consigo una finca que rentaba mil libras al año y, a falta de herederos masculinos, había recaído en una mujer. En el distrito había familias de comerciantes que alardeaban de ganar el doble pero, en virtud de su antigüedad y su distinción como dueños del

señorío, los Keeldar tenían precedencia sobre todos los demás.

El señor y la señorita Helstone fueron introducidos en un gabinete: por supuesto, como era de esperar en semejante caserón gótico, las paredes estaban revestidas de madera de roble: unos bonitos lienzos oscuros y relucientes rodeaban los muros, dándoles un aire severo y distinguido. Muy bellos, lector, son esos lienzos marrones y relucientes, de colores muy suaves, que producen un efecto de buen gusto, pero —si sabes lo que es una «limpieza de primavera»— muy execrables e inhumanos. Cualquiera que tenga entrañas y haya visto a los criados frotando aquellas paredes de madera pulimentada con trapos empapados en cera de abeja en un cálido día de mayo, debe admitir que son «intolerables e insufribles», y yo no puedo por menos que aplaudir en secreto al benévolo bárbaro que hizo pintar otra estancia de Fieldhead, más amplia —a saber, el salón, antes también revestido de roble—, de un delicado color blanco rosáceo, ganándose así la misma consideración que un Atila, pero aumentando enormemente la animación de aquella parte de su morada, y ahorrando a futuras criadas un mundo de trabajo agotador.

El gabinete revestido de madera estaba amueblado al estilo antiguo con muebles auténticos. A ambos lados de la alta chimenea había sendas sillas antiguas de roble, sólidas como troncos rústicos, y en una de ellas estaba sentada una señora. Pero si aquélla era la señorita Keeldar, debía de haber alcanzado la mayoría de edad veinte años atrás, al menos: tenía figura de matrona y, aunque no llevaba cofia y sus cabellos castaños no habían perdido el brillo y rodeaban un rostro de facciones juveniles por naturaleza, no tenía un aspecto juvenil, ni por lo visto el deseo de aparentarlo. Su atuendo debería haber estado de acuerdo con una moda más reciente: con un vestido bien cortado y bien confeccionado, su presencia no hubiera carecido de gracia. Imposible adivinar por qué una prenda de buen paño había de tener tan pocos pliegues y seguir una moda tan anticuada: al verla, inmediatamente uno se sentía inclinado a considerar algo excéntrica a quien la llevaba.

Esta señora recibió a los visitantes con una mezcla de ceremonia y timidez muy inglesa: ninguna matrona de mediana edad que no fuera inglesa podría hacer gala de esos modales, con tal inseguridad en sí misma, en los méritos propios, en su capacidad para agradar y, sin embargo, con tanta preocupación por hacer lo debido y, de ser posible, por mostrarse más agradable que lo contrario. No obstante, en aquel caso delataba un mayor azoramiento del habitual en las tímidas mujeres inglesas; la señorita Helstone lo notó, sintió simpatía por aquella desconocida y, sabiendo por experiencia lo que era bueno para los tímidos, se sentó tranquilamente cerca de ella y empezó a hablarle con afable desenvoltura, animada momentáneamente por la presencia de alguien cuya serenidad era menor que la suya.

Caroline y aquella señora se habrían entendido en seguida a las mil

maravillas si hubieran estado solas. La señora tenía la voz más clara que imaginarse pueda, infinitamente más suave y melodiosa de lo que podría esperarse razonablemente de sus cuarenta años, y una figura decididamente rolliza. A Caroline le gustó aquella voz, que compensaba el acento y el lenguaje formales, aunque correctos; pronto habría descubierto la señora que a Caroline le gustaban su voz y su persona, y en diez minutos se habrían hecho amigas. Pero el señor Helstone seguía de pie en la alfombra, mirándolas a las dos, fijando su mirada sarcástica y penetrante sobre todo en la extraña señora, demostrando bien a las claras que no soportaba su fría formalidad y que le irritaba su falta de aplomo. Su dura mirada y su voz áspera la desconcertaban cada vez más; intentó, empero, aportar algún que otro comentario sobre el tiempo, el paisaje, etcétera, pero el intratable señor Helstone pareció quedarse sordo en aquel preciso momento: todo lo que ella decía, él fingía no oírlo bien, y se veía obligada a repetir todas las naderías cuidadosamente preparadas. Pronto el esfuerzo resultó excesivo; se levantaba, sumida en una perpleja agitación, musitando con nerviosismo que no sabía qué retenía a la señorita Keeldar, que iría a buscarla personalmente, cuando la señorita Keeldar le ahorró el esfuerzo haciendo su aparición; era de suponer, al menos, que la persona que entraba por una puerta acristalada, procedente del jardín, llevaba ese nombre.

Hay una gracia auténtica en los modales desenvueltos, y así lo percibió el viejo Helstone cuando la joven erguida y esbelta se aproximó a él, sujetando su pequeño delantal de seda lleno de flores con la mano izquierda, y le ofreció la mano derecha, diciendo:

—Sabía que vendría a verme, aunque crea que el señor Yorke me ha convertido en una jacobina. Buenos días.

—Pero no permitiremos que sea una jacobina —replicó él—. No, señorita Shirley, no me robarán la flor de mi parroquia; ahora que está usted entre nosotros, será mi pupila en política y religión: yo le enseñaré la doctrina ortodoxa en ambos casos.

—La señora Pryor se le ha adelantado —dijo ella, volviéndose hacia la señora de mediana edad—. La señora Pryor era mi institutriz, ¿sabe?, y sigue siendo mi amiga, y de todos los tories más estrictos, ella es la reina; de todas las inflexibles anglicanas, ella es la mayor. Le aseguro, señor Helstone, que he sido bien adiestrada tanto en teología como en historia.

Inmediatamente, el rector hizo una profunda reverencia a la señora Pryor, y manifestó su agradecimiento.

La antigua institutriz negó poseer capacidad alguna para la controversia política o religiosa, explicó que en su opinión tales asuntos se adaptaban muy poco a las mentes femeninas, pero se confesó abogada de la ley y el orden en

términos generales y, por descontado, sinceramente afecta al Gobierno y la Iglesia. Añadió que siempre era contraria a los cambios en cualquier circunstancia; algo más, apenas audible, sobre el extremo peligro de mostrarse demasiado dispuesto a aceptar ideas nuevas, concluyó su frase.

—Espero, señora, que la señorita Keeldar piense igual que usted.

—La diferencia de edad y de temperamento conllevan diferencias de sentimiento —fue la respuesta—. Difícilmente puede esperarse que los más jóvenes e impacientes compartan las frías opiniones de sus mayores.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Somos independientes, pensamos por nosotros mismos! —exclamó el señor Helstone—. Somos un poco jacobinos, por lo que veo, un poco librepensadores, para ser claros. Oigamos una confesión de fe en el acto.

Y tomó a la heredera por ambas manos —obligándola a soltar su carga de flores— y la sentó junto a él en el sofá.

—Dígame el credo —ordenó.

—¿El credo de los apóstoles?

—Sí.

Lo recitó como una niña.

—Ahora el de san Atanasio: ¡ésa será la prueba!

—Deje que recoja mis flores; ahí viene Tartar y las va a pisar.

Tartar era un perro grande, fuerte y con aspecto fiero, muy feo, de una raza entre mastín y dogo, que en aquel momento había entrado por la puerta acristalada y, dirigiéndose derecho hacia la alfombra, olisqueaba las flores recién cortadas que había allí desperdigadas. Pareció despreciarlas como comida, pero, pensando seguramente que sus pétalos aterciopelados serían un adecuado lecho, se había dado la vuelta, preparándose para depositar su mole rojiza sobre ellas. Entonces la señorita Helstone y la señorita Keeldar se agacharon al mismo tiempo para rescatarlas.

—Gracias —dijo la heredera, y sujetó de nuevo su pequeño delantal para que Caroline amontonara las flores en él—. ¿Es su hija, señor Helstone?

—Mi sobrina, Caroline.

La señorita Keeldar estrechó la mano de Caroline y luego la miró. Caroline también miró a su anfitriona.

Shirley Keeldar (no tenía más nombre de pila que Shirley: sus padres, que deseaban tener un hijo varón, viendo que después de ocho años de matrimonio la Providencia les concedía tan sólo una hija, le dieron el mismo apodo familiar masculino que hubieran dado a un chico, si con un chico hubieran

sido bendecidos). Shirley Keeldar no era una heredera fea: era agradable a la vista. Figura y estatura eran parecidas a las de la señorita Helstone; quizá en estatura la aventajara en unos cuantos centímetros; tenía una figura llena de gracia, y también el rostro poseía un encanto que la palabra «gracia» describía tan bien como cualquier otra. Era pálida por naturaleza, pero inteligente, y de expresión variada. No era rubia, como Caroline; morena y clara eran las características de su presencia en cuanto al color: su frente y su cara eran claras, sus ojos del tono gris más oscuro, sin reflejos verdes, sino de un gris transparente, puro, neutro; y sus cabellos eran del castaño más oscuro. Sus rasgos eran distinguidos, con lo cual no quiero decir que fueran grandes, huesudos y romanos, puesto que en realidad eran bastante pequeños y acentuados, sino sólo que eran, por decirlo en francés, fins, gracieux, spirituels; móviles también lo eran y expresivos, pero sus cambios no se comprendían, ni su lenguaje se interpretaba de inmediato. Examinó a Caroline con seriedad, ladeando un poco la cabeza con aire pensativo.

—Ya ve que no es más que una débil muchachita —comentó el señor Helstone.

—Parece joven, más joven que yo. ¿Cuántos años tiene? —preguntó de un modo que habría sido condescendiente de no haber sido por su extrema solemnidad y simpleza.

—Dieciocho años y medio.

—Y yo tengo veintiuno.

No dijo más; había depositado las flores sobre la mesa y estaba ocupada arreglándolas.

—¿Y el credo de san Atanasio? —insistió el rector—. Cree en todo lo que dice, ¿no es así?

—No lo recuerdo todo. Le daré un ramillete de flores, señor Helstone, después de darle otro a su sobrina.

Shirley había hecho un pequeño ramillete con una vistosa flor y dos o tres más delicadas, combinadas con unas hojas verde oscuro; lo ató con hilo de seda de su costurero y se lo colocó a Caroline en el regazo; luego se echó las manos a la espalda y se la quedó mirando, inclinada ligeramente hacia ella, en la actitud de un grave pero galante caballero y con algo de su aspecto. Su manera de peinarse contribuía a crear aquella expresión transitoria de su rostro: llevaba los cabellos partidos por una raya a un lado y peinados en una reluciente onda sobre la frente, desde donde caían en rizos que parecían naturales de tan sueltos como eran sus bucles.

—¿La ha cansado la caminata? —preguntó.

—No, en absoluto. Vivimos muy cerca, a un kilómetro y medio, apenas.

—Está usted pálida. ¿Siempre está tan pálida? —preguntó, volviéndose hacia el rector.

—Antes era tan sonrosada como la más roja de esas flores.

—¿Por qué ha cambiado? ¿Qué la ha hecho palidecer? ¿Ha estado enferma?

—Ella dice que quiere un cambio.

—Debería tenerlo; debería usted dárselo; debería enviarla a la costa.

—Lo haré, antes de que termine el verano. Mientras tanto, quisiera que se conocieran las dos, si usted no tiene objeción.

—Estoy segura de que la señorita Keeldar no tendrá ninguna objeción que hacer —intervino aquí la señora Pryor—. Creo que puedo decir sin temor a equivocarme que la presencia frecuente de la señorita Helstone en Fieldhead será considerada como un favor.

—Ha expresado usted exactamente mis sentimientos, señora —dijo Shirley—, y le agradezco que se me haya adelantado. Déjeme decirle —continuó, volviéndose de nuevo hacia Caroline— que también usted debería darle las gracias a mi institutriz; no le daría a cualquiera la bienvenida que le ha dado a usted: la ha distinguido a usted más de lo que cree. Esta mañana, en cuanto se vaya, le pediré a la señora Pryor que me diga lo que opina de usted. Estoy dispuesta a confiar en sus juicios de carácter, pues hasta ahora han sido extraordinariamente precisos. Preveo ya una respuesta favorable a mi requerimiento. ¿No estoy en lo cierto, señora Pryor?

—Querida mía, acaba de decir que solicitaría mi opinión cuando la señorita Helstone se fuera; difícilmente se la daría en su presencia.

—No, y quizá tenga que esperar bastante para obtenerla. Algunas veces, señor Helstone, la extremada cautela de la señora Pryor me tiene en ascuas: sus juicios han de ser correctos por fuerza, cuando se producen, pues a menudo se demoran tanto como los de un lord canciller, y sobre el carácter de algunas personas no consigo nunca que me dé su dictamen, por más que se lo ruego.

La señora Pryor sonrió.

—Sí —dijo su pupila—, sé lo que esa sonrisa significa: está pensando en mi caballero arrendatario. ¿Conoce usted al señor Moore del Hollow? —preguntó al señor Helstone.

—¡Sí! ¡Sí! Su arrendatario, es cierto. Sin duda lo habrá visto bastante desde su llegada.

—Estaba obligada a verlo: teníamos negocios que tratar. ¡Negocios! Realmente esa palabra me hace darme cuenta de que ya no soy una muchacha, sino una mujer hecha y derecha y algo más. Soy el señor Shirley Keeldar; ése debería ser mi estilo y mi título. Me pusieron nombre de hombre, ostento la posición de un hombre; todo eso basta para inspirar en mí un toque de masculinidad, y cuando veo ante mí a personas como ese impresionante anglobelga, ese Gérard Moore, hablándome de negocios con tono grave, me siento realmente como todo un caballero. Habrá de elegirme como mayordomo de su iglesia, señor Helstone, la próxima vez que tenga que elegir a uno. Deberían hacerme magistrado y capitán del cuerpo voluntario; la madre de Tony Lumpkin era coronel y su tía era juez de paz, ¿por qué no habría de serlo yo?

—De mil amores. Si decide usted presentar una solicitud, le prometo encabezar la lista de firmas con mi nombre. Pero estaba usted hablando de Moore.

—¡Ah, sí! Me resulta un poco difícil comprender al señor Moore; no sé qué pensar de él, si me gusta o no. Parece un arrendatario del que cualquier propietario podría sentirse orgulloso, y me siento orgullosa de él, en ese sentido, pero, como vecino, ¿qué es? Una y otra vez he rogado a la señora Pryor que me dijera lo que piensa de él, pero ella sigue eludiendo una respuesta directa. Espero que usted sea menos oracular, señor Helstone, y se pronuncie de inmediato: ¿le gusta a usted?

—En absoluto; precisamente ahora he borrado su nombre de mi lista de amigos.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha hecho?

—Mi tío y él discrepan sobre política —interpuso la voz tenue de Caroline. Habría sido mejor que no hablara en aquel momento: habiendo participado apenas en la conversación anterior, no era oportuno hacerlo entonces; ella se dio cuenta, con nerviosa perspicacia, en cuanto hubo hablado, y enrojeció hasta la raíz del cabello.

—¿Cuál es la política de Moore? —inquirió Shirley.

—La de un comerciante —replicó el rector—: de miras estrechas, egoísta y carente de patriotismo. Ese hombre se pasa la vida escribiendo y hablando en contra de la continuación de la guerra; no lo soporto.

—La guerra perjudica su negocio. Recuerdo que lo comentó ayer mismo. Pero ¿qué otras objeciones tiene usted contra él?

—Eso basta.

—Parece todo un caballero, en el sentido que yo le doy al término —

prosiguió Shirley—, y me complace pensar que lo es.

Caroline rasgó los pétalos de color púrpura de la única flor vistosa de su ramillete, y replicó con claridad:

—Lo es, sin duda.

Al oír esta valerosa afirmación, Shirley arqueó las cejas y lanzó una mirada inquisitiva a su interlocutora con sus ojos profundos y expresivos.

—Es usted amiga suya, en cualquier caso —dijo—, puesto que lo defiende en su ausencia.

—Soy su amiga y pariente a la vez —fue la pronta respuesta—. Robert Moore es mi primo.

—Oh, entonces puede usted hablarme de él. Hágame una descripción de su carácter.

Una turbación insuperable se adueñó de Caroline cuando recibió aquella petición: no pudo, y no intentó complacerla. Su silencio fue suplido inmediatamente por la señora Pryor, que procedió a dirigir diversas preguntas al señor Helstone respecto a un par de familias de los alrededores, a cuyos parientes del sur afirmó conocer. Shirley apartó en seguida la mirada de la señorita Helstone. No reanudó su interrogatorio, sino que, volviendo a la mesa de las flores, se dedicó a arreglar un ramillete para el rector. Se lo ofreció cuando él se despidió y recibió a cambio el homenaje de sus labios en la mano.

—No se olvide de llevarlo por mí —dijo ella.

—Junto al corazón, por supuesto —respondió Helstone—. Señora Pryor, cuide bien a este futuro magistrado, a este mayordomo de la iglesia en perspectiva, a este capitán del cuerpo voluntario, a este joven caballero de Briarfield. En una palabra: no permita que se esfuerce demasiado; no deje que se rompa el cuello cazando; sobre todo, no deje de señalarle que se fije en cómo desciende cabalgando por esa peligrosa colina que hay cerca del Hollow.

—Me gustan las pendientes en bajada —dijo Shirley—. Me gusta bajar deprisa, y sobre todo me gusta ese romántico Hollow con todo mi corazón.

—¿Romántico, con una fábrica?

—Romántico con una fábrica. La vieja fábrica y la casita blanca son admirables a su manera.

—¿Y la oficina de contabilidad, señor Keeldar?

—La oficina de contabilidad es mejor que mi salón de colores encendidos: adoro la oficina de contabilidad.

—¿Y la industria? ¿El paño, la lana grasienta, las cubas de tinte

contaminante?

—La industria es absolutamente respetable.

—¿Y el industrial es un héroe? ¡Bien!

—Me alegra oírle decir eso: a mí el industrial me ha parecido heroico.

El rostro de Shirley brillaba de malicia, vitalidad y regocijo mientras se producía aquel intercambio de frases entre ella y el viejo cosaco, que disfrutaba con aquella justa casi en la misma medida.

—Capitán Keeldar, no tiene usted sangre mercantil en las venas; ¿a qué se debe esa afición a los negocios?

—A que soy la propietaria de una fábrica, naturalmente. La mitad de mis ingresos proceden de la fábrica del Hollow.

—No se asocie con él, eso es todo.

—¡Usted me ha dado la idea, usted me ha dado la idea! —exclamó Shirley con una gozosa carcajada—. No se me irá nunca de la cabeza; gracias. —Y, agitando la mano blanca como una azucena y fina como la de un hada, desapareció en el interior del porche, mientras el rector y su sobrina pasaban bajo el arco de la verja.

CAPÍTULO XII

SHIRLEY Y CAROLINE

Shirley demostró que había sido sincera al decir que la alegraría la compañía de Caroline, pues la solicitó con frecuencia; y, ciertamente, no la habría tenido de no haberla solicitado, pues a la señorita Helstone le costaba trabar nuevas amistades. La detenía siempre la idea de que las demás personas no podían quererla, que ella no podía ser divertida para nadie, y de que una criatura vivaz, feliz y juvenil como la heredera de Fieldhead dependía muy poco de una compañía tan carente de atractivos como la suya para llegar a recibirla con verdadera gratitud.

Tal vez Shirley fuera brillante, y seguramente era igual de feliz, pero nadie se libra de la dependencia de una compañía inteligente y, aunque en un mes había conocido a la mayoría de las familias de los alrededores y se trataba con libertad y desenvoltura con todas las señoritas Sykes y todas las señoritas Pearson, así como con las dos superlativas señoritas Wynne de Walden Hall, al parecer ninguna de ellas le parecía muy inteligente: no fraternizaba con ninguna, por usar sus mismas palabras. Si hubiera tenido la dicha de ser

realmente el señor Shirley Keeldar, del señorío de Briarfield, no hubiera habido una sola beldad en aquella parroquia y las dos parroquias vecinas a la que se hubiera sentido inclinado a pedir que se convirtiera en la señora Keeldar. Esta declaración hizo en persona a la señora Pryor, que la escuchó con suma tranquilidad, como solía hacer con todos los discursos improvisados de su pupila, para luego responder:

—Querida mía, no permita que la costumbre de referirse a sí misma como un caballero arraigue: es un hábito extraño. Los que no la conocen, al oírla hablar así, creerán que sus modales son masculinos.

Shirley no se reía jamás de su antigua institutriz, incluso las pequeñas formalidades e inofensivas peculiaridades de aquella señora eran respetables a sus ojos; en caso contrario, habría demostrado inmediatamente una debilidad de carácter, pues sólo los débiles convierten un sencillo valor en blanco de sus burlas; en consecuencia, aceptó el reproche en silencio. Se quedó tranquilamente junto a la ventana, contemplando el gran cedro de su jardín, mirando un pájaro posado en una de sus ramas más bajas. Al poco, empezó a gorjear al pájaro; pronto sus gorjeos se hicieron más claros, no tardaron mucho en ser silbidos; el silbido se hizo melodía, que fue ejecutada con gran dulzura y destreza.

—¡Querida! —exclamó la señora Pryor.

—¿Estaba silbando? —dijo Shirley—. Me había olvidado. Le ruego que me perdone, señora. Había decidido poner mucho cuidado en no silbar delante de usted.

—Pero, señorita Keeldar, ¿dónde ha aprendido a silbar? Debe de ser un hábito adquirido en Yorkshire. No le conocía ese defecto.

—¡Oh! Aprendí a silbar hace tiempo.

—¿Quién le enseñó?

—Nadie: lo aprendí escuchando, y lo dejé, pero ayer por la tarde, cuando subía por el sendero, oí a un caballero silbar esa misma melodía en el campo del otro lado del seto, y eso me lo recordó.

—¿Qué caballero era?

—Sólo tenemos un caballero en la región, señora, y es el señor Moore; al menos es el único caballero que no tiene los cabellos plateados: mis dos favoritos venerables, el señor Helstone y el señor Yorke, son magníficos galanes maduros, es cierto, infinitamente mejores que cualquiera de esos jóvenes estúpidos.

La señora Pryor guardó silencio.

—¿No le gusta el señor Helstone, señora?

—Querida mía, el ministerio del señor Helstone le protege de las críticas.

—Por lo general, busca usted una excusa para salir de la habitación cuando lo anuncian a él.

—¿Saldrá esta mañana, querida?

—Sí, iré a la rectoría a buscar a Caroline Helstone y la obligaré a hacer ejercicio: dará un paseo bajo la brisa hasta el ejido de Nunnely.

—Si van en esa dirección, querida, tenga la amabilidad de recordar a la señorita Helstone que se abrigue bien, porque el aire es fresco y creo que necesita cuidarse.

—Será usted obedecida en todo, señora Pryor, pero ¿no quiere acompañarnos?

—No, querida, sería un estorbo: soy robusta y no puedo caminar tan deprisa como querrían.

Shirley convenció fácilmente a Caroline para que paseara con ella y, cuando se hallaban ya bastante lejos, en el tranquilo camino que atravesaba la vasta y solitaria extensión de tierra del ejido de Nunnely, consiguió que conversara con igual facilidad. Superado un primer sentimiento de timidez, Caroline pronto se alegró de charlar con la señorita Keeldar. El primer intercambio de observaciones superficiales bastó para dar a ambas una idea de cómo era la otra. Shirley dijo que le gustaba el verde prado del ejido y, mejor aún, el brezo de sus lomas, pues le recordaba los páramos: había visto páramos cuando viajaba cerca de la frontera con Escocia. Recordaba especialmente una región que había atravesado durante una larga tarde de un bochornoso día de verano, pero sin sol; habían viajado desde el mediodía hasta el ocaso por lo que parecía un yermo sin límites de densos brezos; no habían visto nada más que ovejas salvajes, ni habían oído nada aparte de los gritos de los pájaros.

—Sé qué aspecto tendría el brezo en un día como ése —dijo Caroline—: negro púrpura, de un tono más oscuro que el color del cielo, que sería plomizo.

—Sí, completamente plomizo, y las nubes tenían los bordes de color cobrizo, y aquí y allá había un resplandor blanco, más espectral que el tono ceniciento, que esperabas ver encendido de un momento a otro por un rayo cegador.

—¿Tronaba?

—Se oían truenos distantes, pero la tormenta no estalló hasta la noche, cuando ya habíamos llegado a nuestra posada: una casa solitaria al pie de una

cadena montañosa.

—¿Vio cómo descendían las nubes sobre las montañas?

—Sí, me quedé una hora junto a la ventana contemplándolas. Las colinas parecían envueltas en una lúgubre neblina, y cuando la lluvia cayó en cortinas blanquinosas se borraron de repente del paisaje: arrancadas del mundo.

—He visto tormentas así en las colinas de Yorkshire, y en el momento de mayor fragor, cuando el cielo se había convertido en una gran catarata y la tierra estaba toda inundada, recordé el Diluvio.

—Es especialmente vivificante después de tales huracanes notar cómo torna la calma y recibir un rayo de sol consolador entre las nubes que se abren: prueba benevolente de que el sol no se ha apagado.

—Señorita Keeldar, ahora no se mueva, y contemple el valle y el bosque de Nunnely.

Se detuvieron ambas en la verde cima del ejido: contemplaron el profundo valle vestido de mayo que tenían a sus pies, los prados diversos, unos perlados de margaritas y otros que los botones de oro hacían parecer dorados; aquel día, toda aquella fresca vegetación sonreía luminosa a la luz del sol; destellos transparentes de color ámbar y esmeralda jugueteaban por todas partes. En Nunnwood —el único resto del antiguo bosque británico en una región cuyas tierras bajas fueron en otros tiempos tierras de caza, como sus tierras altas eran espesos brezales— dormía la sombra de una nube; las colinas distantes aparecían moteadas; el horizonte tenía sombras y matices nacarados; azules de plata, suaves púrpuras, verdes evanescentes y tonos rosados, fundidos todos en los vellones de una nube blanca, pura como la nieve azul celeste, seducían la vista como efímeras visiones remotas de la creación de los cielos. El aire que soplaba en la cima era fresco y dulce, y fortalecedor.

—Nuestra Inglaterra es una bella isla —dijo Shirley—, y Yorkshire es uno de sus rincones más bonitos.

—¿Es usted también de Yorkshire?

—Sí, soy de Yorkshire por nacimiento y por linaje. Cinco generaciones de mi raza reposan bajo la nave de la iglesia de Briarfield; respiré mi primer aliento en la vieja mansión negra que hemos dejado atrás.

Caroline le ofreció entonces la mano, que la otra tomó y estrechó.

—Somos compatriotas —dijo.

—Sí —convino Shirley, asintiendo con gravedad.

—¿Y eso —preguntó la señorita Keeldar, señalando el bosque—, eso es Nunnwood?

—Sí.

—¿Ha estado alguna vez?

—Muchas veces.

—¿En el corazón del bosque?

—Sí.

—¿Cómo es?

—Como un campamento de los hijos de los enaceos: los árboles son altos y viejos. De pie junto a sus raíces, las copas parecen estar en otra región; los troncos están inmóviles y firmes como columnas, mientras que las ramas se balancean bajo la brisa. En medio de la calma más profunda, sus hojas no callan jamás completamente y, con vientos fuertes, son como un torrente impetuoso, como un mar embravecido.

—¿No fue una de las guaridas de Robin Hood?

—Sí, y quedan recuerdos de él. Penetrar en Nunnwood, señorita Keeldar, es volver a los borrosos días de antaño. ¿Ve ese claro que hay en el bosque, hacia el centro?

—Sí, perfectamente.

—Ese claro es un pequeño valle, una profunda hondonada cubierta de hierba tan verde y corta como la de este ejido; al borde del valle se apiñan los árboles más viejos, robustos robles retorcidos; en su fondo se encuentran las ruinas de un convento.

—Iremos a ese bosque, Caroline, usted y yo solas, una bonita mañana de estío, temprano, y pasaremos allí todo el día. Podemos llevarnos lápices y cuadernos de dibujo, y cualquier libro de lectura interesante que nos apetezca; y naturalmente también comida. Tengo dos cestas pequeñas en las que la señora Gill, mi ama de llaves, puede ponernos las provisiones, y cada una llevará la suya. ¿No le cansará a usted caminar hasta tan lejos?

—Oh, no, sobre todo si nos quedamos todo el día en el bosque; además, conozco los lugares más amenos: sé dónde podríamos coger nueces cuando llegue la época; sé dónde abundan las fresas silvestres; conozco ciertos claros solitarios que nadie ha pisado antes, cubiertos por un manto de musgos extraños, algunos amarillos, como dorados, otros de un sobrio gris, otros verdes como las gemas. Sé dónde hay arboledas que deleitan la vista con su perfección casi pictórica: duros robles, delicados abedules y hayas relucientes agrupados, haciendo contraste; y fresnos majestuosos como Saúl, solitarios; y gigantes de los bosques, arrinconados y ataviados con esplendentes mantos de hiedra. Yo sería su guía, señorita Keeldar.

—¿No se aburriría, sola conmigo?

—No. Creo que nos llevaríamos bien, ¿y cuál sería la tercera persona cuya presencia no arruinara nuestro placer?

—Es cierto, no conozco a nadie de nuestra edad; a ninguna señorita al menos, y en cuanto a caballeros...

—Una excursión se convierte en algo muy diferente cuando hay caballeros de por medio —interrumpió Caroline.

—Estoy de acuerdo con usted; algo muy diferente de lo que nos proponemos.

—Nosotras iríamos simplemente a ver los viejos árboles, las viejas ruinas; a pasar un día en otra época, rodeadas por el viejo silencio y, sobre todo, por la quietud.

—Tiene usted razón; la presencia de caballeros disipa ese último encanto, creo yo. Si no son como han de ser, como los Malone, y los jóvenes Sykes y Wynne, la irritación sustituye a la serenidad. Y si son como han de ser, las cosas también cambian, no sabría decir cómo; es tan fácil de sentir como difícil de describir.

—En primer lugar, olvidamos la naturaleza.

—Y luego la naturaleza nos olvida a nosotras; cubre su vasto y tranquilo semblante con un oscuro velo, oculta su cara y retiene la pacífica alegría con que habría llenado nuestros corazones si nos hubiéramos contentado con adorarla sólo a ella.

—¿Qué nos da entonces?

—Más regocijo y más ansiedad: una excitación que hace que las horas pasen deprisa, y una agitación que perturba su curso.

—Creo que la capacidad de ser felices se halla en buena medida en nosotros mismos —comentó Caroline con sensatez—. He ido a Nunnwood con un grupo numeroso: todos los coadjutores y otros caballeros de los contornos, además de varias damas, y todo aquello me pareció insufriblemente tedioso y absurdo; y he ido completamente sola, o acompañada tan sólo por Fanny, que se quedaba en la cabaña del guardabosques, cosiendo o hablando con su mujer mientras yo deambulaba por el bosque y dibujaba o leía: entonces he disfrutado de una dicha serena durante todo el día. Pero eso fue hace dos años, cuando yo era más joven.

—¿Ha ido alguna vez con su primo, Robert Moore?

—Sí, una.

—¿Qué clase de acompañante es en esas ocasiones?

—Un primo, como comprenderá, es diferente de un conocido.

—Me doy cuenta de ello, pero los primos, si son estúpidos, resultan aún más insoportables que los conocidos, porque no se les puede mantener a distancia tan fácilmente. Pero su primo no es estúpido, ¿no?

—No, pero...

—¿Y bien?

—Si la compañía de los tontos irrita, como usted dice, la de los hombres inteligentes deja también su propia desazón. Cuando la bondad y el talento de un amigo está más allá de toda duda, a menudo se duda de merecer su compañía.

—¡Oh! En eso no puedo estar de acuerdo; es una idea que jamás se me ha pasado por la cabeza. Me considero digna de relacionarme con el mejor de ellos; de los caballeros, quiero decir. Aunque eso es decir mucho. Creo que cuando son buenos, son muy buenos. Su tío, por cierto, no es mal ejemplar como caballero maduro; me alegra siempre ver su viejo rostro moreno, perspicaz y sensato, sea en mi propia casa o en cualquier otra. ¿Le tiene usted cariño? ¿Es bueno con usted? Vamos, dígame la verdad.

—Me ha criado desde la infancia, exactamente como habría criado a su propia hija, de haberla tenido, de eso no me cabe la menor duda, y eso es bondad, pero no le tengo cariño; preferiría evitar su compañía.

—¡Qué extraño! Tiene el arte de hacerse agradable.

—Sí, en presencia de otros, pero en casa es severo y callado. Igual que guarda el bastón y el sombrero de teja en el vestíbulo de la rectoría, también encierra su animación en la biblioteca y el escritorio: el ceño y la conversación escueta para el hogar; la sonrisa, la broma, las ocurrencias ingeniosas para la sociedad.

—¿Es tiránico?

—En absoluto; no es tiránico ni hipócrita: es sencillamente un hombre más generoso que bondadoso, más brillante que afable, más escrupulosamente equitativo que realmente justo, si entiende usted tan sutiles distinciones.

—¡Oh, sí!: la bondad implica indulgencia, que él no tiene; la afabilidad, un corazón afectuoso, del que él carece; y la auténtica justicia es el resultado de la comprensión y la consideración, de las cuales bien puedo imaginar que mi viejo amigo de bronce está totalmente desprovisto.

—A menudo me pregunto, Shirley, si la mayoría de hombres se parecen a mi tío en sus relaciones domésticas; si es necesario ser nuevas y desconocidas

para parecer simpáticas o estimables a sus ojos; y si es imposible para su naturaleza conservar un interés y un afecto continuados por las mujeres a las que ven cada día.

—No lo sé; no puedo despejar sus dudas. A veces también yo les doy vueltas a preguntas similares. Pero voy a contarle un secreto: si estuviera convencida de que son necesariamente y universalmente distintos a nosotras (volubles, inclinados a la inmovilidad, poco comprensivos), no me casaría jamás. No me gustaría descubrir que el hombre a quien amara no me amaba, que se había cansado de mí, y que, por mucho que me esforzara en agradarle, sería menos que inútil, puesto que su naturaleza haría inevitable que cambiara y se volviera indiferente. Una vez hecho ese descubrimiento, ¿qué podría esperar? Irme, alejarme de quien no hallara placer en mi compañía.

—Pero no podría hacerlo si estuviera casada.

—No, no podría, en efecto. Nunca más podría ser mi propia dueña. ¡Terrible pensamiento! ¡Me oprime! ¡Nada me irrita más que la idea de ser una carga y un aburrimiento, una carga inevitable, un aburrimiento perpetuo! Ahora, cuando noto que mi compañía es superflua, puedo envolverme cómodamente en mi independencia como si fuera una capa y dejar caer mi orgullo como si fuera un velo, y retraerme. Si estuviera casada, no lo podría hacer.

—Me pregunto por qué no decidimos todas quedarnos solteras —dijo Caroline—. Es lo que deberíamos hacer si atendiéramos a la sabiduría de la experiencia. Mi tío habla siempre del matrimonio como de una carga, y creo que siempre que se entera de que algún hombre se casa, invariablemente lo considera un estúpido o, en cualquier caso, cree que comete una estupidez.

—Pero, Caroline, no todos los hombres son iguales a su tío. Desde luego que no; espero que no.

Hizo una pausa y reflexionó.

—Supongo que todas encontramos la excepción en el que amamos, hasta que nos casamos con él —sugirió Caroline.

—Supongo que sí, y creemos que esa excepción es de buena ley; imaginamos que es como nosotras; imaginamos una sensación de armonía. Creemos que su voz pronuncia la más dulce y sincera promesa de un corazón que jamás se endurecerá; leemos en sus ojos ese leal sentimiento: afecto. No creo que debamos confiar en absoluto en lo que ellos llaman pasión, Caroline. Creo que tan sólo es un fuego de ramas secas que arde de pronto y se extingue. Pero a él lo observamos, y vemos que es amable con los animales, con los niños, con los pobres. También es amable con nosotras, bueno, considerado: no halaga a las mujeres, pero es paciente con ellas, y parece desenvolverse

bien en su presencia y disfrutar de su compañía. No le gustan únicamente por razones vanas y egoístas, sino igual que él nos gusta a nosotras, porque nos gusta. Luego observamos que es justo, que siempre dice la verdad, que tiene conciencia. Sentimos alegría y paz cuando él entra en una habitación; sentimos tristeza y desasosiego cuando la abandona. Sabemos que ese hombre ha sido un buen hijo, que es un buen hermano: ¿osará alguien decirme que no será un buen marido?

—Mi tío lo afirmaría sin vacilar. «Estaría harto de usted en un mes», diría.

—La señora Pryor daría a entender lo mismo con toda seriedad.

—La señora Yorke y la señorita Mann lo sugerirían con tono sombrío.

—Si esos oráculos son verdaderos, es mejor no enamorarse nunca.

—Muy bien, si se puede evitar.

—Yo prefiero dudar de su veracidad.

—Me temo que eso demuestra que ya ha caído.

—No; pero, si así fuera, ¿sabe a qué adivinos consultaría?

—Cuénteme.

—Ni a hombre ni a mujer, ni a jóvenes ni a viejos: al pequeño mendigo irlandés que llega descalzo hasta mi puerta, al ratón que sale por la grieta en el zócalo, al pájaro que picotea en mi ventana buscando migajas en medio de la nieve, al perro que me lame la mano y se sienta a mis pies.

—¿Ha visto alguna vez a alguien que sea amable con tales criaturas?

—¿Ha visto alguna vez a alguien a quien tales criaturas parezcan seguir, como si confiaran en él?

—Tenemos un gato negro y un perro viejo en la rectoría. Al gato le encanta encaramarse a las rodillas de cierta persona, y ronronear contra su hombro y su mejilla. El viejo perro siempre sale de su perrera y menea la cola y gimotea afectuosamente cuando pasa.

—¿Y qué hace esa persona?

—Acaricia al gato tranquilamente, y deja que se siente mientras él está sentado y, cuando ha de incomodarlo para levantarse, lo deja suavemente en el suelo, y nunca lo aparta con brusquedad; en cuanto al perro, siempre le silba y lo acaricia.

—¿Eso hace? ¿No es ése Robert?

—Pues sí, es Robert.

—¡Apuesto hombre! —dijo Shirley con entusiasmo; sus ojos centelleaban.

—¿Verdad que es apuesto? ¿Acaso no tiene unos bellos ojos y las facciones bien formadas, y una frente despejada y principesca?

—Tiene todo eso, Caroline. ¡Bendito sea! Es a la vez agraciado y bueno.

—Estaba segura de que usted se daría cuenta; lo supe desde que la vi por primera vez.

—Estaba predispuesta hacia él antes de conocerlo. Me gustó cuando lo vi; ahora lo admiro. La belleza en sí misma tiene su encanto, Caroline; combinada con la bondad, es un encanto poderoso.

—¿Y cuando se le añade la inteligencia, Shirley?

—¿Quién puede resistírsele?

—Recuerde a mi tío, a las señoras Pryor, Yorke y Mann.

—¡Recuerde cómo croaban las ranas de Egipto! Él es un ser noble. Le aseguro que cuando son buenos, son los señores de la creación, son los hijos de Dios. Moldeados a imagen y semejanza de su Creador, la más insignificante chispa de Su espíritu los eleva casi por encima de la mortalidad. Sin lugar a dudas, un hombre grande, bueno y apuesto es el primero entre todas las criaturas.

—¿Por encima de nosotras?

—Me negaría a luchar por el poder con él; me negaría. ¿Ha de disputar mi mano izquierda la primacía a la derecha? ¿Ha de pelearse mi corazón con mi pulso? ¿Han de envidiar mis venas la sangre que las llena?

—Hombres y mujeres, maridos y mujeres tienen terribles disputas, Shirley.

—¡Pobrecitos! ¡Pobres seres perdidos y envilecidos! Dios les reservaba otro destino, otros sentimientos.

—Pero ¿somos iguales a los hombres, o no?

—Nada me deleita más que hallar a un hombre superior a mí, a alguien que me hace sentir sinceramente que es superior a mí.

—¿Lo ha conocido ya?

—Me alegraría verlo cualquier día de éstos: cuanto más alto esté, mejor: agacharse rebaja; alzar la vista es glorioso. Lo que me preocupa es que, cuando intento querer, me siento desconcertada: cuando me siento inclinada a la religión, no hay más que falsos dioses a los que adorar. Desdeño ser una pagana.

—Señorita Keeldar, ¿quiere entrar? Estamos ya en la verja de la rectoría.

—Hoy no, pero mañana vendré a buscarla para que pase la velada conmigo. Caroline Helstone, si es usted realmente lo que ahora me parece que es, nos llevaremos muy bien. Nunca había podido hablar con una señorita como he hablado con usted esta mañana. Deme un beso, y adiós.

La señora Pryor parecía tan dispuesta como Shirley a cultivar el trato con Caroline. Ella, que no iba a ningún otro sitio, se presentó al poco tiempo en la rectoría. Fue por la tarde, cuando el rector se hallaba fuera casualmente. Era un día sofocante; el calor había encendido sus mejillas y también parecía agitada por el hecho de entrar en una casa desconocida, pues al parecer llevaba una vida muy retirada y no salía apenas. Cuando la señorita Helstone fue a recibirla en el comedor, la encontró sentada en el sofá, temblando y abanicándose con el pañuelo; parecía pugnar con una alteración nerviosa que amenazaba con convertirse en histeria.

Caroline se asombró un tanto por aquella falta de dominio de sí misma, tan poco habitual en una señora de su edad, y también por la falta de auténtica fortaleza física en una mujer que parecía casi robusta, pues la señora Pryor se apresuró a aducir la fatiga del paseo, el calor del sol, etcétera, como motivos de su momentánea indisposición; y mientras enumeraba una y otra vez tales causas de extenuación con más precipitación que coherencia, Caroline procuró aliviarla amablemente, abriéndole el chal y quitándole el sombrero. Atenciones de ese tipo, la señora Pryor no las habría aceptado de cualquiera: en general, rehuía cualquier contacto o acercamiento, con una mezcla de turbación y frialdad que estaba lejos de halagar a quienes le ofrecían ayuda. A la mano menuda de la señorita Helstone, no obstante, se sometió dócilmente, y su contacto pareció calmarla. Al cabo de unos minutos dejó de temblar y se mostró tranquila y serena.

Habiendo recobrado sus maneras habituales, empezó a charlar sobre temas corrientes. En compañía de varias personas, la señora Pryor raras veces abría la boca y, si se veía obligada a hablar, lo hacía con reservas, y, en consecuencia, no lo hacía bien. Cuando dialogaba, era buena conversadora: su lenguaje, siempre un poco formal, era acertado; sus sentimientos, justos; su información, variada y correcta. A Caroline le pareció agradable escucharla, más de lo que hubiera esperado.

En la pared opuesta al sofá colgaban tres cuadros: el del centro, sobre la repisa de la chimenea, era de una señora, los otros dos eran de sendos caballeros.

—Hermoso rostro —dijo la señora Pryor, interrumpiendo una breve pausa que había seguido a media hora de animada conversación—. Podría decirse que las facciones son perfectas; ningún escultor podría mejorarlas con su

cíncel. Supongo que es un retrato del natural, ¿no?

—Es un retrato de la señora Helstone.

—¿De la señora de Matthewson Helstone? ¿De la esposa de su tío?

—Sí, y dicen que está muy conseguido. Antes de casarse, se la consideraba la beldad de la región.

—Yo diría que merecía esa distinción. ¡Qué perfección en todos los rasgos! Sin embargo, es un rostro pasivo: el original no debió de ser lo que suele llamarse «una mujer de carácter».

—Creo que era una persona extraordinariamente callada y apacible.

—Nadie diría, querida, que la elección de su tío habría de recaer en una compañera con esa descripción. ¿No gusta acaso de entretenerse con un poco de charla animada?

—En compañía sí, pero siempre dice que jamás podría soportar a una mujer parlanchina: en casa necesita silencio. Se sale fuera de casa para chismorrear, afirma; a casa se vuelve para leer y reflexionar.

—La señora Matthewson vivió pocos años después de casarse, creo haber oído.

—Unos cinco años.

—Bueno, querida —añadió la señora Pryor, levantándose para marcharse—, confío en que quede entendido que vendrá usted a menudo a Fieldhead; espero que lo haga. Debe de sentirse muy sola aquí, sin ninguna pariente femenina en la casa; necesariamente ha de pasar la mayor parte de su tiempo en soledad.

—Estoy acostumbrada; he crecido sola. ¿Me permite que le arregle el chal?

La señora Pryor permitió que la ayudara.

—Si por casualidad necesitara usted ayuda en sus estudios —dijo—, me tiene a su disposición.

Caroline expresó lo que sentía ante tal amabilidad.

—Espero tener frecuentes conversaciones con usted. Desearía serle útil.

Una vez más la señorita Helstone le dio las gracias. Pensó que bajo la frialdad aparente de su visitante se escondía un corazón bondadoso. Observando que la señora Pryor volvía a mirar con interés los retratos al cruzar la habitación, Caroline explicó sin darle importancia:

—Verá usted que el retrato que cuelga cerca de la ventana es de mi tío,

cuando tenía veinte años menos; el otro, el de la izquierda de la repisa de la chimenea, es de su hermano James, mi padre.

—Se parecen en cierta medida —dijo la señora Pryor—; sin embargo, se adivina una diferencia de carácter en la forma distinta del entrecejo y la boca.

—¿Qué diferencia? —inquirió Caroline, mientras la acompañaba hasta la puerta—. Generalmente se considera que James Helstone, es decir, mi padre, era mejor parecido. He advertido que los que lo ven por primera vez exclaman siempre: «¡Qué hombre tan apuesto!». ¿Encuentra usted apuesto su retrato, señora Pryor?

—Es mucho más amable y de rasgos más finos que los de su tío.

—Pero ¿dónde está o qué es esa diferencia de carácter a la que ha aludido? Dígamelo: deseo ver si lo ha adivinado.

—Querida mía, su tío es un hombre de principios: su frente y sus labios son firmes y su mirada leal.

—Bueno, ¿y el otro? No tema ofenderme: prefiero siempre la verdad.

—¿Prefiere la verdad? Hace bien: mantenga esa preferencia; no se desvíe nunca de ella. El otro, querida mía, de vivir ahora, seguramente habría proporcionado escaso apoyo a su hija. Es, sin embargo, una bella cabeza, pintada en su juventud, supongo. Querida —se dio la vuelta bruscamente—, ¿reconoce usted un valor inestimable en los principios?

—Estoy convencida de que no hay carácter que tenga un valor auténtico sin ellos.

—¿Siente lo que dice? ¿Ha pensado en ello?

—A menudo. Las circunstancias me obligaron a prestarle atención desde edad temprana.

—Entonces aprendió la lección, aunque llegara de manera tan prematura. Supongo que el suelo no es blando ni pedregoso, de lo contrario la semilla arrojada en esa estación jamás habría dado fruto. Querida, no se quede en la puerta, cogerá frío; buenas tardes.

La nueva amistad de la señorita Helstone resultó pronto valiosa: Caroline reconoció que tratarla era un privilegio. Descubrió que habría sido un error dejar escapar aquella oportunidad de alivio, haber desdeñado aquel feliz cambio: sus pensamientos dieron un giro; se abrió un nuevo cauce para ellos que, desviándolos al fin de la única dirección a la que hasta entonces habían tendido, aplacó el ímpetu de su curso y disminuyó la fuerza de su presión sobre un punto ya erosionado.

Pronto se alegró de pasar días enteros en Fieldhead, haciendo por turnos

cuanto Shirley o la señora Pryor le pidieran; ora la reclamaba una, ora la otra. Nada podía ser menos expresivo que la amistad de la antigua institutriz, pero tampoco había nada que fuera más solícito, asiduo e incesante. He dado a entender que la señora Pryor era un personaje peculiar, y en nada se demostraba tanto su peculiaridad como en la naturaleza de su interés por Caroline. Observaba todos sus movimientos: parecía como si quisiera proteger todos sus pasos; le causaba un gran placer que solicitara su consejo y ayuda; daba esa ayuda, cuando se la pedían, con tan callado pero obvio disfrute, que al poco tiempo Caroline se deleitaba dependiendo de ella.

La absoluta docilidad que Shirley Keeldar mostraba a la señora Pryor había sorprendido a la señorita Helstone al principio, y no menos el hecho de que la reservada ex institutriz se desenvolviera de manera tan familiar en la residencia de su joven pupila, donde ocupaba con tan tranquila independencia un empleo tan dependiente, pero pronto descubrió que no hacía falta más que conocer a ambas mujeres para desvelar completamente el enigma. Le pareció que a todo el mundo tenía que gustarle; la gente tenía que amar y valorar a la señora Pryor cuando llegaba a conocerla. Nada importaba su perseverancia en llevar vestidos anticuados, que su manera de hablar fuera excesivamente formal y su actitud antipática, que tuviera veinte pequeñas manías que nadie más tenía; seguía siendo tal apoyo, tal consejera, tan fiel y amable a su manera, que, en opinión de Caroline, nadie que se acostumbrara a su presencia podía permitirse fácilmente prescindir de ella.

En cuanto a dependencia o humillación, Caroline no sentía ninguna de ambas cosas en su relación con Shirley, ¿por qué habría de sentir las la señora Pryor? La heredera era rica, muy rica, comparada con su nueva amiga: una poseía mil libras netas al año; la otra no tenía ni un penique, y sin embargo, en su compañía se experimentaba un sentido de la igualdad que Caroline jamás había conocido entre las buenas familias de Briarfield y Whinbury.

La razón era que Shirley tenía el pensamiento puesto en cosas ajenas al dinero y a la posición social. La alegraba ser independiente gracias a sus propiedades: en ciertos momentos, incluso la regocijaba la idea de ser la dueña de un señorío y tener arrendatarios; la complacía especialmente que le recordaran «toda aquella propiedad» del Hollow, que constaba de una excelente fábrica de paños, una teñiduría y un almacén, además de la casa con sus dependencias, jardines y tierras, denominada Hollow's Cottage; pero su júbilo era totalmente inofensivo, por no ser en absoluto disimulado y, en cuanto a sus pensamientos serios, tendían a seguir otra dirección. Admirar la grandeza, reverenciar la bondad y alegrarse con la cordialidad era, en gran medida, la inclinación del alma de Shirley. Meditaba, por tanto, el modo de seguir esa inclinación con mucha más frecuencia con que sopesaba su superioridad social.

La señorita Keeldar se había interesado por Caroline primero porque era tranquila, retraída y de aspecto delicado, y porque parecía necesitar que alguien la cuidara. Su predilección aumentó grandemente cuando descubrió que su nueva amiga comprendía su manera de pensar y de hablar y era sensible a ellas. No lo esperaba. Imaginaba que la señorita Helstone tenía un rostro demasiado bonito y unos modales y una voz demasiado gentiles para que su intelecto y sus conocimientos se salieran de lo común; de modo que se asombró al ver las suaves facciones animarse maliciosamente con el estímulo de un par de ocurrencias irónicas que se arriesgó a decir; y más aún la sorprendió descubrir los conocimientos, adquiridos por sí misma, que atesoraba Caroline, y las especulaciones propias que ocupaban aquella cabeza juvenil, velada por los bucles. El gusto instintivo de Caroline era también semejante al suyo: los libros que la señorita Keeldar había leído con mayor placer eran asimismo el deleite de la señorita Helstone. Tenían, además, muchas aversiones comunes, y podían consolarse riéndose juntas de obras de pomposas pretensiones y falso sentimentalismo.

Pocos hombres y mujeres, concebía Shirley, tienen buen gusto en poesía: el sentido justo para discriminar entre lo que es real y lo que es falso. Una y otra vez había oído a personas muy inteligentes afirmar que tal o cual pasaje, en tal o cual versificador, era absolutamente admirable, pasaje que, cuando ella lo leía, su alma se negaba a reconocer como algo más que palabrería trivial, ostentosa y de oropel, o bien, en el mejor de los casos, verbosidad alambicada, curiosa, inteligente, erudita quizá, incluso casualmente teñida de los fascinantes matices de la imaginación, pero Dios sabía que era tan distinta a la poesía auténtica como una magnífica vasija maciza de mosaico a la pequeña copa de metal puro, o, por ofrecer al lector una selección de símiles, como la guirnalda artificial de la sombrerería a las azucenas recién cogidas en el campo.

Shirley descubrió que Caroline distinguía el valor del verdadero mineral y conocía la decepción de la escoria reluciente. El espíritu de ambas jóvenes armonizaba hasta el punto de sonar a menudo dulcemente en sintonía.

Una noche se hallaban casualmente a solas en el gabinete de roble. Habían pasado juntas un largo día lluvioso sin aburrirse; pronto caería la noche; aún no les habían llevado las bujías; a medida que crecía la penumbra, ambas se quedaron meditabundas y silenciosas. Un viento del oeste bramaba alrededor de la mansión, trayendo consigo nubes tormentosas y lluvia del remoto océano: todo era tempestuoso al otro lado de las antiguas celosías; en el interior reinaba una profunda paz. Shirley estaba sentada junto a la ventana, contemplando la masa de nubes en el cielo, la niebla en la tierra, escuchando ciertas notas de la tempestad que gemían como almas atormentadas, notas que, de no haber sido ella tan joven, alegre y saludable, habrían pulsado sus nervios

temblorosos como un presagio, como un canto fúnebre anticipado. En la flor de la vida y en todo el esplendor de su belleza, no hicieron más que abatir su vivacidad y entregarla a la meditación. En sus oídos no dejaban de sonar retazos de dulces baladas; de vez en cuando cantaba una estrofa: su voz obedecía al caprichoso impulso del viento; crecía cuando aumentaba el fragor de las ráfagas y se extinguía cuando éstas se perdían en la distancia. Caroline, que se había retirado al rincón más alejado y oscuro de la habitación, y cuya figura era apenas distinguible al resplandor de color rubí del fuego sin llamas, paseaba de un lado a otro, musitando para sí fragmentos de poemas memorizados. Hablaba en voz muy baja, pero Shirley la oía, y la escuchaba mientras cantaba suavemente. Esto era lo que Caroline decía:

Obscurest night involved the sky,
the Atlantic billows roar'd,
when such a destined wretch as I,
washed headlong from on board,
of friends, of hope, of all bereft,
his floating home for ever left.

Aquí se detuvo el fragmento, porque la canción de Shirley, que hasta entonces había sonado con fuerza y emoción, se había vuelto delicadamente tenue.

—Sigue —dijo Shirley.

—Entonces, sigue tú también. Yo sólo repetía «El náufrago».

—Lo sé. Recítalo entero, si lo recuerdas.

Y, puesto que era casi de noche y, al fin y al cabo, la señorita Keeldar no era una oyente temible, Caroline lo recitó en su totalidad. Lo recitó tal como debía hacerlo. Se notaba que comprendía el mar proceloso, el marinero caído al océano, el barco reacio a merced de la tormenta, y más vívidamente aún comprendía el corazón del poeta, que no se lamentaba por el náufrago, sino que, en la hora de una angustia sin lágrimas, trazaba la semblanza de su propio dolor, abandonado por Dios, en el destino del marinero abandonado por los hombres, y lloraba desde las profundidades en las que se debatía:

No voice divine the storm allayed,
no light propitious shone,
when, snatch'd from all effectual aid,
we perish'd — each alone!

But I — beneath a rougher sea,
and whelm'd in deepergulfs than he.

—Espero que William Cowper esté ahora a salvo y en paz en el Cielo —
dijo Caroline.

—¿Sientes lástima por lo que sufrió en la tierra? —preguntó la señorita
Keeldar.

—¿Lástima de él, Shirley? ¿Cómo no iba a sentirla? Tenía el corazón
destrozado cuando escribió ese poema, y casi le rompe a uno el corazón al
leerlo. Pero le alivió escribirlo, lo sé, y creo que ese don de la poesía, el más
divino de los concedidos al hombre, le fue otorgado para calmar las emociones
cuando su fuerza amenaza con hacer daño. Tengo para mí, Shirley, que nadie
debería escribir poesía para exhibir su intelecto o sus conocimientos. ¿A quién
le interesa ese tipo de poesía? ¿A quién le interesa la erudición, a quién le
interesan las palabras rimbombantes en poesía? ¿Y a quién no le interesa el
sentimiento, el sentimiento auténtico, por simple, incluso tosco, que sea el
modo de expresarlo?

—Parece que a ti te interesa, en todo caso, y desde luego, al oír ese poema,
uno descubre que Cowper seguía un impulso tan fuerte como el viento que
empujaba el barco; un impulso que, si bien no le permitía detenerse para
adornar una sola estrofa, le dio fuerzas para completarlo con consumada
perfección. Has conseguido recitarlo con la voz firme, Caroline: me admira.

—La mano de Cowper no tembló al escribir los versos; ¿por qué habría de
vacilar mi voz al repetirlos? Puedes estar segura, Shirley, de que ninguna
lágrima abrasó el manuscrito de «El naufrago»; no oigo en él sollozo alguno
de pesar, tan sólo el grito de desesperación, pero después de ese grito, creo que
su corazón se liberó del espasmo mortal, que lloró copiosamente y se sintió
consolado.

Shirley reanudó su balada juglaresca. Al poco se interrumpió de repente y
dijo:

—Podría haber amado a Cowper, aunque hubiera sido sólo por tener el
privilegio de consolarlo.

—Jamás habrías amado a Cowper —replicó Caroline rápidamente—. No
estaba hecho para ser amado por una mujer.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho. Sé que hay ciertas naturalezas en el mundo, y muy
nobles y elevadas son también, a las que jamás les llega el amor. Quizá tú
hubieras buscado a Cowper con la intención de amarlo, y lo hubieras
observado, compadecido y abandonado, obligada a alejarte de él por la

sensación de imposibilidad, de incongruencia, como «la violenta ráfaga» alejó a la tripulación del camarada que se ahogaba.

—Puede que tengas razón. ¿Quién te ha dicho eso?

—Y lo que digo de Cowper, lo diría también de Rousseau. ¿Fue amado? Él amó apasionadamente, pero ¿fue alguna vez correspondida esa pasión? Estoy segura de que no. Y si hubiera alguna Cowper o Rousseau femenina, afirmaríala lo mismo de ellas.

—¿Quién te ha dicho eso, pregunto? ¿Fue Moore?

—¿Por qué habría de decírmelo alguien? ¿No tengo yo instinto? ¿No puedo adivinar por analogía? Moore no me ha hablado jamás ni de Cowper ni de Rousseau ni de amor. La voz que oímos en soledad me ha dicho todo lo que sé sobre esos asuntos.

—¿Te gustan los personajes del tipo de Rousseau, Caroline?

—En conjunto, ni lo más mínimo. Siento una gran simpatía por ciertas cualidades que poseen: ciertas chispas divinas de su naturaleza deslumbran mis ojos y hacen que mi alma resplandezca. Pero, por otro lado, los desprecio. Están hechos de arcilla y oro. El mineral y la escoria forman una masa de debilidades: juntos me parecen antinaturales, malsanos, repulsivos.

—Creo que yo sería más tolerante con un Rousseau que tú, Cary: a ti, que eres sumisa y contemplativa, te gusta lo severo y lo práctico. A propósito, debes de echar mucho de menos a ese primo Robert tuyo, ahora que no os veis nunca.

—Sí.

—¿Y él a ti?

—No, él no.

—No puedo por menos que imaginar —prosiguió Shirley, que había adquirido el hábito de introducir el nombre de Moore en la conversación, aunque no pareciera venir a cuento—, no puedo por menos que imaginar que te tenía aprecio, puesto que tanta atención te prestaba, al hablarte y enseñarte tantas cosas.

—Nunca me tuvo aprecio: jamás manifestó que me tuviera aprecio. Se esforzaba en demostrar que tan sólo me toleraba.

Resuelta a no pecar de optimismo en la apreciación de la estima en que la tenía su primo, ahora Caroline solía pensar y hablar de ello de la forma más sucinta posible. Tenía sus propias razones para mostrarse más pesimista que nunca respecto a sus perspectivas de futuro, y se entregaba cada vez menos a agradables retrospectivas sobre el pasado.

—Entonces, claro está —señaló la señorita Keeldar—, ¿tú sólo lo tolerabas, a tu vez?

—Shirley, hombres y mujeres son muy diferentes, se encuentran en posiciones muy diferentes. Las mujeres tienen muy pocas cosas en que pensar y los hombres demasiadas; una mujer puede sentir amistad hacia un hombre, mientras él se muestra casi indiferente. Puede que una gran parte de lo que alegra tu vida dependa de él, mientras que él no tenga sentimiento o interés relacionado contigo que considere importante. Robert tenía la costumbre de ir a Londres, algunas veces para quedarse allí una semana, o una quincena; bien, mientras él estaba fuera, yo sentía su ausencia como un vacío: algo me faltaba, Briarfield era más deprimente. Naturalmente, tenía mis ocupaciones habituales; aun así, lo echaba de menos. Cuando me hallaba sola por la tarde, sentía una extraña certeza, una convicción que no sé describir: que si un mago o un genio me hubieran ofrecido en aquel momento el tubo del príncipe Alí (¿lo recuerdas de Las mil y una noches?), y si, sirviéndome de él, hubiera podido ver a Robert, ver dónde estaba y qué hacía, habría conocido de un modo sobrecogedor cuán amplio era el abismo que se abría entre alguien como él y alguien como yo. Sabía que, por mucho que yo pensara en él, sus pensamientos estaban lejos de mí a todos los efectos.

—Caroline —preguntó la señorita Keeldar bruscamente—, ¿no desearías tener una profesión, un empleo?

—Lo deseo cincuenta veces al día. Tal como estoy ahora, me pregunto a menudo para qué he venido a este mundo. Siento el deseo imperioso de tener algo absorbente que deba hacer por obligación y que ocupe mi cabeza y mis manos, y que llene mis pensamientos.

—¿Puede el trabajo por sí solo hacer feliz a un ser humano?

—No, pero puede procurarle diversidad de sufrimientos e impedir que se nos rompa el corazón por culpa de una única tortura tiránica. Además, el trabajo fructífero tiene sus recompensas; una vida vacía, tediosa, solitaria y sin esperanzas no tiene ninguna.

—Pero el trabajo físico y las profesiones liberales, según dicen, hacen a las mujeres masculinas, groseras y poco femeninas.

—¿Y qué importa que mujeres solteras que jamás se casarán carezcan de atractivo y elegancia? Siempre que sean decentes y limpias, y guarden el decoro, será suficiente. Lo máximo que se debería exigir a las solteras, en lo tocante a su apariencia, es que no ofendan las miradas de los hombres cuando se los crucen por la calle; en cuanto al resto, deberían permitirles sin demasiado desprecio que sean tan graves, que estén tan concentradas en su trabajo y tengan un aspecto tan vulgar como les plazca.

—Tú misma podrías ser una solterona, Caroline, por la seriedad con la que hablas.

—Lo seré: es mi destino. Jamás me casaré con un Malone o un Sykes, y nadie más querrá casarse conmigo.

Se produjo aquí una larga pausa; Shirley la rompió. Una vez más el nombre por el que parecía hechizada fue casi el primero en salir de sus labios.

—Lina... ¿no te llamaba Moore así algunas veces?

—Sí; a veces se usa como diminutivo de Caroline en su país natal.

—Bueno, Lina, ¿recuerdas el día en que noté que había una desigualdad en tus cabellos, que faltaba un rizo en el lado derecho, y tú me contaste que era culpa de Robert, que te había cortado un largo rizo de ahí en una ocasión?

—Sí.

—Si es y siempre fue contigo tan indiferente como tú dices, ¿por qué te cortó un mechón de pelo?

—No lo sé... sí, lo sé: fue obra mía, no suya. Ese tipo de cosas eran siempre obra mía. Él se iba a Londres, como de costumbre, y la noche de la víspera de su partida yo había encontrado un mechón de cabellos negros en el costurero de su hermana, un rizo corto, circular: Hortense me dijo que era un recuerdo de su hermano. Él estaba sentado cerca de la mesa; yo le miré la cabeza: tiene cabellos en abundancia; en las sienes tiene muchos rizos parecidos. Pensé que podía darme uno, que me gustaría tenerlo, y se lo pedí. Él dijo que sí, a condición de que pudiera elegir uno de mis bucles; de modo que él se quedó uno de mis largos mechones y yo conseguí uno de sus cortos rizos. Yo guardo el suyo, pero estoy segura de que él ha perdido el mío. Fue obra mía, una de esas acciones tontas que afligen el corazón y te hacen enrojecer de vergüenza cuando piensas en ellas: uno de esos recuerdos nimios, pero vividos, que regresan a ti para lacerar tu amor propio, como cortaplumas diminutos, y para arrancar de tus labios, cuando estás sola, súbitas e insensatas interjecciones.

—¡Caroline!

—Sí, me considero una estúpida, Shirley, en ciertos sentidos; me desprecio a mí misma. Pero he dicho que no te convertiría en mi confesor, pues tú no puedes corresponder con debilidades a mis puntos flacos: tú no eres débil. ¡Con qué firmeza me contemplas ahora! Aparta tus ojos claros y fuertes como los del águila; es un insulto que los claves en mí de esa manera.

—¡Qué estudio del carácter eres! Débil, desde luego, pero no en el sentido en que tú crees. ¡Entre!

Esto último lo dijo en respuesta a unos golpes en la puerta. Casualmente la señorita Keeldar se hallaba cerca en aquel momento, mientras que Caroline estaba al otro lado de la habitación: vio que Shirley recibía una nota y oyó las palabras:

—Del señor Moore, señora.

—Trae velas —dijo la señorita Keeldar.

Caroline aguardó sentada, expectante.

—Un mensaje de negocios —dijo la heredera, pero cuando llegaron las velas, no lo abrió ni lo leyó. Anunciaron la llegada de Fanny, la criada del rector, y la sobrina del rector volvió a casa.

CAPÍTULO XIII

NUEVOS MENSAJES DE NEGOCIOS

En la naturaleza de Shirley predominaba en ocasiones una cómoda indolencia: había períodos en los que se deleitaba con una vacuidad absoluta de los ojos y las manos; instantes en que sus pensamientos, su mera existencia, el hecho de que hubiera un mundo a su alrededor y un cielo sobre su cabeza, parecían procurarle una dicha tan plena que no necesitaba mover un dedo para aumentar su felicidad. A menudo, tras una mañana activa, pasaba la luminosa tarde tumbada en la hierba sin hacer nada, al pie de algún árbol de sombra amable: no necesitaba compañía alguna salvo la de Caroline, y le bastaba con tenerla cerca por si quería llamarla; no pedía más espectáculo que el del cielo de un intenso azul y el de las pequeñas nubes que navegaban a lo lejos, en lo alto, por su inmensidad; no pedía más sonido que el zumbido de las abejas y el susurro de las hojas. Su único libro en tales momentos era la borrosa crónica de la memoria o la página sibilina de la adivinación; de sus jóvenes ojos caía sobre cada volumen una luz gloriosa bajo la cual leer; en ciertos instantes asomaba a sus labios una sonrisa que permitía vislumbrar la historia o vaticinio: no era triste, no era sombría. El destino había sido benevolente con la feliz soñadora y prometía favorecerla una vez más. En su pasado había dulces pasajes; en su futuro, esperanzas prometedoras.

Sin embargo, un día en que Caroline se acercó para despertarla, pensando que ya llevaba tumbada tiempo más que suficiente, vio que las mejillas de Shirley estaban húmedas, como de rocío: en aquellos hermosos ojos brillaban las lágrimas al borde del llanto.

—Shirley, ¿por qué lloras? —preguntó Caroline, poniendo el acento

involuntariamente en el «por qué».

La señorita Keeldar sonrió y volvió su encantadora cabeza hacia su amiga.

—Porque me complace enormemente llorar —dijo—; mi corazón está triste y alegre a la vez. Pero ¿por qué tú, mi buena y paciente niña, no me haces compañía? Sólo son lágrimas lo que lloro, lágrimas deliciosas y fáciles de enjugar. Tú podrías llorar hiel, si quisieras.

—¿Por qué habría de llorar hiel?

—¡Pájaro solitario y sin pareja! —fue la única respuesta.

—¿Y no te falta la pareja a ti también, Shirley?

—En mi corazón, no.

—¡Oh! ¿Quién anida en él, Shirley?

Pero Shirley se limitó a reír alegremente al oír esta pregunta y se puso en pie con viveza.

—Soñaba —dijo—, tan sólo soñaba despierta; desde luego el sueño era radiante, ¡seguramente sin sentido!

A aquellas alturas, la señorita Helstone no se hacía ya ilusiones; tenía una visión de futuro suficientemente grave e imaginaba saber muy bien hacia dónde se encaminaba su destino y el de algunas otras personas. Sin embargo, viejas relaciones conservaban su influencia sobre ella, y eran ellas y el poder de la costumbre lo que aún la atraía con frecuencia por la noche a la escalera de la cerca y al viejo espino que se cernía sobre el Hollow.

Una noche, la noche posterior al incidente de la nota, se hallaba apostada en su lugar habitual esperando ver su faro iluminado; esperando en vano: aquella noche no se encendió ninguna lámpara. Aguardó hasta que la aparición de ciertas constelaciones la advirtieron que se hacía tarde y que debía marcharse. Al pasar por delante de Fieldhead, a su regreso, la belleza del lugar iluminado por la luna atrajo su mirada y detuvo su paso unos instantes. Árbol y mansión se alzaban pacíficamente bajo el cielo nocturno y la luna llena; una palidez perlada teñía el edificio; un suave resplandor oscuro lo envolvía; sombras de un intenso color verde se cernían sobre su tejado rodeado de robles. El ancho paseo que había a la entrada emitía también un tenue resplandor; brillaba como si un hechizo hubiera transformado el oscuro granito en reluciente mármol de Paros. Sobre aquel espacio plateado dormían dos negras sombras cuyo marcado perfil proyectaban dos figuras humanas. Estas figuras estaban mudas e inmóviles cuando las divisó; al poco, se movieron conjuntamente en armonioso paso y hablaron en voz baja y armoniosa. Sería

era la mirada que los observaba cuando salieron desde detrás del tronco del cedro. «¿Son la señora Pryor y Shirley?».

Desde luego es Shirley. ¿Quién más posee una figura tan flexible, orgullosa y grácil? Y también su rostro es visible: su semblante despreocupado y pensativo, meditabundo y risueño, burlón y tierno. Como no teme al rocío, no se ha cubierto la cabeza; sus rizos están sueltos: velan su cuello y acarician sus hombros con sus zarcillos. Un adorno de oro reluce a través de los pliegues entreabiertos del pañuelo con que envuelve el busto, y una gran gema brilla en la blanca mano que lo sujeta. Sí, es Shirley.

Su acompañante, naturalmente, ¿es, pues, la señora Pryor?

Sí, si la señora Pryor mide un metro ochenta de estatura, y si ha cambiado su decoroso atavío de viuda por un disfraz masculino. La figura que camina junto a la señorita Keeldar es un hombre —un hombre alto, joven, majestuoso—; es su arrendatario, Robert Moore.

La pareja conversa en voz baja, las palabras no se distinguen: observar durante un rato no es espiar, y con una luna tan reluciente y unos rostros tan visibles, ¿quién puede resistirse a la tentación? Al parecer Caroline no puede, puesto que se queda.

Hubo un tiempo en que, en las noches estivales, Moore solía pasear con su prima, como ahora paseaba con la heredera. A menudo Caroline había subido por el Hollow después de la puesta de sol para oler la humedad de la tierra, donde un fragante herbaje alfombraba cierta estrecha terraza, bordeando un profundo barranco; desde la penumbra de su grieta llegaba un sonido como el del espíritu de la corriente solitaria, gimiendo entre sus piedras mojadas, entre sus orillas cubiertas de maleza y bajo su oscuro cenador de alisos.

«Pero yo solía estar más cerca de él —pensaba ahora—. No se sentía obligado a rendirme homenaje; yo sólo necesitaba amabilidad. Solía cogerme la mano: la de ella no la toca. Y sin embargo, Shirley no es orgullosa con los que ama. No hay altanería en ella ahora, tan sólo un poco en su porte, que es natural e inseparable de ella, que conserva igual en los momentos de mayor despreocupación como en los de mayor cuidado. Robert debe de pensar lo mismo que yo, que en este instante está contemplando un hermoso rostro; y debe de pensarlo con un cerebro de hombre, no con el mío. Shirley tiene un fuego tan generoso en los ojos, y, sin embargo, tan suave. Sonríe. ¿Qué hace tan dulce su sonrisa? He visto que Robert se percataba de su belleza, y debe de haberlo sentido con su corazón de hombre, no con mi vaga percepción de mujer. Los dos me parecen dos grandes espíritus felices: ese pavimento plateado me recuerda la playa blanca que creemos que se extiende más allá del río de la muerte: ellos la han alcanzado, han llegado hasta allí caminando unidos. ¿Y qué soy yo, aquí de pie, oculta entre las sombras, con pensamientos

más negros que mi escondite? Soy de este mundo, no un espíritu: una pobre mortal condenada que pregunta, ignorante y desesperanzada, para qué ha nacido, cuál es el sentido de su vida; en cuya cabeza se repite una y otra vez la pregunta: ¿cómo hallará al final la muerte y quién será su sostén en ese trance?

»Éste es el peor trance que tengo que pasar: aun así, estaba preparada. Renuncié a Robert, y renuncié a él en favor de Shirley, el día en que oí por primera vez que ella había venido, desde el momento en que la vi por primera vez: rica, joven y encantadora. Ahora lo tiene ella: él es su amado; ella es su amor: aún lo será más cuando estén casados; cuanto más la conozca, más se aferrará su alma a ella. Serán felices, y no les echo en cara su dicha, pero me lamento de mi propia aflicción. Sufro lo indecible. Lo cierto es que no debería haber nacido; tendrían que haberme asfixiado al primer llanto».

Aquí, Shirley se apartó para coger una flor empapada de rocío, y ella y su acompañante siguieron por un sendero que estaba más cerca de la verja: parte de su conversación se hizo audible. Caroline no quiso quedarse a escucharla; se alejó sin hacer ruido y la luz de la luna besó el muro que su sombra había oscurecido. El lector tiene el privilegio de quedarse e intentar sacar conclusiones de lo que oiga.

—No puedo entender por qué la Naturaleza no le ha dado una cabeza de dogo, dado que tiene la misma tenacidad —decía Shirley.

—No es una idea muy halagüeña. ¿Tan vil soy?

—Y también tiene algo de ese animal por el modo sigiloso en que actúa: no avisa; se acerca con sigilo por detrás, hace presa y la retiene.

—Eso es pura especulación; no ha presenciado usted tal hazaña por mi parte. En su presencia no he sido un dogo.

—Su mismo silencio delata su raza. ¡Qué poco habla en general y, sin embargo, qué no trama en su interior! Es previsor, es calculador.

—Sé cómo actúa esta gente. He recogido información sobre sus intenciones. Mi nota de anoche le informaba de que el juicio de Barraclough ha concluido con una condena de deportación; sus secuaces tramarán la venganza. Yo trazaré mis planes para frustrarla, o al menos para estar preparado, eso es todo. Ahora que le he ofrecido la explicación más clara que puedo darle, ¿debo entender que tengo su aprobación para lo que me propongo hacer?

—Estaré de su lado siempre que se mantenga a la defensiva. Sí.

—¡Bien! Creo que, sin ayuda alguna, incluso con su oposición o su desaprobación, habría actuado exactamente tal como me he propuesto, pero con otro estado de ánimo. Ahora me siento satisfecho. En conjunto, disfruto

con mi posición.

—Ya lo creo, eso es evidente. Disfruta con el trabajo que tiene ante usted más aún de lo que disfrutaría cumpliendo un pedido del gobierno para vestir al ejército.

—Ciertamente, me parece agradable.

—También le complacería al viejo Helstone. Es verdad que hay una sombra de diferencia en sus motivos; muchas sombras, quizá. ¿Quiere que hable con el señor Helstone? Lo haré, si usted me lo pide.

—Actúe como mejor le plazca; su sentido común, señorita Keeldar, la guiará certeramente. Yo también confiaría en él en un momento de crisis aún mayor, pero debo informarle de que el señor Helstone está algo predispuesto contra mí en estos momentos.

—Lo sé, me han hablado de sus diferencias. Puedo asegurarle que desaparecerán; no podrá resistir la tentación de una alianza en las circunstancias presentes.

—Me alegraría tenerlo por aliado: está hecho de buen metal.

—Yo también lo creo.

—La hoja es vieja y algo oxidada, pero el filo y el temple aún son excelentes.

—Bueno, lo tendrá, señor Moore; es decir, si puedo ganármelo.

—¿A quién no puede ganarse usted?

—Quizá al rector, pero haré el esfuerzo.

—¡Esfuerzo! Se rendirá a cambio de una palabra, de una sonrisa.

—En absoluto. Me costará varias tazas de té, tostadas y pastel, y una amplia medida de protestas, reproches y persuasión. Empieza a hacer frío.

—Veo que tiembla. ¿Hago mal en retenerla aquí? Pero se respira tanta paz: una paz que incluso me parece cálida, y una compañía como la suya es un raro placer para mí. Si llevara un chal más grueso...

—Me quedaría más tiempo y olvidaría lo tarde que es; eso disgustaría a la señora Pryor. Seguimos un horario estricto en Fieldhead, señor Moore, y estoy convencida de que su hermana hace lo mismo.

—Sí, pero Hortense y yo tenemos el acuerdo más práctico del mundo: que cada uno obra como le place.

—¿Qué es lo que le place a usted?

—Tres noches a la semana duermo en la fábrica, pero necesito poco descanso, y cuando hay luna y hace buen tiempo, a menudo recorro el Hollow hasta el amanecer.

—Cuando era una niña pequeña, señor Moore, mi niñera solía contarme historias sobre ese Hollow y las hadas que se habían visto allí. Fue antes de que mi padre construyera la fábrica, cuando no era más que un barranco solitario; caerá usted bajo su hechizo.

—Me temo que ya he caído —dijo Moore en voz baja.

—Pero hay cosas peores que las hadas de las que protegerse —prosiguió la señorita Keeldar.

—Cosas más peligrosas —observó él.

—Mucho más. Por ejemplo, ¿qué le parecería encontrarse con Michael Hartley, ese tejedor, ese loco calvinista y jacobino? Dicen que es un entusiasta de la caza furtiva y que a menudo sale de noche con su escopeta.

—Ya he tenido la suerte de topar con él. Tuvimos una larga discusión, él y yo, una noche. Fue un incidente menor, pero extraño: me gustó.

—¿Le gustó? ¡Admiro su gusto! Michael no está en sus cabales. ¿Dónde se lo encontró?

—En el lugar más recóndito y sombrío del valle, donde el agua discurre bajo la maleza. Nos sentamos cerca del puente de tablas. Había luna, pero oculta tras las nubes, y hacía mucho viento. Estuvimos charlando.

—¿Sobre política?

—Y religión. Creo que había luna llena, y Michael demostró que está loco: soltó extrañas blasfemias a su estilo antinomista.

—Perdone, pero creo que debía de estar usted casi tan loco como él para quedarse a escucharlo.

—Sus divagaciones ejercen una extraña fascinación. Ese hombre sería medio poeta si no fuera porque es un demente, y quizá un profeta, si no fuera porque es un libertino. Me comunicó solemnemente que el infierno era mi destino inevitable, que había visto la marca de la bestia en mi frente, que había sido un proscrito desde el principio. Dios, dijo, preparaba su venganza contra mí, y afirmó que en una visión nocturna había visto el modo y el instrumento de mi condenación. Yo quería saber más, pero se fue tras decir estas palabras: «El fin aún no ha llegado».

—¿Lo ha vuelto a ver desde entonces?

—Un mes después, más o menos, al regresar del mercado, me encontré con

él y con Moses Barraclough, ambos en un avanzado estado de embriaguez: estaban rezando en la cuneta con frenético fervor. Se dirigieron a mí llamándome Satanás, gritando «vade retro» y clamando por ser librados de la tentación. Una vez más, hace apenas unos días, Michael se tomó la molestia de aparecer en la puerta de la oficina de contabilidad, sin sombrero y en mangas de camisa, pues su casaca y su castor habían quedado retenidos en prenda en la taberna. Me soltó el mensaje tranquilizador de que era deseable que el señor Moore pusiera en orden sus asuntos, puesto que probablemente su alma le sería reclamada en breve.

—¿Se toma usted a la ligera esas cosas?

—El pobre hombre llevaba semanas bebiendo y se hallaba al borde del delirium trémens.

—¿Y qué? Más probable es entonces que procure que se cumplan sus propias profecías.

—No se puede permitir que incidentes de ese tipo le afecten a uno los nervios.

—¡Señor Moore, váyase a casa!

—¿Tan pronto?

—Vaya campo a través, no dé la vuelta por el sendero y las plantaciones.

—Aún es temprano.

—Es tarde; por mi parte, yo voy a entrar en casa. ¿Me promete que no vagará por el Hollow esta noche?

—Si usted me lo pide.

—Se lo pido. ¿Puedo preguntarle si considera usted que la vida no tiene valor?

—En absoluto. Muy al contrario, últimamente doy a mi vida un valor inestimable.

—¿Últimamente?

—Ahora la existencia no carece de sentido ni de esperanza para mí, como hace tres meses. Entonces me estaba hundiendo y deseaba que todo acabara de una vez. De repente, me tendieron una mano, una mano tan delicada que apenas me atrevía a confiar en ella; su fortaleza, sin embargo, me ha salvado de la ruina.

—¿Está usted realmente salvado?

—Por el momento; su ayuda me ha dado una nueva oportunidad.

—Viva para aprovecharla. ¡No se convierta en blanco de Michael Hartley, y buenas noches!

La señorita Helstone había prometido pasar la velada del día siguiente en Fieldhead: cumplió su promesa. En el ínterin, tristes habían sido sus horas. Se había pasado la mayor parte del tiempo encerrada en su dormitorio, del que sólo había salido, en realidad, para comer con su tío, y se había adelantado a las preguntas de Fanny, diciéndole que estaba ocupada retocando un vestido y que prefería coser arriba para que no la interrumpieran.

Sí que cosió: empleó la aguja sin cesar, pero su cerebro trabajaba más deprisa que sus dedos. Una vez más, y con mayor intensidad que nunca, deseó un empleo fijo, por muy oneroso o insoportable que fuera. Tendría que rogárselo una vez más a su tío, pero primero consultaría con la señora Pryor. Su cabeza se afaná en fraguar proyectos con la misma diligencia con que sus manos fruncían y cosían la fina textura del vestido veraniego de muselina extendido sobre el pequeño sofá blanco a los pies del cual se sentaba. De vez en cuando, mientras estaba así doblemente ocupada, sus ojos derramaban una lágrima que caía sobre sus ajetreadas manos, pero este signo de emoción era raro y se borraba rápidamente: la aguda punzada pasaba, la visión borrosa se aclaraba; volvía a enhebrar la aguja, volvía a colocar pliegue y adorno, y seguía cosiendo.

A última hora de la tarde, se vistió sola, se fue a Fieldhead y apareció en el gabinete de roble justo cuando se servía el té. Shirley le preguntó por qué llegaba tan tarde.

—Porque me he estado cosiendo el vestido —contestó Caroline—. Estos agradables días soleados empezaban a hacer que me avergonzara de mi vestido invernal de merino, así que he arreglado un vestido más ligero.

—Con el que estás tal como a mí me gusta verte —dijo Shirley—. Eres una personita con el aspecto de toda una dama, Caroline; ¿no es cierto, señora Pryor?

La señora Pryor no hacía jamás ningún cumplido, y pocas veces se permitía comentarios, favorables o no, sobre la apariencia personal. En aquella ocasión, se limitó a echar los rizos de Caroline hacia atrás acariciando el perfil ovalado de su mejilla, cuando se sentó junto a ella, y a señalar:

—Ha adelgazado un poco, cariño, y está un poco pálida. ¿Duerme bien? Sus ojos tienen una expresión lánguida. —Y la miró con inquietud.

—A veces tengo sueños melancólicos —respondió Caroline— y, si permanezco despierta una hora o dos en medio de la noche, no dejo de pensar

en que la rectoría es un lugar viejo y triste. Ya sabe usted que está muy cerca del cementerio: la parte posterior de la casa es muy antigua y se dice que las dependencias de las cocinas estuvieron dentro del cementerio en otro tiempo y que debajo de ellas aún quedan tumbas. Siento grandes deseos de abandonar la rectoría.

—¡Querida mía! ¡No será supersticiosa!

—No, señora Pryor, pero creo que empiezo a sufrir de lo que llaman nerviosismo. Veo las cosas bajo una luz mucho más sombría que antes. Tengo miedos que antes no tenía, no de fantasmas, sino de presagios y calamidades, y siento un peso indescriptible sobre mi espíritu; daría cualquier cosa por librarme de él y no puedo.

—¡Qué extraño! —exclamó Shirley—. Yo nunca me siento así. —La señora Pryor no dijo nada.

—El buen tiempo, los días agradables, los paisajes placenteros son incapaces de complacerme —prosiguió Caroline—. Las noches serenas no lo son para mí: la luz de la luna, que antes me parecía plácida, ahora sólo es lúgubre. ¿Es esto debilidad mental, señora Pryor, o qué es? No puedo evitarlo; a menudo lucho contra ello, intento razonar, pero la razón y el esfuerzo no dan ningún fruto.

—Debería hacer más ejercicio —dijo la señora Pryor.

—¡Ejercicio! Hago ejercicio más que suficiente; hago ejercicio hasta caer rendida.

—Querida mía, debería irse de casa.

—Señora Pryor, me gustaría irme de casa, pero no para hacer una excursión o una visita sin sentido. Deseo ser institutriz como lo ha sido usted. Le agradecería infinitamente que hablara con mi tío al respecto.

—¡Tonterías! —interrumpió Shirley—. ¡Menuda idea! ¡Institutriz! Antes esclava que eso. ¿Qué necesidad tienes? ¿Cómo se te ha ocurrido un paso tan penoso?

—Querida mía —dijo la señora Pryor—, es muy joven para ser institutriz, y no es lo bastante robusta: los deberes que debe cumplir una institutriz a menudo son rigurosos.

—Y yo quiero deberes rigurosos que me mantengan ocupada.

—¡Ocupada! —exclamó Shirley—. ¿Cuándo estás ociosa? Jamás había visto a una joven más industriosa que tú; siempre estás trabajando. Ven —prosiguió—, ven, siéntate a mi lado y tómate un reconfortante té. ¿Tan poco te importa mi amistad, entonces, que desees abandonarme?

—Me importa mucho, Shirley, y no deseo abandonarte. Jamás encontraré una amiga más querida que tú.

Al oír estas palabras, la señorita Keeldar cogió la mano de Caroline en un ademán impulsivo y afectuoso, que acentuó con la expresión de su rostro.

—Si eso crees, harías mejor en tratarme bien —dijo—, en lugar de huir de mí. Detesto separarme de las personas a las que he cogido cariño. También la señora Pryor habla a veces de dejarme y dice que podría encontrar una compañía mucho más provechosa que la suya. Sería lo mismo que si pensara en cambiar a una madre anticuada por otra más moderna y elegante. En cuanto a ti, pues empezaba a creer que éramos realmente amigas, que a ti te gustaba Shirley casi tanto como tú le gustas a ella, Shirley no escatima su afecto.

—Me gusta Shirley, me gusta más y más cada día, pero eso no me hace fuerte ni feliz.

—¿Y te haría fuerte y feliz irte a vivir como subordinada entre completos desconocidos? No, en absoluto, y el experimento no debe probarse. Yo te aseguro que fracasaría; no tienes carácter para soportar la vida desolada que suelen llevar las institutrices; caerías enferma. No quiero oír hablar más de ello.

Y la señorita Keeldar hizo una pausa, tras haber pronunciado esta prohibición en tono muy decidido. Pronto siguió hablando, todavía con aire courroucé:

—Pero si mi mayor placer ahora es buscar cada día el pequeño sombrero y el chal de seda asomando entre los árboles del sendero, y saber que mi tranquila, sagaz y pensativa compañera e instructora vuelve a mí; que la tendré sentada en la habitación para poder mirarla, hablarle o dejarla tranquila, como a ella y a mí nos plazca. Puede que mi manera de hablar sea egoísta, sé que lo es, pero es la manera de hablar que brota de mis labios con toda naturalidad; por tanto, la utilizo.

—Te escribiría, Shirley.

—¿Y qué son las cartas? Tan sólo una especie de último recurso. Toma un poco de té, Caroline, come algo; no comes nada. Ríe, anímate y quédate en casa.

La señorita Helstone meneó la cabeza y suspiró. Se daba cuenta de las dificultades que tendría que vencer para convencer a todos de que la ayudaran o de que sancionaran aquel cambio en su vida que ella consideraba deseable. De poder seguir únicamente su propio criterio, creía que sería capaz de encontrar una cura para sus sufrimientos, dura quizá, pero efectiva. Pero su criterio, basado en circunstancias que no podía explicar totalmente a nadie, y

menos aún a Shirley, eran incomprensibles y fantásticos a los ojos de todos menos a los suyos y, en consecuencia, todos se oponían.

En realidad no existía necesidad pecuniaria alguna que la obligara a dejar un cómodo hogar para «buscar empleo», y existían todas las probabilidades de que su tío tomara medidas para asegurar su porvenir. Así pensaban sus amigas, y en la medida en que les permitía ver lo poco que sabían, razonaban correctamente; pero de los extraños sufrimientos de Caroline, que tan ardientemente deseaba superar, o escapar de ellos, nada sospechaban. Era a la vez imposible e inútil explicarlo: esperar y resistir era su único plan. Muchos que carecen de ropa y alimentos llevan vidas más alegres y con perspectivas más halagüeñas que las que ella tenía; muchos, agobiados por la pobreza, sufren un tormento menos doloroso.

—Bien, ¿se ha tranquilizado tu espíritu? —preguntó Shirley—. ¿Consentirás en quedarte en casa?

—No la abandonaré si lo desaprueban mis amigas —fue la respuesta—, pero creo que con el tiempo se verán obligadas a pensar igual que yo.

Durante esta conversación, la señora Pryor parecía lejos de sentirse a gusto. Su extremada reserva habitual muy raras veces le permitía hablar con libertad o interrogar a los demás detenidamente. Se le ocurrían multitud de preguntas que no se atrevía a hacer jamás; mentalmente daba consejos que su lengua no pronunciaba. De haber estado a solas con Caroline, posiblemente habría dicho algo sobre aquel asunto; la presencia de la señorita Keeldar, aun estando acostumbrada a ella, selló sus labios. Entonces, como en un millar de ocasiones parejas, inexplicables escrúpulos nerviosos le impidieron entrometerse. Se limitó a mostrar su preocupación por la señorita Helstone de un modo indirecto, preguntándole si el fuego le daba demasiado calor, colocando un biombo entre la chimenea y ella, cerrando una ventana de donde imaginaba que procedía una corriente de aire, y mirándola a menudo con inquietud. Shirley volvió a hablar.

—Tras haber frustrado tu plan —dijo—, cosa que espero haber hecho, trazaré uno nuevo de mi propia cosecha. Todos los veranos hago una excursión. Este año tengo la intención de pasar dos meses en los lochs escoceses o en los lagos ingleses, es decir, iré siempre que accedas a acompañarme; si te niegas, no moveré un solo pie.

—Eres muy buena, Shirley.

—Sería muy buena, si tú me dejaras; estoy totalmente dispuesta a ser buena. Es mi desgracia y mi costumbre, lo sé, creerme superior a todos los demás, pero ¿quién no es como yo a ese respecto? Sin embargo, cuando al capitán Keeldar se le complace, cuando se le proporciona cuanto desea,

incluida una compañera sensata y agradable, es su mayor placer dedicar los esfuerzos sobrantes a hacer feliz a esa compañera. ¿Y no seríamos felices, Caroline, en las Highlands? Iremos a las Highlands. Iremos, si resistes el viaje por mar, a las islas: las Hébridas, las Shetland, las Oreadas. ¿No te gustaría? Ya veo que sí. Señora Pryor, usted es testigo de que su rostro resplandece ante la mera mención del viaje.

—Me gustaría mucho —replicó Caroline, para quien, ciertamente, la idea de un viaje así no era sólo agradable, sino gloriosamente vivificante. Shirley se frotó las manos.

—Vaya, puedo hacer algo bueno —exclamó—. Puedo hacer una buena obra con mi dinero. Mis mil libras al año no son sólo sucios billetes de banco y amarillas guineas (pero dejadme que hable con respeto de ambas cosas, pues las adoro), sino que pueden ser salud para los decaídos, fuerza para los débiles, consuelo para los tristes. Estaba resuelta a usarlas para algo mejor que una hermosa y antigua casa en la que vivir y vestidos de raso que llevar; algo mejor que la deferencia de los conocidos y el homenaje de los pobres. Ya tengo por dónde empezar. Este verano, Caroline, la señora Pryor y yo iremos a la costa del Atlántico Norte, más allá de las Shetland, quizá a las islas Feroe. Veremos focas en Suderoe y, sin duda, sirenas en Stromoe. Caroline se ríe, señora Pryor; yo la he hecho reír, le he hecho bien.

—Me gustaría ir, Shirley —repitió la señorita Helstone—. Anhele oír el ruido de las olas, de las olas del océano, y verlas tal como las he imaginado en sueños, como lomas agitadas de luz verde, cubiertas de coronas de espuma más blancas que las azucenas que se desvanecen y reaparecen. Me encantaría pasar frente a las playas de esas solitarias isletas rocosas donde las aves marinas viven y crían sin impedimento. Seguiremos los pasos de los antiguos escandinavos, de los nórdicos: veremos casi las playas de Noruega. Es un deleite muy vago el que siento, transmitido por tu proposición, pero es un deleite.

—¿Pensarás ahora en Fitful-Head cuando estés desvelada por las noches, en las gaviotas chillando en torno a la casa y las olas golpeándola, en lugar de pensar en las tumbas que hay bajo las cocinas de la rectoría?

—Lo intentaré, y en lugar de meditar sobre restos de mortajas y fragmentos de ataúdes y huesos humanos y moho, imaginaré focas tumbadas al sol en playas solitarias a las que ni pescadores ni cazadores se acercan jamás; en las grietas de las rocas llenas de huevos nacarados, sobre un lecho de algas marinas; en pájaros que cubren las arenas blancas en bandadas felices que no conocen el temor.

—¿Y qué se hará de esa inexpresable carga que, según dices, pesa sobre tu ánimo?

—Intentaré olvidarla fantaseando sobre el vaivén de todo el Gran Océano sobre una manada de ballenas nadando velozmente desde las zonas heladas a través del estruendo lívido y líquido: un centenar, quizá, sumergiéndose, emergiendo, dejándose arrastrar por la estela del patriarca, la ballena macho, lo bastante grande para haber sido engendrada antes del Diluvio: una criatura como la que el pobre Smart tendría en la cabeza cuando dijo:

Strong against tides, the enormous whale
emerges as he goes.

—Espero que nuestra barca no tropiece con semejante banco, o manada, como lo llamas tú, Caroline. Supongo que te imaginas a los mamuts marinos pastando al pie de las «colinas eternas», devorando un extraño forraje en los vastos valles sobre los que se agitan las olas del mar. No me gustaría que la ballena patriarca nos hiciera volcar.

—Supongo que esperas ver sirenas, Shirley.

—Desde luego una: no me conformaré con menos, y ha de aparecer del modo siguiente. Yo estaré paseando sola por la cubierta en una noche de agosto, contemplando y siendo contemplada por la luna llena; algo blanco aparecerá en la superficie del mar, sobre el que esa luna asciende en silencio y pende gloriosamente; el objeto resplandece y se hunde. Vuelve a emerger. Me parece oírle gritar con voz articulada. Te llamo para que subas desde el camarote: te muestro una imagen, blanca como el alabastro, surgiendo de la ola borrosa. Las dos vemos la larga cabellera, los brazos alzados, blancos como la espuma, el espejo ovalado fulgente como una estrella. Se acerca deslizándose: un rostro humano se hace plenamente visible, un rostro del estilo del tuyo, cuyos rasgos rectos y puros (disculpa la palabra, es apropiada), cuyos rasgos rectos y puros no desfigura la palidez. Nos mira, pero no con tus ojos. Veo una atracción preternatural en su astuta mirada: nos hace señas. De ser hombres, saltaríamos ante aquella señal, nos aventuraríamos en las frías aguas en pos de la hechicera aún más fría; como somos mujeres, estamos a salvo, aunque no sin temor. Ella comprende nuestra mirada impávida; se siente impotente; la ira cruza su rostro; no puede hechizarnos, pero nos horrorizará: se yergue y se desliza, descubriendo todo su cuerpo, sobre el oscuro borde de las olas. ¡Terrorífica seductora! ¡Semblanza monstruosa de nosotras mismas! ¿No te alegras, Caroline, cuando por fin, y con un chillido salvaje, se zambulle?

—Pero, Shirley, ella no es como nosotras: nosotras no somos seductoras, ni terroríficas, ni monstruos.

—Se dice que algunas de nuestro sexo son las tres cosas. Hay hombres que adscriben tales atributos a «la mujer» en general.

—Queridas mías —interrumpió aquí la señora Pryor—, ¿no les parece que su conversación ha sido bastante fantástica en los últimos diez minutos?

—Pero no hay ningún mal en nuestras fantasías, ¿no cree, señora?

—Sabemos que las sirenas no existen, ¿por qué hablar de ellas como si existieran? ¿Cómo puede interesarnos hablar de un ser inexistente?

—No lo sé —dijo Shirley.

—Querida mía, creo que llega alguien. He oído pasos en el sendero mientras hablaban; ¿no es la verja del jardín la que chirría?

Shirley se acercó a la ventana.

—Sí, viene alguien —dijo, dándose la vuelta despacio y, cuando volvió a sentarse, un sensible rubor animaba su rostro, mientras un rayo tembloroso encendía y suavizaba sus ojos a la vez. Se llevó la mano a la barbilla, bajó la vista y pareció reflexionar mientras esperaba.

La sirvienta anunció al señor Moore y Shirley se volvió cuando el señor Moore apareció en la puerta. Su figura parecía muy alta cuando entró, comparada con la de las tres mujeres, ninguna de las cuales podía alardear de una estatura por encima de la media. Tenía buen aspecto, mejor que en los últimos doce meses: una especie de juventud renovada brillaba en sus ojos y daba color a sus mejillas, y una esperanza reforzada y un propósito decidido afirmaban su porte: la firmeza de su semblante se dejaba ver aún, pero no la austeridad; parecía tan risueño como serio.

—Acabo de regresar de Stilbro —dijo a la señorita Keeldar, después de saludarla—, y he pensado en venir a verla para comunicarle el resultado de mi misión.

—Ha hecho bien en no dejarme en la incertidumbre —dijo ella—, y su visita es muy oportuna. Siéntese; aún no hemos acabado el té. ¿Es usted lo bastante inglés para disfrutar con el té o se aferra lealmente al café?

Moore aceptó el té.

—Estoy aprendiendo a ser un inglés naturalizado —dijo—. Mis costumbres extranjeras me abandonan una por una.

Presentó entonces sus respetos a la señora Pryor, y lo hizo bien, con la grave modestia que convenía a su edad. Luego miró a Caroline —no por primera vez; su mirada se había posado ya antes sobre ella—: se inclinó ante ella, que seguía sentada, le dio la mano y le preguntó qué tal estaba. La luz de la ventana, a la espalda de la señorita Helstone, no la iluminaba: una respuesta tranquila, pero en voz baja, una actitud serena y la amigable protección del crepúsculo incipiente ocultaron todo signo delator. Nadie podía afirmar que

hubiera temblado o se hubiera sonrojado, que su corazón se hubiera conmovido, ni que sus nervios se hubieran estremecido; nadie podía probar emoción alguna: jamás se intercambió un saludo menos efusivo. Moore se sentó en la silla vacía que había junto a Caroline, frente a la señorita Keeldar. Se había situado bien: su vecina, protegida de su escrutinio por su misma proximidad, y amparada más aún por la oscuridad que crecía por momentos, pronto recobró, no la mera apariencia, sino el dominio real de los sentimientos que se habían rebelado en cuanto se anunció el nombre de Moore por primera vez.

Moore dirigió su conversación hacia la señorita Keeldar.

—He ido al acuartelamiento —dijo—, y me he entrevistado con el coronel Ryde: ha aprobado mis planes y me ha prometido la ayuda que yo quería; en realidad, me ha ofrecido una fuerza mucho más numerosa de lo que le pedía; media docena bastarán. No es mi intención verme rodeado de casacas rojas. Los necesito más para intimidar que otra cosa; sobre todo confío en mis civiles.

—Y en su capitán —añadió Shirley.

—¿Quién, el capitán Keeldar? —preguntó Moore con una leve sonrisa, sin levantar la vista: el tono burlón con que lo dijo era muy respetuoso y contenido.

—No —replicó Shirley, respondiendo a su sonrisa—, el capitán Gérard Moore, que se confía sobre todo al valor de su brazo derecho, creo.

—Equipado con su regla de la oficina de contabilidad —añadió Moore. Volviendo a adoptar su gravedad habitual, prosiguió—: Con el correo de la tarde he recibido una nota del ministro del Interior en respuesta a la mía: al parecer les preocupa el estado de cosas aquí, en el norte; condenan sobre todo la indolencia y la pusilanimidad de los dueños de las fábricas; dicen, como siempre he dicho yo, que en las circunstancias actuales, la falta de iniciativa es criminal y que la cobardía es crueldad, puesto que ambas sólo pueden estimular el desorden y conducir finalmente a sublevaciones sanguinarias. Aquí está la nota; se la he traído para que la lea, y aquí tiene unos cuantos periódicos en los que se da cuenta de las acciones emprendidas en Nottingham, Manchester y los demás sitios.

Moore sacó cartas y periódicos y los desplegó ante la señorita Keeldar. Mientras ella los examinaba, él se tomó su té tranquilamente, pero, aunque su lengua estaba quieta, sus dotes de observación no parecían ociosas ni mucho menos. La señora Pryor, sentada más lejos, quedaba fuera del alcance de su vista, pero las dos señoritas se beneficiaban de ella plenamente.

A la señorita Keeldar, que estaba justo delante de él, la veía sin esfuerzo:

ella era el objeto que sus ojos, cuando los alzaba, encontraban primero de forma natural, y, como lo que quedaba de la luz diurna —el resplandor dorado del oeste— le daba de lleno, su forma se destacaba en relieve sobre el oscuro revestimiento que quedaba a su espalda. Las pálidas mejillas de Shirley estaban aún teñidas del rubor que se había encendido en ellas hacía unos minutos: las pestañas oscuras de sus ojos mirando hacia abajo mientras ella leía. La oscura pero delicada línea de sus cejas, el brillo casi negro de sus rizos realzaban su cutis haciéndolo, por contraste, tan hermoso como una roja flor silvestre. Había una gracia natural en su actitud y un efecto artístico en los amplios y relucientes pliegues de su vestido de seda, un atuendo de formas sencillas, pero casi espléndido por el brillo cambiante de su color, pues trama y urdimbre eran de matices intensos y variables como el del cuello de un faisán. El brazalete centelleante que llevaba en el brazo ofrecía el contraste del oro y el marfil: había algo brillante en el conjunto. Es de suponer que Moore pensara esto mientras sus ojos se demoraban en ella durante largo rato, pero raras veces permitía que sus sentimientos o sus opiniones se exhibieran en su rostro: su temperamento tenía cierta cantidad de flema y prefería adoptar un aspecto reservado, que no era brusco, pero sí serio, a cualquier otro.

Mirando al frente, Moore no podía ver a Caroline, pues estaba sentada cerca de él; fue necesario en consecuencia maniobrar un poco para tenerla dentro de su campo de visión: Moore se recostó en la silla y la miró. En la señorita Helstone ni él ni nadie podría descubrir brillo alguno. Sentada en la sombra, sin flores ni adornos, con el modesto vestido de muselina que no tenía más color que sus estrechas rayas azul celeste, pálido el cutis, sin excitación, sus cabellos y ojos castaños invisibles bajo aquella tenue luz, era, comparada con la heredera, como un gracioso boceto a lápiz junto a un vivido cuadro. Desde la última vez en que Robert la había visto, un gran cambio se había operado en ella; puede que no averigüemos si él lo percibió o no: no dijo nada al respecto.

—¿Cómo está Hortense? —preguntó Caroline en voz baja.

—Muy bien, pero se queja de que no tiene en qué ocuparse: te echa de menos.

—Dile que la echo de menos y que escribo y leo algo de francés todos los días.

—Me preguntará si le has enviado saludos cariñosos: siempre es muy puntillosa. Ya sabes que le gustan las atenciones.

—Dale cariñosos saludos de mi parte, los más cariñosos, y dile que siempre que tenga tiempo para escribirme una nota, me alegrará recibir noticias de ella.

—¿Y si me olvido? No soy un mensajero fiable para los saludos corteses.

—No, no te olvides, Robert: no es un saludo cortés, lo digo muy en serio.

—¿Y por lo tanto ha de ser entregado puntualmente?

—Te lo ruego.

—Hortense soltará unas lágrimas. Se muestra muy sensible cuando se habla de su pupila; sin embargo, a veces te reprocha que hayas obedecido las órdenes de tu tío de forma tan literal. El afecto, como el amor, es injusto de vez en cuando.

Caroline no respondió a esa observación, pues ciertamente su corazón estaba turbado y se habría llevado el pañuelo a los ojos de haberse atrevido. De haberse atrevido, también, habría manifestado que hasta las flores del jardín de la casa del Hollow le eran queridas, que el pequeño gabinete de aquella casa era su paraíso terrenal, que anhelaba regresar a él, casi tanto como la primera mujer, en su exilio, debía de haber anhelado volver al Edén. No atreviéndose, empero, a decir esas cosas, guardó silencio: siguió callada junto a Robert, esperando a que él dijera algo más. Hacía mucho que no gozaba de aquella proximidad, que la voz de Robert no se dirigía a ella: de haber podido imaginar con algún viso de probabilidad, de posibilidad incluso, que aquel encuentro era placentero para él, habría supuesto para ella la más profunda dicha. Sin embargo, aun dudando de que a él le resultara agradable —temiendo que le molestara—, Caroline recibió la bendición de aquel encuentro como un pájaro encerrado celebraría la entrada de la luz del sol en su jaula; de nada servían argumentos, ni luchar contra la felicidad que sentía: estar cerca de Robert era revivir.

La señorita Keeldar dejó de leer.

—¿Y a usted le alegran todas estas noticias amenazadoras o le entristecen?
—preguntó a su arrendatario.

—Ninguna de las dos cosas, exactamente, pero desde luego estoy avisado. Veo que nuestro único plan es mantenernos firmes. Veo que una preparación eficaz y una actitud resuelta son los mejores medios para evitar el derramamiento de sangre.

Moore inquirió luego a Shirley si había reparado en cierto párrafo en particular, a lo que ella respondió negativamente. Él se levantó para mostrárselo y continuó la conversación de pie ante ella. A tenor de lo que dijo, parecía evidente que ambos temían disturbios en la vecindad de Briarfield, aunque no especificaron de qué forma esperaban que se produjeran. Ni Caroline ni la señora Pryor hicieron preguntas: el asunto no parecía haber madurado lo suficiente para ser discutido abiertamente; en consecuencia, se

permitió a la señora y a su arrendatario que se guardaran los detalles para sí, sin que los importunara la curiosidad de sus oyentes.

Al hablar con el señor Moore, la señorita Keeldar adoptaba un tono que era a la vez animado y digno, confidencial y decoroso. Sin embargo, cuando se trajeron las bujías encendidas y se atizó el fuego, y la abundancia de luz así conseguida volvió legible la expresión de su semblante, se dejó ver que Shirley era todo interés, vitalidad y seriedad; no había coquetería alguna en su comportamiento: fueran cuales fueran sus sentimientos hacia Moore, eran serios. Y serios eran también los sentimientos de Moore; además, por lo visto, su opinión ya estaba formada, pues no hacía ni el más mínimo esfuerzo por atraer, deslumbrar o impresionar. Ello no obstante, consiguió imponerse un poco, porque su voz más grave, aunque modulada con suavidad, y su intelecto algo más agudo de vez en cuando se imponían con alguna frase o tono perentorios, aunque de manera involuntaria, a la voz suave y la naturaleza susceptible, si bien elevada, de Shirley. La señorita Keeldar parecía feliz conversando con él, y su alegría parecía doble: una alegría por el pasado y el presente, por los recuerdos y las esperanzas.

Lo que acabo de describir son las ideas que tenía Caroline sobre la pareja; eso era lo que sentía. Sintiéndose así, intentaba no sufrir, pero grande era su sufrimiento. Lo cierto es que sufría de un modo espantoso: hacía unos minutos que su hambriento corazón había probado unas migajas del alimento que, dado con generosidad, habría devuelto la abundancia de vida donde la vida faltaba; pero el copioso festín le era arrebatado para serle servido a otra, y ella no era más que una mera espectadora del banquete.

El reloj dio las nueve: era la hora de que Caroline volviera a casa; recogió su labor, metió el bordado, las tijeras y el dedal en su bolsa, deseó buenas noches a la señora Pryor y ésta le apretó la mano con mayor efusión de la acostumbrada; Caroline se acercó a la señorita Keeldar.

—¡Buenas noches, Shirley!

Shirley se levantó de golpe.

—¿Cómo? ¿Ya te vas?

—Son las nueve pasadas.

—No he oído el reloj. Volverás mañana. Y esta noche estarás más contenta, ¿verdad? Recuerda nuestros planes.

—Sí —dijo Caroline—. No los he olvidado.

Caroline sospechaba que ni aquellos planes ni ningún otro podrían devolverle la tranquilidad del espíritu de manera permanente. Se volvió hacia Robert, que estaba muy cerca, detrás de ella. Cuando Moore alzó la vista, la

luz de las bujías que había sobre la repisa de la chimenea dio de lleno sobre el rostro de Caroline: toda su palidez, todos los cambios, y la desesperanza que implicaban, quedaron plenamente expuestos. Robert tenía buen ojo y podía verlo si quería; pero tanto si lo vio como si no, no dio muestras de ello.

—¡Buenas noches! —dijo ella, temblando como una hoja y ofreciéndole con prisas su delgada mano, impaciente por separarse de él lo antes posible.

—¿Vuelves a casa? —preguntó él, sin aceptar la mano.

—Sí.

—¿Viene a buscarte Fanny?

—Sí.

—Podría acompañarte parte del camino, pero no hasta la rectoría, no vaya a ser que mi viejo amigo Helstone me pegue un tiro desde una ventana.

Rio y cogió su sombrero. Caroline habló de una molestia innecesaria; él le dijo que se pusiera el chal y el sombrero. Pronto estuvo lista y pronto se hallaban ambos al aire libre. Moore atrajo la mano de Caroline hacia el hueco de su brazo, según su costumbre, de esa manera que a ella le parecía siempre tan amable.

—Puedes ir más deprisa, Fanny —dijo Moore a la doncella—, nosotros te alcanzaremos. —Y cuando la chica se hubo adelantado un poco, rodeó la mano de Caroline con la suya y afirmó alegrarse de que fuera una visitante asidua de Fieldhead; esperaba que su amistad con la señorita Keeldar sería duradera; tal relación sería no sólo agradable, sino beneficiosa.

Caroline contestó que le gustaba Shirley.

—Y no cabe duda de que el sentimiento es mutuo —dijo Moore—. Si demuestra amistad, puedes estar segura de que es sincera: no sabe disimular; desprecia la hipocresía. Por cierto, Caroline, ¿no vamos a verte en Hollow's Cottage nunca más?

—Supongo que no, a menos que mi tío cambie de opinión.

—¿Te sientes muy sola?

—Sí, bastante. No disfruto con ninguna compañía más que la de la señorita Keeldar.

—¿Has estado bien de salud últimamente?

—Muy bien.

—Tienes que cuidarte. No te olvides de hacer ejercicio. ¿Sabes que me has parecido algo cambiada, algo delgada y pálida? ¿Se muestra amable contigo tu

tío?

—Sí; igual que siempre.

—Es decir, no demasiado afectuoso, ni protector ni atento. ¿Y qué es lo que te aflige, entonces? Dímelo, Lina.

—Nada, Robert. —Pero se le quebró la voz.

—Es decir, nada que quieras contarme; no vas a depositar tu confianza en mí. Así pues la separación va a convertirnos en completos desconocidos, ¿no?

—No lo sé; algunas veces temo que sí.

—Pero no debería tener ese efecto. «¿Hemos de olvidar viejas amistades y viejos tiempos?».

—Robert, no he olvidado nada.

—Creo que hace dos meses desde la última vez que estuviste en casa, Caroline.

—Desde que estuve dentro, sí.

—¿Has pasado alguna vez por allí mientras paseabas?

—Alguna que otra tarde he llegado hasta el límite de los campos y he mirado hacia el valle. Una vez vi a Hortense en el jardín, regando sus plantas, y sé a qué hora enciendes la lámpara en la oficina de contabilidad: de vez en cuando he esperado hasta ver su resplandor; y te he visto inclinado entre la lámpara y la ventana. Sabía que eras tú; casi podía trazar tu perfil.

—Qué raro que nunca nos encontráramos; algunas veces paseo hasta el límite de los campos del Hollow tras el ocaso.

—Ya lo sé; una noche estuve a punto de hablarte, de tan cerca como pasaste.

—¿En serio? ¡Pasé cerca de ti y no te vi! ¿Iba solo?

—Te vi dos veces, y ninguna de las dos estabas solo.

—¿Quién me acompañaba? Seguramente no sería más que Joe Scott, o mi propia sombra a la luz de la luna.

—No, ni Joe Scott ni tu sombra, Robert. La primera vez estabas con el señor Yorke, y la segunda vez, lo que llamas tu sombra era una figura con el cutis blanco y rizos morenos, y un reluciente collar alrededor del cuello; pero sólo os vi un momento a ti y a esa bella sombra: no esperé a oír vuestra conversación.

—Al parecer eres invisible. Esta noche me he fijado en el anillo que llevas;

¿es el anillo de Giges? A partir de ahora, cuando esté solo en la oficina de contabilidad, en medio de la noche, quizá, me permitiré imaginar que Caroline está tal vez inclinada sobre mi hombro, leyendo conmigo el mismo libro, o sentada a mi lado entretenida en sus propias tareas, levantando de vez en cuando sus ojos invisibles hacia mi rostro para leer en él mis pensamientos.

—No debes temer tal imposición: no me acerco; me limito a quedarme apartada, contemplando lo que te sucede.

—Cuando pasee a lo largo de los setos por la tarde, después de cerrar la fábrica, o de noche, cuando ocupo el lugar del vigilante, imaginaré que el aleteo de los pajarillos sobre sus nidos y el susurro de las hojas son tus movimientos; las sombras de los árboles tomarán tu forma; en las blancas flores de los espinos imaginaré ver destellos de ti. Lina, tu imagen me perseguirá donde vaya.

—Nunca estaré donde tú no me desees, ni veré ni oiré lo que no quieras que vea ni escuche.

—Yo te veré en la fábrica a plena luz del día; la verdad es que ya te he visto allí una vez. Hace apenas una semana estaba en un extremo de una de las naves y las chicas trabajaban en el otro extremo, y entre media docena de ellas, moviéndose de un lado a otro, me pareció ver una figura que se parecía a la tuya. Fue un efecto de la luz o de las sombras, o del sol que me deslumbraba. Me acerqué a aquel grupo; lo que buscaba se había escabullido: me encontré entre dos rollizas muchachas con delantal.

—No te seguiré al interior de tu fábrica, Robert, a menos que tú me lo pidas.

—No es la única vez que la imaginación me ha jugado una mala pasada. Una noche, volviendo a casa del mercado, entré en el gabinete de casa pensando encontrar allí a Hortense, pero en lugar de verla a ella me pareció verte a ti. No había velas encendidas; mi hermana se había llevado la luz arriba; la cortina de la ventana no estaba corrida y la luz de la luna entraba a raudales. Allí estabas tú, Lina, junto a la ventana, un poco encogida hacia un lado, en una actitud bastante habitual en ti. Vestías de blanco, como te he visto en otras veladas. Durante medio segundo, tu rostro joven y vivaz parecía vuelto hacia mí, mirándome; durante medio segundo pensé en acercarme y cogerte la mano, en reprocharte tu larga ausencia y expresar mi alegría por tu regreso. Dos pasos hacia adelante rompieron el hechizo: el contorno del vestido cambió; los tintes de tu cutis se esfumaron, volviéndose informes; decididamente, cuando llegué a la ventana no quedaba nada más que el vuelo de una cortina de muselina blanca y una balsamina en un macetero, cubierta por un rubor de flores. Sic transit, etcétera.

—¿No era mi fantasma entonces? Por un momento he pensado que lo era.

—No, sólo gasa, loza y flores rosas: una muestra de las ilusiones terrenales.

—Me extraña que tengas tiempo para tales ilusiones, con lo llena de cosas que debes de tener la cabeza.

—Es cierto, pero en mí hay dos naturalezas, Lina: una para el mundo y los negocios, y otra para el hogar y el ocio. Gérard Moore es un hueso duro de roer, educado para fábricas y mercados; la persona a la que llamas primo Robert es a veces un soñador que vive lejos de la pañería y la oficina de contabilidad.

—Las dos naturalezas te sientan bien; creo que tu ánimo y tu salud son buenos: has perdido por completo ese aire atormentado que, hace unos meses, le dolía a uno verte en la cara.

—¿Es eso lo que ves? Desde luego me he desembarazado de ciertas dificultades: he sorteado los bancos de arena y estoy en mar abierto.

—¿Y con viento favorable, puedes esperar ahora realizar un viaje apacible?

—Puedo esperarlo, sí, pero la esperanza es engañosa: no hay modo de dominar ni el viento ni las olas; rachas y oleajes inquietan sin cesar el rumbo del marino, que no osa desechar de sus pensamientos la perspectiva de la tempestad.

—Pero estás preparado para el viento; eres un buen marino, un hábil capitán; eres un hábil piloto, Robert: capearás el temporal.

—Mi prima siempre piensa lo mejor de mí, pero tomaré sus palabras como auspicio favorable: pensaré que, al encontrarla esta noche, he encontrado uno de esos pájaros cuya aparición es para el marino presagio de buena suerte.

—Pobre presagio de buena suerte puede ofrecer la que no puede hacer nada, ni tiene ningún poder. Conozco mis carencias: no sirve de nada decir que tengo la voluntad de servirte, si no puedo demostrarlo; sin embargo, tengo esa voluntad. Deseo que triunfes; te deseo fortuna y auténtica felicidad.

—¿Cuándo me has deseado otra cosa? ¿Qué está esperando Fanny? ¿No le he dicho que se adelante? ¡Oh! Hemos llegado al cementerio; entonces, supongo que tendremos que despedirnos aquí; podríamos habernos sentado unos minutos bajo el pórtico de la iglesia si la chica no hubiera venido con nosotros. Hace una noche tan agradable, tan estival, que no me apetece volver todavía al Hollow.

—Pero ahora no podemos sentarnos bajo el pórtico, Robert.

Caroline decía esto porque Moore le hacía volverse hacia allí.

—Quizá no, pero dile a Fanny que entre; dile que ahora vamos; sólo serán unos minutos.

El reloj de la iglesia dio las diez.

—Mi tío saldrá a hacer su ronda habitual de vigilancia, y siempre pasa por la iglesia y el cementerio.

—¿Y qué? Aparte de Fanny, ¿quién sabe que estamos aquí? Me divertiría escabullirme y esquivarlo. Podríamos estar bajo la ventana del lado este cuando él vaya al pórtico; cuando diera la vuelta hacia el lado norte, podríamos volver hacia el lado sur. De ser necesario, podríamos escondernos detrás de alguno de los monumentos funerarios: ese tan alto de los Wynne nos ocultaría completamente.

—¡Robert, qué buen humor tienes! ¡Vete, vete! —añadió Caroline apresuradamente—. Oigo la puerta principal...

—No quiero irme; al contrario, quiero quedarme.

—Sabes que mi tío se encolerizaría: me prohibió verte porque eres un jacobino.

—¡Extraño jacobino!

—Vete, Robert, viene hacia aquí; le oigo toser.

—Diable! Es extraño... ¡qué pertinaz deseo de quedarme siento!

—Recuerda a Fanny y lo que le hizo a su... —empezó Caroline, pero se interrumpió bruscamente. Enamorado era la palabra que debería haber seguido, pero no pudo pronunciarla; parecía calculada para sugerir ideas que ella no tenía intención de sugerir; ideas ilusorias y perturbadoras. Moore tuvo menos escrúpulos.

—¿A su enamorado? —dijo de inmediato—. Le dio una ducha con la bomba, ¿no es eso? Seguro que a mí me haría lo mismo con sumo gusto. Me gustaría provocar al viejo turco, pero no quiero perjudicarte a ti. No obstante, distinguiría entre un primo y un enamorado, ¿no?

—¡Oh! No pensaría en ti como tal, desde luego que no; las discrepancias que os separan son exclusivamente políticas, pero no quisiera que la brecha se agrandara, y es muy irritable. Ahí está, en la verja del jardín. ¡Por tu propio bien y por el mío, Robert, vete!

Estas palabras se acompañaron de un gesto suplicante y de una mirada que aún lo era más. Moore cubrió un instante las manos enlazadas de Caroline con las suyas; respondió a la mirada de los ojos alzados de su prima, bajando la

vista para mirarla; dijo: «¡Buenas noches!», y se fue.

Pasado un instante, Caroline siguió a Fanny por la puerta de la cocina; la sombra del sombrero de teja cayó en aquel mismo momento sobre una tumba iluminada por la luna; el rector emergió de su jardín tieso como una vela, y siguió andando lentamente con las manos a la espalda, atravesando el cementerio. Moore estuvo a punto de que lo pillaran: al final tuvo que «escabullirse», rodear el edificio de la iglesia y agachar su alta figura tras el ambicioso monumento de los Wynne. Allí se vio obligado a esconderse durante sus buenos diez minutos, con una rodilla hincada en tierra, el sombrero en la mano, los rizos expuestos al rocío, los ojos negros brillantes, y los labios entreabiertos por una risa interior motivada por aquel trance, pues el rector, mientras tanto, contemplaba las estrellas fríamente y aspiraba su rapé a menos de tres pasos de él.

Sucedía, empero, que el señor Helstone no albergaba la más mínima sospecha, pues, no estando por lo general más que vagamente informado de los movimientos de su sobrina, ni creyendo que valiera la pena seguirlos de cerca, no sabía que Caroline había pasado todo el día fuera y la suponía ocupada en una labor o un libro en su dormitorio, donde realmente estaba ahora, pero no absorta en la tranquila actividad que él le atribuía, sino de pie junto a la ventana con el corazón en vilo, asomándose con inquietud por detrás de la cortina, esperando que su tío volviera a entrar en la casa y que su primo pudiera escapar. Finalmente se vio complacida: oyó que el señor Helstone volvía a entrar y vio que Robert dejaba atrás las tumbas a grandes zancadas y saltaba el muro; entonces bajó para rezar. Cuando regresó a su dormitorio, fue para reunirse con el recuerdo de Robert. Mucho tiempo esquivó el sueño; mucho tiempo estuvo sentada junto a la celosía, mucho tiempo contempló el viejo jardín y la iglesia más vieja aún, y las tumbas grises y tranquilas y claras, desperdigadas a la luz de la luna. Siguió los pasos de la noche por su camino de estrellas hasta mucho después de la madrugada. Estuvo con Moore, en espíritu, durante todo el tiempo: estaba a su lado, oía su voz, tenía la mano en su mano, cálida entre sus dedos. Cuando el reloj de la iglesia daba las horas, cuando se oía cualquier otro sonido, cuando un ratoncito familiar en su dormitorio, un intruso para el que no permitiría jamás que Fanny colocara una ratonera, hacía tintinear sobre la mesa del tocador la cadena de su guardapelo, su único anillo y un par de dijes más, y mordisquear un trozo de galleta que había dejado allí para él, Caroline alzó la vista, devuelta momentáneamente a la realidad. Casi en voz alta, como desaprobando la acusación de alguien que, invisible e inaudible, la controlaba, dijo:

—No son sueños de amor. Sólo pienso porque no puedo dormir. Ya sé que se casará con Shirley.

Con el retorno del silencio, con la tregua del carillón y la retirada de su

pequeño protegido desconocido y sin domesticar, Caroline reanudó una vez más el sueño, cercano a la visión, escuchándolo, conversando con él. Por fin se difuminó; a medida que se acercaba la aurora, las estrellas a punto de ponerse y el día a punto de nacer oscurecieron la creación de la fantasía; los trinos de los pájaros despertaron para acallar sus susurros. La historia llena de pasión y de inquietud se convirtió en un vago murmullo llevado por el viento matinal. La forma que, vista a la luz de la luna, vivía, tenía pulso y movimiento, el brillo de la salud y la frescura de la juventud, se volvió fría y de un gris espectral bajo el color rojo del sol naciente. Por fin Caroline se quedó sola; se arrastró hasta la cama, helada y triste.

CAPÍTULO XIV

SHIRLEY TRATA DE SALVARSE POR SUS BUENAS OBRAS

«Por supuesto, sé que se casará con Shirley», fueron sus primeras palabras cuando se levantó por la mañana. «Y debe casarse con ella: ella puede ayudarlo», añadió con firmeza. «Pero a mí me olvidarán cuando estén casados», fue el cruel pensamiento que siguió. «¡Oh, me olvidarán completamente! ¿Y qué haré, qué haré yo cuando me arrebaten a Robert? ¿Adónde iré? ¡Mi Robert! Ojalá pudiera llamarlo mío con todo derecho, pero yo soy la pobreza y la incapacidad; Shirley es la riqueza y el poder, y también la belleza y el amor, no puedo negarlo. Esto no es un sórdido galanteo: ella lo ama, no con sentimientos inferiores; ama, o amará, como él ha de sentirse orgulloso de ser amado. No vale objeción alguna. Que se casen, pues, pero después yo no seré nada para él. En cuanto a ser su hermana, desprecio todas esas zarandajas. Para un hombre como Robert, o lo soy todo, o no soy nada: no soportaría arrastrar los pies débilmente, ni la hipócrita cortesía. Cuando se hayan unido, los abandonaré sin dudarlos. En cuanto a frecuentar su compañía, haciéndome la hipócrita y fingiendo tranquilos sentimientos de amistad cuando mi alma estará atormentada por otras emociones, no me rebajaré a semejante humillación. Tan lejos de mí está convertirme en una amiga de los dos como en una enemiga mortal; tan lejos de mí está interponerme entre ellos como pisotearlos. Robert es un hombre de primera categoría... a mis ojos: lo he amado, lo amo y debo amarlo. Sería su mujer si pudiera; como no puedo, debo marcharme a donde no lo vea nunca más. No me queda más que una alternativa: aferrarme a él como si fuera una parte de él, o apartarme de él como si fuéramos los polos opuestos de una esfera. Apártame, pues, Providencia. Sepáranos pronto».

Tales aspiraciones cruzaban de nuevo por su cabeza a última hora de la

tarde cuando la aparición de una de las personas que la obsesionaban pasó por la ventana del gabinete. La señorita Keeldar caminaba despacio: su paso y su semblante mostraban esa mezcla de melancolía e indiferencia que, cuando estaba inactiva, componía la acostumbrada naturaleza de su expresión y el carácter de su porte. Animada, la indiferencia desaparecía totalmente, la melancolía se mezclaba con una alegría vivificante, sazonzando risa, sonrisa y mirada con un sabor único a sentimiento, por lo que su risa no semejaba jamás «el crujido de espinos bajo una maceta».

—¿Cómo es que no has venido a verme esta tarde como me habías prometido? —interpeló a Caroline en cuanto entró en la habitación.

—No estaba de humor —replicó la señorita Helstone con toda sinceridad.

Shirley había clavado en ella su penetrante mirada.

—No —dijo—, ya veo que no estás de humor para desearme a tu lado; estás en uno de tus estados de ánimo inclementes y sin sol, en que se nota que la presencia de un congénere no te apetece. Tienes estados de ánimo de ese tipo; ¿lo sabes?

—¿Piensas quedarte mucho rato, Shirley?

—Sí, he venido a tomar el té, y eso haré antes de marcharme. De modo que me tomaré la libertad de quitarme el sombrero sin ser invitada.

Así lo hizo; luego se detuvo en la alfombra con las manos a la espalda.

—Menuda expresión tienes —prosiguió, sin dejar de mirar a Caroline con sus ojos penetrantes, aunque sin hostilidad, sino más bien compasivamente—. Maravillosamente independiente pareces, cierva herida que busca la soledad. ¿Temes que Shirley te incordie si descubre que estás herida y que sangras?

—Jamás temo a Shirley.

—Pero algunas veces no te gusta; a menudo la evitas. Shirley sabe cuándo la desairan y la rehúyen. Si anoche no hubieras vuelto a casa en compañía de quien lo hiciste, hoy serías una muchacha diferente. ¿A qué hora llegasteis a la rectoría?

—A las diez.

—¡Umm! Tardasteis tres cuartos de hora en recorrer kilómetro y medio. ¿Fuiste tú o fue Moore el que se demoró tanto?

—Shirley, estás diciendo tonterías.

—Él dijo tonterías, de eso no me cabe la menor duda, o lo parecía, que es mil veces peor; veo el reflejo de sus ojos en tu frente en este momento. Estaría dispuesta a desafiarlo si consiguiera un padrino digno de confianza. Estoy

desesperadamente irritada; lo estaba anoche y lo he estado todo el día.

»No me preguntas por qué —prosiguió, después de una pausa—, pequeña criatura callada y excesivamente modesta, y no mereces que derrame mis secretos sobre tu regazo sin que me lo pidas. A fe mía que ayer por la noche me sentía con ganas de seguir a Moore con intenciones aviesas: tengo pistolas, y sé usarlas.

—¡Tonterías, Shirley! ¿A quién habrías disparado, a Robert o a mí?

—A ninguno de los dos, quizá; tal vez a mí misma. Lo más probable es que le hubiera dado a un murciélago o a la rama de un árbol. Es un mocoso tu primo: un mocoso tranquilo, serio, sensato, juicioso y ambicioso. Lo veo ante mí, hablando con su tono medio en serio medio cortés, dominándome (soy muy consciente de ello) con la pertinacia de su propósito, etcétera, y además, ¡no lo soporto!

La señorita Keeldar empezó a pasear rápidamente de un lado a otro de la habitación, repitiendo con vigor que no soportaba a los hombres en general y a su arrendatario en particular.

—Te equivocas —objetó Caroline con cierta preocupación—. Robert no es un mocoso ni un veleta, te lo aseguro.

—¡Tú me lo aseguras! ¿Crees que aceptaré tu palabra sobre ese asunto? Tu testimonio no es fiable. Por contribuir a la fortuna de Moore, te cortarías la mano derecha.

—Pero no diría mentiras y, a decir verdad, te aseguro que anoche se limitó a ser educado conmigo, nada más.

—No te he preguntado cómo fue, puedo adivinarlo: desde la ventana vi cómo te cogía la mano entre sus largos dedos, cuando salía por la verja.

—Eso no significa nada. No soy una desconocida, ya lo sabes. Soy una vieja amiga, y su prima.

—Estoy indignada, y a eso se reduce todo —replicó la señorita Keeldar—. Quebranta mi bienestar —añadió a continuación— con sus maniobras. No deja de interponerse entre tú y yo: sin él seríamos buenas amigas, pero ese moco de metro ochenta es un eclipse que se repite en nuestra amistad. Una y otra vez se cruza y oscurece el disco que yo quiero ver siempre con claridad; de vez en cuando me convierte a tus ojos en una pesadez y una molestia.

—No, Shirley, no.

—Sí. No has querido mi compañía esta tarde, y me duele mucho. Tú eres reservada por naturaleza, pero yo soy una persona sociable que no puede vivir sola. Si nos dejaran tranquilas, tengo tal afecto por ti que querría tenerte

siempre a mi lado y ni por una fracción de segundo desearía deshacerme de ti. Tú no puedes decir lo mismo de mí.

—Shirley, puedo decir lo que tú deseas; Shirley, me gustas.

—Mañana desearás que estuviera en Jericó, Lina.

—No es cierto. Cada día me acostumbro más a... te tengo más afecto. Sé que soy demasiado inglesa para entablar una apasionada amistad de repente, pero tú te elevas muy por encima de lo común, eres muy diferente de las señoritas vulgares y corrientes. Te aprecio; te valoro; no eres nunca una carga para mí, nunca. ¿Crees lo que te digo?

—En parte —replicó la señorita Keeldar, sonriendo con incredulidad—, pero eres una persona peculiar; aunque pareces tranquila, hay una fuerza y también una hondura en tu interior, en alguna parte, a la que no se llega ni se aprecia con facilidad; además, desde luego, no eres feliz.

—Y los que son desgraciados raras veces son buenos; ¿es eso lo que quieres decir?

—En absoluto; quiero decir más bien que las personas desgraciadas a menudo están preocupadas y no tienen ánimos para conversar con compañeros de mi naturaleza. Además, hay una clase de infelicidad que no sólo deprime, sino que también corroe, y ésta, me temo, es la tuya. ¿Te haría algún bien la compasión, Lina? Si dices que sí, acepta la de Shirley; te la ofrece con largueza y te asegura que la mercancía es genuina.

—Shirley, no tengo hermanas, tú tampoco, pero en este momento imagino cómo se sienten quienes las tienen. El afecto se entrelaza en sus vidas, afecto que ninguna conmoción puede arrancar, que las pequeñas disputas sólo pueden pisotear un instante para que brote con mayor energía cuando se libere de la presión; afecto con el que en el fondo ninguna pasión puede rivalizar, con el que el amor mismo debe competir en fuerza y sinceridad. El amor nos hiere tanto, Shirley; es un tormento, un martirio, y consume nuestra fuerza en sus llamas; en el afecto no hay fuego ni sufrimiento, sólo sustento y bálsamo. Me siento apoyada y aliviada cuando tú... es decir, sólo cuanto tú estás cerca, Shirley. ¿Me crees ahora?

—Siempre estoy dispuesta a creer cuando el credo me complace. Entonces ¿realmente somos amigas, Lina, a pesar del negro eclipse?

—Lo somos —replicó la otra, atrayendo a Shirley hacia ella y haciendo que se sentara—, ocurra lo que ocurra.

—Ven, pues, hablaremos de otra cosa que no sea el Perturbador.

Pero en aquel momento entró el rector y no se volvió a aludir a esa «otra cosa» de la que estaba a punto de hablar la señorita Keeldar hasta el momento

de irse; se demoró entonces unos minutos en el pasillo para decir:

—Caroline, quiero decirte que tengo un gran peso sobre mi conciencia, que siento una terrible desazón, como si hubiera cometido, o fuera a cometer, un gran crimen. No es mi conciencia privada, entiéndeme, sino mi conciencia de terrateniente y señor feudal. He caído presa de un águila con zarpas de hierro. Me hallo bajo una fuerte influencia, que no apruebo, pero a la que no me puedo resistir. Temo que dentro de poco sucederá algo en lo que no me gusta nada pensar. Para tranquilizar mi espíritu y evitar todo el daño que pueda, tengo intención de realizar una serie de buenas obras. No te sorprendas, por tanto, si ves de repente que me vuelvo escandalosamente caritativa. No tengo la menor idea de cómo empezar, pero tú me aconsejarás. Mañana hablaremos más del asunto, y pídele a esa excelente persona, la señorita Ainley, que se acerque hasta Fieldhead: he pensado en ponerme bajo su tutela; ¿acaso no obtendrá una perfecta pupila? Insinúale, Lina, que, aunque bien intencionada, soy más bien un carácter descuidado, y entonces la escandalizará menos mi ignorancia sobre las sociedades de costura, y cosas así.

A la mañana siguiente, Caroline encontró a Shirley sentada con aire grave en su escritorio, con un libro de contabilidad, un puñado de billetes de banco y una bolsa bien provista ante ella. Parecía muy seria, pero algo perpleja. Dijo que había «echado un ojo» a los gastos semanales del mantenimiento de la casa en Fieldhead a fin de descubrir en qué podría ahorrar; que también acababa de hablar con la señora Gill, la cocinera, y que la había despachado con la idea de que su cerebro (el de Shirley) estaba realmente perturbado.

—Le he dado un sermón sobre el deber de ser cuidadosos —dijo— que ha sido completamente nuevo para ella. Tan elocuente he sido sobre el tema de la economía que me he sorprendido a mí misma, porque, mira, es una idea totalmente nueva: jamás había pensado, y mucho menos hablado, sobre ese asunto, hasta hace poco. Pero es todo teoría porque, cuando he llegado a la parte práctica, no he podido recortar ningún gasto. No tengo firmeza para eliminar una sola libra de mantequilla, ni para llevar a cabo con éxito una investigación sobre el destino de grasa, manteca, pan, carne fría, o cualquier sobrante de la cocina. Sé que Fieldhead no está nunca demasiado iluminado, pero he sido incapaz de pedir explicaciones por varias libras de velas totalmente injustificadas; no lavamos para la parroquia y, sin embargo, he pasado por alto cantidades de jabón y polvos de blanquear que satisfacerían las más vehementes y solícitas interpelaciones sobre nuestra situación en lo referido a tales artículos; no soy carnívora, ni tampoco lo es la señora Pryor, ni siquiera la señora Gill y, sin embargo, tan sólo he carraspeado y he abierto un poco más los ojos al ver facturas del carnicero cuyo importe parece demostrar ese hecho... esa falsedad, quiero decir. Caroline, puedes reírte de mí, pero no cambiarme. Soy una cobarde en ciertos aspectos; lo sé. Hay una aleación de

cobardía moral de baja ley en mi composición. Me he ruborizado y he bajado la cabeza ante la señora Gill, cuando debería haber sido ella la que confesara balbuceante. Me ha sido imposible reunir el coraje para insinuar siquiera, y mucho menos para demostrarle, que es una estafadora. No tengo esa dignidad reposada, ni ese valor auténtico.

—Shirley, ¿qué arrebató te ha dado para que seas tan injusta contigo misma? Mi tío, que no es dado a hablar bien de las mujeres, dice que no hay ni diez mil hombres en Inglaterra que sean tan auténticamente valientes como tú.

—Soy valiente en lo físico: el peligro no me arredra. No perdí el dominio de mí misma cuando el gran toro rojo del señor Wynne se levantó con un bramido, al atravesar yo el prado de primulas sola, agachó la cabeza torva y tiznada, y me embistió. Pero he tenido miedo de ver la vergüenza y la confusión pintados en el rostro de la señora Gill. Tú has visto dos veces, diez veces, la fortaleza de mi ánimo en ciertos asuntos, Caroline; tú, a la que no hay modo de convencer para que pases junto a un toro, por mucha tranquilidad que aparente el animal, habrías mostrado con toda firmeza a mi ama de llaves que obraba mal; luego la habrías reprendido con amabilidad y sensatez y, por fin, yo diría que la habrías perdonado con mucha dulzura, siempre que la hubieras visto arrepentida. Yo soy incapaz de actuar así. Sin embargo, a pesar de esos abusos exagerados, sigo pensando que vivimos dentro de nuestras posibilidades: tengo dinero de sobra, y realmente tengo que hacer el bien con él. Los pobres de Briarfield pasan muchas necesidades: necesitan ayuda. ¿Qué crees que debo hacer, Lina? ¿No sería mejor que distribuyera el dinero de inmediato?

—Desde luego que no, Shirley; no te administrarás correctamente. A menudo he notado que tu única idea de la caridad es dar chelines y medias coronas a manos llenas, lo que es probable que conduzca a abusos continuados. Has de tener un primer ministro, si no quieres verte metida en líos. Tú misma has aludido a la señorita Ainley y a ella voy a recurrir; mientras tanto, prométeme quedarte tranquila y no empezar a derrochar. ¡Cuánto tienes, Shirley! Debes de sentirte muy rica con todo ese dinero.

—Sí, me siento importante. No es una suma inmensa, pero me siento responsable de cómo se emplea, y verdaderamente esa responsabilidad pesa en mi ánimo más de lo que esperaba. Dicen que algunas familias de Briarfield prácticamente se mueren de hambre; algunos de mis propios labradores viven con grandes estrecheces. Debo ayudarlos, y lo haré.

—Algunas personas dicen que no deberíamos dar limosna a los pobres, Shirley.

—Son unos grandes estúpidos pese a su empeño. Para los que no tienen hambre es muy fácil hablar sobre la degradación de la caridad y todo eso, pero

olvidan la brevedad de la vida, así como su amargura. Ninguno de nosotros vive mucho tiempo; ayudémonos en todo lo posible los unos a los otros en los momentos de necesidad y aflicción, sin prestar la menor atención a los escrúpulos de la filosofía vana.

—Pero si ya ayudas a los demás, Shirley; ya das más que suficiente.

—No basta; debo dar más o, te lo aseguro, la sangre de mi hermano clamará algún día al Cielo contra mí, pues, al fin y al cabo, si los incendiarios políticos vienen aquí a iniciar la conflagración en la vecindad y mi propiedad es atacada, la defenderé como una tigresa; lo sé. Déjame atender a la llamada de la clemencia mientras esté cerca de mí: en cuanto los canallas lancen a gritos sus desafíos ahogarán esa voz y a mí me acometerá el impulso de resistir y sofocar. Si los pobres se unen y se alzan en forma de turba, yo me volveré contra ellos como aristócrata; si intentan intimidarme, tendré que desafiarlos; si me atacan, tendré que resistir, y lo haré.

—Hablas igual que Robert.

—Me siento como Robert, sólo que más apasionada. Que se metan con Robert, o con su fábrica, o con sus intereses, y los odiaré. De momento no soy ninguna patricia, ni considero a los pobres que me rodean como plebeyos, pero si una sola vez me perjudican de manera violenta a mí o a los míos y luego pretenden darnos órdenes, olvidaré por completo la piedad que me inspira su miseria y el respeto que siento hacia su pobreza, para despreciar su ignorancia y encolerizarme por su insolencia.

—¡Shirley, cómo centellean tus ojos!

—Porque mi alma arde. ¿Acaso dejarías tú que a Robert lo vencieran sólo porque son más?

—Si yo tuviera tu poder para ayudar a Robert, lo usaría como tienes intención de utilizarlo. Si pudiera ser para él tan amiga como puedes serlo tú, le apoyaría como es tu intención apoyarlo... hasta la muerte.

—Y ahora, Lina, aunque tus ojos no centellean, brillan. Bajas los párpados, pero yo veo una chispa encendida. Sin embargo, aún no ha llegado la hora de luchar. Lo que quiero hacer es evitar que se haga daño. No puedo olvidar, ni de día ni de noche, que los amargos sentimientos de los pobres contra los ricos han sido generados en el sufrimiento: no nos odiarían ni nos envidiarían si no creyeran que somos mucho más felices que ellos. Para paliar ese sufrimiento, y aplacar con ello su odio, permíteme que dé en abundancia de lo que me sobra; y para que el donativo vaya más lejos, que se haga con sensatez. Con tal fin debemos dar un sentido claro, sereno y práctico a nuestros conciliábulos; de manera que ve y trae a la señorita Ainley.

Sin añadir nada más, Caroline se puso el sombrero y se marchó. Puede que parezca extraño que ni ella ni Shirley pensaran en comentar sus planes a la señora Pryor, pero hicieron bien en abstenerse. Consultarle a ella —y esto lo sabían las dos por instinto— no habría servido más que para causarle un lamentable trastorno. Era mucho más culta y más leída que la señorita Ainley, y tenía una mayor capacidad intelectual, pero no poseía la menor energía para la administración ni capacidad de ejecución. De buena gana aportaría su modesto óbolo a un fin caritativo: la limosna anónima convenía a su carácter, pero en planes públicos, a gran escala, no podría participar. Por lo demás, estaba fuera de toda discusión que ella los concibiera. Shirley lo sabía, y, por lo tanto, no la molestó con consultas inútiles que sólo podían recordarle sus defectos y no hacer ningún bien.

Feliz fue para la señorita Ainley el día en que la invitaron a acudir a Fieldhead para deliberar sobre proyectos tan de su agrado, la sentaron con todo honor y deferencia en una mesa, ante papel, pluma, tinta y —lo mejor de todo— dinero contante y sonante, y le pidieron que trazara un plan para administrar ayuda a los pobres desvalidos de Briarfield. Ella, que los conocía a todos, que había estudiado sus necesidades, que sabía muy bien cómo socorrerlos si conseguía los medios para ello, demostró su absoluta competencia para aquella empresa y un tranquilo regocijo alegró su bondadoso corazón al verse capaz de responder con claridad y prontitud a las ávidas preguntas de las dos jóvenes, al mostrarles con sus respuestas hasta qué punto conocía la situación de sus congéneres y el modo de serles útil.

Shirley puso trescientas libras a su disposición y, ante la vista del dinero, los ojos de la señorita Ainley se llenaron de lágrimas de júbilo, pues veía ya a los hambrientos alimentados, a los desnudos vestidos y a los enfermos aliviados. Rápidamente esbozó un sencillo y sensato plan para gastarlo, y les aseguró que ahora llegarían tiempos mejores, pues no dudaba de que el ejemplo de la señora de Fieldhead cundiría entre los demás: tendría que intentar conseguir aportaciones adicionales y crear un fondo. Pero primero debía consultar al clero; sí, en ese punto se mostró inflexible: el señor Helstone, el doctor Boulton, el señor Hall debían ser consultados (pues no sólo había que socorrer a Briarfield, sino también a Whinbury y a Nunnely). Sería presuntuoso por su parte, afirmó, dar un solo paso sin su autorización.

El clero era sagrado a los ojos de la señorita Ainley: por insignificante que fuera el individuo en sí, su posición lo convertía en santo. Incluso a los coadjutores —que, con su arrogancia trivial, no eran dignos siquiera de atarle los cordones de los chanclos, ni de llevarle el paraguas de algodón, ni de ponerle el chal de lana— los veía ella, en su entusiasmo puro y sincero, como santos en ciernes. Por muy claramente que le señalaran sus pequeños vicios y sus enormes absurdos, no los veía; era ciega a los defectos eclesiásticos: la

sobrepelliz blanca cubría una multitud de pecados.

Shirley, que conocía esa inofensiva predilección de su recién elegido primer ministro, estipuló expresamente que los coadjutores no tendrían voz ni voto en el modo de disponer del dinero, que sus dedos entrometidos no se meterían en el pastel. Los rectores, por supuesto, serían soberanos y se podía confiar en ellos: tenían cierta experiencia, cierta sagacidad y, el señor Hall al menos, compasión y amor por el prójimo; pero en cuanto a sus jóvenes subordinados, debían apartarlos, dejarlos al margen; se les debía enseñar que la sumisión y el silencio eran lo que más convenía a sus años y su capacidad.

La señorita Ainley oyó esta manera de expresarse con cierto horror. Sin embargo, Caroline volvió a tranquilizarla, intercalando una o dos palabras amables de alabanza al señor Sweeting. Lo cierto es que Sweeting era también su favorito; se esforzaba por respetar a los señores Malone y Donne, pero los trozos de bizcocho y los vasos de vino de primulas y primaveras que había servido a Sweeting en diversas ocasiones, cuando él iba a verla a su humilde casa, los ofrecía siempre con un sincero afecto maternal. El mismo inocuo refrigerio lo había ofrecido una vez a Malone, pero este personaje manifestó tan abiertamente su desprecio ante el ofrecimiento que la señorita Ainley no se atrevió a renovarlo nunca más. A Donne siempre le servía lo mismo y se alegraba de ver que lo aprobaba sin ningún género de dudas por el hecho de que solía comerse dos trozos de bizcocho y guardarse un tercero en el bolsillo.

Infatigable en el ejercicio del bien, la señorita Ainley habría emprendido en el acto una caminata de diez kilómetros para hacer la ronda de los tres rectores, a fin de enseñarles su plan y pedirles humildemente que lo aprobaran, pero la señorita Keeldar se lo prohibió, y propuso en cambio reunir al clero en una pequeña asamblea selecta esa misma noche en Fieldhead. La señorita Ainley iría a hablar con ellos sobre el plan en consejo privado.

Así pues, Shirley consiguió reunir a todos los viejos rectores, y antes de la llegada de la solterona, además, había conversado con los caballeros hasta ponerlos del humor más afable que imaginarse pueda. Ella en persona se había ocupado del doctor Boulton y del señor Helstone. El primero era un viejo galés terco, de genio vivo y obstinado, pero también un hombre que hacía mucho bien, aunque no sin cierta ostentación; al segundo ya lo conocemos. A Shirley le eran simpáticos los dos, especialmente el viejo Helstone, de modo que no tuvo que esforzarse para ser encantadora con ambos. Los llevó a pasear por el jardín, recogió flores para ellos; fue como una buena hija para los dos. El señor Hall se lo dejó a Caroline o, más bien, el señor Hall se confió a su cuidado.

Solía buscar la compañía de Caroline en todas las reuniones en las que coincidían. Por lo general, no era hombre dado al galanteo, aunque gustaba a

todas las mujeres; era más bien un ratón de biblioteca, corto de vista, con anteojos y momentos de distracción. Con las ancianas señoras era tan bondadoso como un hijo. Los hombres, fueran cuales fueran su profesión y su nivel social, lo aceptaban por igual; la sinceridad, la simplicidad, la franqueza de sus modales, la nobleza de su integridad, la autenticidad y elevación de su piedad, le granjeaban amistades en todas partes: su pobre sacristán y su pobre sepulturero lo reverenciaban; el noble patrón de su beneficio eclesiástico lo tenía en muy alta estima. Sólo con las señoritas jóvenes, hermosas y elegantes se sentía un poco cohibido; dado que él era un hombre vulgar y corriente —de aspecto vulgar, de modales vulgares y habla vulgar—, parecían atemorizarlo su energía, su elegancia y los aires que se daban. Pero la señorita Helstone no tenía esa energía ni se daba aires, y su elegancia natural era de un orden muy sereno; sereno como la belleza de las flores del seto que se mantienen a ras del suelo. El señor Hall era un buen conversador, alegre y simpático. También Caroline sabía hablar en un tête à tête, le gustaba que el señor Hall fuera a sentarse junto a ella en las reuniones sociales, protegiéndola así de Peter Augustus Malone, Joseph Donne o John Sykes, y el señor Hall se servía de ese privilegio siempre que le era posible. Tal preferencia mostrada por un caballero soltero hacia una señorita soltera sin duda habría desatado las lenguas y los chismorreos en casos extraordinarios. Pero el señor Cyril Hall tenía cuarenta y cinco años, era algo calvo y tenía el pelo entrecano, y a nadie se le ocurrió decir o pensar que probablemente se casaría con la señorita Helstone. Tampoco lo pensaba él: ya estaba casado con sus libros y su parroquia, y su bondadosa hermana Margaret, culta y con anteojos como él, lo hacía feliz en su soltería; le parecía demasiado tarde para cambiar. Además, conocía a Caroline desde que era una niña: ella se había sentado en sus rodillas más de una vez; él le había comprado juguetes y le había regalado libros. Creía que la amistad de la muchacha se mezclaba con una especie de respeto filial; jamás habría intentado dar otro color a sus sentimientos, y de su serena cabeza podía reflejar una bella imagen sin sentir las profundidades perturbadas por el reflejo.

Cuando llegó la señorita Ainley, todos la saludaron amablemente: la señora Pryor y Margaret Hall le hicieron sitio en el sofá entre ellas y, cuando las tres se sentaron, formaron un trío que las personas atolondradas e irreflexivas habrían despreciado por no poseer el más mínimo valor y carecer de atractivo: una viuda de mediana edad y dos vulgares solteras con anteojos; cada una de ellas tenía su propio y sereno valor, como sabían muchas personas que sufrían sin amigos.

Shirley empezó a hablar y expuso el plan.

—Conozco la mano que lo ha redactado —dijo el señor Hall, mirando a la señorita Ainley y sonriendo beatíficamente. Dio su aprobación de inmediato.

Boulby escuchó y deliberó con la frente inclinada y el labio inferior proyectado hacia adelante; consideraba que su consentimiento era demasiado importante para darlo con prisas. Helstone miró a un lado y a otro con expresión alerta y recelosa, como si comprendiera que se las había con astucias femeninas, y que algo que llevaba enaguas intentaba adquirir mucha influencia y darse demasiado pisto. Shirley captó y comprendió la expresión.

—Este esquema no es nada —dijo con indiferencia—. Sólo es un esbozo, una mera sugerencia; a ustedes, caballeros, se les pide que dicten sus propias normas.

Shirley fue derecha a buscar sus útiles de escritura, sonriendo para sí misma de manera extraña al inclinarse sobre la mesa donde estaban: sacó una hoja de papel, una pluma nueva, acercó una butaca a la mesa y, tendiendo la mano al viejo Helstone, le pidió permiso para instalarlo en ella. Durante un minuto, él se quedó un poco rígido y no dejó de arrugar la frente de color cobre. Por fin, musitó:

—Bueno, no es usted mi mujer ni mi hija, de modo que me dejaré llevar por una vez, pero cuidado, sé que me llevan: sus pequeñas maniobras femeninas no me engañan.

—¡Oh! —exclamó Shirley, hundiendo la pluma en la tinta y poniéndosela en la mano—, hoy debe verme como capitán Keeldar. Éste es un asunto de caballeros, de usted y mío solamente, doctor. —Así había apodado al rector—. Las señoras sólo serán nuestros ayudas de campo, y hablan por su cuenta y riesgo hasta que nosotros hayamos zanjado la cuestión.

El rector sonrió, algo ceñudo, y empezó a escribir. Pronto se interrumpió para preguntar y consultar a sus hermanos, alzando desdeñosamente la mirada por encima de los rizos de las dos muchachas y de las recatadas cofias de las señoras de más edad, en busca del reflejo de los anteojos de los sacerdotes y sus coronillas grises. Durante la conversación subsiguiente, los tres caballeros hicieron gala de unos profundos conocimientos sobre los pobres de sus parroquias respectivas, incluso con detalles minuciosos de sus necesidades personales. Los tres rectores sabían dónde se necesitaba ropa, dónde sería más conveniente dar comida, dónde podía entregarse dinero con mayor probabilidad de que se gastara juiciosamente. Cuando les fallaba la memoria, acudían en su ayuda la señorita Ainley o la señorita Hall, si así se lo pedían, pero ambas señoras procuraron no hablar a menos que les fuera requerido. Ninguna de ellas quería destacarse, sino que deseaban sinceramente ser útiles, y útiles consintió el clero en hacerlas: favor con el que ellas se contentaban.

Shirley aguardó de pie detrás de los rectores, echando algún que otro vistazo por encima de los hombros a las normas que se redactaban y a la lista de casos que se enumeraban, escuchando cuanto decían y esbozando todavía

su extraña sonrisa: una sonrisa que no era malévol, sino intencionada, demasiado para ser considerada amistosa. A los hombres raras veces les gustan quienes leen en su interior con demasiada claridad y precisión. Es bueno, para las mujeres sobre todo, estar dotado de una leve ceguera: tener ojos apacibles, borrosos, que jamás penetran más allá de la superficie de las cosas, que lo aceptan todo en lo que aparenta; millares de personas que lo saben bajan la vista por sistema, pero la mirada más velada tiene su aspillera, a través de la cual, de vez en cuando, se observa la vida como un vigía. Recuerdo haber visto en una ocasión un par de ojos azules, que solían considerarse somnolientos, en secreta alerta, y supe por su expresión —una expresión que me heló la sangre, pues procedía de donde menos podía esperarse— que durante años se habían acostumbrado a leer en silencio las almas ajenas. El mundo llamaba a la dueña de esos ojos azules *bonne petite femme* (no era inglesa); yo descubrí más adelante cuál era su naturaleza, me la aprendí de memoria, la estudié hasta sus más recónditos y ocultos recovecos: era la intrigante más inteligente, profunda y sutil de toda Europa.

Cuando todo quedó por fin arreglado a gusto de la señorita Keeldar y el clero hubo abrazado el espíritu de su plan hasta el punto de encabezar la lista de suscriptores con una firma por cincuenta libras cada uno, Shirley ordenó que sirvieran la cena, tras haber dado previamente instrucciones a la señora Gill de emplear de sus mejores artes en la preparación de la comida. El señor Hall no era un *bonvivant*, era, por naturaleza, un hombre abstemio, indiferente al lujo, pero Boulty y Helstone disfrutaban por igual de la buena cocina; la rebuscada cena, por consiguiente, los puso de un humor excelente: le hicieron justicia, aunque como caballeros, no como lo hubiera hecho el señor Donne de haberse hallado presente. Se saboreó asimismo un vaso de buen vino con perspicaz deleite, pero con sumo decoro. Se felicitó al capitán Keeldar por su buen gusto; los cumplidos le agradaron: su objetivo era agradar y satisfacer a sus invitados del clero; lo había logrado y estaba radiante de júbilo.

CAPÍTULO XV

EL ÉXODO DEL SEÑOR DONNE

Al día siguiente, Shirley manifestó a Caroline su satisfacción por el buen resultado de la pequeña fiesta.

—Realmente me gusta agasajar a un grupo de caballeros —dijo—; es divertido observar cómo disfrutan de una comida juiciosamente elaborada. Verás, para nosotras esos vinos escogidos y esos platos científicos carecen de importancia, pero los caballeros parecen conservar parte de la ingenuidad de

los niños para la comida, y es agradable complacerlos; es decir, cuando muestran el oportuno y decoroso dominio de sí mismos que tienen nuestros admirables rectores. Algunas veces he observado a Moore para tratar de descubrir cómo complacerle, pero él no tiene esa simplicidad infantil. ¿Has encontrado tú su punto débil, Caroline? Tú lo has tratado más que yo.

—En todo caso, su punto débil no es el de mi tío ni el del doctor Boulby —respondió Caroline, sonriente. Sentía siempre una especie de tímido placer al seguir la iniciativa de la señorita Keeldar de conversar sobre el carácter de su primo: por ella, jamás lo habría sacado a relucir, pero cuando se la invitaba a hacerlo, la tentación de hablar sobre aquel en el que no dejaba de pensar era irresistible—. Pero —añadió— en realidad no sé cuál es, pues jamás he podido observar a Robert sin que mi escrutinio se frustrara al instante al descubrir que él me observaba a mí.

—¡Eso es! —exclamó Shirley—. No puedes clavar la vista en él sin que inmediatamente él clave la suya en ti. No baja nunca la guardia; no te da ninguna ventaja; incluso cuando no te mira, sus pensamientos parecen entrometerse en tus propios pensamientos, buscando la fuente de tus acciones y tus palabras, considerando tus motivos con toda comodidad. ¡Oh! Conozco ese tipo de carácter, u otro del mismo estilo. A mí me irrita especialmente, ¿cómo te afecta a ti?

Esta pregunta era un ejemplo de los bruscos y súbitos giros de Shirley. Al principio a Caroline solían ponerla nerviosa, pero había hallado el modo de parar aquellas estocadas como una pequeña cuáquera.

—¿Te irrita? ¿De qué manera? —dijo.

—¡Ahí viene! —exclamó Shirley de repente, interrumpiendo la conversación para ir corriendo hasta la ventana—. Ahí llega una distracción. No te he hablado de la soberbia conquista que he hecho últimamente... en esas fiestas a las que jamás consigo convencerte de que me acompañes, y la he hecho sin esfuerzo ni intención por mi parte: eso te lo aseguro. Ya suena la campanilla... y, ¡qué delicia!, son dos. ¿No cazan, entonces, si no es en pareja? Tú puedes quedarte con uno, Lina; te dejo elegir; no dirás que no soy generosa. ¡Escucha a Tartar!

El perro de pelaje tostado y hocico negro, del que se ha dado una referencia fugaz en el capítulo en el que se presentaba a su ama al lector, empezó a ladrar en el vestíbulo, en cuyo vasto espacio el profundo ladrido resonó de manera formidable. Le siguió un gruñido, más terrible que el del animal, amenazando como un trueno entre dientes.

—¡Escucha! —volvió a exclamar Shirley entre risas—. Se diría que es el prelude de una sangrienta carnicería: se asustarán; no conocen al viejo Tartar

como yo; no saben que sus rugidos no son más que ruido y furia y que no significan nada.

Se produjo cierta agitación.

—¡Abajo, señor! ¡Abajo! —exclamó una voz imperiosa en tono agudo, y luego se oyó el chasquido de un bastón o un látigo. Inmediatamente sonó un aullido, pasos apresurados, una carrera, un auténtico tumulto.

—¡Oh! ¡Malone! ¡Malone!

—¡Abajo! ¡Abajo! ¡Abajo! —gritaba la voz aguda.

—¡Los tiene atemorizados de veras! —exclamó Shirley—. Le han pegado; ha sido un golpe al que no está acostumbrado y que no aceptará.

Shirley salió corriendo: un caballero huía por la escalinata de roble, buscando refugio a toda prisa en la galería o las habitaciones; otro retrocedía rápidamente hacia el pie de la escalera, blandiendo furiosamente un garrote nudoso sin dejar de repetir:

—¡Abajo! ¡Abajo! ¡Abajo! —mientras el perro de color tostado lo acorralaba, le ladraba, le aullaba y un grupo de sirvientes llegaba en tropel desde la cocina. El perro saltó; el segundo caballero se dio media vuelta y corrió en pos de su compañero; el primero se encontraba ya a salvo en un dormitorio y empujaba la puerta para impedir que entrara el otro (no hay nada menos compasivo que el terror), pero el segundo fugitivo luchaba con todas sus fuerzas: la puerta estaba a punto de ceder a sus esfuerzos.

—Caballeros —dijo Shirley con su voz argentina, pero sonora—, no me rompan las cerraduras, se lo ruego. ¡Tranquilícense y bajen! Fíjense en Tartar, no haría daño ni a un gato.

Shirley acariciaba al tal Tartar: el perro yacía acostado a sus pies con las patas delanteras estiradas, la cola agitándose aún amenazadoramente, resoplando y un pálido fuego en sus ojos de bulldog. Tenía un carácter canino sincero, flemático y estúpido, pero terco: adoraba a su ama y a John —el hombre que lo alimentaba—, pero el resto del mundo le era del todo indiferente. Era bastante tranquilo, salvo cuando le golpeaban con un palo: eso lo convertía en un demonio al instante.

—¡Señor Malone, cómo está usted! —continuó Shirley, alzando hacia la galería su rostro iluminado por el regocijo—. Ése no es el camino del gabinete de roble, es el dormitorio de la señora Pryor. Pídale a su amigo el señor Donne que salga de él; tendré sumo gusto en recibirlo aquí abajo.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —rio Malone con huecas carcajadas, apartándose de la puerta para inclinarse sobre la maciza balaustrada—. Realmente ese animal ha alarmado a Donne. Es un poco tímido —añadió, irguiéndose, y se dirigió con

paso elegante hacia la escalera—. He pensado que era mejor seguirlo para tranquilizarlo.

—Al parecer lo ha conseguido. Bien, bajen, por favor. John —dijo, volviéndose hacia uno de sus sirvientes—, ve arriba y libera al señor Donne. Tenga cuidado, señor Malone, los escalones son resbaladizos.

Ciertamente lo eran, puesto que se trataba de roble pulido. La advertencia le llegó un poco tarde a Malone: había resbalado ya en su majestuoso descenso y sólo agarrándose a la barandilla había conseguido salvarse de caer, pero toda la estructura de la escalinata había vuelto a crujiir.

Tartar pareció pensar que el visitante descendía con una pompa injustificable y, por tanto, gruñó una vez más. Sin embargo, Malone no era un cobarde; el salto del perro lo había pillado por sorpresa, pero ahora pasó junto a él con ira contenida más que con miedo: si con una mirada se hubiera podido estrangular a Tartar, el animal no habría respirado más. La rabia de su resentimiento hizo olvidar las buenas maneras a Malone, que entró en el gabinete antes que la señorita Keeldar. Lanzó una mirada a la señorita Helstone; a duras penas consiguió inclinarse para saludarla. Miró airadamente a ambas jóvenes; daba la impresión de que, de haber sido una de ellas su esposa, se habría convertido en un marido colosal en aquel momento: parecía desear tenerlas aferradas, una en cada mano, y apretar hasta la muerte.

Sin embargo, Shirley se compadeció: dejó de reír, y Caroline tenía demasiada educación para sonreír siquiera al ver a otro mortificado. Se despidió a Tartar, Peter Augustus fue aplacado, pues Shirley tenía expresiones y tonos que podían aplacar a un toro, y él tuvo la sensatez de pensar que, si no podía desafiar a la dueña del perro, más le valía mostrarse cortés, y cortés intentó mostrarse; siendo bien recibidos sus intentos, al poco se volvió muy cortés y recobró el dominio de sí mismo. En realidad su visita se debía al expreso propósito de hacerse encantador y fascinante; malos augurios lo habían recibido en la primera ocasión que entraba en Fieldhead pero, pasado el incidente, decidió ser encantador y fascinante. Al igual que marzo, había empezado como un león y se proponía marcharse como un cordero.

Por que le diera el aire, al parecer, o quizá por tener la salida a mano en caso de emergencia, Malone se sentó, no en el sofá donde la señorita Keeldar le ofrecía como trono, ni tampoco cerca del fuego, adonde Caroline, con una amistosa seña, le invitaba amablemente, sino en una silla cerca de la puerta. No estando ya resentido ni furioso, se sentía incómodo y violento. Hablaba con las señoras a trompicones, eligiendo como temas los tópicos más trillados; suspiraba hondo, significativamente, al final de cada frase; suspiraba en cada pausa; suspiraba antes de abrir la boca. Por fin, creyendo deseable añadir el aplomo a sus demás encantos, sacó para ayudarse un gran pañuelo de seda de

bolsillo. Aquél sería el gracioso juguete con el que se entretendrían sus manos desocupadas. Empezó la tarea con cierto brío: dobló el cuadrado rojo y amarillo en diagonal; lo abrió con una sacudida; una vez más lo dobló, dejándolo esta vez más pequeño: lo convirtió en una hermosa banda. ¿Con qué objeto procedería a hacerle el nudo? ¿Se lo ataría alrededor del cuello, de la cabeza? ¿Serviría como bufanda o como turbante? Ninguna de las dos cosas. Peter Augustus tenía inventiva, un genio original: estaba a punto de exhibir ante las señoritas talentos que tenían al menos el encanto de la novedad. Estaba sentado en la silla con sus atléticas piernas irlandesas cruzadas, y esas piernas, en esa pose, las rodeó con el pañuelo y las ató con fuerza. Era evidente que creía que este ardid merecía una repetición: lo repitió más de una vez. La segunda actuación hizo que Shirley fuera hasta la ventana a soltar una risa silenciosa, pero incontenible, sin ser vista, y que Caroline volviera el rostro para que sus largos tirabuzones ocultaran la sonrisa que se adueñaba de sus facciones. A la señorita Helstone, en realidad, le divertía más de un aspecto del comportamiento de Peter: se sentía edificada por la completa y abrupta desviación del homenaje que le rendía el coadjutor y que había pasado a la heredera: las cinco mil libras que él suponía que probablemente heredaría Caroline no podían compararse con la fortuna y la finca de la señorita Keeldar. Peter no se molestó en disimular sus cálculos ni su táctica: no fingió que el cambio de punto de vista había sido gradual; rectificó al instante: abandonó abiertamente sus pretensiones a la fortuna menor en favor de la mayor. Con qué armas esperaba triunfar en sus pretensiones, sólo él lo sabía; ciertamente no sería con su maña.

Por el tiempo transcurrido, dio la impresión de que John tenía ciertas dificultades para convencer al señor Donne de que bajara. No obstante, por fin apareció el caballero y, cuando se presentó en la puerta del gabinete de roble, no parecía avergonzado ni confuso en absoluto, ni lo más mínimo. En verdad, Donne tenía ese carácter fríamente flemático e imperturbablemente satisfecho de sí mismo que es insensible a la vergüenza. Jamás se había ruborizado en toda su vida; no había humillación que lo avergonzara; sus nervios no eran capaces de vibrar con la fuerza suficiente para perturbar su vida y hacerle subir el color a las mejillas; no tenía fuego en la sangre ni modestia en el alma; era una muestra desvergonzada, arrogante y decorosa del tipo más común; engreído, necio, insípido. ¡Y este caballero tenía la idea de cortejar a la señorita Keeldar! Sin embargo, si hubiera sido una talla en madera no habría sido mayor su ignorancia sobre el modo de empezar: no tenía la menor idea de que durante el cortejo existe un gusto que hay que complacer y un corazón que hay que alcanzar. Su intención era, cuando la hubiera visitado formalmente unas cuantas veces, escribirle una carta para pedirla en matrimonio; después, calculaba que Shirley lo aceptaría por amor a su ocupación; después se casarían; después él sería el señor de Fieldhead, y viviría confortablemente

con criados a sus órdenes, comería y bebería de lo mejor, y sería un gran hombre. Nadie habría sospechado estas intenciones cuando se dirigió a su futura novia en un tono impertinente y ofendido:

—Ese perro es muy peligroso, señorita Keeldar. Me admira que tenga en su casa semejante animal.

—¿Le admira, señor Donne? Tal vez le admire aún más saber que le tengo mucho cariño.

—Yo diría que no habla usted en serio. No puedo imaginar que una señorita le tenga cariño a ese bruto... es tan feo; no es más que un perro de carretero. Cuélguelo, se lo ruego.

—¿Colgar algo que aprecio?

—Y cómprese en su lugar un dulce cachorro de caniche o de doguillo; algo más apropiado para el bello sexo; a las señoritas por lo general les gustan los perros falderos.

—Quizá yo sea la excepción.

—¡Oh! Mire, eso es imposible. Todas las señoritas son iguales en esos asuntos: es cosa sabida.

—Tartar le ha asustado terriblemente, señor Donne. Espero que esto no le perjudique en modo alguno.

—Ya lo creo que sí, no me cabe duda. Me ha dado un susto que no olvidaré en mucho tiempo. Cuando lo vi a punto de saltar, pensé que iba a desmayarme.

—Quizá se haya desmayado en el dormitorio, ¿no? Ha estado allí mucho tiempo.

—No; he hecho acopio de fuerzas para mantener la puerta cerrada. Estaba resuelto a no dejar entrar a nadie; he querido levantar una barrera entre el enemigo y yo.

—Pero ¿y si hubiera sido atacado su amigo Malone?

—Malone tiene que cuidarse solo. Su criado me ha convencido al final de que saliera cuando me ha dicho que el perro estaba encadenado en su perrera; si no me lo hubiera asegurado, me habría quedado todo el día en la habitación. Pero ¿qué es esto? ¡Por Dios que ese hombre me ha mentado! ¡El perro está aquí!

En efecto, Tartar salió por la puerta cristalera que daba al jardín, más envarado que nunca, con su color tostado y su hocico negro. Parecía aún de mal humor; volvía a gruñir y soltaba un silbido medio estrangulado, herencia de su linaje de bulldog.

—Llegan más visitas —comentó Shirley, con esa provocadora frialdad que son proclives a mostrar los dueños de perros de aspecto imponente pero que, en realidad, se limitan a ladrar con el pelaje erizado.

Tartar bajó corriendo por el camino hasta la verja, aullando avec explosion. Su ama abrió lentamente la puerta cristalera y salió, silbándole con suavidad. Tartar había dejado de aullar y alzaba su estúpida cabezota achatada hacia los recién llegados para que le dieran unas palmaditas.

—¿Cómo? ¡Tartar! ¡Tartar! —dijo una voz alegre y juvenil—. ¿No nos conoces? ¡Buenos días, muchachote!

Y traspasó la verja el señor Sweeting, que, por su carácter afable y cándido, en principio no temía a hombre, mujer, niño o bestia. Acarició al guardián. Le siguió su vicario, el señor Hall, que tampoco temía a Tartar, y el perro no abrigaba mala voluntad hacia él: olisqueó a ambos caballeros dando vueltas a su alrededor, y luego, como si hubiera decidido que eran inofensivos y que podía permitirles pasar, retrocedió hacia la soleada fachada de la casa, dejando libre el paso bajo la arcada. El señor Sweeting le fue detrás, y habría jugado con él, si Tartar hubiera prestado atención a sus caricias, pero sólo el tacto de la mano de su ama era de su agrado; con todos los demás se mostraba obstinadamente insensible.

Shirley salió al encuentro de los señores Hall y Sweeting y les estrechó la mano cordialmente; querían verla para hablarle de sus éxitos matinales en la obtención de donativos para el fondo. Los ojos del señor Hall miraban con benevolencia a través de las lentes; la bondad volvía realmente hermoso su rostro vulgar, y cuando Caroline, al ver quién era, salió corriendo y puso ambas manos entre las del vicario, él la miró con una expresión amable, serena y afectuosa que le dio el aspecto de un Melanchthon sonriente.

En lugar de volver a entrar en la casa, deambularon por el jardín, las señoritas flanqueando al señor Hall. El día era soleado y soplaba la brisa; el aire dio color a las mejillas de las muchachas y despeinó sus rizos graciosamente: las dos estaban muy bonitas; una, alegre. El señor Hall hablaba más a menudo con su acompañante más jovial, pero miraba a la más silenciosa con mayor frecuencia. La señorita Keeldar cogió algunas de las abundantes flores, cuyo perfume impregnaba todo el jardín; dio unas cuantas a Caroline, pidiéndole que hiciera un ramillete para el señor Hall, y ésta, con el regazo lleno de flores delicadas y espléndidas, se sentó en los escalones de una glorieta; el vicario se quedó de pie cerca de ella, apoyado en su bastón.

Incapaz de faltar a la hospitalidad, Shirley llamó a la olvidada pareja del gabinete de roble: escoltó a Donne para que pudiera pasar junto a su temido enemigo Tartar, el cual, con el hocico entre las patas, estaba tumbado al sol meridiano, roncando. Donne no se lo agradeció: nunca agradecía la bondad y

las atenciones, pero se alegró de recibir protección. La señorita Keeldar, deseosa de mostrarse imparcial, ofreció flores a los coadjutores, que ellos aceptaron con torpeza innata. Malone, sobre todo, pareció desorientado cuando un ramo le llenó una mano, mientras su garrote ocupaba la otra. El «¡Gracias!» de Donne fue digno de oírse: fue el más fatuo y arrogante de los sonidos, dando a entender que consideraba aquel ofrecimiento como un homenaje a sus méritos y un intento por parte de la heredera de granjearse su inestimable aprecio. Sólo Sweeting recibió el ramillete como el hombre elegante, sensato y menudo que era: poniéndoselo en el ojal galantemente y con gracia.

Como recompensa a sus buenos modales, la señorita Keeldar le indicó por señas que se acercara y le hizo un encargo, con el que los ojos del coadjutor lanzaron destellos de júbilo. Partió volando, rodeando el patio en dirección a la cocina; no fue necesario orientarlo; siempre se encontraba en todas partes como en su casa. Reapareció al poco rato cargado con una mesa redonda, que colocó bajo el cedro, luego sacó seis sillas de varios rincones y cenadores del jardín y las colocó en círculo alrededor de la mesa. Salió de la casa la doncella —la señorita Keeldar no tenía lacayo— con una bandeja cubierta por una servilleta. Los ágiles dedos de Sweeting ayudaron a colocar vasos, platos, cuchillos y tenedores; también ayudó a la doncella a servir un apetitoso almuerzo consistente en pollo frío, jamón y tartas.

A Shirley le encantaba ofrecer esta clase de agasajos improvisados a cualquier visitante casual, y nada la complacía más que tener un amigo atento y solícito como Sweeting revoloteando a su alrededor, recibiendo con alegría sus sugerencias de anfitriona y ejecutándolas con presteza. David y ella se llevaban a las mil maravillas, y la devoción de él por la heredera era totalmente desinteresada, puesto que no perjudicaba en nada su inquebrantable lealtad a la magnífica Dora Sykes.

La comida fue muy alegre. Donne y Malone, ciertamente, contribuyeron muy poco a la animación, pues el papel principal que desempeñaron en ella fue el que concernía a cuchillo, tenedor y vaso de vino, pero allí donde caracteres tales como los del señor Hall, David Sweeting, Shirley y Caroline se reunían con salud y amistad, en un florido jardín bajo el sol, no podía faltar el brillo ni la cordialidad.

En el curso de la conversación, el señor Hall recordó a las señoritas que se acercaba Pentecostés, época en la que se celebraba la gran reunión del té de las Escuelas Dominicales Unidas y la procesión de las tres parroquias de Briarfield, Whinbury y Nunnely. Sabía que Caroline ocuparía su lugar como maestra, dijo, y esperaba que la señorita Keeldar no faltaría, haciendo así su primera aparición pública en la comarca. Shirley no era persona que se perdiera ocasiones como aquella: le gustaban las emociones festivas, las

reuniones felices, la concentración y combinación de detalles agradables, la multitud de rostros radiantes, el puñado de corazones regocijados. Respondió al señor Hall que podían contar con ella; no sabía lo que tendría que hacer, pero podían disponer de ella como gustaran.

—Y —dijo Caroline— ¿promete usted que vendrá a mi mesa y se sentará junto a mí, señor Hall?

—No faltaré, Deo volente —dijo él—. Me he sentado a su derecha en estas concurridas reuniones del té durante los últimos seis años —prosiguió, volviéndose hacia la señorita Keeldar—. La hicieron maestra de la escuela dominical cuando era una niña de doce años. Por su carácter, no tiene demasiada seguridad en sí misma, como habrá podido observar; la primera vez que tuvo que «coger una bandeja», como se dice, y hacer té en público, tembló y se ruborizó de manera lastimosa. Yo vi su pánico mudo, las tazas que temblaban en su manita y la tetera que había llenado de agua en exceso. Acudí en su ayuda, me senté a su lado, me ocupé del hervidor y del recipiente para los posos, y en realidad le hice el té como cualquier viejecita.

—Se lo agradecí mucho —intercaló Caroline.

—En efecto; eso me dijiste con total sinceridad. Y me di por bien pagado, puesto que no era como la mayoría de las niñas de doce años, a las que puedes ayudar y atender una y otra vez sin que muestren más reconocimiento por el bien ofrecido y recibido que si estuvieran hechas de madera y cera en lugar de carne y nervios. Caroline se pegó a mí, señorita Keeldar, durante el resto de la reunión, paseando conmigo por donde jugaban los niños; me siguió al interior de la sacristía cuando nos llamaron para el servicio; creo que se habría subido conmigo al púlpito de no haber sido porque previamente tomé la precaución de llevarla al banco de la rectoría.

—Y ha sido mi amigo desde entonces —dijo Caroline.

—Y siempre me siento en su mesa, cerca de su bandeja, y le tiendo las tazas; hasta ahí llegan mis servicios. Lo próximo que haré por ella será casarla algún día con algún coadjutor o el dueño de una fábrica. Pero, cuidado, Caroline, haré averiguaciones sobre el carácter del novio y, si no es un caballero capaz de hacer feliz a la muchachita que caminaba cogida de mi mano por el ejido de Nunnely, no oficiaré la ceremonia; de modo que tenga cuidado.

—La advertencia es inútil; no me casaré. Viviré siempre soltera como su hermana Margaret, señor Hall.

—Muy bien, hay cosas peores. Margaret no es desgraciada: tiene sus libros para distraerse y un hermano al que cuidar, y con eso se conforma. Si alguna vez necesita un hogar, si llega el día en que la rectoría de Briarfield ya no lo es

para usted, venga a la vicaría de Nunnely. Si la solterona y el solterón siguen vivos, le darán la bienvenida con todo cariño.

—Aquí están sus flores —dijo Caroline, que se había guardado el ramillete elegido para él hasta ese momento—. Bien, sé que a usted no le interesan los ramos de flores, pero tiene que dárselo a Margaret. Únicamente, para ser sentimental por una vez, conserve esta pequeña nomeolvides, que es una flor silvestre que he arrancado de la hierba, y, para ser aún más sentimental, déjeme que coja dos o tres flores azules y las meta en mi libro de recuerdos.

Y sacó un pequeño libro con tapas esmaltadas y cierre de plata, en cuyo interior, tras abrirlo, insertó las flores y escribió alrededor, con lápiz: «En recuerdo del reverendo Cyril Hall, mi amigo... de mayo de 18...».

El reverendo Cyril Hall, por su parte, guardó también un capullo entre las páginas de un Nuevo Testamento de bolsillo; escribió tan sólo, al margen: «Caroline».

—Bien —dijo, sonriente—, confío en que haya sido suficientemente romántico. Señorita Keeldar —prosiguió (durante esta conversación, por cierto, los coadjutores estaban demasiado ocupados en sus propias bromas para prestar atención a lo que pasaba en el otro extremo de la mesa)—, espero que se ría usted de este rasgo de exaltación en un viejo vicario de pelo cano. Lo cierto es que estoy tan acostumbrado a satisfacer las peticiones de esta joven amiga suya que no sé negarme cuando me pide que haga algo. Dirá usted que no es muy propio de mí andar trajinando con flores y nomeolvides, pero, vea, cuando me piden que sea sentimental soy obediente.

—Es sentimental por naturaleza —comentó Caroline—. Me lo ha dicho Margaret, y sé qué cosas le complacen.

—¿Que sea usted buena y feliz? Sí, ésa es una de mis mayores satisfacciones. ¡Que Dios le conserve por mucho tiempo la bendición de la paz y la inocencia! Con esta frase me refiero a la inocencia comparativa, pues a Sus ojos sé muy bien que nadie es puro. Lo que con nuestra humana percepción nos parece tan inmaculado, tal como imaginamos a los ángeles, para Él no es más que fragilidad necesitada de la sangre de Su Hijo para purificarse, y de la fortaleza de Su Espíritu para sostenerse. Seamos todos humildes. Yo, igual que ustedes, mis jóvenes amigas. Y más nos vale serlo cuando examinamos nuestros corazones y vemos en ellos incoherencias, tentaciones, propensiones que nos avergonzamos incluso de reconocer. No es la juventud, ni la belleza, ni la elegancia, ni cualquier otro amable encanto externo lo que nos hace bellos o buenos a los ojos de Dios. Jovencitas, cuando su espejo o las lenguas masculinas las halaguen, recuerden que, a los ojos de su Hacedor, Mary Anne Ainley, una mujer a la que ni espejo ni labios han dedicado jamás panegírico alguno, es más hermosa y mejor que cualquiera de

ustedes. Así es en verdad —añadió, tras una pausa—, así es. En ustedes las jóvenes, volcadas en sí mismas y en esperanzas mundanas, poco se asemeja su vida a la de Cristo. Quizá no sea aún posible que vivan como Él, mientras la existencia sea tan dulce y el mundo les sonría; sería demasiado esperar. Ella, con su corazón dócil y la debida reverencia, sigue de cerca los pasos de su Redentor.

Aquí irrumpió la voz áspera de Donne tras el suave tono del señor Hall:

—¡Ejem! —empezó, aclarándose la garganta con el evidente propósito de hacer un discurso importante—. ¡Ejem! Señorita Keeldar, le ruego que me atienda un instante.

—Bien —dijo Shirley con calma—. ¿De qué se trata? Le escucho; soy toda ojos y oídos.

—Espero que también sea manos —replicó Donne, en su estilo vulgarmente presuntuoso y familiar—, y bolsa: son sus manos y su bolsa a los que quiero apelar. He venido a verla esta mañana con la intención de rogarle...

—Debería haber ido a ver a la señora Gill; ella es mi limosnera.

—Para rogarle que haga un donativo para una escuela. El doctor Boulby y yo tenemos la intención de construir una escuela en la aldea de Ecclefigg, que depende de la vicaría de Whinbury. Los baptistas se han apoderado de ella, han construido allí una capilla, y yo quiero disputarles el terreno.

—Pero yo no tengo nada que ver con Ecclefigg; no tengo propiedades allí.

—¿Qué importa eso? Es usted anglicana, ¿no?

—¡Admirable criatura! —murmuró Shirley entre dientes—. ¡Exquisito lenguaje, elegante estilo! ¡Extasiada me quedo al oírlo! —Luego añadió en voz alta—: Soy anglicana, en efecto.

—Entonces no puede negarse a contribuir a esta causa. Los habitantes de Ecclefigg son un puñado de animales; queremos civilizarlos.

—¿Quién será el misionero?

—Yo mismo, seguramente.

—Si fracasa, no será por falta de simpatía hacia sus feligreses.

—No lo creo; espero triunfar. Pero necesitamos dinero. Aquí está el papel. Que sea una suma considerable, por favor.

Cuando le pedían dinero, Shirley pocas veces se negaba. Firmó por cinco libras: después de las trescientas libras que había entregado recientemente y las sumas más pequeñas que entregaba a cada momento, era cuanto se podía permitir. Donne miró el papel, afirmó que el donativo era «mezquino» y exigió

más a voces. La señorita Keeldar enrojció de indignación y más aún de asombro.

—Por el momento no daré más —dijo.

—¡No dará más! Vaya, y yo que esperaba que encabezara la lista con sus buenas cien libras. Con la fortuna que tiene, no debería firmar jamás por menos de esa cantidad. —Shirley guardó silencio—. En el sur —continuó Donne—, una señora con mil libras al año se avergonzaría de dar cinco libras para un asunto de utilidad pública.

Shirley, que tan poco dada era a mostrarse altanera, lo fue en ese momento. Su esbelta figura se puso tensa; su rostro distinguido dejó traslucir el desprecio.

—¡Extraños comentarios! —dijo—. ¡Qué falta de consideración! No se paga la generosidad con reproches; está fuera de lugar.

—¡Generosidad! ¿Llama generosidad a dar cinco libras?

—Sí, y una generosidad que, de no ser porque está destinada a la escuela del doctor Boulton, cuya construcción apruebo, y en modo alguno a su coadjutor, que parece mal aconsejado sobre la manera de solicitar o, más bien, de exigir donativos; una generosidad, repito, que, de no ser por esa consideración, reclamaría al instante.

Donne tenía la piel dura: no percibió ni la mitad de lo que el tono, el aire y la mirada de su interlocutora expresaban; no sabía qué terreno pisaba.

—Miserable lugar, este Yorkshire —siguió diciendo—. No me habría imaginado que fuera así de no haberlo visto por mí mismo; y la gente, ricos y pobres, ¡menudo grupo! ¡Qué toscos e incultos! En el sur los rechazarían a todos. —Shirley se inclinó sobre la mesa con las ventanas de la nariz algo dilatadas y sus esbeltos dedos entrelazados, oprimiéndose unos a otros con fuerza—. Los ricos —prosiguió el fatuo e insensible Donne— son una panda de avaros, que no viven como es deber de personas con unas rentas como las tuyas: difícilmente —tienes que disculpar la pronunciación del señor Donne, lector; era muy selecta; él la consideraba distinguida y se enorgullecía de su acento del sur, pero los oídos nortños percibían con sensaciones singulares su pronunciación de ciertas palabras—; difícilmente se encuentra a una familia que tenga un coche como Dios manda y mayordomo; y en cuanto a los pobres, no hay más que verlos cuando acuden en bandada a las puertas de la iglesia con ocasión de una boda o un funeral, haciendo ruido con los zuecos; los hombres en mangas de camisa y con los mandiles de cardadores de lana, las mujeres con cofia y camisas de dormir. Desde luego se merecen que les suelten una vaca loca para que disperse a la chusma. ¡Je! ¡Je! ¡Qué gracioso sería!

—Basta, ha colmado el vaso —dijo Shirley con calma—. Ha colmado el vaso —repitió, volviendo su mirada furibunda hacia él—. No puede seguir, y —añadió, recalcando las palabras— no lo hará en mi casa.

Se levantó; ya nadie podía contenerla, pues estaba exasperada; fue derecha hacia la verja del jardín y la abrió de par en par.

—Salga —dijo con austeridad—, y deprisa, y no vuelva a pisar esta finca nunca más.

Donne se quedó estupefacto. Pensaba que le favorecía darse tono de aquella manera, como una persona de espíritu elevado, «de categoría»; imaginaba que producía una impresión abrumadora. ¿Acaso no había expresado desdén hacia todo lo de Yorkshire? ¿Qué prueba podía haber más concluyente de que él estaba muy por encima? ¡Sin embargo, estaban a punto de echarlo de un jardín de Yorkshire como a un perro! ¿Dónde, en tales circunstancias, estaba la «concatenación entre causa y efecto»?

—¡Fuera de mi vista ahora mismo! ¡Ahora mismo! —repitió Shirley, viendo que Donne no se levantaba.

—¡Señora, soy un clérigo! ¿Va a echar a un clérigo?

—¡Fuera! Ni que fuera un arzobispo. Ha demostrado que no es un caballero y debe irse. ¡Deprisa!

Shirley estaba completamente decidida, de nada serviría discutir con ella; además, Tartar volvía a levantarse; había percibido signos de alboroto y mostraba inclinación a participar. Era evidente que Donne no podía hacer otra cosa que marcharse, de modo que emprendió el éxodo; la heredera le hizo una gran reverencia y le cerró la verja en las narices.

—¿Cómo se atreve ese sacerdote pomposo a insultar a sus feligreses? ¿Cómo se atreve ese cockney siseante a vilipendiar Yorkshire? —fue su único comentario sobre lo sucedido cuando volvió a la mesa.

El grupo se separó al poco rato: el ceño sombrío de la señorita Keeldar, sus labios apretados y su mirada colérica no invitaban a más distracciones sociales.

CAPÍTULO XVI

PENTECOSTÉS

El fondo prosperó. Con la fuerza del ejemplo de la señorita Keeldar, los enérgicos esfuerzos de los tres rectores y la eficiente aunque silenciosa ayuda

de sus lugartenientes, las dos solteras con lentes, Mary Ann Ainley y Margaret Hall, se reunió una suma considerable, la cual, juiciosamente administrada, sirvió para paliar momentáneamente buena parte de las penurias de los pobres desempleados. Los nervios parecieron tranquilizarse: durante una quincena no se destruyeron paños, ni se cometieron atentados contra fábricas ni mansiones en las tres parroquias. Shirley se sintió optimista, pensando que se habían librado del mal que deseaba evitar, que la tormenta que pendía sobre sus cabezas pasaba de largo; con la proximidad del verano creyó sin duda que el comercio mejoraría, como era habitual, y que aquella enojosa guerra no duraría para siempre; la paz habría de regresar un día. Con la paz, ¡qué impulso se daría al comercio!

Tal era el tenor de las observaciones que hacía a su arrendatario, Gérard Moore, siempre que se encontraba con él allá donde pudieran conversar, y Moore la escuchaba muy callado... demasiado, para su gusto. Ella exigía entonces, con una mirada impaciente, algo más de él, alguna explicación, o al menos algún comentario adicional. Con su sonrisa característica, con aquella expresión que daba un extraordinario matiz de dulzura a su boca, mientras su frente seguía mostrándose grave, respondía Moore al efecto que también él confiaba en la naturaleza finita de la guerra; que era en realidad en ese terreno en el que se hallaban ancladas sus esperanzas, que de ello dependían sus especulaciones.

—Pues usted ya sabrá —proseguía— que ahora dirijo la fábrica basándome enteramente en especulaciones: no vendo nada; no hay mercado para mis productos. Lo que se manufactura es para el futuro; me preparo para aprovechar la primera apertura que se produzca. Hace tres meses era imposible, porque había agotado tanto mi crédito como mi capital; usted bien sabe quién acudió en mi rescate, de qué mano recibí el préstamo que me salvó. Gracias al sostén de ese préstamo he podido continuar el juego audaz que poco antes temía no volver a jugar. Sé que la ruina total seguirá a las pérdidas, y soy consciente de que la ganancia es dudosa, pero estoy muy contento: mientras pueda seguir activo, mientras pueda luchar, mientras no tenga las manos atadas, en definitiva, es imposible que esté deprimido. Un año, no, seis meses más en el reinado del olivo, y estaré a salvo, pues, como usted dice, la paz impulsará el comercio. En eso está usted en lo cierto, pero en cuanto a que la comarca haya recobrado la tranquilidad, en cuanto al efecto beneficioso y permanente de su fondo caritativo, lo dudo. Las limosnas no han tranquilizado nunca a la clase obrera, jamás los ha hecho agradecidos; eso no sería propio de la naturaleza humana. Supongo que, si las cosas fueran como deben ser, no deberían estar en situación de necesitar esa humillante caridad, y eso es lo que ellos lamentan; nosotros también lo sentiríamos si estuviéramos en su lugar. Además, ¿a quién deben estar agradecidos? A usted, al clero quizá, pero no a nosotros, los dueños de las fábricas. Nos odian más que

nunca. Por otra parte, los descontentos de aquí tienen relación con los descontentos de todas partes: Nottingham es uno de sus cuarteles generales, Manchester otro, Birmingham un tercero. Los subalternos reciben órdenes de sus jefes; su disciplina es buena: no se da golpe alguno que no sea producto de una madura deliberación. Cuando hacía bochorno, ha visto usted el cielo amenazando tormenta día tras día y, sin embargo, noche tras noche las nubes se han despejado y el sol se ha puesto tranquilamente; pero el peligro no ha desaparecido, tan sólo se ha aplazado: sin duda la tormenta que hace tanto tiempo que nos amenaza se desatará por fin. Existe una analogía entre la atmósfera moral y la atmósfera física.

—Bien, señor Moore —así terminaban siempre estas conversaciones—, cuídese. Si cree que le he hecho algún bien, agrádeczcamelo prometiendo cuidarse.

—Lo prometo; estaré alerta y tendré mucho cuidado. Deseo vivir, no morir: el futuro se abre ante mí como el Edén y, aun así, cuando escudriño las sombras de mi paraíso, veo una visión que se desliza por paisajes remotos y me gusta más que cualquier serafín o querubín.

—¿En serio? Y, dígame, ¿qué visión es ésa?

—Veo...

La doncella irrumpió en la habitación con el servicio del té.

Los primeros días de aquel mes de mayo, como hemos visto, fueron soleados, los intermedios fueron lluviosos, pero durante la última semana, con el cambio de luna, volvió a aclarar. Un viento fresco barrió las densas nubes de tormenta de color blanco plateado, y las llevó, masa sobre masa, hacia el este, en cuyo margen menguaron y tras cuyo horizonte desaparecieron, dejando tras de sí una bóveda que era un espacio azul puro preparado para el reinado del sol estival. Ese sol salió en toda su plenitud en Pentecostés: la reunión de las escuelas se distinguió por un tiempo espléndido.

El martes de Pentecostés fue el gran día en honor al cual las dos grandes aulas de Briarfield construidas por el rector actual, en buena medida a sus expensas, se limpiaron, encalaron, repintaron y adornaron con flores y siemprevivas: algunas del jardín de la rectoría, dos carros llenos de Fieldhead y una carretilla de la finca, más tacaña, de De Walden, la residencia del señor Wynne. En las aulas se colocaron veinte mesas, pensada cada una de ellas para acomodar a veinte invitados, rodeadas de bancos y cubiertas por manteles blancos: sobre las mesas se suspendieron al menos veinte jaulas, que contenían otros tantos canarios, según una moda de la comarca especialmente querida por el sacristán del señor Helstone, que era un entusiasta del agudo canto de esos pájaros y que sabía que, en medio de un alboroto de voces, la suya

cantaba siempre más alto. Debo aclarar que esas mesas no se destinaban a los mil doscientos escolares de las tres parroquias que iban a reunirse, sino únicamente a los patronos y maestros de las escuelas; la comida de los niños se serviría al aire libre. La tropa llegaría a la una; a las dos se les haría formar; hasta las cuatro desfilarían ante la parroquia; luego llegaría la comida y después la reunión, con música y peroratas en la iglesia.

Es necesario explicar por qué se elegía Briarfield como lugar de reunión, como escenario para la fiesta. No era porque se tratara de la parroquia más grande y populosa: Whinbury la superaba en ese aspecto; ni porque fuera la más antigua: antiguas lo eran la iglesia y la rectoría, pero el temple de bajos tejados y la casa parroquial cubierta de musgo de Nunnely, enterrados ambos entre robles coetáneos, destacados centinelas de Nunwood, eran aún más antiguos. La razón era, sencillamente, que el señor Helstone lo quería así, y la voluntad del señor Helstone era más fuerte que la de Boulton o Hall; el primero no podía, y el último no quería discutir con su decidido y dominante hermano de religión sobre una mera cuestión de precedencia: se dejaban guiar y gobernar por él.

Este notable aniversario había sido siempre hasta entonces un día penoso para Caroline Helstone, porque la arrastraba por fuerza a aparecer en público, obligándola a enfrentarse con todo lo que era próspero, respetable e influyente en la comarca; en su presencia, de no haber sido por el semblante bondadoso del señor Hall, Caroline se habría sentido desvalida. Obligada a mostrarse, a caminar a la cabeza de su regimiento como sobrina del rector y primera maestra de la primera clase; obligada a hacer el té en la primera mesa para una multitud mezclada de señoras y caballeros; y todo eso sin el apoyo de una madre, tía, o cualquier otra carabina —ella, que era una persona nerviosa que temía mortalmente la publicidad—, es perfectamente comprensible que, en tales circunstancias, temblara ante la proximidad de Pentecostés.

Pero aquel año Shirley estaría a su lado, y eso cambiaba singularmente el aspecto de la prueba, lo cambiaba por completo: ya no era una prueba, sino casi una diversión. La señorita Keeldar era mejor, siendo una sola, que toda una hueste de amigos corrientes. Con su serenidad, su vitalidad y su aplomo, consciente de su importancia social, pero sin abusar jamás de ella, bastaría con mirarla para cobrar valor. El único temor de Caroline era que Shirley no fuera puntual a la cita, pues a menudo su despreocupación la llevaba a retrasarse, y Caroline sabía que su tío no esperaría ni un segundo a nadie: en el momento en que el reloj de la iglesia diera las dos, sonarían las campanas y empezaría la marcha. Habría de ser ella, por tanto, quien fuera en busca de Shirley, si no quería quedarse sin la compañera que esperaba.

El martes de Pentecostés la vio levantarse casi con el sol. Ella, Fanny y Eliza estuvieron ocupadas toda la mañana en dejar las salitas de la rectoría en

perfecto orden para las visitas, y en servir un refrigerio —vino, fruta y pasteles — en el aparador del comedor. Luego tuvo que ponerse su vestido más fresco y bonito de blanca muselina; el día radiante y la solemnidad de la ocasión pedían, exigían incluso, tal atuendo. El fajín nuevo —regalo de cumpleaños de Margaret Hall que Caroline tenía motivos para creer que había comprado el propio Cyril, y a cambio del cual ella le había dado un alzacuellos de batista en un precioso estuche— se lo ataron los hábiles dedos de Fanny, que se deleitó, y no poco, en arreglar para la ocasión a su joven señora; al sencillo sombrero de Caroline se le añadió un ribete a juego con el fajín, y su bonito pero barato chal de crespón blanco le sentaba bien con aquel vestido. Cuando estuvo lista, su imagen no llegaba a deslumbrar, pero su belleza no dejaba de ser atrayente; no era llamativa, sino delicadamente agradable; era una imagen en la que la suavidad de los matices, la pureza del aire y la gracia del porte compensaban la ausencia de los colores intensos y los perfiles magníficos. Lo que sus ojos castaños y su frente despejada dejaban traslucir de su espíritu estaba en consonancia con su rostro y su vestido: modesto, amable y, aunque reflexivo, armonioso. Parecía que ni cordero ni paloma tenían nada que temer de ella, sino que percibirían más bien, en su aire de simplicidad y delicadeza, una simpatía hacia su propia naturaleza, o la naturaleza que les atribuimos.

Al fin y al cabo, era un ser humano imperfecto, con sus debilidades; era bella por sus formas, matices y proporciones, pero, como había dicho Cyril Hall, no era tan buena ni tan noble como la marchita señorita Ainley, que se ponía en aquel momento su mejor vestido negro y su chal y su sombrero grises de cuáquera en el estrecho dormitorio de su casita.

Caroline salió hacia Fieldhead atravesando algunos campos muy retirados y recorriendo senderos escondidos. Se deslizaba rápidamente bajo los verdes setos y por los prados más verdes aún. No había polvo —ni humedad— que manchara el borde de su immaculado vestido, ni que mojara sus delgadas sandalias: todo estaba limpio tras las últimas lluvias, y seco bajo el radiante sol de aquel día. Caminaba, pues, sin temor, pisando hierba y margaritas, y cruzando sembrados tupidos; llegó a Fieldhead y entró en el vestidor de la señorita Keeldar.

Había hecho bien en ir, pues de lo contrario Shirley habría llegado demasiado tarde. En lugar de vestirse con toda rapidez, estaba echada en un sofá, absorta en la lectura. La señora Pryor estaba de pie cerca de ella, instándola en vano a que se levantara y se vistiera. Caroline no malgastó palabras: inmediatamente le quitó el libro y, con sus propias manos, empezó el proceso de desvestirla y volverla a vestir. Shirley, indolente a causa del calor, y alegre por su juventud y su agradable carácter, quería charlar, reír y demorarse, pero Caroline, dispuesta a ser puntual, perseveró en vestirla con toda la rapidez con que los dedos podían atar cordones o insertar alfileres. Al final,

cuando abrochó una última hilera de corchetes, encontró tiempo para regañarla por ser tan desobediente y poco puntual, por parecer, incluso entonces, la viva imagen de una despreocupación incorregible; y así era, en efecto, pero una imagen absolutamente encantadora de esa característica tan fastidiosa.

Shirley ofrecía un vivo contraste con Caroline: había distinción en cada uno de los pliegues de su vestido y en cada curva de su figura; la espléndida seda le sentaba mejor que una tela más sencilla; el chal de ricos bordados le favorecía, lo llevaba descuidadamente, pero con gracia; la guirnalda del sombrero coronaba bien su cabeza; la atención a la moda, todos los adornos aplicados al vestido, que eran de buen gusto y adecuados para ella, favorecían su persona, como el brillo sincero de sus ojos, la sonrisa burlona que pendía de sus labios, su porte erguido y su paso ligero. Caroline le cogió la mano cuando estuvo vestida, la condujo a toda prisa escalera abajo, y así, a toda prisa, salieron por la puerta y atravesaron los campos, riendo mientras caminaban, ofreciendo la imagen de una paloma blanca como la nieve y un ave del paraíso con matices de gemas unidos en amistoso vuelo.

Gracias a la presteza de la señorita Helstone, llegaron a tiempo. Cuando los árboles aún ocultaban la iglesia a la vista, oyeron el tañido de la campana, medido, pero apremiante, que llamaba a la reunión; la gente que acudía en tropel, el ruido de muchos pasos y el murmullo de muchas voces fueron asimismo audibles. Desde una elevación vieron al poco la escuela de Whinbury acercándose por la carretera de Whinbury: eran en total quinientas almas. Rector y coadjutor, Boulton y Donne, encabezaban la marcha: el primero, con su alta figura embutida en el atuendo sacerdotal completo, caminando, como convenía a un sacerdote con un beneficio eclesiástico, bajo el palio de un sombrero de teja, con la dignidad de una amplia corporación, el adorno de una amplísima capa negra y el apoyo de un robusto bastón con pomo dorado. Mientras caminaba, el doctor Boulton balanceaba levemente el bastón e inclinaba el sombrero de teja con una dogmática sacudida hacia su ayudante de campo. Ese ayudante de campo —a saber, Donne—, pese a lo enjuta que resultaba su figura comparada con la corpulencia de su rector, conseguía, empero, tener todo el aspecto de un coadjutor; todo en él era pragmatismo y engreimiento, desde la nariz respingona y el mentón elevado hasta las negras polainas clericales, los pantalones algo cortos y sin tirantes y los zapatos de punta cuadrada.

¡Siga caminando, señor Donne! Ha pasado el examen. Usted cree estar favorecido; otra cosa es lo que piensan las figuras blanca y púrpura que lo observan desde aquella colina.

Estas figuras bajaron corriendo cuando el regimiento de Whinbury pasó de largo.

El jardín de la iglesia está lleno de niños y maestros, todos con sus mejores galas dominicales, y —aun con la miseria que reina en la comarca, aun siendo malos tiempos— qué bien han logrado vestirse. La pasión británica por el decoro hace milagros: la pobreza que hace andrajosa a la muchacha irlandesa se ve impotente para despojar a la muchacha inglesa del pulcro guardarropa que sabe necesario para su dignidad. Además, la dueña del señorío —esa Shirley que contempla ahora con placer a la multitud bien vestida y con aspecto feliz— ha sido realmente de ayuda: su oportuno donativo ha resuelto los apuros de muchas familias pobres, proporcionando a muchas niñas un vestido o sombrero nuevos para la fiesta. Shirley se regocija sabiéndolo: la alegra que su dinero, su ejemplo y su influencia hayan beneficiado realmente —sustancialmente— a su prójimo. No puede ser caritativa como la señorita Ainley; no es su carácter; pero la alivia pensar que hay otro modo de ser caritativo que pueden practicar otro tipo de personas y en otras circunstancias.

También Caroline está contenta, pues también ella ha contribuido a su manera, se ha privado de más de un vestido, una cinta o cuello de los que difícilmente podía prescindir, para equipar a las niñas de su clase, y, como no podía dar dinero, ha seguido el ejemplo de la señorita Ainley ofreciendo su tiempo y su laboriosidad en coser para las niñas.

No sólo el jardín de la iglesia estaba lleno, también el de la rectoría: parejas y grupos de señoras y caballeros pasean entre lilas y codesos ondeantes. La casa está también ocupada: alegres grupos se han formado junto a las ventanas de las salitas abiertas de par en par. Son los patrones y maestros que engrosarán la procesión. En el huerto del señor Helstone, detrás de la rectoría, se han colocado con sus instrumentos las bandas de música de las tres parroquias. Ataviadas con sus cofias y vestidos más elegantes y delantales pulquérrimos, Fanny y Eliza les sirven jarras de cerveza, de la que hace unas semanas se elaboró una buena cantidad fuerte y excelente, por orden del rector, y bajo su supervisión. Todo aquello en lo que él tomaba parte debía hacerse bien: no toleraba que se hicieran las cosas de cualquier manera. Desde la construcción de un edificio público, de una iglesia, escuela o tribunal, hasta la elaboración de una cena, abogaba por un comportamiento señorial, generoso y eficiente. La señorita Keeldar era igual que él en ese aspecto, y aprobaba las disposiciones que el otro hacía.

Caroline y Shirley se mezclaron rápidamente con la multitud, la primera con gran soltura: en lugar de sentarse en un rincón apartado o escabullirse hacia su dormitorio hasta que se formara la procesión, siguiendo su costumbre, recorrió las tres salitas, conversó y sonrió, llegó incluso a hablar un par de veces antes de que le dirigieran la palabra y, en definitiva, se comportó como una persona nueva. Era la presencia de Shirley lo que la había transformado; el ejemplo de la actitud y la conducta de la señorita Keeldar le hacían mucho

bien. Shirley no temía a sus semejantes, no mostraba tendencia alguna a rehuirlos, a evitarlos. Todos los seres humanos, hombres, mujeres o niños, cuya baja extracción o grosera presunción no los volviera realmente ofensivos, le eran gratos; algunos mucho más que otros, claro está, pero hablando en general, hasta que un hombre no demostraba ser mala persona o un latoso, Shirley estaba dispuesta a pensar bien de él, a considerarlo una adquisición y a tratarlo como correspondía. Este talante la convertía en una persona querida por todos, pues la despojaba de su mordacidad y daba a su conversación, fuera frívola o seria, un gozoso encanto; tampoco disminuía el valor de su amistad íntima, que difería de esa benevolencia social y dependía, de hecho, de una parte de su carácter enteramente distinta. La señorita Helstone era una elección de su cariño y su intelecto; las señoritas Pearson, Sykes, Wynne, etcétera, tan sólo se beneficiaban de su carácter amable y su vivacidad.

Donne entró casualmente en el salón cuando Shirley, sentada en el sofá, era el centro de un círculo bastante amplio. Ella había olvidado ya la exasperación que le había causado, e inclinó la cabeza, sonriendo con buen humor. El carácter de aquel hombre se puso entonces de manifiesto. No supo ni cómo rechazar aquel primer paso, ni cómo aceptarlo con franqueza, como quien se alegra de olvidar y perdonar; el castigo no le había inculcado sentido alguno de la vergüenza, y no experimentó esa sensación al encontrarse con quien le había castigado. Su maldad carecía de la energía necesaria para actuar con malignidad: se limitó a pasar de largo tímidamente con expresión ceñuda. Nada podría reconciliarle jamás con su enemigo, aunque su naturaleza abúlica no conocía la pasión del resentimiento, ni siquiera cuando el castigo era más severo e ignominioso.

—¡No merecía aquella escena! —le dijo Shirley a Caroline—. ¡Qué tonta fui! Vengarse del pobre Donne por su tonto desprecio hacia Yorkshire es como aplastar a un mosquito por atacar la piel de un rinoceronte. De haber sido yo un caballero, creo que habría tenido que sacarlo de mis propiedades haciendo uso de la fuerza física; ahora me alegro de no haber empleado más que el arma moral. Pero no quiero saber nada más de él; no me gusta. Me irrita; ni siquiera resulta divertido. Malone lo es mucho más.

Malone, al parecer, deseaba justificar esta preferencia, pues apenas había pronunciado Shirley estas palabras cuando apareció Peter Augustus en grande tenue, perfumado y con guantes, untados y cepillados los cabellos a la perfección, y con un ramo de flores en una mano: cinco o seis grandes rosas de cien hojas en flor. Se las ofreció a la heredera con una gracia a la que el más afilado lápiz no podría hacer plenamente justicia. ¿Y quién, después de aquello, osaría decir que Peter no era un hombre galante? Había recogido y había obsequiado flores; había hecho una ofrenda sentimental, poética, al altar del Amor o de Mamón. Hércules llevando la rueca no era más que un borroso

modelo de Peter llevando las rosas. Eso mismo debía de haber pensado él, pues parecía asombrado de lo que había hecho: retrocedía sin decir una sola palabra, se marchaba con una ronca risita de complacencia. Entonces, cambió de opinión, se detuvo y se dio la vuelta para asegurarse mediante prueba ocular de que realmente había entregado un ramo de flores. Sí, allí estaban las seis rosas rojas, sobre el regazo de raso púrpura; una mano muy blanca, con varios anillos de oro, las sujetaba sin fuerza, y sobre ellas caía una cascada de rizos que ocultaban a medias un rostro sonriente, sólo a medias. Peter vio la risa; era inconfundible. Se burlaban de él; su galantería, su caballerosidad, eran objeto de burla para una mujer, para dos, pues la señorita Helstone también sonreía. Además, tuvo la impresión de que le leían el pensamiento y su ánimo se ensombreció como una nube de tormenta. Cuando Shirley alzó la vista, sus ojos feroces estaban clavados en ella: Malone, al menos, tenía energía suficiente para odiar; Shirley lo vio en su mirada.

—Peter sí se merece la escena, y la tendrá algún día, si es su deseo —susurró a su amiga.

En ese momento —solemnes y sombríos por el color de su atuendo, pero afables en la expresión— aparecieron en la puerta del comedor los tres rectores, que hasta entonces habían estado atareados en la iglesia y venían ahora a reponer fuerzas con un pequeño refrigerio antes de que comenzara el desfile. El gran sillón tapizado en tafilete se había dejado libre para el doctor Boulton; allí lo acomodaron, y Caroline, a quien Shirley instó a desempeñar por fin su papel como anfitriona, se apresuró a servir al corpulento, reverenciado y, en general, estimado amigo de su tío un vaso de vino y un plato de mostachones. Los mayordomos de Boulton, patronos ambos de la escuela dominical, por insistencia del doctor Boulton, se encontraban ya a su lado; a izquierda y derecha tenía a la señora Sykes y a las demás señoras de su congregación, expresando su esperanza de que no estuviera cansado y el temor de que el día fuera demasiado caluroso para él. La señora Boulton, que sostenía la opinión de que cuando su señor daba una cabezada después de una buena comida, su rostro se volvía angelical, estaba inclinada sobre él enjugándole cariñosamente un poco de sudor, real o imaginario, de la frente. Boulton, en definitiva, estaba en la gloria, y con una sonora voz de poitrine dio las gracias estruendosamente por aquellas atenciones y afirmó hallarse en un aceptable estado de salud. A Caroline no le prestó la menor atención cuando se acercó, salvo para aceptar lo que le ofrecía: no la vio, nunca la veía, apenas sabía que existía tal persona. Los mostachones sí los vio y, como era aficionado a los dulces, se adueñó de unos cuantos. En cuanto al vino, la señora Boulton insistió en mezclarlo con agua caliente y suavizarlo con azúcar y nuez moscada.

El señor Hall se hallaba de pie cerca de una ventana abierta, respirando el

aire fresco y la fragancia de las flores, y hablando fraternalmente con la señorita Ainley. Caroline desvió con placer su atención hacia él. ¿Qué debía ofrecerle? No debía servirse solo, debía hacerlo ella, de modo que cogió una pequeña bandeja para poder ofrecerle variedad. Margaret Hall los acompañó y también la señorita Keeldar: las cuatro señoras rodeaban a su pastor predilecto; también ellas tenían la impresión de que contemplaban el semblante de un ángel terrenal: Cyril Hall era su papa, infalible para ellas como el doctor Thomas Boulby lo era para sus admiradores. El rector de Briarfield estaba rodeado, asimismo, por una pequeña multitud: veinte personas o más se agolpaban en torno a él, y no había otro que ejerciera mayor atracción en un círculo social que el viejo Helstone. Los coadjutores, juntos como era su costumbre, componían una constelación de tres planetas menores: varias señoritas los observaban desde lejos, pero no se atrevieron a acercarse.

El señor Helstone sacó su reloj.

—Las dos menos diez —anunció en voz alta—. Es hora de formar. Vamos. —Cogió su sombrero de teja y salió; todos se levantaron y lo siguieron en masa.

Se hizo formar a los mil doscientos niños en tres grupos de cuatrocientas almas cada uno: en la retaguardia de cada regimiento se situó una banda; cada veinte niños quedaba un espacio, en el que Helstone situó a los maestros por parejas; a la vanguardia de los ejércitos llamó a:

—Grace Boulby y Mary Sykes encabezarán Whinbury. Margaret Hall y Mary Ann Ainley conducirán Nunnely. Caroline Helstone y Shirley Keeldar guiarán Briarfield. —Luego, volvió a ordenar—: El señor Donne a Whinbury; el señor Sweeting a Nunnely; el señor Malone a Briarfield.

Y estos caballeros se situaron delante de las señoras generales.

Los rectores pasaron a encabezar la marcha, los sacristanes se quedaron los últimos. Helstone alzó su sombrero de teja; en un instante sonaron las ocho campanas de la torre, la música de las bandas subió en intensidad, habló la flauta y respondió el clarín, redoblaron los tambores y se inició el desfile.

La amplia carretera blanca se extendía ante la larga procesión, el sol y un cielo sin nubes la contemplaban, el viento agitaba las ramas de los árboles en lo alto, y los mil doscientos niños y ciento cuarenta adultos que formaban el regimiento caminaban al paso con el rostro alegre y el corazón contento. Era una escena de júbilo, benéfica: era un día feliz para ricos y pobres, obra, primero de Dios, y después del clero. Hagamos justicia a los sacerdotes de Inglaterra: tienen sus defectos, puesto que son de carne y hueso, como todos nosotros, pero el país estaría mucho peor sin ellos: Bretaña echaría de menos a su iglesia, si su iglesia cayera. ¡Dios la proteja! ¡Que también Dios la reforme!

CAPÍTULO XVII

LA FIESTA ESCOLAR

No esperaba entablar combate ni buscaba enemigos aquella compañía dirigida por sacerdotes y mujeres oficiales; sin embargo, marchaban al son de melodías marciales y —a juzgar por los ojos y el porte de algunos, la señorita Keeldar, por ejemplo— aquellos sonos despertaban, si no un espíritu marcial, sí al menos anhelante: El viejo Helstone, que volvió la cabeza por casualidad, la miró a la cara y se rio, y ella se rio de él.

—No hay ninguna batalla en perspectiva —dijo el rector—, nuestro país no nos pide que luchemos por él; ningún enemigo o tirano pone en tela de juicio nuestra libertad ni supone una amenaza para ella; no tenemos ningún objetivo, tan sólo damos un paseo. Sujete bien las riendas, capitán, y apague el fuego de ese espíritu; no se necesita: es una pena.

—Doctor, recétese a sí mismo —fue la respuesta de Shirley. A Caroline le susurró—: Tomaré prestada a la imaginación lo que la realidad no quiere darme. No somos soldados, no deseo derramar sangre, o, si lo somos, somos soldados de Cristo. El tiempo ha vuelto hacia atrás unos cuantos siglos y somos peregrinos que nos dirigimos a Palestina. Pero no, es demasiado fantástico. Necesito un sueño más austero: somos habitantes de la Baja Escocia y seguimos al capitán de nuestra alianza por las colinas para celebrar una reunión fuera del alcance de las tropas que nos persiguen. Sabemos que tal vez los rezos precedan a una batalla y, como creemos que, en el peor de los casos, el cielo ha de ser nuestra recompensa, estamos dispuestos a regar la hierba con nuestra sangre. Esta música espolea mi alma, despierta toda mi vida, hace que me lata el corazón, no con su moderado pulso cotidiano, sino con un nuevo y emocionante vigor. Casi ansío el peligro, defender una fe, una patria o, al menos, un amante.

—¡Mira, Shirley! —interrumpió Caroline—. ¿Qué es ese punto rojo sobre Stilbro' Brow? Tú tienes mejor vista que yo; vuelve tus ojos de águila hacia allí.

La señorita Keeldar miró el lugar indicado.

—Ya veo —dijo, luego añadió—: es una línea roja. Son soldados... soldados de caballería —se apresuró a agregar—. Cabalgan al galope; son seis. Pasarán por nuestro lado, no, han virado hacia la derecha; han visto nuestra procesión y dan un rodeo para esquivarla. ¿Adónde irán?

—Quizá sólo estén entrenando a los caballos.

—Quizá. Ya no se ven.

El señor Helstone intervino en aquel momento.

—Atravesaremos Royd-lane para acortar camino hasta el ejido de Nunnely —dijo.

Y, por consiguiente, desfilaron hacia la angosta Royd-lane. Era un camino muy estrecho, tanto que sólo podían caminar por parejas si no querían caer en las zanjas que discurrían a ambos lados. Habían llegado a la mitad del camino cuando se hizo evidente la agitación que se había apoderado de los comandantes eclesiásticos: los anteojos de Boulby y el Roboam de Helstone se agitaron; los coadjutores se dieron codazos unos a otros; el señor Hall se volvió hacia las señoras y sonrió.

—¿Qué pasa? —le preguntaron.

Él señaló con su bastón hacia el otro extremo del camino. ¡Allí estaba!: una procesión entraba por el extremo opuesto, encabezada también por hombres de negro y seguida también de música, como era ya audible.

—¿Es nuestro doble? —preguntó Shirley—. ¿Un espectro de nosotros mismos? Aquí tenemos una carta boca arriba.

—Si querías una batalla, es probable que la tengas, al menos de miradas —le susurró Caroline entre risas.

—¡No pasarán! —exclamaron los coadjutores al unísono—. ¡No les cederemos el paso!

—¡Ceder el paso! —replicó Helstone con severidad, volviéndose—. ¿Quién habla de ceder? Vosotros, muchachos, cuidado con lo que hacéis; sé que las señoras se mantendrán firmes, puedo confiar en ellas. No hay aquí ninguna anglicana que no defienda su terreno frente a esa gente por el honor de la Iglesia oficial. ¿Qué dice la señorita Keeldar?

—Pregunta qué es eso.

—Las escuelas de los disidentes, metodistas, baptistas, independientes y wesleyanos, unidos todos en alianza impía. Han tomado este camino a propósito, con la intención de obstaculizar nuestra marcha y hacernos retroceder.

—¡Qué mala educación! —dijo Shirley—. Y yo detesto la mala educación. Es evidente que necesitan una lección.

—Una lección de cortesía —sugirió el señor Hall, que estaba siempre a favor de mantener la paz—, no un ejemplo de malos modos.

El viejo Helstone echó a andar. Avivó el paso y se adelantó unos metros a

su compañía. Había alcanzado casi a los otros comandantes vestidos de negro cuando el que parecía ejercer de comandante en jefe hostil —un hombre alto y grasiento, con los cabellos negros pegados a la frente— dio el alto. La procesión se detuvo: el hombre sacó un libro de himnos, leyó una estrofa, marcó una melodía, e iniciaron todos el más quejicoso de los cánticos.

Helstone hizo una seña a sus bandas de música, que empezaron a tocar con toda la potencia de los cobres. Quería que tocaran Rule, Britannia, y ordenó a los niños que unieran sus voces a la música, cosa que hicieron con ánimo entusiasta. La música y el canto superaron a los del enemigo; se ahogó su salmo: en lo tocante al ruido, había sido vencido.

—¡Ahora, seguidme! —exclamó Helstone—, pero no corriendo, sino con paso firme y elegante. Resistid, niños y mujeres; no os separéis; cogeos de las faldas, si es necesario.

Y siguió caminando con un paso tan decidido y deliberado, y fue, además, tan bien secundado por colegiales y maestros —que hicieron exactamente lo que se había ordenado, sin correr ni vacilar, sino marchando con ímpetu sereno e inquebrantable; los coadjutores obligados también a hacer lo mismo, puesto que se hallaban entre dos fuegos, Helstone y la señorita Keeldar, que vigilaban con ojos de lince cualquier desviación y estaban dispuestos, el uno con el bastón y la otra con la sombrilla, a castigar la más ligera contravención de las órdenes, la más mínima manifestación independiente o irregular— que los disidentes primero se asombraron, luego se alarmaron, se rindieron y empezaron a retroceder, y finalmente se vieron obligados a dar media vuelta y dejar libre la salida de Royd-lane. Boulty sufrió durante el violento ataque, pero Helstone y Malone lo sujetaron entrambos y consiguieron que saliera de una pieza, aunque lastimosamente falto de resuello.

El disidente gordo que había iniciado el himno se quedó sentado en la zanja. Era un comerciante de licores, cabecilla de los no conformistas y, según se dijo, bebió más agua en aquella tarde de la que había bebido en todo un año. El señor Hall se había ocupado de Caroline, y Caroline de él; tras el incidente, la señorita Ainley y él intercambiaron comentarios en voz baja. La señorita Keeldar y el señor Helstone se estrecharon la mano cordialmente cuando la mayor parte de la procesión había salido ya de Royd-lane. Los coadjutores quisieron manifestar su júbilo, pero el señor Helstone puso freno a sus espíritus inocentes: señaló que no tenían nunca el sentido común suficiente para saber lo que debían decir, y que más les valía refrenar la lengua; y, además, les recordó que lo conseguido no había sido obra suya.

Hacia las tres y media la procesión dio media vuelta, y llegó al punto de partida a las cuatro. Se habían dispuesto largas hileras de bancos en los campos pelados que rodeaban la escuela: allí se sentaron los niños y se

sacaron grandes cestas cubiertas con paños blancos y grandes y humeantes recipientes de zinc. Antes de comenzar la distribución de las cosas buenas, el señor Hall bendijo la mesa con una breve plegaria que luego cantaron los niños: sus jóvenes voces sonaban melodiosas, conmovedoras incluso, al aire libre. Se sirvieron entonces grandes bollos de pasas y té bien azucarado, con un adecuado espíritu de generosidad: no se permitía escatimar nada, aquel día por lo menos: la norma era que cada niño recibiría el doble de lo que le fuera posible comer, ofreciéndoles así una reserva que podrían llevarse a casa para quienes, por la edad, una enfermedad o algún otro impedimento, no habían podido acudir a la fiesta. Mientras tanto, circularon bollos y cerveza entre los músicos y cantantes del coro. Después quitaron los bancos y dejaron a los niños explayarse con juegos permitidos.

Una campana llamó a los maestros y patrones a la escuela; la señorita Keeldar, la señorita Helstone y muchas otras señoras se encontraban ya en el aula. Se había instado a muchas de las criadas de la comarca, además de las esposas de sacristanes, cantantes y músicos, a que hicieran de camareras para la fiesta; todas rivalizaban entre sí en elegancia y pulcritud, y se vieron muchas figuras bonitas entre las más jóvenes. Una decena de ellas, aproximadamente, cortaron el pan y la mantequilla; otra decena se ocupaba del agua caliente, que traían de las calderas de la cocina del rector. La profusión de flores y siemprevivas que decoraban las blancas paredes, la exhibición de teteras de plata y porcelana de vivos colores sobre las mesas, las figuras activas, los rostros radiantes, los vestidos alegres que iban y venían, formaban un espectáculo realmente agradable y vistoso. Todos hablaban, sin alzar la voz, pero con tono alegre, y los canarios lanzaban sus agudos trinos en las jaulas colgadas de lo alto.

Como sobrina del rector, Caroline ocupó su sitio en una de las tres primeras mesas; la señora Boulton y Margaret Hall ejercieron la misma función en las otras dos. En aquellas mesas se sentaría la elite de los invitados; las normas estrictas de la igualdad estaban tan poco de moda en Briarfield como en cualquier otro lugar. La señorita Helstone se quitó el sombrero y el chal para que no le afectara tanto el sofocante calor; sus largos tirabuzones, caídos sobre el cuello, servían casi como velo y, en cuanto al resto, su vestido de muselina seguía la modesta pauta de un hábito de monja, lo que le permitía prescindir del engorro de un chal.

El aula se llenaba: el señor Hall se había sentado junto a Caroline, la cual, mientras reordenaba tazas y cucharitas, comentó con él los acontecimientos del día en voz baja. El señor Hall parecía disgustado sobre lo ocurrido en Royd-lane, y ella intentó sacarlo de su seriedad y hacerle sonreír. La señorita Keeldar estaba sentada cerca de ellos y, por una vez, no hablaba ni reía; estaba, en cambio, muy callada, y miraba a un lado y a otro con aire vigilante:

parecía temer que un intruso pudiera ocupar el asiento contiguo, que aparentemente quería reservar. De vez en cuando extendía su vestido de raso sobre una buena parte del banco, o dejaba en él los guantes o el pañuelo bordado. Caroline percibió al fin estos tejemanejes y quiso saber a qué amigo esperaba. Shirley se inclinó hacia ella, le tocó casi la oreja con los labios rosados y, con la suavidad musical que en ocasiones caracterizaba su tono, cuando lo que decía tendía siquiera remotamente a despertar una dulce y secreta fuente de emociones en su corazón, susurró:

—Espero al señor Moore. Lo vi anoche y le hice prometer que vendría acompañado de su hermana y se sentaría en nuestra mesa. No me decepcionará, estoy segura, pero temo que llegue demasiado tarde y no tenga sitio entre nosotras. Ahí llega un nuevo grupo; ocuparán todos los asientos. ¡Qué fastidio!

En efecto, el señor Wynne, el magistrado, su mujer, su hijo y sus dos hijas, entraban en aquel momento con gran ceremonia. Constituían la pequeña nobleza de Briarfield: su lugar, por supuesto, estaba en la primera mesa y, al ser conducidos hasta ella, ocuparon todos los asientos libres. Para desconsuelo de la señorita Keeldar, el señor Sam Wynne se instaló en el lugar mismo que ella guardaba para Moore, sentándose firmemente sobre su vestido, sus guantes y su pañuelo. Shirley sentía una gran antipatía hacia el joven Sam; tanto más por cuanto mostraba serios síntomas de pretender su mano. También el anciano caballero había manifestado públicamente que la propiedad de Fieldhead y de De Walden eran deliciosamente contagiosas, barbarismo que los rumores no habían olvidado repetir a Shirley.

En los oídos de Caroline resonaba aún el emocionante susurro: «Espero al señor Moore»; su corazón latía aún con fuerza y sus mejillas aún estaban encendidas cuando una nota del órgano ahogó el confuso murmullo de voces. El doctor Boulton, el señor Helstone y el señor Hall se levantaron; todos los demás hicieron lo propio, y se cantó la bendición de la mesa con acompañamiento de órgano; luego empezó el té. Caroline estuvo ocupada cumpliendo con su cometido durante un rato, sin tiempo para distraerse, pero, cuando hubo llenado la última taza, paseó una mirada inquieta por el aula. Había algunas señoras y varios caballeros de pie, sin sitio para sentarse; en uno de esos grupos reconoció a su amiga solterona, la señorita Mann, a la que el buen tiempo había tentado o algún porfiado amigo había convencido de que abandonara su triste soledad para disfrutar de una hora de compañía. La señorita Mann parecía cansada de estar de pie; una señora con sombrero amarillo le llevó una silla. Caroline conocía bien aquel chapeau en satin jaune; conocía los negros cabellos y el rostro amable, aunque de expresión obstinada, que había debajo; conocía aquella robe de soie noire; conocía incluso aquel schal gris de lin; conocía, en resumen, a Hortense Moore, y sintió deseos de

levantarse de un salto y correr hacia ella para besarla, para darle un abrazo por ella y dos más por su hermano. Llegó a levantarse a medias, con una exclamación contenida, y quizá —pues el impulso era muy fuerte— habría atravesado corriendo el aula y la habría saludado, pero una mano la devolvió a su asiento y una voz susurró a su espalda:

—Espera hasta después del té, Lina, y entonces te la traeré.

Y cuando Caroline pudo alzar la vista, lo hizo, y allí estaba Robert en persona, muy cerca de ella, sonriendo al ver su vehemencia, con mejor aspecto del que ella recordaba; tan apuesto, de hecho, a sus ojos, que no se atrevió a permitirse una segunda mirada, pues la imagen de su primo era dolorosamente brillante y se representaba en su memoria tan vívidamente como si la hubieran daguerrotipado en ella con un lápiz de intensa luminosidad.

Moore se acercó a hablar con la señorita Keeldar. Irritada por ciertas atenciones impertinentes de Sam Wynne, y por el hecho de que el mencionado caballero siguiera sentado sobre sus guantes y su pañuelo, y seguramente también por la falta de puntualidad de Moore, Shirley no estaba en absoluto de buen humor. Al principio se encogió de hombros al verlo, y luego dijo unas agrias palabras sobre su «imperdonable tardanza». Moore no se disculpó ni replicó: se quedó cerca de ella en silencio, como si esperara que Shirley se serenara, cosa que hizo en menos de tres minutos, e indicó el cambio ofreciéndole la mano. Moore la cogió con una sonrisa, medio correctiva, medio agradecida: una levísima sacudida de la cabeza señaló delicadamente la primera cualidad; es probable que una suave presión indicara la segunda.

—Ahora siéntese donde pueda, señor Moore —dijo Shirley, también sonriente—; ya ve que aquí no hay sitio para usted, pero veo mucho sitio libre en la mesa de la señora Boulby, entre la señorita Armitage y la señorita Birtwhistle. Vaya; tendrá delante a John Sykes y estará sentado de espaldas a nosotras.

Sin embargo, Moore prefirió quedarse por allí; de vez en cuando daba una vuelta por la amplia aula, deteniéndose en su camino para intercambiar saludos con otros caballeros que se hallaban en su misma situación, pero no dejaba de volver junto al imán, Shirley, llevando consigo, cada vez que volvía, palabras que era necesario susurrarle al oído.

Mientras tanto, el pobre Sam Wynne parecía lejos de encontrarse cómodo: a juzgar por los movimientos de Shirley, su bella vecina de mesa se hallaba en un estado de ánimo de lo más agitado y poco sociable: no se estaba quieta ni dos segundos; tenía calor, se abanicaba, se quejaba de que le faltaba el aire y espacio para moverse. Shirley expresó la opinión de que, cuando la gente acababa de tomarse el té, debería dejar la mesa, y declaró sin ambages que se desmayaría si no cambiaba el estado de cosas. El señor Sam Wynne se ofreció

a acompañarla al exterior; justamente para que así se muriera de frío, alegó ella. En resumen, la situación del caballero se hizo insostenible y, tras haberse bebido el té, juzgó conveniente marcharse.

Moore tendría que haber estado a mano, mas estaba en la otra punta del aula, enzarzado en una conversación con Christopher Sykes. Un importante comerciante en maíz, el señor Timothy Ramsden, se encontraba cerca por casualidad y, sintiéndose cansado de estar de pie, se dispuso a ocupar el asiento vacío. A Shirley no le fallaron los recursos: el vuelo del chal golpeó su taza de té, derramando el contenido entre el banco y su vestido de raso. Por supuesto fue necesario llamar a una camarera para que pusiera remedio al desaguizado: el señor Ramsden, un caballero robusto e hinchado, cuyos bienes eran tan grandes como su persona, se mantuvo alejado del revuelo consiguiente. Shirley, que solía mostrar una indiferencia casi culpable hacia accidentes leves que afectaran a vestidos o cosas similares, causó un alboroto digno de la mujer más delicada y nerviosa. El señor Ramsden abrió la boca, se retiró lentamente y, cuando la señorita Keeldar anunció de nuevo su intención de «dejarse ir» y desmayarse allí mismo, dio media vuelta y se batió en franca retirada.

Moore regresó por fin: observó el alboroto con calma y, examinando con cierto aire burlón el semblante enigmático de Shirley, dijo que verdaderamente aquélla era la parte más calurosa del aula, que la atmósfera allí creada parecía convenir únicamente a temperamentos fríos como el suyo y, haciendo a un lado a camareras, servilletas, el vestido de raso y, en resumidas cuentas, el desorden, se instaló donde el destino había decretado con toda evidencia que se sentara. Shirley se apaciguó; las líneas de sus facciones cambiaron: el ceño alzado y la inexplicable curva de la boca volvieron a ser rectos; la terquedad y la picardía dieron paso a otras expresiones, y todos los movimientos angulares con los que había mortificado el alma de Sam Wynne desaparecieron como por encantamiento. Sin embargo, Moore no recibió ninguna mirada benevolente; al contrario, Shirley le hizo responsable de causarle un montón de trastornos, y le acusó abiertamente de haberla privado del aprecio del señor Ramsden y de la inestimable amistad del señor Samuel Wynne.

—No habría ofendido a ninguno de esos caballeros por nada del mundo —afirmó—. Siempre he tenido por costumbre tratarlos a ambos con una respetuosísima consideración, y ahora, por su culpa, ¡qué trato han recibido! No seré feliz hasta que lo haya arreglado; nunca soy feliz hasta que hago las paces con mis vecinos. De modo que mañana tendré que hacer un peregrinaje hasta el molino de maíz de Royd, aplacar al molinero y alabar el grano; y al día siguiente tendré que visitar De Walden, lugar al que detesto ir, y llevar en mi ridículo media torta de harina de avena para dársela a los perros de muestra favoritos del señor Sam Wynne.

—No me cabe duda de que sabe usted cómo llegar al corazón de todos sus galanes —dijo Moore tranquilamente. Parecía muy satisfecho de haberse asegurado por fin el lugar que ocupaba, pero no pronunció ningún bonito discurso que expresara su satisfacción, y no se disculpó por el trastorno que había causado. Esta flema le favorecía increíblemente: gracias a ella parecía más apuesto por su misma compostura; hacía agradable su proximidad por el modo en que devolvía la paz. Mirándolo nadie habría creído que fuera un hombre pobre y combativo sentado junto a una mujer rica; la calma de la igualdad sosegaba su apariencia: quizá esa calma reinara también en su espíritu. De vez en cuando, por su manera de mirar a la señorita Keeldar cuando le hablaba, cualquiera habría imaginado que su posición se elevaba tanto por encima de la de ella como su estatura. Una luz casi severa iluminaba a veces su frente y despedía destellos en sus ojos: su conversación era animada, aunque limitada a un tono bajo; ella le hacía preguntas insistentes; evidentemente, él negaba a su curiosidad toda la satisfacción que ella exigía. Shirley buscó en una ocasión sus ojos: en su suave, pero ávida expresión, se leía que solicitaba respuestas más claras. Moore sonrió gratamente, pero sus labios siguieron sellados. Entonces ella se molestó y apartó el rostro, pero él volvió a llamar su atención al cabo de dos minutos: pareció hacer promesas, que, aplacándola, consiguió que ella aceptara en lugar de información.

Era evidente que a la señorita Helstone no le sentaba bien el caluroso ambiente del aula, pues palidecía cada vez más a medida que se prolongaba la elaboración del té. En cuanto devolvió las gracias recibidas, abandonó la mesa y se apresuró a salir en pos de su prima Hortense, que se había ido ya en busca de aire fresco, acompañada por la señorita Mann. Robert Moore se levantó al mismo tiempo que ella, quizá con la intención de hablarle, pero aún tenía que intercambiar unas palabras de despedida con la señorita Keeldar y, mientras las pronunciaba, Caroline desapareció.

Hortense acogió a su antigua pupila con una actitud más digna que cordial: la había ofendido gravemente el proceder del señor Helstone, y había considerado en todo momento que Caroline era culpable de haber obedecido a su tío al pie de la letra.

—Eres una auténtica desconocida —dijo, con austeridad, cuando su pupila le cogió la mano y se la estrechó. La pupila la conocía demasiado bien para protestar o quejarse de su frialdad; dejó que pasara el capricho puntilloso, convencida de que la bonté natural de su prima (utilizo la palabra francesa porque expresa justamente lo que quiero decir; no es bondad ni amabilidad, sino algo intermedio) acabaría por imponerse. Así fue: en cuanto examinó bien el rostro de Caroline y observó el cambio que delataban sus facciones algo demacradas, Hortense suavizó su semblante, la besó en ambas mejillas e inquirió con preocupación por su salud; Caroline respondió alegremente. Sin

embargo, se habría visto abocada a un largo interrogatorio, seguido de un interminable sermón sobre esa crítica cuestión, de no haber sido porque la señorita Mann llamó la atención de la interrogadora, pidiendo que la acompañaran a su casa. La pobre inválida se había fatigado ya; su cansancio la había puesto de mal humor, tanto como para no hablar casi con Caroline y, además, el vestido blanco y el aspecto animado de la joven le desagradaron: el vestido corriente de paño marrón o de guingán gris y su aire melancólico cotidiano eran más del gusto de la solterona solitaria; no reconocía apenas a su joven amiga aquella tarde, y se despidió con una fría inclinación de cabeza. Hortense, que había prometido acompañarla a casa, partió con ella.

Caroline buscó entonces a Shirley con la mirada. Vio el chal de tonos irisados y el vestido color púrpura en el centro de un grupo de señoras a las que conocía bien, pero que eran de las que evitaba sistemáticamente siempre que podía. Más tímida en unos momentos que en otros, no tuvo valor entonces para unirse a ellas. No podía, empero, quedarse sola mientras todos los demás formaban grupos o parejas, de modo que se acercó a un grupo de sus alumnas, buenas muchachas, o más bien señoritas, que contemplaban a los varios centenares de niños que jugaban a la gallina ciega.

La señorita Helstone sabía que gustaba a aquellas jóvenes, pero incluso con ellas se sentía tímida fuera de la escuela; no la temían más de lo que Caroline las temía a ellas. Se acercó finalmente, más por hallar protección en su compañía que por mostrarse condescendiente con su presencia. Ellas conocían su debilidad instintivamente, y la respetaban con una cortesía natural. Los conocimientos de Caroline suscitaban su aprecio cuando les enseñaba; su amabilidad le granjeaba su respeto; y, puesto que la consideraban sabia y buena cuando cumplía con su deber, pasaban por alto con benevolencia su evidente timidez fuera del aula; no se aprovechaban de ella. Aun siendo muchachas campesinas, su sensibilidad inglesa bastaba para que no cometieran el error de ser groseras: la rodearon, calladas, corteses y amistosas, recibiendo sus leves sonrisas y sus esfuerzos por conversar, ciertamente torpes, con buena voluntad y buena educación; esta última cualidad era el resultado de la primera, gracias a la cual no tardó en sentirse cómoda.

El señor Sam Wynne se aproximó con grandes prisas para insistir en que las chicas mayores se unieran al juego, así como las pequeñas, y Caroline volvió a quedarse sola. Consideraba la idea de retirarse sigilosamente al interior de la casa cuando Shirley la vio de lejos aislada y acudió a su lado inmediatamente.

—Vayamos a lo alto de los campos —dijo—. Sé que no te gustan las multitudes, Caroline.

—Pero te privaría de un placer, Shirley, alejándote de todas estas personas

distinguidas que buscan tu compañía con tanta persistencia, y con las que puedes mostrarte tan agradable sin artificio ni esfuerzo.

—No sin esfuerzo; estoy cansada ya del ejercicio: no es más que una tarea insípida y estéril la de charlar y reír con las buenas gentes de elevada posición de Briarfield. Me he pasado los últimos diez minutos buscando tu vestido blanco; me gusta observar a los que aprecio en medio de la multitud y compararlos con los demás: así te he comparado a ti. No te pareces a ninguna otra persona, Lina: hay algunos rostros más bonitos que el tuyo aquí; no eres un modelo de belleza como Harriet Sykes, por ejemplo; junto a ella, tu persona tiene una apariencia casi insignificante; pero tienes un aire agradable, tienes un aire reflexivo, eres lo que yo llamo interesante.

—¡Calla, Shirley! Me halagas.

—No me extraña que a tus alumnas les gustes.

—Tonterías, Shirley; hablemos de otra cosa.

—Entonces hablaremos de Moore y lo observaremos; ahora mismo lo estoy viendo.

—¿Dónde? —Y cuando Caroline hizo la pregunta, no miró hacia los campos, sino a los ojos de la señorita Keeldar, como era su costumbre siempre que ésta mencionaba un objeto que divisaba a lo lejos. Su amiga tenía una vista más penetrante que la suya, y Caroline parecía pensar que el secreto de la agudeza de águila podía leerse en sus iris de color gris oscuro, o más bien, quizá, quería tan sólo guiarse por aquellas agudas y brillantes esferas.

—Allí está Moore —dijo Shirley, señalando hacia el otro lado del ancho campo, en el que jugaban un millar de niños y ahora paseaban casi un millar de espectadores adultos—. Allí, ¿no lo distingues con su estatura y su porte erguido? Entre los que lo rodean, tiene el aspecto de un Eliab entre pastores más humildes, de un Saúl en medio de un consejo de guerra, y un consejo de guerra es, si no me equivoco.

—¿Por qué, Shirley? —preguntó Caroline, habiendo captado por fin su objetivo con la mirada—. Robert sólo está hablando con mi tío, y se estrechan la mano; así pues, se han reconciliado.

—Y no sin una buena razón, puedes estar segura: para hacer causa común contra algún enemigo común. ¿Y por qué crees tú que los señores Wynne y Sykes, y Armitage y Ramsden han formado un estrecho círculo en torno a ellos? ¿Y por qué hacen señas a Malone para que se les una? Cuando se le llama, puedes estar segura de que necesitan un brazo fuerte.

Mientras miraba, aumentaba la desazón de Shirley; sus ojos lanzaban chispas.

—No confiarán en mí —dijo—. Siempre es así cuando llega el momento decisivo.

—¿El momento de qué?

—¿No lo notas? Hay un misterio flotando en el ambiente; se espera algún acontecimiento; se prepara alguna cosa, estoy convencida. Lo he visto en la actitud del señor Moore esta tarde; estaba alterado, pero se ha mostrado duro.

—¡Duro contigo, Shirley!

—Sí, conmigo. Lo es a menudo. Raras son las veces que conversamos a solas, pero me han hecho pensar que no tiene un carácter hecho de plumón blando.

—Sin embargo, parecía hablarte con gran amabilidad.

—¿Verdad? Su tono era muy amable y sus maneras discretas, pero ese hombre es autoritario y reservado; su reserva me enoja.

—Sí, Robert es reservado.

—Cosa que no tiene derecho a ser conmigo, sobre todo porque fue él quien comenzó depositando su confianza en mí. No habiendo hecho nada que la desmerezca, no debería serme retirada. Pero supongo que no cree que mi espíritu sea lo bastante férreo para confiar en él en una situación crítica.

—Seguramente teme causarte intranquilidad.

—Una precaución innecesaria: estoy hecha de material elástico, que no se arruga tan fácilmente; debería saberlo. Pero es orgulloso; tiene sus defectos, digas lo que digas, Lina. Observa qué absorto parece ese grupo: no saben que los estamos observando.

—Si seguimos atentas, Shirley, tal vez hallemos la clave de su secreto.

—A partir de ahora se producirán ciertos movimientos insólitos, mañana quizá, posiblemente esta noche. Pero tendré los ojos y los oídos bien abiertos; señor Moore, estará usted bajo vigilancia. Abre bien los ojos tú también, Lina.

—Lo haré. Robert se va; le veo darse la vuelta. Creo que nos ha visto; se estrechan la mano.

—Se estrechan la mano con insistencia —añadió Shirley—, como si ratificaran una solemne alianza de disidentes.

Ambas vieron que Robert abandonaba el grupo, cruzaba una verja y desaparecía.

—Y no se ha despedido de nosotras —musitó Caroline.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando, con una sonrisa,

intentaba ya negar la confesión de decepción que parecían implicar. Por un momento, un rubor espontáneo suavizó y animó a la vez sus ojos.

—¡Oh, eso tiene fácil remedio! —exclamó Shirley—. Le obligaremos a hacerlo.

—¡Obligarle! Eso no es lo mismo —fue la respuesta.

—Será lo mismo.

—Pero se ha ido, no podrás alcanzarlo.

—Conozco un camino más corto que el que ha tomado él; lo interceptaremos.

—Pero, Shirley, yo preferiría no ir.

Caroline dijo esto cuando Shirley la aferró por el brazo y la llevó a toda prisa colina abajo, atravesando los campos. Era inútil resistirse: no había terquedad mayor que la de Shirley cuando se le metía una cosa en la cabeza. Caroline se encontró lejos de la vista de la multitud casi antes de darse cuenta, y en un estrecho sendero sombreado y escondido entre las ramas de los espinos, con el suelo tapizado de margaritas. No se fijó en la luz del sol que dejaba una cuadrícula en la hierba, ni percibió el incienso puro que exhalaban árboles y plantas a aquella hora del día; tan sólo oyó el portillo que se abría en un extremo y supo que Robert se aproximaba. Las largas ramas de los espinos, que cruzaban el sendero frente a ellas, no le dejaron verlas; lo vieron antes que él a ellas. Caroline percibió con una sola ojeada que toda la sociable animación de Robert había desaparecido: la había dejado tras de sí en los campos que rodeaban la escuela, en los que resonaban ecos alegres; lo que quedaba ahora era su semblante sombrío, silencioso y absorto en los negocios. Como había dicho Shirley, tenía un aire de cierta dureza y, aunque sus ojos brillaban, su mirada era severa. Más inoportuno no podía ser el capricho de Shirley: si él hubiera parecido dispuesto a un humor festivo, no habría importado mucho, pero...

—Ya te he dicho que no debíamos venir —dijo Caroline a su amiga con cierta amargura. Parecía realmente alterada; abordar así a Robert, en contra de la voluntad de la propia Caroline y de lo que esperaba él, y cuando era evidente que prefería no ser importunado, fue motivo de un vivo enojo. A la señorita Keeldar no le incomodó lo más mínimo: siguió avanzando y se encaró con su arrendatario, impidiéndole el paso.

—Ha olvidado despedirse de nosotras —dijo.

—¡Que he olvidado despedirme! ¿De dónde salen? ¿Son hadas? Las he dejado a las dos, una vestida de púrpura y la otra de blanco, en lo alto de un terraplén, cuatro campos de por medio, no hace más de un minuto.

—Allí nos dejó y aquí nos encuentra. Le hemos estado observando y seguiremos haciéndolo. Tendrá que responder a nuestras preguntas algún día, pero no ahora; por el momento, lo único que tiene que hacer es desearnos buenas noches y podrá pasar.

Moore observó a una y a otra, sin relajar su actitud.

—Los días festivos tienen sus privilegios, y también los días azarosos —comentó con tono grave.

—Vamos, no moralice; diga buenas noches y pase —insistió Shirley.

—¿Debo desearle buenas noches, señorita Keeldar?

—Sí, y a Caroline también. No creo que le parezca nada nuevo: no es la primera vez que lo hace.

Moore le cogió la mano con una de las suyas y la cubrió con la otra; la miró con expresión grave y amable, pero autoritaria. La heredera no podía convertir a aquel hombre en uno de sus súbditos; en su expresión al mirar el rostro animado de Shirley no había servilismo, y a duras penas homenaje, pero sí interés y afecto, recalcado por otra emoción: algo en su tono al hablar, al igual que en sus palabras, indicaba que ese sentimiento era de gratitud.

—¡Su deudor le desea buenas noches! ¡Que descanse en paz y serenidad hasta la mañana!

—Y usted, señor Moore, ¿qué va a hacer usted? ¿Qué le decía al señor Helstone, con el que le he visto estrecharse la mano? ¿Por qué estaban todos aquellos caballeros reunidos a su alrededor? Deje a un lado la discreción por una vez; sea sincero conmigo.

—¿Quién puede resistírsele? Seré sincero: mañana, si hay algo que contar, lo oirá.

—Ahora —rogó Shirley—, basta de dilaciones.

—Pero ahora sólo le podría contar la mitad de la historia, y mi tiempo es limitado; no tengo un momento que perder. Más adelante compensaré el retraso con una total sinceridad.

—Pero ¿se va usted a casa?

—Sí.

—¿Y no volverá a salir en toda la noche?

—Desde luego. ¡Y ahora, adiós a las dos!

Moore habría cogido la mano a Caroline y la habría unido a la de Shirley, pero no la encontró dispuesta. Caroline había retrocedido unos pasos, y

respondió al adiós de Moore tan sólo con una ligera inclinación de cabeza y una sonrisa seria y amable. Moore no esperó una muestra más cordial, volvió a decir: «¡Adiós!», y desapareció.

—¡Bueno, ya está! —dijo Shirley cuando se quedaron solas—. Le hemos obligado a desearnos buenas noches y no creo que su aprecio por nosotras haya menguado, Cary.

—Espero que no —fue la breve respuesta.

—Te encuentro muy tímida y poco efusiva —comentó la señorita Keeldar—. ¿Por qué no le has tendido la mano cuando él te ha ofrecido la suya? Sois primos; te gusta. ¿Te avergüenza dejar que perciba tu afecto?

—Percibe todo lo que le interesa; no es necesario hacer una exhibición de sentimientos.

—Eres lacónica; serías estoica si pudieras. ¿Es un crimen el amor a tus ojos, Caroline?

—¡Un crimen el amor! No, Shirley: el amor es una virtud divina, pero ¿por qué introducir esa palabra en la conversación? ¡Es extraordinariamente impropio!

—¡Bien! —exclamó Shirley.

Las dos jóvenes recorrieron el frondoso sendero en silencio. Caroline fue la primera en reanudar la charla.

—Entrometerse en asuntos ajenos es un crimen; el descaro es un crimen, y algo repugnante a la vez; pero ¡el amor! ¡Ni el más puro de los ángeles debe avergonzarse de amar! Y cuando veo u oigo que hombre o mujer emparejan la vergüenza con el amor, sé que sus pensamientos son groseros y sus asociaciones degradantes. Muchos que se consideran damas y caballeros refinados, y de cuyos labios pende eternamente la palabra «vulgaridad», no pueden mencionar el «amor» sin traicionar su propia degradación innata y estúpida: lo consideran un sentimiento vulgar que sólo relacionan con ideas groseras.

—Has descrito a tres cuartas partes del mundo, Caroline.

—¿Son fríos, son cobardes, son estúpidos, Shirley? ¡Jamás han amado ni han sido amados!

—¡Tienes razón, Lina! Y en su obtusa ignorancia blasfeman sobre un fuego viviente, traído por serafines de un altar divino.

—¡Lo confunden con las chispas que se elevan desde Tofet!

El súbito y jubiloso tañido de las campanas llamando a todos a la iglesia

interrumpió aquí este diálogo.

CAPÍTULO XVIII
SE RECOMIENDA AL AMABLE LECTOR
QUE PASE AL SIGUIENTE, PUES SE INTRODUCEN EN
ÉSTE PERSONAS DE BAJA CONDICIÓN

La tarde era cálida y sosegada, prometía incluso volverse bochornosa. En torno al sol poniente, las nubes despedían un resplandor púrpura; tintes estivales, más propios de la India que de Inglaterra, se extendían a lo largo del horizonte, y arrojaban sus reflejos rosados sobre la ladera de la colina, la fachada de la casa, el tronco de los árboles, sobre el camino sinuoso y la ondulante hierba de los pastos. Las dos jóvenes bajaron de los campos lentamente; cuando llegaron al cementerio, las campanas habían dejado de sonar, las multitudes se agolpaban en el interior de la iglesia; el paisaje se había vuelto solitario.

—¡Qué agradable es esta tranquilidad! —dijo Caroline.

—¡Y qué calor hará en la iglesia! —replicó Shirley—. ¡Y qué sermón más largo y aburrido dará el doctor Boulby! ¡Y los coadjutores repetirán machaconamente sus oraciones preparadas de antemano! Yo preferiría no entrar.

—Pero se enfadará mi tío, si se da cuenta de nuestra ausencia.

—Yo aguantaré todo el peso de su ira; a mí no me devorará.

Lamentaré perderme su cáustico sermón. Sé que será todo sentido común hacia la Iglesia y todo mordacidad hacia los cismáticos: no olvidará la batalla de Royd-lane. También lamentaré privarte de la sincera y amable homilía del señor Hall, con todos sus briosos modismos de Yorkshire; pero aquí me quedo. La iglesia gris y las tumbas aún más grises tienen un aire divino bañadas en este fulgor carmesí. La naturaleza reza ahora sus plegarias de la tarde: se arrodilla ante esas colinas rojas. La veo prosternada en los escalones de su altar, rezando para que los marineros tengan una noche apacible en el mar, rezando por los viajeros en el desierto, por los corderos en el páramo, y las crías de los pájaros en el bosque. ¡Caroline, la veo! Y te diré cómo es: es lo que era Eva cuando ella y Adán estaban solos en la Tierra.

—Y no es la Eva de Milton, Shirley.

—¡La Eva de Milton! ¡La Eva de Milton!, repito. ¡No, por la Santa Madre

de Dios, no! Cary, estamos solas; podemos decir lo que pensamos. Milton era grande, pero ¿era bueno? Su cerebro era exacto, pero ¿cómo era su corazón? Vio el Cielo; miró hacia abajo, hacia el Infierno. Vio a Satán, y al Pecado, su hijo, y a la Muerte, su horrible proge. Los ángeles formaron ante él sus apretadas huestes: las largas hileras de escudos adamantinos reflejaron en sus órbitas de ciego el indescriptible esplendor de los cielos. Los demonios congregaron sus legiones ante su vista: sus ejércitos sombríos, sin corona y deslustrados, desfilaron delante de él. Milton intentó ver a la primera mujer, pero, Cary, no la vio.

—Hablas con audacia, Shirley.

—Pero digo la verdad. Era su cocinera a la que vio, o a la señora Gill, tal como la he visto yo, haciendo natillas en plena canícula, en la fresca vaquería, junto a la ventana con celosía que da a los rosales y las capuchinas, preparando una colación fría para los rectores: conservas y «dulces cremas», no sabiendo «qué elección será la de mayor delicadeza, ni cuál el orden para evitar una mezcla de gustos inadecuada y sin refinamiento, sino que alterne los sabores, y los realce sin cambios bruscos».

—Y nada de malo hay en ello, Shirley.

—Yo le rogaría que recordara que los primeros hombres que hubo sobre la Tierra fueron los titanes, y que Eva fue su madre: de ella nacieron Saturno, Hiperión, Océano; ella dio a luz a Prometeo.

—¡Hablas como una pagana! ¿Qué significa esto?

—Digo que en aquellos tiempos había gigantes sobre la tierra, gigantes que pretendían trepar al cielo. El pecho de la primera mujer que exhaló el primer hálito de vida dio al mundo la osadía para combatir la omnipotencia: la fortaleza para sobrellevar mil años de esclavitud; la vitalidad para alimentar al buitre mortal durante incontables centurias; la vida inagotable y la excelsitud incorruptible, hermanas de la inmortalidad, que, después de milenios de crímenes, luchas y aflicción, concibió y dio a luz al Mesías. La primera mujer nació del cielo: vasto era el corazón de donde brotaba el manantial de la sangre de las naciones, y grande era la cabeza recta sobre la que descansaba la corona de consorte de la creación.

—Codició una manzana y se dejó engañar por una serpiente; pero has mezclado de tal manera la mitología con las Escrituras que no hay quien te entienda. Aún no me has dicho a quién has visto arrodillada en esas colinas.

—He visto... veo ahora, a una titania: su túnica de aire azul se extiende hasta el límite de los brezales, donde pasta ese rebaño; un velo blanco le cae de la cabeza a los pies como una avalancha, adornados los bordes con arabescos llameantes. Bajo el pecho veo su fajín, púrpura como ese horizonte:

el brillo del lucero vespertino traspasa su arrebol. Sus firmes ojos no puedo describirlos; son claros, son profundos como lagos, están alzados y llenos de veneración, tiemblan por la suavidad del amor y la pureza de la plegaria. Su frente tiene la extensión de una nube y es más pálida que la luna cuando aparece mucho antes de que caiga la oscuridad; reclina su pecho sobre las estribaciones del páramo de Stilbro; debajo se entrelazan sus poderosas manos. Así, arrodillada, habla con Dios cara a cara. Esa Eva es la hija de Jehová, igual que Adán fue su hijo.

—¡Es vaga y quimérica! Vamos, Shirley, tenemos que entrar en la iglesia.

—Caroline, no pienso hacerlo: me quedaré aquí con mi madre Eva, en estos tiempos llamada Naturaleza. ¡Amo su ser inmortal y poderoso! Puede que el Cielo se borrara de su semblante cuando pecó en el Paraíso, pero aún brilla en él cuanto de glorioso hay en la tierra. Me abraza y me muestra su corazón. ¡Silencio, Caroline! Tú también la verás y sentirás lo mismo que yo si nos quedamos calladas.

—Te seguiré la corriente, pero empezarás a hablar otra vez en cuanto pasen diez minutos.

La señorita Keeldar, en quien la suave agitación de la cálida tarde estival parecía ejercer un poder inusitado, se apoyó en una lápida vertical, clavó la vista en el oeste llameante y se sumergió en un agradable trance. Caroline se alejó un poco y paseó a lo largo del muro del jardín de la rectoría, soñando también, a su modo. Shirley había mencionado la palabra «madre»; esta palabra sugería a la imaginación de Caroline no sólo la madre poderosa y mística de la visión de Shirley, sino una amable forma humana, la forma que ella atribuía a su propia madre, a la que no conocía ni amaba, pero a la que no dejaba de añorar.

«¡Ojalá llegue el día en que recuerde a su hija! ¡Ojalá llegue a conocerla y, conociéndola, a amarla!».

Tal era su aspiración.

El anhelo de su infancia volvió a adueñarse de su alma. El deseo que más de una noche la había tenido desvelada, y que el miedo a que fuera un engaño casi había extinguido en los últimos años, se reavivó súbitamente y llenó de calor su corazón: que su madre podía volver un dichoso día y llamarla a su lado, mirarla cariñosamente con ojos maternales y decirle amorosamente, con dulce voz: «Caroline, hija mía, tengo un hogar para ti; vivirás conmigo. Todo el amor que has necesitado desde la infancia, y del que no has disfrutado, lo he guardado para ti. ¡Ven! Ahora es todo tuyo».

Un ruido en el camino despertó a Caroline de sus sueños filiales y a Shirley de sus visiones titánicas. Ambas aguzaron el oído y oyeron el ruido de

cascos de caballos; miraron, y vieron un resplandor entre los árboles: a través del follaje vislumbraron el marcial color escarlata, el brillo de los yelmos y las plumas agitándose. En silencioso orden pasaron seis soldados a caballo.

—Son los mismos que hemos visto esta tarde —susurró Shirley—. Se habían quedado quietos en algún lugar hasta ahora. Desean pasar desapercibidos y se dirigen a su destino ahora que todo está tranquilo y toda la gente se encuentra en la iglesia. ¿No te había dicho que no tardaríamos en ver cosas insólitas?

Apenas se habían perdido de vista los soldados, cuando una nueva perturbación, algo diferente de la primera, vino a alterar el sosiego nocturno: los berridos impacientes de un niño. Las dos jóvenes desviaron la vista hacia la iglesia y vieron salir a un hombre con un niño en brazos —un chico robusto y coloradote de unos dos años de edad— que berreaba con toda la fuerza de sus pulmones; seguramente acababa de despertarse de una cabezada; detrás aparecieron dos niñas de nueve y diez años. La influencia del aire fresco y la atracción de unas flores recogidas de una tumba pronto aquietaron al niño; el hombre se sentó con él y lo balanceó sobre la rodilla con tanta ternura como una mujer; las dos niñas se sentaron una a cada lado.

—Buenas tardes, William —dijo Shirley tras observar al hombre debidamente. Él la había visto antes y era evidente que esperaba a ser reconocido; se quitó entonces el sombrero y sonrió con deleite. Era un personaje de tosca cabeza y rudas facciones, con el rostro muy curtido, aunque no era viejo; su atuendo era decoroso y limpio; el de sus hijas especialmente pulcro; se trataba de nuestro viejo amigo, Farren. Las señoritas se acercaron a él.

—¿No entran ustedes en la iglesia? —preguntó él, mirándolas con satisfacción, aunque teñida de timidez: sentimiento éste que no se debía en modo alguno a que le impresionara su posición social, sino a que sabía apreciar su juventud y su elegancia.

Delante de caballeros —como Moore o Helstone, por ejemplo— William era a menudo un poco obstinado: también con las señoras altivas o insolentes era del todo intratable y, a veces, muy rencoroso, pero al trato afable y cortés respondía del modo más dócil y razonable. Su carácter —terco— rechazaba la inflexibilidad en otras personas, motivo por el que jamás había llegado a gustarle su antiguo patrón, Moore; y, no conociendo la buena opinión que tenía de él dicho caballero, ni el favor que le había prestado secretamente al recomendarlo como jardinero al señor Yorke y, por este medio, a otras familias de los contornos, seguía abrigando resentimiento contra su actitud adusta. En los últimos tiempos había trabajado a menudo en Fieldhead; los modales francos y hospitalarios de la señorita Keeldar eran para él absolutamente

encantadores. A Caroline la conocía desde que era una niña: inconscientemente, era su ideal de señorita. Su amable semblante, su paso, sus gestos, la gracia de su persona y de su atuendo despertaban la vena artística de su corazón campesino: sentía el mismo placer al mirarla que al observar flores raras o ver paisajes amenos. A ambas señoritas les gustaba William: disfrutaban prestándole libros y dándole plantas, y preferían con mucho su conversación a la de mucha gente grosera, severa o pretenciosa de una posición infinitamente más elevada.

—¿Quién hablaba cuando ha salido usted, William? —preguntó Shirley.

—Un caballero al que usted aprecia mucho, señorita Shirley... el señor Donne.

—Parece muy enterado, William. ¿Cómo sabe la estima que le tengo al señor Donne?

—Sí, señorita Shirley, en sus ojos hay a veces un brillo penetrante que la traiciona. Algunas veces es usted muy desdeñosa cuando el señor Donne está cerca.

—¿Ya usted, William, le gusta?

—¿A mí? Estoy harto de los coadjutores, igual que mi mujer. No tienen modales; a los pobres les hablan como si creyeran que son inferiores a ellos. Exageran la importancia de su cargo; es una pena porque su cargo podría dársela, pero no es así. Detesto el orgullo.

—Pero usted también es orgulloso a su modo —intervino Caroline—. Está orgulloso de su casa; le gusta que todo lo que le rodea sea bonito. Algunas veces parece casi demasiado orgulloso para aceptar su salario. Cuando estaba desempleado era demasiado orgulloso para comprar a crédito; de no haber sido por sus hijos, creo que antes se habría muerto de hambre que ir a una tienda sin dinero y, cuando yo quise darle algo, ¡qué difícil resultó conseguir que lo aceptara!

—Eso sólo es cierto a medias, señorita Caroline: siempre prefiero dar que recibir, sobre todo de personas como usted. Fíjese en la diferencia que hay entre nosotros: usted es una muchacha joven y delgada, y yo soy un hombre grande y fuerte; le doblo la edad. No está bien entonces, creo yo, aceptar nada de usted, ni estarle obligado, como se dice; y ese día que vino a nuestra casa y me hizo salir a la puerta para ofrecirme cinco chelines, de los que dudo mucho que pueda prescindir, pues sé que no tiene fortuna propia, ese día fui un rebelde, un radical, un insurrecto, y usted me hizo serlo. Me pareció una vergüenza que yo, que soy perfectamente capaz de trabajar y quiero hacerlo, me encuentre en una situación tal que una muchacha de la edad de mi hija mayor más o menos considere necesario ofrecirme parte de su dinero.

—Supongo que se enfadó conmigo, ¿no, William?

—Casi, en cierto sentido, pero la perdoné en seguida; su intención era buena. Sí, soy orgulloso, y usted también, pero su orgullo y el mío son de buena pasta, lo que en Yorkshire llamamos «orgullo limpio», del que el señor Malone y el señor Donne no tienen la menor idea: el suyo es un orgullo sucio. Bueno, yo enseñaré a mis hijas a ser tan orgullosas como la señorita Shirley y a mis hijos a ser tan orgullosos como yo, pero que ninguno se atreva a ser como los coadjutores; le daría una paliza al pequeño Michael si viera alguna señal de que es como ellos.

—¿Cuál es la diferencia, William?

—Usted sabe cuál es la diferencia perfectamente, pero quiere hacerme hablar. El señor Malone y el señor Donne son casi demasiado orgullosos para hacer algo por sí mismos; nosotros somos demasiado orgullosos para dejar que nadie haga algo por nosotros. Los coadjutores no son capaces de decir algo cortés a los que consideran inferiores a ellos; nosotros no somos capaces de aceptar malos modos de los que creen estar por encima.

—Bien, William, sea lo bastante humilde para decirme con sinceridad qué tal le van las cosas. ¿Va todo bien?

—Señorita Shirley, todo me va muy bien. Desde que empecé a trabajar de jardinero, con ayuda del señor Yorke, y desde que el señor Hall (otro de los que son de buena pasta) ayudó a mi mujer a montar una tiendecita, no tengo nada de que quejarme. Mi familia tiene comida y ropa en abundancia: mi orgullo me lleva a ahorrar una libra aquí y allá, por si vuelven los malos tiempos, porque creo que antes moriría que acudir a la parroquia, y los míos están contentos, igual que yo, pero los vecinos siguen siendo pobres; hay mucha miseria.

—Y supongo que, por consiguiente, sigue habiendo descontento, ¿no? —inquirió la señorita Keeldar.

—Por consiguiente, dice usted bien, por consiguiente. Es normal que la gente que se muere de hambre no pueda estar contenta ni tranquila. La situación en la comarca no es segura, ¡eso se lo puedo jurar!

—Pero ¿qué puede hacerse? ¿Qué más puedo hacer yo, por ejemplo?

—¿Hacer? ¡No puede hacer nada más, pobre muchacha! Ha entregado su dinero y bien está. Si pudiera mandar a su arrendatario, el señor Moore, a Botany Bay, aún sería mejor. La gente le odia.

—¡William, qué vergüenza! —exclamó Caroline, indignada—. Si la gente lo odia, son ellos los que deben avergonzarse, no él. El señor Moore no odia a nadie; sólo quiere cumplir con su obligación y conservar sus derechos. ¡Hace

usted mal en hablar así!

—Digo lo que pienso. Tiene un corazón frío e insensible, ese Moore.

—Pero —intervino Shirley—, suponiendo que a Moore lo echaran del país y que su fábrica fuera arrasada, ¿habría más trabajo para la gente?

—Menos. Lo sé, y ellos lo saben; y más de un muchacho honrado se ha desesperado por la certeza de que, haga lo que haga, no puede mejorar, y hay montones de hombres que no son honrados dispuestos a guiarlos hacia el demonio: canallas que dicen ser «amigos del pueblo», pero que no saben nada del pueblo y son tan falsos como Lucifer. He vivido más de cuarenta años, y creo que «el pueblo» no tendrá jamás ningún amigo sincero más que él mismo, y las dos o tres buenas gentes de diferente posición social que son amigas de todo el mundo. La naturaleza humana, mirada en conjunto, no es más que egoísmo. Se da poquísimas veces, no es más que una excepción de vez en cuando, que personas como ustedes y yo, que pertenecemos a esferas diferentes, podamos entendernos y ser amigos sin servilismo por un lado ni orgullo por el otro. Los que afirman ser amigos de una clase social más baja que la suya por motivos políticos no son de fiar: siempre intentan convertir a sus inferiores en herramientas. Por mi parte, no pienso dejarme guiar por ningún hombre ni permitirle que sea condescendiente conmigo. Últimamente me han hecho ofrecimientos que he visto que eran engañosos, y se los he echado a la cara a los que me los ofrecían.

—¿No nos dirá qué ofrecimientos son éstos?

—No; no haría ningún bien, no serviría para nada; los afectados saben cuidarse.

—Sí, cuidaremos de nosotros mismos —dijo otra voz. Joe Scott había salido pausadamente de la iglesia para tomar un poco de aire fresco y allí estaba.

—Yo te protegeré, Joe —comentó William, sonriente.

—Y yo protegeré a mi patrón —fue la respuesta—. Señoritas —continuó Joe, adoptando un aire señorial—, será mejor que entren en la casa.

—¿Para qué, si puede saberse? —preguntó Shirley, que conocía ya al vigilante. Sabía que era algo entrometido y discutía a menudo con él, pues Joe, que sostenía desdeñosas teorías sobre las mujeres en general, en lo más profundo de su corazón se sentía grandemente ofendido por el hecho de que su patrón y la fábrica de su patrón se hallaran, en cierta manera, bajo el gobierno de unas faldas, y había recibido con amargura como la hiel ciertas visitas de negocios de la heredera a la oficina de contabilidad del Hollow.

—Porque no hay nada aquí que incumba a ninguna mujer.

—¿Ah, no? En la iglesia se reza y se predica; ¿no es eso de nuestra incumbencia?

—No ha estado usted ni en los rezos ni en los sermones, señora, si me he fijado bien. Me refería a la política. William Farren, aquí presente, estaba hablando de eso, si no me equivoco.

—Bien, ¿y qué? La política es una de nuestras preocupaciones habituales, Joe. ¿No sabe que leo el periódico todos los días y dos los domingos?

—Supongo que leerá los anuncios de bodas, y los asesinatos y accidentes, y cosas parecidas, ¿no, señorita?

—Leo los artículos de fondo, Joe, y las informaciones del extranjero, y repaso los precios del mercado. En resumen, leo lo mismo que cualquier caballero.

Por su expresión, Joe parecía pensar que las palabras de Shirley eran como los graznidos de una urraca. Su réplica fue un desdeñoso silencio.

—Joe —prosiguió la señorita Keeldar—, aún no he podido averiguar si eres whig o tory. Dime, por favor, ¿qué partido tiene el honor de contar con tu adhesión?

—Es difícil explicarse cuando uno no está seguro de ser comprendido — fue la altanera respuesta de Joe—, pero, en cuanto a lo de ser tory, antes preferiría ser una vieja, o una mujer joven, que es cosa aún más endeble. Son los tories los que siguen con esta guerra y arruinan el comercio, y si he de ser de algún partido (aunque todos los partidos políticos son tonterías), será del que es más favorable a la paz y, en consecuencia, a los intereses mercantiles de este país.

—También yo, Joe —dijo Shirley, a la que complacía en extremo provocar al vigilante insistiendo en hablar sobre asuntos en los que, según opinión de Joe, ella, como mujer, no tenía derecho a meterse—. Al menos en parte; siento también cierta inclinación por los intereses agrícolas, y buenas razones hay para ello, puesto que no deseo ver Inglaterra sometida a Francia y, si bien una parte de mis rentas procede de la fábrica del Hollow, la que procede de las tierras que la rodean aún es mayor. No sería bueno tomar medidas que perjudicaran a los agricultores, ¿no cree, Joe?

—El relente de la noche no es saludable para las mujeres —comentó Joe.

—Si es por mí por quien se preocupa, puedo asegurarle que soy insensible al frío. No me importaría turnarme con usted para vigilar la fábrica en una de estas noches veraniegas, armada con su mosquete, Joe.

El mentón de Joe Scott era bastante prominente; al oír estas palabras lo adelantó unos centímetros más de lo habitual.

—Pero, volviendo a mis ovejas —prosiguió ella—, aunque soy pañera y dueña de una fábrica, además de agricultora, se me ha metido en la cabeza la idea de que nosotros los industriales y personas de negocios algunas veces somos un poco... muy egoístas y cortos de miras, que nos importa muy poco el sufrimiento humano, y que nuestra codicia nos vuelve despiadados. ¿No está de acuerdo conmigo, Joe?

—No se puede discutir con quien no puede entenderte —fue de nuevo la respuesta.

—¡Es usted un hombre enigmático! Su patrón discute conmigo algunas veces, Joe; no es tan inflexible como usted.

—Quizá no; cada cual es como es.

—Joe, ¿cree usted sinceramente que toda la sabiduría del mundo reside en las cabezas de los hombres?

—Creo que las mujeres son una raza voluble y terca; y siento un gran respeto por las doctrinas que nos enseñan en el capítulo segundo de la Primera Epístola de san Pablo a Timoteo.

—¿Qué doctrinas, Joe?

—«Que las mujeres escuchen en silencio las instrucciones con entera sumisión. Pues no permito a la mujer enseñar ni tomar autoridad sobre el marido; mas estese callada. Ya que Adán fue formado el primero, y después Eva».

—¿Qué tiene eso que ver con los negocios? —alegó Shirley—. Más bien suena a derechos de primogenitura. Se lo comentaré al señor Yorke la próxima vez que lance invectivas contra tales derechos.

—«Y —añadió Joe Scott— Adán no fue engañado, mas la mujer, engañada, fue causa de la prevaricación».

—¡Mayor vergüenza la suya, que pecó con los ojos abiertos! —exclamó la señorita Keeldar—. A decir verdad, Joe, le confieso que siempre me ha intranquilizado ese capítulo: me desconcierta.

—Es muy sencillo, señorita: quien entienda que lo lea.

—Puede leerlo a su manera —comentó Caroline, uniéndose a la conversación por primera vez—. Supongo que admitirá el derecho a la interpretación personal, Joe.

—¡A fe mía que sí! Lo admito y lo exijo para cada renglón de la sagrada Biblia.

—¿Y las mujeres pueden ejercerlo igual que los hombres?

—No; las mujeres deben aceptar la opinión de sus maridos, tanto en política como en religión: es más saludable para ellas.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamaron Shirley y Caroline al unísono.

—Seguro; no hay la menor duda —insistió el tozudo vigilante.

—Dese por censurado y avergüéncese de un comentario tan estúpido —dijo la señorita Keeldar—. Es lo mismo que si dijera que los hombres deben aceptar la opinión de sus sacerdotes sin someterla a examen. ¿Qué valor puede tener una religión así adoptada? No sería más que superstición ciega y embrutecida.

—¿Y cómo interpreta usted, señorita Helstone, esas palabras de san Pablo?

—¡Ejem! Yo... yo las explico de este modo: escribió ese capítulo para una congregación de cristianos en particular y en circunstancias peculiares, y, además, yo diría que si pudiera leer el texto griego original, encontraría que muchas de las palabras se han traducido mal, o no se han entendido en absoluto. No me cabe la menor duda de que, con un poco de ingenio, podría darse la vuelta a todo el pasaje y hacer que dijera: «Que la mujer hable siempre que crea conveniente hacer una objeción; se permite a la mujer enseñar y ejercer autoridad. El varón, mientras tanto, haría mejor en guardar silencio», etcétera.

—Eso no se sostiene, señorita.

—Yo diría que sí. El tinte de mis ideas es más duradero que el de las tuyas, Joe. Señor Scott, es usted una persona absolutamente dogmática, y siempre lo ha sido; prefiero a William.

—Joe cambia mucho en su casa —dijo Shirley—. Yo lo he visto más pacífico que un cordero. No hay un marido mejor en todo Briarfield. Con su mujer no es nada dogmático.

—Mi mujer es modesta y muy trabajadora; el tiempo y las penalidades le han quitado toda la vanidad; pero ése no es su caso, señoritas. Y además, creen saber mucho, pero tengo para mí que no son más que frivolidades lo que conocen. Puedo hablar de un día, hace un año, en que la señorita Caroline entró en la oficina de contabilidad mientras yo estaba empaquetando algo detrás del escritorio grande, y no me vio. Y le enseñó una pizarra con una suma al patrón: no era más que una suma insignificante que nuestro Harry habría hecho en dos minutos. Ella no sabía hacerla; tuvo que enseñarle el señor Moore, y aun así no lo entendió.

—¡Tonterías, Joe!

—No, no son tonterías. Y la señorita Shirley, aquí presente, pretende escuchar al patrón cuando habla de comercio tan atentamente como si no se

perdiera una sola palabra y todo estuviera tan claro como si lo viera en uno de sus espejos; y, mientras tanto, no deja de asomarse a la ventana para ver si la yegua se está quieta, y luego se mira una salpicadura del traje de montar, y luego se fija en las telarañas y el polvo de la oficina de contabilidad y piensa que somos gente sucia y que se dará un maravilloso paseo a caballo por el ejido de Nunnely. De lo que dice el señor Moore no se enteraría menos si hablara en hebreo.

—Joe, eso no son más que calumnias. Le replicaría como merece si no fuera porque la gente empieza a salir de la iglesia; tenemos que dejarle. Adiós, hombre lleno de prejuicios. Adiós, William. Niñas, venid a Fieldhead mañana y elegiréis lo que mejor os parezca de la despensa de la señora Gill.

CAPÍTULO XIX

UNA NOCHE DE VERANO

Había anochecido. El cielo despejado favorecía el resplandor de las estrellas.

—Habrà luz suficiente para ver el camino de vuelta a casa —dijo la señorita Keeldar cuando se despedía de Caroline en la puerta del jardín de la rectoría.

—No debes ir sola, Shirley. Te acompañará Fanny.

—No, no. ¿Qué miedo he de tener en mi propia parroquia? Daría un paseo desde Fieldhead hasta la iglesia cualquier noche amena de pleno verano, tres horas más tarde de lo que es ahora, por el mero placer de ver las estrellas y la posibilidad de encontrar un hada.

—Pero espera hasta que se haya marchado toda esta multitud.

—De acuerdo. Ahora pasa el grupo de las cinco señoritas Armitage. Por ahí vienen el faetón de la señora Sykes, el coche cerrado del señor Wynne, el carro de la señora Birtwhistle; no deseo aguantar la ceremonia de despedirme de todos ellos, así que nos meteremos en el jardín y nos esconderemos entre los codesos durante un rato.

Los rectores, sus coadjutores y mayordomos habían salido al pórtico de la iglesia. Fue mucha la cháchara, los apretones de manos, el felicitarse mutuamente por los sermones respectivos, y el recomendarse tener cuidado con el relente de la noche, etcétera. La muchedumbre se dispersó paulatinamente; los carruajes se alejaron. La señorita Keeldar emergía de su refugio floral justamente cuando el señor Helstone entraba en el jardín e iba a

su encuentro.

—¡Oh! ¡A usted la buscaba! —dijo—. Temía que se hubiera ido ya. ¡Caroline, ven!

Caroline se acercó, esperando, igual que Shirley, que la reprendiera por no haberse dejado ver en la iglesia. Sin embargo, el rector tenía otros asuntos en la cabeza.

—Esta noche no dormiré en casa —dijo—. Acabo de encontrarme con un viejo amigo y le he prometido acompañarle. Seguramente regresaré hacia el mediodía de mañana. Thomas, el sacristán, está ocupado, y no puede venir a dormir a casa como es su costumbre cuando yo me ausento por la noche. Ahora bien...

—Ahora bien —le interrumpió Shirley—, ¿me necesita como caballero, el primer caballero de Briarfield, en definitiva, para ocupar su puesto como señor de la rectoría y guardián de su sobrina y de sus criadas mientras esté usted fuera?

—Exactamente, capitán; he pensado que el puesto le satisfaría. ¿Honraría usted a Caroline hasta el punto de ser su invitada por una noche? ¿Se quedará aquí en lugar de volver a Fieldhead?

—¿Y qué hará la señora Pryor? Me está esperando en casa.

—Yo le enviaré recado. Vamos, quédese. Se hace tarde; la noche es húmeda. No me cabe duda de que Caroline y usted disfrutarán de la mutua compañía.

—Entonces prometo quedarme con ella —respondió Shirley—. Como bien dice, disfrutaremos de la mutua compañía: esta noche no nos separaremos. Vaya, vaya a reunirse con su viejo amigo y no tema por nosotras.

—Si por casualidad se produjera algún incidente durante la noche, capitán, si oyera un pestillo que se abre, un cristal que se rompe, un fuerte ruido de pasos en la casa (y no temo decirle a usted, que esconde un corazón templado y valiente bajo el fajín femenino, que tales lances son muy posibles en los tiempos que corren), ¿qué haría usted?

—No lo sé; me desmayaría quizá, caería al suelo y tendrían que levantarme. Pero, doctor, si me asigna usted un puesto de honor, debe proporcionarme armas. ¿De qué armas dispone en su fortaleza?

—¿Podría empuñar una espada?

—No; me las arreglaría mejor con el cuchillo de trinchar.

—Encontrará uno excelente en el aparador del comedor: es un cuchillo para señoras, ligero y afilado como un puñal.

—Servirá para Caroline, pero a mí tiene que darme un par de pistolas; sé que las tiene.

—Tengo dos pares; uno de ellos puedo ponerlo a su disposición. Las encontrará colgadas de la pared sobre la repisa de la chimenea de mi estudio, en fundas de tela.

—¿Cargadas?

—Sí, pero sin amartillar. Amartíllelas antes de acostarse. Le hago un gran cumplido, capitán, prestándoselas; si fuera usted una de esas personas torpes, no se las dejaría.

—Las cuidaré bien. No se demore más, señor Helstone, puede irse ya. Es muy amable prestándome sus pistolas —comentó cuando el rector cruzó la verja del jardín—. Pero vamos, Lina —añadió—, entremos a cenar algo. Me irritaba tanto la proximidad del señor Sam Wynne durante el té que no he podido comer nada, y ahora estoy hambrienta.

Entraron en la casa y se dirigieron al oscuro comedor; a través de las ventanas abiertas penetraba el aire de la noche, llevando consigo el perfume de las flores del jardín, un sonido muy lejano de pasos que se alejaban por el camino a toda prisa y un suave y vago murmullo, cuyo origen explicó Caroline diciendo, mientras escuchaba desde la ventana:

—Shirley, oigo el discurrir del riachuelo por el Hollow.

Luego tocó la campanilla, pidió una bujía y pan con leche: la cena habitual de la señorita Keeldar, y también la suya. Cuando entró con la bandeja, Fanny habría cerrado las ventanas y los postigos, pero se le pidió que desistiera de momento: el crepúsculo era demasiado sereno y su brisa demasiado balsámica para excluirlos todavía. Comieron en silencio: Caroline se levantó una vez para quitar un jarro de flores del aparador y ponerlo en el alféizar, pues el aroma que exhalaban era demasiado intenso en medio del calor reinante. Al volver a su asiento, Caroline entreabrió un cajón y sacó algo que lanzó un claro destello en su mano.

—Así pues, esto es lo que me has asignado a mí, ¿no, Shirley? Es brillante, afilado y puntiagudo; parece peligroso. Jamás he sentido el impulso que podría incitarme a dirigir esto contra uno de mis semejantes. Me resulta difícil imaginar qué circunstancias podrían animar a mi brazo a golpear con este largo cuchillo.

—Yo detestaría hacerlo —replicó Shirley—, pero creo que podría, si me agujonearan con ciertas exigencias que puedo imaginar. —La señorita Keeldar se bebió tranquilamente su vaso de leche fresca con aire pensativo y un poco pálida; claro que ¿cuándo no estaba pálida? Jamás tenía color en las

mejillas.

Tras beberse la leche y comerse el pan volvieron a llamar a Fanny: a ella y a Eliza les recomendaron que se acostaran, cosa que estaban deseando hacer, cansadas por un día agotador cortando bollos de pasas, llenando hervidores y teteras, y yendo de un lado a otro con bandejas en las manos. Al poco rato se oyó cerrarse la puerta del dormitorio de las doncellas. Caroline cogió una vela y recorrió toda la casa en silencio para comprobar que todas las ventanas estaban cerradas y todas las puertas atrancadas. No eludió siquiera la atestada trascocina ni los sótanos semejantes a criptas. Tras visitarlos, regresó al comedor.

—No hay espíritu y carne en la casa en este momento —dijo— que no debiera estar aquí. Son casi las once, hora ya de acostarse, pero preferiría quedarme aquí un poco más, si no te importa, Shirley. Toma —añadió—, te he traído las pistolas del estudio de mi tío; puedes examinarlas a gusto.

Colocó el par de pistolas sobre la mesa.

—¿Por qué quieres quedarte levantada? —preguntó la señorita Keeldar, cogiendo las armas de fuego; las examinó y volvió a dejarlas sobre la mesa.

—Porque siento una extraña agitación.

—Lo mismo me pasa a mí.

—Me pregunto si este estado de inquietud que no te deja dormir estará causado por una especie de electricidad que hay en el ambiente.

—No, el cielo está despejado y hay infinidad de estrellas; hace buena noche.

—Pero demasiado silenciosa. Oigo el rumor del agua sobre su lecho pedregoso del bosquecillo del Hollow como si discurriera junto al muro del cementerio.

—Me alegro de que la noche sea tan silenciosa: ahora mismo el gemido del viento o de una lluvia impetuosa me alteraría hasta el punto de darme fiebre.

—¿Por qué, Shirley?

—Porque me impediría escuchar.

—¿Escuchas los ruidos que vienen del Hollow?

—Sí, sólo de allí se oye algo en este momento.

—De allí sólo, Shirley.

Ambas se sentaron junto a la ventana y apoyaron los brazos en el alféizar, y ambas inclinaron la cabeza hacia la celosía abierta. Se veían el joven rostro

la una a la otra a la luz de las estrellas y de ese difuso crepúsculo propio de junio que no desaparece completamente del oeste hasta que amanece por el este.

—El señor Helstone cree que no tenemos la menor idea de por qué se ha ido —murmuró la señorita Keeldar—, ni de su propósito, ni de sus preparativos y expectativas, pero yo lo adivino; ¿tú no?

—Algo sí.

—Todos esos caballeros, tu primo Moore incluido, creen que tú y yo estamos ahora durmiendo en nuestra cama, inconscientes.

—Sin preocuparnos por ellos, sin esperar nada ni temer por ellos —añadió Caroline.

Se hizo el silencio durante media hora. También la noche estaba callada; sólo el reloj de la iglesia medía su curso por cuartos. Se intercambiaron breves comentarios sobre el aire fresco: las dos jóvenes se arrebujaron con los chales, volvieron a ponerse el sombrero y reanudaron la vigilancia.

Hacia la medianoche, los ladridos monótonos y fastidiosos del perro de la casa perturbaron la quietud de su vigilia. Caroline se levantó y recorrió en silencio los oscuros pasillos hasta la cocina, a fin de apaciguar al animal con un trozo de pan: lo logró. De regreso al comedor, lo encontró completamente a oscuras, pues la señorita Keeldar había apagado la bujía: el perfil de su figura era visible junto a la ventana, todavía abierta, asomada al exterior. La señorita Helstone no hizo preguntas: se acercó sin hacer ruido. El perro volvió a ladrar ferozmente; de repente se interrumpió y pareció escuchar. Las ocupantes del comedor aguzaron también los oídos, y no sólo para oír el rumor del arroyo de la fábrica: había un sonido más cercano, aunque amortiguado, en el camino, más allá del cementerio; era un ruido medido y rítmico que se acercaba: un ruido sordo de firmes pasos.

El sonido se acercaba. Las que escuchaban comprendieron su dimensión progresivamente. No eran pasos de dos, ni de una docena de hombres; tampoco de una veintena, sino de cientos y cientos. Las jóvenes no veían nada porque los altos arbustos del jardín formaban una pantalla frondosa que ocultaba el camino.

Oír, sin embargo, no bastaba, y así lo comprendieron cuando el grupo de gente siguió avanzando y pareció pasar por delante de la rectoría. Aún se hizo más evidente cuando una voz humana quebró el silencio de la noche, aunque esa voz no pronunció más que una palabra:

—¡Alto!

¡Se hizo el alto! La marcha se detuvo. A continuación se oyeron los

cuchicheos de una conversación, de la que no se distinguió una sola palabra desde el comedor.

—Tenemos que oír eso —dijo Shirley.

Se dio la vuelta, cogió las pistolas de la mesa, cruzó sigilosamente la ventana intermedia del comedor, que era, de hecho, una puerta cristalera, recorrió a hurtadillas el sendero hasta el muro del jardín, y se detuvo a escuchar bajo las lilas. Caroline no habría abandonado la casa de haber estado sola, pero donde fuera Shirley, allá iría ella. Miró el arma que había sobre el aparador, pero no la cogió y, al poco, estaba al lado de su amiga. No se atrevieron a asomarse por encima del muro por miedo a que las descubrieran: se vieron obligadas a acucillarse a su sombra; oyeron estas palabras:

—Parece un edificio viejo y lleno de corredores. ¿Quién vive ahí, aparte del condenado rector?

—Sólo tres mujeres: su sobrina y dos criadas.

—¿Sabes dónde duermen?

—Las chicas, atrás; la sobrina, en una habitación de delante.

—¿Y Helstone?

—Allí está su habitación. Suele tener una luz encendida, pero ahora no la veo.

—¿Por dónde entrarías?

—Si me ordenaran hacer ese trabajo, y Helstone se lo merece, lo intentaría por esa ventana larga que da al comedor. Luego podría subir a tuestas al otro piso, y sé cuál es su habitación.

—¿Cómo te las arreglarías con las mujeres?

—Dejándolas en paz, a menos que chillaran, y en ese caso pronto las haría callar. Sería mejor que el viejo estuviera dormido; despierto sería peligroso.

—¿Tiene armas?

—Armas de fuego, y cargadas.

—Entonces eres un estúpido haciéndonos parar aquí; un disparo daría la alarma: Moore caería sobre nosotros antes de que pudiéramos dar media vuelta. No alcanzaríamos nuestro objetivo principal.

—Vosotros podéis seguir adelante, te digo. Yo solo me ocuparé de Helstone.

Una pausa. A uno del grupo se le cayó el arma que llevaba y que resonó en el camino empedrado; el ruido hizo que el perro de la rectoría volviera a ladrar

con furia, con ferocidad.

—¡Se ha ido todo al garete! —dijo la voz—. Se despertará; un ruido como ése despertaría a los muertos. No nos habías dicho que tenían perro. ¡Maldito seas! ¡Adelante!

Reemprendieron la marcha, pisando con fuerza, con paso de revista, de muchos hombres caminando en fila lentamente. Se habían ido.

Shirley se irguió; recorrió la carretera con la vista, asomándose por encima del muro.

—No queda ni un alma —dijo. Caviló unos instantes—. ¡Gracias a Dios! —fue su siguiente comentario.

Caroline repitió la exclamación, pero su tono no fue tan firme: temblaba como una hoja; se le habían acelerado los latidos del corazón; tenía el rostro frío y la frente húmeda.

—¡Gracias a Dios por nosotras! —repitió—, pero ¿qué pasará en los demás sitios? Han pasado de largo por aquí para ocuparse con mayor seguridad de otros.

—Han hecho bien —replicó Shirley, sin perder la compostura—: los otros se defenderán; pueden hacerlo, los están esperando; con nosotras es diferente. Tenía el dedo en el gatillo de esta pistola. Estaba dispuesta a darle a ese hombre, si entraba, una bienvenida con la que él no contaba, pero tras él venían trescientos más: no tengo trescientas manos ni trescientas armas. No podría haberte protegido a ti, ni a mí misma, ni a las dos pobres mujeres que duermen bajo ese techo; por lo tanto, una vez más doy gracias a Dios de todo corazón por habernos librado de todo daño y del peligro. —Tras una segunda pausa, continuó—: ¿Qué me aconsejan hacer ahora el deber y la sensatez? Me alegra poder decir que no es quedarme aquí, inactiva, sino ir al Hollow, claro está.

—¿Al Hollow, Shirley?

—Al Hollow. ¿Vienes conmigo?

—¿Al mismo sitio al que se dirigen esos hombres?

—Han seguido por la carretera; no nos los encontraremos. El camino que atraviesa los campos es seguro, tranquilo y solitario como sería si discurriera por los aires. ¿Vendrás?

—Sí —fue la respuesta, dada de forma maquinal, no porque quien la dijo deseara, o estuviera dispuesta a ir, o, de hecho, porque sintiera algo más que miedo ante la perspectiva, sino porque creía que no debía abandonar a Shirley.

—Entonces debemos dejar bien cerradas esas ventanas antes de

marcharnos. ¿Sabes para qué vamos, Cary?

—Sí... no... porque tú lo deseas.

—¿Eso es todo? ¿Y eres tan obediente a un mero capricho mío? Qué esposa tan dócil serías para un marido severo. El rostro de la luna no es más blanco que el tuyo en este momento, y el álamo temblón que hay junto a la verja no tiembla más que tus inquietos dedos; ¡y así, sumisa, aterrorizada, consternada y devota, me seguirías a un peligro auténtico! Cary, deja que dé a tu lealtad un motivo: vamos al Hollow por Moore, para intentar ayudarlo, para intentar avisarle de lo que se le avecina.

—¡Pues claro! ¡Soy una estúpida, tonta y ciega, y tú eres aguda y sensata, Shirley! ¡Iré contigo! ¡Iré contigo de buena gana!

—Eso no lo dudo. Morirías ciega y sumisamente por mí, pero por Moore morirías con inteligencia y alegría. Pero lo cierto es que no hay peligro de muerte esta noche; no corremos el menor riesgo.

Caroline se apresuró a cerrar los postigos y celosías.

—No temas que no tenga resuello para correr tan rápido como tú, Shirley. Cógeme de la mano; crucemos directamente por los campos.

—Pero ¿podrás saltar los muros?

—Esta noche sí.

—¿No te dan miedo los setos y los arroyos que por fuerza tendremos que atravesar?

—Puedo atravesarlos.

Emprendieron camino; echaron a correr. Toparon con muchas tapias que las entretuvieron, pero no las desanimaron. Shirley tenía el paso firme y ágil: podía saltar como una cierva cuando le interesaba. Caroline, menos osada y diestra, se cayó un par de veces, y se hizo alguna magulladura, pero volvió a ponerse en pie sin vacilar, afirmando que no se había hecho daño. El último campo estaba rodeado por un seto de espino blanco y perdieron tiempo buscando una brecha para atravesarlo; la abertura, cuando la encontraron, era muy estrecha, pero consiguieron pasar por ella: los largos cabellos, la suave piel, las sedas y muselinas no quedaron intactos, pero lo que lamentaron profundamente fue que aquel obstáculo había estorbado su prisa. Al otro lado del seto encontraron el arroyo, que discurría por su cauce profundo y accidentado: en aquel punto había un estrecho tablón que servía como puente y era el único modo de pasar al otro lado. Shirley había pasado por el tablón sin temor más de una vez; Caroline no se había arriesgado nunca a hacerlo.

—Yo te llevaré en brazos —dijo la señorita Keeldar—. Eres muy ligera y

yo no soy débil; déjame intentarlo.

—Si me caigo, puedes pescarme —fue la respuesta de Caroline, que notó un agradecido apretón en la mano.

Caroline pasó por el tembloroso tablón sin detenerse, como si fuera una prolongación de tierra firme. Shirley, que iba detrás, no mostró mayor resolución ni seguridad que ella. En el estado de ánimo en que se encontraba, y con el objetivo que tenía a la vista, un canal caudaloso y rugiente no habría supuesto una barrera para ninguna de las dos. En aquel momento ni fuego ni agua habrían podido detenerlas: aunque el páramo de Stilbro hubiera estado cubierto de hogueras no habría conseguido pararlas, ni rayos ni truenos ni un diluvio. Sin embargo, un ruido hizo que se detuvieran. Cuando apenas habían puesto el pie en la sólida orilla opuesta, un disparo hendió el aire que llegaba del norte. Pasó un segundo. Más lejano, se produjo un estallido similar en el sur. En el intervalo de tres minutos, otras señales parecidas resonaron en el este y el oeste.

—Pensaba que la primera explosión nos mataba —comentó Shirley, exhalando un largo suspiro—. Me sentía golpeada en las sienes y he decidido que a ti te había traspasado el corazón, pero la reiteración de los disparos lo explica: son señales, a su modo, de que el ataque debe de estar cerca. Ojalá tuviéramos alas; nuestros pies no nos han transportado con la suficiente rapidez.

Tenían que atravesar ahora una parte del bosquecillo. Cuando salieron de él, la fábrica se encontraba justo a sus pies; veían claramente los edificios, el patio; veían la carretera que se extendía más allá. Y la primera ojeada en aquella dirección demostró a Shirley que su conjetura era cierta: habían llegado demasiado tarde para dar la alarma; habían tardado más tiempo del previsto en superar los diversos obstáculos que entorpecían el atajo campo a través.

La carretera, que debería ser blanca, se veía oscura a causa de la masa de hombres que avanzaba: los alborotadores se habían congregado frente a la verja cerrada del patio, y al otro lado una única figura aparentemente hablaba con ellos. La fábrica estaba sumida en la oscuridad y el silencio: no había vida, ni luz, ni movimiento en torno a ella.

—Tenía que estar prevenido; ¡ese al que han encontrado ahí solo no puede ser Moore! —susurró Shirley.

—Lo es. ¡Debo acudir a su lado! Iré a su lado.

—Eso sí que no.

—¿Para qué he venido entonces? Sólo por él. Yo iré a su lado.

—Por suerte, no está en tus manos: no hay entrada al patio.

—Hay una pequeña entrada en la parte de atrás, además de la verja; se abre mediante un mecanismo secreto que yo conozco. Lo intentaré.

—No sin mi permiso.

La señorita Keeldar sujetó a Caroline por la cintura con ambos brazos y la retuvo.

—No darás un solo paso —prosiguió con tono autoritario—. En este momento, a Moore le escandalizaría y le avergonzaría vernos a una o a otra. Los hombres no quieren nunca mujeres cerca en ocasiones de auténtico peligro.

—Yo no le molestaré, le ayudaré —fue la contestación.

—¿Cómo? ¿Inspirándole heroísmo? ¡Bah! No estamos en los tiempos de los libros de caballerías; esto no es un torneo del que vayamos a ser espectadoras, sino una lucha por el dinero, los alimentos y la vida.

—Es natural que yo esté a su lado en estos momentos.

—¿Como reina de su corazón? ¡Su fábrica es su amante, Cary! Con el respaldo de su fábrica y sus telares, tiene todo el aliento que necesita y que conoce. No es por amor ni por belleza, sino por los libros mayores y los paños finos por lo que va a romper una lanza. No seas sentimental; Robert no lo es.

—Yo podría ayudarle. Iré a buscarlo.

—Pues ve. Te suelto; ve a buscar a Moore; no lo encontrarás.

Shirley soltó la cintura de Caroline, que salió corriendo como la recta flecha del arco; a su espalda resonó una risa burlona, de mofa.

—¡Fíjate bien en que no te hayas equivocado! —fue la advertencia que recibió.

Se había equivocado. La señorita Helstone se detuvo, vaciló, miró. La figura se había retirado súbitamente de la verja y corría a toda prisa hacia el interior de la fábrica.

—¡Date prisa, Lina! —gritó Shirley—. Alcánzalo antes de que entre.

Caroline regresó lentamente.

—No es Robert —dijo—. No tiene su altura, ni su figura, ni su porte.

—He visto que no era Robert cuando te he dejado marchar. ¿Cómo has podido creerlo? Era la figura menuda y desastrada de un soldado raso, que han apostado como centinela. Ahora está a salvo en la fábrica, he visto que le abrían la puerta para que entrara. Estoy más tranquila; Robert estaba

prevenido: nuestro aviso habría sido superfluo, y ahora doy gracias por haber llegado demasiado tarde para darlo: nos hemos ahorrado una escena. ¡Qué agradable entrar en la oficina de contabilidad toute éperdue y encontrarse en presencia de los señores Armitage y Ramsden fumando, de Malone fanfarroneando, de tu tío sonriendo socarronamente, del señor Sykes bebiendo licor, y de Moore en su vena de frío hombre de negocios!; me alegro de habérmelo perdido.

—¿Crees que hay mucha gente en la fábrica, Shirley?

—Suficientes para defenderla. Los soldados que hemos visto dos veces hoy venían aquí, sin duda, y el grupo que vimos rodeando a tu primo en los campos estará ahora con él.

—¿Qué hacen ahora, Shirley? ¿Qué es ese ruido?

—Hachas y palancas intentando abrir la verja del patio; la están forzando. ¿Tienes miedo?

—No, pero el corazón me late muy deprisa; me cuesta mantenerme en pie. Me sentaré. ¿A ti no te afecta todo esto?

—Desde luego que sí, pero me alegro de haber venido: así veremos lo que ocurre con nuestros propios ojos; estamos en el mejor sitio sin que nadie lo sepa. En lugar de asombrar al coadjutor, al fabricante de paños y al tratante de maíz con una romántica aparición en el escenario, estamos a solas con la amigable noche, sus estrellas mudas y esos árboles susurrantes, cuyo rumor nuestros amigos no vendrán a escuchar.

—Shirley... ¡Shirley, han derribado la verja! Ese chasquido ha sido como el de unos árboles grandes al caer. Ahora entran en tropel. ¡Derribarán las puertas de la fábrica igual que han hecho con la verja! ¿Qué podrá hacer Robert contra tantos? ¡Ojalá pudiera estar un poco más cerca de él, oírle hablar, hablarle yo! Con mi voluntad, con mi deseo de serle de ayuda, no sería un estorbo inútil en su camino. Podría servirle para algo.

—¡Ahí van! —exclamó Shirley—. ¡Con qué firmeza avanzan! Hay disciplina entre sus filas; no diré que es valor: cientos contra unas decenas no demuestran esa cualidad, pero —bajó la voz— hay sufrimiento y desesperación en ellos; con ese acicate se lanzarán hacia adelante.

—Se lanzarán contra Robert, y le odian. Shirley, ¿es grande el peligro de que consigan la victoria?

—Ya veremos. Moore y Helstone son «hijos de la tierra», no hay nada en ellos de timoratos ni de cobardes.

Un chasquido, ruido de cristales rotos, de algo que se hacía añicos, interrumpió sus cuchicheos. Una andanada de piedras, lanzadas al unísono,

había caído sobre la fachada de la fábrica, y todos los cristales de las ventanas yacían ahora hechos pedazos en el suelo. A este ataque le siguió un grito: el de los alborotadores del norte de Inglaterra, de Yorkshire, de West-Riding, de la comarca textil de West-Riding en Yorkshire. ¿Tal vez no has oído nunca ese grito, lector? Tanto mejor para tus oídos, quizá también para tu corazón, pues si hiende el aire para lanzar su odio contra ti mismo, o contra los hombres o los principios que tú apruebas, y contra una industria a la que tú deseas lo mejor, el grito del odio despierta la ira en ti: el león agita su melena y se levanta al oír el aullido de la hiena; una casta se alza, airada, contra otra casta; y el espíritu indignado, agraviado, de la clase media arremete con ardor y desprecio contra la masa hambrienta y furibunda de la clase obrera. Es difícil ser tolerante y justo en tales momentos.

Caroline se incorporó; Shirley la rodeó con el brazo, y las dos siguieron así unidas como los rectos troncos de sendos árboles. El grito fue prolongado y, cuando cesó, la noche seguía impregnada por el vaivén y los murmullos de una multitud.

—¿Qué pasará ahora? —fue la pregunta de las que escuchaban. No ocurrió nada. La fábrica seguía muda como un mausoleo.

—¡No es posible que esté solo! —susurró Caroline.

—Apostaría todo lo que tengo a que no está solo ni siente la menor alarma —replicó Shirley.

Los alborotadores hicieron unos cuantos disparos. ¿Era esta señal lo que esperaban los defensores? Al parecer, sí. La fábrica, inerte y pasiva hasta entonces, se despertó: desde el otro lado de las ventanas surgieron los disparos; una andanada de fuego de mosquetes resonó en el Hollow.

—¡Moore responde al fin! —dijo Shirley—, y parece tener el don de lenguas; no ha sido una única voz la que ha respondido.

—Ha sido prudente; nadie le podrá acusar de temerario —alegó Caroline—. Los disparos de la multitud han precedido a los suyos; han derribado su verja, han roto sus ventanas y han hecho fuego contra su guarnición antes de que él repeliera el ataque.

¿Qué sucedía ahora? En la oscuridad era difícil distinguirlo, pero era evidente que se renovaba el tumulto con mayor intensidad: feroces ataques, que eran rechazados con desesperación; el patio de la fábrica, la fábrica misma eran escenario de una auténtica batalla. El rugir de las armas de fuego no callaba más que para dejar oír fragores de lucha, avances precipitados y grandes voces. El objetivo de los atacantes parecía ser entrar en la fábrica, el de los defensores, impedirselo. Se oyó gritar al cabecilla de los rebeldes:

—¡A la parte de atrás, muchachos!

Se oyó una voz responder:

—¡Venid por donde queráis, os estaremos esperando!

—¡A la oficina de contabilidad! —fue de nuevo la orden.

—¡Bien venidos! ¡Allí os recibiremos! —fue la réplica. Y, a continuación, estalló frente a la oficina de contabilidad el más violento cruce de disparos y el alboroto más ruidoso que se había oído hasta entonces, cuando la masa de rebeldes se precipitó hacia allí.

La voz que había hablado desde la fábrica era la de Moore. Por su tono, Shirley y Caroline notaron que el fragor de aquella lucha lo había enardecido; adivinaron que el instinto combativo se había despertado en todos aquellos hombres que peleaban unos contra otros, y que se había impuesto de momento sobre el raciocinio humano. Las dos jóvenes tenían el rostro encendido y el pulso acelerado; ambas sabían que no serviría de nada mezclarse en aquella refriega: no deseaban dar golpes ni recibirlos, pero tampoco querían huir, ni siquiera Caroline. No se desmayarían, ni apartarían los ojos de la terrible y sombría escena, de la nube de humo producida por los disparos de mosquetes, por nada del mundo.

«¿Cómo y cuándo acabará esto?», era el interrogante que hacía latir con fuerza sus corazones. ¿Se presentaría una coyuntura favorable a su intervención?; eso era lo que esperaban saber, pues, aunque Shirley había restado importancia a su llegada tardía con una broma, y estaba siempre dispuesta a satirizar su propio entusiasmo o el de cualquier otra persona, habría regalado una granja de sus mejores tierras a cambio de la ocasión de prestar un buen servicio.

Esa oportunidad no le fue concedida; la coyuntura esperada no se presentó, como era lo más lógico. Hacía días que Moore esperaba aquel ataque, tal vez semanas, y estaba preparado hasta el último detalle. Había fortificado su fábrica, que era de por sí una fortaleza; era un hombre valiente y con un gran aplomo, y se aprestó a la defensa con firmeza inquebrantable; los que se hallaban junto a él captaron este espíritu e imitaron su comportamiento. Jamás los alborotadores habían tenido un recibimiento semejante. En otras fábricas que habían atacado no habían encontrado resistencia; no soñaban siquiera con verse frente a una defensa resuelta y organizada. Cuando sus cabecillas vieron que la fábrica no cesaba de escupir fuego, fueron testigos de la presencia de ánimo y la determinación de su dueño, y oyeron cómo los desafiaba fríamente, invitándolos a enfrentarse con la muerte, y vieron a los heridos que caían a su alrededor, comprendieron que no tenían nada que hacer allí. Reagruparon sus fuerzas a toda prisa y las guiaron lejos de la fábrica; se pasó lista, y los

hombres respondieron con números en lugar de nombres; luego se dispersaron por los campos, dejando en silencio y ruinas el campo de batalla. El ataque no había durado ni una hora de principio a fin.

El nuevo día estaba al llegar: el oeste seguía oscuro, el este empezaba a brillar. Pudiera parecer que las jóvenes que habían presenciado esta refriega estarían deseosas de reunirse sin tardanza con los vencedores, en cuyo bando habían depositado todas sus esperanzas, pero se acercaron a la dañada fábrica con suma cautela, y cuando, de pronto, apareció un grupo de soldados y caballeros en la gran puerta que daba al patio se ocultaron rápidamente en el interior de un cobertizo, el depósito de maderas y hierros viejos, desde donde podían ver sin ser vistas.

El espectáculo no era alentador: el recinto de la fábrica era ahora un borrón desolador en el paisaje bajo el amanecer estival. El bosquecillo que había más arriba estaba sumido en las sombras y cubierto por el rocío, la colina que lo coronaba mostraba su verdor, pero justo en el centro del ameno valle, la discordia, que había campado por sus respetos durante la noche, había pisoteado el terreno con sus pesados cascos, dejándolo aplastado. La fábrica bostezaba, ruinosa, con sus marcos sin cristales; el patio estaba totalmente cubierto de piedras y trozos de ladrillos y, cerca del edificio, de brillantes fragmentos de cristales; mosquetes y otras armas de fuego estaban desperdigados entre los despojos; en la grava se veía más de una mancha de intenso color carmesí; un cuerpo humano yacía boca abajo junto a la verja, y cinco o seis hombres heridos se agitaban y gemían en el polvo ensangrentado.

A la señorita Keeldar se le alteró el semblante ante esta visión; era el resabio de la batalla, cuando el dolor y la muerte sustituyen la emoción y el esfuerzo; era la negrura que deja un intenso fuego cuando se apagan sus llamaradas y se enfrían sus rescoldos.

—Esto es lo que yo quería evitar —dijo, con una voz cuya cadencia traicionaba el pulso acelerado de su corazón.

—Pero no has podido; hiciste cuanto estuvo a tu alcance, pero fue en vano —dijo Caroline para consolarla—. No te lamentes, Shirley.

—Lo siento por esos pobres hombres —respondió, y el brillo de sus ojos se disolvió en lágrimas—. Me gustaría saber si hay algún herido entre los que estaban dentro de la fábrica. ¿No es ése tu tío?

—Sí, y ahí está el señor Malone y, ¡oh, Shirley! ¡Ahí está Robert!

—Bueno —dijo Shirley, recobrando su tono habitual—, no me aprietes tanto la mano. Ya lo veo, no hay nada extraordinario en ello. Sabíamos que él, por lo menos, estaba allí, fueran cuales fueran los ausentes.

—¡Viene hacia nosotras, Shirley!

—Hacia la bomba de agua, más bien, con el propósito de lavarse las manos y la frente, donde tiene un rasguño, según veo.

—Está sangrando, Shirley; no me sujetes, debo ir con él.

—Ni hablar.

—¡Está herido, Shirley!

—¡Bobadas!

—Pero debo ir con él; lo deseo tanto. No puedo soportar que me lo impidas.

—¿Para qué?

—Para hablar con él, para preguntarle cómo está y qué puedo hacer por él.

—Para importunarlo y hacer que se enoje; para hacer el ridículo y ridiculizarlo a él ante sus soldados, el señor Malone, tu tío y los demás. ¿Crees que eso le gustaría? ¿Te gustaría a ti recordarlo dentro de una semana?

—¿Habré de ser siempre reprimida y sujeta? —preguntó Caroline, algo colérica.

—Por su bien, sí. Y más aún por el tuyo. Te aseguro que si te presentaras ante él en este momento, te arrepentirías antes de que pasara una hora, y también Robert.

—¿Crees que a él no le gustaría, Shirley?

—Mucho menos de lo que le gustó que le obligáramos a decirnos buenas noches, lo que a ti tanto te fastidió.

—Pero aquello era un juego; no corría peligro.

—Y esto es un asunto muy serio; no debemos agobiarlo.

—Sólo deseo ir junto a él porque es mi primo, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo perfectamente. Pero míralo. Se ha limpiado la frente y ha dejado de sangrar; la herida no era más que un rasguño, lo veo desde aquí. Ahora va a ocuparse de los heridos.

El señor Moore y el señor Helstone, efectivamente, recorrieron el patio para examinar a todas las figuras postradas. Dieron instrucciones para que llevaran a los heridos al interior de la fábrica. Una vez cumplido este deber, Joe Scott recibió la orden de ensillar el caballo de su patrón y el poni del señor Helstone, y ambos caballeros montaron y se alejaron al galope en busca de ayuda médica en diferentes direcciones.

Caroline no se había sosegado aún.

—Shirley, Shirley, me hubiera gustado hablar con él antes de que se fuera —musitó, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Por qué lloras, Lina? —preguntó la señorita Keeldar con cierta severidad—. Deberías alegrarte en lugar de estar triste. Robert ha salido prácticamente ileso, ha vencido, ha sido frío y valiente en el combate, y se muestra considerado tras la victoria. ¿Es éste un momento adecuado para llorar? ¿Qué motivo tienes?

—Tú no sabes lo que esconde mi corazón —dijo la otra con tono implorante—, no sabes cuánto sufre y se desespera, ni cuál es la causa. Comprendo que te regocijen la grandeza y la bondad de Robert; también a mí me alegran en cierto sentido, pero, por otro lado, me siento tan desgraciada... Estoy demasiado alejada de él, cuando antes tan cerca estaba. Déjame sola, Shirley, déjame llorar un rato; me alivia.

La señorita Keeldar se dio cuenta de que su amiga temblaba de pies a cabeza y dejó de amonestarla. Salió del cobertizo para dejarla llorar en paz. Fue lo mejor: al cabo de unos minutos, Caroline se reunió con ella, ya apaciguada, y dijo, con su tono habitual, amable y dócil:

—Vamos, Shirley, volvamos a casa. Te prometo no volver a intentar ver a Robert hasta que él me lo pida. Jamás intentaré imponerle mi presencia. Te agradezco que me hayas impedido hacerlo ahora.

—Lo he hecho con buena intención —dijo la señorita Keeldar—. Bien, querida Lina —prosiguió—, giremos el rostro hacia la fresca brisa matinal y regresemos caminando tranquilamente a la rectoría. Volveremos a entrar en ella con el mismo sigilo con que la hemos abandonado; nadie sabrá dónde hemos estado, ni lo que hemos visto esta noche; en consecuencia, no nos zaherirán ni habrá malas interpretaciones. Mañana iremos a ver a Robert con el ánimo alegre, pero no diré más por ahora, porque de lo contrario podría echarme a llorar. Parezco cruel contigo, pero no lo soy.

CAPÍTULO XX

EL MAÑANA

Las dos muchachas no encontraron un alma viviente en su camino de vuelta a la rectoría. Entraron en ella sin hacer ruido y subieron la escalera sin ser oídas: el amanecer les procuró la luz que necesitaban. Shirley fue en busca de su cama inmediatamente y, aunque la habitación le era desconocida —pues

nunca antes había dormido en la rectoría— y la escena reciente no tenía parangón con ninguna otra que hasta entonces le hubiera tocado en suerte presenciar, por la emoción y el terror experimentados, a pesar de todo, en cuanto apoyó la cabeza en el almohadón, un sueño profundo y reparador cerró sus ojos y apaciguó sus sentidos.

Una salud perfecta era el envidiable don de Shirley; si bien era cariñosa y comprensiva, no era nerviosa: las emociones intensas podían despertar y alterar su espíritu sin agotarlo; la tempestad la agitaba y trastornaba mientras duraba, pero no doblegaba su flexibilidad ni marchitaba su frescura. De igual modo que cada día suponía nuevas emociones y estímulos, cada noche le proporcionaba un descanso vigorizante. Caroline la contempló mientras dormía y leyó la serenidad de su espíritu en la belleza de su hermoso semblante.

En cuanto a ella, que era de un temperamento distinto, no pudo dormir. La sencilla emoción del té y de la fiesta escolar habría bastado por sí sola para que pasara una noche agitada; no era probable que el efecto del terrible drama que acababa de representarse ante sus ojos se disipara en unos días. Fue inútil incluso intentar recostarse; se sentó, pues, junto a Shirley, y contó los lentos minutos mientras contemplaba la ascensión del sol de junio en el cielo.

La vida se consume rápidamente si se vela toda la noche con la frecuencia excesiva con que lo hacía Caroline en los últimos tiempos; son vigiliias en las que el espíritu —privado de un agradable alimento, sin el maná de la esperanza, sin la miel de los recuerdos felices— intenta vivir de la exigua dieta de los deseos y, al no obtener de ella ni disfrute ni sustento, sintiéndose presto a perecer por un apetito voraz, recurre a la filosofía, a la fuerza de voluntad, a la resignación; invoca a esos dioses para pedirles ayuda, los invoca en vano: ni lo oyen, ni lo ayudan, y languidece.

Caroline era cristiana; por lo tanto concebía en su aflicción muchas plegarias según el credo cristiano, que rezaba con profunda seriedad, rogando que se le concediera paciencia, fortaleza y consuelo. Este mundo, sin embargo, todos lo sabemos, es un valle de lágrimas y, pese a los resultados favorables que hubieran podido producir sus peticiones, le parecía que no se escuchaban ni atendían. Creía, a veces, que Dios le había vuelto la espalda. En algunos momentos era calvinista y, hundiéndose en el abismo de la desesperación religiosa, veía cernerse sobre ella la condena de la reprobación.

La mayoría de las personas pasan por un período o períodos en la vida en los que se sienten abandonados, en los que, tras haber mantenido viva la esperanza contra toda posibilidad, viendo aplazado el día de su cumplimiento a pesar de todo, acaban con el corazón realmente enfermo. Es un momento terrible, pero a menudo es esa caída en la más absoluta negrura la que precede

a un nuevo amanecer, ese punto de inflexión del año en que el helado viento de enero barre la tierra yerma trayendo consigo, a la vez, el lamento del invierno que se va y el prelude de la primavera que llega. Sin embargo, los pájaros muertos de frío no comprenden las ráfagas que los hacen temblar; la misma incapacidad tiene el alma sufriente para reconocer, en el momento de su mayor aflicción, el alba que la ha de liberar. No obstante, no deje el que sufre de confiar en el amor y la fe en Dios: Dios jamás le engañará, jamás lo abandonará del todo. «A quien Él ama, Él lo castiga». Éstas son palabras ciertas, y no deberían ser olvidadas.

En la casa se detectó por fin movimiento: las sirvientas se habían levantado; abajo se abrían los postigos. Cuando abandonó la cama, que para ella no había sido más que un lecho de espinos, Caroline sintió ese resurgir del espíritu que el retorno del día, de la actividad, produce en todos aquellos que no han desesperado por completo ni se están muriendo: se vistió con esmero, como de costumbre, procurando arreglarse el peinado y el atuendo de manera de que no fuera visible exteriormente la extrema melancolía de su corazón; cuando las dos estuvieron vestidas, tenía un aspecto tan fresco como el de Shirley, pero la mirada de la señorita Keeldar era vivaz, y la de la señorita Helstone era lánguida.

—Hoy tengo muchas cosas que decirle al señor Moore —fueron las primeras palabras de Shirley, y en su rostro se notaba que la vida para ella estaba llena de interés, expectación y ocupaciones—. Tendrá que aguantar mi interrogatorio —añadió—: Estoy segura de que cree haber sido más listo que yo. Así es como los hombres tratan a las mujeres, ocultándoles el peligro, pensando, supongo, que así les ahorran sufrimiento. Ellos creen que no sabemos dónde estuvieron anoche; nosotras sabemos que ellos no imaginan dónde estuvimos nosotras. Creo que a los hombres les parece que el cerebro de las mujeres es como el de los niños. Claro que en eso se equivocan.

Esto lo decía mientras se miraba en el espejo y hacía tirabuzones con sus cabellos, ondulados de por sí, enrollándolos en torno a los dedos. Volvió a sacar a colación el mismo tema cinco minutos después, mientras Caroline le abotonaba el vestido y le abrochaba el fajín.

—Si los hombres pudieran vernos como realmente somos, se asombrarían; pero los hombres más inteligentes y agudos se engañan a menudo con respecto a las mujeres: no saben verlas a su auténtica luz, no las entienden, ni para bien ni para mal: la mujer que consideran buena es una cosa extraña, medio ángel, medio muñeca; la mujer que creen mala es casi siempre un demonio. ¡Tener que oír, además, cómo se extasían con las creaciones de otros, adorando a la heroína de tal poema, novela u obra teatral, tachándola de hermosa, de divina! Hermosa y divina puede que lo sea, pero casi siempre es totalmente artificial, falsa como la rosa de mi mejor sombrero, que tengo aquí. Si dijera lo que

pienso sobre este asunto; si diera mi verdadera opinión sobre algunos de los principales personajes femeninos de obras de primera categoría, ¿dónde estaría? Muerta bajo un montón de piedras vengadoras en media hora.

—Shirley, hablas y te mueves tanto que no puedo abrocharte; estate quieta. Y, al fin y al cabo, las heroínas de los escritores son casi tan buenas como los héroes de las escritoras.

—En absoluto, las mujeres interpretan a los hombres con mayor veracidad que los hombres a las mujeres. Lo demostraré en una revista algún día, cuando tenga tiempo; pero no lo incluirían; lo rechazarían dándome las gracias y tendría que ir a recogerlo al periódico.

—Desde luego. No podrías hacer un artículo inteligente, porque no tienes los conocimientos necesarios. No eres una persona culta, Shirley.

—Dios sabe que no puedo contradecirte, Cary: soy tan ignorante como una piedra. Me queda el consuelo de saber que tú no eres mucho mejor.

Bajaron a desayunar.

—Me gustaría saber qué tal han pasado la noche la señora Pryor y Hortense Moore —dijo Caroline mientras preparaba el café—. ¡Qué egoísta soy! No había pensado en ellas hasta ahora; habrán oído todo el tumulto, con lo cerca que están Fieldhead y la casa del Hollow, y Hortense es asustadiza para esas cosas, como sin duda lo es la señora Pryor.

—Créeme, Lina. Moore se las habrá ingeniado para alejar a su hermana. Hortense se fue ayer con la señorita Mann a su casa; seguro que su hermano le pidió que se quedara con ella a pasar la noche. En cuanto a la señora Pryor, reconozco que estoy intranquila, pero dentro de media hora iremos a verla.

A aquella hora la noticia de lo ocurrido en el Hollow se había extendido por toda la zona. Fanny, que había ido a Fieldhead en busca de leche, regresó a toda prisa, jadeante, y explicó que se había librado una batalla en la fábrica del señor Moore por la noche, y que, a decir de algunos, habían muerto veinte hombres. Mientras Fanny estaba ausente, el mozo del carnicero había informado a Eliza de que la fábrica había ardidado hasta los cimientos. Ambas mujeres irrumpieron en el gabinete para anunciar estos terribles sucesos a las señoritas, y finalizaron su relato claro y preciso con la afirmación de que estaban seguras de que el rector debía de haber tomado parte en todo aquello; estaban convencidas de que él y Thomas, el sacristán, debían de haberse unido al señor Moore y a los soldados. Tampoco se sabía nada del señor Malone en su alojamiento desde la tarde del día anterior, y la mujer y los hijos de Joe Scott estaban angustiadísimos, preguntándose qué había sido del cabeza de familia.

Apenas se había transmitido esta información cuando unos golpes en la puerta de la cocina anunciaron al recadero de Fieldhead, que llegaba a la carrera con una nota de la señora Pryor. Escrita apresuradamente, instaba a la señorita Keeldar a regresar de inmediato, pues parecía probable que la casa y sus alrededores se encontraran en una gran confusión, y habrían de darse órdenes que sólo la dueña podía determinar. En la posdata se rogaba que no dejara sola a la señorita Helstone en la rectoría; era mejor, sugería, que la acompañara.

—En eso opinamos lo mismo —dijo Shirley mientras se ataba el sombrero, y luego corrió en busca del de Caroline.

—Pero ¿qué harán Fanny y Eliza? ¿Y si regresa mi tío?

—Tu tío aún tardará en volver; tiene otros asuntos que atender. Se pasará el día al galope, yendo y viniendo de Stilbro, para despertar a magistrados y oficiales del ejército; la mujer de Joe Scott y la del sacristán pueden hacer compañía a Fanny y Eliza. Además, claro está, no hay que temer ya ningún peligro inminente: pasarán varias semanas antes de que los alborotadores puedan volver a causar disturbios, o a planear un nuevo ataque; además, o mucho me equivoco, o Moore y el señor Helstone aprovecharán la insurrección de anoche para sofocarla por completo: infundirán el temor a las autoridades de Stilbro para obligarlas a tomar medidas drásticas. Sólo espero que no sean demasiado severos, que no persigan a los vencidos con demasiado rigor.

—Robert no será cruel; ya lo vimos anoche —dijo Caroline.

—Pero será implacable —replicó Shirley—, y también tu tío.

Mientras recorrían a toda prisa el prado y el sendero que atravesaba los sembrados hasta Fieldhead, las dos jóvenes vieron la carretera distante animada por un inusitado tránsito de jinetes y caminantes que se dirigían al Hollow, por lo general solitario. Al llegar a la casa solariega encontraron abierta la verja de la parte posterior, y el corral y la cocina parecían atestados de hombres, mujeres y niños, muy agitados, que habían ido en busca de leche, y a los que la señora Gill, el ama de llaves, intentaba persuadir inútilmente de que cogieran sus cántaros y se marcharan. (Eso era, por cierto, costumbre en el norte de Inglaterra que los labriegos de la finca de un terrateniente se proveyeran de leche y mantequilla de la vaquería de la casa solariega, en cuyos pastos solía alimentarse un rebaño de vacas lecheras para uso general. La señorita Keeldar era dueña de tal rebaño: todas vacas Craven de grandes papadas, criadas con la dulce hierba y las límpidas aguas del hermoso Airedale; estaba muy orgullosa de su lustroso aspecto y su magnífico estado). Haciéndose cargo de la situación, y comprendiendo que era deseable despejar la propiedad de curiosos, Shirley se acercó a los grupos de chismosos. Les deseó los buenos días con sincera desenvoltura: era una característica natural

de sus modales cuando se dirigía a una pequeña multitud, sobre todo si ésta pertenecía a la clase trabajadora; era más fría entre sus iguales, y orgullosa con los que estaban por encima de ella. Les preguntó si a todos les habían dado la leche y, cuando le contestaron que sí, añadió que no sabía entonces a qué estaban esperando.

—Estábamos aquí charlando sobre esa batalla que ha habido en su fábrica, señora —respondió un hombre.

—¡Charlando! ¡Muy propio! —dijo Shirley—. Es extraño que todo el mundo sea tan aficionado a la charla: charlan si se muere alguien de repente; si se declara un incendio; si el dueño de una fábrica se va a la quiebra; si es asesinado. ¿Qué se consigue con tanta charla?

No hay nada que guste más a la clase baja que una regañina sincera y jovial. Desprecian grandemente los halagos; les gustan los insultos honrados. Ellos lo llaman hablar claro, y disfrutan sinceramente siendo el blanco. La rudeza campechana del saludo de la señorita Keeldar le granjeó la atención de todos en un instante.

—No somos peores que otros que están por encima de nosotros, ¿no? —preguntó un hombre, sonriente.

—Ni tampoco mejores; a ustedes, que deberían ser modelos de industriosisidad, les gustan tanto los chismorreos como a los vagos. A la gente rica y distinguida que no tiene nada que hacer se le puede disculpar en parte que malgasten el tiempo de esa manera; ustedes, que tienen que ganarse el pan con el sudor de su frente, no tienen excusa posible.

—Eso sí que es curioso, señora. ¿No merecemos ninguna fiesta porque trabajamos mucho?

—Nunca —fue la pronta respuesta—; a menos —añadió la «señora», con una sonrisa que contradecía la severidad de su discurso—, a menos que sepan usarla mejor que juntándose para tomar té y ron, si son mujeres, o para tomar cervezas y fumar en pipa, si son hombres, y contar chismes a expensas de sus vecinos. Vamos, amigos —agregó, cambiando en el acto de la aspereza a la cortesía—, háganme el favor de recoger sus cántaros y márchense a casa. Espero varias visitas hoy y sería molesto que las avenidas de entrada a la casa estuvieran llenas de gente.

Los naturales de Yorkshire se muestran tan complacientes ante la persuasión como tercos ante la coacción: el corral se vació en cinco minutos.

—Gracias, y adiós, amigos —dijo Shirley, cerrando las puertas del tranquilo patio.

¡Bueno, que se atreva el más refinado de los cockneys a encontrar defectos

en los modales de Yorkshire! Si se les diera la consideración que merecen, la mayoría de muchachos y muchachas de West-Riding serían señoras y caballeros de los pies a la cabeza; sólo cuando reaccionan contra el amaneramiento endeble y la pomposidad fútil de los supuestos aristócratas se amotinan.

Las dos señoritas entraron por la puerta de atrás y pasaron por la cocina (o «casa», como se llama a la cocina interior) en dirección al vestíbulo. La señora Pryor bajó corriendo la escalinata de roble para recibirlas. Era un manojo de nervios: su cutis, por lo general sanguíneo, estaba pálido; sus azules ojos, habitualmente plácidos, aunque tímidos, no dejaban de moverse, intranquilos, alarmados. Sin embargo, no prorrumpió en exclamaciones ni se lanzó a explicar precipitadamente lo que había ocurrido. El sentimiento que había predominado en su corazón durante el transcurso de la noche y seguía predominando por la mañana era de descontento consigo misma por no ser más firme, por no tener más aplomo ni sentirse con fuerzas para estar a la altura de las circunstancias.

—Ya saben —empezó con voz temblorosa y, sin embargo, poniendo el mayor de los cuidados en evitar la exageración en lo que iba a decir— que un grupo de amotinados ha atacado la fábrica del señor Moore esta noche; desde aquí hemos oído perfectamente la confusión y los disparos; no hemos dormido. Ha sido una noche triste; la casa ha estado muy agitada toda la mañana con las idas y venidas de la gente; los sirvientes han acudido a mí para que diera órdenes y disposiciones, que yo no me sentía autorizada a dar. Según creo, el señor Moore ha enviado a pedir comida para los soldados y los demás defensores de la fábrica, y también lo necesario para atender a los heridos. Yo no podía aceptar la responsabilidad de dar órdenes o tomar medidas. Me temo que el retraso pueda haber sido perjudicial en algunos casos, pero ésta no es mi casa. No estaba aquí, mi querida señorita Keeldar, ¿qué podía hacer yo?

—¿No se ha enviado comida? —preguntó Shirley, y su semblante, tan claro, favorable y sereno hasta entonces, incluso cuando regañaba a los que habían ido a por leche, se ensombreció y encendió de repente.

—Creo que no, querida.

—¿Y no se ha enviado nada a los heridos, ni vendas, ni vino, ni ropa de cama?

—Creo que no. No sé qué habrá hecho la señora Gill, pero en ese momento a mí me ha parecido imposible atreverme a disponer de sus propiedades enviando suministros a los soldados; las provisiones para una compañía de soldados deben de ser ingentes; no me he atrevido a preguntar cuántos eran, pero no podía permitirles que saquearan la casa, por así decirlo. Yo quería hacer lo correcto, pero reconozco que no veía las cosas claras.

—Pues bien que lo estaban. Esos soldados han arriesgado la vida en defensa de mi propiedad; supongo que tienen derecho a mi gratitud. Los heridos son nuestros semejantes; supongo que deberíamos ayudarlos. ¡Señora Gill!

Shirley se dio la vuelta y llamó al ama de llaves con un tono más autoritario que amable. Su voz resonó a través del grueso revestimiento de roble del vestíbulo y de las puertas de la cocina con mayor efectividad que la llamada de una campanilla. La señora Gill, que estaba muy ocupada en la elaboración del pan, llegó con manos y delantal manchados por las tareas culinarias, pues no se había atrevido a entretenerse limpiándose la masa de las primeras ni sacudiéndose la harina del segundo. Su señora jamás había llamado a un sirviente con ese tono salvo en una ocasión anterior, y había sido el día en que había visto desde la ventana a Tartar enzarzado en una pelea con los perros de dos farderos que lo igualaban en tamaño, si no en coraje, y a los dueños animando a sus animales, mientras que el suyo estaba solo. Entonces Shirley había llamado a John como si realmente el día del Juicio Final fuera inminente, y ni siquiera había esperado a que llegara, sino que había salido al sendero sin sombrero y, después de informar a los farderos de que los consideraba menos hombres que a las tres bestias que daban vueltas y se atacaban en medio de una nube de polvo, había rodeado con las manos el grueso cuello del chucho más grande y había puesto todo su empeño en ahogarlo para que soltara el ojo desgarrado y sangrante de Tartar, ya que le había clavado los colmillos vengativos justo por encima y por debajo de este órgano. Al instante acudieron cinco o seis hombres en su ayuda, pero ella no se lo agradeció nunca: «Podrían haber venido antes, si su intención hubiera sido buena», dijo. No habló con nadie durante el resto del día; estuvo sentada cerca de la chimenea del vestíbulo hasta la noche, vigilando y cuidando de Tartar, que yacía a sus pies sobre una estera, ensangrentado, rígido e hinchado. De vez en cuando dejaba escapar unas lágrimas furtivas y murmuraba dulces palabras de pesar y de cariño en un tono musical que el viejo y marcado guerrero canino agradecía lamiéndole la mano o la sandalia cuando no se lamía sus propias heridas. En cuanto a John, su señora mantuvo una actitud glacial y no le dirigió la palabra durante varias semanas.

La señora Gill, que recordaba aquel incidente, se presentó «toda temblorosa», como ella misma decía. Con voz firme y escueta, la señorita Keeldar procedió a formular preguntas y a dar órdenes. Su espíritu altanero se sentía herido en lo más vivo por la inhospitalidad demostrada por Fieldhead en momentos como aquéllos, como si fuera la casucha de un avaro, y su indignado orgullo se notaba en el movimiento de su pecho, que se agitaba furiosamente bajo el encaje y las sedas que lo ocultaban.

—¿Cuánto tiempo hace que llegó el mensaje de la fábrica?

—Menos de una hora, señora —respondió el ama de llaves con tono apaciguador.

—¡Menos de una hora! Eso es como decir que hace menos de un día. A estas alturas habrán recurrido ya a algún otro. Envíe a un hombre inmediatamente a decir que todo lo que contiene esta casa está al servicio del señor Moore, el señor Helstone y los soldados. ¡Que eso sea lo primero!

Mientras se cumplía esta orden, Shirley se alejó de sus amigas para acercarse a la ventana del vestíbulo, y allí se quedó, silenciosa e inabordable. Cuando volvió la señora Gill, se dio la vuelta: sus mejillas tenían el rubor púrpura que imprime una emoción dolorosa en un cutis pálido; su mirada despedía la chispa que el desagrado enciende en unos ojos oscuros.

—Que suban todo lo que haya en la despensa y en la bodega, lo carguen en los carros del heno y lo lleven al Hollow. Si resulta que no hay más que una pequeña cantidad de pan y de carne en la casa, que vayan al carnicero y al panadero y les pidan que envíen todo lo que tengan. Yo misma iré a comprobarlo.

Shirley salió.

—Todo irá bien: dentro de una hora se le habrá pasado —susurró Caroline a la señora Pryor—. Vaya arriba, querida señora —añadió afectuosamente—, e intente conservar la calma. Lo cierto es que Shirley se culpará más a sí misma que a usted antes de que termine el día.

A fuerza de insistir y persuadirla amablemente, la señorita Helstone consiguió tranquilizar a la agitada señora. Tras acompañarla a su habitación y prometerle que volvería con ella cuando todo estuviera arreglado, Caroline la dejó para ver, como explicó ella misma, «si podía ser útil». Al poco rato descubría que podía ser muy útil, pues la servidumbre de Fieldhead no era en modo alguno numerosa, y en aquel momento su señora tenía tareas más que suficientes para todos sus empleados y para sí misma. La delicada amabilidad y la habilidad con que Caroline se sumó al ama de llaves y a las doncellas —algo asustadas todas ellas por el desacostumbrado mal humor de su señora— tuvieron un efecto benéfico inmediato: ayudó a las sirvientas y aplacó a la señora. Una mirada casual y una sonrisa de Caroline movió a Shirley a responder con otra sonrisa. Caroline subía por la escalera de la bodega con una pesada cesta.

—¡Esto es una vergüenza! —exclamó Shirley, corriendo hacia ella—. Te darán calambres en los brazos.

Le cogió la cesta de las manos y la sacó al corral personalmente. El ataque de mal genio se había disipado cuando volvió; el destello de sus ojos se había derretido; el ceño había desaparecido: recobró su actitud de siempre con los

que la rodeaban, cordial y risueña, calmando el ánimo soliviantado con cierta vergüenza por su injusta cólera.

Estaba supervisando el cargamento del carro cuando entró un caballero en el patio y se acercó antes de que ella notara su presencia.

—Espero que la señorita Keeldar se encuentre bien esta mañana —dijo, examinando significativamente el rostro aún encendido de Shirley.

Ella lo miró y luego volvió a agacharse para reanudar su tarea, sin responder. Una agradable sonrisa pendía de sus labios, pero la disimuló. El caballero repitió el saludo, inclinándose a su vez para que llegara a oídos de Shirley con mayor facilidad.

—Muy bien cuando se porta bien —fue la respuesta—, y estoy segura de que podría decirse lo mismo del señor Moore. A decir verdad, no estoy preocupada por él; se merece un pequeño revés; su conducta ha sido... digamos extraña por ahora, hasta que tengamos tiempo de describirla con un epíteto más exacto. Mientras tanto, ¿puedo preguntar qué le trae por aquí?

—El señor Helstone y yo acabamos de recibir su mensaje de que todo lo que hay en Fieldhead está a nuestro servicio. Hemos creído, por los ilimitados términos de la cortés indicación, que se lo tomaba usted demasiado a pecho: veo que nuestras conjeturas eran correctas. Recuerde que no somos un regimiento, sólo media docena de soldados e igual número de civiles. Permítame que reduzca el exceso de suministros.

La señorita Keeldar se ruborizó, al tiempo que se reía de su excesiva generosidad y de sus cálculos totalmente desproporcionados. Moore rio también, aunque muy por lo bajo, y con el mismo tono ordenó que descargaran un sinfín de cestas del carro y volvió a enviar numerosas vasijas a la bodega.

—Tengo que contarle esto al rector —dijo Moore—. Él lo convertirá en una buena historia. ¡Qué excelente abastecedor para el ejército habría sido la señorita Keeldar! —Volvió a reír y añadió—: Exactamente lo que yo había imaginado.

—Debería estarme agradecido —dijo Shirley—, en lugar de burlarse de mí. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo podía medir sus apetitos, o calcular su número? Por lo que yo sabía, podrían haber sido cincuenta por lo menos los que necesitaban avituallarse. No me había dicho usted nada. Además, una petición para aprovisionar soldados sugiere de por sí grandes cantidades.

—Eso parece —dijo Moore, lanzando otra de sus miradas tranquilas y penetrantes a la perpleja Shirley—. Bien —prosiguió, dirigiéndose al carretero—, creo que ya puede llevar lo que queda al Hollow. Su carga será algo más

ligera de la que la señorita Keeldar le destinaba.

Cuando el vehículo salió rodando con estrépito del patio, Shirley recobró su aplomo y preguntó por el estado de los heridos.

—No ha habido ningún herido de nuestro bando —contestó Moore.

—Le han herido a usted en la sien —intercaló una voz rápida y baja, la de Caroline, que, habiéndose retirado hacia la sombra de la puerta y detrás de la figura corpulenta de la señora Gill, había pasado desapercibida a Moore hasta entonces.

Cuando habló, los ojos de Robert escudriñaron la oscuridad de su refugio.

—¿Es grave la herida? —preguntó ella.

—No más de lo que sería si tú te pincharas el dedo con la aguja al coser.

—Levántate los cabellos y déjanoslo ver.

Moore se quitó el sombrero e hizo lo que se le pedía, dejando al descubierto tan sólo un delgado emplasto. Caroline le indicó que estaba satisfecha con un leve movimiento de cabeza y desapareció en el claro oscuro del interior.

—¿Cómo sabía que estaba herido? —preguntó Moore.

—Por algún rumor que habrá oído, sin duda. Pero es demasiado buena preocupándose por usted. En cuanto a mí, era en sus víctimas en las que pensaba cuando he preguntado por los heridos. ¿Qué daños han sufrido sus oponentes?

—Uno de los alborotadores, o víctimas, como los llama usted, ha muerto, y otros seis están heridos.

—¿Qué ha hecho con ellos?

—Lo que usted aprobará sin reservas. Se les ha procurado asistencia médica inmediatamente y, tan pronto como consigamos un par de carros cubiertos y paja limpia, los trasladaremos a Stilbro.

—¡Paja! Necesitan colchones y ropas de cama. Enviaré mi carro ahora mismo con todo lo necesario. Y estoy segura de que el señor Yorke mandará el suyo.

—Supone bien, ya nos lo ha ofrecido; y la señora Yorke, que al igual que usted parece dispuesta a considerar a los alborotadores como mártires y a mí, y especialmente al señor Helstone, como asesinos, está en este momento, según creo, absolutamente entregada a la tarea de equiparlo con colchones de plumas, almohadones, mantas, etcétera. A las víctimas no les faltan atenciones, se lo prometo. El señor Hall, su párroco favorito, lleva con ellos

desde las seis de la mañana, exhortándolos, rezando con ellos, atendiéndolos incluso como una enfermera; y la buena amiga de Caroline, la señorita Ainley, esa solterona tan poco agraciada, ha enviado un surtido de hilas y vendas, en igual proporción a lo que otra señora ha enviado en buey y vino.

—Eso servirá. ¿Dónde está su hermana?

—A salvo. Hice que se quedara en casa de la señorita Mann. Esta misma mañana se han ido las dos a Wormwood Wells (un conocido balneario), y pasarán allí unas semanas.

—¡Y el señor Helstone hizo que yo me quedara en la rectoría! ¡Ustedes los caballeros se creen muy listos! Los invito sinceramente a que reciban esta idea, y espero que disfruten de su sabor mientras la rumian. Agudos y astutos, ¿por qué no son también omniscientes? ¿Cómo es que ocurren cosas ante sus mismas narices de las que nada sospechan? Así debe de ser, de lo contrario no existiría la exquisita gratificación de superarlos en estrategia. ¡Ah!, amigo, puede buscar la respuesta en mi rostro, pero no la encontrará.

Ciertamente Moore no parecía capaz de encontrarla.

—Me considera un peligroso ejemplar de mi sexo, ¿no es cierto?

—Peculiar, cuando menos.

—Pero Caroline ¿es peculiar?

—A su modo... sí.

—¿Su modo! ¿Cuál es su modo?

—Usted la conoce tan bien como yo.

—Y, conociéndola, afirmo que no es excéntrica ni difícil de manejar, ¿no?

—Eso depende...

—Sin embargo, no hay nada masculino en ella.

—¿Por qué pone tanto énfasis al decir ella? ¿La considera opuesta a usted en ese aspecto?

—Usted sí, sin duda, pero eso no importa. Caroline no es masculina, ni lo que llaman una mujer con carácter.

—Yo la he visto encendida de cólera.

—También yo, pero no con fuego masculino: no era más que un resplandor breve, vivido y tembloroso que prendía, brillaba, se desvanecía...

—Y la dejaba asustada de su propia osadía. Esa descripción sirve para otros, además de Caroline.

—Lo que pretendo establecer es que la señorita Helstone, aunque amable, dócil y sincera, es perfectamente capaz de desafiar incluso a la sagacidad del señor Moore.

—¿Qué han estado haciendo ustedes dos? —preguntó Moore súbitamente.

—¿Ha desayunado?

—¿Qué misterio se traen entre manos?

—Si tiene hambre, la señora Gill le dará algo de comer. Vaya al gabinete de roble y toque la campanilla; le servirán como en una posada. O, si lo prefiere, vuelva al Hollow.

—No tengo alternativa: debo regresar. Buenos días. En cuanto tenga un momento libre, vendré otra vez a verla.

CAPÍTULO XXI

LA SEÑORA PRYOR

Mientras Shirley conversaba con Moore, Caroline fue a ver a la señora Pryor, a la que encontró profundamente abatida. La buena señora no quiso decir que la precipitación de la señorita Keeldar había herido sus sentimientos, pero era evidente que una herida interna la mortificaba. Sólo alguien que no tuviera un carácter compatible con el suyo la habría juzgado insensible a las atenciones tranquilas y cariñosas con las que la señorita Helstone quiso consolarla; pero Caroline sabía que, por impasible o poco conmovida que pareciera, se sentía estimada y reconfortada por ellas.

—No tengo decisión ni seguridad en mí misma —dijo por fin—. Siempre he carecido de esas cualidades. Sin embargo, creo que a estas alturas la señorita Keeldar debería conocer ya mi carácter para saber que siento siempre una preocupación, dolorosa incluso, por hacer lo más correcto, por actuar del mejor modo posible. La naturaleza inusitada de lo que se exigía de mi entendimiento me ha desconcertado, sobre todo viniendo después de la alarma de la noche. No me atrevía a actuar con prontitud en nombre de otra persona, pero confío en que mi falta de firmeza no haya causado graves perjuicios.

Se oyó un suave golpe en la puerta; la entreabrieron.

—Caroline, ven —dijo alguien en voz baja.

La señorita Helstone salió: encontró a Shirley en la galería con expresión contrita, avergonzada y compungida como la de una niña arrepentida.

—¿Cómo está la señora Pryor? —preguntó.

—Bastante desanimada —dijo Caroline.

—Me he comportado de un modo realmente vergonzoso, muy poco generoso y muy poco agradecido —dijo Shirley—. Ha sido una insolencia por mi parte volverme contra ella de esa manera por algo que, al fin y al cabo, no era un defecto, sino únicamente un exceso de escrúpulos. Pero lamento mi error de todo corazón; díselo, y pregúntale si me perdona.

Caroline cumplió el encargo con sincero placer. La señora Pryor se levantó, fue hasta la puerta; no le gustaban las escenas, las temía como cualquier persona tímida.

—Entre, querida —dijo con voz vacilante.

Shirley entró con cierto ímpetu: abrazó a su institutriz y, mientras la besaba con ardor, dijo:

—Ya sabe que tiene usted que perdonarme, señora Pryor. No podría seguir adelante si hubiera un malentendido entre usted y yo.

—No tengo nada que perdonar —replicó la antigua institutriz—. Olvidémoslo, por favor. En definitiva, el incidente ha demostrado con mayor claridad que no estoy a la altura cuando se presentan ciertos momentos críticos.

Y ése fue el doloroso sentimiento que se imprimió en la cabeza de la señora Pryor; por mucho que se esforzaron, ni Shirley ni Caroline consiguieron borrarlo. Podía perdonar a su pupila, que era la ofensora, pero no a sí misma, que era inocente.

La señorita Keeldar, que aquella mañana estaba destinada a verse continuamente requerida, lo fue de nuevo en aquel momento y tuvo que bajar. El rector fue el primero en visitarla. A su disposición tenía una bienvenida enérgica y una reprimenda más enérgica aún; él esperaba ambas cosas y, siendo su humor excelente, se las tomó igualmente bien.

En el curso de su breve visita, el rector olvidó completamente preguntar por su sobrina: el ataque, los atacantes, la fábrica, los magistrados, la heredera, absorbían todos sus pensamientos, excluyendo lazos familiares. Aludió al papel que habían desempeñado su coadjutor y él en la defensa del Hollow.

—Sobre nuestras cabezas se derramarán los pomos de la ira farisaica, a causa de nuestra participación en el asunto —dijo—, pero yo desafío a todos los difamadores. Estaba allí sólo para defender la ley, para cumplir con mi obligación como hombre y como británico, atributos que considero totalmente compatibles con los de sacerdote y levita, en su sentido más elevado. Su arrendatario, Moore —prosiguió—, se ha ganado mi aprobación. No hubiera

preferido un jefe con menos sangre fría, ni menos resuelto. Además, ese hombre ha demostrado sensatez y buen juicio; primero, al prepararse concienzudamente para el suceso que se ha producido finalmente, y a continuación, cuando sus bien tramados planes le han garantizado el éxito, al saber cómo usar su victoria sin abusar de ella. Algunos magistrados se han llevado un buen susto y, como todos los cobardes, muestran cierta tendencia a la crueldad; Moore los refrena con admirable prudencia. Hasta ahora ha sido muy impopular en la comarca; pero, fíjese en lo que le digo, la corriente de opinión se decantará ahora en su favor: la gente descubrirá que no ha sabido apreciarlo y se apresurará a remediar su error; y él, cuando perciba que el público está dispuesto a reconocer sus méritos, se comportará de un modo más amable del que nos ha obsequiado hasta ahora.

El señor Helstone estaba a punto de añadir a este discurso unas advertencias, medio en serio medio en broma, sobre la rumoreada predilección de la señorita Keeldar por su talentoso arrendatario, cuando la campanilla de la puerta, anunciando a otro visitante, contuvo sus burlas. Vio que el otro visitante tomaba la forma de un viejo caballero de cabellos blancos con semblante agresivo y mirada despreciativa: en resumen, nuestro viejo conocido y viejo enemigo del rector, el señor Yorke. Así pues, el sacerdote y levita cogió su sombrero y, tras un escueto adiós a la señorita Keeldar y una solemne inclinación de cabeza para su nuevo huésped, se marchó bruscamente.

El señor Yorke no estaba de buen humor, y no fue comedido al expresar su opinión sobre el trajín de la noche: Moore, los magistrados, los soldados, los cabecillas de la turba; todos y cada uno de ellos recibieron una parte de sus invectivas, pero sus peores epítetos —y eran auténticos adjetivos de Yorkshire, groseros y mordaces— los reservaba para los sacerdotes luchadores, el rector y el coadjutor «sanguinarios y demoníacos». Según él, la copa de la culpa eclesiástica estaba ahora realmente llena.

—En bonito lío —dijo— se ha metido ahora la Iglesia, cuando llega el día en que los sacerdotes dan en pavonearse entre los soldados, disparando pólvora y balas, segando las vidas de hombres mucho más honrados que ellos.

—¿Qué habría hecho Moore si nadie le hubiera ayudado?

—Quien siembra vientos, recoge tempestades.

—Lo que significa que habría dejado que se enfrentara solo con la turba. Bien. Valor le sobra, pero ni el mayor heroísmo que haya guarnecido el pecho de un hombre serviría de nada ante doscientos.

—Tenía a los soldados, esos pobres esclavos que venden su sangre y derraman la de otros por dinero.

—Insulta a los soldados casi tanto como a los clérigos. Todos los que llevan casacas rojas son desperdicios nacionales a sus ojos, y todos los que visten de negro son timadores nacionales. El señor Moore, según usted, hizo mal en conseguir ayuda militar, y peor aún en aceptar cualquier otra ayuda. Lo que usted dice se resume en esto: el señor Moore debería haber entregado su fábrica y su vida a la ira de un grupo de locos desencaminados, y el señor Helstone y todos los demás caballeros de la parroquia deberían haberse quedado de brazos cruzados viendo cómo arrasaban la fábrica y mataban a su propietario, sin mover un solo dedo para salvar ninguna de las dos cosas.

—Si desde el principio Moore se hubiera comportado con sus hombres como debería comportarse un patrón, jamás habrían abrigado el odio que sienten hacia él.

—A usted le es fácil decirlo —exclamó la señorita Keeldar, que empezaba a enardecerse en la defensa de la causa de su arrendatario—. A usted, cuya familia ha vivido en Briarmains desde hace seis generaciones, a cuya presencia la gente se ha acostumbrado durante cincuenta años, conociendo su manera de ser, sus prejuicios y sus preferencias. Bien fácil es para usted actuar de tal manera que no se ofendan; pero el señor Moore llegó a la comarca como extranjero, pobre y sin amigos, y sin nada más que su energía como respaldo, nada más que su honor, su talento y su laboriosidad para abrirse camino. Ciertamente es un crimen monstruoso que, en tales circunstancias, no haya conseguido que se hicieran inmediatamente populares su carácter grave y sus modales reservados, ¡que no fuera jocoso y agradable y cordial con un campesinado desconocido para él, como lo es usted con sus paisanos! ¡Imperdonable pecado que, cuando introdujo mejoras, no lo hiciera del modo más diplomático y no diera entrada a los cambios gradualmente, con la misma delicadeza que un rico capitalista! ¿Por semejantes errores ha de convertirse en víctima de la ira de la turba? ¿Se le ha de negar incluso el privilegio de defenderse a sí mismo? ¿Se ha de injuriar como a malhechores a quienes tienen un corazón varonil en el pecho (y el señor Helstone, diga usted lo que diga de él, lo tiene) por haberle apoyado, por haberse atrevido a abrazar la causa de uno contra doscientos?

—Vamos, vamos, tranquilízate —dijo el señor Yorke, sonriendo ante la seriedad con que Shirley multiplicaba sus rápidas preguntas.

—¡Tranquilizarme! ¿Debo permanecer tranquila cuando oigo auténticas tonterías... tonterías peligrosas? Me gusta usted mucho, señor Yorke, como sabe, pero detesto algunos de sus principios. Todas esas hipocresías, perdóneme, pero repito la palabra, todas esas hipocresías sobre soldados y sacerdotes ofenden a mis oídos. Tanta exaltación ridícula e irracional de una clase, sea aristocrática o demócrata; tanto denigrar a otra clase, sea la clerical o la militar; tanta injusticia rigurosa contra los individuos, sean monarcas o

mendigos, me repugna. Rechazo la lucha entre clases, el odio partidista, la tiranía disfrazada de libertad; nada de eso me interesa. Usted se considera un filántropo; cree que es un abogado de la libertad, pero le diré una cosa: el señor Hall, el párroco de Nunnely, defiende mejor la libertad y al hombre que Hiram Yorke, el reformador de Briarfield.

A un hombre, el señor Yorke no le hubiera aguantado palabras semejantes, ni tampoco las hubiera admitido en algunas mujeres, pero creía que Shirley era a la vez honrada y hermosa, y su sincera explosión de ira le divertía; además, en el fondo disfrutaba oyéndola defender a su arrendatario, pues hemos insinuado ya que deseaba realmente lo mejor para Robert Moore y, si deseaba vengarse de la severidad de su interlocutora, sabía que tenía los medios a su alcance: creía que una palabra bastaría para domarla y reducirla al silencio, para cubrir su amplia frente con la sombra rosada de la vergüenza y velar el fulgor de sus ojos, obligándola a bajar los párpados.

—¿Qué más tienes que decir? —preguntó cuando ella hizo una pausa, más bien, al parecer, para tomar aliento que por haber agotado el tema o el celo con que lo exponía.

—¿Decir, señor Yorke? —respondió, caminando deprisa de una pared a otra del gabinete de roble—. ¿Decir? Tendría mucho que decir si consiguiera expresarlo con lucidez, cosa que nunca consigo hacer. Tengo que decir que sus opiniones y las de la mayoría de los políticos extremistas no son más que las que pueden sostener los hombres que no tienen responsabilidades, que con sus opiniones no pretenden más que llevar la contraria, hablar, pero jamás actuar en consecuencia. Si le hicieran primer ministro de Inglaterra mañana, tendría que abandonarlas. Insulta a Moore por defender su fábrica: de haber estado usted en el lugar de Moore, el honor y el sentido común le habrían impedido actuar de un modo diferente al de él. Insulta al señor Helstone por todo lo que hace: el señor Helstone tiene sus defectos, algunas veces obra mal, pero es más frecuente que obre bien. Si a usted lo ordenaran rector de Briarfield, no le resultaría fácil mantener todas las acciones que su predecesor emprendió y en las que perseveró en beneficio de la parroquia. Me pregunto por qué la gente no es capaz de hacer justicia a los demás ni a sí mismos. Cuando oigo a los señores Malone y Donne parlotear sobre la autoridad de la Iglesia, la dignidad y los derechos del sacerdocio, la deferencia que se les debe como clérigos; cuando oigo los exabruptos de su mezquino desdén hacia los disidentes; cuando veo sus estúpidos celos y sus despreciables pretensiones; cuando resuena en mis oídos su cháchara sobre formas, tradiciones y supersticiones; cuando contemplo su conducta insolente con los pobres, su servilismo, a menudo degradante, con los ricos, creo verdaderamente que la Iglesia oficial se halla en una situación lamentable, y que tanto ella como sus hijos están muy necesitados de una reforma. Volviendo la espalda, afligido, a las torres de las

catedrales y a los campanarios de las iglesias de pueblo, tan afligido como un mayordomo que advierte la necesidad de encalar su iglesia y no tiene con qué comprar cal, recuerdo sus insensatos sarcasmos sobre los «obispos obesos», los «párrocos consentidos», la «vieja madre Iglesia», etcétera. Recuerdo sus críticas contra todo lo que difiera de usted, recuerdo cómo condena de manera radical a clases e individuos sin tener en cuenta ni circunstancias ni tentaciones, y en lo más profundo de mi corazón, señor Yorke, me embarga la duda de que existan hombres lo bastante clementes, razonables y justos a los que pueda confiarse la tarea de la reforma. No creo que usted sea uno de ellos.

—Tiene muy mala opinión de mí, señorita Shirley. Jamás me había dado su parecer con tanta sinceridad.

—Jamás se me había presentado la oportunidad de hacerlo, pero me he sentado en el taburete de Jessy junto a su silla en el gabinete de Briarmains muchas noches, escuchando con emoción su discurso, admirando en parte lo que decía, mientras otra parte se rebelaba contra ello. Creo que es usted todo un caballero de Yorkshire, señor; estoy orgullosa de haber nacido en la misma comarca y en la misma parroquia que usted, porque es leal, recto e independiente como una roca anclada bajo el mar; pero también es duro, rudo, intolerante e implacable.

—Con los pobres no, muchacha, no con los mansos, sólo con los orgullosos y arrogantes.

—¿Y qué derecho tiene usted, señor, a hacer tales distinciones? No existe hombre más orgulloso ni más arrogante que usted. Le resulta fácil hablar llanamente con sus inferiores; es demasiado altanero, demasiado ambicioso y envidioso para ser cortés con los que están por encima de usted. Pero todos son iguales. Helstone también es orgulloso y está lleno de prejuicios. Moore, aunque más justo y considerado que usted o que el rector, también es altanero, grave y, en cuanto a lo público, egoísta. Es bueno que de vez en cuando se encuentren hombres como el señor Hall: hombres de un corazón más bueno y generoso, que aman a toda la raza humana, que perdonan a los demás por ser más ricos, más prósperos o más poderosos que ellos. Puede que tales hombres tengan menos originalidad, un carácter menos fuerte que el suyo, pero sirven mejor a la causa de la humanidad.

—¿Y cuándo será? —preguntó el señor Yorke, levantándose.

—¿Cuándo será el qué?

—La boda.

—¿Qué boda?

—Pues la de Robert Gérard Moore, señor de Hollow's Cottage, con la

señorita Keeldar, hija y heredera del difunto Charles Cave Keeldar de Fieldhead Hall.

Shirley miró a su interlocutor con un rubor creciente, pero la luz de su mirada no vaciló: seguía brillando... sí... ardía en su interior.

—Ésta es su venganza —dijo lentamente, luego añadió—: ¿Sería un mal casamiento, indigno del representante del difunto Charles Cave Keeldar?

—Muchacha, Moore es un caballero; su linaje es tan puro y antiguo como el mío o el tuyo.

—¿Y nosotros dos valoramos la antigüedad de un linaje? ¿Tenemos orgullo familiar, aunque al menos uno de nosotros sea republicano?

Yorke inclinó la cabeza. Sus labios siguieron mudos, pero sus ojos confesaron la veracidad de la acusación. Sí, tenía orgullo familiar, se veía en su porte.

—Moore es un caballero —repitió Shirley como un eco, alzando la cabeza con alegre garbo.

Se contuvo; las palabras parecían atropellarse en su boca, a falta de ser pronunciadas, pero su expresión la delataba... ¿en qué?; Yorke intentó descifrarlo, pero no pudo; el lenguaje estaba allí, visible, pero intraducible; era un poema, un ferviente poema lírico en un idioma desconocido. Sin embargo, no era una historia sencilla, no era una simple efusión de sentimientos, no era una vulgar confesión de amor, eso estaba claro; era algo diferente, más profundo e intrincado de lo que él imaginaba. Yorke sentía que su venganza no había dado en el blanco, que Shirley había vencido; ella lo había pillado en falta, lo había desconcertado; ella, y no él, disfrutaba del momento.

—Y si Moore es un caballero, tú sólo puedes ser una dama, por lo tanto...

—¿Por lo tanto, la nuestra no sería una unión desigual?

—No.

—Gracias por su aprobación. ¿Me llevará usted hasta el altar cuando abandone el nombre de Keeldar para tomar el de Moore?

En lugar de responder, Yorke la miró con gran perplejidad. No acertaba a descubrir lo que significaba la expresión de Shirley, si hablaba en serio o en broma: en sus móviles facciones se mezclaban resolución y sentimiento, mofa y chanza.

—No te entiendo —dijo, volviendo el rostro. Ella se echó a reír.

—Anímese, señor, no es usted único en su ignorancia. Pero supongo que bastará con que Moore me entienda, ¿no le parece?

—De ahora en adelante, Moore puede resolver sus asuntos por sí mismo; yo no me entrometeré ni tendré nada más que ver con ellos.

Una nueva idea cruzó por la cabeza de Shirley; su semblante cambió mágicamente: ensombreciéndose de pronto su mirada y con expresión austera, preguntó:

—¿Le ha pedido que interviniera? ¿Me interrogaba usted en nombre de otra persona?

—¡Dios me libre! ¡Quienquiera que se case contigo habrá de tener mucho cuidado! Guárdate tus preguntas para Robert; yo no pienso contestar ninguna más. ¡Buenos días, muchacha!

Dado que hacía buen día, o al menos no era malo —pues unas finas nubes velaban el sol, y una neblina que no era fría ni húmeda daba un tono azulado a las colinas—, mientras Shirley estaba ocupada en recibir a sus visitantes, Caroline convenció a la señora Pryor para que se pusiera su sombrero y su chal de verano y diera un paseo con ella, subiendo hacia el extremo más estrecho del Hollow.

Aquí los lados opuestos del valle se acercaban el uno al otro y, cubriéndose de maleza y robles canijos, formaban un barranco boscoso; en el fondo discurría el arroyo de la fábrica, siguiendo un curso irregular, bregando con las piedras, desgastando las desiguales orillas, rizándose contra las retorcidas raíces de los árboles, espumeando, borboteando, luchando por avanzar. Aquí, cuando te habías alejado algo menos de un kilómetro de la fábrica, se disfrutaba de una profunda sensación de soledad: la encontrabas en la tranquila sombra de los árboles; la recibías por los trinos de numerosos pájaros, para quienes esa sombra era un hogar. Aquél no era un camino frecuentado: la frescura de las flores daba fe de que los pies del hombre raras veces las aplastaban: las abundantes rosas silvestres parecían nacer, florecer y marchitarse bajo el ojo atento de la soledad, como en el harén de un sultán. Aquí se veía el suave azul celeste de las campanillas y se reconocía en las flores de un blanco nacarado que salpicaban la hierba, un humilde lugar iluminado por las estrellas del espacio.

A la señora Pryor le gustaban los paseos tranquilos: siempre evitaba las carreteras y buscaba caminos apartados y senderos solitarios. Prefería un acompañante a la soledad total, pues en soledad era nerviosa: un vago temor a encuentros inoportunos empañaba el disfrute de sus paseos a solas; pero con Caroline no temía nada: en cuanto abandonó las moradas de los hombres y entró en el tranquilo reino de la Naturaleza, acompañada por su joven amiga, un cambio favorable pareció operarse en su espíritu y relucir en su semblante.

Cuando estaba con Caroline —y sólo con Caroline— diríase que su corazón se liberaba de un peso, que su rostro apartaba un velo, que también su espíritu escapaba de una prisión; con ella era alegre, con ella, a veces, era cariñosa, a ella le transmitía sus conocimientos, le revelaba parte de su experiencia, le daba oportunidades para adivinar la vida que había llevado, de la cultura que había recibido, del calibre de su inteligencia y de cómo y en qué eran vulnerables sus sentimientos.

Aquel día, por ejemplo, mientras paseaban, la señora Pryor hablaba a su acompañante sobre los diversos pájaros que trinaban en los árboles, distinguiéndolos por especies, y comentando sus hábitos y peculiaridades. Parecía familiarizada con la historia natural inglesa. Reconocía todas las flores silvestres que bordeaban su camino; plantas diminutas que brotaban cerca de las piedras y asomaban por las rendijas de los muros antiguos —plantas en las que Caroline apenas se había fijado— recibían un nombre e indicaciones sobre sus propiedades; daba la impresión de haber estudiado la botánica de los campos y bosques ingleses minuciosamente. Al llegar al inicio del barranco se sentaron juntas sobre un saliente de musgosa roca gris, que sobresalía al pie de una escarpada colina verde que se cernía sobre sus cabezas. La señora Pryor miró en derredor y habló del lugar tal como ella lo había conocido antes, hacía mucho tiempo. Aludió a los cambios y comparó su aspecto con el de otras partes de Inglaterra, revelando en las sencillas e inconscientes pinceladas de sus descripciones un sentido de lo pintoresco, un discernimiento de lo bello y lo vulgar, una capacidad de comparación entre lo silvestre y lo cultivado, entre lo grandioso y lo insípido, que daba a su discurso un encanto gráfico tan agradable como modesto.

El placer reverente con que la escuchaba Caroline, tan sincero, tan tranquilo y, sin embargo, tan evidente, despertaba en las facultades de la señora Pryor una suave animación. Seguramente eran raras las ocasiones en las que ella, con su exterior impávido y repelente, su actitud tímida y sus costumbres poco sociables, sabía lo que era hacer brotar sentimientos de afecto sincero y admiración en una persona a la que ella podía amar. Deliciosa, sin duda, era la conciencia de que una joven por la que su corazón —a juzgar por la expresión conmovida de sus ojos y de sus facciones— parecía sentir un impulso de afecto, la considerara su maestra y buscara su amistad. Con un acento de interés algo más marcado de lo habitual, se inclinó hacia su joven acompañante, le apartó de la frente un rizo de color castaño claro que había escapado a la peineta, y dijo:

—Espero que este suave aire que viene de la colina le haga bien, mi querida Caroline; me gustaría ver un poco más de color en esas mejillas, pero ¿quizá no las ha tenido nunca sonrosadas?

—Las tuve en otro tiempo —respondió la señorita Helstone, sonriente—.

Recuerdo que hace un año o dos, cuando me miraba en el espejo, veía un rostro diferente al que veo ahora, más redondo y sonrosado. Pero cuando somos jóvenes —añadió la muchacha de dieciocho años— nuestros pensamientos son despreocupados y nuestras vidas más fáciles.

—A su edad —prosiguió la señora Pryor, dominando con esfuerzo la timidez tiránica que le impedía, incluso en aquellas circunstancias, examinar el corazón de otra persona—. ¿Le preocupa el futuro a su edad? Créame, haría mejor en no preocuparse; deje que el mañana piense en las cosas que le son propias.

—Cierto, querida señora, no es por el futuro por lo que me consumo. Mi desdichado presente resulta opresivo a veces, demasiado opresivo, y anhelo escapar.

—Es decir... el desdichado presente... es decir... su tío quizá no... le cuesta comprender... él no sabe apreciar...

La señora Pryor no pudo completar sus frases inacabadas; no se atrevía a preguntar si el señor Helstone era demasiado duro con su sobrina, pero Caroline la entendió.

—Oh, eso no es nada —replicó—, mi tío y yo nos llevamos muy bien, nunca discutimos. No es duro conmigo; jamás me riñe. Algunas veces desearía que hubiera alguien en el mundo que me amara, pero no puedo decir que desee especialmente que él me tenga más afecto del que me tiene. Cuando era niña, quizá debí de notar la falta de atención; sólo los sirvientes eran muy buenos conmigo; pero cuando la gente nos demuestra su indiferencia durante mucho tiempo, su indiferencia acaba por sernos indiferente. En mi tío es natural no prestar atención ni a mujeres ni a niñas, a menos que sean damas con las que se relacione en sociedad; él no podría cambiar, y yo no deseo que lo haga en lo que a mí respecta. Creo que, si ahora fuera afectuoso conmigo, lo único que conseguiría sería fastidiarme y asustarme. Pero ¿sabe, señora Pryor?, difícilmente se puede decir que vivir sea medir el tiempo, y eso es lo que yo hago en la rectoría. Pasan las horas y yo las voy salvando como puedo, pero no vivo. Sobrellevo la existencia, pero raras veces la disfruto. Desde que usted y la señorita Keeldar llegaron he sido... iba a decir más feliz, pero eso no sería cierto. —Hizo una pausa.

—¿Cómo, no sería cierto? Usted aprecia a la señorita Keeldar, ¿no es verdad, querida?

—La aprecio muchísimo; me gusta y la admiro, pero me encuentro en unas penosas circunstancias; por una razón que no puedo explicar, deseo abandonar este lugar y olvidarlo.

—Me dijo en una ocasión que quería ser institutriz, pero, querida, recuerde

que yo no alenté esa idea. Yo misma he sido institutriz durante gran parte de mi vida. Me considero sumamente afortunada de haber conocido a la señorita Keeldar: sus cualidades y su carácter realmente dulce me han facilitado el trabajo; pero cuando era joven, antes de casarme, sufrí lo indecible. Tuve la mala suerte de entrar a servir en una familia con grandes pretensiones sobre su alta cuna y su superioridad intelectual y cuyos miembros creían también que «en ellos era perceptible» el don de la «gracia cristiana» en proporción inusitada: que tenían el corazón regenerado y el espíritu particularmente disciplinado. Pronto me dieron a entender que, «puesto que yo no era su igual», no podía esperar «simpatía por su parte». No se me ocultó en modo alguno que me consideraban «una carga y un estorbo en sociedad». Descubrí que los hombres me tenían por una «mujer tabú», a la que «se les prohibía conceder los privilegios habituales de su sexo» y que, sin embargo, «los importunaba cruzándose con frecuencia en su camino». Las señoras dejaron también muy claro que yo les parecía «un tostón». Los sirvientes, se me dijo, «me detestaban»; el porqué no llegué nunca a comprenderlo. Sobre mis pupilos me dijeron que, «por mucho que pudieran quererme y por grande que fuera el interés que yo me tomara por ellos, no podían ser amigos míos». Se me indicó que debía «vivir sola y no traspasar nunca la invisible, pero rígida, línea que establecía la diferencia entre los que me empleaban y yo». Mi vida en aquella casa fue sedentaria, solitaria, incómoda, triste y penosa. La terrible represión de la energía nerviosa, la sensación siempre predominante de no tener amigos ni hogar fue el resultado de aquel estado de cosas, y no tardó mucho en producir efectos dañinos en mi constitución: enfermé. La señora de la casa me dijo con frialdad que era víctima de «la vanidad herida». Insinuó que, si no hacía un esfuerzo por reprimir mi «descontento impío», si no cesaba de «murmurar contra los designios de Dios» para cultivar la profunda humildad que convenía a mi posición, sin duda mi espíritu «se haría pedazos» en la roca contra la que naufragaban la mayoría de mis hermanas: un amor propio malsano, y moriría en un manicomio.

»No dije nada a la señora Hardman; habría sido inútil, pero a su hija mayor le dejé caer un día unos comentarios, a los que ella respondió así: reconocía que el trabajo de institutriz tenía sus dificultades, sin duda podía ser una dura prueba, “pero”, afirmó, de una forma que me hace sonreír ahora al recordarlo, “pero así debe ser”. Ella (la señorita Hardman) no pensaba que tales cosas fueran a remediarse, ni lo esperaba, ni lo deseaba, ya que ello era imposible, dada la constitución inherente de las costumbres inglesas, de sus sentimientos y prejuicios.

»—Las institutrices —señaló— deben mantenerse en una especie de aislamiento; es el único modo de preservar la distancia que exige la reserva de los modales ingleses y el decoro de las familias inglesas.

»Recuerdo que suspiré cuando la señorita Hardman se apartó de mi lecho; ella lo oyó y, dándose la vuelta, dijo con severidad:

»—Me temo, señorita Grey, que ha heredado usted en toda su extensión el peor pecado de nuestra naturaleza pecadora: el del orgullo. Es usted orgullosa y, por lo tanto, también ingrata. Mamá le paga un buen salario y, si tuviera usted un mínimo de sentido común, sobrellevaría con agradecimiento cuanto sea fatigoso hacer y molesto soportar, puesto que tan bien se le paga.

»La señorita Hardman, cariño, era una joven muy obstinada y con refinadas aptitudes; decididamente la aristocracia es una clase muy superior, ¿sabes?, tanto física, como moral e intelectualmente. Como tory estricta que soy, lo reconozco. No podría describir la dignidad de su voz y su porte cuando se dirigía a mí de aquella manera. Aun así, me temo que era egoísta, querida. No es mi intención hablar mal de los que están por encima de mí, pero creo que era un poco egoísta.

»Recuerdo —prosiguió la señora Pryor, tras una pausa— otra de las observaciones que la señorita Hardman pronunciaba con aire majestuoso.

»—Nosotros —decía—, nosotros necesitamos las imprudencias, extravagancias, equivocaciones y crímenes de cierto número de padres para plantar la semilla de la que recogeremos la cosecha de institutrices. Las hijas de los comerciantes, por bien educadas que estén, han de recibir por fuerza una educación inferior y, por tanto, no son adecuadas para compartir nuestras residencias, ni para ser guardianas de las mentes y personas de nuestros hijos. Siempre preferiremos confiar nuestra progenie a quienes han nacido y se han criado con algo de nuestro refinamiento.

—La señorita Hardman debía de considerarse mejor que sus congéneres, señora, puesto que creía que sus calamidades, e incluso sus crímenes, eran necesarios para servir a su conveniencia. Dice que era religiosa; su religión debía de ser la del fariseo, que daba gracias a Dios por no ser como los demás hombres, ni siquiera como el publicano.

—Querida mía, no hablaremos sobre eso; yo sería la última persona que desearía inculcarle el descontento con la suerte que le ha tocado en la vida, o un sentimiento de envidia o insubordinación hacia los que son superiores a usted. En mi opinión, la sumisión implícita a las autoridades y la deferencia escrupulosa hacia los que son mejores que nosotros (categoría en la que, naturalmente, incluyo a las clases más altas de la sociedad) son indispensables para el bienestar de cualquier comunidad. Lo que quiero decir con esto, querida, es que haría mejor en no intentar ser institutriz, porque los deberes del empleo serían demasiado rigurosos para su constitución. No pronunciaría una sola palabra irrespetuosa sobre la señora Hardman y su hija, pero, recordando mi propia experiencia, no puedo por menos que pensar que, si llegara a

encontrarse bajo los auspicios de personas como ellas, lucharía valientemente durante un tiempo contra su destino, luego desfallecería y se quedaría demasiado débil para realizar su trabajo, y volvería a casa, si aún tuviera casa, destrozada. Después vendrían esos años de languidecer, cuyo desconsuelo sólo sentirían la propia enferma y sus amigos íntimos, y sólo ellos conocerían su carga; la consunción o la postración serían su fin. Tal es la historia que han vivido otras muchas; no quisiera que fuera la suya. Querida, caminemos un poco, si le parece.

Se levantaron y pasearon lentamente por una verde terraza natural que bordeaba el abismo.

—Querida —volvió a empezar la señora Pryor al poco rato; una especie de brusquedad tímida y azorada caracterizaba su actitud al hablar—, las jóvenes, especialmente aquellas con las que la naturaleza ha sido favorable... a menudo... con frecuencia... esperan... anhelan el matrimonio como fin, como objetivo de sus esperanzas.

Y se interrumpió. Caroline acudió en su auxilio con prontitud, demostrando mucho más dominio de sí misma y más coraje que ella al abordar aquel trascendental asunto.

—Es cierto, y es lo más natural —dijo con un tranquilo énfasis que sorprendió a la señora Pryor—. Esperan casarse con alguien a quien amen como el destino más prometedor, el único destino prometedor que pueden esperar. ¿Se equivocan al hacerlo?

—¡Oh, querida mía! —exclamó la señora Pryor, juntando las manos, y de nuevo hizo una pausa. Caroline fijó su mirada ávida y penetrante en el rostro de su amiga, un rostro muy alterado—. Querida mía —musitó—, la vida es una ilusión.

—¡Pero el amor no! El amor es real, lo más real, lo más duradero, la cosa más dulce y amarga a la vez que conocemos.

—Querida mía, es muy amarga. Se dice que es fuerte, ¡fuerte como la muerte! La mayoría de los engaños de la existencia son fuertes. En cuanto a su dulzura, no hay nada más transitorio: dura un momento, apenas un pestañeo; su dolor es para siempre. Puede que perezca con el alba de la eternidad, pero su tortura persiste en el tiempo hasta alcanzar la noche más oscura.

—Sí, su tortura persiste en el tiempo —admitió Caroline—, salvo cuando el amor es mutuo.

—¡Amor mutuo! Querida, las novelas sentimentales son perniciosas. Espero que no las lea.

—Algunas veces... en realidad, siempre que cae alguna en mis manos,

pero da la impresión de que los que las escriben no saben nada del amor, a juzgar por el tratamiento que le dan.

—¡No saben nada en absoluto! —asintió la señora Pryor con vehemencia—, ni tampoco del matrimonio. Y sus falsas descripciones merecen la mayor de las condenas. No son reales, sólo muestran la verde y tentadora superficie de la marisma, sin dar el menor indicio, fiel o verdadero, del cieno que hay debajo.

—Pero no siempre hay cieno —objetó Caroline—. Hay matrimonios felices. Cuando el afecto es recíproco y sincero y los espíritus están en armonía, el matrimonio ha de ser feliz por fuerza.

—No es nunca feliz del todo. Dos personas no pueden ser jamás una sola literalmente; existe, quizá, la posibilidad de contentarse en circunstancias específicas que raras veces se combinan favorablemente, pero es mejor no correr el riesgo; podrías cometer un error fatal. Conténtese con lo que tiene, querida; que todas las solteras se contenten con su libertad.

—¡Habla usted como mi tío! —exclamó Caroline con consternación—. Habla como la señora Yorke en sus momentos más sombríos; como la señorita Mann, cuando se siente más amargada e hipocondríaca. ¡Esto es terrible!

—No, sólo es cierto. ¡Oh, niña mía! Sólo ha vivido la agradable mañana de la vida; ¡el mediodía caluroso, agotador, la tarde triste, la noche sin sol aún le han de llegar! Dice que el señor Helstone habla como yo, y me pregunto cómo habría hablado la señora de Matthewson Helstone si viviera. ¡Murió! ¡Murió!

—Y, ¡ay!, también mi madre y mi padre... —exclamó Caroline, al acudir a su pensamiento un sombrío recuerdo.

—¿Qué les pasó?

—¿No le he contado que se separaron?

—Lo he oído comentar.

—Debieron de ser muy desgraciados.

—Ya ve que los hechos me dan la razón.

—En ese caso, el matrimonio no debería existir.

—Debe existir, querida, aunque sólo sea para demostrar que esta vida no es más que un tránsito, una prueba, en la que no se concede descanso ni recompensa.

—Pero ¿y su matrimonio, señora Pryor?

La señora Pryor se encogió y se estremeció como si un dedo desconsiderado hubiera apretado un nervio al descubierto. Caroline percibió

que había tocado lo que no resistía el contacto más sutil.

—Mi matrimonio fue desdichado —dijo la señora Pryor, armándose de valor al fin—, aun así... —vaciló.

—Aun así —sugirió Caroline—, ¿no fue indescriptiblemente miserable?

—El resultado al menos no lo fue. No —añadió, bajando la voz—, Dios vierte algo del bálsamo de la clemencia incluso en los frascos que están llenos del infortunio más corrosivo. Les da tales vueltas a los acontecimientos que el mismo acto ciego e irreflexivo del que nace la mitad de nuestra vida puede ser la bendición de la otra mitad. Por otra parte, tengo un carácter muy peculiar, lo reconozco: lejos de ser fácil, sin dirección, excéntrico en algunos aspectos. No debería haberme casado; no es sencillo hallar una naturaleza gemela a la mía, ni adaptarla a otra diferente. Yo sabía perfectamente que no era adecuada para el matrimonio y, de no haber sido porque mi vida de institutriz era muy desdichada, jamás habría debido casarme; además...

Los ojos de Caroline le pidieron que siguiera, le rogaron que desgarrara la densa nube de la desesperación que sus anteriores palabras parecían haber extendido sobre la vida.

—Y además, querida, el señor... es decir, el caballero con el que me casé era, tal vez, una excepción, un carácter que se salía de lo común. Espero, al menos, que hayan sido pocas las que hayan pasado por una experiencia como la mía, o que pocas hayan vivido sus sufrimientos como los he vivido yo. A mí estuvieron a punto de hacerme perder la razón, pues desesperaba de hallar alivio para ellos y de lograr ponerles remedio. Pero, querida, no quiero desanimarla, sino tan sólo advertirle, y demostrar que los solteros no deberían tener prisa por cambiar de estado, pues el cambio podría ser a peor.

—Gracias, mi querida señora, comprendo perfectamente sus bondadosas intenciones, pero no es de temer que caiga en el error al que usted alude. Yo, por lo menos, no tengo intención de casarme y, por esa razón, quiero labrarme una posición por algún otro medio.

—Querida, escúcheme bien. Lo que voy a decirle lo he meditado cuidadosamente; en realidad el asunto me ha estado dando vueltas en la cabeza desde la primera vez que expresó el deseo de conseguir un empleo. Ya sabe que por el momento resido con la señorita Keeldar en calidad de señora de compañía; si se casara (y múltiples circunstancias me inducen a creer que no tardará en hacerlo), yo dejaría de ser necesaria como tal. Debo decirle que tengo un pequeño capital, obtenido en parte con mis ahorros y en parte gracias a una herencia que recibí hace algunos años. Cuando abandone Fieldhead, me instalaré en una casa propia; no podría vivir en soledad, y no tengo amistades a las que me interese invitar a compartirla, pues, como debe de haber

observado, y como yo misma he admitido ya, mis hábitos y mis gustos tienen sus peculiaridades. No necesito decirle que le tengo mucho cariño; con usted soy más feliz de lo que he sido con ningún otro ser viviente. —Esto lo dijo haciendo hincapié en sus palabras—. Su compañía sería para mí un grandísimo privilegio, un privilegio inestimable, un consuelo, una bendición. Así pues, debe venir a vivir conmigo. Caroline, ¿me rechazará? ¿Me quiere?

Y tras estas dos súbitas preguntas, guardó silencio.

—Pues claro que la quiero —respondió Caroline—. Me gustaría vivir con usted, pero es usted demasiado buena conmigo.

—Todo lo que tengo —prosiguió la señora Pryor— se lo dejaría; tendría el porvenir asegurado. Pero no diga nunca que soy demasiado buena. ¡Me parte el corazón, hija!

—Pero, mi querida señora..., esta generosidad... no tengo derecho...

—¡Silencio! No debe hablar de ello. Hay ciertas cosas que no soportamos oír. ¡Oh! Es demasiado tarde para empezar, pero puede que aún viva unos cuantos años. No puedo borrar el pasado, ¡pero quizá disponga aún de un breve espacio de tiempo en el futuro!

La señora Pryor parecía muy agitada: gruesas lágrimas temblaban en sus ojos y rodaban por sus mejillas. Caroline la besó a su dulce modo, diciéndole suavemente:

—La quiero muchísimo. No llore.

Pero la señora Pryor se sentó, toda ella estremecida, dobló la cabeza hasta las rodillas y lloró a lágrima viva. No hubo consuelo posible hasta que la tormenta interior hubo pasado. Por fin, la agonía remitió por sí sola.

—¡Pobrecita! —musitó, devolviéndole el beso a Caroline—. ¡Pobre corderillo solitario! Pero vamos —añadió bruscamente—, vamos, tenemos que volver a casa.

Durante un corto trecho, la señora Pryor caminó muy deprisa; poco a poco, sin embargo, se calmó hasta recobrar su porte acostumbrado y adoptar su paso característico —que era tan peculiar como todos sus movimientos—, y cuando llegaron a Fieldhead volvía a ser la de siempre, callada y tímida.

CAPÍTULO XXII

DOS VIDAS

Tan sólo una parte de la energía y la resolución de Moore se había puesto de manifiesto en su defensa de la fábrica; la otra parte (y ésta era terrible) la mostró en la pertinacia infatigable y despiadada con que buscó a los cabecillas de la incursión. A la turba, a los que se habían limitado a seguirlos, los dejó en paz: quizá un sentido innato de la justicia le dijo que hombres mal aconsejados, inducidos por las privaciones, no eran el blanco adecuado para la venganza, y que el que inflige un violento castigo sobre la cabeza humillada de los que sufren es un tirano y no un juez. En todo caso, aunque sabía quiénes eran muchos de aquellos hombres por haberlos reconocido durante la última parte del ataque, cuando despuntaba el día, dejó que se cruzaran con él diariamente en la calle o en la carretera sin darse por enterado ni amenazar a nadie.

A los cabecillas no los conocía. Eran forasteros, emisarios de las grandes ciudades. La mayoría no formaba parte de la clase obrera, eran sobre todo gentes «de mal vivir», hombres arruinados y bebedores, siempre llenos de deudas, que no tenían nada que perder y sí mucho que envidiar en cuanto a carácter, dinero y limpieza. A éstos Moore les seguía la pista como un auténtico sabueso, y le gustaba la tarea: era una tarea excitante que complacía a su naturaleza; le gustaba más que fabricar paños.

Su caballo debió de detestar aquella época, pues lo montaba a menudo y de manera prolongada: Moore vivía prácticamente en la carretera, y el aire fresco les sentaba tan bien a sus pulmones como la persecución policial a su humor; lo prefería al vapor de los talleres de tintura. Los magistrados del distrito debieron de temerle; eran hombres torpes y timoratos, y a él le gustaba asustarlos y agujonearlos a la vez. Le gustaba obligarlos a delatar cierto temor, que los hacía vacilar en su resolución así como evitar la acción: era, sencillamente, el miedo a ser asesinados. Tal era, en verdad, el miedo que hasta entonces había agarrotado a todos los industriales y a casi todos los hombres con cargos públicos del distrito. Sólo Helstone lo había rechazado. El viejo cosaco sabía bien que podían pegarle un tiro, sabía que corría ese riesgo, pero ese tipo de muerte no aterrorizaba sus nervios: la habría elegido entre todas, de habersele presentado la alternativa.

También Moore conocía el peligro que corría; el resultado era un irreductible desprecio hacia quienes creaban ese peligro. La conciencia de que aquellos a los que perseguía eran asesinos servía también de espuela que se clavaba en el flanco de su fogoso temperamento. En cuanto al miedo, era demasiado orgulloso —estaba demasiado curtido por la experiencia, si se quiere—, demasiado flemático, para tenerlo. En más de una ocasión cabalgó alegremente por los páramos, tanto a la luz de la luna como sin ella, con sentimientos de un regocijo mucho mayor y con las facultades mucho más despiertas que cuando se encontraba a salvo, estancado en la oficina de

contabilidad. Cuatro eran los cabecillas con los que debía acabar: a dos los acorraló cerca de Stilbro en el transcurso de una quincena; la búsqueda de los dos restantes lo llevó más lejos: se suponía que sus escondrijos se encontraban cerca de Birmingham.

Mientras tanto, el fabricante de paños no descuidó los destrozos de su fábrica; la reparación le parecía cosa de poca monta, pues sólo se requerían trabajos de carpintería y reponer cristales. Dado que los agresores no habían conseguido forzar la entrada, sus niñas mimadas, sombrías y metálicas —las máquinas—, no sufrieron daños.

Difícil era averiguar si durante este ajetreado período de su vida —si, mientras una justicia estricta y un negocio exigente reclamaban sus energías y eran la obsesión de sus pensamientos— de vez en cuando dedicaba un momento, algún esfuerzo, a mantener vivos fuegos más amables que los que ardían en el templo de Némesis. Las ocasiones en que visitaba Fieldhead eran escasas y sus visitas siempre breves. Si iba a la rectoría, era tan sólo para conversar con el rector en su estudio. Se atenía a su rígido proceder con gran resolución. Mientras tanto, la historia de aquel año seguía siendo turbulenta: no había calma en la tempestad de la guerra; su prolongado huracán seguía barriendo el continente. No había el más mínimo indicio de que llegara el buen tiempo: no se veía abertura alguna entre «las nubes del polvo y el humo del combate»; no caían las gotas puras de rocío que vivifican el olivo, ni cesaba la lluvia roja que alimenta el funesto y glorioso laurel. Mientras, la ruina obligaba a trabajar a zapadores y mineros bajo los pies de Moore y, tanto si cabalgaba como si caminaba —tanto si iba de un lado a otro de su oficina de contabilidad como si galopaba por el sombrío Rushedge—, era consciente de un eco huero y notaba que el suelo temblaba bajo sus pisadas.

Mientras el verano transcurría de esta manera para Moore, ¿cómo era para Shirley y Caroline? Visitemos primero a la heredera. ¿Cómo se encuentra? ¿Cual doncella herida de amor, pálida y suspirando por un galán olvidadizo? ¿Se pasa el día sentada, agachando la cabeza sobre alguna labor sedentaria? ¿Anda siempre con un libro en las manos, o con una labor de costura en el regazo, y sólo tiene ojos para eso, y nada que decir, y pensamientos inexpresados?

En absoluto. Shirley está perfectamente. Si la expresión soñadora de su fisonomía no ha desaparecido, tampoco lo ha hecho su sonrisa despreocupada. Ilumina la vieja y sombría casa solariega con su alegre presencia: la galería y las habitaciones de techo bajo que dan a ésta han aprendido los ecos vivaces de su voz; el oscuro vestíbulo, con su única ventana, se ha acostumbrado de buena gana al frufrú frecuente de un vestido de seda, cuando quien lo viste lo atraviesa para ir de una estancia a otra, ora llevando flores al anticuado salón de tonos entre melocotón y rosado, ora entrando en el comedor para abrir las

ventanas y dejar que entre el aroma de resedas y escaramujos, o sacando luego unas plantas de la ventana de la escalinata para ponerlas al sol junto a la puerta del porche.

De vez en cuando se dedica a la costura, pero, por una u otra fatalidad, está condenada a no quedarse sentada más de cinco minutos: apenas se ha puesto el dedal, apenas ha enhebrado la aguja, cuando una súbita idea requiere su atención en el dormitorio; quizá para ir en busca de un viejo libro de bordados con lomos de marfil, justo entonces recordado, o un costurero con tapa de porcelana, más viejo aún y totalmente innecesario, pero que en aquel momento le parece indispensable; quizá para arreglarse el peinado, o un cajón que recuerda haber visto por la mañana en un estado de curiosa confusión; quizá tan sólo para asomarse a una ventana en particular desde donde son visibles la iglesia y la rectoría de Briarfield, que ofrecen una agradable vista, rodeadas de árboles. Apenas regresa y vuelve a coger el trozo de batista o el cuadrado de cañamazo a medio bordar, cuando se oyen los vigorosos arañazos y el ahogado aullido de Tartar en el porche, y tiene que salir corriendo para abrirle la puerta; el día es caluroso, el perro entra jadeando; Shirley tiene que llevarlo a la cocina y ver por sí misma que le llenan el cuenco de agua. A través de la ventana abierta de la cocina se ve el corral, alegre y soleado, y lleno de pavos con sus pavipollos, de pavas reales con sus polluelos, de gallinas de Guinea con sus pintas nacaradas y de una colorida variedad de palomas del blanco más puro, con el cuello púrpura, y con las plumas azules y de color canela. ¡Irresistible espectáculo para Shirley! Va corriendo a la despensa a buscar un bollo y reparte las migas desde la puerta: en torno a ella se apiñan sus ávidos, gordos, felices y emplumados vasallos. John aparece en los establos, y con él tiene que hablar, y también ver a su yegua. Aún la acaricia y le da palmaditas cuando entran las vacas para que las ordeñen; esto es importante; Shirley ha de quedarse e inspeccionarlas todas. Tal vez haya alguna ternera o algún cordero recién nacidos; puede que sean gemelos a los que su madre ha rechazado: John tiene que mostrárselos a la señorita Keeldar, que se permite el placer de alimentarlos con sus propias manos bajo la dirección de su cuidadoso capataz. Mientras tanto, John somete a discusión sus dudas sobre el cultivo de ciertas «huertas arrendadas» y «pastos» y «vegas», y su señora se ve en la necesidad de ir a buscar su sombrero de paja de ala ancha para acompañarlo, subiendo y bajando las escaleras de las cercas, caminando a lo largo de setos vivos, y de oír la conclusión de todo el asunto agrícola al momento y teniendo a la vista los susodichos pastos, huertas y vegas. Una tarde radiante lleva así a una apacible noche, y Shirley regresa a la casa para tomar un té a última hora, y después del té nunca cose.

Después del té, Shirley lee, y es tan tenaz con el libro como negligente con la aguja. Su estudio es la alfombra, su asiento un escabel, o quizá sólo la alfombra, a los pies de la señora Pryor; así aprendía siempre la lección cuando

era niña, y las viejas costumbres ejercen una gran influencia sobre ella. El cuerpo rojizo y leonado de Tartar está siempre echado junto a ella, con el negro hocico entre las patas delanteras, recto, fuerte y proporcionado como los miembros de un lobo alpino. Una mano del ama reposa por lo general sobre la tosca cabeza del cariñoso siervo, porque, si la retira, gruñe y está descontento. La cabeza de Shirley está puesta en el libro; no levanta los ojos, no habla ni se mueve, a menos que sea para dar una respuesta sucinta y respetuosa a la señora Pryor, que le dirige comentarios recriminatorios de vez en cuando.

—Querida mía, sería mejor que no tuviera ese gran perro tan cerca; le está aplastando el borde del vestido.

—Oh, es sólo muselina. Mañana puedo ponerme uno limpio.

—Querida mía, me gustaría que adoptara la costumbre de sentarse a una mesa para leer.

—Lo intentaré, señora, algún día, pero es tan cómodo seguir la costumbre de siempre...

—Querida mía, le ruego que deje el libro; fuerza la vista leyendo a la lumbre.

—No, señora, en absoluto; la vista no se me cansa nunca.

Por fin, empero, cae sobre la página una pálida luz procedente de la ventana. Shirley alza la vista: ha salido la luna; cierra el libro, se levanta y pasea por la habitación. El libro tal vez ha sido bueno, ha vigorizado y animado su corazón, ha despertado su cerebro, llenándolo de imágenes. El silencioso gabinete, la limpia chimenea, la ventana abierta al cielo crepuscular, por la que se ve a la «dulce regente», entronizada y gloriosa, bastan para convertir la tierra en un paraíso y la vida en un poema para Shirley. Un deleite sosegado, profundo e innato recorre sus jóvenes venas; un deleite puro e inalterable que ningún agente humano puede alcanzar ni arrebatarse, porque no se lo ha otorgado ningún agente humano: es el don puro de Dios a una de Sus criaturas, la generosa dote de la Naturaleza a mi hija. Esta alegría le permite experimentar la vida de los genios de los cuentos. Flotando, subiendo por verdes peldaños y alegres colinas, todo verdor y luz, alcanza una posición que es apenas más baja que aquella desde la que los ángeles contemplaban al soñador de Betel, y sus ojos buscan y su alma posee una visión de la vida tal como ella desea. No, no como ella la desea; no tiene tiempo para desear: la gloria veloz se extiende, arrolladora y luminosa, y multiplica sus esplendores con mayor rapidez que el pensamiento haciendo sus combinaciones, más rápido de lo que la ambición puede expresar sus anhelos. Shirley no dice nada mientras se halla sumida en este trance; guarda un silencio absoluto. Si la señora Pryor le hablara ahora, saldría en silencio y seguiría paseando arriba, en

la oscura galería.

Si Shirley no fuera un ser indolente, despreocupado e ignorante, tomaría la pluma en tales momentos, o al menos mientras su recuerdo siguiera vivo en su espíritu; se aferraría a esa aparición, la fijaría, contaría la visión revelada. Si tuviera un poco más desarrollado el órgano de la codicia en la cabeza, un poco más de amor a la propiedad en su naturaleza, cogería una hoja de papel de buen tamaño y escribiría con sencillez, con su extraña pero clara y legible letra, la historia que le ha sido narrada, la canción que le han cantado, y poseer así lo que estaba capacitada para crear. Pero es indolente, es despreocupada y muy ignorante, porque no sabe que sus sueños son raros y sus emociones peculiares; no conoce, no ha conocido nunca y morirá sin conocerlo, el auténtico valor de ese manantial que con su borboteo fresco y luminoso mantiene el verdor de su corazón.

Shirley se toma la vida con calma, ¿no está escrito en sus ojos? En sus momentos de buen humor, ¿no están tan llenos de una perezosa falta de energía como fulgentes se ven cuando en uno de sus breves arranques de ira se encienden súbitamente? Su naturaleza está en sus ojos: mientras está sosegada, la indolencia, la indulgencia, el buen humor y la ternura se adueñan de sus grandes esferas grises; mas si la sacas de sus casillas, un rayo rojo atraviesa el velo de rocío y las llamas prenden rápidamente.

Seguramente, la señorita Keeldar habría emprendido con Caroline aquel viaje por el norte que habían planeado, antes de que acabara el mes de julio, pero justamente en aquella época Fieldhead sufrió una invasión: un distinguido grupo de saqueadores asedió a Shirley en su castillo y la obligó a rendirse sin condiciones. Un tío, una tía y dos primas del sur, un tal señor Sympson, con una señora Sympson y dos señoritas Sympson, de Sympson Grove, cayeron sobre ella con toda su majestad. Las leyes de la hospitalidad la obligaron a ceder, y lo hizo con una facilidad que sorprendió un tanto a Caroline, que la conocía y sabía que no paraba en mientes cuando debía actuar y que era fértil en recursos si estaba en juego el triunfo de su voluntad. La señorita Helstone llegó incluso a preguntarle a qué se debía que se sometiera de tan buena gana. Shirley le respondió que los viejos sentimientos ejercían su influencia: siendo más joven, había vivido dos años en Sympson Grove.

¿Le gustaban sus parientes?

No tenía nada en común con ellos, respondió. Lo cierto era que el pequeño Harry Sympson, el único hijo varón, era muy diferente de sus hermanas, y por él había sentido un gran afecto, pero Harry no había acompañado al resto de la familia hasta Yorkshire, al menos de momento.

El domingo siguiente, en la iglesia de Briarfield, el banco de Fieldhead estaba ocupado por un caballero de edad, estirado, elegante y nervioso, que se

arreglaba los anteojos y cambiaba de postura cada tres minutos, una señora mayor de apariencia paciente y placida, vestida de raso marrón, y dos jóvenes señoritas modélicas, con atuendos modélicos y conducta modélica. Shirley tenía la apariencia de un cisne negro, o de un cuervo blanco, en medio de aquel grupo, y muy desolado era su aspecto. Tras haberle procurado una compañía respetable, la dejaremos allí durante un rato para observar a la señorita Helstone.

Separada momentáneamente de la señorita Keeldar, pues no podía buscar su trato en medio de sus distinguidos parientes; ahuyentada de Fieldhead por el tráfico de visitas que los recién llegados habían ocasionado en la vecindad, Caroline se vio relegada una vez más a la triste rectoría, a los paseos matinales solitarios por senderos apartados, a las largas tardes solitarias sentada en un gabinete silencioso abandonado por el sol desde el mediodía; o en el emparrado del jardín, donde el sol brillaba esplendoroso, pero triste, sobre las grosellas sujetas al enrejado y sobre las bellas rosas del mes con las que se entrelazaban, y a través de ellas caía formando cuadros sobre la figura sentada de Caroline, tan inmóvil con su blanco vestido veraniego como una estatua de jardín. Allí leía viejos libros que sacaba de la biblioteca de su tío; los que estaban en griego y en latín no podía leerlos, y su colección de literatura ligera se limitaba principalmente a un estante que había pertenecido a su tía María: algunas venerables revistas para señoras, que en una ocasión habían viajado por mar con su propietaria, habían sufrido una tormenta y estaban manchadas de agua salada; unas cuantas revistas metodistas insensatas, llenas de milagros y apariciones, de advertencias proféticas, visiones ominosas y loco fanatismo; las igualmente insensatas cartas de la señora Elizabeth Rowe de los muertos a los vivos; y unos cuantos clásicos ingleses. De estas flores desvaídas había extraído Caroline la miel en su infancia; ahora las encontraba totalmente insípidas. Cosía por cambiar, y también por hacer algo de provecho. Hacía prendas para los pobres, bajo la buena dirección de la señorita Ainley. Algunas veces, cuando notaba y veía las lágrimas caer sobre la tela, se preguntaba cómo la excelente mujer que la había cortado y preparado para ella conseguía ser tan serena y ecuánime en su soledad.

«Nunca he encontrado a la señorita Ainley agobiada por el desánimo ni sumida en el dolor —pensaba—. Y, sin embargo, su casa es un lugar pequeño, silencioso y sombrío, y ella no tiene esperanzas de futuro ni amigos en el mundo. Aun así, recuerdo que una vez me dijo que había enseñado a sus pensamientos a elevarse hacia el Cielo. Reconoció que no hallaba ni había hallado nunca deleite alguno en los asuntos mundanos, y supongo que espera la dicha del otro mundo. Igual hacen las monjas en sus angostas celdas, con sus quinqués de hierro, sus hábitos ceñidos como sudarios, sus catres estrechos como ataúdes. Ella dice a menudo que no teme a la muerte ni a la tumba. Tampoco tenía ese temor, sin duda, san Simeón, subido a su terrible columna

en el desierto, ni el devoto hindú tumbado en su lecho de clavos. Habiendo quebrantado ambas las leyes de la naturaleza, se invierten sus gustos y sus antipatías naturales, se vuelven totalmente malsanos. Yo todavía temo a la muerte, pero creo que es porque soy joven; la pobre señorita Ainley se aferraría a la vida si ésta tuviera más alicientes que ofrecerle. No creo que Dios nos creara y nos diera la vida con el único propósito de desear siempre la muerte. En el fondo de mi corazón estoy convencida de que nuestro destino es valorar la vida y disfrutarla mientras podamos. El objetivo original de la existencia no fue nunca convertirse en esa cosa inútil, vacía, pálida e interminable en que con frecuencia se convierte para muchos, como me está ocurriendo a mí.

»Nadie —proseguía—, nadie tiene la culpa, eso es evidente, de cómo son las cosas. Y no consigo adivinar, por muchas vueltas que le dé, cómo pueden mejorarse; pero tengo la sensación de que hay algo que no está bien. Creo que las mujeres solteras deberían tener más opciones, más posibilidades de hallar una ocupación interesante y provechosa de las que tienen ahora. Y cuando hablo así, no tengo la impresión de que a Dios le desagraden mis palabras, de que sea impía ni impaciente, irreverente ni sacrílega. Mi consuelo es, de hecho, que Dios oye muchas quejas y se compadece de muchos sufrimientos que los hombres se tapan los oídos para no oír o contemplan ceñudos con desprecio impotente. Digo impotente, pues he observado que, cuando la sociedad no puede deshacer fácilmente una injusticia, suele prohibir que se nombre, so pena de mostrar su desprecio; y este desprecio es tan sólo una especie de manto de oropel con el que cubre su deformada flaqueza. Las personas detestan que les recuerden los males que no quieren o no pueden remediar; al obligarlos a ser conscientes de su propia incapacidad o, lo que es aún más doloroso, al recordarles que están obligados a realizar un desagradable esfuerzo, ese recuerdo trastorna su tranquilidad y su suficiencia. Las solteronas, como los mendigos y los pobres desempleados, no deberían pedir un lugar ni una ocupación en el mundo: esa petición perturba a los ricos y dichosos; perturba a los padres. Fíjate en las familias numerosas con hijas de la vecindad: los Armitage, los Birtwhistle, los Sykes. Todos los hermanos varones de esas jóvenes trabajan en la industria o en el comercio, o tienen una profesión; tienen algo que hacer. Sus hermanas no tienen ninguna ocupación más que la de llevar la casa y coser; no disfrutan de ningún placer terrenal más que el de hacer visitas inútiles; y carecen de expectativas en la vida, no pueden esperar nada mejor. Este estancamiento perjudica su salud; nunca están bien del todo y sus ideas y puntos de vista se reducen a una extraordinaria estrechez de miras. El gran anhelo, el único objetivo de todas ellas, es el matrimonio, pero la mayoría no se casarán nunca, y morirán tal como han vivido. Intrigan, conspiran, se visten para atrapar a un marido. Los caballeros las ridiculizan, no las quieren, las tienen en muy poca valía; dicen (yo se lo he oído decir muchas

veces entre risas burlonas) que el mercado matrimonial está saturado. Los padres dicen lo mismo y se encolerizan con sus hijas cuando advierten sus argucias; les ordenan que se queden en casa. ¿Qué esperan que hagan allí? Si se les preguntara, contestarían que coser y cocinar. Esperan que sus hijas se limiten a eso durante toda su vida, y que lo hagan contentas y sin quejarse, como si no tuvieran en sí el germen del talento para hacer otras cosas: doctrina esta tan razonable como si dijéramos que los padres no tienen más talento que el de comer lo que cocinan sus hijas o el de llevar lo que ellas cosen. ¿Podrían los hombres vivir de esa manera? ¿No les parecería realmente aburrido? Y cuando ese aburrimiento no conociera remedio, sino que sólo recibiera reproches ante la más mínima manifestación de queja, ¿no fermentaría el tedio hasta convertirse en locura con el tiempo? A menudo se cita a Lucrecia, hilando a medianoche entre sus doncellas, y a la mujer virtuosa de la que habla Salomón como modelos de lo que deberían ser las de “su sexo” (como se dice). No sé; creo que Lucrecia fue una persona dignísima, muy parecida a mi prima Hortense Moore, pero obligaba a trasnochar a sus criadas. A mí no me hubiera gustado ser una de sus doncellas. Hortense nos haría trabajar igual a Sarah y a mí, si pudiera, y ninguna de las dos podría aguantarlo. También la “mujer virtuosa” levantaba a la servidumbre en mitad de la noche y “acababa con el desayuno” (como dice la señora Sykes) antes del amanecer. Pero hacía algo más que hilar y distribuir el alimento: era fabricante, tejía telas finísimas y las vendía; era agricultora, compró tierras y plantó viñas. Aquella mujer era una administradora; era lo que las matronas de por aquí llaman “una mujer inteligente”. En conjunto, me gusta mucho más que Lucrecia; no creo que ni el señor Armitage ni el señor Sykes hubieran podido sacar partido de ella en los negocios, pero me gusta. “La fortaleza y la dignidad son sus atavíos; y mira sonriente al futuro. Abre su boca con sabiduría, y la ley de clemencia gobierna su lengua. Levantáronse sus hijos, y aclamáronla dichosísima; y la alabó su marido”. ¡Rey de Israel! ¡Tu modelo de mujer es muy digno! Pero ¿nos educan a nosotras, hoy en día, para ser como ella? ¡Hombres de Yorkshire! ¿Están vuestras hijas a la altura de este regio modelo? ¿Pueden alcanzarlo? ¿Podéis ayudarlas a alcanzarlo? ¿Podéis darles una parcela en la que sus facultades puedan ejercerse y madurar? ¡Hombres de Inglaterra!, fijaos en vuestras pobres hijas; muchas de ellas desfallecen a vuestro alrededor, consumidas por la tisis o postradas, o lo que es peor, degeneran en solteronas amargadas, envidiosas, maldicientes y desgraciadas, porque la vida es un desierto para ellas; o, lo peor de todo, se rebajan a luchar mediante una coquetería carente de modestia y unos artificios denigrantes, para conseguir a través del matrimonio la posición y la consideración que les niega el celibato. ¡Padres!, ¿no podéis cambiar esta situación? Quizá no pueda hacerse todo de repente, pero pensad bien en el asunto cuando se os presente, recibidlo como una cuestión digna de reflexión; no la desechéis con una broma frívola o un

insulto impropio de un caballero. Deseáis sentirnos orgullosos de vuestras hijas y no abochornaros; así pues, buscadles una ocupación que las aleje del coqueteo, de las intrigas y los chismorreos maliciosos. Si dejáis que los cerebros de vuestras hijas sigan estando constreñidos, encadenados, ellas seguirán siendo una plaga y un estorbo, a veces incluso una deshonra para vosotros; dadles cultura, dadles un campo de acción y trabajo, y serán vuestras más alegres compañeras en la salud, vuestras más cariñosas enfermeras en la enfermedad y vuestro más fiel apoyo en la vejez».

CAPÍTULO XXIII

UNA VELADA FUERA DE CASA

Un radiante día de verano que Caroline había pasado completamente sola (pues su tío se había ido a Whinbury) y cuyas largas horas, esplendorosas, calladas, sin nubes y sin brisa (¡cuántas parecían desde la salida del sol!), habían sido para ella tan desoladas como si hubieran pasado sobre su cabeza en el desierto del Sahara, sin caminos y sin sombra, y no en el florido jardín de un hogar inglés, se encontraba sentada en el emparrado del jardín con la labor en el regazo, con los dedos tenazmente empleados en la aguja, siguiendo y regulando sus movimientos con la mirada y haciendo trabajar al cerebro sin descanso, cuando Fanny salió a la puerta, paseó la vista por el jardín y sus aledaños y, al no verla, gritó:

—¡Señorita Caroline!

—¡Fanny! —respondió una débil voz que surgía del emparrado, y hacia allí se dirigió Fanny apresuradamente con una nota en la mano; la entregó a unos dedos que no parecían tener fuerza suficiente para sujetarla. La señorita Helstone no preguntó de dónde procedía ni le echó una mirada: la dejó caer entre los pliegues de su labor.

—La ha traído Harry, el hijo de Joe Scott —dijo Fanny.

La muchacha no era ninguna hechicera, ni sabía de encantamientos, pero lo que dijo tuvo casi un efecto mágico sobre su joven señora. Caroline alzó la cabeza con el veloz movimiento de una sensación renovada; lanzó una mirada interrogativa a Fanny que no era lánguida, sino llena de vida.

—¡Harry Scott! ¿Quién lo ha enviado?

—Ha venido del Hollow.

Caroline cogió la nota caída con avidez, rompió el sello, la leyó en unos segundos. Era una cariñosa esquila de Hortense en la que informaba a su

joven prima de que había regresado de Wormwood Wells, de que estaba sola porque Robert se había ido al mercado de Whinbury, de que nada le causaría mayor placer que disfrutar de su compañía para el té, y, añadía la buena señora, estaba convencida de que el cambio sería sumamente aceptable y beneficioso para ella, que debía de encontrarse lastimosamente privada de una juiciosa orientación y una compañía edificante desde que el malentendido entre Robert y el señor Helstone había ocasionado la separación de su meilleure amie, Hortense Gérard Moore. La posdata la instaba a ponerse el sombrero y acudir sin más dilación.

Caroline no necesitaba aquel mandato: más que contenta de dejar el babero de hilo de Holanda marrón que galoneaba para la cesta del judío, subió corriendo a su dormitorio, se cubrió los rizos con un sombrero de paja y se echó sobre los hombros el chal de seda negra, cuya sencilla tela favorecía tanto su figura como su tono oscuro realzaba la pureza de su vestido y la blancura de su rostro; más que contenta estaba de escapar unas horas a la soledad, la tristeza y la pesadilla que era su vida; más que contenta bajó a toda prisa por la verde pendiente que llevaba hasta el Hollow y, oliendo la fragancia de las flores silvestres, le pareció más dulce que el perfume de las rosas de musgo o las azucenas. Ciertamente, sabía que Robert no estaba en casa, pero era una delicia ir a donde él había estado recientemente. Después de una separación tan larga y tan completa, el mero hecho de ver su hogar, de entrar en la habitación donde había estado por la mañana, la hacía sentirse como si se tratara de un reencuentro. Como tal sirvió para darle nueva vida, y pronto la ilusión la siguió una vez más, enmascarada de genio benéfico: la suave agitación de sus alas le acarició la mejilla, y el aire, que soplaba desde el cielo azul estival, traía consigo una voz que susurraba: «Robert podría volver mientras estás en su casa, y entonces, por fin, podrás verle la cara. Al menos podrás darle la mano. Quizá puedas sentarte junto a él unos minutos».

«¡Silencio!», fue su austera respuesta, pero se deleitaba en el consuelo y en quien se lo daba.

Seguramente la señorita Moore captó el destello y el movimiento del vestido blanco de Caroline desde la ventana, a través de los densos arbustos del jardín, pues salió de la casa para ir a su encuentro. Avanzó erguida, firme y flemática como siempre; no había prisa ni arrebatos capaces de alterar la dignidad de sus movimientos, pero sonrió, complaciéndose en la alegría de su pupila, de recibir su beso, y la delicada y cordial presión de su abrazo. La condujo cariñosamente al interior de la casa, engañada a medias y muy halagada. ¡Engañada a medias! De no haber sido así, con toda seguridad la habría puesto en el portillo y le habría negado la entrada. De haber sabido realmente a quién se debía la mayor parte de su alegría infantil, sin duda Hortense se habría escandalizado y enfurecido a la vez. A las hermanas no les

gusta que otras señoritas se enamoren de sus hermanos: les parece una estupidez, una debilidad, una ilusión, una absurda equivocación, cuando no una osadía. Ellas no aman a esos caballeros, por mucho que sea el afecto que les tengan como hermanas, y les repugna que otras los amen, porque les produce la sensación de un sórdido amorío. La primera reacción, en suma, que despierta tal descubrimiento (como les ocurre a muchos padres cuando descubren que sus hijos están enamorados) es una mezcla de impaciencia y desprecio. La razón —si se trata de personas racionales— corrige con el tiempo ese sentimiento mal entendido, pero si son irracionales, no se corrige nunca, y a la nuera o cuñada se le tiene antipatía para siempre.

—Esperarías encontrarme sola por lo que te decía en mi nota —comentó la señorita Moore mientras conducía a Caroline hacia el gabinete—, pero la he escrito esta mañana y después de la comida han venido visitas.

Y, al abrir la puerta, se vio una amplia extensión de faldas de color carmesí que desbordaban el sillón que había frente a la chimenea, y por encima, presidiendo con dignidad, una cofia más temible que una corona. Aquella cofia no había llegado a la casa debajo de un sombrero, no, sino en una bolsa grande, o más bien en un globo de tamaño mediano hecho de seda negra con ballenas para darle volumen. La banda o volante de la cofia tenía una anchura de veinticinco centímetros y rodeaba el rostro de su portadora; la cinta, adornada de moñas y lazos alrededor de la cabeza, era del tipo llamado «cinta del amor»: había una buena cantidad de esa cinta, yo diría que una cantidad enorme. La señora Yorke llevaba la cofia; la favorecía. También llevaba el vestido; no la favorecía menos.

Aquella gran señora se había presentado a tomar el té amigablemente con la señorita Moore. El favor era casi tan grande y raro como si la reina acudiera sin ser invitada a compartir una comida cualquiera con uno de sus súbditos; mayor muestra de distinción no podía dar, ella que, por lo general, despreciaba ir de visita para tomar el té, y tenía en poco y estigmatizaba a todas las jóvenes y matronas de la vecindad, a las que tildaba de «chismosas».

No se trataba de ningún error, sin embargo; sentía predilección por la señorita Moore: lo había demostrado en más de una ocasión; lo había demostrado parándose a hablar con ella los domingos en la iglesia, invitándola a ir a Briarmains, casi con un tono hospitalario, y lo había demostrado ese día con la gran condescendencia de una visita personal. Las razones de su predilección, que ella misma indicaba, se basaban en que la señorita Moore era una mujer de conducta sensata, sin que en su conversación ni en su porte hubiera la más mínima ligereza; también en que, como extranjera, debía de notar la falta de una amiga que la apoyara. Podría haber añadido que su apariencia sencilla, su manera de vestir casera y meticulosa, y sus modales flemáticos, sin atractivo, eran para ella otras tantas recomendaciones. Es

cierto, cuando menos, que las señoras notables por las cualidades opuestas de belleza, vivacidad y elegancia en el vestir no recibían con frecuencia su aprobación. La señora Yorke condenaba cuanto los caballeros eran proclives a admirar en las mujeres, y lo que ellos pasaban por alto o desdeñaban, ella lo favorecía.

Caroline avanzó hacia la imponente matrona sin demasiada confianza en sí misma; apenas había tratado a la señora Yorke y, como sobrina de un clérigo, dudaba de la clase de recibimiento que podía encontrar. El recibimiento fue glacial, y ella se alegró de disimular su desconcierto dándose la vuelta para quitarse el sombrero. Tampoco le desagradó, al sentarse, que se le acercara inmediatamente un personajillo con vestido azul y fajín de niña, que surgió como una pequeña hada del costado de la butaca de la gran dama, donde antes estaba sentada en un escabel, oculta a la vista por los pliegues del amplio vestido rojo, y que, precipitándose hacia la señorita Helstone, le rodeó el cuello con los brazos, sin ceremonia, y pidió un beso.

—Mi madre no es cortés con usted —dijo la solicitante, recibiendo y devolviendo una sonrisa como saludo—, y Rose, que está allí, no le presta atención; es su manera de ser. Si, en lugar de usted, hubiera entrado en la habitación un ángel blanco con una corona de estrellas, madre habría inclinado la cabeza con rigidez, y Rose ni siquiera la habría levantado, pero yo seré amiga suya; ¡siempre me ha gustado!

—¡Jessie, refrena esa lengua y no seas descarada! —dijo la señora Yorke.

—¡Pero, madre, eres tan fría con ella! —protestó Jessie—. La señorita Helstone no te ha causado nunca ningún daño, ¿por qué no puedes ser amable con ella? Te quedas ahí sentada, rígida y distante, y eres seca con ella; ¿por qué? Ésa es exactamente la forma en que tratas a la señorita Shirley Keeldar y a todas las demás señoritas que vienen a nuestra casa. Y Rose es una aut... aut..., he olvidado la palabra, pero significa que es una máquina con forma de ser humano. Entre las dos ahuyentaréis de Briarmains a todo ser viviente, ¡Martin lo dice a menudo!

—¿Una autómatas, yo? ¡Bien! Pues entonces déjame en paz —dijo Rose, hablando desde un rincón, sentada en la alfombra junto a una estantería y con un libro abierto sobre las rodillas—. Señorita Helstone, ¿cómo está usted? —añadió, dirigiendo una breve mirada a la interpelada, y luego, volviendo a fijar sus extraordinarios ojos grises en el libro, regresó al estudio de sus páginas.

Caroline la miró furtivamente, deteniéndose en su joven semblante absorto, y advirtió cierto movimiento inconsciente de la boca mientras leía, un movimiento lleno de carácter. Caroline tenía tacto y muy buen instinto: percibió que Rose Yorke era una niña muy peculiar, única, y sabía cómo tratarla. Se acercó calladamente, se arrodilló en la alfombra a su lado, y miró

el libro por encima de su hombro menudo. Era una novela de la señora Radcliffe: El italiano.

Caroline leyó con ella sin hacer comentarios. Al cabo de un rato, Rose tuvo con ella la atención de preguntar, antes de volver una página:

—¿Ha terminado?

Caroline se limitó a asentir.

—¿Le gusta? —preguntó Rose al poco.

—Hace tiempo, cuando lo leí de niña, me gustó muchísimo.

—¿Por qué?

—El comienzo parecía tan prometedor... presagiaba que iba a desarrollar el más extraordinario de los relatos.

—Y al leerlo, se sintió como si estuviera lejos de Inglaterra, en Italia, bajo otro cielo, ese cielo azul del sur que describen los viajeros.

—¿Lo has sentido tú, Rose?

—Leyéndolo me entran deseos de viajar, señorita Helstone.

—Quizá cuando seas una mujer podrás cumplir tu deseo.

—Tengo intención de hacerlo, si es que no se me da la ocasión. No puedo vivir siempre en Briarfield. El mundo entero no es demasiado grande comparado con la creación; al menos debo ver el exterior de nuestro propio planeta.

—¿Qué parte de ese exterior?

—Primero el hemisferio en que vivimos, luego el otro. Estoy decidida a hacer que mi vida sea una vida y no un trance oscuro como el de un sapo, enterrada en mármol; no será una muerte larga y lenta como la de usted en la rectoría de Briarfield.

—¡Como la mía! ¿Qué quieres decir, niña?

—¿No es acaso como sufrir una tediosa muerte estar siempre encerrada en esa casa de clérigo, un lugar que, cuando paso por delante, me recuerda siempre a una tumba con ventanas? Nunca veo movimiento en la puerta; nunca sale ningún sonido de ella. Creo que nunca sale humo de sus chimeneas. ¿Qué hace allí dentro?

—Leo, coso, estudio.

—¿Es feliz?

—¿Sería más feliz vagando sola por países extraños, como tú deseas

hacer?

—Mucho más, aunque no hiciera otra cosa que vagar. Recuerde, sin embargo, que yo tendré un objetivo que cumplir, pero aunque usted sólo vagara y vagara, como la doncella encantada de un cuento de hadas, sería más feliz que ahora. En un solo día encontraría en su camino innumerables bosques, colinas y arroyos, todos de apariencia siempre cambiante de día o de noche, con lluvia o sol, con el cielo cubierto o despejado. Nada cambia en la rectoría de Briarfield: el yeso de los techos, el papel de las paredes, las cortinas, alfombras y sillas son siempre iguales.

—¿Es necesario el cambio para la felicidad?

—Sí.

—¿Son sinónimos?

—No lo sé, pero a mí me parece que la monotonía y la muerte son prácticamente la misma cosa.

Aquí intervino Jessie.

—¿A que está loca? —preguntó.

—Pero, Rose —prosiguió Caroline—, me temo que una vida de vagabundeo, para mí al menos, terminaría como esta historia que estás leyendo: en decepción, vanidad y mortificación del espíritu.

—¿Así termina «el italiano»?

—Eso me pareció cuando lo leí.

—Mejor es probar todas las cosas, y descubrir que todas están vacías, que no intentar nada y dejar tu vida en blanco. Eso es cometer el pecado del que enterró su talento en un hoyo: ¡holgazán despreciable!

—Rose —señaló la señora Yorke—, la auténtica satisfacción sólo se consigue cumpliendo con el deber.

—¡Cierto, madre! Y si mi amo me da diez talentos, mi deber es comerciar con ellos y hacer que den diez talentos más. No enterraré la moneda en el polvo de un cajón. No la depositaré en una tetera con el pitorro roto para encerrarla en el armario de la porcelana, con el servicio del té. No la dejaré sobre tu mesa de trabajo para que se ahogue bajo pilas de medias de algodón. No la meteré en el armario de la ropa blanca para encontrar después jirones en las sábanas, y menos aún, madre —se levantó del suelo—, menos aún la esconderé en una bandeja de patatas frías, para que la coloquen junto al pan, la mantequilla, los pasteles y el jamón en los estantes de la despensa. —Se interrumpió; luego continuó diciendo—: Madre, el Señor, que nos dio a cada uno de nosotros nuestros talentos, volverá un día y nos pedirá cuentas. En más

de una casa, la tetera, la media vieja, el trapo de hilo y la bandeja de dibujos chinoscos entregarán su depósito estéril. Permite que tus hijas, al menos, lleven su dinero a los cambistas, para que el día de la llegada del Amo, puedan pagarle con usura.

—Rose, ¿te has traído el dechado como te he dicho que hicieras?

—Sí, madre.

—Siéntate, y haz una muestra.

Rose se sentó con presteza y obedeció la orden. Tras una ocupada pausa de diez minutos, su madre preguntó:

—¿Te consideras oprimida ahora, una víctima?

—No, madre.

—Sin embargo, si no he comprendido mal, tu perorata era una protesta contra todas las tareas femeninas y domésticas.

—No me has entendido, madre. Lamentaría no aprender costura; haces bien en enseñarme y en hacerme trabajar.

—¿Incluso en remendar los calcetines de tus hermanos y en hacer sábanas?

—Sí.

—¿A qué viene entonces tanto divagar y echar pestes sobre esas tareas?

—¿No haré nunca nada más? Haré eso y luego haré más aún. Bueno, madre, he dicho lo que tenía que decir. Ahora tengo doce años, y no volveré a hablar de talentos hasta que tenga dieciséis; durante cuatro años me comprometo a ser una diligente aprendiz de todo cuanto me enseñes.

—Ya ve usted cómo son mis hijas, señorita Helstone —comentó la señora Yorke—, ¡qué precoces son en su engreimiento! «Me gustaría más esto, prefiero aquello», ésa es la cantinela de Jessie, mientras que las afirmaciones de Rose son más audaces: «¡Esto quiero y esto no quiero!».

—He dado mis razones, madre; además, aunque mis afirmaciones sean audaces, sólo se dejan oír una vez al año. En cada cumpleaños, el espíritu me mueve a pronunciar mi oráculo con respecto a mi propia instrucción y el modo de dirigirme; lo doy y lo dejo; es cosa tuya, madre, si lo escuchas o no.

—Yo aconsejaría a todas las señoritas —prosiguió la señora Yorke— que estudiaran el carácter de las niñas con las que tengan trato antes de casarse y de tener las suyas propias; que mediten bien sobre la responsabilidad de guiar a las indiferentes, la tarea de convencer a las tozudas, la carga y el esfuerzo incesantes de enseñar a las mejores.

—Pero no tiene por qué ser tan difícil si se hace con amor —intervino Caroline—. Las madres aman muchísimo a sus hijas, casi más de lo que se aman a sí mismas.

—¡Bonitas palabras! ¡Muy sentimentales! ¡Todavía tiene usted que vivir la parte más dura y práctica de la vida, jovencita!

—Pero, señora Yorke, cuando cojo a un bebé en mis brazos, al de cualquier mujer pobre, por ejemplo, siento que amo esa cosa desvalida de un modo muy peculiar, aunque no sea su madre. Estaría dispuesta a hacer casi cualquier cosa por él si me lo entregaran totalmente a mi cuidado, si dependiera por completo de mí.

—¡Siente! ¡Sí, sí! Yo diría que se deja gobernar usted por sus sentimientos y que sin duda se cree una persona muy sensible y refinada. ¿Es consciente de que, con todas esas ideas románticas, ha conseguido que sus facciones adopten una expresión por lo general abúlica, más propia de una heroína de novela que de una mujer que ha de abrirse camino en el mundo real a fuerza de sentido común?

—No, en absoluto, señora Yorke.

—Mírese en ese espejo que tiene detrás. Compare el rostro que ve en él con el de cualquier lechera que se levanta con el alba y trabaja de firme.

—Mi rostro es pálido, pero no sentimental, y la mayoría de lecheras, por coloradas y robustas que sean, son más estúpidas y tienen menos sentido práctico para abrirse camino en el mundo que yo. Pienso más y más correctamente que las lecheras en general; en consecuencia, donde ellas, por falta de reflexión, actuarían con debilidad, yo, por la fuerza de la reflexión, actuaría de manera juiciosa.

—¡Oh, no! Estaría influida por sus sentimientos. Se dejaría guiar por sus impulsos.

—Por supuesto que a menudo estaría influida por mis sentimientos; se me dieron con tal fin. Debo amar a quien mis sentimientos me enseñan a amar, y lo haré, y espero que, si algún día tengo marido e hijos, mis sentimientos me impulsen a amarlos. Espero que, en ese caso, todos mis impulsos tengan la fuerza necesaria para obligarme a amar.

Caroline se deleitó en pronunciar estas palabras con tono enfático; se deleitó en atreverse a decirlas en presencia de la señora Yorke. No le importaba qué injusto sarcasmo le arrojara como respuesta; se ruborizó, no de ira, sino por la turbación, cuando la desconsiderada matrona replicó, impávida:

—No pierda el tiempo dramatizando conmigo. Ha hablado bien, era todo muy bonito, pero a nosotras no nos impresiona: una mujer casada desde hace

muchos años y una solterona; debería estar presente un caballero sin compromiso. ¿No cree usted que el señor Robert pueda estar por ahí, oculto tras las cortinas, señorita Moore?

Hortense, que durante la mayor parte de la conversación había estado en la cocina supervisando los preparativos para el té, no había acabado de comprender del todo el significado de lo que se hablaba. Respondió, con aire perplejo, que Robert estaba en Whinbury. La señora Yorke soltó una de sus peculiares y breves carcajadas.

—¡La franca señorita Moore! —dijo con tono condescendiente—. Es muy propio de usted tomar mi pregunta en sentido literal y responderla con tanta sencillez. En sus pensamientos no caben intrigas. Podrían pasar las cosas más extrañas en sus mismas narices sin que se diera cuenta; no es del tipo de personas a las que atribuyen un ingenio agudo.

Estos dudosos cumplidos no parecieron complacer a Hortense. Se irguió y frunció el entrecejo, pero no perdió su expresión de extrañeza.

—Me he caracterizado por mi sagacidad y discernimiento desde la infancia —replicó, pues, hallándose ciertamente en posesión de estas cualidades, estaba muy ofendida.

—Jamás ha utilizado argucia alguna para pescar un marido, estoy convencida —insistió la señora Yorke—, y no tiene la ayuda de la experiencia para averiguar lo que otras traman.

Estas amables palabras hirieron a Caroline donde la benevolente señora pretendía herirla: en el corazón. Ni siquiera podía rechazar las pullas, se hallaba indefensa por el momento; responder a ellas habría sido como reconocer que habían dado en el blanco. Viendo a Caroline con los ojos bajos, turbados, las mejillas ardiendo y la figura encorvada, sometida a un temblor involuntario, que expresaba toda la humillación y la angustia que sentía, la señora Yorke pensó que la sufriente era una presa fácil. Aquella extraña mujer sentía una antipatía natural por los caracteres apocados y sensibles; por los temperamentos nerviosos. Tampoco los bonitos y delicados rostros juveniles eran un salvoconducto para su afecto. Raras veces encontraba todas estas odiosas cualidades combinadas en una sola persona, y más raro aún era que tuviese a esa persona a su merced y en circunstancias que le permitían aplastarla por completo. Casualmente aquella tarde se sentía especialmente irritable y malhumorada, dispuesta a cornear como cualquier cruel «matriarca de la manada»: inclinando su gran cabeza, volvió a la carga.

—Su prima Hortense es una excelente hermana, señorita Helstone: todas las señoritas que vengan a probar suerte aquí, a Hollow's Cottage, pueden engatusar a la señora de la casa mediante pequeñas artimañas femeninas que

no requieren gran inteligencia, y jugar con ventaja. Yo diría que es usted muy aficionada a la compañía de su pariente, ¿no es cierto, señorita?

—¿De qué pariente?

—Oh, de su prima, por supuesto.

—Hortense es y ha sido siempre sumamente amable conmigo.

—Las amigas solteras de todas las mujeres con hermanos solteros que son un buen partido las consideran siempre sumamente amables.

—Señora Yorke —dijo Caroline levantando la vista despacio, al tiempo que el velo de la turbación se alzaba de sus azules órbitas dejando que brillaran con fuerza, y el rubor de la vergüenza desaparecía de sus mejillas, de nuevo uniformemente pálidas—. Señora Yorke, ¿puedo preguntarle qué pretende?

—Darle una lección sobre la práctica de la rectitud: hacer que torne aversión a la astucia y los falsos sentimientos.

—¿Acaso necesito esa lección?

—La mayoría de las señoritas de hoy en día la necesitan. Es usted una joven muy moderna: enfermiza, delicada, con un declarado gusto por la soledad, lo que significa, supongo, que encuentra a pocas personas dignas de su simpatía en la vida cotidiana. La vida cotidiana, las personas corrientes y honradas, son mejores de lo que usted cree, mucho mejores que cualquier jovencita fantasiosa y amante de los libros que casi nunca asoma la nariz por encima del muro del jardín de su tío, el clérigo.

—Y a la que, por consiguiente, usted no conoce en absoluto. Perdone... en realidad me da igual que me perdone o no: usted me ha atacado sin que mediara provocación; yo me defenderé sin pedir disculpas. Ignora por completo cuál es la relación que tengo con mis dos primos; en un arranque de mal humor, ha intentado envenenarla con insinuaciones gratuitas que son más astutas y falsas que cualquier cosa de la que pueda acusarme a mí con justicia. El hecho de que yo sea pálida y algunas veces parezca tímida no es asunto suyo. Que me gusten los libros y no sienta inclinación por los chismes vulgares aún le concierne menos. Que sea una «jovencita fantasiosa» es una mera conjetura suya: jamás he fantaseado en su presencia ni en la de nadie que usted conozca. Ser la hija de un clérigo no es ningún crimen, aunque tal vez su intransigencia la lleve a creerlo. No le gusto; no existe motivo alguno para esa antipatía, por lo tanto, guárdese esa aversión para usted. Si en algún otro momento del futuro me molesta volviendo a expresarla, le replicaré con menos escrúpulos aún de los que he tenido ahora.

Guardó silencio en medio de una pálida y tranquila agitación. Había

hablado en el tono más claro posible, ni demasiado deprisa ni demasiado alto, pero su voz argentina estremecía el oído. En sus venas la sangre corría tan veloz como invisible.

A la señora Yorke no le enojó el reproche, expresado con una severidad tan simple y dictado por un orgullo tan reservado. Volviéndose impertérrita hacia la señorita Moore, dijo, moviendo la cofia de arriba abajo como muestra de aprobación:

—Tiene genio, después de todo. Hable siempre con la misma franqueza que ha demostrado ahora —añadió— y le irá bien.

—Rechazo una recomendación tan ofensiva —fue la respuesta, dada con la misma voz pura y la misma mirada clara—. Rechazo un consejo envenenado por las insinuaciones. Estoy en mi derecho de hablar como crea más conveniente, nada me obliga a conversar siguiendo sus dictados. Lejos de hablar siempre como acabo de hacerlo ahora, jamás me dirigiré a nadie en un tono tan severo y con un lenguaje tan áspero, a menos que sea para responder a un insulto inmerecido.

—Madre, has encontrado la horma de tu zapato —declaró la pequeña Jessie, a quien la escena parecía divertir enormemente.

Rose lo había oído todo con rostro impasible; dijo entonces:

—No, la señorita Helstone no es la horma del zapato de mi madre, puesto que se deja mortificar; mi madre la agotaría en unas cuantas semanas. Shirley Keeldar se defiende mejor. Madre, jamás has conseguido herir los sentimientos de la señorita Keeldar. Lleva una armadura bajo su vestido de seda que no puedes atravesar.

La señora Yorke se quejaba a menudo de que sus hijas eran rebeldes. Resultaba extraño que, pese a su severidad, a su «carácter», no tuviera el menor dominio sobre ellas: una mirada del padre tenía mayor influencia que todos sus sermones.

La señorita Moore —para quien la posición de testigo de un altercado en el que no tomaba parte era extremadamente desagradable— recobró su dignidad y se preparó para pronunciar un discurso con el que habría de demostrar a ambas partes su error, dejando bien sentado a las contendientes que las dos tenían motivos para avergonzarse y que deberían someterse humildemente al mejor discernimiento de la persona que las interpelaba. Afortunadamente para su público, su arenga no había durado más de diez minutos cuando la entrada de Sarah con la bandeja del té desvió su atención, primero hacia el hecho de que esta damisela llevaba una peineta dorada en los cabellos y un collar rojo alrededor de la garganta y, en segundo lugar, después de reprenderla con severidad, hacia el deber de servir el té. Tras el té, Rose le devolvió el buen

humor llevándole la guitarra y pidiéndole una canción, y más tarde enzarzándose con ella en un inteligente y agudo interrogatorio sobre el arte de tocar la guitarra y de la música en general.

Mientras tanto, Jessie dirigió sus atenciones a Caroline. Sentada en un taburete a sus pies, le habló primero de religión y luego de política. En su casa, Jessie estaba acostumbrada a embeberse de buena parte de lo que su padre decía sobre tales temas, y a repetir luego en otra compañía, con más ingenio y fluidez que coherencia o discreción, las opiniones, antipatías y preferencias del señor Yorke. Reprobó firmemente a Caroline por ser miembro de la Iglesia oficial y por tener como tío a un clérigo. Le informó de que vivía de lo que producía el campo, y le dijo que debería trabajar para ganarse el sustento honradamente en lugar de llevar una vida inútil y comer del pan de la holgazanería en forma de diezmo. De ahí pasó a dar un repaso al ministerio en funciones de aquella época, y a una reflexión sobre sus méritos y deméritos. Mencionó familiarmente los nombres de lord Castlereagh y el señor Perceval. A cada una de estas personas las adornó con un carácter que podría haberse adaptado a Moloch y a Belial. Clamó contra la guerra, que llamó asesinato en masa, y contra lord Wellington, al que calificó de «carnicero a sueldo».

Su interlocutora la escuchó con gran regocijo. Jessie no carecía de sentido del humor: era indescriptiblemente cómico oírle repetir las críticas de su padre en el mismo dialecto del norte, rudo y enérgico; era una pequeña jacobina, con tanta vehemencia como encerrar pudiera un espíritu libre y rebelde vestido de muselina y con fajín. No siendo malévola por naturaleza, su lenguaje no era tan amargo como mordaz, y el expresivo rostro menudo daba una agudeza a todas sus frases que cautivaba el interés de quien lo contemplaba.

Caroline le afeó que insultara a lord Wellington, pero escuchó con deleite una diatriba posterior contra el príncipe regente. Jessie percibió rápidamente en el destello de los ojos de su oyente y en la sonrisa que rondaba sus labios que por fin había dado con un tema que la complacía. Numerosas eran las veces en que había oído hablar a su padre sobre el gordo «Adonis cincuentón» durante el desayuno, y repitió los comentarios del señor Yorke, tan genuinos como los que habían pronunciado sus labios de Yorkshire.

Sin embargo, Jessie, no escribiré más sobre ti. Es otoño y la noche es húmeda y desapacible. Sólo hay una nube en el cielo, pero lo cubre de extremo a extremo. El viento no descansa: pasa veloz y sollozante sobre las colinas de lúgubre perfil, descoloridas bajo el crepúsculo y la niebla. La lluvia ha caído durante todo el día sobre la torre de la iglesia, que se eleva, negra, en medio del pétreo recinto de su cementerio: las ortigas, la alta hierba y las tumbas chorrean agua. Esta noche me recuerda demasiado vívidamente otra noche de hace algunos años: era también una noche de otoño envuelta en una furiosa tormenta, en la que cierta persona, que aquel día había peregrinado hasta una

tumba recién excavada en un cementerio herético, estaba sentada ante el fuego de leña de la chimenea de una morada extranjera. Todos estaban alegres y disfrutaban de la compañía, pero sabían que se había creado un vacío en su círculo que jamás volvería a llenarse. Sabían que habían perdido algo, cuya ausencia no llegaría a compensarse por mucho que vivieran, sabían que la densa cortina de lluvia empapaba la tierra ya mojada que cubría a su amor perdido, y que la tempestad triste y ululante se lamentaba sobre la cabeza enterrada. El fuego los calentaba, aún tenían el don de la vida y la amistad, pero Jessie yacía helada y solitaria en un ataúd; sólo la tierra la protegía de la tormenta.

La señora Yorke dobló su labor de punto, cortó en seco la lección de música y la conferencia sobre política, y concluyó su visita a la casa a una hora lo bastante temprana para garantizar su regreso a Briarmains antes de que el arbol del ocaso se desvaneciera por completo en el cielo, o de que el rocío de la noche dejara impracticable el sendero que subía campo a través.

Cuando esta señora y sus hijas se marcharon, también Caroline consideró llegado el momento de volver a ponerse el chal, besar a su prima en la mejilla y encaminarse a su casa. Si se demoraba más tiempo, se haría de noche y Fanny tendría que tomarse la molestia de ir a buscarla; recordó que era día de plancha en la rectoría, así como de hacer pan: Fanny estaría muy ocupada. Aun así, no pudo abandonar el sitio que ocupaba junto a la ventana del pequeño gabinete. No había otro punto de observación desde el que se viera más hermoso el oeste que aquella celosía rodeada por una guirnalda de jazmín, cuyas blancas estrellas y verdes hojas no parecían ahora más que trazos grises a lápiz —de gráciles formas, pero sin matices— en el fondo dorado y rojizo del crepúsculo estival, en el fondo azul teñido de fuego del cielo de agosto a las ocho de la tarde.

Caroline miró el portillo, junto al que se alzaban las encinas como agujas; miró el denso seto de alheña y laurel que cercaba el jardín; sus ojos anhelaban ver algo más que estos arbustos, antes de apartarse de aquella limitada perspectiva: anhelaban ver una figura humana de ciertas proporciones y estatura pasando junto al seto y entrando por el portillo. Una figura humana vio al fin... no, dos: Frederick Murgatroyd pasó de largo con un cubo de agua; le siguió Joe Scott, balanceando las llaves de la fábrica con el dedo índice. Los dos hombres se disponían a cerrar la fábrica y los establos, y luego se marcharían a su casa.

«Yo también debo irme», pensó Caroline, haciendo ademán de levantarse con un suspiro.

«Esto es un disparate, un desatino que me parte el corazón —añadió—. En

primer lugar, aunque me quedara hasta que se hiciera de noche, él no llegaría, porque siento en mi corazón que el Destino ha escrito en la página de hoy de su libro eterno que no tendré el placer que tanto deseo. En segundo lugar, aunque él entrara en este mismo momento, mi presencia aquí le disgustaría, y darme cuenta de que debe ser así haría que se me helara casi la sangre en las venas. Su mano, quizá, sería blanda, sin fuerza, si pusiera la mía en ella; sus ojos estarían nublados si buscara su resplandor. Buscaría esa luz que he visto encendida algunas veces, en el pasado, cuando mi rostro, mi lenguaje o mi carácter le habían complacido en un instante dichoso: sólo encontraría oscuridad. Será mejor que vuelva a casa».

Cogió el sombrero de la mesa donde lo había dejado, y se estaba atando la cinta cuando Hortense, dirigiendo su atención hacia un espléndido ramo de flores que había en un jarrón sobre esa misma mesa, comentó que la señorita Keeldar se lo había enviado aquella misma mañana desde Fieldhead, y siguió hablando sobre los huéspedes que esa señorita tenía en su casa y sobre la ajetreada vida que había llevado últimamente, a lo que añadió diversas conjeturas: que era una vida que no le gustaba y que era realmente extraño que una persona tan decidida siempre a salirse con la suya como la heredera no hallara el medio de librarse de aquel cortejo de parientes.

—Pero dicen que en realidad es ella quien no permite al señor Sympson y a su familia que se vayan —agregó—. Ellos deseaban regresar al sur la semana pasada para preparar la bienvenida a su único hijo varón, que ha de volver a casa después de un viaje. Ella insiste en que el primo Henry debe venir a reunirse con su familia en Yorkshire. Me atrevería a decir que en parte lo hace para complacernos a Robert y a mí.

—¿Cómo os complacería a Robert y a ti? —preguntó Caroline.

—Vaya, hija mía, estás un poco lenta. ¿No sabes...? Debes de haber oído a menudo...

—Por favor, señora —dijo Sarah abriendo la puerta—, las conservas que me dijo que hirviera en melaza, las «congfiters», como las llama usted, se han quemado.

—Les confitures! Elles sont brûlées? Ah, quelle négligence coupable! Coquine de cuisinière, filie insupportable!

Y mademoiselle se apresuró a sacar un gran delantal de hilo de un cajón para ponérselo sobre el delantal negro que llevaba, y corrió, éperdue, hacia la cocina, desde donde —a decir verdad— salía un intenso olor nada apetitoso a dulces calcinados.

La señora y la doncella habían estado peleándose durante todo el día por culpa de la confección de unas conservas de ciertas zarzamoras, duras como

canicas y agrias como endrinas. Sarah sostenía que el azúcar era el único condimento ortodoxo que podía usarse en el proceso; mademoiselle mantenía —y lo demostraba con la práctica y la experiencia de su madre, su abuela y su bisabuela— que la melaza, la mélasse, era infinitamente mejor. Había cometido la imprudencia de dejar a Sarah a cargo de la marmita, pues su falta de simpatía por la naturaleza del contenido había tenido como efecto cierto descuido en la vigilancia de su confección, cuyo resultado era una masa de negras cenizas. Se produjo a continuación una alharaca: grandes recriminaciones y sollozos más sonoros que sinceros.

Caroline se volvió de nuevo hacia el pequeño espejo, apartándose los rizos del rostro para meterlos bajo el sombrero de paja, convencida de que no sólo sería inútil, sino también desagradable, quedarse allí más tiempo, cuando, al abrirse súbitamente la puerta de atrás, una brusca calma se adueñó de la cocina: se refrenaron las lenguas, como sujetas por bridas y bocado. ¿Era él... era... Robert? A menudo —casi siempre— entraba por la cocina a su regreso del mercado. No, sólo era Joe Scott, que, tras haber carraspeado tres veces —queriendo significar con cada carraspeo un arrogante reproche a las mujeres que reñían—, dijo:

—Bueno, ¿era una pelea lo que se oía?

Nadie respondió.

—Pues —continuó con tono dogmático— como el amo acaba de llegar, y va a entrar por esta puerta, he pensado que era mejor pasar yo primero y decírselo. Nunca es conveniente entrar en una casa llena de mujeres sin avisar. Aquí viene; entre, señor. Estaban alborotando de mala manera, pero creo que las he hecho callar.

Entró —ahora era audible— otra persona. Joe Scott continuó con sus reproches.

—¿Cómo es que están a oscuras? Tú, chica, ¿es que no sabes encender una vela, Sarah? Hace una hora que se ha puesto el sol. El amo se va a romper las espinillas con tus potes y mesas y todo lo demás. Tenga cuidado con ese pote, señor, se lo han dejado ahí en medio que ni expresamente.

A los comentarios de Joe siguió una pausa algo confusa, que Caroline, aunque aguzaba los oídos, no pudo comprender. Fue muy breve; la rompió un grito, un sonido de sorpresa, seguido por el de un beso; a continuación oyó exclamaciones, pero inconclusas.

—Mon Dieu! Mon Dieu! Est-ce que je m'y attendais? —fueron las palabras que consiguió distinguir.

—Et tu te portes toujours bien, bonne soeur? —preguntó otra voz; la de

Robert, sin duda.

Caroline se quedó perpleja. Obedeciendo a un impulso, cuya sensatez no tuvo tiempo de considerar, salió a escape del pequeño gabinete, a fin de despejar el camino, y subió corriendo la escalera para asomarse por la barandilla desde lo alto y seguir mirando antes de dejarse ver. El crepúsculo había quedado atrás: el corredor estaba oscuro, pero no tanto para no ver en él a Robert y a Hortense al cabo de unos instantes.

—¡Caroline! ¡Caroline! —llamó Hortense, poco después—. Venez voir mon frère!

«¡Qué extraño! —pensó la señorita Helstone—. ¡Más que extraño! ¿Qué augura esta insólita emoción por un acontecimiento tan corriente como el regreso del mercado? ¿No habrá perdido el seso? No se habrá desquiciado por culpa de la melaza quemada».

Bajó la escalera con agitación contenida, pero mayor fue su turbación cuando Hortense la cogió de la mano en la puerta del gabinete, la condujo hacia Robert en persona, cuya figura se recortaba, alta y oscura, al trasluz de una ventana, y la presentó con una mezcla de azoramiento y formalidad, como si fueran completos desconocidos y aquélla fuera la primera vez que se veían.

¡El desconcierto aumentaba! Él se inclinó con bastante torpeza y, volviendo el rostro con el aturullamiento de un desconocido, se encaró con la tenue luz que entraba por la ventana; el enigma del sueño (un sueño parecía) alcanzó su punto culminante: Caroline vio un semblante semejante y distinto al de Robert; era él y no era él.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Me engañan mis ojos? ¿Es mi primo?

—Es tu primo, desde luego —afirmó Hortense.

Entonces ¿quién era el que llegaba ahora por el corredor y entraba en la habitación? Caroline volvió la cabeza y vio a un nuevo Robert, el Robert auténtico, como supo en seguida.

—Bueno —dijo él, sonriendo al ver su rostro inquisitivo y atónito—, ¿quién es quién?

—¡Ah! ¡Eres tú! —fue la respuesta.

Él se echó a reír.

—Ya lo creo que soy yo. ¿Y sabes quién es él? Nunca lo habías visto, pero has oído hablar de él.

—Sólo puede ser una persona: tu hermano, puesto que tanto se le parece; mi otro primo, Louis.

—¡Inteligente y pequeña Edipo! ¡Habrías vencido a la Esfinge! Pero ahora, míranos juntos. Cámbiate de lugar, Louis. Cámbiate otra vez para confundirla. ¿Cuál es el viejo amor ahora, Lina?

—¡Como si fuera posible equivocarse cuando hablas! Debería haberle pedido a Hortense que fuera ella quien preguntara. Pero no sois tan parecidos; sólo la estatura, la figura y la tez son muy similares.

—Y yo soy Robert, ¿verdad? —preguntó el recién llegado, haciendo un primer esfuerzo por sobreponerse a lo que parecía una timidez natural.

Caroline meneó la cabeza suavemente. Los suaves y expresivos destellos de su mirada cayeron sobre el auténtico Robert: hablaban por sí solos.

No se le permitió separarse de sus primos tan pronto: el propio Robert fue inflexible y la obligó a quedarse. Alegre, sencilla y afable en su comportamiento (alegre aquella noche, al menos), con el espíritu ligero y radiante por el momento, Caroline era un aditamento demasiado agradable en el círculo de la casa para que ninguno de ellos quisiera verla partir. Louis parecía un hombre callado, grave y circunspecto por naturaleza, pero la Caroline de aquella noche, que no era (como ya sabes, lector) la Caroline de todos los días, derritió el hielo de su circunspección y pronto alegró su seriedad. Se sentó junto a ella para charlar. Caroline sabía ya que tenía la enseñanza como vocación; descubrió entonces que era preceptor del hijo del señor Sympson desde hacía algunos años, que había estado viajando con él y que había llegado al norte acompañándolo. Caroline inquirió si le gustaba su empleo, pero la mirada que recibió como respuesta no invitaba a más preguntas ni las permitía. Esa mirada despertó la viva simpatía de Caroline, a quien le pareció una expresión muy triste para llegar a ensombrecer un rostro tan sensible como el de Louis, porque tenía un rostro sensible, aunque no era hermoso, pensó ella, al lado del de Robert. Caroline se volvió para compararlos. Robert estaba apoyado en la pared, un poco más atrás, volviendo las hojas de un libro de grabados y, seguramente, escuchando al mismo tiempo el diálogo entre su hermano y ella.

«¿Cómo he podido pensar que eran iguales? —se dijo—. Ahora veo que es a Hortense a quien se parece Louis, no a Robert».

Y en parte esto era cierto: Louis tenía la nariz más corta y el labio superior más largo, como su hermana, en lugar de las finas facciones de Robert; la boca y el mentón estaban moldeados de igual forma que los de Hortense, y eran menos marcados, menos precisos y claros que los del joven propietario de la fábrica. Su semblante, aunque prudente y reflexivo, difícilmente podía describirse como vivo y perspicaz. A su lado, mirándolo, se tenía la sensación de que una naturaleza más lenta, y seguramente más benigna que la del hermano mayor, serenaba las emociones.

Robert —consciente quizá de que la mirada de Caroline se había desviado hacia él y que en él se detenía, aunque no había levantado la vista ni le había dado respuesta— dejó el libro de grabados y, acercándose, se sentó junto a su prima. Caroline reanudó la conversación con Louis, pero, aunque hablaba con él, sus pensamientos estaban en otra parte: su corazón latía del lado hacia el cual tendía su mirada. Reconocía un aire firme, varonil y bondadoso en Louis, pero se inclinaba ante el secreto poder de Robert. Estar tan cerca de éste —aunque él permaneciera mudo, aunque no le rozara siquiera el fleco del chal ni el blanco dobladillo del vestido— actuaba sobre ella como un hechizo. De haberse visto obligada a hablar sólo con él, la habría coartado, pero, en libertad para dirigirse a otra persona, la estimulaba. Su discurso fluyó sin cortapisas: alegre, jovial, elocuente. La mirada indulgente y los modales plácidos de su interlocutor estimularon su desparpajo; el placer sobrio que traslucía la sonrisa de Louis consiguió extraer cuanto de chispeante había en su personalidad. Caroline percibía que aquella noche estaba causando una impresión favorable y, dado que Robert era espectador, se sintió satisfecha; de haber sido requerido él en otra parte, el derrumbe habría sucedido inmediatamente al estímulo.

Pero el deleite de Caroline no iba a brillar mucho tiempo en todo su esplendor: pronto lo tapó una nube.

Hortense, que había estado ajetreada durante un rato en los preparativos de la cena, y que despejaba ahora la mesa de libros y demás objetos para hacerle sitio a la bandeja, llamó la atención de Robert sobre el jarrón de flores, cuyos pétalos de color carmín, nieve y oro resplandecían literalmente a la luz de las bujías.

—Las han traído de Fieldhead —dijo—, como obsequio para ti, sin duda. Ya sabemos quién es el favorito aquí, y no soy yo, estoy segura.

Era extraño oír bromear a Hortense, síntoma de un ánimo realmente exaltado.

—¿Debemos suponer, entonces, que el favorito es Robert? —preguntó Louis.

—Mon cher —contestó Hortense—. Robert, c'est tout ce qu'il y a de plus précieux au monde: à côté de lui, le reste du genre humain n'est que du rebut. N'ai-je pas raison, mon enfant? —añadió, dirigiéndose a Caroline.

Caroline se vio obligada a responder que sí, y su luz se apagó, su estrella se desvaneció mientras hablaba.

—Et toi, Robert? —preguntó Louis.

—Pregúntaselo a ella, cuando tengas ocasión —fue la serena respuesta que

recibió de su hermano. Si éste había palidecido, o se había ruborizado, Caroline no se paró a comprobarlo: descubrió que era tarde y que debía irse a casa. Y a casa se fue: ni siquiera Robert pudo detenerla esta vez.

CAPÍTULO XXIV

EL VALLE DE LA SOMBRA DE LA MUERTE

A veces el futuro parece lanzar entre sollozos un débil aviso de los acontecimientos que nos depara, como al formarse una tormenta, aún remota, pero que, por el tono del viento, el firmamento arrebolado, las nubes extrañamente desgarradas, anuncia un estallido capaz de salpicar el mar de naufragios o destinado a traer entre nieblas la mancha amarilla de la pestilencia, cubriendo las blancas islas del oeste con las exhalaciones ponzoñosas del este, empañando las celosías de los hogares ingleses con el hálito de la plaga india. En otras ocasiones, este futuro se presenta de improviso, como si hubiera resquebrajado una roca para abrir en ella una tumba de la que surge el cuerpo de alguien que dormía. Antes de que uno se dé cuenta, se encuentra cara a cara con una calamidad amortajada que no esperaba: un nuevo Lázaro.

Caroline Helstone volvió sana de Hollow's Cottage a su casa, como ella imaginaba. Al despertarse a la mañana siguiente se sintió oprimida por una debilidad desacostumbrada. A la hora de desayunar y a la de comer y cenar del día siguiente perdió por completo el apetito: los alimentos más sabrosos eran como cenizas y serrín en su boca.

«¿Estoy enferma?», se preguntó, mirándose en el espejo. Tenía los ojos brillantes, las pupilas dilatadas y las mejillas parecían más llenas y sonrosadas de lo habitual. «Tengo buen aspecto, ¿por qué no me apetece comer?».

Notó la sangre agolpándose con fuerza en las sienes; notó también una extraña actividad en el cerebro: su espíritu estaba exaltado, mil y un pensamientos brillantes, pero febriles, le llenaban la cabeza; despedían la misma luminosidad que teñía su cutis.

A aquel día siguió una noche abrasada, de desazón, de sed. Un sueño se abalanzó sobre ella como un tigre, hacia el alba; cuando despertó, se sentía enferma y sabía que lo estaba.

No sabía cómo había cogido la fiebre, pues fiebre era lo que tenía. Seguramente durante la caminata nocturna de vuelta a casa, una brisa empalagosa y emponzoñada, impregnada de rocío dulce como la miel y de miasmas, había penetrado hasta sus pulmones y venas, y, encontrando ya allí

una fiebre producida por la excitación mental y una debilidad alimentada por el largo conflicto que sostenía consigo misma y por el hábito de la melancolía, había avivado la chispa hasta convertirla en llamas, dejando tras de sí un fuego bien encendido.

Pareció, sin embargo, que no era más que un fuego pequeño: tras dos días ardiendo y dos noches intranquilas, los síntomas no se manifestaron con violencia, y ni su tío, ni Fanny, ni el médico, ni la señorita Keeldar cuando fue a visitarla, temieron por ella; todos creyeron que se restablecería en unos cuantos días.

Esos días pasaron y, aunque aún se creía que no podía retrasarse ya, la mejoría no se vislumbraba. La señora Pryor, que la había estado visitando a diario y se hallaba una mañana en el dormitorio de Caroline, después de dos semanas de enfermedad, la examinó atentamente durante unos minutos, le cogió la mano y le tomó el pulso, luego abandonó la habitación silenciosamente para dirigirse al estudio del señor Helstone. Con él estuvo encerrada un buen rato: la mitad de la mañana. Cuando regresó junto a su joven amiga enferma, se despojó de chal y sombrero, se colocó a cierta distancia de la cama, mano sobre mano, y se balanceó suavemente hacia atrás y hacia adelante en una actitud y con un movimiento que era habitual en ella. Por fin dijo:

—He enviado a Fanny a Fieldhead a buscar unas cuantas cosas mías, las que pueda necesitar para una corta estancia aquí; deseo quedarme con usted hasta que se encuentre mejor. Su tío ha tenido la amabilidad de permitir que le preste mis cuidados. ¿Lo acepta usted, Caroline?

—Lamento que tenga que tomarse tantas molestias innecesarias. No me siento demasiado enferma, pero no tengo fuerzas para negarme; sería un gran consuelo saber que usted está en la casa y verla de vez en cuando en la habitación, pero no se encierre aquí por mi culpa, querida señora Pryor. Fanny me cuida muy bien.

La señora Pryor —inclinada sobre la pequeña y pálida enferma— le remetía los cabellos bajo la cofia y le arreglaba gentilmente la almohada. Mientras se dedicaba a estos servicios, Caroline alzó el rostro sonriente para darle un beso.

—¿Le duele algo? ¿Está cómoda? —preguntó en voz baja y seria la enfermera voluntaria, dejándose besar.

—Creo que casi soy feliz.

—¿Quiere beber? Tiene los labios resecos.

La señora Pryor le llevó a la boca un vaso lleno de una bebida refrescante.

—¿Ha comido algo hoy, Caroline?

—No puedo comer.

—Pero pronto le volverá el apetito; tiene que volver, es decir, ¡ruego a Dios que así sea!

Al recostarla de nuevo en la cama, la rodeó con los brazos y, mientras esto hacía, con un movimiento que difícilmente podía considerarse voluntario, la abrazó con fuerza un instante.

—No quisiera ponerme bien, para tenerla así siempre —dijo Caroline.

La señora Pryor no sonrió ante estas palabras; de sus facciones se adueñó un temblor que durante unos minutos se concentró en iluminar.

—Está más acostumbrada a Fanny que a mí —dijo al poco rato—. Supongo que debe de parecerle extraño que me entrometa y quiera cuidarla.

—No, me parece del todo natural y muy reconfortante. Debe de estar usted acostumbrada a cuidar enfermos, señora: se mueve por la habitación con mucho sigilo y habla muy bajito y me trata con mucha delicadeza.

—No soy diestra en nada, querida. A menudo descubrirá que soy torpe, pero jamás negligente.

Negligente, desde luego, no lo fue. A partir de aquel momento, Fanny y Eliza se convirtieron en ceros a la izquierda en la habitación de la enferma: la señora Pryor hizo de ella su dominio, llevó a cabo todas las tareas que conllevaba; la habitó de día y de noche. La paciente protestó, débilmente, empero, desde un principio; muy pronto la soledad y la tristeza se desvanecieron y junto a ella tuvo solaz y protección. Su enfermera y ella se fundieron en una portentosa unión. A Caroline solía apenarle requerir o recibir cuidados; en circunstancias normales, la señora Pryor no tenía ni el arte ni la costumbre de prestar pequeños servicios; pero todo ocurrió con tanta facilidad, de un modo tan natural, que la paciente estuvo tan dispuesta a dejarse mimar como la enfermera a mimarla: ninguna señal de fatiga en esta última le recordó jamás a la primera que debía inquietarse. No había, en realidad, ninguna tarea demasiado dura que realizar, aunque tal vez se lo habría parecido a una persona contratada.

Con tantos cuidados, resultaba extraño que la joven enferma no mejorara, pero así fue: se consumía como un montón de nieve en el deshielo; se marchitaba como una flor en la sequía. La señorita Keeldar, en cuyos pensamientos raras veces se inmiscuían el peligro y la muerte, no había abrigado al principio el menor temor acerca de su amiga pero, viéndola cambiar y hundirse cada vez que iba a visitarla, su corazón se llenó de alarma. Fue a ver al señor Helstone y se expresó con tanta energía que el caballero se

vio obligado por fin, aun a regañadientes, a admitir la idea de que su sobrina tenía algo más que una migraña; y cuando la señora Pryor fue también a verle y exigió serenamente que se avisara a un médico, el rector dijo que podía mandar a buscar dos, si quería. Vino uno, pero se comportó como un oráculo: pronunció una oscura profecía, cuyo misterio sólo el futuro podría desvelar, escribió unas cuantas prescripciones, dio algunas instrucciones —todo ello con aire de aplastante autoridad—, se embolsó sus honorarios y se fue. Seguramente sabía de sobra que no podía hacer nada, pero no le agradaba decirlo.

Aun así, no se esparció el rumor de que Caroline padeciera una grave enfermedad. En Hollow's Cottage se creía que tenía tan sólo un fuerte resfriado, puesto que ella personalmente había escrito una nota a Hortense con ese fin, y mademoiselle se contentó con enviar dos tarros de confitura de grosella, una receta para una tisana y unos consejos.

Al enterarse la señora Yorke de que se había llamado a un médico, se burló de las fantasías hipocondríacas de los ricos y los ociosos, quienes, a su entender, no teniendo nada mejor en que pensar que en sí mismos, necesitan ver a un médico aunque sólo les duela el dedo meñique.

Los «ricos y ociosos», representados en la persona de Caroline, caían mientras tanto velozmente en un estado de postración cuya debilidad se consumió con tal rapidez que asombró a cuantos fueron testigos de ella, excepto a una persona, pues esta sola se decía cuán propenso es un edificio socavado a derrumbarse súbitamente y quedar en ruinas.

Con frecuencia, las personas enfermas tienen caprichos inescrutables para quienes las cuidan cotidianamente, y Caroline tenía uno que ni siquiera su cariñosa enfermera supo explicarse en un principio. Cierta día de la semana, a cierta hora, fuera cual fuera su estado, Caroline suplicaba que la levantaran y la vistieran y que le permitieran sentarse en su silla junto a la ventana. No se movía de su puesto hasta el mediodía: por grande que fuera la fatiga o la debilidad que su ajada apariencia delatara, suavemente rechazaba todo intento de convencerla para que reposara hasta que el reloj de la iglesia cumplía con su cometido y daba la hora; una vez oídas las doce campanadas, se volvía dócil y aceptaba acostarse sin protestar. De vuelta en el lecho, solía enterrar la cara en la almohada y arrebujarse en las sábanas como si quisiera cerrarse al mundo y al sol, de los que estuviera harta: en más de una ocasión, mientras así yacía, una leve convulsión sacudía la cama y un débil sollozo rompía el silencio que la rodeaba. Estas cosas no pasaban desapercibidas a la señora Pryor.

Un martes por la mañana, como de costumbre, Caroline había pedido permiso para levantarse y estaba sentada en la butaca, envuelta en su bata

blanca e inclinada, mirando con resolución y paciencia por la ventana. La señora Pryor estaba sentada un poco atrás, y aparentaba tejer, pero en realidad la observaba. El pálido y afligido semblante experimentó un cambio, dando vida donde antes había abatimiento; una luz penetró en sus ojos apagados, reavivando su brillo; se levantó a medias con vehemencia para ver mejor. La señora Pryor se acercó en silencio y miró por encima de su hombro. Desde aquella ventana era visible el cementerio, más allá la carretera, y allí apareció un jinete que cabalgaba a buen paso. La figura no se había alejado aún y era reconocible: la señora Pryor tenía buena vista; conocía al señor Moore. Justo cuando una elevación del terreno lo ocultaba a la vista, el reloj dio las doce.

—¿Puedo volver a acostarme? —preguntó Caroline.

Su enfermera la ayudó a volver a la cama; tras acostarla y correr la cortina, se quedó cerca escuchando. El pequeño lecho tembló, el sollozo ahogado vibró en el aire. Las facciones de la señora Pryor se contrajeron en una mueca de angustia; se retorció las manos; de sus labios escapó un débil gemido. Recordó entonces que el martes era día de mercado en Whinbury: el señor Moore tenía que pasar inevitablemente por delante de la rectoría de camino hacia allí, justo antes del mediodía de cada martes.

Caroline llevaba siempre alrededor del cuello una delgada cinta de seda a la que iba sujeta un dije. La señora Pryor había visto el brillo del pequeño objeto de oro, pero aún no había conseguido verlo bien. Su paciente no se separaba jamás de él: vestida, la ropa lo ocultaba en su seno; yaciente, lo tenía siempre cogido con la mano. Aquel martes por la tarde, Caroline había caído en el sopor —más parecido a un letargo que al sueño— que a veces acertaba los largos días. Hacía calor: al agitarse con febril desazón, había apartado un poco las sábanas; la señora Pryor se inclinó para devolverlas a su sitio. La mano menuda y consumida que reposaba nerviosamente sobre el pecho de la enferma se aferraba como de costumbre al tesoro celosamente guardado; aquellos dedos, lamentables de ver a causa de su enflaquecimiento, los había relajado ahora el sueño. La señora Pryor tiró de la cinta suavemente y sacó un diminuto guardapelo: era tan ligero como escasos sus recursos; bajo la tapa de cristal se veía un rizo de pelo negro, demasiado corto y encrespado para haber sido cortado de una cabeza femenina.

Un movimiento agitado hizo que la cinta de seda diera un tirón: la durmiente dio un respingo y se despertó. En su enfermedad, los pensamientos de Caroline solían ser algo dispersos al despertarse, y por lo general tenía la mirada extraviada. Se incorporó levemente y exclamó, como presa del terror:

—¡No me lo quites, Robert! ¡No! Es mi único consuelo. Deja que me lo quede. Nunca le diré a nadie de quién es el mechón. Nunca se lo enseñaré a nadie.

La señora Pryor había desaparecido ya tras la cortina: recostada en un mullido sillón que había junto a la cama, Caroline no podía verla, así que, cuando recorrió el dormitorio con la mirada, pensó que estaba vacío. Al tiempo que sus desperdigadas ideas regresaban lentamente, replegando sus débiles alas para posarse en la triste orilla de su cerebro como pájaros exhaustos, no viendo a nadie y percibiendo el silencio que la rodeaba, creyó estar sola. No se serenó todavía: tal vez no recobraría nunca el dominio de sí misma; quizá ese mundo en el que viven los fuertes y los prósperos se le había escapado de debajo de los pies para siempre; al menos eso le parecía a menudo. Cuando estaba sana, no era propio de ella pensar en voz alta, pero ahora las palabras brotaban de sus labios sin darse cuenta.

—¡Oh! ¡Cómo desearía verlo por última vez antes de que todo termine, si el Cielo quisiera concederme este favor! —exclamó—. ¡Que Dios me conceda ese pequeño consuelo antes de morir! —fue su humilde petición—. Pero él no sabrá que estoy enferma basta que me haya ido, y vendrá cuando me hayan amortajado y esté inerte, rígida y fría.

«¿Qué sentirá mi alma entonces? ¿Verá o sabrá lo que le ocurre al barro? ¿Pueden comunicarse los espíritus con los vivos por algún medio? ¿Pueden los muertos visitar a quienes dejan atrás? ¿Pueden convertirse en los elementos? ¿Me prestarán el viento, el agua y el fuego un camino para llegar a Moore?

»¿Es casual que el viento suene a veces casi como una voz humana, que cante como últimamente lo he oído cantar por la noche, o que entre por la ventana sollozando, como por un pesar venidero? ¿No está poseído, entonces, por nada? ¿No hay nada que lo inspire?

»Vaya, a mí me sugirió palabras una noche: pronunció todo un discurso que podría haber anotado, pero estaba espantada y no me atreví a levantarme para ir en busca de papel y pluma en la penumbra.

»¿Qué es esa electricidad de la que hablan, cuyos cambios nos sanan o nos enferman, cuya falta o exceso debilita, cuyo equilibrio reanima? ¿Qué son todas esas influencias que hay en la atmósfera que nos rodea, que no dejan de tensar nuestros nervios como dedos tocando instrumentos de cuerda, y pulsan una nota dulce, y ora un quejido, ora una exultante exclamación y, al poco tiempo, una tristísima cadencia?

»¿Dónde está el otro mundo? ¿En qué consistirá la otra vida? ¿Por qué lo pregunto? ¿No tengo acaso motivos para pensar que se acerca a pasos agigantados la hora en que se habrá de rasgar el velo? ¿No sé acaso que el gran misterio se me revelará prematuramente? ¡Espíritu Santo, en cuya bondad confío, a quien, como Padre, he pedido día y noche desde la tierna infancia que ayudes a la débil creación de Tus manos! ¡Ayúdame en este trance que temo y que debo pasar! ¡Dame fuerzas! ¡Dame paciencia! ¡Dame... oh!

¡Dame fe!

Volvió a caer sobre la almohada. La señora Pryor halló el modo de escabullirse sin hacer ruido; volvió a entrar en la habitación poco después, tan tranquila en apariencia como si no hubiera oído aquel extraño soliloquio.

Al día siguiente tuvieron varias visitas. Se había extendido la noticia de que la señorita Helstone estaba peor. El señor Hall y su hermana Margaret fueron a verla; ambos abandonaron la habitación de la enferma con lágrimas en los ojos: la habían encontrado más desmejorada de lo que pensaban. Llegó Hortense Moore. Caroline pareció animarse con su presencia: le aseguró, sonriente, que su enfermedad no era grave; le habló en voz baja, pero con tono alegre; mientras estuvo con ella, la emoción dio color a sus mejillas; parecía estar mejor.

—¿Cómo está el señor Robert? —preguntó la señora Pryor cuando Hortense se disponía a despedirse.

—Estaba perfectamente cuando se fue.

—¡Se ha ido! ¿Se ha ido del Hollow?

Hortense explicó entonces que una información de la policía sobre los agresores a los que perseguía Moore le había llevado a partir hacia Birmingham esa misma mañana, y que seguramente no volvería hasta pasada una quincena.

—¿No sabe que la señorita Helstone está muy enferma?

—¡Oh, no! Pensaba que sólo tenía un fuerte catarro, igual que yo.

Después de esta visita, la señora Pryor procuró no acercarse al lecho de Caroline en una hora: la oyó llorar y no tuvo ánimos para ver sus lágrimas.

Cuando empezaba a caer la tarde, entró con la bandeja del té. Caroline, que dormitaba, abrió los ojos y miró a su enfermera sin reconocerla.

—Esta mañana veraniega he oído las madre selvas en el valle —dijo—, junto a la ventana de la oficina de contabilidad.

Aquellas extrañas palabras surgidas de unos labios descoloridos traspasaron el corazón de la cariñosa enfermera, hiriéndola más cruelmente que el acero. Tal vez en los libros parezcan románticas: en la vida real son desgarradoras.

—Cariño mío, ¿no me conoces? —preguntó la señora Pryor.

—He ido a buscar a Robert para desayunar; he estado con él en el jardín; me ha pedido que fuera. Un intenso rocío ha refrescado las flores; los melocotones están madurando.

—¡Cariño mío! ¡Cariño mío! —repitió una y otra vez la enfermera.

—Pensaba que era de día, que el sol estaba ya en lo alto. Parece oscuro, ¿no se ha puesto la luna?

La luna llena, que había salido ya, la contemplaba con su pálido resplandor, flotando en el espacio despejado, intensamente azul.

—Entonces ¿no es por la mañana? ¿No estoy en el Hollow? ¿Quién está ahí? Veo una forma junto a mi cama.

—Soy yo, su amiga, su enfermera, su... Apoye la cabeza en mi hombro. Sosiéguese. —En voz más baja—: ¡Oh, Dios, ten piedad! ¡Dale a ella la vida y a mí dame fuerzas! ¡Dame valor, muéstrame el camino!

Transcurrieron unos minutos en silencio. La enferma permanecía muda y pasiva en los brazos temblorosos, sobre el pecho sollozante de la enfermera.

—Ahora me encuentro mejor —susurró Caroline, por fin—, mucho mejor. Sé dónde estoy; es la señora Pryor la que está junto a mí. Estaba soñando; cuando me despierto de un sueño hablo; le ocurre a menudo a la gente enferma. ¡Qué deprisa le late el corazón, señora! No tenga miedo.

—No es miedo, hija, sólo cierta inquietud, que pasará. Le he traído el té, Cary; lo ha hecho su tío en persona. Ya sabe que él asegura que sabe preparar mejor el té que cualquier ama de casa. Pruébelo. A su tío le preocupa que coma tan poco, le alegraría saber que ha mejorado su apetito.

—Tengo sed. Deme de beber.

Caroline bebió con avidez.

—¿Qué hora es, señora? —preguntó.

—Las nueve pasadas.

—¿Tan pronto? ¡Oh! Aún me queda una larga noche por delante, pero el té me ha fortalecido. Voy a incorporarme.

La señora Pryor la sentó y le arregló las almohadas.

—¡Gracias a Dios! No siempre me siento igual de desdichada, ni enferma ni desesperada. La tarde ha sido mala desde que se ha ido Hortense; quizá la noche sea mejor. Es una noche apacible, ¿no? Brilla la luna.

—Muy apacible: es una perfecta noche de verano. La vieja torre de la iglesia se ve blanca como la plata.

—¿Y tiene un aire sereno el cementerio?

—Sí, y también el jardín: el rocío brilla en el follaje.

—¿Se ven muchas ortigas y mucha maleza entre las tumbas, o están rodeadas de hierba y flores?

—Veo tupidas margaritas brillando como perlas en algunos montículos. Thomas ha segado las malvas y las hierbas, y lo ha dejado lodo despejado.

—Me gusta más cuando está así: tranquiliza el espíritu ver el lugar arreglado, y seguro que justamente ahora la luz de la luna brilla con tanta suavidad en el interior de la iglesia como en mi habitación. Dará de pleno en el monumento de los Helstone a través de la ventana del este. Cuando cierro los ojos, me parece ver el epitafio de mi pobre padre en letras negras sobre mármol blanco. Debajo queda mucho sitio para otras inscripciones.

—Esta mañana ha venido William Farren para cuidar sus flores: temía, ahora que no las puede cuidar usted, que se estropearan. Se ha llevado a su casa dos de sus plantas favoritas para cuidarlas por usted.

—Si hiciera testamento, le dejaría a William todas mis plantas, a Shirley mis joyas, excepto una, que no deben quitarme del cuello, y a usted, señora, mis libros. —Después de una pausa—: Señora Pryor, siento grandes deseos de una cosa.

—¿De qué, Caroline?

—Ya sabe cuánto disfruto oyéndola cantar; cánteme un himno, ese que empieza:

Nuestro Dios, nuestro sostén en épocas pretéritas.

Nuestra esperanza en los años venideros;

nuestro refugio en el fragor de la tormenta;

¡nuestro refugio, puerto, hogar!

La señora Pryor se dispuso a complacerla de inmediato.

No era extraño que a Caroline le gustara oírla cantar: su voz, incluso cuando hablaba, era dulce y argentina; en el canto era casi divina: ni la flauta ni el dulcemele tenían tonos tan puros. Pero el tono era lo de menos comparado con la expresión que transmitía: una cariñosa vibración de un corazón sensible.

Las criadas que estaban en la cocina, al oír la melodía, salieron a hurtadillas al pie de la escalera para escucharla; incluso el viejo Helstone, mientras paseaba por el jardín meditando sobre la injustificable y débil naturaleza femenina, se detuvo entre los arriates para oír mejor la doliente melodía. No habría podido decir por qué le recordaba a su olvidada y difunta esposa, ni por qué, por su causa, se preocupaba más que antes por la perdida lozanía de Caroline. Le alegró recordar que había prometido ir a visitar a

Wynne, el magistrado, aquella noche. Sentía una gran aversión al desánimo y las ideas fúnebres: cuando le asaltaban a él, solía hallar el modo de ahuyentarlas a paso ligero. El himno lo siguió débilmente mientras atravesaba los campos: apresuró el paso, de por sí vivaz, para quedar fuera de su alcance.

Tu palabra reduce nuestra carne a polvo,

«volved, hijos de los hombres»:

Todas las naciones surgieron de la tierra,

y a la tierra han de volver.

Un millar de siglos son a Tus ojos

como el paso de una noche;

breves como la vigilia con la que termina

antes de que salga el sol.

El tiempo, como un río eterno,

se lleva a todos sus hijos;

que vuelan, olvidados, como un sueño

que muere al despuntar el día.

Como campos de flores son las naciones,

frescas a la luz de la mañana;

las flores bajo la mano del segador

yacen marchitas antes de llegar la noche.

Nuestro Dios, nuestro sostén en épocas pretéritas,

nuestra esperanza en los años venideros;

sé nuestro guardián en la dificultad,

¡oh, Padre, sé nuestro hogar!

—Ahora cante una canción, una canción escocesa —sugirió Caroline cuando terminó el himno—. Ye banks and braes o'bonny Doon.

Una vez más, la señora Pryor obedeció, o intentó obedecer. Al final de la primera estrofa se interrumpió; no pudo seguir: su corazón se había desbordado.

—Llora usted por el patetismo de la canción; venga aquí y yo la consolaré —dijo Caroline con tono compasivo. La señora Pryor se acercó, se sentó en el borde de la cama y dejó que los delgados brazos la rodearan—. Usted me

consuela a menudo, déjeme consolarla ahora —musitó la joven, besándola en la mejilla—. Espero —añadió— que no esté llorando por mí.

No hubo respuesta.

—¿No cree que me repondré? Yo no me siento muy enferma, sólo débil.

—Pero tu espíritu, Caroline, tu espíritu está destrozado; tu corazón está casi roto. Te han descuidado tanto, te han rechazado y abandonado a la desolación.

—Creo que la congoja es, y ha sido siempre, mi peor enfermedad. Algunas veces pienso que si recibiera una abundante efusión de felicidad, aún podría revivir.

—¿Deseas vivir?

—No tengo ningún objetivo en la vida.

—¿Me quieres, Caroline?

—Mucho, muchísimo, de una manera inexpresable a veces: ahora mismo me siento casi como si le perteneciera.

—En seguida vuelvo, querida —dijo la señora Pryor, dejando acostada a Caroline.

Se dirigió a la puerta, suavemente dio la vuelta a la llave, se aseguró de que había cerrado y volvió junto a la cama. Se inclinó sobre Caroline. Retiró la cortina para dejar que le diera de lleno la luz de la luna. La miró a los ojos atentamente.

—Entonces, si me quieres —dijo, hablando deprisa, con la voz alterada—, si te sientes, usando tus mismas palabras, como «si me pertenecieras», no te sorprenderá ni te afligirá saber que tu corazón es mío, que de mis venas surgió la sangre que fluye por las tuyas, que eres mía, mi hija, carne de mi carne.

—¡Señora Pryor!

—¡Mi hija!

—Es decir... eso significa... ¿que me ha adoptado?

—Significa que, aunque no te haya dado nada más, al menos te di la vida, que yo te tuve en las entrañas, que te amamanté, que soy tu verdadera madre; ninguna otra mujer puede reclamar ese nombre; es mío.

—Pero la señora de James Helstone, la mujer de mi padre, a la que no recuerdo haber visto siquiera, ¿no es mi madre?

—Es tu madre; James Helstone era mi marido. Te digo que eres mía. He tenido la prueba. Pensaba que tal vez fueras toda suya, lo que habría sido un

cruel designio para mí; he descubierto que no es así. Dios me ha permitido ser la madre del espíritu de mi hija: me pertenece, es mi propiedad, mi derecho. Estas facciones son de James. Tenía un hermoso rostro cuando era joven, que no cambiaron sus errores. Papá, cariño mío, te dio los ojos azules y los cabellos castaños; te dio el óvalo de la cara y las facciones regulares; te legó su apariencia externa, pero el corazón y el cerebro son míos, las semillas son mías y han mejorado, se han desarrollado hasta superarme. Aprecio y valoro a mi hija con tanta intensidad como la amo de todo corazón.

—¿Es cierto lo que oigo? ¿No es un sueño?

—Ojalá fuera cierto hasta el punto de que la consistencia y el color de la salud volvieran a tus mejillas.

—¡Mi madre! ¿Puedo quererla tanto como te quiero a ti? La gente en general no le tenía aprecio, según tengo entendido.

—¿Eso te han dicho? Bueno, tu madre te dice ahora que, no teniendo el don de agradar a la gente en general, nada le importa mi aprobación: sus pensamientos son todos para su hija; ¿la rechaza esta hija, o la recibe con los brazos abiertos?

—Pero si tú eres mi madre, el mundo entero ha cambiado para mí. Debo vivir... quisiera curarme.

—Tienes que curarte. Mi pecho te dio vida y fortaleza cuando eras un hermoso bebé; sobre tus ojos azules solía llorar, temiendo ver en tu misma belleza la huella de cualidades que habían traspasado mi corazón como el acero, clavándose en mi alma como una espada. ¡Hija! Hemos estado separadas mucho tiempo; vuelvo ahora para volver a cuidarte.

La señora Pryor abrazó a Caroline, la acunó en sus brazos, la meció suavemente, como si arrullara a una niña para dormirla.

—¡Mi madre! ¡Mi verdadera madre!

El retoño se acurrucó en los brazos de la madre; esa madre, percibiendo el cariño y prestando oídos a la llamada, la abrazó con mayor fuerza, la cubrió de besos silenciosos, musitó palabras de amor, como una paloma torcaz que cría a sus polluelos.

La habitación se sumió en el silencio durante largo rato.

—¿Lo sabe mi tío?

—Lo sabe: se lo dije el día que vine a quedarme.

—¿Me reconociste cuando nos vimos en Fieldhead por primera vez?

—¿Cómo podía ser de otro modo? Cuando anunciaron al señor y a la señorita Helstone me preparé para ver a mi hija.

—Entonces fue eso lo que te conmovió: te vi alterada.

—No viste nada, Caroline, sé disimular mis emociones. No sabrás jamás el sínfin de extrañas sensaciones que experimenté en los dos minutos que transcurrieron desde que oí tu nombre hasta que entraste. No sabrás nunca cómo me sorprendieron tu actitud, tu presencia, tus modales.

—¿Por qué? ¿Te decepcionaron?

—«¿Cómo será?», me había preguntado, y cuando vi cómo eras estuve a punto de desmayarme.

—¿Por qué, mamá?

—Temblé en tu presencia. Me dije que nunca serías para mí, que no me conocerías nunca.

—Pero no hice ni dije nada extraordinario. Me sentía un poco cohibida ante la idea de ser presentada a personas desconocidas, eso era todo.

—Me di cuenta en seguida de que eras tímida; eso fue lo primero que me tranquilizó. Si hubieras sido ordinaria, torpe, maleducada, me habría alegrado.

—Me dejas atónita.

—Tenía razones para recelar de tu atractivo, para desconfiar de unas maneras seductoras, para temer distinción, gracia y cortesía. La belleza y la cordialidad se habían cruzado en mi camino cuando era una reclusa desdichada, joven e ignorante: una institutriz atormentada cuya vida peligraba a causa de un trabajo desagradecido, consumida prematuramente. ¡A los que me sonreían, Caroline, los confundí con ángeles! Los seguí hasta su casa, y cuando hube depositado en sus manos sin reservas toda mi esperanza de felicidad futura, tuve la desgracia de ser testigo de una transfiguración en el ámbito doméstico: de ver cómo se alzaba la máscara blanca y se dejaba a un lado el resplandeciente disfraz, para ver frente a mí lo más opuesto. ¡Oh, Dios mío! ¡Cómo sufrí! —Se dejó caer sobre la almohada—. ¡Cómo sufrí! Nadie lo vio, nadie lo sabía: ¡no hubo compasión ni redención ni alivio!

—Anímate, madre, todo ha terminado.

—Todo ha terminado, y no ha sido en vano. Intenté resignarme: el Señor fue sostén en medio de la aflicción. Estaba aterrorizada, estaba trastornada: en los momentos de mayor tribulación, Él me llevo basta la salvación que ahora me ha sido revelada. Mis temores eran un tormento que Él ha disipado. En su perfecto e inquebrantable amor, Él me ha dado... Pero, Caroline...

Así invocó la señora Pryor a su hija tras una pausa.

—¡Madre!

—Te pido que cuando vuelvas a ver el monumento funerario de tu padre respetes el nombre que hay allí grabado. A ti sólo te hizo el bien. A ti te legó el tesoro de su belleza, sin añadirle ninguno de sus oscuros defectos. Todo lo que de él heredaste es excelente. Le debes gratitud. Deja que él y yo ajustemos nuestras cuentas; no te entrometas; Dios es nuestro árbitro. Las leyes de este mundo jamás se interpusieron entre nosotros, ¡jamás! ¡Fueron inútiles, como cañas podridas, para protegerme a mí, e impotentes, como idiotas balbucientes, para detenerlo a él! Como tú bien dices, todo ha terminado: la tumba nos separa. ¡Ahí reposa, en esa iglesia! A mis restos digo esta noche lo que jamás dije antes: ¡James, descansa en paz! ¡Mira! ¡Tu terrible deuda ha sido pagada! ¡Mira! ¡Borro esa larga y negra cuenta pendiente con mis propias manos! James, tu hija es la reparación; esta semblanza viviente de ti mismo, este ser con tus mismas facciones, este único regalo que me has dado se ha acurrucado amorosamente sobre mi pecho y tiernamente me ha llamado madre. ¡Marido! ¡Descansa en el olvido!

—¡Queridísima madre, qué palabras tan acertadas! ¿Nos oirá el espíritu de papá? ¿Le consolará saber que aún le amamos?

—No he dicho nada de amor; he hablado de perdón. Presta atención a mis palabras, hija. ¡No he dicho nada de amor! Aunque me lo encontrara en el umbral de la eternidad, mantendría lo dicho.

—¡Oh, madre! ¡Cómo debes de haber sufrido!

—¡Oh, hija! Lo que puede llegar a sufrir el corazón humano es inconcebible. Puede contener más lágrimas que aguas los océanos. No sabemos cuán intenso, cuán inmenso es, hasta que el dolor desata su tormenta y lo llena de negrura.

—Madre, olvida.

—¡Olvidar! —dijo ella con un extrañísimo espectro de carcajada—. El polo norte se precipitará sobre el polo sur y los cabos de Europa se incrustarán en las bahías de Australia antes de que yo olvide.

—¡Calla, madre! ¡Descansa! ¡Recobra la paz!

Y la hija arrulló a la madre, como primero la madre había arrullado a la hija. Por fin, la señora Pryor estalló en lágrimas; luego se tranquilizó. Volvió a dispensar los cariñosos cuidados que la agitación había interrumpido momentáneamente. Volvió a acostar a su hija en la cama, le arregló la almohada y la arropó con las sábanas. Le apartó los suaves rizos de la cara, y le refrescó la frente húmeda con una esencia fría y aromática.

—Mamá, pide que traigan una vela para que pueda verte, y dile a mi tío

que venga luego; quiero oírle decir que soy tu hija. Y, mamá, cena aquí conmigo, no me dejes sola ni un solo minuto esta noche.

—¡Oh, Caroline! Es una suerte que seas tan buena. Si me dices que me vaya, me iré; si quieres que venga, vendré; si deseas que haga esto, lo haré. Has heredado cierto modo de ser, además de las facciones. Siempre será «mamá», seguido de una orden; en tono amable, viniendo de ti, ¡gracias a Dios! Bueno —añadió por lo bajo—, también él habló con delicadeza en cierto momento, como una flauta que despidiera sonidos amorosos, y luego, cuando no había nadie al lado para escucharle, ruidos disonantes que crispaban los nervios y helaban la sangre; sonidos que inspiraban la locura.

—Me parece tan natural, mamá, preguntarte estas y otras cosas. No quiero tener a nadie más cerca de mí, ni que haga nada por mí; pero no permitas que te importune: ríñeme si abuso de ti.

—No esperes que yo te regañe; tú misma debes contenerte. Carezco de valentía moral, y esa carencia ha sido mi ruina. Fue lo que hizo de mí una madre desnaturalizada, lo que me ha apartado de mi hija durante los diez años transcurridos desde que la muerte de mi marido me dejó en libertad de reclamarla, lo que primero acobardó mis brazos y permitió que la criatura a la que podría haber retenido un poco más fuera arrancada prematuramente de su abrazo.

—¿Cómo, mamá?

—Te dejé marchar cuando eras un bebé, porque eras preciosa y temía esa belleza, creyéndola la marca de la perversidad. Me enviaron el retrato que te hicieron cuando tenías ocho años; ese retrato confirmó mis recelos. De haberme mostrado una niña campesina, tostada por el sol, corpulenta, vulgar y de facciones toscas, me habría apresurado a reclamarte. Pero allí, bajo el papel de plata, vi aflorar la delicadeza de una flor aristocrática: llevabas escrita en todos tus rasgos la etiqueta de «pequeña dama». Demasiado poco hacía que había escapado a duras penas del yugo de un apuesto caballero (herida en mi amor propio, destrozada, paralizada, moribunda) para osar enfrentarme con su viva imagen, más bella aún, semejante a un hada. Mi dulce y pequeña dama me dejó consternada: su aire de elegancia innata me dejó helada. Mi experiencia no me había enseñado que la verdad, la modestia y los buenos principios acompañaran a la belleza. Una figura tan bella y proporcionada, me dije, debía ocultar una mente retorcida y cruel. Tenía muy poca fe en el poder de la educación para rectificar una mente como ésta, o, más bien, dudaba de mi capacidad para influir en ella. Caroline, no me atreví a ocuparme de tu educación; resolví dejarte al cuidado de tu tío. Yo sabía que Matthewson Helstone, si bien austero, era también un hombre recto. Él, como el resto del mundo, tuvo una pésima opinión de mí por mi extraña decisión, impropia de

una madre, y yo merecía que así se me juzgara.

—Mamá, ¿por qué te hiciste llamar señora Pryor?

—Era el apellido de la familia de mi madre. Lo adopté para poder vivir sin ser molestada. Mi nombre de casada me recordaba demasiado mi vida conyugal: no podía soportarlo. Además, me amenazaron con obligarme a volver a la esclavitud: era imposible; antes un féretro por cama y una tumba por hogar. Mi nuevo nombre me protegía: ocultándome tras ese escudo, volví a mi antigua ocupación en la enseñanza. Al principio, a duras penas me ganaba el sustento, pero ¡cuán deliciosa era el hambre cuando ayunaba en paz! ¡Qué seguros parecían la oscuridad y el frío de un hogar sin calor cuando ningún espeluznante reflejo de terror teñía de carmesí su desolación! ¡Qué serena era la soledad cuando no temía la irrupción de la violencia y de la depravación!

—Pero, mamá, tú habías estado antes en esta comarca. ¿Por qué no te reconocieron cuando reapareciste aquí con la señorita Keeldar?

—Sólo estuve una vez aquí, de casada, hace veinte años, y entonces era muy diferente de como soy ahora: esbelta, casi tanto como mi hija en este momento; mi cutis, hasta mis facciones han cambiado; mi peinado, mi forma de vestir, todo es distinto. ¿No puedes imaginarme como una joven delgada, vestida con una escasa cantidad de muselina blanca, con los brazos desnudos, pulseras y un collar de cuentas, y con los cabellos peinados en redondos rizos griegos sobre la frente?

—Sin duda debías de ser muy diferente. Mamá, oigo la puerta principal; si es mi tío, pídele que suba y me asegure que estoy totalmente despierta y cuerda, que no sueño ni deliro.

El rector subía la escalera por propia iniciativa y la señora Pryor lo llamó a la habitación de su sobrina.

—¿No estará peor, espero? —se apresuró a preguntar.

—Creo que está mejor: quiere conversar y parece haber recobrado un tanto las fuerzas.

—¡Bien! —dijo el rector, pasando por su lado rápidamente para mirar en la habitación—. ¡Bien, Cary! ¿Cómo estás? ¿Te has tomado mi taza de té? Te la he hecho tal como a mí me gusta.

—Me he bebido hasta la última gota, tío. Me ha sentado muy bien; me ha revivido. Sentía deseos de compañía, de modo que he rogado a la señora Pryor que le hiciera pasar.

El respetable clérigo pareció complacido y, sin embargo, azorado. Estaba más que dispuesto a hacer compañía a su sobrina durante diez minutos, puesto

que ése era su capricho, pero medios para distraerla no conocía ninguno. Carraspeó y se movió con nerviosismo.

—Estarás repuesta en un santiamén —comentó, por decir algo—. Pronto pasará esta pequeña debilidad, y luego tienes que beber vino de Oporto, un vaso lleno, si puedes, y comer caza y ostras: yo le las traeré, si se pueden encontrar. ¡Por Dios que te vamos a poner tan fuerte como a Sansón!

—¿Quién es esa señora, tío, que hay junto a usted al pie de la cama?

—¡Dios santo! —exclamó él—. ¿No estará desvariando, señora?

La señora Pryor sonrió.

—Mis desvaríos son muy agradables —dijo Caroline, en tono tranquilo y alborozado—, y quiero que me diga si son reales o imaginarios. ¿Quién es esa señora? Dígame su nombre, tío.

—Tenemos que volver a llamar al doctor Rile, señora, o mejor aún, a MacTurk, que no es un farsante. Thomas tendrá que ensillar el poni e ir en su busca.

—No, no quiero ningún doctor; mamá será mi única medicina. Bien, ¿lo entiende ahora, tío?

El señor Helstone se subió los anteojos hasta el entrecejo, sacó su caja de rapé y se sirvió una pulgarada del contenido. Habiendo cobrado ánimos, respondió escuetamente:

—Claro como el día. ¿Se lo ha dicho, entonces, señora?

—¿Y es cierto? —inquirió Caroline, incorporándose sobre la almohada—. ¿Es realmente mi madre?

—¿No llorarás, ni harás una escena, ni te pondrás histérica, si digo que sí?

—¿Llorar? Lloraría si dijera que no. Ahora sería una terrible decepción. Pero dele un nombre; ¿cómo la llama usted?

—A esta señora robusta con un peculiar vestido negro, que parece aún lo bastante joven para llevar una indumentaria más elegante, si quisiera, yo la llamo Agnes Helstone; se casó con mi hermano James y es su viuda.

—¿Y mi madre?

—¡Qué escéptica es esta pequeña! Fíjese en su rostro menudo, señora Pryor, apenas más grande que la palma de mi mano, animado por la perspicacia y la vehemencia. —A Caroline le dijo—: Ella fue quien sufrió para traerte al mundo, en cualquier caso: no olvides cumplir el deber que tienes con ella, curándote pronto y rellenando esas mejillas hundidas. ¡Ay! Antes estaba más rellenita. Por vida mía que no sé qué ha hecho.

—Si el deseo de ponerme bien basta para ayudarme, no estaré enferma mucho tiempo. Esta mañana no tenía motivos ni fuerzas para desearlo.

Fanny dio unos golpecitos en la puerta y anunció que la cena estaba lista.

—Tío, por favor, mándeme algo de cena, cualquier cosa, de su propio plato. Eso es más sensato que ponerse histérica, ¿no?

—Eso es hablar como un sabio, Cary. Verás cómo te alimento con sentido común. Cuando las mujeres son juiciosas y, por encima de todo, comprensibles, no me cuesta nada complacerlas. Son sólo las sensaciones vagas y refinadas, y las ideas extremadamente sutiles, las que me irritan. Si una mujer me pide algo para comer o para llevar, sea el huevo de roc, el pectoral de Aarón, las langostas y la miel silvestre de Juan el Bautista, o su ceñidor de cuero, al menos puedo entender su demanda. Pero cuando anhelan no saben el qué (comprensión, sentimientos, o alguna otra de esas abstracciones indefinidas) no puedo dárselo, no sé qué es, no lo tengo. Señora, acepte mi brazo.

La señora Pryor le indicó que debía quedarse con su hija aquella noche. En consecuencia, Helstone las dejó solas. Pronto regresó con un plato de su propia mano consagrada.

—Esto es pollo —dijo—, pero mañana tendremos perdiz. Incorpórela y échele un chal sobre los hombros. A fe mía que yo entiendo de cuidar enfermos. Bueno, ésta es la pequeña cuchara de plata que usaste de pequeña, cuando viniste a vivir a la rectoría. Me parece que es lo que tú llamarías una idea feliz, una delicada atención. Tómala, Cary, y cómetelo todo.

Caroline hizo lo que pudo. Su tío la miró ceñudo al comprobar que su apetito era tan limitado. Profetizó, no obstante, grandes cosas para el futuro y, cuando ella alabó la porción que le había ofrecido y le sonrió agradecida, el viejo rector se inclinó sobre su sobrina, la besó y dijo, con voz ronca y entrecortada:

—¡Buenas noches, muchacha! ¡Que Dios te bendiga!

Aquella noche, Caroline gozó de tan grato reposo, rodeada por los brazos de su madre y con la cabeza apoyada en su pecho, que olvidó su deseo de cualquier otro apoyo y, aunque la asaltó más de un sueño febril mientras dormía profundamente, cuando se despertaba jadeando eran tan felices sus sentimientos al recobrar la conciencia, que su agitación se calmaba casi al mismo tiempo que aparecía.

En cuanto a su madre, pasó la noche como Jacob en Fanuel: hasta el amanecer, luchó con Dios en ardiente plegaria.

CAPÍTULO XXV

SOPLA EL VIENTO DEL OESTE

Quienes se atreven a entablar semejante batalla divina no siempre vencen. Puede que noche tras noche el oscuro sudor de la agonía empape su frente; puede que el suplicante pida clemencia con esa voz muda con que habla el alma cuando su súplica se dirige a lo Invisible. «Salva a la persona a la que amo», tal vez implore. «Sana a la vida de mi vida. No me despojes de lo que el prolongado afecto entrelaza con mi naturaleza toda. ¡Dios de los cielos, atiéndeme, escúchame, ten piedad!». Y tras este grito y esta lucha, puede que el sol salga para peor. Puede que en ese amanecer, que antes lo saludaba con susurro de céfiros y canto de alondras, las primeras palabras que salgan de los amados labios, cuyo color y calor se han desvanecido, sean:

«¡Oh! He pasado una noche de padecimientos. Esta mañana estoy peor. He intentado levantarme. No puedo. He tenido sueños perturbadores a los que no estoy acostumbrado».

Entonces el que vela se acerca a la cabecera del enfermo y ve un nuevo y extraño moldeado de los rasgos familiares, comprender de inmediato que se acerca el momento insufrible, sabe que es Voluntad de Dios que se derribe su ídolo, y agacha la cabeza y somete su alma a la sentencia que no puede evitar y a duras penas resistir.

¡Feliz señora Pryor! Aún seguía rezando, sin darse cuenta de que el sol brillaba sobre las colinas, cuando su hija se despertó suavemente entre sus brazos. Ningún gemido lastimero e inconsciente —un sonido que merma nuestras fuerzas hasta el punto de que, aun habiéndonos jurado ser firmes, un torrente de irresistibles lágrimas barre nuestro juramento— precedió al momento de despertarse. No le siguió ningún intervalo de sorda apatía. Las primeras palabras pronunciadas no fueron las de alguien que va alejándose ya del mundo y a quien se le permite perderse de vez en cuando en reinos desconocidos para los vivos. Era evidente que Caroline recordaba con claridad lo que había ocurrido.

—Mamá, he dormido tan bien... Sólo he soñado y me he despertado dos veces.

La señora Pryor se levantó de un respingo para que su hija no viera las lágrimas gozosas que había hecho afluir a sus ojos esa cariñosa palabra, «mamá», y la tranquilizadora afirmación a la que precedía.

Durante muchos días, la madre tan sólo se atrevió a entregarse a un regocijo temeroso. Aquella primera vez que revivió parecía la última

llamarada de una lámpara antes de apagarse: si bien la llama parecía refulgir un instante, al siguiente volvía a atenuarse. El agotamiento iba a zaga de la exaltación.

Había siempre un conmovedor afán por parecer mejor, pero con demasiada frecuencia la capacidad se negaba a secundar la voluntad; fracasaba con demasiada frecuencia el intento de resistir: el esfuerzo de comer, de hablar, de parecer alegre no daba sus frutos. Muchas horas pasaron en que la señora Pryor temió que las cuerdas vitales no volverían a recuperar la fuerza, aunque el momento de la rotura se retrasara.

Durante aquel período de tiempo, madre e hija parecieron prácticamente abandonadas por sus vecinos. Agosto tocaba a su fin, el tiempo era bueno, es decir, muy seco y polvoriento, pues un viento árido llevaba todo el mes soplando del este, y también muy despejado, aunque una tenue neblina, estancada en la atmósfera, parecía robar al cielo la intensidad de su tono azul, a la tierra, el frescor de su vegetación, y la luminosidad al día. Casi todas las familias de Briarfield estaban fuera. La señorita Keeldar y sus amigos se habían ido a la costa, igual que toda la familia de la señora Yorke. El señor Hall y Louis Moore, entre quienes parecía haber surgido una intimidad espontánea, producto seguramente de una armonía de opiniones y de temperamento, se habían ido «al norte», para hacer una excursión a pie por la región de los lagos. Incluso Hortense, que de buena gana se habría quedado para ayudar a la señora Pryor a cuidar de Caroline, había vuelto a Wormwood Wells, pues se había sentido obligada a atender los encarecidos ruegos de la señorita Mann, que esperaba aliviar unos dolores agudizados por el tiempo insalubre; en realidad, no era propio de ella negarse a una petición que al mismo tiempo apelaba a su bondad y —por la confesión de dependencia que suponía— halagaba su amor propio. En cuanto a Robert, de Birmingham se había ido a Londres, donde aún estaba.

Mientras el soplo de los desiertos asiáticos siguiera cuarteando los labios de Caroline e inflamara sus venas, su convalecencia física no podía ir a la par con la paz de espíritu recobrada, pero llegó el día en que el viento dejó de sollozar en el aguilón del lado este de la rectoría y en el mirador de la iglesia. Una pequeña nube como la mano de un hombre surgió en el oeste: desde allí llegó con las ráfagas de viento, extendiéndose ampliamente; tempestades y aguaceros se desataron durante un tiempo. Cuando cesaron, el sol brilló con un suave calor, el cielo recuperó su límpido azul y la naturaleza su verdor; el lívido matiz del cólera se desvaneció de la faz de la tierra, las colinas se alzaron nítidamente en el horizonte, liberadas de la pálida neblina de la malaria.

La juventud de Caroline podía ahora servirle de algo, y también los solícitos cuidados de su madre; ambas cosas, con la bendición divina que

llegaba en forma de puro viento del oeste, fresco y suave, soplando a través de la celosía siempre abierta de la habitación, reavivaron sus energías tanto tiempo mermadas. Por fin la señora Pryor vio que la esperanza era posible: la auténtica convalecencia física había comenzado. No sólo la sonrisa de Caroline era más radiante o su ánimo más alegre, sino que su rostro y su mirada habían perdido cierta expresión, terrible e indescriptible, pero que recordará fácilmente cualquiera que haya velado a un enfermo en peligro de muerte. Mucho antes de que su enflaquecida silueta y su rostro demacrado volvieran a llenarse, o de que regresara el color desvanecido, se produjo un cambio más sutil: todo en ella se hizo más suave y cálido. En lugar de una máscara de mármol y unos ojos vidriosos, la señora Pryor recostaba sobre la almohada un rostro macilento y hundido, sin duda, tal vez más mortecino que antes, pero menos aterrador, pues era una muchacha enferma, pero viva, y no un mero molde blanco o una rígida estatua.

Tampoco se pasaba ya el día pidiendo agua. La frase «Tengo tanta sed» dejó de ser su queja. Algunas veces, después de engullir un bocado, decía que la revivía; no todas las descripciones de alimentos le repugnaban por igual: en ocasiones era posible inducirla a indicar una preferencia. ¡Con qué trémulo placer y ávido esmero preparaba su enfermera lo que ella elegía! ¡Cómo la observaba mientras comía!

Con el alimento recobró las fuerzas. Pudo sentarse. Luego expresó el deseo de respirar aire fresco, de volver a ver sus flores y si los frutos habían madurado. Su tío, siempre generoso, había comprado una silla de jardín para su uso exclusivo: él personalmente la bajó en brazos y la instaló en ella, y William Farren la esperaba allí para empujar la silla, dar un paseo por los senderos del jardín, mostrarle lo que había hecho con sus plantas y recibir nuevas instrucciones.

William y ella tenían mucho de que hablar, tenían una docena de temas en común, interesantes para ellos, sin importancia para el resto del mundo. Sentían una misma afición por animales, pájaros, insectos y plantas, sostenían doctrinas similares sobre el trato humano que merecían las criaturas menores, y compartían una aptitud similar para la observación minuciosa en cuestiones de historia natural. El nido y la conducta de unas abejas mineras que habían hecho un agujero en la tierra bajo un viejo cerezo fueron uno de esos temas; otro lo constituyeron las madrigueras de ciertos acentores comunes y el bienestar de ciertos huevos nacarados y crías implumes.

De haber existido el Chambers' Journal en aquella época, no cabe duda de que habría constituido la publicación predilecta de la señorita Helstone y de Farren. Ella se habría suscrito y le habría prestado a él todos los números sin faltar uno; ambos habrían saboreado sus maravillosas anécdotas sobre la sagacidad animal, poniendo una fe absoluta en ellas.

Esto era una digresión, pero basta para explicar por qué Caroline no quería que otra mano, salvo la de William, guiara su silla, y por qué su compañía y su conversación bastaban para hacer apetecibles los paseos por el jardín.

La señora Pryor, que paseaba cerca de ellos, se preguntaba cómo su hija podía sentirse tan a gusto con un «hombre del pueblo». A ella le era de todo punto imposible dirigirse a él si no era con un tono envarado. Se sentía como si un gran abismo se abriera entre su casta y la de él, y le parecía que trasponer aquel abismo, o encontrarse con él a mitad de camino, era rebajarse. Amablemente preguntó a Caroline:

—¿No temes, cariño, hablar con esa persona de manera tan abierta? Podría abusar y volverse locuaz en exceso.

—¿Abusar William, mamá? Tú no lo conoces. Jamás lo haría, es demasiado orgulloso y sensible. William tiene sentimientos muy delicados.

Y la señora Pryor sonrió con escepticismo ante la ingenua idea de que aquel payaso de manos callosas, cabellos desgreñados e indumentaria de fustán pudiera tener «sentimientos delicados».

Farren, por su parte, ponía mala cara a la señora Pryor. Sabía que no le juzgaban correctamente, y tendía a volverse intratable con quienes no sabían apreciar sus méritos.

La noche devolvía a Caroline enteramente a su madre, y a la señora Pryor le gustaban las noches, pues entonces, sola con su hija, no había sombra humana que se interpusiera entre ella y el objeto de su amor. Durante el día, su comportamiento era rígido y tenía sus momentos de frialdad, como de costumbre. Con el señor Helstone mantenía una relación muy respetuosa, pero extremadamente formal; cualquier cosa semejante a la familiaridad habría sido causa de desprecio para uno de ellos o para los dos, pero a fuerza de cortesía estricta y una distancia bien medida, se llevaban divinamente.

Con las criadas, la actitud de la señora Pryor no era descortés, sino cohibida, hostil, nada cordial. Tal vez fuera la timidez más que el orgullo lo que le daba una apariencia tan altiva, pero, como era de esperar, Fanny y Eliza no supieron hacer tales distinciones y, en consecuencia, la señora Pryor era impopular. El efecto que esto producía no le pasaba desapercibido: hacía que a veces se sintiera insatisfecha consigo misma por defectos que no podía evitar y con todos los demás se la veía distante, desanimada y taciturna.

Este estado de ánimo cambió por influencia de Caroline, y solamente por ella. La amorosa dependencia del objeto de sus cuidados, el afecto natural de su hija, le sobrevinieron suavemente: su frialdad se derritió, su rigidez se plegó, se volvió risueña y complaciente. No es que Caroline manifestara su amor verbalmente; a la señora Pryor no le habría gustado, lo habría

interpretado como una prueba de hipocresía; pero se aferraba a ella con sumisión desenvuelta, depositaba en ella una confianza libre de temores: estas cosas contentaban el corazón de la madre.

Le gustaba oír a su hija decir: «Mamá, haz esto». «Mamá, por favor, tráeme aquello». «Mamá, léeme». «Cántame un poco, mamá».

Nadie más —ni un solo ser viviente— había reclamado así sus servicios, ni había solicitado su ayuda. Otras personas eran siempre más o menos reservadas o estiradas con ella, de igual forma que ella era reservada y estirada con los demás; otras personas dejaban traslucir que conocían sus flaquezas y que las irritaban: Caroline demostraba la misma falta de hiriente sagacidad y de sensibilidad censora que cuando era una criatura de pecho de tres meses de edad.

Aun así, también Caroline sabía encontrar defectos. Ciega a los defectos constitucionales que eran incurables, tenía los ojos muy abiertos para los hábitos adquiridos que se podían remediar. Sermoneaba con naturalidad a su madre sobre ciertas cuestiones, y la madre, en lugar de sentirse dolida, se complacía en descubrir que la hija se atrevía a darle sermones, hasta tal punto se sentía a gusto con ella.

—Mamá, estoy decidida a no dejarte llevar ese vestido viejo nunca más; esa moda no te favorece: la falda es demasiado estrecha. Te pondrás el vestido de seda negra todas las tardes. Con ese vestido estás muy bien, te sienta bien, y tendrás un vestido de raso negro para los domingos, de raso auténtico, nada de rasete ni de imitaciones. Y, mamá, cuando tengas el nuevo, debes ponértelo.

—Cariño mío, pensaba que el de seda negra me serviría aún muchos años como mejor vestido, porque quería comprarte a ti varias cosas.

—Tonterías, mamá. Mi tío me da dinero para comprarme cuanto necesito; ya sabes que es muy generoso, y estoy decidida a verte vestida de raso negro. Cómprate la tela en seguida y que te haga el vestido una costurera que yo te recomendaré; déjame a mí elegir el modelo. Estás empeñada en disfrazarte de abuela, quieres persuadir a los demás de que eres vieja y fea... ¡ni hablar! Muy al contrario, cuando vas bien vestida y estás alegre eres realmente atractiva. Tu sonrisa es muy agradable, tus dientes son muy blancos y tus cabellos tienen aún un bonito color claro. Y, además, hablas como una señorita joven, con una voz muy clara y fina, y cantas mejor que cualquier otra señorita a la que haya oído cantar. ¿Por qué llevas esos vestidos y esos sombreros, mamá, que están tan anticuados?

—¿Te molesta, Caroline?

—Mucho; incluso me mortifica. La gente dice que eres una tacaña, y no lo eres, pues das con liberalidad a los pobres y a las instituciones religiosas, pero

tus regalos los haces tan a la chita callando que sólo lo saben quienes los reciben. Pero yo misma seré tu doncella; cuando esté un poco más fuerte me pondré manos a la obra, y tú tienes que ser buena, mamá, y hacer lo que yo te pida.

Y Caroline se sentó junto a su madre, le arregló el pañuelo de muselina y le alisó los cabellos.

—¡Una mamá propia —siguió diciendo, como complaciéndose en la idea de su parentesco—, que me pertenece y a la que yo pertenezco! Ahora soy una joven rica, tengo algo que amo y a lo que no temo amar. Mamá, ¿quién te dio este pequeño broche? Déjame para mirarlo bien.

La señora Pryor, que solía rehuir los dedos entrometidos y el contacto, se lo dejó quitar con satisfacción.

—¿Te lo regaló papá, mamá?

—Me lo regaló mi hermana, mi única hermana, Cary. ¡Ojalá tu tía Caroline hubiera vivido para ver a su sobrina!

—¿No tienes nada de papá, alguna joya, algún regalo suyo?

—Tengo una cosa.

—¿Que guardas como un tesoro?

—Que guardo como un tesoro.

—¿Bella y valiosa?

—Para mí no tiene precio.

—Enséñame, mamá. ¿Está aquí o en Fieldhead?

—Me está hablando ahora mismo, inclinada sobre mí, abrazándome.

—¡Ah, mamá! Te refieres a tu impertinente hija, que no te deja nunca en paz, que, cuando te vas a tu habitación, no puede evitar correr a buscarte, que te sigue arriba y abajo como un perro faldero.

—Y que tiene unas facciones que aún me producen extraños escalofríos en ocasiones. Todavía recelo de tu hermosura, hija mía.

—No, no, no puedes recelar. Mamá, lamento que papá no fuera bueno; desearía con todas mis fuerzas que lo hubiera sido. La maldad estropea y envenena todas las cosas agradables, mata el amor. Si tú y yo pensáramos la una de la otra que somos malas, no podríamos querernos, ¿verdad?

—¿Y si no pudiéramos confiar la una en la otra, Cary?

—¡Qué desgraciadas seríamos! Madre, antes de conocerte, tenía el temor

de que no fueras buena, de que no pudiera apreciarte. Ese miedo desalentaba mi deseo de verte, pero ahora mi corazón se regocija porque he descubierto que eres perfecta... casi; buena, inteligente, bonita. Tu único defecto es que eres anticuada, y de eso te curaré yo. Mamá, deja la labor, léeme algo. Me gusta tu acento del sur, es tan puro y tan dulce. No tiene esa dura pronunciación gutural ni ese gangueo nasal que casi todo el mundo tiene aquí, en el norte. Mi tío y el señor Hall afirman que eres una excelente lectora, mamá. El señor Hall dice que jamás había oído leer a ninguna otra señora con expresión tan correcta ni con tan puro acento.

—Ojalá pudiera corresponder a su cumplido, Cary, pero la verdad es que la primera vez que oí leer y predicar a esa excelente persona que es tu amigo, no entendí nada por culpa de su cerrado acento del norte.

—¿A mí me entiendes, mamá? ¿Te ha parecido que hablo mal?

—No, aunque casi deseaba que así fuera, igual que deseaba que tus modales fueran toscos. Tu padre, Caroline, hablaba bien por naturaleza, con corrección, suavidad y fluidez; todo lo contrario que tu respetable tío. Tú has heredado ese don.

—¡Pobre papá! Siendo tan simpático, ¿cómo es que no era bueno?

—Pues era como era, y es una suerte, hija mía, que tú no puedas hacerte una idea del porqué. Yo no lo sé; es un misterio. La respuesta está en manos del Creador; déjalo tal como está.

—Mamá, no haces más que coser y coser. Deja eso; no me gusta que cosas. Ocupa tu regazo y lo quiero para mi cabeza; ocupa tus ojos, y los quiero para leer. Aquí está tu favorito: Cowper.

Estas impertinencias eran el deleite de la madre. Si alguna vez se hacía de rogar, era sólo para oírlas repetidas y disfrutar de la amable premura de su hija, entre festiva y enojadiza. Y luego, cuando se sometía a sus deseos, Caroline decía maliciosamente:

—Me mimas demasiado, mamá. Siempre pensé que me gustaría ser mimada, y lo encuentro muy agradable.

También la señora Pryor.

CAPÍTULO XXVI

VIEJOS CUADERNOS DE EJERCICIOS

Cuando el grupo de Fieldhead regresó a Briarfield, Caroline estaba casi

restablecida. La señorita Keeldar, que había recibido por correo noticias de la convalecencia de su amiga, no dejó pasar ni una hora entre su llegada a casa y su primera visita a la rectoría.

Caía una lluvia fina, pero pertinaz, sobre las flores tardías y los rojizos arbustos otoñales cuando se oyó el portillo del jardín y la figura familiar de Shirley pasó junto a la ventana. Cuando entró en la casa, expresó sus sentimientos a su propia y peculiar manera. Shirley no era locuaz cuando estaba realmente conmovida por profundos celos o alegrías. Raras veces permitía que una fuerte emoción influyera en su forma de hablar, e incluso sus ojos la rehuían más que una conquista furtiva y caprichosa. Shirley abrazó a Caroline, la miró, la besó, y luego dijo:

—Estás mejor. —Y un minuto después—: Ya veo que ahora estás fuera de peligro, pero cuídate. ¡Dios quiera que tu salud no tenga que sufrir nuevas conmociones!

Procedió entonces a explayarse sobre su viaje. Durante su vivaracho discurso, sus ojos no se apartaron de Caroline: en su brillo se leía un sincero cuidado, inquietud, y cierto asombro.

«Mejor está —decían sus ojos—, pero ¡qué débil parece todavía! ¡Qué peligro ha corrido!».

De repente Shirley se volvió hacia la señora Pryor, y la traspasó con la mirada.

—¿Cuándo volverá conmigo mi institutriz? —preguntó.

—¿Puedo contárselo todo? —inquirió Caroline a su madre. Habiendo recibido aquiescencia con un gesto, puso a Shirley al corriente de todo lo ocurrido en su ausencia.

—¡Muy bien! —fue el desapasionado comentario de su amiga—. ¡Muy bien! Pero para mí no es nada nuevo.

—¡Qué! ¿Lo sabías?

—Hace tiempo que lo había adivinado todo. La historia de la señora Pryor la conocía en parte por boca de otros. Estaba al tanto de la vida y milagros del señor James Helstone con todos sus detalles: una tarde, conversando con la señorita Mann, me familiaricé con ellos; además, es uno de los ejemplos que utiliza la señora Yorke como advertencia, una de las banderas rojas que suele izar para espantar a las señoritas que piensan en el matrimonio. Creo que debería haber aceptado con escepticismo el retrato esbozado por tales manos, dado que ambas señoras sienten un morboso placer en revelar el lado más tenebroso de la vida, pero también interrogué al señor Yorke sobre el particular y me dijo: «Shirley, muchacha, si quieres saber algo sobre ese James

Helstone, sólo te diré que era una bestia. Era apuesto, disoluto, débil, traicionero, cortés, cruel...». No llores, Cary; no hablaremos más de esto.

—No lloro, Shirley, o si lo hago, no es por nada. Sigue, si eres amiga mía no debes ocultarme la verdad; detesto la hipocresía de disfrazar y mutilar la verdad.

—Afortunadamente, he dicho ya casi todo lo que tenía que decir, salvo que tu tío en persona corroboró las palabras del señor Yorke, pues también él desprecia la mentira y no utiliza ninguno de esos subterfugios convencionales que son más despreciables que las mentiras.

—Pero papá está muerto; deberían dejarle descansar en paz.

—Sí... y nosotras lo dejaremos. Lloro, Cary, te hará bien; no es bueno contener las lágrimas que fluyen con naturalidad. Además, he decidido que quiero compartir una idea que en este momento se trasluce en los ojos de tu madre cuando te mira: cada lágrima borra un pecado. Lloro; tus lágrimas tienen la virtud de la que carecían los ríos de Damasco: pueden limpiar un recuerdo leproso, como el Jordán. Señora —continuó, dirigiéndose a la señora Pryor—, ¿creía usted que podía ver todos los días a su hija y a usted juntas, dándome cuenta de sus asombrosas similitudes en muchos aspectos, advirtiéndome, perdoneme, su emoción incontenible en presencia de ella, y más incontenible aún en su ausencia, y no hacer conjeturas? Las hice, y son del todo correctas. Empezaré a pensar que soy una mujer perspicaz.

—¿Y no dijiste nada? —preguntó Caroline, que había recobrado pronto el tranquilo dominio de sus sentimientos.

—Nada. No tenía derecho a decir una sola palabra. No era asunto mío, de modo que me abstuve de hacer el menor comentario.

—¿Adivinaste un secreto tan importante y no insinuaste en modo alguno que lo habías adivinado?

—¿Es eso tan difícil?

—No es propio de ti.

—¿Cómo lo sabes?

—No eres reservada. Eres abierta y comunicativa.

—Puede que lo sea, pero sé muy bien hasta dónde puedo llegar. Cuando enseñe mi tesoro, puedo ocultar un par de gemas: una curiosa piedra tallada, no comprada; un amuleto cuyo resplandor místico ni siquiera yo me permito contemplar más que raras veces. Adiós.

Así fue como Caroline pudo contemplar el carácter de Shirley desde un nuevo punto de vista. No pasó mucho tiempo antes de que esta perspectiva se

renovara: se abrió ante sus ojos.

En cuanto Caroline se sintió con fuerzas para un cambio de escenario —la emoción de un poco de compañía—, la señorita Keeldar solicitó diariamente su presencia en Fieldhead. No se sabe si Shirley se había cansado de sus honorables parientes; ella nada dijo, pero reclamó y retuvo a Caroline con una vehemencia que demostraba que un aditamento a aquellas excelentísimas personas era bien recibido.

Los Sympson eran gente de iglesia; a la sobrina de un rector, por supuesto, la recibieron con cortesía. El señor Sympson resultó ser un hombre de respetabilidad intachable, carácter inquietante, principios piadosos y opiniones mundanas; su esposa era muy buena mujer, paciente, buena, bien educada. La habían educado en un rígido sistema de valores, alimentándola apenas con unos cuantos prejuicios: un simple puñado de hierbas amargas, unas cuantas preferencias hervidas para extraer su sabor natural y sin condimento alguno, todo lo cual había convertido unos cuantos principios excelentes en una inflada masa de intolerancia, difícil de digerir. Ella era demasiado sumisa para quejarse de semejante dieta, o para pedir alguna migaja más.

Las hijas eran un ejemplo para su sexo. Eran altas y con una recta nariz romana. Habían recibido una educación impecable. Todo lo que hacían estaba bien hecho. Libros de historia y de las materias más sesudas habían cultivado su espíritu. Estaban en posesión de principios y opiniones que no podían ser enmendados. Sería difícil encontrar vidas, sentimientos, maneras y costumbres regulados con mayor minuciosidad. Conocían al dedillo cierto código de leyes sobre lenguaje, comportamiento, etcétera, de ciertas escuelas de señoritas; jamás se desviaban de sus curiosas y pragmáticas reglas, y contemplaban con secreto horror las desviaciones de los demás. La abominación de la desolación no era ningún misterio para ellas: habían descubierto esa cosa indecible en la característica que otros llaman originalidad. Prontas estaban a reconocer el menor indicio de este mal, y tanto si veían su huella, fuera en miradas, palabras o hechos, como si la leían en el estilo nuevo y vigoroso de un libro, o la escuchaban en un lenguaje interesante, novedoso, puro y expresivo, sentían escalofríos, vacilaban: el peligro pendía sobre sus cabezas; hollaban terreno peligroso. ¿Qué era esa cosa extraña? Tenía que ser mala, puesto que no la comprendían. Era preciso censurarla y encadenarla.

Henry Simpson —el único varón y el menor de los tres hijos— era un muchacho de quince años. Solía preferir la compañía de su preceptor; cuando no podía estar con él, buscaba la compañía de Shirley. Era diferente de sus hermanas: menudo, cojo y macilento. Sus grandes ojos tenían un brillo lánguido dentro de unas pálidas órbitas; por lo general eran en realidad bastante apagados, pero, capaces de iluminarse, a veces, no sólo resplandecían, sino que llameaban. Una emoción interior podía asimismo dar

color a sus mejillas y decisión a sus movimientos de lisiado. Su madre lo amaba; creía que sus peculiaridades eran la señal de un elegido. Admitía que Henry no era como los demás niños; creía que era un ser regenerado, un nuevo Samuel que había recibido la llamada de Dios desde su nacimiento: iba a ser clérigo. El señor y las señoritas Sympson, que no comprendían al muchacho, lo dejaban de lado. Shirley había hecho de él su favorito; él había hecho de Shirley su compañera de juegos.

En medio de este círculo familiar —o más bien fuera de él— se movía el preceptor, el satélite.

Sí, Louis Moore era el satélite del hogar de los Sympson: vinculado a ellos, pero aparte; siempre presente, siempre distante. Todos los miembros de aquella correcta familia lo trataban con la debida dignidad. El padre lo trataba con austera cortesía, algunas veces irritable; la madre, que era una persona de buen corazón, se mostraba atenta, pero formal; las hijas no veían en él a un hombre, sino una abstracción. Diríase, por su actitud, que el preceptor de su hermano no existía para ellas. Eran personas educadas; también él lo era, pero ellas no lo veían así. Eran jóvenes dotadas; también él tenía talento, pero imperceptible para sus sentidos. El más inspirado dibujo surgido de los dedos del preceptor era un papel en blanco a ojos de las señoritas Sympson; el comentario más original que brotara de sus labios era inaudible para ellas. Nada podía imponerse al decoro de su comportamiento.

Tendría que haber dicho que nada podía igualarlo, pero he recordado un hecho que asombró a Caroline Helstone por lo extraño. Fue el descubrimiento de que su primo Louis no tenía absolutamente ningún amigo comprensivo en Fieldhead, que para la señorita Keeldar era un mero profesor, que le tenía por tan poco caballero y tan poco hombre como las estimadas señoritas Sympson.

¿Qué le había ocurrido a la bondadosa Shirley para que también ella fuera indiferente a la triste situación de un semejante que se veía aislado de tal modo bajo su techo? Quizá no fuera altanera con él, pero jamás le prestaba atención: lo dejaba abandonado a su suerte. Louis entraba y salía, hablaba o callaba, y rara era la vez en que ella se daba por enterada de su presencia.

En cuanto al propio Louis Moore, tenía el aire de un hombre habituado a esta vida y que había resuelto sobrellevarla durante un tiempo. Sus facultades parecían encerradas en su interior y no se resentían de su cautividad. No reía jamás; sonreía muy contadas veces; no expresaba ninguna queja. Cumplía con todos sus deberes escrupulosamente. Tenía el cariño de su pupilo; del resto del mundo no pedía nada más que cortesía. Daba la impresión, incluso, de que no aceptaría nada más, en aquella casa al menos, pues cuando su prima Caroline le ofreció su amistad afectuosamente, no sólo no la alentó, sino que rehuyó su compañía en lugar de buscarla. Aparte de su pálido alumno lisiado, tan sólo a

un ser viviente trataba con afecto en aquella casa, al rufián de Tartar, que, arisco e intratable para los demás, demostraba una singular parcialidad hacia Louis Moore; tan marcada era que, a veces, cuando se llamaba a Moore a comer y éste entraba en el comedor y se sentaba sin que nadie le dirigiera la palabra, Tartar se levantaba de su escondrijo a los pies de Shirley y se iba junto al taciturno preceptor. Una vez —una sola vez— se fijó Shirley en la deserción y, extendiendo su blanca mano y en voz baja, intentó convencerlo de que volviera. Tartar miró, babeó y suspiró, como tenía por costumbre, pero desdeñó la invitación y se sentó tranquilamente sobre los cuartos traseros al lado de Louis Moore. Este caballero atrajo la cabezota del perro hacia su rodilla, le dio una palmada y esbozó una leve sonrisa.

Un observador sagaz podría haber notado, en el curso de esa misma noche, que después de que Tartar hubiera recobrado su devoción por Shirley y se hubiera tumbado una vez más cerca de su escabel, el audaz preceptor volvió a hechizarlo una vez más con una palabra y un gesto. El can levantó las orejas al oír la palabra; se alzó al ver el gesto, y se dirigió con la cabeza cariñosamente agachada para recibir la esperada caricia: mientras lo acariciaba, la significativa sonrisa volvió a alterar una vez más el rostro sereno de Moore.

—Shirley —dijo Caroline un día, mientras las dos estaban solas en la glorieta—, ¿sabías que mi primo era preceptor del hijo de tu tío antes de que los Sympson vinieran aquí?

Shirley no respondió con su acostumbrada rapidez, pero por fin dijo:

—Sí, por supuesto. Lo sabía perfectamente.

—Ya me parecía que debías de estar al tanto de esa circunstancia.

—¡Bueno! ¿Y qué?

—No acierto a adivinar a qué se debe que nunca lo mencionaras y me sorprende.

—¿Por qué habría de sorprenderte?

—Me parece raro. No me lo explico. Tú eres muy locuaz, muy sincera. ¿Cómo es que nunca me has comentado esa circunstancia?

—Pues porque no te la he comentado. —Shirley se echó a reír.

—¡Eres un ser muy singular! —comentó su amiga—. Pensaba que te conocía muy bien, pero empiezo a darme cuenta de que me equivocaba. Fuiste tan callada como una tumba en lo que respecta a la señora Pryor y ahora, una vez más, he aquí otro secreto. Pero para mí es un misterio por qué lo convertiste en secreto.

—Nunca lo convertí en secreto, no tenía ninguna razón para hacerlo. Si me hubieras preguntado quién era el preceptor de Henry, te lo habría dicho. Además, pensaba que lo sabías.

—Me asombran muchas más cosas de este asunto: no te gusta el pobre Louis, ¿por qué? ¿Te molesta lo que quizá consideras su posición servil? ¿Desearías que el hermano de Robert estuviera en mejor situación?

—¡El hermano de Robert! —fue la exclamación de Shirley, pronunciada en un tono cercano al desdén, y, con un movimiento de orgullosa impaciencia, arrancó una rosa de una rama que asomaba a través de la celosía abierta.

—Sí —repitió Caroline con suave firmeza—, el hermano de Robert. Ése es su estrecho parentesco con Gérard Moore, del Hollow, aunque la naturaleza no lo haya dotado de facciones tan bellas ni de un aire tan noble como el de su pariente, pero su sangre es igual de buena y sería tan caballero como él, si fuera libre.

—¡Sabia, humilde y piadosa Caroline! —exclamó Shirley con ironía—. ¡Hombres y ángeles, escuchadla! No deberíamos despreciar unas facciones vulgares, ni un trabajo arduo, pero honrado, ¿verdad? Fíjate en el objeto de tu panegírico; está allí, en el jardín —añadió, señalando a través de un orificio en las densas enredaderas, y por ese orificio era visible Louis Moore, que llegaba caminando lentamente por el sendero.

—No es feo, Shirley —fue la defensa de Caroline—; no es innoble. Es taciturno; el silencio sella sus pensamientos, pero lo considero un hombre inteligente; y puedo asegurarte que el señor Hall jamás cultivaría su amistad de no haber encontrado algo muy digno de alabanza en su carácter.

Shirley soltó una carcajada y luego otra, con un leve deje sarcástico en ambas ocasiones.

—Bueno, bueno —comentó—. Con la excusa de que es amigo de Caryl Hall y hermano de Robert Moore, toleraremos su existencia, ¿no es así, Cary? Tú crees que es inteligente, ¿verdad? No es del todo idiota, ¿eh? ¡Algo digno de alabanza en su carácter! Es decir, no es un completo rufián. ¡Bien! Yo valoro tus opiniones y, para demostrártelo, si pasa por aquí, hablaré con él.

Louis Moore se acercó a la glorieta. Ignorando que estaba ocupada, se sentó en el escalón. Tartar, que se había convertido en su compañero habitual, lo había seguido hasta allí y se tumbó sobre sus pies.

—¡Viejo amigo! —dijo Louis, tirándole de una oreja o, más bien, del resto mutilado de ese órgano, desgarrado y mordido en cien batallas—. El sol otoñal nos da el mismo agradable calor que a los más ricos y favorecidos. Este jardín no es nuestro, pero gozamos de sus aromas y su verdor, ¿verdad?

Guardó silencio sin dejar de acariciar a Tartar, que babeó con extremado afecto. Un leve estremecimiento empezó a agitar los árboles que los rodeaban, algo revoloteó hasta el suelo, ligero como una hoja: eran pájaros pequeños que aterrizaron en el césped a una tímida distancia y se pusieron a dar saltitos, como expectantes.

—Estos duendecillos marrones recuerdan que les di de comer el otro día —dijo Louis, reanudando su soliloquio—. Quieren más galleta. Hoy he olvidado guardar un trozo. Pequeños espíritus hambrientos, no tengo migas para vosotros.

Se metió la mano en el bolsillo y la sacó vacía.

—Una necesidad fácil de cubrir —susurró la señorita Keeldar.

De su retículo sacó un trozo de bizcocho, pues aquel receptáculo no estaba jamás desprovisto de algo disponible que arrojar a las gallinas, patos o gorriones; lo desmenuzó e, inclinándose sobre el hombro de Louis, echó las migas en su mano.

—Ahí tiene —dijo—, la Providencia vela por el imprevisor.

—Esta tarde de septiembre es agradable —dijo Louis Moore mientras, sin perder en absoluto la compostura, arrojaba tranquilamente las migas a la hierba.

—¿Incluso para usted?

—Tan agradable para mí como para cualquier monarca.

—Siente usted un desabrido y solitario regocijo en disfrutar de los elementos, de los seres inanimados y de los seres animados inferiores.

—Solitario sí, pero no desabrido. Con los animales me siento como un hijo de Adán: el heredero de aquel a quien se le dio dominio sobre «todos los seres vivientes que se mueven sobre la tierra». A su perro le gusta y me sigue; cuando entro en ese corral, las palomas de su palomar revolotean a mis pies; su yegua me conoce tan bien como a usted y me obedece mejor.

—Y mis rosas tienen un dulce aroma para usted y mis árboles le dan sombra.

—Y —prosiguió Louis— no hay capricho en el mundo que pueda quitarme esos placeres: son míos.

Louis se alejó; Tartar fue tras él, como obligado por el deber y el afecto, y Shirley se quedó de pie en el escalón de la glorieta. Caroline vio su rostro mientras contemplaba al insolente preceptor: estaba pálido, como si el orgullo bullera en su interior.

—Mira —dijo Caroline para disculparlo—, hieren sus sentimientos tan a menudo que se vuelve malhumorado.

—Mira —replicó Shirley con ira—, Louis Moore es un tema sobre el que tú y yo acabaremos peleándonos si hablamos de él a menudo, de modo que no vuelvas a mencionarlo nunca más.

«Supongo que se ha comportado así en más de una ocasión —pensó Caroline—, y que eso ha hecho que Shirley sea tan distante con él. Sin embargo, me extraña en ella que no tenga en cuenta su carácter y sus circunstancias. Me extraña que la modestia, la hombría y la sinceridad de Louis no aboguen por él a sus ojos. No suele ser tan desconsiderada ni tan irritable».

El testimonio verbal de dos amigos de Caroline con respecto al carácter de su primo abundó en la opinión favorable que tenía de él. William Farren, cuya casita había visitado Louis en compañía del señor Hall, afirmó que era un «auténtico caballero» como no había otro en Briarfield. Él, William, «haría cualquier cosa por ese hombre. Y es de ver cómo gusta a los chiquillos y cómo mi mujer le cogió simpatía en cuanto lo vio. En cuanto entró en la casa, los niños se le acercaron inmediatamente. Las criaturas parecen tener un sexto sentido que no tienen los mayores para descubrir la naturaleza de la gente».

El señor Hall, en respuesta a una pregunta de la señorita Helstone sobre lo que pensaba de Louis Moore, contestó con presteza que era el mejor hombre que había conocido desde que abandonara Cambridge.

—Pero es tan serio —objetó Caroline.

—¡Serio! ¡La mejor compañía del mundo! Tiene un sentido del humor curioso, tranquilo, poco convencional. Jamás en toda mi vida había disfrutado tanto con una excursión como con la que hicimos a los lagos. Sus conocimientos y sus gustos son tan superiores que a uno le sienta bien hallarse bajo su influencia, y en cuanto a su naturaleza y su temperamento, me parecen excelentes.

—En Fieldhead parece sombrío, y creo que lo tienen por un misántropo.

—¡Oh! Imagino que allí está totalmente fuera de lugar, en una posición falsa. Los Sympson son personas muy estimables, pero no son gente que puedan comprender a alguien como él; conceden una gran importancia a las formas y la etiqueta, que no se corresponden con su manera de ser.

—Creo que a la señorita Keeldar no le gusta.

—No lo conoce, no lo conoce, porque tiene el sentido común suficiente para hacer justicia a sus méritos, si lo conociera.

«Bueno, supongo que es verdad que no lo conoce», reflexionó Caroline, y con esta hipótesis se esforzó en explicar lo que, de otro modo, parecía inexplicable. Pero esta sencilla solución no le sirvió mucho tiempo: se vio obligada a privar a la señorita Keeldar incluso de esta excusa negativa para sus prejuicios.

Un día se encontraba Caroline por casualidad en la sala de estudio con Henry Simpson, cuyo carácter amigable y afectuoso le había granjeado rápidamente sus simpatías. El muchacho estaba atareado con un artefacto mecánico; su cojera le hacía preferir las actividades sedentarias. Empezó a hurgar en el escritorio de su preceptor en busca de un trozo de cera o bramante, necesarios para su tarea. Moore estaba ausente. Lo cierto es que el señor Hall había ido a buscarlo para dar un largo paseo juntos. Henry no consiguió encontrar lo que buscaba inmediatamente: revolvió un compartimento tras otro y, abriendo finalmente un cajón interior, no dio con un ovillo de cuerda, ni con un trozo de cera de abejas, sino con un paquetito de cuadernos pequeños de color de mármol atados con una cinta. Henry los miró.

—¡Hay que ver las tonterías que guarda el señor Moore en su escritorio! —dijo—. Espero que no guarde mis viejos ejercicios con tanto esmero.

—¿Qué es?

—Viejos cuadernos de ejercicios.

Arrojó el paquete a Caroline. Tan pulcro era su aspecto exterior que sintió curiosidad por descubrir su contenido.

—Si sólo son cuadernos de ejercicios, supongo que podré abrirlos, ¿no?

—¡Oh, sí! Con entera libertad. Comparto la mitad del escritorio del señor Moore, pues me deja guardar en él todo tipo de cosas, y yo le doy permiso.

Tras un breve escrutinio, los cuadernos resultaron contener redacciones en francés con una escritura peculiar, pero compacta, y exquisitamente limpia y clara. La letra era reconocible: Caroline no necesitó ver la prueba de la firma al final de cada redacción para saber a quién pertenecía. Sin embargo, la firma la dejó atónita: Shirley Keeldar, Simpson Grove, ...shire (un condado del sur de Inglaterra), y la fecha se remontaba a cuatro años antes.

Caroline volvió a atar el paquete y lo sostuvo en la mano mientras meditaba. Se sentía como si, al abrirlo, hubiera traicionado la confianza de otra persona.

—Son de Shirley, ¿sabe? —dijo Henry con indiferencia.

—¿Se los diste tú al señor Moore? Supongo que los ejercicios los escribió con la señora Pryor.

—Los escribí en mi sala de estudios de Sympson Grove, cuando vivía allí con nosotros. El señor Moore le enseñó francés; es su lengua materna.

—Lo sé... ¿Era una buena alumna, Henry?

—Era un ser alocado y risueño, pero resultaba agradable tenerla al lado durante las clases; las hacía más placenteras. Aprendía deprisa, aunque era difícil saber cómo y cuándo. El francés fue pan comido para ella; lo hablaba con fluidez, tanta fluidez como el propio señor Moore.

—¿Era obediente? ¿Causaba algún trastorno?

—En cierto sentido causaba muchos trastornos: era muy atolondrada, pero a mí me gustaba. Estoy perdidamente enamorado de Shirley.

—¡Perdidamente enamorado... tontuelo! No sabes lo que dices.

—Estoy perdidamente enamorado de ella, es la luz de mis ojos. Anoche se lo dije al señor Moore.

—Te regañaría por exagerar de esa manera.

—No. Nunca regaña y regaña, como hacen las institutrices de las chicas. Estaba leyendo, y se limitó a sonreír sin dejar de mirar el libro, y dijo que si la señorita Keeldar no era más que eso, era menos de lo que él creía, pues yo no era sino un muchacho de mirada apagada y corto de vista. Me temo que soy un pobre desgraciado, señorita Caroline Helstone. Soy un lisiado, ¿sabe?

—Eso no debe preocuparte, Henry, eres un muchachito muy agradable, y si Dios no te ha dado salud y fortaleza, te ha dado en cambio un carácter afable y un corazón y un cerebro excelentes.

—Me despreciarán. Algunas veces creo que usted y Shirley me desprecian.

—Escucha, Henry. Por lo general, no me gustan los muchachos de tu edad; me horrorizan. Me parecen todos pequeños rufianes que sienten un placer anormal en matar y atormentar a pájaros, insectos, gatos y cualquier cosa que sea más débil que ellos; pero tú eres muy diferente; me gustas mucho. Tienes casi tanto juicio como un hombre. Mucho más, bien sabe Dios, que muchos hombres —masculló entre dientes—. Te gusta leer y sabes comentar con sensatez lo que has leído.

—Es cierto que me gusta leer. Sé que tengo buen juicio y sé que soy una persona sensible.

En aquel momento entró la señorita Keeldar.

—Henry —dijo—. Te he traído aquí la comida. Yo misma te la prepararé.

Dejó sobre la mesa un vaso de leche recién ordeñada, una bandeja de algo que semejaba cuero y un utensilio que parecía un tenedor largo para tostar.

—¿Qué estáis haciendo los dos aquí? —continuó diciendo—. ¿Registrar el escritorio del señor Moore?

—Estamos mirando tus viejos cuadernos de ejercicios —contestó Caroline.

—¿Mis viejos cuadernos?

—Cuadernos de ejercicios de francés. ¡Mira! Debe de tenerlos en muy alta estima; los ha guardado con todo el cuidado del mundo.

Caroline mostró el paquete. Shirley se lo arrebató.

—No sabía que aún existieran —dijo—. Pensaba que habían ardido hace tiempo en el fuego de la cocina, o que habían servido para rizar los cabellos de la doncella en Sympson Grove. ¿Por qué los has guardado, Henry?

—No es cosa mía. Yo ni siquiera había pensado en ellos. Jamás se me hubiera ocurrido que unos cuadernos de ejercicios tuvieran valor alguno. El señor Moore los puso en el cajón interior de su escritorio; quizá los haya olvidado ahí.

—C'est cela. Los ha olvidado, sin duda —repitió Shirley—. Están extremadamente bien escritos —dijo con satisfacción.

—¡Qué atolondrada eras, Shirley, en aquella época! Te recuerdo muy bien: una criatura esbelta y ligera a la que hasta yo podía levantar del suelo, con todo lo alta que eras. Te veo con aquellos largos e incontables rizos sobre los hombros y el largo fajín ondeante. Entonces hacías que el señor Moore estuviera alegre, al principio, quiero decir. Creo que después de un tiempo lo afligiste.

Shirley volvió las páginas de apretada escritura sin decir nada. Al cabo de un rato dijo:

—Esto lo escribí en una tarde de invierno. Es una descripción de un paisaje nevado.

—Lo recuerdo —dijo Henry—. El señor Moore, cuando lo leyó, exclamó: «Voilà le français gagné!». Dijo que estaba bien escrito. Después le hiciste dibujar en sepia el paisaje que habías descrito.

—¿No lo has olvidado entonces, Hal?

—En absoluto. Aquel día nos riñeron a todos por no bajar a tomar el té cuando nos llamaron. Recuerdo que mi preceptor estaba sentado frente a su caballete y tú estabas de pie detrás de él, sosteniendo la vela y mirando cómo dibujaba el risco nevado, el pino, el ciervo recogido debajo de él y la media luna en lo alto.

—¿Dónde están sus dibujos, Harry? Caroline debería verlos.

—En su carpeta de dibujo. Pero está cerrada con candado; él tiene la llave.

—Pídesela cuando vuelva.

—Deberías pedírsela tú, Shirley. Ahora lo esquivas; me he fijado en que te has vuelto una señorita orgullosa.

—Shirley, eres un auténtico enigma —susurró Caroline a su oído—. ¡Qué extraños hallazgos hago cada día! Y yo que pensaba que gozaba de tu confianza. ¡Eres una criatura inexplicable! Incluso este muchacho te lo echa en cara.

—He olvidado «los viejos tiempos», ¿comprendes, Harry? —dijo la señorita Keeldar, respondiendo al joven Sympson, sin prestar atención a Caroline.

—Cosa que no deberías haber hecho jamás. No mereces ser el lucero del alba de un hombre, si tienes tan mala memoria.

—¡Conque el lucero del alba de un hombre! Y por «hombre», supongo que te refieres a tu devota persona, ¿no? Vamos, bébete la leche antes de que se enfríe.

El joven lisiado se levantó y cojeó hacia la chimenea; se había dejado la muleta junto a la repisa.

—¡Mi pobrecito lisiado! —musitó Shirley con su tono más cariñoso, ayudándole.

—¿Quién te gusta más, Shirley, el señor Sam Wynne o yo? —preguntó el muchacho, mientras ella lo instalaba en una butaca.

—¡Oh, Harry! Sam Wynne es mi pesadilla; tú eres mi niño mimado.

—¿El señor Malone o yo?

—Tú otra vez y mil veces tú.

—Sin embargo, son grandes tipos con patillas, de un metro ochenta de estatura los dos.

—Mientras que tú, Harry, no serás nada más que un pobre cojo macilento toda tu vida.

—Sí, lo sé.

—No debes lamentarte. ¿Acaso no te he explicado quién fue casi tan menudo, pálido y enfermizo como tú y, sin embargo, era tan fuerte como un gigante y tan bravo como un león?

—¿El almirante Horatio?

—El almirante Horatio, vizconde de Nelson y duque de Bronti: valiente como un titán, galante y heroico como en los viejos tiempos de la caballería, caudillo del poderío de Inglaterra, comandante de sus fuerzas en los mares, desataba sus tempestades.

—Un gran hombre, pero yo no soy un guerrero, Shirley. Sin embargo, mi espíritu está inquieto, día y noche ardo en deseos... ¿de qué? Ni yo mismo lo sé... de ser, de hacer, de sufrir, creo.

—Harry, es tu espíritu, que es más fuerte y más maduro que tu cuerpo, lo que te causa ese trastorno. Está cautivo. Está sometido a una esclavitud física. Pero aún ha de lograr su propia redención. Estudia mucho, no sólo libros, sino también el mundo. Amas la naturaleza; ámala sin miedo. Sé paciente, espera que transcurra el tiempo. No serás soldado ni marino, Henry, pero, si vives, serás, escucha mi profecía, serás escritor, quizá un poeta.

—¡Escritor! ¡Es un destello, un destello de luz para mí! ¡Lo seré, lo seré! Escribiré un libro para dedicártelo a ti.

—Lo escribirás para dar a tu alma su desahogo natural. ¡Dios bendito! ¿Qué estoy diciendo? Más de lo que está a mi alcance, creo, y de lo que puede ser útil. Toma, Hal, aquí tienes tu torta de harina de avena. ¡Come y vive!

—¡De mil amores! —la voz que esto exclamaba entró por la ventana abierta—. Conozco ese olor a pan de avena. Señorita Keeldar, ¿puedo entrar y compartirlo con ustedes?

—Señor Hall —era el señor Hall, que regresaba del paseo con Louis Moore—, en el comedor se ha servido una comida como Dios manda, y a la mesa se sientan otras personas como Dios manda. Puede usted acompañarlas y compartir su comida, si lo desea. Pero si sus gustos anómalos le llevan a preferir un proceder anómalo, entre e imítenos.

—Apruebo el aroma y, por lo tanto, me dejaré guiar por el olfato replicó el señor Hall, que entró entonces acompañado por Louis Moore. La mirada de este caballero se posó sobre su saqueado escritorio.

—¡Ladrones! —dijo—. Henry, mereces unos palmetazos.

—Déselos a Shirley y a Caroline, han sido ellas —alegó éste, más preocupado por causar efecto que por ser fiel a la verdad.

—¡Traición y falso testimonio! —exclamaron ambas jóvenes—. No hemos tocado nada, salvo con el ánimo de realizar una loable pesquisa.

—De modo que era eso —dijo Moore, con su peculiar sonrisa—. ¿Y qué han descubierto «con el ánimo de realizar una loable pesquisa»? —Se fijó en el cajón interior abierto—. Esto está vacío —dijo—. ¿Quién ha cogido...?

—¡Aquí está! ¡Aquí está! —se apresuró a decir Caroline, y devolvió el pequeño paquete a su lugar. Louis cerró el cajón e hizo uso de una pequeña llave que llevaba atada a la cadena del reloj. Reordenó los demás papeles, cerró el escritorio y se sentó sin hacer ningún otro comentario.

—Pensaba que las reñiría mucho más, señor —dijo Henry—. Las muchachas merecen una reprimenda.

—Se lo dejo a su conciencia.

—Las acusa de crímenes que han perpetrado deliberadamente, señor. De no haber estado yo aquí, habrían hecho con su carpeta de dibujo lo mismo que con su escritorio, pero yo les he dicho que tiene un candado.

—¿Y comerá con nosotros? —terció Shirley, dirigiéndose a Moore, deseosa, al parecer, de cambiar de conversación.

—Desde luego, si me lo permiten.

—Tendrá que contentarse con leche fresca y torta de harina de avena de Yorkshire.

—Va, pour le lait frais! —dijo Louis—. ¡Pero la torta de avena...! —Hizo una mueca.

—Es incapaz de comerla —dijo Henry—. Dice que le sabe a salvado con levadura amarga.

—Bien, pues, por una dispensa especial, le permitiremos comer unos cuantos torreznos, pero nada que no sea casero.

La anfitriona tocó la campanilla y dio sus frugales órdenes, que fueron ejecutadas al momento. Ella personalmente sirvió la leche y repartió el pan al grupo familiar instalado en torno al resplandeciente fuego de la sala de estudios. Luego ocupó el puesto de general tostador y, arrodillándose en la alfombra, tenedor en mano, cumplió su misión con destreza. El señor Hall, que disfrutaba con cualquier sencilla innovación en los usos cotidianos y para quien la costumbre había convertido la torta integral en sabroso maná, parecía del mejor talante posible. Charlaba y reía alegremente, ora con Caroline, a quien había colocado a su lado, ora con Shirley, y luego con Louis Moore. Y Louis le respondió con igual talante: no rio demasiado, pero dijo las cosas más ingeniosas con absoluta calma. De sus labios brotaban fácilmente las frases, dichas con gravedad, caracterizadas por giros inesperados y un toque de frescura y agudeza. Demostró ser lo que el señor Hall había dicho que era: una excelente compañía. A Caroline le maravilló su buen humor, pero más aún su absoluto dominio de sí mismo. Ninguno de los presentes parecía imponerle un sentimiento de desagradable represión; no parecía considerar a nadie aburrido ni adusto, ni un freno para él, y, sin embargo, allí estaba la fría y altanera

señorita Keeldar, arrodillada frente al fuego, casi a sus pies.

Pero Shirley ya no era fría ni altanera, al menos en aquel momento. No parecía consciente de la humildad de su posición, o si lo era, sólo quería probar el encanto de la modestia. No repugnaba a su orgullo que en el grupo para el que oficiaba voluntariamente de criada se incluyera el preceptor de su primo; no le arredraba que, al tender el pan y la leche a los demás, tuviera también que ofrecérselos a él; y Moore recibió su parte de manos de Shirley con tanta calma como si fuera su igual.

—Se ha acalorado —dijo, cuando ella llevaba un rato sosteniendo el tenedor—, deje que la releve.

Y le cogió el tenedor con una tranquila autoridad a la que Shirley se sometió pasivamente, sin resistirse ni darle las gracias.

—Me gustaría ver sus dibujos, Louis —dijo Caroline cuando terminó la suntuosa comida—. ¿A usted no, señor Hall?

—Por complacerte a ti, pero, en cuanto a mí, no quiero saber más de él como artista. Ya tuve bastante en Cumberland y Westmoreland. Más de una vez nos mojamos en plena montaña porque él insistía en seguir sentado en su banqueta plegable, para captar los efectos de nubes de tormenta, neblinas, rayos de sol caprichosos, y quién sabe qué más.

—Aquí está la carpeta —dijo Henry, sujetándola con una mano y apoyándose en la muleta con la otra.

Louis la cogió, pero no hizo nada, como si esperara a que hablara otro. Daba la impresión de que no la abriría a menos que la orgullosa Shirley se dignara mostrarse interesada por la exhibición de los dibujos.

—Nos hace esperar para despertar nuestra curiosidad —dijo ella.

—Ya sabe cómo se abre —dijo Louis, dándole la llave—. En una ocasión forzó el candado para mí. Pruebe ahora.

Louis sostuvo la carpeta, Shirley la abrió y, monopolizando su contenido, fue la primera en ver todos los dibujos. Disfrutó de ese placer —si placer era— sin hacer un solo comentario. Moore se colocó de pie detrás de ella para mirar por encima de su hombro y, cuando hubo acabado y los demás aún contemplaban los dibujos, abandonó su puesto y se paseó por la habitación.

Se oyó un carruaje en el sendero de entrada a la casa. Sonó la campanilla de la verja; Shirley dio un respingo.

—Vienen visitas —dijo—, y me llamarán. Bonita estampa la mía, como se dice, para recibirlas. Henry y yo hemos pasado media mañana en el huerto recogiendo fruta. ¡Ojalá pudiera descansar bajo mi emparrado y mi higuera!

Feliz es la esposa esclava del jefe indio, pues no tiene obligaciones de salón, sino que puede quedarse sentada con toda calma, tejiendo esteras y ensartando cuentas, y alisando pacíficamente su negra cabellera en un tranquilo rincón de su tienda. Voy a emigrar a los bosques del oeste.

Louis Moore se echó a reír.

—Para casarse con un Nube Blanca o un Gran Búfalo y, tras el matrimonio, dedicarse a la tierna tarea de cavar en el campo de maíz de su señor, mientras él se fuma su pipa o bebe agua de fuego.

Shirley pareció a punto de replicar, pero se abrió entonces la puerta de la habitación para dar entrada al señor Sympson. Este personaje se quedó horrorizado cuando vio el grupo en torno al fuego.

—Pensaba que estaba sola, señorita Keeldar —dijo—, y veo que son todo un grupo.

Era evidente, por su aire sorprendido y escandalizado, que, de no haber visto a un clérigo en el grupo, habría soltado una improvisada filípica sobre los extraordinarios hábitos de su sobrina; el respeto por el clero lo detuvo.

—Sólo deseaba anunciar —prosiguió con frialdad— que la familia de De Walden Hall, el señor, la señora, las señoritas y el señor Sam Wynne, están en el salón. —Inclinó la cabeza y se retiró.

—¡La familia de De Walden Hall! No podría ser peor —masculló Shirley.

Siguió en su sitio con expresión algo contumaz y muy poco dispuesta a moverse. Tenía el rostro encendido por el calor del fuego; el aire matinal había despeinado sus oscuros cabellos más de una vez aquel día; llevaba un vestido de muselina ligero y favorecedor, pero de amplio vuelo; el chal que había llevado en el jardín seguía envolviéndola en descuidados pliegues. Su apariencia era indolente, voluntariosa, pintoresca y singularmente hermosa, más hermosa de lo habitual, como si una suave emoción interior —avivada quién sabía por qué— hubiera dado mayor lozanía y expresividad a sus facciones.

—Shirley, Shirley, tienes que ir —susurró Caroline.

—¿Para qué? —Alzó los ojos y en el espejo que había sobre la chimenea vio al señor Hall y a Louis Moore que la miraban con seriedad—. Si —dijo, con una sonrisa de rendición—, si la mayoría de los presentes sostienen que los de De Walden Hall tienen derecho a mi cortesía, someteré mis inclinaciones al deber. Que levanten la mano los que crean que debo ir.

Al consultar de nuevo el espejo, vio reflejado en él un voto unánime en su contra.

—Debe ir —dijo el señor Hall—, y también comportarse con cortesía. Tiene usted muchos deberes sociales. No se le permite hacer únicamente lo que más le plazca.

Louis Moore convino, diciendo en voz baja:

—¡Muy bien!

Caroline se acercó a su amiga, le arregló los desordenados rizos, dio a su atuendo una gracia menos artística y más doméstica, y la obligó a salir, protestando aún, mohína, por ser así despachada.

—Hay en ella un curioso embrujo —comentó el señor Hall, cuando Shirley ya se había ido—. Y ahora —añadió— debo irme yo también, porque Sweeting se ha ido a ver a su madre y tengo dos funerales.

—Henry, coja sus libros; es la hora de su clase —dijo Moore, sentándose en su escritorio.

—¡Un curioso embrujo! —repitió el alumno, cuando él y su preceptor se quedaron solos—. Cierto. ¿No es cierto que parece una especie de hechicera buena? —preguntó.

—¿De quién habla, señor?

—De mi prima Shirley.

—Nada de preguntas irrelevantes. Estudie en silencio.

La expresión y el tono del señor Moore eran serios, adustos. Henry conocía aquel estado de ánimo: no era frecuente en su preceptor, pero cuando se daba, le causaba temor; obedeció.

CAPÍTULO XXVII

LA PRIMERA MUJER SABIA

El carácter de la señorita Keeldar no armonizaba con el de su tío, y de hecho jamás había existido armonía entre ellos. Él era irritable y ella vivaz; él era despótico y a ella le gustaba la libertad; él era materialista y ella, quizá, romántica.

El señor Sympson no se hallaba en Yorkshire sin motivo; su misión era clara y tenía intención de cumplirla concienzudamente: tenía el ferviente deseo de casar a su sobrina, conseguir para ella una boda conveniente, entregarla al cuidado de un marido adecuado y lavarse las manos para siempre.

Desgraciadamente, ya desde la infancia, Shirley y él habían discrepado sobre el significado de las palabras «conveniente» y «adecuado». Ella jamás había aceptado la definición de su tío, y era dudoso que, tratándose de dar el paso más importante de su vida, consintiera en aceptarla.

Pronto se demostró.

El señor Wynne pidió formalmente la mano de Shirley para su hijo Samuel Fawthrop Wynne.

—¡Decididamente adecuado! ¡Muy conveniente! —declaró el señor Sympson—. Un buen patrimonio sin gravámenes; una fortuna sólida; buenas relaciones. ¡Debe aceptarse!

Mandó llamar a su sobrina al gabinete de roble; se encerró allí con ella a solas; le comunicó la propuesta; dio su opinión; exigió su consentimiento.

Le fue negado.

—No; no me casaré con Samuel Fawthrop Wynne.

—¿Puedo preguntar por qué? Quiero saber el motivo. Es más que digno de usted en todos los aspectos.

Shirley estaba junto a la chimenea, tan pálida como el blanco mármol y la cornisa que había detrás de ella; los ojos grandes, dilatados, hostiles, lanzaban chispas.

—Y yo pregunto ¿en qué sentido ese joven es digno de mí?

—Tiene el doble de dinero que usted y el doble de sentido común; está tan bien relacionado como usted y es igualmente respetable.

—Aunque tuviera cinco veces más dinero que yo, no haría promesa solemne de amarlo.

—Le ruego que exponga sus objeciones.

—Ha llevado una vida abyecta de vulgar libertinaje. Acepte esto como la principal razón de mi desprecio.

—¡Señorita Keeldar, me escandaliza usted!

—Su conducta basta para hundirlo en un abismo de inferioridad inconmensurable. Su intelecto no está a la altura de ningún modelo que yo pueda valorar: ése es el segundo escollo. Sus miras son estrechas, sus sentimientos obtusos, sus gustos groseros y sus modales vulgares.

—Es un hombre respetable y rico. Rechazarlo es vanidad por su parte.

—¡Lo rechazo categóricamente! Deje de molestarme con ese asunto. ¡Se lo prohíbo!

—¿Tiene intención de casarse, o prefiere el celibato?

—No tiene derecho a exigir una respuesta a esa pregunta.

—¿Puedo preguntarle si espera que algún hombre con título, algún par del reino, pida su mano?

—Dudo de que exista un par del reino al que se la concediera.

—De haber una vena de locura en la familia, creería que está usted loca. Su excentricidad y su engreimiento rayan en la demencia.

—Quizá, antes de que haya acabado, ya que voy aún más lejos.

—No me sorprende. ¡Muchacha alocada e inaguantable! ¡Se lo advierto! ¡No se atreva a mancillar nuestro apellido con un matrimonio desafortunado!

—¡Nuestro apellido! ¿Me llamo acaso Sympson?

—¡Gracias a Dios, no! ¡Pero tenga cuidado! ¡Conmigo no se juega!

—En nombre de la ley y del sentido común, ¿qué haría usted, o qué podría hacer, si mis preferencias me condujeran a una elección que usted desaprobara?

—¡Cuidado! ¡Cuidado! —la advertía con la voz y la mano, que temblaban por igual.

—¿Por qué? ¿Qué sombra de poder tiene usted sobre mí? ¿Por qué habría de temerle?

—¡Tenga cuidado, señora!

—Tendré sumo cuidado, señor Sympson. Antes de casarme, estoy resuelta a estimar, a admirar, a amar.

—¡Extravagancias ridículas, indecorosas, impropias de una mujer!

—Amar con todo mi corazón. Sé que hablo en un lenguaje desconocido, pero me es indiferente que me comprenda o no.

—¿Y si ese amor suyo recae sobre un mendigo?

—Sobre un mendigo no recaerá nunca. La mendicidad no es estimable.

—Sobre un empleaducho cualquiera, un actor, un dramaturgo, o... o...

—¡Valor, señor Sympson! ¿O qué?

—Cualquier literato insignificante, o algún artista andrajoso y quejica.

—No me gustan los hombres insignificantes ni andrajosos ni quejicas; la literatura y las artes, sí. Eso me lleva a preguntarme cómo podría convenirme su Fawthrop Wynne. No sabe escribir una nota sin faltas de ortografía; sólo lee

un periódico deportivo; ¡era el bobo de la escuela secundaria de Stilbro!

—¡Ese lenguaje no es propio de una señorita! ¡Dios santo! ¿Dónde irá a parar? —levantó ojos y manos al cielo.

—Jamás al altar del himeneo con Sam Wynne.

—¿Adónde vamos a llegar? ¿Por qué no serán las leyes más rigurosas para ayudarme a obligarla a entrar en razón?

—Consuélese, tío. Aunque Gran Bretaña fuera una nación de siervos y usted el zar, no podría obligarme a dar ese paso. Yo escribiré al señor Wynne. No se preocupe más por ese asunto.

La volubilidad de la Fortuna es proverbial; sin embargo, su carácter caprichoso se manifiesta a menudo en la repetición reiterada de un golpe de suerte similar y en el mismo sitio. Al parecer la señorita Keeldar —o su fortuna— había llegado a causar sensación en la comarca, produciendo una fuerte impresión en lugares impensables para ella. Nada menos que tres propuestas de matrimonio siguieron a la del señor Wynne, todas ellas más o menos aceptables. Su tío le instó a aceptar cada una de ellas cuando se presentaron, y todas las rechazó Shirley sucesivamente. No obstante, había entre los caballeros alguno de carácter intachable y amplio patrimonio. Muchas personas, además de su tío, se preguntaron qué pretendía y a quién esperaba cazar que justificara una actitud tan insolentemente quisquillosa.

Por fin, los chismosos creyeron haber encontrado la clave de su conducta; su tío creyó conocerla con seguridad; es más, el hallazgo le mostró a su sobrina bajo una nueva luz e hizo que cambiara por completo su actitud hacia ella.

En los últimos tiempos, la situación en Fieldhead se había vuelto demasiado delicada para que ambos siguieran bajo el mismo techo; la amable tía no conseguía reconciliarlos; las hijas se quedaban heladas a la vista de sus disputas: Gertrude e Isabella se pasaban horas cuchicheando en su vestidor y un decoroso temor las dejaba paralizadas si por casualidad se quedaban solas con su audaz prima. Pero, como ya he dicho, sobrevino un cambio: el señor Sympson se apaciguó y su familia respiró tranquila.

Se ha aludido a la aldea de Nunnely: su vieja iglesia, su bosque, sus ruinas monásticas. Tenía también su casa solariega, llamada Priory: una mansión más antigua, más grande y más señorial que cualquier otra de Briarfield o Whinbury; más aún, tenía su noble, un baronet, del que ni Briarfield, ni Whinbury podían alardear. Esta posesión —la más soberbia y valorada— había sido únicamente nominal: el baronet actual, un joven que hasta entonces

había vivido en una comarca distante, era desconocido en su finca de Yorkshire.

Durante la estancia de la señorita Keeldar en el elegante balneario de Cliffbridge, sus parientes y ella habían coincidido con sir Philip Nunnely, y les había sido presentado. Una y otra vez se encontraban con él en las playas, los acantilados y los diversos paseos del lugar, y algunas veces en los salones públicos de baile. Parecía un hombre solitario; sus maneras eran sencillas, demasiado para considerarlas afables; era más tímido que orgulloso; no «condescendía» a relacionarse con ellos, se «alegraba» de hacerlo.

Shirley cimentaba una amistad rápida y fácilmente con cualquier persona que careciera de afectación. Paseó y charló con sir Philip; su tía, sus primas y ella salieron a navegar en el yate del baronet en algunas ocasiones. Le gustaba porque le parecía amable y modesto, y le encantaba ver que tenía la capacidad de entretenerla.

Había un inconveniente, ¿qué amistad no lo tiene? Sir Philip tenía una vena literaria: escribía poesía, sonetos, estrofas, baladas. Tal vez la señorita Keeldar consideraba que era demasiado aficionado a leer y recitar sus propias composiciones; tal vez deseaba que las rimas fueran más precisas, el metro más musical, las figuras más novedosas y la inspiración más apasionada. En cualquier caso, siempre torcía el gesto cuando sacaba a colación sus poemas, y solía hacer todo lo posible para desviar la conversación por otros derroteros.

Él la inducía a dar paseos por el puente a la luz de la luna, con el único propósito, al parecer, de verter en sus oídos sus baladas más largas: la llevaba a lugares agrestes y apartados, donde el ruido de la resaca en la arena era suave y tranquilizador, y cuando la tenía así para él solo, y el mar se extendía ante ellos y los rodeaba la aromática sombra de los jardines, y el alto abrigo de los acantilados se alzaba a sus espaldas, sacaba su última remesa de sonetos y los leía con voz trémula por la emoción. No parecía darse cuenta de que, aunque rimaran, no eran poesía. Era evidente, por los ojos bajos y el rostro descompuesto de Shirley, que ella sí lo sabía y que se sentía realmente mortificada por la única debilidad de aquel buen caballero tan afable.

A menudo probaba ella, con la mayor gentileza posible, a apartarlo de su fanática adoración a las Musas. Era la única manía del baronet; en todos los asuntos corrientes era de lo más sensato, y más que dispuesta estaba Shirley a interesarlo por temas vulgares. En alguna que otra ocasión, sir Philip se interesaba por su finca de Nunnely; ella se alegraba infinitamente de responder a sus preguntas con profusión de detalles: no se cansaba jamás de describir el antiguo priorato, su parque silvestre, la vieja iglesia y la aldea; tampoco olvidaba nunca aconsejarle que visitara su propiedad y conociera a sus arrendatarios en su hogar ancestral.

Con cierta sorpresa por parte de Shirley, sir Philip siguió su consejo al pie de la letra, y hacia finales de septiembre llegó al Priory.

No tardó mucho en visitar Fieldhead, y la primera visita no fue la última. Afirmó —cuando concluyó la ronda de visitas de toda la vecindad— que bajo ningún otro techo había hallado tan agradable refugio como bajo las macizas vigas de roble de la mansión gris de Briarfield, una morada exigua y modesta, comparada con la suya, pero que a él le gustaba.

Al poco tiempo no fue suficiente sentarse con Shirley en su gabinete revestido de roble, pieza por la que pasaban otras personas y donde raras veces encontraba un momento de tranquilidad para mostrarle las últimas producciones de su fértil musa; tenía que llevarla a los prados amenos y recorrer con ella los pacíficos arroyos. Shirley rehuía los paseos a solas, de modo que sir Philip le preparaba excursiones a su finca, a su glorioso bosque, a escenarios más lejanos: bosques atravesados por el Wharfe, valles regados por el Aire.

Tal asiduidad cubrió a la señorita Keeldar de distinción. El alma profética de su tío preveía un futuro espléndido: presentía ya el tiempo lejano en que, con aire desenvuelto y el pie izquierdo apoyado en la rodilla derecha, podría aludir con elegancia y familiaridad a su «sobrino el baronet». Su sobrina no se le aparecía ya como «una joven alocada», sino como una «mujer sumamente sensata». En sus diálogos confidenciales con la señora Sympson, la describía como «una persona realmente superior; peculiar, pero muy inteligente». La trataba con deferencia exagerada; se levantaba con reverencia para abrirla y cerrarle las puertas; se le encendía el rostro y le daban dolores de cabeza por agacharse a recoger guantes, pañuelos y otros objetos perdidos, cuya posesión solía ser insegura en manos de Shirley. Intercalaba bromas enigmáticas sobre la superioridad del ingenio de la mujer frente a la sabiduría del hombre; iniciaba disculpas abstrusas por el torpe error que había cometido con respecto a la estrategia, a la táctica, de «una persona que no está a cien kilómetros de Fieldhead». En resumen, parecía tan satisfecho como «un gallo con chanclos».

La sobrina observaba sus maniobras y recibía sus indirectas con parsimonia: aparentemente, no comprendía más que a medias el blanco al que apuntaban. Cuando se la acusó abiertamente de ser la preferida del baronet, dijo que creía ciertamente que le gustaba, y que también él le gustaba a ella, que jamás habría creído que un hombre de rango, hijo único de una madre orgullosa y devota y hermano mimado de varias hermanas, pudiera tener tanta bondad y, en general, tan buen juicio.

El tiempo demostró que, en verdad, a sir Philip le gustaba Shirley. Quizá había encontrado en ella ese «curioso embrujo» percibido por el señor Hall. Buscaba su compañía cada vez con mayor frecuencia y, por fin, con tanta

frecuencia como para dar fe de que se había convertido para él en un estímulo indispensable. En aquella época, extraños sentimientos se cernían en torno a Fieldhead; inquietas esperanzas y anhelos extraviados merodeaban por algunas de sus estancias. Algunos de sus habitantes vagaban con intranquilidad por los silenciosos campos que rodeaban la mansión; había una sensación expectante que mantenía los nervios a flor de piel.

Una cosa parecía clara. Sir Philip no era hombre que pudiera despreciarse: era afable y, si bien no era propiamente un intelectual, era inteligente. La señorita Keeldar no podía afirmar de él lo que con tanta acritud había afirmado de Sam Wynne: que sus sentimientos eran obtusos, sus gustos groseros y sus modales vulgares. Tenía una naturaleza sensible; su amor por las artes era auténtico, aunque sin demasiado discernimiento; se conducía en todo como un auténtico caballero inglés; en cuanto a su linaje y su fortuna, desde luego ambos superaban con mucho los límites a los que Shirley podía aspirar.

Al principio su apariencia física había dado pie a ciertos comentarios divertidos, aunque no malintencionados, por parte de la alegre Shirley. Tenía un aire adolescente: sus facciones eran vulgares y finas, sus cabellos de un tono rubio rojizo, su estatura insignificante. Pero Shirley pronto reprimió sus sarcasmos sobre ese punto, se indignaba incluso si alguien hacía alguna alusión desfavorable. Sir Philip tenía «un semblante agradable —afirmó—, y en su corazón había ese algo que era mejor que tres narices romanas, que los rizos de Absalón o las proporciones de Saúl». Aún reservaba alguna que otra pulla para su desafortunada inclinación poética, pero ni siquiera en eso toleraba ironía alguna salvo la suya.

En definitiva, la situación había alcanzado un punto que parecía justificar plenamente un comentario que hizo el señor Yorke al preceptor, Louis, en aquella época.

—Ese hermano suyo, Robert, me parece que es un tonto o un loco. Hace dos meses habría jurado que tenía la presa en sus manos, y va él y recorre medio país para pasarse varias semanas en Londres, y para cuando vuelva se encontrará con que le han ganado por la mano. Louis, «en los asuntos humanos hay una marea que, si se aprovecha cuando está alta, lleva a la fortuna, pero que, si se deja escapar, no regresa jamás». Si yo fuera usted, escribiría a Robert y se lo recordaría.

—¿Robert pretendía a la señorita Keeldar? —preguntó Louis, como si la idea fuera nueva para él.

—Yo mismo se lo sugerí, y puede que se sintiera alentado, porque a ella le gustaba.

—¿Como vecino?

—Como algo más. La he visto cambiar de cara y de color ante la mera mención de su nombre. Escriba al muchacho, le digo, y dígame que vuelva a casa. Al fin y al cabo, como caballero es mejor que ese baronet insignificante.

—¿No cree usted, señor Yorke, que es una osadía despreciable que un simple aventurero sin blanca aspire a la mano de una mujer rica?

—¡Oh! Si es usted amigo de ideas elevadas y sentimientos delicados, no tengo nada que decir. Yo soy un hombre vulgar y práctico, y si Robert está dispuesto a ceder ese botín digno de un rey al muchachito que tiene por rival (un mocoso aristócrata), por mí encantado. A su edad, en su lugar, con su atractivo, yo habría actuado de manera diferente. Ni baronet ni duque ni príncipe me habrían arrebatado a mi amada sin lucha. Pero ustedes los preceptores son unos tipos tan solemnes que consultarles es casi como hablar con un párroco.

Halagada y adulada como se sentía Shirley entonces, parecía aun así que no se había echado totalmente a perder, que lo mejor de su carácter no la había abandonado del todo. Cierto era que los rumores generalizados habían dejado de emparejar su nombre con el de Moore, y ella parecía sancionar este silencio con el aparente olvido en que había caído el ausente. Sin embargo, que no lo había olvidado del todo, que aún lo tenía en cuenta, si no con amor, sí al menos con interés, pareció demostrarlo con la creciente atención que, en aquella coyuntura, una súbita enfermedad la indujo a prestar a ese hermano preceptor de Robert con el que solía comportarse de una manera extraña, alternando momentos de reserva glacial con otros de dócil respeto; ora pasando junto a él con toda la dignidad de la rica heredera y futura lady Nunnely, ora acercándose como suelen acercarse las colegialas avergonzadas a sus estrictos maestros: estirando el cuello de marfil y curvando sus labios de carmín, si sus miradas se cruzaban en un momento dado, y sometiéndose al grave reproche de sus ojos al instante siguiente, con tanta contrición como si él tuviera poder para infligir castigos a los contumaces.

Louis Moore tal vez se contagió de la fiebre, que lo dejó postrado durante unos días, en una de las viviendas pobres de la zona que el señor Hall y él, junto con su pupilo cojo, solían visitar juntos. En cualquier caso enfermó y, tras oponer una resistencia taciturna a la enfermedad durante un par de días, se vio obligado a guardar cama.

Yacía una noche, dando vueltas en su lecho de espinos, con Henry, que no quería dejarlo solo y lo velaba fielmente, cuando un golpe —demasiado flojo para ser de la señora Gill o de la doncella— llevó al joven Sympson hasta la puerta.

—¿Cómo está el señor Moore esta noche? —preguntó alguien en voz baja desde la galería en tinieblas.

—Entra y compruébalo por ti misma.

—¿Está dormido?

—Ojalá durmiera. Entra y háblale, Shirley.

—A él no le gustará.

A pesar de todo, Shirley cruzó el umbral y, al ver Henry que vacilaba en él, la cogió de la mano y la condujo hasta la cama.

La luz amortiguada mostró la figura de la señorita Keeldar de forma imperfecta, pero descubrió su elegante atuendo. Había invitados abajo, entre ellos sir Philip Nunnely; las señoras estaban ahora en el salón, y su anfitriona las había abandonado a hurtadillas para visitar al preceptor de Henry. Su vestido puramente blanco, su cuello y sus hombros hermosos, la pequeña cadena de oro que temblaba en torno a su garganta y se estremecía sobre su pecho, brillaba de un modo extraño en la oscuridad del cuarto. Tenía una expresión sobria y pensativa; habló con amabilidad.

—Señor Moore, ¿cómo se encuentra esta noche?

—No estaba muy enfermo y ahora estoy mejor.

—Me han dicho que se quejaba de tener la boca seca. Le he traído unas uvas. ¿Quiere probar una?

—No, pero le agradezco que se haya acordado de mí.

—Sólo una.

Shirley arrancó una uva del abundante racimo que llenaba un pequeño cestito que traía consigo y se la acercó a los labios. Él meneó la cabeza y apartó el rostro encendido.

—Pero entonces ¿qué otra cosa puedo traerle? No le apetece la fruta, pero veo que tiene los labios resecos. ¿Qué bebida prefiere?

—La señora Gill me da agua y pan tostado; es todo cuanto necesito.

Se hizo el silencio durante unos minutos.

—¿Sufre? ¿Tiene dolores?

—Muy poco.

—¿Cómo se ha puesto enfermo?

Silencio.

—Le pregunto qué le ha causado esta fiebre. ¿A qué la atribuye usted?

—Algún miasma, quizá... malaria. Estamos en otoño, una estación propicia para las fiebres.

—Tengo entendido que visita usted a menudo a los enfermos de Briarfield, y a los de Nunnely también, con el señor Hall. Debería tener cuidado; la temeridad no es aconsejable.

—Eso me recuerda, señorita Keeldar, que quizá no debería entrar en esta habitación, ni acercarse a esta cama. No creo que mi enfermedad sea infecciosa, no temo —añadió con una especie de sonrisa— que usted se contagie, pero ¿por qué ha de correr siquiera un mínimo riesgo? Váyase.

—Paciencia, pronto me iré, pero antes me gustaría hacer algo por usted, prestarle algún pequeño servicio.

—Abajo la echarán de menos.

—No, los caballeros aún no han dejado la mesa.

—No se quedarán mucho tiempo; sir Philip Nunnely no es bebedor de vino, y ahora mismo lo oigo pasar del comedor al salón.

—Es una criada.

—Es sir Philip, conozco sus pasos.

—Tiene un oído muy fino.

—Siempre ha sido así, y ahora parece haberse agudizado. Anoche sir Philip vino a cenar. A usted la oí cantarle una canción que le había traído él. Le oí cuando se despidió a las once y la llamó desde fuera para que contemplara el lucero vespertino.

—Probablemente tenga usted una sensibilidad nerviosa.

—Le oí besarle la mano.

—¡Imposible!

—No, mi habitación está encima del vestíbulo y la ventana da justo a la puerta principal; tenía la hoja un poco levantada, porque estaba acalorado por la fiebre. Se quedó usted diez minutos con él en los peldaños de la entrada; oí su conversación, palabra por palabra, y oí el saludo. Henry, deme un poco de agua.

—Deja que se la dé yo.

Pero el preceptor se incorporó a medias para coger el vaso de manos del joven Sympson, rechazando la ayuda de Shirley.

—¿Y yo no puedo hacer nada?

—Nada, puesto que no puede garantizarme una noche de pacífico descanso, y en estos momentos es lo único que quiero.

—¿No duerme bien?

—No duermo nada.

—Pero ha dicho antes que no estaba muy enfermo.

—Padezco de insomnio a menudo, incluso cuando estoy completamente sano.

—Si estuviera en mi poder, lo envolvería en el más plácido sueño, profundo y sosegado, sin sueños.

—¡La aniquilación total! No pido eso.

—Con los sueños que más deseara.

—¡Ilusiones monstruosas! El sueño sería delirio y el despertar la muerte.

—Sus deseos no son tan quiméricos, no creo que sea un soñador.

—Señorita Keeldar, supongo que eso es lo que usted cree, pero tal vez mi carácter no sea tan legible para usted como una página de la última novela de moda.

—Es posible... Pero el sueño: quisiera encaminarlo hasta su almohada, granjearle su favor. Si cogiera un libro, me sentara y leyera unas páginas... Podría quedarme media hora.

—Gracias, pero no quiero entretenerla.

—Leería en voz baja.

—No serviría de nada. Tengo demasiada fiebre y estoy demasiado excitable para soportar una voz suave, arrulladora y vibrante cerca de mi oído. Será mejor que se vaya.

—Bien, me voy.

—¿Sin darme las buenas noches?

—Sí, señor, sí. Señor Moore, buenas noches. —Mutis de Shirley.

—Henry, muchacho, váyase a la cama. Es hora de que descanse.

—Señor, me complacería velar junto a su cama toda la noche.

—Es totalmente innecesario; ya estoy mejor. Vamos, váyase.

—Deme su bendición, señor.

—¡Que Dios te bendiga, mi mejor alumno!

—¡Nunca me llama su más querido alumno!

—No, ni lo haré jamás.

Posiblemente, a la señorita Keeldar la ofendió que su antiguo maestro rechazara su cortesía; por descontento no volvió a repetir su ofrecimiento. Por muchas veces que sus ligeros pies cruzaran la galería en el curso de un día, no volvió a detenerse ante su puerta, ni su «voz arrulladora y vibrante» perturbó el silencio de la habitación del enfermo una segunda vez. En realidad, pronto dejó de estar enfermo; la buena constitución del señor Moore venció rápidamente la indisposición; en unos cuantos días se libró de ella y volvió a sus deberes como preceptor.

Que «los viejos tiempos» ejercían todavía su autoridad sobre preceptor y alumna quedaba demostrado por la manera en que él salvaba de repente la distancia que ella solía mantener entre los dos y derribaba su muro de reserva con mano firme y tranquila.

Una tarde, la familia Sympson fue a dar un paseo en carruaje. Shirley, que no lamentaba jamás librarse por un tiempo de su compañía, se había quedado en casa, obligada por asuntos de negocios, según dijo. Sus asuntos —unas cuantas cartas que escribir— se despacharon poco después de que la verja se hubiera cerrado tras el carruaje; entonces la señorita Keeldar se encaminó al jardín.

Era un apacible día otoñal. Los pastos se extendían hasta donde alcanzaba la vista, dorados, madurados por el veranillo de San Martín. Los bosques rojizos estaban a punto para desnudarse de sus todavía abundantes hojas. El tono púrpura de las flores de los brezales, secas pero no marchitas, teñía las colinas. El arroyo bajaba hasta el Hollow atravesando una comarca silenciosa: ni el viento seguía su curso, ni rondaba por sus orillas boscosas. Los jardines de Fieldhead mostraban la huella de una suave decadencia. Las hojas amarillas habían vuelto a caer en los paseos, barridos aquella misma mañana. Su época de flores, e incluso de frutos, había terminado, pero unas cuantas manzanas adornaban los árboles; tan sólo una flor aquí y allá se abría, pálida y delicada, en medio de un puñado de hojas marchitas.

Estas escasas flores —las últimas de su estirpe— eran las que cogía Shirley mientras paseaba pensativamente entre los arriates. Mientras se colocaba en el fajín un ramillete de flores descoloridas e inodoras, apareció Henry Sympson cojeando desde la casa y llamándola.

—Shirley, el señor Moore desearía que fueras a la sala de estudios para oírte leer un poco en francés, si no hay ninguna ocupación urgente que te lo impida.

El mensajero transmitió su mensaje con toda sencillez, como si fuera cosa normal.

—¿Te ha dicho el señor Moore que me dijeras eso?

—Pues claro, ¿por qué no? Y ahora ven, por favor, y volvamos a ser como éramos en Sympson-Grove. En aquella época pasábamos muy buenos ratos en la sala de estudios.

La señorita Keeldar se dijo que quizá las circunstancias habían cambiado desde entonces; sin embargo, no hizo comentario alguno, sino que, tras unos breves instantes de reflexión, siguió a Henry en silencio.

Al entrar en la sala de estudios inclinó la cabeza a modo de cortés reverencia, como era su costumbre en otros tiempos, se quitó el sombrero y lo colgó junto a la gorra de Henry. Louis Moore estaba sentado en su escritorio, volviendo ante él las hojas de un libro abierto y señalando pasajes con un lápiz; se limitó a moverse para responder al saludo de Shirley, pero no se levantó.

—Hace unas cuantas noches se ofreció usted a leerme algo —dijo—. Entonces no podía escucharla; mi atención se encuentra ahora a su servicio. Puede que le sea de provecho practicar un poco su francés; he observado que su acento empieza a oxidarse.

—¿Qué libro he de leer?

—Aquí están las obras póstumas de Saint-Pierre. Lea unas cuantas páginas de «Fragments de l'Amazone».

Shirley aceptó la silla que Louis había colocado cerca de la suya; el volumen descansaba sobre el escritorio, nada más los separaba; los largos rizos de Shirley cayeron y ocultaron la página de la vista del preceptor.

—Apártese el cabello —dijo éste.

Por un momento, Shirley pareció dudar entre obedecer o no hacerle caso. Lanzó una mirada furtiva al rostro de Louis; tal vez si él la hubiera mirado con rudeza o timidez, o si en su semblante hubiera habido una sombra de vacilación, Shirley se habría rebelado y la lección habría llegado a su fin en aquel preciso instante. Pero él se limitaba a aguardar que obedeciera, tan sereno como el mármol e igualmente frío. Shirley se echó la cascada de bucles detrás de la oreja. Afortunadamente su rostro tenía un agradable perfil y sus mejillas tenían la finura y la redondez de la primera juventud; de lo contrario, privado así de un velo que lo suavizara, los contornos podrían haber perdido su gracia. Pero ¿qué importaba eso cuando era Louis quien la contemplaba? Ni Calipso ni Eucaris se molestaron en seducir a Méntor.

Empezó a leer. El idioma se había vuelto extraño a su lengua, que titubeó:

la lectura fluyó de manera irregular, estorbada por una respiración apresurada y una pronunciación anglicada. Desistió.

—No puedo. Léame usted un párrafo, se lo ruego, señor Moore.

Lo que él leyó, ella lo repitió: cogió su acento en tres minutos.

—Très bien —fue el favorable comentario al final del fragmento.

—C'est presque le français rattrapé, n'est-ce pas?

—Supongo que ya no escribirá tan bien en francés como antes, ¿no?

—¡Oh, no! No sabría hacer ni una sola concordancia.

—¿No podría volver a hacer la redacción de «La première femme savante»?

—¿Aún se acuerda de aquella tontería?

—Entera.

—Lo dudo.

—Me comprometo a recitarla de memoria.

—No pasaría de la primera línea.

—Póngame a prueba.

—Pruébelo.

Louis procedió entonces a recitar lo siguiente; lo hizo en francés, pero debemos traducirlo para que puedan entenderlo todos los lectores:

Y ocurrió que, cuando los hombres empezaron a multiplicarse sobre la faz de la tierra y a procrear hijas, los hijos de Dios vieron la hermosura de las hijas de los hombres y tomaron de entre todas ellas las que más les agradaron.

Esto sucedió en el alba de los tiempos, antes de que se pusieran las estrellas matutinas y cuando aún brillaban juntas.

La época es tan remota, las nieblas y la gris humedad de la penumbra matinal la velan con una oscuridad tan vaga que todas las costumbres definidas y todas las orientaciones escapan a la percepción de los sentidos e impiden la búsqueda. Baste con saber que el mundo existía, que lo poblaban los hombres, que la naturaleza del hombre, con sus pasiones, simpatías, sufrimientos y placeres, conformaban el planeta y le daban vida.

Cierta tribu colonizó cierto lugar del orbe; de qué raza era esta tribu: no se sabe; en qué regiones se hallaba ese lugar: no se nos ha revelado. Solemos pensar en oriente cuando nos referimos a sucesos de aquella época, pero ¿quién puede afirmar que no había vida en occidente, en el norte y en el sur?

¿Quién puede demostrar que aquella tribu, en lugar de acampar bajo las palmeras de Asia, no vagaba por los bosques de robles isleños de nuestros mares de Europa?

No es una llanura arenosa, ni un ralo oasis, lo que a mí me parece imaginar. A mis pies se extiende un hondo valle boscoso, con paredes rocosas y sombras profundas formadas por un sinfín de árboles. Aquí moran, en efecto, seres humanos, pero son tan pocos y caminan por senderos tan cubiertos de ramas y tapados por los árboles que no pueden verse ni oírse. ¿Son salvajes? Sin duda. Viven del cayado y del arco: mitad pastores, mitad cazadores, sus rebaños son tan salvajes como sus presas. ¿Son felices? No, no más que nosotros; su naturaleza es la nuestra: humanas ambas. Hay alguien en esta tribu que se siente infeliz con demasiada frecuencia: una niña huérfana de padre y madre. Nadie la cuida; la alimentan algunas veces, pero casi siempre la olvidan; rara es la vez que duerme en una choza: el árbol hueco y la fría caverna son su hogar. Abandonada, perdida, vagando sola, pasa más tiempo con las bestias salvajes y los pájaros que con los de su propia especie. El hambre y el frío son sus camaradas; la tristeza se cierne sobre ella y la soledad la asedia. Desatendida, menospreciada, debería morir, pero vive y crece; la fértil naturaleza la cuida y se convierte en una madre para ella: la alimenta de fruta jugosa, de hierbas dulces y frutos secos.

Hay algo en el aire de este clima que favorece la vida; también debe de haber algo en su rocío que cura como un eficaz bálsamo. Sus templadas estaciones no exacerban pasiones ni sentidos; su temperatura tiende a la armonía; diríase que sus brisas traen del cielo el germen del pensamiento puro y de sentimientos más puros todavía. Las formas de riscos y follajes no son grotescamente fantásticas, ni intensamente vivido el colorido de flores y pájaros. En toda la grandeza de estos bosques hay reposo; en toda su frescura hay delicadeza.

El gentil encanto otorgado a flores y árboles, a ciervos y palomas, no ha sido negado a la criatura humana. Ha florecido en solitario, erguida y grácil. La naturaleza ha moldeado finamente sus facciones; han madurado sus primeros contornos puros y precisos sin padecer los estragos de las enfermedades. Ningún intenso viento árido ha barrido la superficie de su piel; ningún ardiente sol ha encrespado o secado sus bucles: su figura reluce, blanca como el marfil, a través de los árboles: sus cabellos ondean abundantes, largos y lustrosos; a sus ojos no los han cegado los fuegos verticales, brillan en la sombra, grandes y muy abiertos, puros y virginales; sobre esos ojos, cuando la brisa la despeja, resplandece una amplia y hermosa frente: una página clara e inocente sobre la que el conocimiento —si llegara alguna vez— podría escribir con letras de oro. No se percibe vicio ni vaciedad alguna en la joven y desolada salvaje; merodea por el bosque, inofensiva y pensativa, por más que

no sea fácil adivinar en qué puede pensar alguien a quien nada se ha enseñado.

Una tarde de un día de verano antes del Diluvio en que se encontraba completamente sola, pues había perdido todo rastro de su tribu, que se había alejado varias leguas, no sabía en qué dirección, ascendió desde el valle para contemplar cómo se despedía el Día y llegaba la Noche. Un risco sobre el que se extendía la copa de un árbol era su atalaya: las ramas del roble, cubiertas de hierba y musgo, eran su asiento; las ramas de denso follaje entretejían un dosel sobre su cabeza.

Despacio, majestuosamente, terminaba el Día abrasándose en un fuego púrpura, marchándose al son de la despedida de un grave coro salvaje que surgía de los bosques. Entonces llegó la Noche, silenciosa como la muerte: el viento cesó, los pájaros dejaron de cantar. En todos los nidos había parejas felices, y ciervo y cierva dormían beatíficamente, a salvo en su guarida.

La joven estaba sentada, con el cuerpo inmóvil y el alma agitada; ocupada, empero, más en sentir que en pensar, en desear que en esperar, en imaginar que en planear. Sentía que el mundo, el cielo y la noche eran infinitamente poderosos. De todas las cosas, se consideraba a sí misma el centro: un pequeño y olvidado átomo de vida, una chispa de espíritu emitida involuntariamente por la gran fuente creativa y que arde ahora, desapercibida, consumiéndose en el corazón de una negra hondonada. Se preguntaba, ¿iba a arder así hasta apagarse y perecer, sin que su luz viviente hiciera bien alguno, sin ser jamás vista ni necesitada, como una estrella en un firmamento sin estrellas que ningún pastor, ni viajero, ni sabio, ni sacerdote buscara como guía, ni leyera como profecía? ¿Era esto posible, se decía, cuando la llama de su inteligencia era tan intensa, cuando su palpito vital era tan auténtico y real y poderoso, cuando algo en su interior se agitaba con inquietud y conservaba con impaciencia la fuerza que Dios le había dado y a la que ella insistía en hallar ocupación?

Contempló el ancho Cielo y la Noche; Cielo y Noche le devolvieron la mirada. Se agachó buscando orilla, colina y río, que se extendían en la penumbra, a sus pies. Todo a lo que interrogaba respondía con oráculos: los oía, impresionada, pero no los entendía. Alzó las manos unidas por encima de la cabeza.

—¡Consejo, ayuda, consuelo, venid a mí! —fue su grito.

No oyó voz alguna, ni le respondió nadie.

Esperó, arrodillada y con la vista fija en las alturas. Aquel cielo estaba sellado: las estrellas solemnes brillaban ajenas y remotas.

Al fin se aflojó una tensa fibra de su agonía; creyó ver que algo en lo alto se ablandaba; se sintió como si Algo muy distante se acercara; le pareció que

el Silencio hablaba. No era un lenguaje, no eran palabras, sólo un tono.

De nuevo un tono agudo, sonoro, altivo, un sonido profundo y suave como el susurro de una tormenta, hizo ondular el crepúsculo.

De nuevo, más profundo, cercano y nítido, resonó armoniosamente.

Y una vez más una voz clara llegó a la Tierra desde el Cielo.

—¡Eva!

Si Eva no era el nombre de aquella mujer, no tenía nombre. Se levantó.

—Aquí estoy.

—¡Eva!

—¡Oh, Noche! —No puede ser más que la Noche la que habla—. ¡Aquí estoy!

La voz descendió y alcanzó la Tierra.

—¡Eva!

—¡Señor! —clamó ella—. ¡Mira a tu sierva!

Tenía una religión; todas las tribus tienen alguna creencia.

—¡Ya llego: un Espíritu Santo!

—¡Señor, ven presto!

La Noche resplandeció llena de esperanza, el Aire palpitaba, la Luna, que ya había salido, ascendía en su plenitud, pero su luz era informe.

—Inclínate hacia mí, Eva. Ven a mis brazos; reposa en ellos.

—En ellos me apoyo, ¡oh, Invisible, pero sentido! ¿Y qué eres tú?

—Eva, he traído un elixir de vida del cielo. Hija de los Hombres, ¡bebe de mi copa!

—Bebo; es como si un torrente de dulcísimo rocío cayera sobre mis labios. Mi corazón árido revive; se alivia mi dolor; mi apuro y mi lucha han desaparecido. ¡Y la noche cambia! ¡El bosque, la colina, la luna, el inmenso cielo, todo cambia!

—Todo cambia y para siempre. ¡De tu visión, yo arranco la oscuridad! ¡A tus facultades, yo les quito los grilletes! ¡En tu camino, yo allano los obstáculos; con mi presencia, yo lleno el vacío! ¡Reclamo como mío hasta el último átomo de vida! ¡Tomo para mí la chispa del alma, que hasta ahora ardía olvidada!

—¡Oh, llévame! ¡Oh, reclámame! Eres un dios.

—Soy un Hijo de Dios, que se percibe a sí mismo en la porción de vida que te anima. Se le ha permitido reclamar lo que es suyo para alimentarlo y evitar que perezca sin esperanza.

—¡Un Hijo de Dios! ¿Soy en verdad una elegida?

—Sólo tú en esta tierra. Vi en ti que eras bella; vi en ti que eras mía. A mí me corresponde salvar, mantener y amar lo que es mío. Debes saber que soy ese serafín en la tierra llamado Genio.

—¡Mi glorioso esposo! ¡Aurora verdadera de las alturas! Todo cuanto anhelaba, al fin lo poseo. He recibido una revelación. La oscura insinuación, el misterioso susurro, que me han obsesionado desde la infancia, se han interpretado. Tú eres aquel a quien buscaba. ¡Hijo de Dios, tómame como esposa!

—Sin ser humillado puedo tomar lo que es mío. ¿Acaso no di yo del altar la llama misma que iluminó a Eva? Vuelve al cielo de donde fuiste enviada.

Aquella presencia, invisible pero poderosa, la atrajo como se lleva la oveja al redil; aquella voz, suave, pero que todo lo llenaba, resonaba en su corazón como música. Sus ojos no recibían imágenes y, sin embargo, su cerebro y su vista tuvieron una sensación como de la serenidad del aire puro, el poder de los mares soberanos, la majestad de las estrellas errantes, la energía de los elementos en colisión, la eterna solidez de las grandes colinas, y, por encima de todo, del resplandor de la belleza heroica alzándose victoriosa sobre la Noche, sometiendo sus sombras como un Sol más divino.

Así fue la unión nupcial de Genio y Humanidad. ¿Quién relatará la historia de su vida conyugal? ¿Quién describirá su dicha y sus pesares? ¿Quién contará cómo aquel a quien Dios enemistó con la Mujer urdió maléficas intrigas para romper el vínculo o mancillar su pureza? ¿Quién hablará de la larga contienda entre Serpiente y Serafín? ¿Cómo, una vez más, introdujo el Padre de la Mentira el mal en el bien, el orgullo en la sabiduría, la sordidez en la gloria, el dolor en la alegría, el veneno en la pasión? ¿Cómo el «valeroso Ángel» lo desafió, se resistió y lo rechazó? ¿Cómo, y mil veces cómo, purificó la copa corrupta, exaltó la emoción degradada, corrigió el impulso pervertido, detectó el veneno acechante, frustró la tentación desvergonzada, purificó, justificó, vigiló y se mantuvo firme? Cómo, gracias a su paciencia, a su fortaleza y a esa indescriptible excelsitud que procedía de Dios —su Origen—, este leal Serafín luchó por la Humanidad a través de los tiempos y, cuando se cerró el círculo del Tiempo, y la Muerte acudió a su encuentro, impidiendo con brazos descarnados que cruzara el pórtico de la Eternidad; cómo Genio siguió abrazando con fuerza a su esposa moribunda, sosteniéndola en aquel agónico viaje, para llevarla triunfante a su propio hogar: el Cielo; y cómo la redimió, la devolvió a Jehová, su Creador, y, por fin, ante Ángeles y Arcángeles, la coronó

con la corona de la Inmortalidad.

¿Quién, de estos hechos, escribirá la crónica?

—Nunca pude corregir esa redacción —dijo Shirley cuando terminó Moore—. Su lápiz censor la subrayó con rayas condenatorias cuyo significado me esforcé en vano por adivinar.

Shirley había cogido un carboncillo del escritorio del preceptor y estaba dibujando hojas, fragmentos de columnas y cruces rotas en los márgenes del libro.

—Puede que haya olvidado el francés, pero veo que conserva las costumbres de la clase de francés —dijo Louis—. Mis libros no están seguros con usted, igual que antes. Mi recién encuadernado Saint-Pierre pronto quedaría igual que mi Racine: con la señorita Keeldar, con su marca, en cada página.

Shirley soltó el carboncillo como si le quemara los dedos.

—Dígame qué faltas había en aquella redacción —pidió—. ¿Eran errores gramaticales o era al contenido a lo que ponía reparos?

—Nunca dije que mis líneas subrayaran ninguna falta. Usted quiso creer que así era y yo me abstuve de contradecirla.

—¿Qué otra cosa indicaban?

—Ahora ya no importa.

—Señor Moore —exclamó Henry—, pídale a Shirley que repita algunos de los pasajes que antes se sabía de memoria.

—Si he de pedir alguno, que sea «Le cheval dompté» —dijo Moore—, afilando con su cortaplumas el lápiz que la señorita Keeldar había reducido a un cabo.

Shirley volvió el rostro; privados de su velo natural, se vio cómo enrojecían cuello y mejilla.

—¡Ah! No lo ha olvidado, ¿se da cuenta, señor? —dijo Henry, exultante—. Sabe que se portó realmente mal.

Una sonrisa, que Shirley no permitió que se agrandara, hizo que le temblaran los labios; agachó la cabeza y la ocultó entre los brazos y los rizos, que, cuando se irguió, volvieron a caer sueltos.

—¡Desde luego, era una rebelde! —dijo.

—¡Una rebelde! —repitió Henry—. Sí; papá y tú habíais tenido una pelea terrible y tú le desafiaste, y a mamá, y a la señora Pryor, y a todo el mundo.

Dijiste que él te había insultado...

—Me había insultado —dijo Shirley, interrumpiéndole.

—Y quisiste abandonar Sympson-Grove inmediatamente. Metiste tus cosas en el baúl y papá las sacó; mamá lloraba, la señora Pryor lloraba; las dos se retorcían las manos y te suplicaban que fueras paciente, y tú te arrodillaste en el suelo junto a tus cosas y tu baúl volcado, Shirley, con expresión... con expresión... bueno, la de uno de tus accesos de cólera. En esos casos no tuerces el gesto, sino que tus facciones, aunque paralizadas, siguen siendo absolutamente hermosas; no pareces enfadada, si acaso resuelta e impaciente. Sin embargo, uno percibe que, en momentos así, cualquier obstáculo que se arrojara en tu camino se partiría en dos como tocado por un rayo. Papá se amilanó y llamó al señor Moore.

—Basta, Henry.

—No, no basta. No sé bien cómo se las arregló el señor Moore, sólo recuerdo que insinuó a papá que le volvería a dar un ataque de gota si se acaloraba, luego se dirigió con calma a las señoras y consiguió que se fueran, y después te dijo, señorita Shirley, que no serviría de nada hablarte o darte un sermón en aquel momento, pero que acababan de llevar la bandeja del té a la sala de estudios y que estaba sediento, y que le alegraría que dejaras tus cosas y el baúl durante un rato para servirnos una taza de té a él y a mí. Viniste; al principio no hablabas, pero pronto se aplacó tu cólera y volviste a estar alegre. El señor Moore nos habló del continente, de la guerra y de Bonaparte, asuntos de los que a nosotros nos gustaba oírle hablar. Después del té, el señor Moore dijo que no nos separaríamos de él, que no nos perdería de vista por temor a que volviéramos a meternos en líos. Nos sentamos, uno a cada lado de él, la mar de contentos. Jamás he pasado una velada tan agradable como aquélla. Al día siguiente, señorita, te sermoneó durante una hora y dio el asunto por terminado señalándote un pasaje de Bossuet para que te lo aprendieras como castigo: «Le cheval dompté». Te lo aprendiste de memoria en lugar de hacer el equipaje, Shirley. No volvimos a oírte hablar de huidas. Durante todo el año siguiente, el señor Moore no dejó de hacerte bromas sobre lo ocurrido.

—Jamás puso mayor pasión en una lección —añadió el señor Moore—. Por primera vez, me dio el placer de oír mi lengua materna hablada sin acento inglés por una joven inglesa.

—En el mes que siguió fue tan dulce como las cerezas —apuntó Henry—. Una buena disputa mejoraba siempre el carácter de Shirley.

—Hablan de mí como si no estuviera presente —dijo la señorita Keeldar, que aún no había levantado la cara.

—¿Está segura de que está presente? —preguntó Moore—. Ha habido

momentos desde mi llegada en los que me he sentido tentado de preguntar a la señora de Fieldhead si sabía qué había sido de mi antigua pupila.

—Está aquí ahora.

—La veo, y con aire más que humilde. Pero no aconsejaría a Henry, ni a ningún otro, que diera demasiado crédito a la humildad de quien puede ocultar en un momento su rostro sonrojado como una niña, y al siguiente alzarlo, pálido y altanero, como una Juno de mármol.

—Se cuenta que en la Antigüedad un hombre dio vida a la estarna que había esculpido. Puede que otros tengan el don contrario, de convertir la vida en piedra.

Moore hizo una pausa al oír este comentario antes de replicar. Su expresión, sorprendida y meditabunda a la vez, decía: «Extraña frase; ¿qué puede significar?». Le dio vueltas en la cabeza, reflexionando despacio y en profundidad, como un alemán cualquiera meditando sobre metafísica.

—Quiere decir —sugirió al fin— que algunos hombres inspiran repugnancia y, por lo tanto, convierten en piedra un corazón amable.

—¡Ingenioso! —replicó Shirley—. Si esa interpretación le satisface, es libre de considerarla válida. Me es indiferente.

Y tras estas palabras, alzó la cabeza con expresión altanera y la tonalidad marmórea de una estatua, tal como Louis la había descrito.

—¡Contemplan la metamorfosis! —dijo—. Inimaginable hasta que se produce: una simple ninfa se convierte en una diosa inaccesible. Pero no debemos defraudar a Henry, y Olimpia se dignará a complacerlo. Empecemos.

—He olvidado el primer verso.

—Pero yo no. Mi memoria es buena, aunque lenta. Las simpatías y los conocimientos los adquiero con lentitud: la adquisición crece en mi cerebro y el sentimiento en mi pecho, y no es como ese fruto que brota rápidamente, pero sin estar arraigado, que se muestra apetitoso durante un tiempo, pero que madura demasiado pronto y cae. ¡Atención, Henry! La señorita Keeldar consiente en obsequiarte. «Voyez ce Cheval ardent et impétueux»; así comienza.

La señorita Keeldar consintió, en efecto, en hacer el esfuerzo, pero pronto se interrumpió.

—No puedo continuar a menos que lo oiga repetido entero —dijo.

—Sin embargo, lo aprendió rápidamente. «Lo que rápido se obtiene, pronto se va» —dijo el preceptor con tono moralizante. Recitó el pasaje despacio, con claridad, enfatizando lentamente, dándole mayor efecto.

Shirley ladeó la cabeza paulatinamente mientras él recitaba. Su rostro, antes vuelto, giró hacia él. Cuando Moore terminó, retomó las palabras como de sus propios labios, imitó su tono, captó su mismo acento, hizo las pausas tal como las había hecho él, reprodujo sus maneras, su pronunciación, su expresión.

Le había llegado el turno de hacer una petición.

—Recuerde «El sueño de Atalía» —rogó—, y recítelo.

Moore lo recitó; Shirley lo tomó de él; le producía un intenso placer convertir la lengua del preceptor en suya. Pidió nuevamente ser complacida; se repitieron todos los viejos pasajes escolares y, con ellos, los viejos tiempos escolares de Shirley.

Moore había repasado alguno de los mejores pasajes de Racine y de Corneille, y luego había escuchado el eco de su propia voz grave en la voz de Shirley, que se modulaba siguiendo fielmente la suya. El preceptor había recitado «La encina y la caña», esa hermosísima fábula de La Fontaine; la había recitado bien, y la pupila había aprovechado la enseñanza con gran animación. Tal vez un sentimiento, encendido por el entusiasmo, se había apoderado de ellos a un tiempo, y ya no bastaba el ligero combustible de la poesía francesa para alimentar su fuego; tal vez anhelaban avivar sus ávidas llamas con un leño de encina inglesa como tronco de Nochebuena. Moore dijo:

—¡Y éstos son nuestros mejores fragmentos! ¡Y no tenemos nada más dramático, enérgico ni natural!

Y luego sonrió y guardó silencio. Su naturaleza entera parecía serenamente iluminada: estaba de pie junto a la chimenea, con el codo apoyado en la repisa, meditando, no sin contento.

Oscurecía en aquel corto día de otoño: las ventanas de la sala de estudios —ensombrecidas por enredaderas cuyas hojas secas aún no habían barrido los fuertes vientos de octubre— apenas dejaban vislumbrar el cielo, pero el fuego arrojaba luz suficiente para conversar.

Y entonces Louis Moore se dirigió a su pupila en francés, y ella respondió al principio entre vacilaciones y risas, con frases entrecortadas. Moore la animó al tiempo que la corregía; Henry se incorporó a la lección; los dos pupilos estaban frente al maestro, enlazados por la cintura; Tartar, que hacía rato que había reclamado y obtenido la admisión, estaba sentado con aire sabio en el centro de la alfombra, contemplando las llamas que desprendían caprichosamente los pedazos de carbón entre las cenizas al rojo. Era un grupo feliz, pero...

Pleasures are like poppies spread;

you seize the flower — its bloom is shed.

Desde el sendero de entrada llegó el estrépito de unas ruedas.

—Es el carruaje que regresa —dijo Shirley—; la cena debe de estar ya lista, y yo no estoy vestida.

Entró una sirvienta con la bujía y el té del señor Moore, pues el preceptor y su pupilo solían hacer la comida principal a mediodía.

—El señor Sympson y las señoras han regresado —dijo la sirvienta—, y sir Philip Nunnely viene con ellos.

—¡Cómo te has sobresaltado y cómo te temblaba la mano, Shirley! —exclamó Henry cuando la sirvienta salió de la habitación tras cerrar los postigos—. Pero yo sé por qué, ¿usted no, señor Moore? Sé lo que pretende papá. Es un feo hombrecillo, ese sir Philip. Ojalá no hubiera venido, ojalá mis hermanas y todos los demás se hubieran quedado en De Walden Hall a cenar. Shirley nos habría preparado el té una vez más a usted y a mí, señor Moore, y habríamos pasado una velada feliz.

Moore cerró su escritorio y guardó su volumen de Saint-Pierre.

—Ése era su plan, ¿verdad, muchacho?

—¿No lo aprueba, señor?

—No apruebo nada que sea utópico. Mire a la vida a la cara, a su férrea cara: descubra la realidad en su expresión insolente. Prepare el té, Henry. Volveré en seguida.

Abandonó la habitación; lo mismo hizo Shirley, por otra puerta.

CAPÍTULO XXVIII

«PHOEBE»

Seguramente Shirley pasó una agradable velada con sir Philip, pues a la mañana siguiente bajó de muy buen humor.

—¿Quién quiere dar un paseo conmigo? —preguntó, después del desayuno —, Isabella y Gertrude, ¿os apetece?

Tan extraña era semejante invitación por parte de la señorita Keeldar a sus primas, que éstas vacilaron antes de aceptar. No obstante, habiéndoles indicado su madre que aprobaba la idea, se pusieron el sombrero y el trío

partió.

A aquellas tres jóvenes no les agradaba demasiado estar juntas: a la señorita Keeldar le gustaba la compañía de muy pocas señoras; de hecho, no hallaba el placer de la cordialidad en nadie salvo en la señora Pryor y en Caroline Helstone. Era cortés, amable y atenta incluso con sus primas; aun así, solía tener muy poco que decirles. Aquella mañana en particular, su risueño humor hizo que intentara incluso distraer a las señoritas Sympson. Sin apartarse de su norma habitual de no tratar con ellas más que sobre temas triviales, infundió en éstos un extraordinario interés: su chispa vital asomaba en todas sus frases.

¿Por qué estaba tan alegre? La causa debía de estar en ella misma. El día no era soleado, sino gris: un decadente y desapacible día otoñal; los senderos que atravesaban los bosques pardos estaban húmedos, la atmósfera pesada, el cielo encapotado, y, sin embargo, parecía que en el corazón de Shirley vivía toda la luz y el azul celeste de Italia, del mismo modo que su fogosidad centelleaba en los grises ojos ingleses.

Debido a ciertas instrucciones que tenía que dar a su mayoral, John, Shirley se quedó atrás cuando ella y sus primas se acercaban a Fieldhead al regresar del paseo; tal vez transcurrieran veinte minutos entre el momento en que se separó de ellas y su entrada en la casa. En el ínterin, había hablado con John y luego se había demorado en el sendero, junto a la verja. Entró cuando la llamaron para comer; se excusó y subió sin sentarse a la mesa.

—¿No viene a comer Shirley? —preguntó Isabella—. Ha dicho que no tenía hambre.

Una hora más tarde, dado que no había abandonado su habitación, una de las primas fue allí en su busca. La encontró sentada al pie de la cama con la cabeza apoyada en una mano: estaba muy pálida y pensativa, casi triste.

—¿Estás enferma? —le preguntó.

—Un poco indispuesta —contestó la señorita Keeldar.

Desde luego en dos horas había experimentado un gran cambio.

Este cambio, que sólo se había justificado con aquellas tres palabras, sin explicarse de ningún otro modo; este cambio, fuera cual fuera su causa, surgido en apenas diez minutos, no fue pasajero como una nube de verano. Shirley estuvo comunicativa cuando se reunió con sus parientes para cenar, como de costumbre; pasó la velada con ellos; cuando volvieron a interesarse por su salud, afirmó estar totalmente recuperada: no había sido más que una debilidad pasajera, una sensación momentánea que no valía la pena recordar. Sin embargo, se notaba una diferencia en ella.

Al día, a la semana, a la quincena siguiente, esta nueva y peculiar sombra seguía fija en el semblante, en la actitud de la señorita Keeldar. Una extraña quietud se adueñó de su expresión, de sus movimientos y hasta de su voz. La alteración no era tan acusada como para inducir o permitir indagaciones, pero estaba ahí, y no desaparecía; se cernía sobre ella como una nube que ninguna brisa podía mover o disipar. Pronto se hizo evidente que comentar este cambio la enojaba. Primero, se cerraba ante los comentarios y, si se insistía, los rechazaba con su singular altivez. ¿Estaba enferma? La respuesta llegaba con decisión:

No.

¿La atormentaba alguna inquietud? ¿Había ocurrido algo que afectara a su espíritu?

Ella ridiculizaba la idea con desdén. ¿A qué se referían al hablar de su espíritu? No tenía ninguno, ni blanco ni negro, ni azul ni gris, que pudiera resultar afectado.

Algo debía de ocurrirle cuando estaba tan alterada.

Shirley suponía que tenía derecho a cambiar a voluntad. Sabía que había perdido atractivo; si a ella le apetecía volverse fea, ¿qué necesidad tenían los demás de preocuparse?

Tenía que haber un motivo para ese cambio; ¿cuál era?

Shirley pedía que la dejaran en paz con tono autoritario.

Luego hacía esfuerzos denodados por parecer alegre, y parecía indignada consigo misma por no lograrlo del todo; cuando estaba sola, de sus labios brotaban epítetos escuetos y despectivos contra sí misma: «¡Imbécil! ¡Cobarde!», se decía. «¡Gallina!», añadía. «¡Si tienes que temblar, tiembla en secreto! ¡Da rienda suelta a tu cobardía cuando no te vea nadie!».

«¿Cómo te atreves? —se preguntaba a sí misma—. ¿Cómo te atreves a mostrar tu debilidad y a desvelar tus estúpidos temores? Deséchalos, elévate por encima de ellos; si no lo consigues, disimula».

Y se aplicó en disimularlos lo mejor que pudo. De nuevo se volvió decididamente vivaz en compañía. Cuando, cansada del esfuerzo, necesitaba relajarse, buscaba la soledad; no la soledad de su habitación —se negaba a dejarse abatir, a encerrarse entre cuatro paredes—, sino la soledad más agitada que se encuentra al aire libre y que ella perseguía montando a Zoë, su yegua. Daba largos paseos a caballo que duraban medio día. Su tío lo desaprobaba, pero no se atrevía a protestar: no era nunca agradable enfrentarse con la ira de Shirley, ni siquiera cuando estaba sana y contenta; pero ahora que su rostro había enflaquecido y sus grandes ojos parecían hundidos, había algo en la

oscuridad de su semblante y el brillo de sus ojos que conmovía al tiempo que alarmaba.

Para los que no la conocían demasiado e, ignorantes del cambio de su estado de ánimo, comentaban el cambio de su apariencia, tenía una sola respuesta:

—Estoy perfectamente bien; no estoy enferma.

Y verdaderamente debía de estar sana para poder resistir las inclemencias del tiempo a las que se exponía. Lloviera o hiciera sol, con bonanza o con tormenta, daba su paseo diario a caballo por el páramo de Stilbro, y Tartar corría a su lado, infatigable en su galope lobuno de largas zancadas.

Un par de veces o tres, los ojos de los chismosos —esos que están en todas partes: sea un salón o la cima de una colina— advirtieron que, en lugar de girar en Rushedge, la loma que coronaba el páramo de Stilbro, Shirley seguía cabalgando hasta el pueblo. No faltaron exploradores que averiguaran cuál era su destino allí; se descubrió que se detenía ante la puerta de un tal señor Pearson Hall, un notario emparentado con el vicario de Nunnely. Este caballero y sus antepasados habían sido representantes legales de la familia Keeldar durante generaciones; algunas personas afirmaron que la señorita Keeldar se había metido en especulaciones comerciales relacionadas con la fábrica del Hollow, que había perdido dinero y que se veía forzada a hipotecar sus tierras; otros conjeturaban que iba a casarse y que se estaban redactando las capitulaciones.

El señor Moore y Henry Sympson estaban juntos en la sala de estudios; el preceptor esperaba ver los deberes que el pupilo parecía enfrascado en hacer.

—¡Henry, dese prisa! Se está haciendo tarde.

—¿Sí, señor?

—Desde luego. ¿Ha acabado esa lección?

—No.

—¿Ni siquiera está a punto de acabar?

—No he traducido ni una sola línea.

El señor Moore levantó los ojos; el tono del muchacho era muy peculiar.

—La tarea no ofrece mayores dificultades, Henry, pero si usted las encuentra, véngase aquí; trabajaremos juntos.

—Señor Moore, no puedo hacer tarea alguna.

—Muchacho, está usted enfermo.

—Señor, mi salud física es tan mala como de costumbre, no ha empeorado, pero me siento acongojado.

—Cierre el libro. Venga aquí, Henry. Acérquese al fuego.

Harry se acercó cojeando; su preceptor le colocó una silla. Le temblaban los labios, tenía los ojos llenos de lágrimas. Dejó la muleta en el suelo, agachó la cabeza y lloró.

—¿Dice que su congoja no la ocasiona un dolor físico, Harry? Algo le aflige, cuéntemelo.

—Señor, jamás había conocido tal aflicción. Ojalá pudiera hallar consuelo, porque no puedo soportarlo.

—¿Quién sabe si, hablándolo, podemos aliviarle? ¿Cuál es la causa? ¿De qué se trata?

—La causa, señor, es Shirley; se trata de Shirley.

—¿Ah, sí? ¿La encuentra cambiada?

—Todos los que la conocen la encuentran cambiada. Usted también, señor Moore.

—Seriamente no. No más alteración que la que un giro favorable puede reparar en unas pocas semanas. Además, su propia palabra algo tiene que valer: ella dice que está bien.

—Ahí está, señor. Mientras ella afirmaba que estaba bien, yo la creía. Me entristecía lejos de ella, pero pronto recobraba el ánimo en su presencia. Ahora...

—Bueno, Harry, ¿ahora qué...? ¿Le ha dicho algo? Esta mañana han pasado dos horas juntos en el jardín: a ella la he visto hablar y a usted escucharla. ¡Bien, mi querido Harry! Si la señorita Keeldar ha dicho que estaba enferma y le ha impuesto que guardara el secreto, no la obedezca. Por el bien de Shirley, confiéselo todo. ¡Hable, muchacho!

—¡Decir ella que está enferma! Creo, señor, que si se estuviera muriendo, sonreiría y afirmaría: «No me duele nada».

—¿Qué es lo que sabe entonces? ¿Qué nueva circunstancia...?

—Me he enterado de que acaba de hacer testamento.

—¡Testamento!

El preceptor y el pupilo se quedaron callados.

—¿Se lo ha dicho ella? —preguntó Moore, después de unos minutos.

—Me lo ha dicho alegremente, no como una circunstancia ominosa, que fue lo que a mí me ha parecido. Ha dicho que yo era la única persona enterada, aparte de su notario, Pearson Hall, del señor Helstone y del señor Yorke, y, según me ha indicado, deseaba explicarme especialmente a mí las cláusulas del testamento.

—Siga, Henry.

—«Porque», me ha dicho, mirándome con sus hermosos ojos... ¡Oh! ¡Son muy hermosos, señor Moore! ¡Los adoro... la adoro a ella! ¡Es mi estrella! ¡El Cielo no debe reclamarla para sí! Es encantadora en este mundo y está hecha para él. Shirley no es un ángel, es una mujer, y tiene que vivir con los hombres. ¡No ha de ser para los serafines! Señor Moore, si uno de los «hijos de Dios» con grandes alas brillantes como el cielo, azules y sonoras como el mar, viendo su hermosura, descendiera para reclamarla, sería rechazado, rechazado por mí, ¡aunque no sea más que un muchacho lisiado!

—Henry Sympson, obedezca y siga cuando yo se lo mande.

—«Porque —ha dicho— si no hiciera testamento y muriera antes que tú, Harry, heredarías todas mis propiedades, y no quiero que sea así, aunque a tu padre le gustaría. Pero tú —añadió— recibirás también toda la herencia de tu padre, que es considerable, más grande que Fieldhead; tus hermanas no heredarán nada, de modo que les he dejado algún dinero, aunque no las quiero a las dos juntas ni la mitad de lo que quiero un solo rizo de tus rubios cabellos». Me ha dicho estas palabras y me ha llamado «cariño», y me ha dejado que la besara. Luego ha seguido diciéndome que también había dejado algo de dinero a Caroline Helstone, que esta casa, con sus libros y su mobiliario, me la legaba a mí, puesto que no deseaba despojar a la familia de su hogar ancestral, y que el resto de sus propiedades, cuyo valor ascendía a doce mil libras, excluyendo los legados a mis hermanas y a la señorita Helstone, se lo había dejado, no a mí, dado que ya soy rico, sino a un buen hombre que le daría el mejor uso que pudiera darle ningún otro ser humano. Un hombre, ha dicho, que era amable y valiente a la vez, firme y clemente; un hombre que tal vez no se proclamara piadoso, pero ella sabía que tenía el secreto de una religión pura e impoluta ante Dios. El espíritu de la paz y del amor estaba con él; visitaba a los huérfanos y a las viudas en su aflicción, y se mantenía inmaculado, a salvo de la corrupción mundana. Luego me ha preguntado: «¿Apruebas lo que he hecho, Henry?». Yo no he podido responder, me lo impedían las lágrimas, como ahora.

El señor Moore concedió a su pupilo un momento para que luchara contra sus emociones y las dominara. Luego preguntó:

—¿Qué más le ha dicho?

—Cuando he dado mi plena aprobación a las condiciones de su testamento, me ha dicho que era un muchacho generoso y que estaba orgullosa de mí. «Y ahora —ha añadido—, si ocurriera algo, sabrás qué decirle a Malevolencia cuando venga a susurrarte barbaridades en el oído, insinuando que Shirley te ha tratado injustamente, que no te quería. Sabrás que sí te quería, Harry, que ninguna hermana podría haberte querido más, tesoro mío». Señor Moore, señor, cuando recuerdo su voz y su mirada mi corazón late como si quisiera salirse del pecho. Puede que vaya al cielo antes que yo, si Dios así lo quiere, pero el resto de mi vida, y mi vida no será larga, ahora me alegro de ello, será un viaje directo, rápido y cuidadoso por la senda que ella ha pisado. Pensaba que entraría en el sepulcro de los Keeldar antes que ella; si no fuera así, que coloquen mi ataúd junto al suyo.

Moore le respondió con una calma grave que ofrecía un extraño contraste con el perturbado entusiasmo del muchacho.

—Hacen mal los dos en dañarse mutuamente. Los jóvenes que caen un día bajo la influencia de un oscuro terror imaginan que jamás volverá a lucir el sol, imaginan que su primera calamidad durará toda la vida. ¿Qué más ha dicho? ¿Nada más?

—Hemos arreglado un par de asuntos familiares entre nosotros.

—Realmente me gustaría saber qué...

—Pero, señor Moore, sonrío usted. Yo no podía sonreír al ver a Shirley en su estado.

—Muchacho, yo no tengo un temperamento nervioso ni poético, ni soy inexperto. Veo las cosas tal como son, y usted todavía no. Hábleme de esos asuntos familiares.

—Se trata únicamente, señor, de que me ha preguntado si me consideraba más Keeldar que Sympson o viceversa, y yo he contestado que era Keeldar de corazón y hasta la médula. Ha dicho que se alegraba, porque, aparte de ella, yo era el único Keeldar que quedaba en Inglaterra, y luego hemos acordado ciertas cosas.

—¿Y bien?

—Bueno, señor, que si yo vivía para heredar las propiedades de mi padre y la casa de ella, adoptaría el nombre de Keeldar y haría de Fieldhead mi residencia. Henry Shirley Keeldar, he dicho que me llamaría, y así será. Su apellido y su casa solariega tienen siglos de antigüedad, mientras que Sympson y Sympson-Grove son recientes.

—Vamos, vamos, ninguno de los dos va a irse al cielo todavía. Tengo

puestas mis mayores esperanzas en este par de aguiluchos que son, orgullosos y distinguidos. Bien, ¿qué deduce usted de todo lo que me ha contado? Expréselo con palabras.

—Que Shirley cree que está a punto de morir.

—¿Ha aludido a su salud?

—En ningún momento, pero le aseguro a usted que se está consumiendo; tiene las manos cada vez más delgadas, y también las mejillas.

—¿Se ha quejado alguna vez a su tía o a sus primas?

—Jamás. Se ríe de ellas cuando la interrogan. Señor Moore, Shirley es una extraña criatura, tan bella y femenina; no es una mujer masculina en absoluto, no es una amazona, y, sin embargo, desdeña toda ayuda y simpatía.

—¿Sabe dónde está ahora, Henry? ¿Está en casa o ha salido a caballo?

—No puede haber salido, señor. Llueve a cántaros.

—Cierto, lo que, sin embargo, no es garantía de que no esté en estos momentos galopando por Rushedge. Últimamente no ha permitido que el mal tiempo sea un obstáculo para sus paseos a caballo.

—¿Recuerda, señor Moore, la tormenta del miércoles pasado? Fue tan fuerte, en realidad, que Shirley no permitió que ensillaran a Zoë, pero el viento que le parecía demasiado impetuoso para su yegua, lo afrontó ella a pie. Aquella tarde fue caminando casi hasta Nunnely. Cuando regresó le pregunté si no temía haberse resfriado. «No —me contestó—, sería demasiada suerte para mí. No sé, Harry, pero lo mejor que podría ocurrirme es coger un buen resfriado con fiebre, y morir así como cualquier cristiano». Su comportamiento es imprudente, ¿comprende, señor?

—¡Desde luego! Vaya a buscarla y, si tiene ocasión de hablar con ella sin llamar la atención, pídale que venga a verme un momento.

—Sí, señor.

Henry cogió su muleta y se dispuso a salir.

—¡Harry!

El muchacho regresó junto a su maestro.

—No le des el mensaje de una manera formal. Pídeselo como le hubieras pedido en los viejos tiempos que fuera a la sala de estudios, con toda normalidad.

—Comprendo, señor; así será más probable que obedezca.

—Y, Harry...

—¿Señor?

—Te llamaré cuando lo crea oportuno. Hasta entonces, estás dispensado de tus clases.

Henry se fue. Una vez solo, el señor Moore abandonó su escritorio.

—Puedo mostrarme imperturbable y arrogante con Henry —se dijo en voz alta—. Puedo aparentar que me tomo a la ligera sus aprensiones y contemplar du haut de ma grandeur su fogosa juventud. A él puedo hablarle como si, a mis ojos, ambos no fueran más que unos niños. Veamos si soy capaz de representar el mismo papel con ella. He conocido momentos en los que parecía haberlo olvidado, en los que la confusión y la resignación parecían a punto de aplastarme con su suave tiranía, en los que mi lengua ha vacilado y he estado al borde de dejar caer el velo y presentarme ante ella, no como maestro, no, sino como algo más. Confío en que jamás haré el ridículo de esa manera. Sir Philip Nunnely puede permitirse sonrojarse cuando sus ojos se encuentran con los de Shirley, puede darse a sí mismo el gusto de someterse, puede incluso dejar que su mano tiemble al tocar la de ella, sin avergonzarse, pero si uno de los arrendatarios de Shirley apareciera ante ella vulnerable y sentimental, no haría más que probar la necesidad de ponerme una camisa de fuerza. Hasta ahora lo he hecho muy bien. Se ha sentado cerca de mí y no he temblado más que mi escritorio. He recibido sus miradas y sus sonrisas por igual, bueno, como un preceptor, que es lo que soy. Su mano no la he tocado jamás, no he tenido que superar esa prueba. No soy ni labriego ni lacayo suyo, no he sido jamás ni su siervo ni su sirviente, pero soy pobre y es menester que atienda a mi amor propio, que no lo comprometa lo más mínimo. ¿Qué quería decir con aquella alusión a las personas frías que petrifican la carne y la convierten en mármol? Me gustó, no sé muy bien por qué, no quiero siquiera preguntármelo; jamás me permito examinar sus palabras ni su expresión, pues, si lo hiciera, algunas veces olvidaría el sentido común y creería en fantasías. Hay momentos en que un extraño y secreto éxtasis me recorre las venas. No lo alentaré, no lo recordaré. Estoy decidido, mientras sea necesario, a conservar el derecho de decir, como Pablo: «No estoy loco, sino que digo palabras de verdad y de cordura».

Hizo una pausa y aguzó el oído.

—¿Vendrá o no vendrá? —se preguntó—. ¿Cómo se tomará el mensaje? ¿Inocentemente o con desdén? ¿Como una niña o como una reina? Ambos caracteres están en su naturaleza.

»Si viene, ¿qué le diré? ¿Cómo justificaré, en primer lugar, la familiaridad de mi petición? ¿Debo disculparme? Podría hacerlo con toda humildad, pero ¿nos colocaría una disculpa en las posiciones que deberíamos ocupar el uno respecto al otro en este asunto? Debo mantenerme en mi papel de profesor, de

lo contrario... oigo una puerta. —Esperó. Pasaron muchos minutos.

—Se negará a venir. Henry le ruega que venga; ella se niega. Mi petición le parece una osadía; que venga, y yo le demostraré lo contrario. Preferiría que fuera algo perversa, eso me volvería insensible. La prefiero con la coraza del orgullo y con el sarcasmo por arma. Su desprecio me saca bruscamente de mis sueños. Me levanto. Una mirada o una palabra cáusticas darán fortaleza a mis nervios y tendones. Se acercan pasos, y no son los de Henry...

La puerta se abrió, entró la señorita Keeldar. Aparentemente el mensaje le había llegado mientras cosía: llevaba consigo la labor. Aquel día no había salido a montar, era obvio que lo había pasado en casa tranquilamente. Llevaba su pulcro vestido de casa y su delantal de seda. No era una Thalestris salvaje, sino un personaje doméstico. El señor Moore la tenía a su merced: debería haberse dirigido a ella de inmediato con tono solemne y actitud rígida; tal vez lo habría hecho de haber mostrado ella cierta insolencia, pero jamás la actitud de Shirley había sido menos arrogante: una juvenil modestia mantenía su vista baja y cubría su cara. El preceptor siguió callado.

Shirley se detuvo a mitad de camino entre la puerta y el escritorio.

—¿Quería verme, señor? —dijo.

—Me he permitido enviar a buscarla... es decir, a pedirle que me conceda cinco minutos.

Ella esperó, dando trabajo a la aguja.

—Bien, señor —dijo sin levantar la vista—, ¿de qué se trata?

—Primero, siéntese. El asunto que quiero abordar es de cierta importancia. Tal vez no tenga derecho a plantearlo; es posible que deba disculparme; tal vez no haya disculpa posible. La libertad que me he tomado ha surgido de una conversación con Henry. El muchacho está angustiado por la salud de usted; todos sus amigos comparten la misma angustia. Es de su salud de lo que quiero hablar.

—Estoy perfectamente —respondió ella escuetamente.

—Pero ha cambiado.

—Eso no le concierne a nadie más que a mí misma. Todos cambiamos.

—¿Quiere sentarse, por favor? En otro tiempo, señorita Keeldar, tenía cierta influencia sobre usted; ¿ya no tengo ninguna? ¿Puedo pensar que no considera lo que le digo como un mero atrevimiento por mi parte?

—Déjeme que le lea algo en francés, señor Moore, o incluso puedo repasar un rato la gramática latina, y declararemos una tregua en las discusiones sobre salud.

—No, no, es hora de discutir sobre eso.

—Discuta si quiere, pero no me elija a mí como tema; soy una persona sana.

—¿No cree que es incorrecto afirmar y reafirmar lo que sustancialmente es falso?

—Le digo que estoy bien: no tengo tos, ni dolores, ni fiebre.

—¿No hay equivocación alguna en esa afirmación? ¿Es ésa toda la verdad?

—Toda la verdad.

Louis Moore la miró con seriedad.

—Desde luego —dijo— yo no observo huella alguna de enfermedad, pero ¿por qué, entonces, está tan cambiada?

—¿Estoy cambiada?

—Lo demostraremos, buscaremos una prueba.

—¿Cómo?

—Le preguntaré, en primer lugar, ¿duerme como de costumbre?

—No, pero no es porque esté enferma.

—¿Tiene el mismo apetito de costumbre?

—No, pero no es porque esté enferma.

—¿Recuerda el pequeño anillo que llevo sujeto a la cadena del reloj? Era de mi madre, y es demasiado pequeño para que me pase por la articulación del dedo meñique. Usted me lo hurtaba muchas veces jugando para ponérselo en el dedo índice. Póngaselo ahora.

Shirley autorizó el experimento; el anillo cayó de la pequeña mano enflaquecida. Louis lo recogió y volvió a sujetarlo a la cadena. La inquietud encendía su semblante. Shirley volvió a decir:

—No es porque esté enferma.

—No sólo ha perdido sueño, apetito y carne —prosiguió Moore—, sino que está siempre decaída. Además, a sus ojos asoma un miedo nervioso y hay un desasosiego nervioso en su forma de comportarse: antes no tenía estas peculiaridades.

—Señor Moore, lo dejaremos aquí. Ha dado usted en el clavo: estoy nerviosa. Ahora, hablemos de otra cosa. ¡Qué tiempo tan lluvioso tenemos! ¡No hace más que llover y llover!

—¡Nerviosa, usted! Sí, y si la señorita Keeldar está nerviosa, por fuerza ha

de haber un motivo. Déjeme adivinarlo. Déjeme reflexionar detenidamente. El malestar no es físico; eso ya lo sospechaba. Llegó en un momento. Sé cuál fue el día. Percibí el cambio. Su sufrimiento es mental.

—En absoluto; no es nada tan rimbombante, sino meramente nervioso. ¡Oh! Deje ya ese tema.

—Cuando se haya agotado y sólo entonces. Los temores nerviosos deberían confesarse siempre a otras personas para que éstas los disipen. Ojalá yo tuviera el don de la persuasión y pudiera hacer que hablara usted de buen grado. Creo que, en su caso, la confesión equivaldría a media cura.

—No —replicó Shirley bruscamente—, ojalá fuera posible, pero me temo que no lo es.

Dejó la labor un momento. Por fin se había sentado. Con el codo sobre la mesa, apoyó la cabeza en la mano. Daba la impresión de que el señor Moore había conseguido al fin poner un pie en aquel arduo camino. Shirley estaba seria y en su deseo se hallaba implícita una importante admisión; después de aquello, ya no podía afirmar que no le ocurría nada.

El preceptor le concedió unos minutos de reposo y reflexión antes de volver a la carga. En una ocasión movió los labios para hablar, pero se lo pensó mejor y prolongó la pausa. Shirley alzó los ojos para encontrarse con su mirada: de haber exhibido él una emoción imprudente, tal vez el resultado habría sido una empecinada insistencia en callar, pero Louis parecía tranquilo, fuerte y digno de confianza.

—Será mejor que se lo cuente a usted que a mi tía —dijo—, o a mis primas, o a mi tío; menudo revuelo armarían, y es ese revuelo lo que temo: la alarma, el frenesí, el escándalo. En resumen, jamás me ha gustado ser el centro de una pequeña vorágine familiar. Usted podrá soportar una pequeña conmoción, ¿verdad?

—Y una grande, si es necesario.

El hombre no movió un solo músculo de su cuerpo, pero en su pecho el corazón latía desaforadamente. ¿Qué iba a contarle Shirley? ¿Acaso un mal irreparable?

—Si hubiera considerado que era oportuno recurrir a usted, jamás habría pensado en convertir todo este asunto en un secreto —continuó ella—. Se lo hubiera dicho en el acto y le hubiera pedido consejo.

—¿Por qué no era oportuno recurrir a mí?

—Puede que lo fuera... no quería decir eso; sencillamente no podía hacerlo. No creía tener derecho a molestarlo; el accidente sólo me concernía a mí, quería guardármelo para mí sola, pero no me dejan. Le aseguro que detesto

ser objeto de una solícita preocupación, o dar pábulo a chismes de aldea. Además, puede que pase todo sin que ocurra nada, ¡quién sabe!

Aunque torturado por la incertidumbre, Moore no exigió una rápida explicación, no permitió que gesto ni mirada ni palabra alguna delataran su impaciencia. Su calma tranquilizó a Shirley; su seguridad le dio confianza.

—Grandes efectos pueden tener su origen en causas triviales —señaló, al tiempo que se quitaba un brazalete de la muñeca; luego se desabrochó la manga y se remangó.

—Mire aquí, señor Moore.

Shirley mostró una marca en el blanco brazo, una herida bastante profunda pero curada, que parecía algo entre una quemadura y un corte.

—No se lo enseñaría en Briarfield a nadie más que a usted, porque usted es capaz de reaccionar con calma.

—Desde luego no hay nada en esa pequeña marca que pueda causar una conmoción; su historia lo explicará mejor.

—Aun siendo pequeña, me ha robado el sueño y me ha vuelto nerviosa, delgada y estúpida, porque, por culpa de esta pequeña marca, estoy obligada a esperar con terror que se produzca cierta probabilidad.

Se bajó la manga; volvió a colocarse el brazalete.

—¿Sabe que me está poniendo a prueba? —dijo él con una sonrisa—. Soy un hombre paciente, pero se me está acelerando el pulso.

—Ocurra lo que ocurra, usted me ayudará, señor Moore. ¿Me concederá el beneficio de su serenidad y no me dejará a merced de cobardes trastornados?

—No puedo prometer nada ahora. Cuéntemelo todo y luego podrá exigirme compromisos.

—Es una historia breve. Un día, hace unas tres semanas, di un paseo con Isabella y Gertrude. Ellas volvieron a casa antes que yo, porque me entretuve hablando con John. Después de despedirme de él, me apeteció demorarme en el sendero, donde reinaban la sombra y el silencio. Estaba apoyada en la columna de la verja, dando vueltas a algunos pensamientos felices sobre mi vida futura, pues aquella mañana imaginaba que los acontecimientos iban a desarrollarse tal como yo había esperado desde hacía largo tiempo...

«¡Ah! ¡Nunnely había estado con ella la noche de la víspera!», pensó Moore, en un paréntesis.

—Oí un jadeo; un perro venía corriendo por el sendero. Conozco a la mayoría de los perros de la vecindad; era Phoebe, una de las perras de muestra

del señor Sam Wynne. La pobre criatura corría con la cabeza gacha y la lengua colgando; parecía como si le hubieran dado una paliza. La llamé; pretendía hacerla entrar en casa y darle algo de agua y comida. Estaba segura de que la habían maltratado: el señor Sam azota cruelmente y a menudo a sus perros de muestra. La perra estaba demasiado nerviosa para reconocerme y, cuando intenté darle una palmada en la cabeza, se revolvió y me mordió el brazo, haciéndome sangre; luego volvió a echar a correr jadeando. Justo entonces llegó el guardabosque del señor Wynne empuñando un arma. Me preguntó si había visto a un perro y le dije que acababa de ver a Phoebe.

»“Será mejor que ate a Tartar, señora —me dijo—, y dígame a su gente que no salga de la casa. Ando detrás de Phoebe para matarla y el mozo de cuadra va por otro lado. Está rabiosa”.

El señor Moore se recostó en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho; la señorita Keeldar volvió a coger su cuadrado de cañamazo para seguir bordando una guirnalda de violetas de Parma con hilos de seda.

—¿Y no se lo dijo a nadie, no buscó quien la ayudara o curara? ¿No quiso acudir a mí?

—Llegué hasta la puerta de la sala de estudios; ahí me faltó el valor. Preferí tapar el asunto.

—¿Por qué? ¿Qué otra cosa mejor puedo pedir en este mundo que serle útil a usted?

—No tenía derecho.

—¡Monstruoso! ¿Y no hizo nada?

—Sí; me fui derecha a la lavandería, donde planchan la mayor parte de la semana, ahora que tengo tantos huéspedes en casa. Mientras la criada estaba ocupada en fruncir o almidonar, cogí la plancha italiana de hierro del fuego, me apliqué la punta incandescente en el brazo y apreté: cauterizó la pequeña herida. Luego subí a mi habitación.

—Seguro que no soltó ni un gemido.

—La verdad es que no lo sé. Me sentía fatal. No tenía serenidad ni fuerzas, creo; en mi ánimo pesaba una gran desazón.

—Pero se comportaba con serenidad. Recuerdo que me pasé toda la comida aguzando el oído por si la oía moverse arriba, en su habitación; todo estaba en silencio.

—Estaba sentada al pie de la cama, deseando que Phoebe no me hubiera mordido.

—¡Y sola! Le gusta la soledad.

—Perdone.

—Desdeña la comprensión de los demás.

—¿Lo hago, señor Moore?

—Con su poderoso intelecto, no debe de sentir necesidad de la ayuda, el consejo y la compañía de los demás.

—Así será, si usted lo dice.

Shirley sonrió. Siguió bordando con rapidez y esmero, pero sus pestañas se agitaron, luego brillaron y cayó una lágrima.

El señor Moore se inclinó sobre su escritorio, movió su silla, cambió de actitud.

—Si no es así —preguntó, cambiando a una voz peculiar, más suave—, ¿cómo es entonces?

—No lo sé.

—Sí lo sabe, pero no quiere decirlo; tiene que guardárselo todo dentro.

—Porque no vale la pena compartirlo.

—Porque nadie puede pagar el alto precio que exige por su confianza. Nadie es lo bastante rico para comprarla. Nadie tiene el honor, el intelecto ni el poder que usted pide a su consejero. No hay un solo hombre en Inglaterra sobre el que usted apoyaría la mano para buscar sostén, y mucho menos un pecho sobre el que se permitiría descansar la cabeza. Por supuesto, ha de vivir sola.

—Puedo vivir sola, si es menester. Pero la cuestión no es cómo vivir, sino cómo morir sola. Eso me parece mucho más horrible.

—¿Teme los efectos del virus? ¿Cree que la aguarda un destino impreciso y horripilante?

Ella asintió.

—Es usted una chiquilla.

—Hace dos minutos había alabado mi poderoso intelecto.

—Es una chiquilla. Si examináramos todo este asunto con frialdad y lo discutiéramos, estoy seguro de que comprenderíamos que no corre peligro alguno.

—¡Amén! Estoy más que dispuesta a seguir viviendo, si Dios quiere. La vida me parece maravillosa.

—¿Cómo no ha de serlo con sus dotes y su carácter? ¿Realmente cree que

enfermará de hidrofobia y morirá rabiosa?

—Lo creo, y lo he temido. Ahora mismo no temo nada.

—Ni yo, en lo que a usted concierne. Dudo mucho de que ni siquiera una minúscula partícula del virus se haya mezclado con su sangre; y en caso contrario, le aseguro que es usted demasiado joven y su salud demasiado buena para que se le declare la enfermedad. En cuanto al resto, averiguaré si la perra tenía realmente la rabia. Yo sostengo que no estaba rabiosa.

—No le diga a nadie que me mordió.

—¿Por qué habría de hacerlo, cuando estoy convencido de que la mordedura es tan inocua como un corte con el cortaplumas? Tranquilícese; yo estoy tranquilo, aunque su vida tiene tanto valor para mí como mi propia esperanza de felicidad en la eternidad. Míreme.

—¿Por qué, señor Moore?

—Deseo ver si se ha animado. Deje el bordado, alce la cabeza.

—Ya está...

—Míreme. ¡Gracias! ¿Se ha disipado la nube?

—No temo nada.

—¿Ha recuperado su ánimo su soleado clima natural?

—Estoy muy contenta, pero quiero que me prometa una cosa.

—Dícteme.

—Usted sabe que, si ocurriera lo peor que he temido, me asfixiarán. No hace falta que sonría: es lo que hacen siempre. Mi tío se horrorizará y su debilidad lo llevará a la precipitación, y ésa será la única solución que se le ocurrirá. Nadie en la casa tendrá sangre fría salvo usted. Bien, prométame ayudarme; prométame mantener al señor Sympton lejos de mí y no dejar que Henry se me acerque, no sea que le haga daño. Tenga cuidado, tenga cuidado usted también, aunque a usted no le haría daño, ya sabe que no se lo haría. Cierre la puerta de mi dormitorio a los médicos, échelos si consiguen entrar. No deje que ni el joven ni el viejo MacTurk me pongan la mano encima, ni el señor Graves, su colega. Y, finalmente, si causo problemas, con sus propias manos prométame administrarme un fuerte narcótico: una dosis de láudano que no deje margen para el error. Prométame esto.

Moore abandonó su escritorio y se permitió el esparcimiento de dar un par de vueltas alrededor de la habitación. Deteniéndose detrás de Shirley se inclinó sobre ella y dijo, en tono bajo y enfático:

—Prometo todo lo que me pide sin comentarios, sin reservas.

—Si fuera necesaria la ayuda de una mujer, llame a mi ama de llaves, la señora Gill; deje que ella me amortaje, si muero. Me tiene cariño. Me engañó una y otra vez, y una y otra vez yo la perdoné. Ahora me quiere y no me sisaría ni un alfiler. La confianza la ha vuelto honrada, la indulgencia ha ablandado su corazón. Hoy puedo confiar en su integridad, su valor y su afecto. Llámela, pero mantenga alejadas a mi buena tía y a mis tímidas primas. Prométamelo una vez más.

—Lo prometo.

—Es usted muy bueno —dijo Shirley alzando los ojos hacia él, sonriente.

—¿Está bien? ¿La alivia esto?

—Mucho.

—Yo estaré con usted, yo y la señora Gill únicamente, en cualquier caso extremo en que se necesiten calma y fidelidad. No se entrometerá ninguna mano precipitada o cobarde.

—Pero ¿me considera usted infantil?

—Sí.

—¡Ah! Me desprecia.

—¿Se desprecia a los niños?

—En realidad, no soy tan fuerte ni me vanaglorio tanto de mi fortaleza como la gente cree, señor Moore, ni tampoco soy tan insensible a la compasión, pero, cuando tengo algún pesar, temo compartirlo con las personas a las que quiero por miedo a hacerlas sufrir, y no puedo rebajarme a quejarme ante quienes me son indiferentes. Al fin y al cabo, no debería burlarse de mí diciendo que soy infantil, pues si se sintiera tan desgraciado como me he sentido yo en las últimas tres semanas, también usted querría tener algún amigo a su lado.

—Todos queremos tener algún amigo a nuestro lado, ¿no?

—Todos los que tenemos algo de bueno en nuestra naturaleza.

—Bien, usted tiene a Caroline Helstone.

—Sí... y usted al señor Hall.

—Sí... la señora Pryor es una buena mujer y muy sensata; ella puede aconsejarla cuando necesita consejo.

—En cuanto a usted, tiene a su hermano Robert.

—Para cualquier deserción a su derecha, tiene usted al reverendo Matthewson Helstone, M. A., para apoyarse; para cualquier deserción a su

izquierda, tiene al señor Hiram Yorke. Ambos caballeros la respetan.

—Jamás he visto a la señora Yorke mostrarse tan maternal con un joven como con usted. No sé cómo se ha ganado su corazón, pero es más afectuosa con usted que con sus propios hijos. Además, tiene a su hermana Hortense.

—Al parecer ambos estamos bien provistos.

—Eso parece.

—¡Qué agradecidos deberíamos estar!

—Sí.

—¡Qué satisfechos!

—Sí.

»Por mi parte, ahora mismo casi estoy satisfecha y muy agradecida. La gratitud es un sentimiento divino que colma el corazón, pero no hasta rebosar; lo calienta, pero no lo vuelve febril. Me gusta saborear la felicidad con lentitud: devorada a toda prisa, no se saborea.

Apoyado aún en el respaldo de la silla de la señorita Keeldar, Moore contempló el rápido movimiento de sus dedos mientras creaban la guirnalda verde y púrpura. Tras una larga pausa, volvió a preguntar:

—¿Ha desaparecido la sombra?

—Por completo. Mi estado de hace dos horas y mi estado actual son dos estados totalmente distintos de la existencia. Creo, señor Moore, que las penas y temores alimentados en silencio crecen como pequeños titanes.

—¿No abrigará nunca más tales sentimientos en secreto?

—No, si me atrevo a hablar.

—Al usar el verbo atreverse, ¿a quién se refiere?

—A usted.

—¿Cómo se aplica a mí?

—Por su austeridad y su timidez.

—¿Por qué soy austero y tímido?

—Porque es orgulloso.

—¿Por qué soy orgulloso?

—Eso me gustaría saber. ¿Tendrá la amabilidad de explicármelo?

—Quizá porque soy pobre, por una razón: la pobreza y el orgullo a menudo van unidos.

—Qué razón tan conveniente; me encantaría descubrir otra que la igualara. Emparéjelas usted, señor Moore.

—Inmediatamente. ¿Qué le parece casar a la sobria pobreza con el capricho de múltiples caras?

—¿Es usted caprichoso?

—Lo es usted.

—Calumnias. Soy fiel como una roca; fija como la estrella polar.

—Asomo la cabeza a primera hora del día y veo un arco iris perfecto, lleno de promesas, extendiéndose gloriosamente de un lado a otro del nuboso firmamento de la vida. Una hora más tarde vuelvo a mirar: la mitad del arco ha desaparecido y el resto está desvaído. Más tarde, el cielo sombrío desmiente que en él hubiera habido alguna vez un símbolo de esperanza tan benigno.

—Bueno, señor Moore, debería usted luchar contra esos cambios de humor: son su principal pecado. Uno nunca sabe a qué atenerse.

—Señorita Keeldar, en otro tiempo y durante dos años, tuve una pupila que se hizo muy querida para mí. Henry también lo es, pero ella lo era más. Henry no me causa jamás ningún trastorno, ella... bueno, ella sí. Creo que me hacía enfadar veintitrés horas de las veinticuatro del día...

—Nunca estuvo con usted más de tres horas, o como mucho seis, cada día.

—Algunas veces derramaba mi vaso y me robaba la comida del plato, y cuando me tenía sin comer durante un día, cosa que no me sentaba nada bien, pues soy un hombre acostumbrado a deleitarme razonablemente con la comida y a atribuir la debida importancia al disfrute racional de las comodidades materiales...

—Lo sé. Sé qué tipo de comida prefiere; lo sé muy bien. Sé exactamente cuáles son los platos que más le gustan...

—Ella me robó esos sabrosos platos, poniéndome en ridículo, además. Me gusta dormir bien. Cuando mi vida era tranquila, cuando era yo mismo, jamás las noches me parecieron largas ni maldije mi cama por sus espinas. Ella lo cambió.

—Señor Moore...

—Y tras haberme arrebatado la paz del espíritu y la comodidad, se apartó de mí con total parsimonia, como si, después de irse, el mundo pudiera volver a ser el mismo para mí. Sabía que volvería a verla tarde o temprano. Al cabo de dos años, resultó que fuimos a encontrarnos bajo su propio techo, del que ella era dueña y señora. ¿Cómo cree que se comportó conmigo, señorita Keeldar?

—Como una alumna que había aprendido muy bien las lecciones que usted mismo le había dado.

—Me recibió con altivez; estableció una amplia brecha entre nosotros y me mantuvo a distancia con su gesto reservado, su mirada rara y ajena y la palabra fríamente cortés.

—¡Era una excelente alumna! Viéndole distante, aprendió de inmediato a replegarse. Se lo ruego, señor, admire en su altivez una esmerada mejoría de su propia frialdad.

—La conciencia, el honor y la más despótica necesidad me apartaron de ella a regañadientes y me mantuvieron alejado con pesados grilletes. Ella era libre; podía haber sido clemente.

—Jamás ha sido libre para comprometer su amor propio, para insistir donde se la esquivaba.

—Entonces no fue consecuente, pues siguió provocando como antes. Cuando yo creía que me había decidido a no ver en ella más que a una desconocida arrogante, me dejaba entrever de repente tan afectuosa simplicidad, me reanimaba de tal manera con su cálida simpatía, y me alegraba con una hora de conversación tan amable, jovial y benevolente, que no podía seguir cerrando mi corazón a su imagen, de la misma forma que no podía cerrar la puerta a su presencia. Explíqueme por qué me angustiaba así.

—No podía soportar ser siempre una paria; además, algunas veces, se le ocurría, en un día frío y lluvioso, que la sala de estudios no era un lugar alegre y creía que le incumbía ir a ver si Henry y usted tenían un buen fuego y, una vez allí, le gustaba quedarse.

—Pero no debería ser voluble. Si viene, debería venir más a menudo.

—Existe algo llamado intrusión.

—Mañana no será usted como hoy.

—No lo sé. ¿Y usted?

—¡No estoy loco, mi muy noble Berenice! Podemos dedicar un día a soñar, pero al día siguiente tenemos que despertar, y me despertaré a la fuerza la mañana en que usted se case con sir Philip Nunnely. El fuego nos da a los dos directamente, y nos muestra en el espejo con toda claridad, señorita Keeldar, y yo he estado contemplando la imagen todo el tiempo mientras hablaba. ¡Mire! ¡Qué diferentes son su cabeza y la mía! ¡Yo parezco un viejo con treinta años!

—Es usted tan grave, tiene una frente tan cuadrada y un rostro tan cetrino. Nunca lo veo como a un hombre joven, ni como hermano menor de Robert.

—¿No? Lo suponía. Imagino el rostro apuesto y de finos rasgos de Robert mirando por encima de mi hombro. ¿No pone esa aparición vívidamente de manifiesto el obtuso molde de mis pesadas facciones? ¡Ahí está! —dijo un respingo—. Hace media hora que espero oír vibrar ese alambre.

Sonaba la campanilla de la cena y Shirley se levantó.

—Señor Moore —dijo, recogiendo sus sedas—, ¿ha recibido noticias de su hermano últimamente? ¿Sabe usted qué pretende quedándose en la ciudad tanto tiempo? ¿Ha hablado de regresar?

—Sí, habla de regresar, pero no sé cuál ha sido el motivo de su larga ausencia. A decir verdad, creía que nadie en Yorkshire sabía mejor que usted por qué era reacio a volver a casa.

Una sombra carmesí tiñó las mejillas de la señorita Keeldar.

—Escríbale e ínstele a venir —dijo—. Ya sé que no obedece a una mala política que haya prolongado su ausencia durante tanto tiempo: es bueno dejar parada la fábrica mientras el comercio está estancado, pero no debe abandonar el condado.

—Estoy enterado —dijo Louis— de que se entrevistó con usted la víspera de su partida, y lo vi abandonar Fieldhead después. Leí su semblante, o intenté leerlo. Él me volvió la cara. Adiviné que estaría fuera mucho tiempo. Algunos finos y esbeltos dedos tienen el extraordinario don de pulverizar el frágil orgullo de un hombre. Supongo que Robert confió demasiado en su belleza viril y en su condición de auténtico caballero. Mejor les va a quienes, privados de tales ventajas, no pueden hacerse ilusiones. Pero le escribiré y le diré que usted le aconseja que vuelva.

—No ponga que le aconsejo que vuelva, sino que su vuelta es aconsejable.

Sonó la campanilla por segunda vez, y la señorita Keeldar obedeció a su llamada.

CAPÍTULO XXIX

LOUIS MOORE

Louis Moore estaba acostumbrado a una vida tranquila: siendo un hombre tranquilo, lo resistía mejor que la mayoría; teniendo un amplio mundo propio en la cabeza y en el corazón, soportaba con mucha paciencia el retiro a un rincón pequeño y silencioso del mundo real.

¡Qué callado está todo en Fieldhead esta noche! Todos salvo Moore —la

señorita Keeldar, toda la familia Sympson, incluso Henry— se han ido a Nunnely. Sir Philip los había invitado: deseaba presentarles a su madre y a sus hermanas, que se hallaban ahora en el Priory. El baronet, que era todo un caballero, había invitado también al preceptor, pero antes habría elegido éste encontrarse con el espectro del conde de Huntingdon y su fantasmagórica banda de alegres amigos bajo la copa del roble más frondoso, negro y antiguo del bosque de Nunnely. Sí, habría preferido citarse con el fantasma de una abadesa o de una monja blanca como la niebla, entre las húmedas reliquias cubiertas de maleza de aquel santuario ruinoso que se desmoronaba en el corazón del bosque. Louis Moore anhela tener a alguien cerca esta noche, pero no al joven baronet, ni a su madre, benevolente pero severa, ni a sus hermanas patricias, ni a uno solo de los Sympson.

No es ésta una noche apacible: el equinoccio se debate aún en medio de tormentas. Han cesado las fuertes lluvias: el único e inmenso nubarrón se dispersa y desaparece del cielo, pero no pasa dejando un mar de color zafiro, sino que es expulsado por una prolongada tempestad, tonante e impetuosa, a la luz de la luna. La luna reina en toda su gloria, feliz con el vendaval, tan feliz como si se entregara a sus violentas caricias con amor. No hay Endimión que aguarde a su diosa esta noche: no hay rebaño alguno en las montañas; y mejor es así, pues esta noche es a Eolo a quien ella da la bienvenida.

Sentado en la sala de estudios, Moore oyó el bramido de la tormenta en torno al otro gablete y a lo largo de la fachada de la casa; el extremo en que se encontraba él estaba resguardado. No quería refugio, no deseaba oír los sonidos amortiguados ni verse privado de la visión.

—Todos los salones están vacíos —dijo—. Estoy harto de esta celda.

La abandonó para dirigirse a donde las ventanas, más amplias y despejadas que la celosía tapada por una pantalla de ramas de su habitación, no impedían la vista del cielo nocturno y otoñal en todo su esplendor de azul oscuro bañado en plata. No llevaba bujía, no necesitaba quinqué ni fuego: los rayos de luna amplios y claros, aunque fluctuantes y ocultos a veces tras las nubes pasajeras, iluminaban suelos y paredes.

Moore recorre todas las estancias; parece perseguir a un fantasma de habitación en habitación. Se detiene en el gabinete de roble, que no está frío, encerado y sin fuego como el salón. En la chimenea arden los rescoldos de un fuego; las cenizas tintinean en el intenso calor de su brillo incandescente. Cerca de la alfombra hay una mesa pequeña, sobre ella una escribanía y al lado una silla.

¿Ocupa esa silla la visión a la que Moore ha seguido hasta allí? Así lo habrías creído, de haber podido verlo de pie ante ella. Hay tanto interés en su mirada y su expresión es tan reveladora como si en esta soledad doméstica

hubiera hallado a un ser vivo y estuviera a punto de hablar con él.

Hace algunos descubrimientos. Un bolso, un pequeño bolso de raso, cuelga del respaldo de la silla. La escribanía está abierta, las llaves están en la cerradura; un bonito sello, una pluma de plata, unas bayas maduras de color carmesí sobre una hoja verde, un guante pequeño, limpio y delicado: esparcidas por el velador, estas fruslerías lo decoran y desordenan a la vez. El orden prohíbe los detalles en un cuadro, todo ha de estar en su sitio, pero los detalles dan encanto.

Moore habló.

—Su huella —dijo—. Aquí ha estado ella, ¡atractiva y despreocupada criatura! Reclamada en otra parte, sin duda, ha salido a toda prisa y ha olvidado regresar para ordenarlo todo. ¿Por qué imprime fascinación allá donde pisa? ¿Dónde adquirió el don de ser descuidada sin ofender jamás? Siempre hay algo por lo que regañarla, y la reprimenda jamás produce desagrado en el corazón, sino que, sea marido o enamorado quien la pronuncie, después de brotar brevemente en palabras, se funde en sus labios de forma natural para convertirse en un beso. Más vale pasar media hora amonestándola a ella que un día entero admirando o alabando a cualquier otra mujer. ¿Estoy murmurando? ¿Hablo solo? Basta.

Dejó de hablar, en efecto. Reflexionó, y luego se dispuso a pasar la velada cómodamente.

Corrió las cortinas sobre el ventanal y la regia luna: cerró el paso a la soberana, su corte y su ejército de estrellas; echó leña al fuego que se extinguía rápidamente; encendió una bujía de las dos que había sobre la mesa; colocó una silla frente a la que había junto a la escribanía y se sentó. Su siguiente movimiento fue sacarse del bolsillo un libro pequeño y grueso de hojas blancas y un lápiz y empezar a escribir con una letra apretada y compacta. Acércate, lector, te lo ruego; no seas tímido, mira por encima de su hombro sin miedo y lee lo que escribe.

Son las nueve de la noche; el carruaje no volverá antes de las once, estoy seguro. Soy libre hasta entonces. Hasta entonces puedo ocupar su estancia, sentarme frente a su silla y apoyar el codo sobre su mesa, rodeado por sus pequeños objetos.

Solía gustarme la soledad, imaginarla como una ninfa callada y seria, pero hermosa, una oréada que desciende hasta mí desde solitarios desfiladeros con algo de la niebla azul de las colinas en el atavío y de su fría brisa en el aliento, pero también mucho de su belleza solemne en el porte. En otro tiempo pude cortejarla serenamente e imaginar mi corazón aliviado al estrecharla contra él, muda, pero majestuosa.

Desde aquel día en que pedí a Shirley que viniera a verme a la sala de estudios, y ella vino y se sentó tan cerca de mí, desde que me reveló lo que atormentaba su espíritu, me pidió protección y apeló a mi fortaleza: desde aquella hora aborrezco la soledad. ¡Fría abstracción, esqueleto sin carne, hija, madre y compañera de la Muerte!

Es agradable escribir sobre lo que está tan cerca de mí y me es tan querido como el fondo de mi corazón. Nadie puede privarme de este pequeño libro, y con este lápiz puedo decir cuanto quiero, todo lo que no oso decir a ningún ser vivo, lo que no me atrevo a pensar en voz alta.

Apenas nos hemos visto desde aquella tarde. Una vez, cuando yo estaba solo en el salón mirando un libro de Henry, entró ella, vestida para un concierto en Stilbro. La timidez —su timidez, no la mía— corrió un velo de plata entre nosotros. Muchos tópicos he leído y oído sobre la «modestia virginal», pero, usadas debidamente y no de esa forma trillada, las palabras son buenas y apropiadas. Cuando ella pasó por delante en dirección a la ventana, tras reconocermé tácitamente, pero llena de gracia, en mi cabeza no hallé otra descripción para ella salvo la de «virgen inmaculada»: mis sentidos la percibían vestida con un delicado esplendor, y su juvenil modestia la tomé por halo. Puede que yo sea el más fatuo de los hombres, igual que soy uno de los más vulgares, pero lo cierto es que aquella timidez suya me conmovió de un modo exquisito, halagó mis sensaciones más elevadas. Seguramente parecía un zoquete; fui sensible a una vida del Paraíso cuando ella desvió sus ojos de mis ojos y suavemente apartó la cara para ocultar el rubor de sus mejillas.

Sé que hablo como un soñador, un lunático romántico, embelesado. Sueño, cierto; soñaré de vez en cuando, y si ella ha inspirado el sentimentalismo en mi prosaica composición, ¿cómo puedo evitarlo?

¡Qué niña es a veces! ¡Qué ser tan sencillo e inculto! La veo ahora mirándome a la cara, suplicándome que les impida asfixiarla y que le dé un fuerte narcótico; la veo confesando que no es tan autosuficiente ni tan poco necesitada de comprensión como la gente cree; veo la lágrima furtiva cayendo suavemente de sus pestañas. Me dijo que la consideraba infantil, y era cierto. Imaginaba que la despreciaba. ¡Despreciarla yo! Qué indescriptible delicia sentirme al mismo tiempo cerca de ella y por encima de ella, ser consciente de un derecho y un poder natural para ser su sostén, como un marido ha de serlo para su mujer.

Adoro sus virtudes, pero son sus defectos, o al menos sus debilidades, lo que la acercan a mí, lo que la hacen querida a mi corazón, lo que la envuelve con mi amor; y la razón es de lo más egoísta, aunque totalmente natural: esos defectos son los peldaños que me llevan a tener ascendiente sobre ella. Si ella

fuera un liso montículo artificial, sin desniveles, ¿qué ventaja ofrecería al pie? Es la colina natural, con sus grietas musgosas y sus hendiduras, la que invita a ascender por su pendiente, la que produce placer coronar.

Abandonemos las metáforas. Mirarla es un placer para mis ojos: me gusta. Si yo fuera un rey y ella la fregona que barrera la escalera de mi palacio — pese a esa inmensa distancia entre nosotros— mis ojos sabrían reconocer sus cualidades; en mi corazón latiría un sentimiento sincero hacia ella, aunque un abismo inabarcable vedara nuestro trato. Si yo fuera un caballero y ella mi sirvienta, no podría evitar que me gustara esa Shirley. Despójala de su educación, de sus adornos, de sus vestidos suntuosos, todas ellas ventajas extrínsecas; despójala de toda gracia, salvo la que la simetría de sus proporciones hace inevitable; preséntamela en la puerta de una cabaña con un vestido de algodón, ofreciéndome un sorbo de agua con esa sonrisa, con esa buena voluntad y esa cordialidad con la que ahora dispensa su hospitalidad señorial: me gustaría de todas formas. Desearía quedarme una hora, me entretendría hablando con esa campesina. No sentiría lo mismo que siento ahora, no encontraría nada divino en ella, pero siempre que viera a la joven rústica, sería con placer, siempre que la dejara, sería con pesar.

¡Qué culpable negligencia dejar abierta la escribanía, donde sé que guarda dinero! De la cerradura cuelgan las llaves de todos los lugares donde guarda objetos valiosos, de su joyero incluso. Hay un monedero en ese pequeño bolso de raso: veo asomar la borla de cuentas de plata. Ese espectáculo sería una provocación para mi hermano Robert; sé que todos los pequeños fallos de Shirley serían una fuente de irritación para él; si a mí me enojan, el mío es un enojo de lo más placentero: me deleita descubrir sus errores y, si viviera siempre con ella, sé muy bien que no sería cicatera en atender así a mi disfrute. Sencillamente me proporcionaría algo en lo que ocuparme, algo que rectificar, un motivo para mis reprimendas de preceptor. Jamás sermoneo a Henry; jamás me siento inclinado a hacerlo. Si actúa mal —y eso ocurre muy raras veces, ¡mi querido y excelente muchacho!— basta con una palabra; a menudo me limito a menear la cabeza. Pero en el instante mismo en que mis ojos tropiezan con su minois mutin, las palabras recriminatorias se agolpan en mis labios. Creo que ella transformaría en parlanchín al hombre taciturno que soy. ¿De dónde procede la dicha que me produce esa locuacidad? A veces me desconcierta: cuanto más crâne, malin y taquin es su humor, más ocasiones me da para mostrar mi censura; cuanto más la observo, más me gusta. Jamás es más alocada que cuando viste su traje y su sombrero de montar; jamás es menos dócil que cuando ella y Zoë regresan acaloradas de una carrera con el viento en las colinas, y confieso —a esta página muda puedo confesárselo— que la he esperado una hora en el patio con la esperanza de ser testigo de su regreso, y con la esperanza más deseada aún de recibirla en mis brazos cuando bajara de la silla. He advertido (una vez más, sólo a esta página le haría este

comentario) que jamás permite a ningún hombre, excepto a mí, que le preste ese servicio. He visto cómo rechazaba cortésmente la ayuda de sir Philip Nunnely: siempre es extremadamente amable con su joven baronet, extremadamente delicada con sus sentimientos, en verdad, y con su susceptible amor propio. He observado cómo rechazaba la ayuda de Sam Wynne con altivez. Ahora sé —mi corazón lo sabe, pues lo ha sentido— que se abandona a mí sin reticencia: ¿es consciente de cómo mi fuerza se regocija en servirla? Yo soy su esclavo —lo proclamo—, pero todas mis facultades aumentan ante su belleza, igual que surge el genio al frotar la lámpara. Toda mi sabiduría, toda mi prudencia, todo mi aplomo y mi poder aguardan humildemente en su presencia que les sea dada una tarea. ¡Qué felices son cuando reciben una orden! ¡Con qué júbilo emprenden el esfuerzo que ella les asigna! ¿Lo sabe ella?

La he llamado descuidada; es de admirar que su negligencia no comprometa nunca su refinamiento. De hecho, es ese mismo defecto de su carácter lo que permite comprobar la realidad, la profundidad y la autenticidad de su refinamiento. La ropa puede cubrir a veces un cuerpo flaco y malformado; una manga rasgada puede dejar al descubierto un hermoso brazo torneado. He visto y he tenido entre mis manos muchas de sus pertenencias, porque las pierde con frecuencia. Jamás he visto nada que no sea propio de una dama, nada sórdido, nada sucio; en cierto sentido es tan escrupulosa como irreflexiva; como campesina, vestiría siempre con pulcritud y limpieza. Fíjate en la inmaculada piel de cabritilla de este pequeño guante, en el raso impecable e inmaculado del bolso.

¡Qué diferencia hay entre S. y esa joya de C. H.! Tengo la impresión de que Caroline es el alma de la puntualidad concienzuda y de la exactitud puntillosa. Sería perfecta para los hábitos domésticos de cierto pariente mío muy exigente: tan delicada, diestra, atildada, rápida, tranquila; todo lo hace minuciosamente, todo lo dispone hasta el más mínimo detalle. A Robert le convendría, pero ¿qué podría hacer yo con algo tan cercano a la perfección? Ella es mi igual, pobre como yo; desde luego es bonita, con una cabeza pequeña al estilo de Rafael, pero sólo en las facciones; la expresión es totalmente inglesa, toda gracia y pureza insulares. Pero ¿qué hay en ella que se pueda alterar, que se deba soportar, censurar o por lo que preocuparse? Es como un lirio de los valles, sin matices y sin necesitarlos. ¿Qué cambio podría mejorarla? ¿Qué pincel osaría colorearla? Mi enamorada, si es que alguna vez la tengo, debe tener una mayor afinidad con la rosa: un placer dulce y vivaz protegido por un riesgo espinoso. Mi esposa, si llego a casarme, debe azucar mi corpulenta figura con una punzada de vez en cuando; tiene que dar uso a la inmensa paciencia de su marido. No me hicieron tan sufrido como para emparejarme con una cordera: hallaría una responsabilidad más acorde con mi talante si me hiciera cargo de una joven leona o leoparda. Me gustan pocas

cosas dulces, salvo las que son también fuertes, y pocas cosas brillantes, salvo las que son también calientes. Me gustan los días estivales, cuando el sol enrojece los frutos y blanquea el maíz. La belleza no es nunca más bella que cuando, al provocarla, se revuelve contra mí con energía. La fascinación no es jamás más señorial que cuando, irritada, casi colérica, amenaza con transformarse en fiereza. Temo que me cansaría de la inocencia muda y monótona de la cordera; poco tiempo bastaría para que la cría de paloma que no se agitara jamás en mi seno me pareciera una carga onerosa. Pero mi paciencia se regocijaría en aquietar el revoloteo del inquieto esmerejón y agotar sus energías. Mis facultades se deleitarían en domar los instintos salvajes de la indómita bête fauve.

¡Oh, pupila mía! ¡Oh, peri! ¡Demasiado rebelde para el cielo, demasiado inocente para el infierno! Jamás haré otra cosa que verte, adorarte y desearte. ¡Ay! Sabiendo que podría hacerte feliz, ¿será mi destino ver cómo te poseen quienes no tienen ese poder?

Por amable que sea la mano, si es débil, no podrá doblegar a Shirley, y ha de ser doblegada; no podrá frenarla, y ha de ser frenada.

¡Cuidado, sir Philip Nunnely! Jamás lo he visto a usted cuando pasea o está sentado al lado de Shirley, ni he observado que ella apriete los labios o frunza el entrecejo con la firme resolución de soportar algún rasgo de su carácter que no admire ni le guste, dispuesta a tolerar alguna flaqueza que considere compensada por una virtud, pero que le moleste a pesar de esa creencia. Jamás he visto el sombrío rubor del rostro de Shirley, ni el brillo apagado de sus ojos, ni el leve respingo de su cuerpo cuando usted se acerca demasiado y la mira con demasiada expresividad y le susurra con demasiado ardor; jamás he sido testigo de tales cosas, pero pienso en la fábula de Semele a la inversa.

No es a la hija de Cadmo a quien veo, ni percibo un fatídico anhelo por ver a Júpiter en la majestad de su divinidad. Es un sacerdote de Juno el que aparece ante mí, velando solitario en medio de la noche junto al altar de un templo argivo. Durante sus años de solitario sacerdocio, ha vivido de sueños, está poseído por una locura divina; adora al ídolo al que sirve, y reza día y noche para que su locura se vea cumplida y la diosa de los ojos de buey sonría a su devoto adorador. Ella le oye, le será propicia. Todo Argos duerme. Las puertas del templo están cerradas, el sacerdote aguarda junto al altar.

Se produce una sacudida de los cielos y la tierra, pero no la advierte la ciudad dormida, sólo la percibe el que vela en solitario, valiente e imperturbable en su fanatismo. En medio del silencio, sin que le preceda ningún sonido, el sacerdote queda envuelto por una súbita luz. A través del tejado, a través de la vasta brecha abierta en el cielo de un blanco cegador,

desciende la maravilla, temible como una lluvia de estrellas precipitándose contra el suelo. El sacerdote tiene lo que quería: retrocede, abstente de mirar; estoy ciego. Oigo en el templo un sonido indecible, ¡ojalá no pudiera oírlo! Veo una gloria insufrible que arde con fiereza entre las columnas. ¡Dioses misericordes, apagadla!

Un piadoso argivo entra en el templo para hacer una ofrenda al llegar la fría aurora. Ha habido truenos durante la noche: el rayo ha caído allí. El altar está hecho añicos, el pavimento de mármol que lo rodea está agrietado y ennegrecido. La estatua de Saturnia se alza en toda su grandiosidad, casta e incólume; a sus pies yace un montón de pálidas cenizas. No queda nada del sacerdote; el que velaba no volverá a ser visto.

«¡Ahí está el carruaje! Cerraré la escribanía y me guardaré las llaves. Ella las buscará mañana; tendrá que acudir a mí. Ya la oigo:

»—Señor Moore, ¿ha visto mis llaves?

»Eso dirá ella con su voz clara, pero hablando con reticencia, con expresión avergonzada, consciente de que es la vigésima vez que hace la misma pregunta. Yo la haré sufrir, la conservaré a mi lado, esperando, dudando y, cuando finalmente se las devuelva, no será sin un sermón que las acompañe. Aquí me llevo también el bolso y el monedero, el guante, la pluma, el sello. Me los tendrá que arrancar lentamente y por separado, y sólo mediante confesión, penitencia, ruegos. No puedo tocar su mano, ni un rizo de su cabeza, ni una cinta de su vestido, pero crearé privilegios para mí mismo: cada rasgo de su cara, sus ojos brillantes, sus labios, habrán de experimentar todos los cambios que conocen para darme placer a mí; habrá de exhibir toda la exquisita variedad de sus miradas y sus curvas para deleitarme y emocionarme, para, quizá, encadenarme sin remisión. Si he de ser su esclavo, no perderé mi libertad a cambio de nada».

Louis cerró la escribanía, se metió en el bolsillo todas las pertenencias de Shirley y salió.

CAPÍTULO XXX

RUSHEDGE, UN CONFESIONARIO

A decir de todos, era ya hora de que el señor Moore regresara a casa; a todo Briarfield le extrañaba aquella injustificada ausencia, y Whinbury y Nunnely aportaron por separado su contribución al asombro.

¿Alguien sabía por qué seguía ausente? Sí, todo el mundo lo sabía de

sobra, puesto que se aducían como mínimo cuarenta motivos plausibles que justificaban aquella circunstancia injustificable. No era por negocios, en eso estaban de acuerdo los rumores: hacía tiempo que había despachado el asunto que lo había llevado a partir; no había tardado mucho en encontrar la pista de los cuatro cabecillas y en acorralarlos; había asistido al juicio, había oído la sentencia y había visto cómo los embarcaban para ser deportados.

Todo esto se sabía en Briarfield por los periódicos. El *Stilbro' Courier* había dado todos los detalles con aclaraciones. Nadie aplaudió la perseverancia de Moore ni lo aclamó por su éxito, aunque los dueños de las fábricas se alegraron, pues confiaban en que el terror de ver cómo se hacía cumplir la ley paralizaría a partir de entonces el siniestro arrojo del descontento. Sin embargo, podía oírse aún a los descontentos murmurando entre dientes; lanzaban juramentos ominosos mientras bebían la interminable cerveza de las tabernas y hacían extraños brindis con la fuerte ginebra inglesa.

Un rumor afirmaba que Moore no se atrevía a volver a Yorkshire, que sabía que no tardarían ni una hora en darle caza si volvía.

«Se lo diré a él —dijo el señor Yorke cuando su mayoral le comentó el rumor—, y si eso no le hace volver al galope, no habrá nada que lo consiga».

Éste o algún otro motivo le convenció finalmente de que debía volver. Anunció a Joe Scott el día en que llegaría a Stilbro y pidió que le enviaran su caballo de silla al George para su comodidad, y cuando Joe Scott informó al señor Yorke, este caballero se puso en camino para ir a su encuentro.

Era día de mercado: Moore llegó a tiempo para ocupar su sitio habitual en la comida. Como extranjero en parte —y hombre importante, hombre de acción—, los industriales congregados lo recibieron con cierta deferencia. Algunos —que en público no se habrían atrevido a saludarlo siquiera por miedo a que una parte del odio y la venganza que le guardaban cayera casualmente sobre ellos— en privado lo aclamaron como si fuera su campeón. Después de que circulara el vino, su respeto se habría avivado hasta alcanzar el entusiasmo de no haber sido porque el imperturbable aplomo de Moore lo desalentó y lo mantuvo en estado latente.

El señor Yorke —presidente vitalicio de estas comidas— fue testigo de la conducta de su joven amigo con extremada complacencia. Si algo podía despertar su genio o suscitar su desprecio, era la visión de un hombre engañado por la adulación o regocijado por la popularidad. Si algo lo calmaba, sosegaba y encantaba especialmente, era el espectáculo de un personaje público incapaz de regodearse en su notoriedad. Incapaz, digo; el desdén lo habría encolerizado. Era la indiferencia lo que aplacaba su severo espíritu.

Robert, recostado en el asiento, tranquilo y casi hosco, mientras los

pañeros y fabricantes de mantas ensalzaban su valentía y enumeraban sus hazañas —muchos de ellos intercalando sus halagos con groseras invectivas contra la clase obrera—, era agradable de ver para el señor Yorke. Su corazón saltaba de contento con la placentera convicción de que aquellos burdos elogios avergonzaban profundamente a Moore y le hacían casi despreciarse a sí mismo y su trabajo. Es fácil recibir los insultos, los reproches y las calumnias con una sonrisa, pero resulta ciertamente doloroso oír el panegírico de quienes despreciamos. Con semblante risueño, Moore había contemplado a menudo a la muchedumbre vociferante desde una tribuna hostil; había hecho frente a la tormenta de la impopularidad con noble porte y el alma jubilosa, pero agachaba la cabeza ante los elogios malsonantes de los hombres de negocios, y se retraía, disgustado, ante sus cumplidos.

Yorke no pudo evitar preguntarle si le gustaban sus partidarios, y si no creía que hacían honor a su causa.

—Pero es una pena, muchacho —añadió—, que no hayas colgado a esos cuatro especímenes del populacho. Si hubieras logrado esa hazaña, estos caballeros habrían arrancado los caballos de la diligencia, uncido a una veintena de burros y te habrían hecho entrar en Stilbro como un general victorioso.

Moore abandonó pronto el vino y la compañía y enfiló la carretera. El señor Yorke lo siguió en menos de cinco minutos; salieron juntos de Stilbro a caballo.

Era ya tarde, aunque fuera pronto para volver a casa: el último rayo de sol se había desvanecido ya del contorno de las nubes, y la noche, en aquel mes de octubre, arrojaba sobre los páramos la sombra que anunciaba su llegada.

El señor Yorke —moderadamente animado por sus moderadas libaciones, y a quien no desagradaba ver de nuevo al joven Moore en Yorkshire, ni tenerlo como compañero durante el largo camino de vuelta— se encargó de llevar el peso de la conversación. Habló brevemente, pero con escarnio, de los juicios y de la condena; de ahí pasó a los chismes de la vecindad y no tardó mucho en atacar a Moore con respecto a sus asuntos personales.

—Bob, creo que te han derrotado, y te lo mereces. Todo iba como la seda. La Fortuna se había enamorado de ti, te había otorgado el primer premio de su rueda: veinte mil libras; tan sólo te pedía que extendieras la mano y lo tomaras. ¿Y qué hiciste tú? Mandaste ensillar un caballo y te fuiste de cacería a Warwickshire. Tu enamorada, la Fortuna quiero decir, fue muy indulgente. Dijo: «Le perdono; es joven». Aguardó como «la Paciencia en un monumento» hasta que terminó la cacería y los canallas fueron apresados. Ella esperaba entonces que volvieras a casa y fueras un buen muchacho; aún podrías haberte llevado el primer premio.

»Para ella fue de todo punto incomprensible, y para mí también, que en lugar de volver galopando a velocidad suicida para dejar a sus pies los laureles conquistados en los tribunales, tuvieras la sangre fría de coger una diligencia que te llevara a Londres. Satán sabrá qué has estado haciendo allí; nada en absoluto, creo yo, más que estar allí, malhumorado. Tu cara no ha sido nunca blanca como una azucena, pero ahora es verde oliva. Has perdido atractivo, muchacho.

—¿Y quién se va a llevar ese premio del que tanto habla?

—Sólo un baronet; eso es todo. No me cabe la menor duda de que la has perdido; será lady Nunnely antes de Navidad.

—¡Ejem! Es muy probable.

—Pero no tenía por qué haber sido así. ¡Estúpido muchacho! ¡Por Dios que podrías habértela llevado tú!

—¿Por qué razón, señor Yorke?

—Por todas las razones del mundo. Por la luz de sus ojos y el rojo de sus mejillas; rojas se ponían cuando se mencionaba tu nombre, aunque suelen estar pálidas.

—Y supongo que no tengo ya ninguna posibilidad.

—No deberías tenerla, pero inténtalo, vale la pena. Ese sir Philip es un alfeñique. Y encima dicen que escribe versos, que junta rimas unas con otras. Tú estás muy por encima de él, Bob, a todas luces.

—¿Me aconseja usted que me declare, pese a todo, señor Yorke, en el último momento?

—No tienes más que hacer el experimento, Robert. Si le gustas, y en conciencia te digo que creo que le gustas, o le gustabas, te lo perdonará todo. Pero, muchacho, ¿te burlas de mí? Más te valdría reírte de tu propia terquedad. Pero veo que tu risa es amarga. Esa expresión tan agria es más de lo que uno desearía ver.

—He tenido que luchar tanto conmigo mismo, Yorke. He pataleado contra los escrúpulos, y me he debatido en una camisa de fuerza, y me he dislocado las muñecas retorciéndolas dentro de las esposas, y me he machacado esta dura cabeza arremetiendo contra una pared aún más dura.

—¡Ja! Me alegro de oírlo. ¡Buen ejercicio ése! Espero que te haya servido para algo. ¿Te ha despojado de algo de vanidad?

—¡Vanidad! ¿Qué es eso? Respeto por uno mismo, tolerancia hacia uno mismo, incluso, ¿qué son? ¿Vende usted esos artículos? ¿Conoce a alguien que los venda? Deme una pista; en mí encontrarán un generoso buhonero. Daría

mi última guinea ahora mismo para comprarlos.

—¿Así están las cosas, Robert? Me parece estimulante. Me gustan los hombres que dicen lo que piensan. ¿Qué es lo que va mal?

—La maquinaria de mi naturaleza, todas las máquinas de esta fábrica humana: la caldera, que yo tomo por corazón, está a punto de estallar.

—Eso deberían ponerlo en letra impresa: es extraordinario. Es casi como verso libre. Dentro de poco acabarás haciendo ripios. Si te viene la inspiración, déjate llevar, Robert. No te preocupes por mí, lo soportaré por una vez.

—¡Error detestable, aborrecible y despreciable! Se puede cometer en un momento un error que luego se lamenta durante años, que la vida no puede borrar.

—Sigue, muchacho. Eso es gloria pura. Disfruto como nunca saboreándola. Sigue, hablar te hará bien. El páramo se extiende ante nosotros y no hay un alma en varios kilómetros a la redonda.

—Hablaré. No me avergüenza contarlo todo. Tengo una especie de gato salvaje en el pecho, y he decidido que oiga sus gañidos.

—Serán música para mí. ¡Qué voces tan magníficas tenéis Louis y tú! Cuando Louis canta, cuando entona su melodía como una campana dulce y grave, me siento estremecer. La noche está silenciosa, escucha, se inclina sobre ti como un negro sacerdote sobre un penitente aún más negro. Confiesa, muchacho, no te guardes nada. Sé sincero como un metodista convicto, absuelto y santificado en una de sus reuniones. Píntate a ti mismo tan malvado como Belcebú: apaciguará tu espíritu.

—Tan mezquino como Mamón, sería mejor decir. Yorke, si me bajo del caballo y me tiendo atravesado en la carretera, ¿tendría la amabilidad de pasarme por encima al galope... unas veinte veces?

—Con el mayor placer lo haría, si no existiera eso que llaman juez pesquisidor.

—Hiram Yorke, estaba convencido de que ella me amaba. He visto cómo centelleaban sus ojos cuando topaban conmigo en medio de una multitud; se ha puesto roja como la grana cuando me ha ofrecido su mano y ha dicho: «¿Cómo está usted, señor Moore?».

»Mi nombre tenía una influencia mágica sobre ella: cuando otros lo pronunciaban se le mudaba el rostro, lo sé. Ella lo pronunciaba con el tono más musical de sus muchos tonos musicales. Era cordial conmigo, se tomaba interés por mí, se preocupaba por mí, deseaba mi bien, buscaba, aprovechaba cualquier ocasión para beneficiarme. Yo reflexioné, observé, ponderé, sopesé;

no podía llegar más que a una conclusión: eso es amor.

»La miraba, Yorke, y veía en ella juventud y cierto modelo de belleza. Veía poder en ella. Su riqueza me ofrecía la vindicación de mi honor y mi posición social. Le debía gratitud. Me había ayudado de manera sustancial y eficaz con un préstamo de cinco mil libras. ¿Podía yo recordar tales cosas, podía creer que me quería, podía prestar oídos al sentido común instándome a casarme con ella, y despreciar todas esas ventajas, no dar crédito a todos esos indicios halagüeños y, desdeñando todo consejo bien ponderado, dar media vuelta y dejarla? Joven, elegante, cortés, mi benefactora, enamorada de mí, solía decirme a mí mismo regodeándome en esa palabra, repitiéndola una y otra vez, henchido de orgullo, con una satisfacción pomposa, con una admiración destinada enteramente a mí mismo, que no disminuía ni siquiera a causa de la estima que tuviera por ella; de hecho, su ingenuidad y su simplicidad me hacían sonreír en mis adentros, por ser la primera en amar y en demostrarlo. Ese látigo que lleva parece tener un fuerte mango, Yorke: puede hacerlo restallar por encima de la cabeza y derribarme de la silla de un trallazo, si quiere. Recibiría con gusto una buena paliza.

—Ten paciencia, Robert, hasta que salga la luna y pueda verte bien. Habla claro, ¿la amabas o no? Me gustaría saberlo, siento curiosidad.

—Señor Yorke... mire, es muy guapa, en su estilo, y muy atractiva. A veces tiene la apariencia de algo que está hecho de aire y fuego, lo cual me deja maravillado, pero sin el menor deseo de abrazarlo y besarlo. En ella encontré un poderoso imán para mis intereses y mi vanidad. Jamás me sentí como si la naturaleza la hubiera destinado a ser mi otra mitad, la mejor. Cuando me asaltaba una pregunta sobre ese punto me la sacaba de encima diciendo crudamente: «Con ella sería rico, me arruinaría sin ella», y me prometía que sería práctico y olvidaría los romanticismos.

—Una resolución muy sensata. ¿Qué salió mal, Bob?

—Con esa sensata resolución me dirigí a Fieldhead una noche del pasado mes de agosto, justamente la víspera de mi partida a Birmingham, pues, verás, quería asegurarme el espléndido premio de la fortuna. Previamente había enviado una nota pidiendo una entrevista en privado. La encontré en casa y sola.

»Me recibió sin embarazo, pues creía que eran los negocios lo que me llevaban hasta allí. Yo sí que me sentía violento, pero mi resolución no flaqueaba. No sé bien cómo despaché el asunto, pero me empleé en la tarea con severidad y firmeza, del modo más horrible, creo. Me ofrecí solemnemente, es decir, mi excelsa persona, con mis deudas, por supuesto, a cambio de su dote.

»Me irritó, me enojó ver que ella no se ruborizaba, ni temblaba, ni bajaba la vista. Respondió:

»—No sé si le he entendido bien, señor Moore.

»Y tuve que repetir mi proposición y decírsela con todas las letras para que la comprendiera. Y entonces ¿qué hizo ella? En lugar de balbucear un dulce sí, o guardar un azorado silencio, que hubiera sido igual de bueno, se levantó, recorrió dos veces la habitación de ese modo tan suyo, diferente del de cualquier otra, y exclamó:

»—¡Dios mío!

»Yorke, yo estaba junto a la chimenea, de espaldas a la repisa; en ella me apoyé, preparándome para lo peor. Sabía ya cuál era mi destino y sabía lo que era yo. Su expresión y su voz no dejaban lugar a dudas. Se detuvo y me miró.

»—¡Dios mío! —repitió, inmisericorde, con aquel tono escandalizado e indignado, pero también triste—. Me ha hecho usted una extraña proposición, extraña para proceder de usted, y si fuera consciente de la forma tan extraña en que la ha expresado y de su extraño aspecto, usted mismo se sobresaltaría. Ha hablado como un bandolero exigiéndome la bolsa en lugar de un enamorado que pidiera mi corazón.

»Extraña frase, ¿no cree, Yorke? Y yo sabía, mientras ella la pronunciaba, que era igualmente cierta. Sus palabras fueron un espejo en el que me vi a mí mismo.

»La miré, mudo y con expresión cruel. Ella se encolerizó e hizo que me avergonzara.

»—Gérard Moore, usted sabe perfectamente que no ama a Shirley Keeldar. —Yo podría haber prorrumpido en falsos juramentos, haber prometido que la amaba, pero no pude mentirle a la cara; no pude cometer perjurio ante su sinceridad. Además, tales juramentos hueros habrían sido vanos: me habría creído tanto a mí como al fantasma de Judas, si se le hubiera aparecido en aquel momento. Su corazón femenino tenía la perspicacia suficiente para no dejarse engañar y confundir mi admiración, algo fría y grosera, con un amor auténtico y viril.

»¿Qué ocurrió después?, se preguntará usted, señor Yorke.

»Pues ocurrió que se sentó en el asiento de la ventana y lloró. Lloró con rabia: sus ojos no sólo derramaban lágrimas, llameaban. Grandes y oscuros, lanzaban chispas, mirándome con arrogancia. “Me ha afligido usted; me ha ultrajado; me ha defraudado”, decían.

»Pronto convirtió su mirada en palabras.

»—Yo le respetaba... le admiraba... usted me gustaba —dijo—. Sí, tanto como si fuera un hermano, y usted... usted quiere convertirme en una mera especulación. Quiere inmolarme en el altar de esa fábrica... ¡su Moloch!

»Tuve la sensatez de abstenerme de formular excusa alguna, así como de intentar paliar mi situación: aguanté su desprecio a pie firme.

»En aquel momento estaba vendido al diablo y, atontado, no supe qué decir; cuando por fin hablé, ¿qué cree que dije?

»—Cualesquiera que fueran mis sentimientos, estaba convencido de que usted me amaba, señorita Keeldar.

»¡Precioso! ¿No le parece? Ella pareció absolutamente desconcertada.

»—¿Es Robert Moore el que habla? —la oí murmurar—. ¿Es un hombre, o un ser más vil?... ¿Quiere usted decir...? —preguntó en voz alta—. ¿Quiere decir que creía que yo le amaba como se ama a las personas con las que uno desea casarse?

»Eso era lo que yo quería decir, y así se lo dije.

»—Concibió usted una idea odiosa para los sentimientos de una mujer — fue su respuesta—. Y la ha expuesto de un modo repugnante para su espíritu. Insinúa que toda la franca amabilidad que le he demostrado ha sido una compleja, audaz e impúdica maniobra para pescar a un marido; da a entender que finalmente ha venido aquí por lástima para ofrecerme su mano, porque yo le he cortejado. Déjeme decirle una cosa: ha errado usted el juicio. Su lengua lo delata: se equivoca. Jamás le he amado. Puede estar tranquilo. Mi corazón está tan libre de pasión por usted como el suyo desprovisto de afecto por mí.

»¿Le parece que quedó todo claro, Yorke?

»—Al parecer soy ciego y estoy embrutecido —fue mi comentario.

»—¡Amarle! —exclamó ella—. Pero si he sido tan franca con usted como una hermana, jamás le he rehuido, jamás le he temido. No puede —afirmó, triunfante—, no puede hacerme temblar cuando llega, ni influir en mí hasta el punto de que se me acelere el pulso.

»Yo alegué que, a menudo, cuando hablaba conmigo, se ruborizaba, y que el sonido de mi nombre la emocionaba.

»—¡Pero no por usted! —manifestó escuetamente. Yo la insté a que se explicara, pero no lo hizo.

»—Cuando me senté junto a usted en el festín escolar, ¿creía entonces que lo amaba? Cuando lo detuve en Maythornlane, ¿creía entonces que lo amaba? Cuando iba a visitarlo a la oficina de contabilidad, cuando paseaba con usted por el jardín, ¿creía entonces que lo amaba?

»Así me interrogó ella, y yo contesté que sí.

»¡Por Dios bendito! Yorke, se levantó... se irguió, se expandió y se utilizó hasta casi convertirse en fuego: estaba estremecida toda ella, como un ascua viviente cuando está al rojo vivo.

»—Es decir, que no puede tener peor opinión de mí, que me niega la posesión de lo que más valoro. Es decir, que soy una traidora a todas mis hermanas, que he actuado como no puede actuar ninguna mujer sin degradarse a sí misma y a su sexo, que he buscado lo que las puras desdeñan y aborrecen buscar por naturaleza. —Los dos guardamos silencio durante un buen rato—. ¡Lucifer, lucero de la mañana! —prosiguió—. Has caído. Tú, de quien antes tenía tan alto concepto, has sido arrojado a la tierra. Tú, a quien antes tenía por amigo, eres expulsado. ¡Fuera!

»No me fui. Oí el temblor de su voz, vi estremecerse sus labios. Supe que caería otra tormenta de lágrimas y luego, pensé, tendría que llegar algo de calma y de sol, y eso esperaba yo.

»La cálida lluvia cayó con la misma rapidez de antes, pero con mucha mayor tranquilidad. Su llanto tenía otro sonido más suave, más pesaroso. Mientras la contemplaba, sus ojos elevaron hacia mí una mirada más llena de reproches que de altivez, más apesadumbrada que colérica.

»—¡Oh, Moore! —dijo—. ¡Ha sido peor que Et tu, Brute!

»Me desahogué con lo que debería de haber sido un suspiro, pero se convirtió en un gemido. Una desolación como la que debió de sentir Caín me traspasaba el pecho.

»—Me he equivocado al obrar así —dije—, y he recibido una amarga recompensa; me iré y la gastaré lejos de quien me la ha dado.

»Cogí mi sombrero. Pero mientras hablaba, no soportaba la idea de marcharme así, y creía que ella no me dejaría hacerlo. Y no me lo habría permitido, de no haber sido por la herida mortal que había infligido a su orgullo, que hizo flaquear su compasión y selló sus labios.

»Me vi obligado a darme la vuelta por decisión propia cuando llegué a la puerta, a acercarme a ella y decirle:

»—Perdóneme.

»—Podría perdonarle si no tuviera que perdonarme a mí también —respondió—. Pero para que un hombre tan sagaz se haya engañado hasta ese punto, debo de haber obrado mal.

»Improvise de repente un discurso que no recuerdo; sé que era sincero, y que mi deseo y mi propósito eran absolverla ante sí misma. De hecho, en su

caso, culparse era una quimera.

»Por fin extendió la mano. Por primera vez deseé estrecharla entre mis brazos y besarla. Besé su mano muchas veces.

«—Algún día volveremos a ser amigos —dijo—, cuando haya tenido tiempo para ver mis acciones y motivos desde su verdadero punto de vista y no las interprete de un modo tan horrible. Puede que el tiempo le dé la clave auténtica de todo esto; entonces, quizá, me comprenda y podamos reconciliarnos.

»Unas lágrimas de despedida rodaron por sus mejillas; ella se las enjugó.

«—Lamento lo que ha ocurrido, lo lamento muchísimo —dijo entre sollozos. ¡Bien sabe Dios que yo también lo lamentaba! Así nos separamos.

—¡Extraña historia! —comentó el señor Yorke.

—No volveré a hacerlo —prometió su compañero—. Nunca más volveré a hablar de matrimonio a una mujer, a menos que la ame. A partir de ahora, que el crédito y el comercio se ocupen de sí mismos. Que venga la bancarrota cuando quiera. Se ha acabado el miedo al desastre que me esclavizaba. Pienso trabajar con diligencia, aguardar pacientemente y soportarlo todo con firmeza.

Que venga lo peor: me embarcaré para emigrar con Louis al Oeste; ya lo hemos decidido. Ninguna mujer volverá a mirarme jamás como me miró la señorita Keeldar, ni volverá a sentir por mí lo que ella sintió; no volveré a ser así de estúpido y de bribón, de bruto y de marioneta a la vez, en presencia de una mujer.

—¡Vaya! —dijo el imperturbable Yorke—. Te lo has tomado demasiado a pecho, pero aun así te aseguro que me dejas estupefacto: primero, porque ella no te amaba, y segundo, porque tú no la amabas a ella. Los dos sois jóvenes, los dos sois atractivos, los dos tenéis ingenio, e incluso buen carácter, si se toma por el lado bueno. ¿Qué os ha impedido ponerlos de acuerdo?

—Nunca nos hemos sentido ni nos sentiremos cómodos el uno con el otro. Aunque puede que nos admiráramos mutuamente desde lejos, desentonábamos de cerca. La he observado desde el otro extremo de una habitación, cuando, quizá en un momento de animación y cordialidad, estaba rodeada de sus favoritos, sus viejos pretendientes, por ejemplo, Helstone y usted mismo, con los que es tan festiva, agradable y elocuente. La he observado en su aspecto más natural, más vivaz y encantador, y mi inteligencia me ha dicho que era hermosa. Es hermosa, a veces, cuando su estado de ánimo y su atavío son más espléndidos. Me he acercado un poco más, con el convencimiento de que nuestra relación me daba derecho a acercarme; me he unido al círculo que la rodeaba, he atraído su atención y la he acaparado; luego hemos conversado y

los demás (creyendo quizá que yo disfrutaba de privilegios singulares) han ido retirándose paulatinamente, dejándonos solos. ¿Éramos felices entonces? Por mi parte, debo decir que no. Siempre se apoderaba de mí una sensación de incomodo; siempre me ponía serio y distante. Hablábamos de política y de negocios; nuestros corazones no se abrieron jamás a un dulce sentimiento de intimidad familiar que derritiera nuestro frío lenguaje, haciendo que las palabras fluyeran libres y límpidas. Si compartíamos confidencias, eran siempre sobre la oficina de contabilidad, no sobre nuestra vida privada. Nada en ella despertaba afecto en mí, ni me hacía mejor, ni más amable; tan sólo estimulaba mi cerebro y aguzaba mi perspicacia; jamás logró introducirse en mi corazón ni acelerarme el pulso, y por una buena razón, sin duda: porque yo no tenía el secreto de hacer que me amara.

—Bueno, muchacho, es una cosa extraña. Podría reírme de ti y aparentar que desprecio tus sutilezas, pero, en vista de que es noche cerrada y de que estamos solos, no me importa decirte que tu relato me recuerda una parte de mi vida pasada. Hace veinticinco años, intenté persuadir a una hermosa mujer de que me amara, y no lo conseguí. No tenía la llave que me abriera la puerta de su naturaleza; era como un muro de piedra para mí, sin puerta ni ventanas.

—Pero usted la amaba, Yorke; usted adoraba a Mary Cave. Su conducta, al fin y al cabo, fue una conducta viril, no la de un cazadotes como la mía.

—¡Sí! La amaba, pero es que ella era hermosa como la luna que no vemos esta noche. No hay nadie que se le parezca en nuestros días. Tal vez la señorita Helstone se le dé un aire, pero nadie más.

—¿Quién dice?

—La sobrina de ese tirano vestido de negro, esa callada y delicada señorita Helstone. Más de una vez me he puesto los anteojos para mirar a la muchacha en la iglesia, porque tiene unos amables ojos azules y largas pestañas y, cuando está sentada entre las sombras, inmóvil y muy pálida, y quizá está a punto de quedarse dormida por lo largo del sermón y el calor que hace en la iglesia, se parece a uno de esos mármoles de Canova más que ninguna otra cosa en este mundo.

—¿Era Mary Cave de ese estilo?

—¡Mucho más espléndido! Menos juvenil y menos de carne y hueso. Uno se preguntaba por qué no tenía alas y corona. Era un ángel pacífico y majestuoso, mi Mary.

—¿Y no consiguió que le amara?

—Por nada del mundo, aunque recé a las alturas muchas veces, de rodillas en tierra, para pedir ayuda.

—Mary Cave no era lo que usted pensaba, Yorke; he visto su retrato en la rectoría. No es un ángel, sino una bella mujer de finas facciones y expresión taciturna, demasiado pálida e insípida para mi gusto. Pero, suponiendo que hubiera sido algo mejor de lo que era...

—Robert —le interrumpió Yorke—, ahora mismo te tiraría de los pelos. Sin embargo, frenaré mis impulsos. La razón me dice que estás en lo cierto y que el equivocado soy yo. Sé muy bien que la pasión que aún siento no es más que el residuo de una ilusión. Si la señorita Cave hubiera tenido algo de juicio o de sensibilidad, no habría podido ser tan absolutamente indiferente a mi afecto como me demostraba; me habría preferido a ese déspota de cara cobriza.

—Suponiendo, Yorke, que hubiera sido una mujer educada (en aquella época no había ninguna que lo fuera); suponiendo que hubiera tenido un intelecto original y reflexivo, un amor por el conocimiento y un deseo de recibir información que le hubiera producido un sincero placer oír de labios de usted y tomar de sus manos; suponiendo que la conversación de Mary, cuando se sentaba a su lado, hubiera sido fértil, variada, dotada de una gracia pintoresca y de un cordial interés, que hubiera fluido lentamente, pero clara y generosa; suponiendo que, al encontrarse cerca de ella por casualidad, o al sentarse a su lado intencionadamente, se hubiera sumido de inmediato en una atmósfera de familiaridad y la satisfacción hubiera sido su elemento; suponiendo que siempre que veía su rostro, o su idea le llenaba el pensamiento, hubiera dejado usted poco a poco de ser duro y vehemente, y el afecto puro, el amor al hogar, la sed de una voz dulce y un afán desinteresado de proteger y cuidar hubiera reemplazado las especulaciones sórdidas y corruptas de su negocio; suponiendo (con todo esto) que muchas veces, al disfrutar de la dicha inmensa de sostener su mano, hubiera notado que temblaba igual que un cálido pajarillo arrebatado de su nido; suponiendo que hubiera advertido que ella se retiraba a un segundo término cuando usted entraba en una habitación, y que, sin embargo, si usted se le acercaba en su retiro lo recibía con la más dulce sonrisa que jamás haya iluminado un bello rostro virginal, y sólo evitaba mirarle a los ojos por miedo a que su transparencia fuera demasiado reveladora; suponiendo, en definitiva, que su Mary no hubiera sido fría, sino modesta, ni vacía, sino reflexiva, ni obtusa, sino sensible, ni necia, sino inocente, ni mojigata, sino pura... ¿la habría dejado para cortejar a otra mujer por su fortuna?

El señor Yorke se levantó el sombrero y se enjugó la frente con un pañuelo.

—Ha salido la luna —fue su comentario, no demasiado pertinente, al tiempo que señalaba con el látigo al horizonte, más allá del páramo—. Allí está, alzándose en medio de la neblina, con una extraña y furiosa mirada. Es

tan plateada como el rostro del viejo Helstone es marfileño. ¿Qué pretende inclinándose sobre Rushedge de ese modo, y mirándonos ceñuda y amenazadora?

—Yorke, si Mary le hubiera amado en silencio, pero fielmente, con castidad, pero también con fervor, como usted desearía que le amara una esposa, ¿la habría abandonado?

—¡Robert! —Yorke alzó el brazo, lo dejó suspendido e hizo una pausa—. ¡Robert! El mundo es extraño y los hombres están hechos del poso más extraño que el Caos haya removido en su fermento. Podría jurar y perjurar estentóreamente (con juramentos que a los cazadores furtivos les harían creer que hay un avetoro berreando en Bilberry Moss) que, tal como presentas el caso, sólo la Muerte me habría separado de Mary. Pero he vivido en este mundo cincuenta y cinco años; me he visto obligado a estudiar la naturaleza humana y, mal que me pese, la verdad es que, si Mary me hubiera amado en lugar de despreciarme, si hubiera estado seguro de su afecto y convencido de su constancia, y no me hubieran atormentado las dudas ni dolido las humillaciones, lo más probable —dejó que su mano izquierda cayera pesadamente sobre la silla—, ¡lo más probable es que la hubiera dejado!

Siguieron cabalgando en silencio. Antes de que volviera a hablar alguno de los dos, llegaron a la otra punta de Rushedge: las luces de Briarfield cubrían la falda púrpura del páramo. Robert, que era más joven que su compañero y por tanto sin pasado suficiente en el que ensimismarse, fue el primero en volver a tomar la palabra.

—Creo, cada día tropiezo con pruebas que lo demuestran, que no hay nada en este mundo que merezca la pena conservarse, ni siquiera un principio o una convicción, si no es a través de una llama purificadora o de un peligro fortalecedor. Erramos, caemos, somos humillados; entonces, ponemos más cuidado al dar nuestros pasos. Comemos con avidez y bebemos veneno de la dorada copa del vicio, o de la avara cartera del mendigo; enfermamos, nos degradamos; todo lo bueno que hay en nuestro interior se rebela contra nosotros; nuestras almas se alzan indignadas, con amargura, contra nuestros cuerpos; hay un período de guerra civil; si el alma es fuerte, vence y gobierna ya para siempre.

—¿Qué vas a hacer ahora, Robert? ¿Cuáles son tus planes?

—En cuanto a mi vida personal, no hablaré de mis planes, lo que me resultará muy fácil, puesto que no tengo ninguno por ahora: a un hombre en mi situación, un hombre endeudado, no le está permitido tener vida privada. En cuanto a mi vida pública, mis opiniones han sufrido cierta alteración. Mientras estaba en Birmingham miré de cerca la realidad y examiné detenidamente, y en su origen, las causas de los problemas actuales de este

país; en Londres hice lo mismo. Amparado por mi anonimato, podía ir a donde me diera la gana y mezclarme con quien quisiera. Fui a donde carecían de comida, de combustible, de ropa, a donde no había trabajo ni esperanza. Vi a algunas personas con tendencias elevadas y buenos sentimientos sumidas en sórdidas privaciones, acosadas por las penurias. Vi a mucha gente a la que, vil por naturaleza, la falta de educación no deparaba apenas más que necesidades animales que satisfacer; no pudiendo satisfacerlas, vivía hambrienta, sedienta y desesperada como alimañas. Lo que vi hizo que mis ideas tomaran un nuevo rumbo y mi pecho se llenara de nuevos sentimientos. No pretendo haberme ablandado ni ser más sentimental de lo que era: seguiría el rastro de un cabecilla huido con el mismo ardor de siempre y lo perseguiría del mismo modo despiadado y haría que recibiera su justo castigo con el mismo rigor, pero ahora lo haría sobre todo en bien de la gente a la que hubiera engañado y por su seguridad. Un hombre, Yorke, debe mirar más allá de su interés personal, más allá del avance de unos planes bien trazados, más allá incluso del pago de unas deudas deshonorosas. Para respetarse a sí mismo, un hombre debe creer que obra justamente con sus semejantes. A menos que sea más considerado con la ignorancia y más paciente con el sufrimiento de lo que he sido hasta ahora, me despreciaré a mí mismo por mi flagrante injusticia. ¿Qué pasa? —dijo, hablando con el caballo, que, al oír el rumor de agua y sentir sed, se volvía hacia un canal que discurría al borde del camino, donde la luz de la luna espejeaba en un remolino de cristal—. Yorke —añadió Moore—, siga. Tengo que dejarle que beba.

Así pues, Yorke siguió cabalgando lentamente, ocupado mientras avanzaba en discernir, entre las múltiples luces que brillaban ahora en la lejanía, cuáles eran las de Briarmains. Dejaron atrás el páramo de Stilbro; las plantaciones se alzaban oscuras a ambos lados; descendieron por la colina; a sus pies yacía el valle con su populosa parroquia: se sintieron ya en casa.

Dado que no los rodeaban ya los brezales, al señor Yorke no le sorprendió ver asomar un sombrero detrás de un muro, y oír una voz al otro lado. Las palabras, empero, eran peculiares.

—Cuando mueren los malvados, se oye un griterío —decía, y añadió—: Como pasa el torbellino, así desaparece el malvado. —Y siguió con un gruñido aún más feroz—. El terror lo engulle como las aguas; el infierno se abre ante él. Morirá sin saber.

Un intenso fagonazo y un chasquido quebraron la calma nocturna. Antes de darse la vuelta, Yorke sabía ya que los cuatro convictos de Birmingham habían sido vengados.

CAPÍTULO XXXI

TÍO Y SOBRINA

La suerte estaba echada. Sir Philip Nunnely lo sabía; Shirley lo sabía; el señor Sympson lo sabía. Aquella noche, en la que toda la familia de Fieldhead cenó en Nunnely Priory, se produjo el desenlace.

Dos o tres cosas llevaron al baronet a decidirse. Había observado que la señorita Keeldar tenía una expresión pensativa y delicada. Esta nueva fase de su comportamiento despertó en él la vena poética o su lado más vulnerable: en su cerebro fermentaba un soneto espontáneo y, mientras aún seguía allí, una de sus hermanas convenció a su amada de que se sentara al piano y cantara una balada... una de las baladas del propio sir Philip. Era el menos artificioso, el menos amanerado, en comparación, el mejor de sus numerosos esfuerzos.

Sucedió que, un momento antes, Shirley había estado contemplando el parque desde una ventana; había visto aquella luna borrascosa que «le professeur Louis» contemplaba quizá en el mismo instante desde la celosía del gabinete de roble de su propia casa; había visto los solitarios árboles de la finca —robles anchos, fuertes, frondosos, y hayas altas, heroicas— luchando contra el vendaval. Su oído había captado el clamor del bosque que se extendía a lo lejos; por delante de sus ojos habían pasado velozmente las nubes impetuosas y, más veloz aún a la vista, también la luna. Dio la espalda a visión y sonido, conmovida, si no embelesada, estimulada, si no inspirada.

Cantó lo que le pedían. Se hablaba mucho de amor en la balada: amor fiel que se negaba a abandonar a su objeto; amor que la desgracia no podía quebrantar; amor que, en la calamidad, se hacía más intenso, y en la pobreza, unía más. La letra se acompañaba de una bonita y vieja melodía; era sencilla y dulce en sí misma; leída, quizá le faltara intensidad; bien cantada, no le faltaba de nada. Shirley la cantó bien: insufló ternura a los sentimientos, a la pasión le vertió su fuerza; su voz era excelente aquella noche; dio dramatismo a su expresión. Impresionó a todos y a uno lo dejó hechizado.

Cuando abandonó el instrumento se dirigió a la chimenea y se sentó en una especie de cojín taburete; las señoras estaban sentadas a su alrededor sin hablar. Las señoritas Sympson y las señoritas Nunnely la miraban como unas sencillas aves de corral podrían mirar a una garceta, un ibis o cualquier otra ave exótica. ¿Qué la hacía cantar así? Ellas nunca cantaban así. ¿Era decente cantar con tanta expresividad, con tanta originalidad, de un modo tan diferente del de una señorita educada? Decididamente no: era extraño, era insólito. Lo que era extraño debía de ser malo; lo que era insólito debía de ser indecente. Así fue juzgada Shirley.

Además, la anciana lady Nunnely clavó en ella su mirada glacial desde la magnífica silla que ocupaba junto a la chimenea; una mirada que decía: «Esta mujer no es de mi clase, ni de la de mis hijas; no me parece adecuada para ser la esposa de mi hijo».

El hijo captó la mirada, interpretó su significado y se alarmó: corría el peligro de perder lo que tanto deseaba ganar. Debía apresurarse.

En otro tiempo, la estancia en la que se hallaban había sido una galería de retratos. El padre de sir Philip, sir Monckton, la había convertido en un salón, pero éste conservaba aún el aire sombrío de un lugar abandonado desde hacía mucho tiempo. Un amplio hueco con ventana, en el que había un sofá, una mesa y un precioso bargueño, formaba una habitación dentro del salón. Dos personas podían dialogar allí y, si la plática no era larga ni el tono elevado, nadie se enteraba.

Sir Philip indujo a dos de sus hermanas a interpretar un dueto y dio ocupación a las señoritas Sympson; las señoras mayores conversaban entre sí. Le agradó observar que, mientras tanto, Shirley se levantaba para contemplar los cuadros. Sir Philip tenía una historia que contar sobre una de sus antepasadas cuya belleza morena semejaba la de una flor del sur; se acercó a Shirley y se dispuso a contársela.

Había algunos recuerdos de aquella misma dama en el bargueño que adornaba el hueco y, mientras Shirley se inclinaba para examinar el misal y el rosario que había sobre el estante taraceado, y mientras las señoritas Nunnely daban rienda suelta a un prolongado chillido desprovisto de expresión, exento de originalidad, totalmente convencional y carente por completo de significado, sir Philip se inclinó también y susurró unas cuantas frases apresuradas. Al principio, la señorita Keeldar se quedó tan inmóvil que uno habría tomado el susurro por un encantamiento que la hubiera convertido en estatua, pero finalmente alzó la vista y respondió. Se separaron. La señorita Keeldar regresó junto al fuego y volvió a sentarse en el mismo sitio; el baronet la contempló, luego se acercó a sus hermanas y se quedó de pie detrás de ellas. El señor Sympson —sólo el señor Sympson— había sido testigo de la pantomima.

Dicho caballero extrajo sus propias conclusiones. De haber sido tan sagaz como entrometido, tan profundo como fisgón, tal vez habría descubierto en el rostro de sir Philip motivos para corregir sus deducciones. Superficial, precipitado y positivo como siempre, volvió a casa rebotante de júbilo.

No era hombre que supiera guardar secretos: cuando algo le regocijaba acababa contándolo sin poder evitarlo. A la mañana siguiente, dándose la ocasión de emplear al preceptor de su hijo como secretario, sintió la necesidad de anunciarle, en tono rimbombante y con grandes y pomposos aspavientos,

que le convendría prepararse para regresar al sur en fecha cercana, dado que el importante asunto que lo había retenido (al señor Sympson) en Yorkshire durante tanto tiempo se hallaba en vísperas de resolverse de la manera más afortunada; por fin sus arduos y solícitos esfuerzos se verían, con toda seguridad, coronados por el éxito: el mejor de los partidos iba a sumarse a la familia.

—¿Sir Philip Nunnely? —conjeturó Louis Moore.

El señor Sympson se permitió el lujo de aspirar una pulgarada de rapé y de soltar, al mismo tiempo, una risita entre dientes, contenida únicamente por una súbita obstrucción de dignidad, y de ordenar al preceptor que siguiera trabajando.

Durante un par de días, el señor Sympson siguió tan suave como la seda, pero daba la impresión de estar sentado sobre alfileres, y su paso, cuando caminaba, emulaba el de una gallina pisando una parrilla caliente. No paraba de mirar por la ventana y prestar atención por si se oían las ruedas de un carruaje. La esposa de Barba Azul, la madre de Sísara, no podían compararse con él. Aguardaba el momento en que el asunto pudiera darse a conocer formalmente, en que se le consultara personalmente, en que se convocara a los abogados, en que se iniciara pomposamente la discusión sobre las capitulaciones y empezara todo el delicioso revuelo social.

Por fin llegó una carta; él en persona la sacó de la bolsa del correo y se la entregó a la señorita Keeldar: conocía la letra y el timbre del sello. No vio cómo la abría ni la leía su sobrina, pues Shirley se la llevó consigo a su habitación, ni vio cómo la respondía, pues ella escribió la respuesta encerrada y tardó buena parte del día en hacerlo. Le preguntó luego si la había respondido y ella contestó que sí.

Una vez más, el señor Sympson aguardó, aguardó en silencio, sin atreverse por nada del mundo a hablar con su sobrina, silenciado por cierta expresión de ésta, algo horrible e inescrutable para él, como la inscripción en la pared para Baltasar. En más de una ocasión se sintió tentado de llamar a Daniel, encarnado en la persona de Louis Moore, y pedirle una interpretación, pero su dignidad le impedía tal familiaridad. Tal vez el mismo Daniel tenía sus dificultades personales con aquella desconcertante traducción: parecía un estudiante para quien las gramáticas fueran libros en blanco y los diccionarios mudos.

El señor Sympson había estado fuera con el propósito de llenar una hora de incertidumbre en compañía de sus amigos de De Walden Hall. Regresó un poco más temprano de lo esperado; su familia y la señorita Keeldar se habían

reunido en el gabinete de roble; dirigiéndose a esta última, el señor Sympson le pidió que lo acompañara a otra habitación porque deseaba tener con ella una «entrevista estrictamente privada».

Ella se levantó sin hacer preguntas ni demostrar sorpresa.

—Perfectamente, señor —dijo con el tono de una persona resuelta a la que se informa de que ha llegado el dentista para extraerle ese enorme diente que lleva un mes haciéndole ver las estrellas. Dejó la labor y el dedal en el asiento de la ventana y siguió a su tío.

La pareja se encerró en el salón, donde tomaron asiento cada uno en una butaca, uno frente al otro a unos cuantos metros de distancia.

—He estado en De Walden Hall —dijo el señor Sympson. Hizo una pausa.

La señorita Keeldar tenía la vista clavada en la bonita alfombra blanca y verde. Aquella información no requería respuesta, y no dio ninguna.

—Me he enterado —prosiguió él lentamente—, me he enterado de una circunstancia que me sorprende.

Apoyando la mejilla en el dedo índice, Shirley aguardó a que le dijera cuál era la circunstancia.

—Parece ser que han cerrado Nunnely Priory, que la familia ha vuelto a su casa de ...shire. Parece ser que el baronet... que el baronet... que el propio sir Philip se ha ido en compañía de su madre y sus hermanas.

—¿De veras? —dijo Shirley.

—¿Puedo preguntarle si comparte el asombro con el que yo he recibido esa noticia?

—No, señor.

—¿Es una noticia para usted?

—Sí, señor.

—Quiero... quiero... —continuó el señor Sympson, revolviéndose en la butaca, abandonando la que hasta entonces había sido una fraseología sucinta y aceptablemente clara para volver a su habitual estilo confuso e irritable—. Quiero una explicación detallada. No aceptaré una negativa. Insisto en ser escuchado y en... en que se me obedezca. Mis preguntas exigen respuestas, y que sean claras y satisfactorias. No permitiré que me tomen el pelo. ¡Silencio!

»¡Es muy extraño, una cosa extraordinaria, muy singular y de lo más rara! Pensaba que todo estaba bien encaminado, que todo iba bien, y ahora... ¡toda la familia se ha ido!

—Supongo, señor, que tenían derecho a marcharse.

—¡Sir Philip se ha ido! —exclamó él con énfasis.

Shirley enarcó las cejas.

—Bon voyage! —dijo.

—Eso no puede ser; hay que hacer algo, señora.

El señor Sympson movió su butaca hacia adelante y luego la echó hacia atrás; estaba realmente fuera de sus casillas y se sentía impotente.

—Vamos, vamos, tío —le reconvino Shirley—, no empiece a lamentarse, no se desquicie, o no sacaremos nada en claro. Pregúnteme lo que quiera saber. Deseo tanto tener una explicación como usted. Le prometo sinceridad en las respuestas.

—Quiero... exijo saber, señorita Keeldar, si sir Philip le ha hecho una propuesta de matrimonio.

—Sí.

—¿Lo admite?

—Lo admito. Pero siga, demos ese punto por aclarado.

—¿Esa propuesta se la hizo la noche que cenamos en el Priory?

—Basta con decir que la hizo. Siga.

—¿Se declaró en el hueco de esa habitación que antes era galería de retratos, la que sir Monckton convirtió en salón?

No hubo respuesta.

—Estaban los dos examinando un bargueño; yo lo vi todo, con mi habitual sagacidad; nunca me falla. Posteriormente recibió usted una carta de él. ¿De qué trataba, cuál era la naturaleza de su contenido?

—Eso no importa.

—Señora, ¿qué manera es ésa de hablarme? —Shirley dio unos golpes secos con el pie en la alfombra—. Ahí está, callada y taciturna, ¡la que había prometido respuestas sinceras!

—Señor, le he respondido con sinceridad hasta ahora. Prosiga.

—Quisiera ver esa carta.

—No puede.

—Debo verla y la veré, señora. Soy su tutor.

—Habiendo dejado de ser menor de edad, no tengo tutor alguno.

—¡Ingrata! Si la he criado como a mis propias hijas...

—Una vez más, tío, tenga la amabilidad de atenerse a la cuestión. No perdamos la calma. Por mi parte, no deseo enfurecerme, pero ¿sabe?, cuando se traspasan ciertos límites conmigo me importa poco lo que digo; luego no hay quien me pare. ¡Escuche! Me ha preguntado si sir Philip me había pedido en matrimonio; esa pregunta ya la he respondido. ¿Qué más quiere saber?

—Deseo saber si la aceptó o la rechazó, y lo sabré.

—Por supuesto, tiene que saberlo. La rechacé.

—¡La rechazó! ¿Usted... usted, Shirley Keeldar, rechazó a sir Philip Nunnely?

—Sí.

El pobre caballero saltó de la butaca y, primero a grandes zancadas y luego corriendo, atravesó la habitación.

—¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Ahí está!

—Con sinceridad, tío, lamento verlo tan defraudado.

La admisión, la contrición, no sirven de nada con ciertas personas; en lugar de aplacar y conciliar, lo que hacen es envalentonarlas y endurecerlas; el señor Sympson era una de ellas.

—¡Defraudado yo! ¿Qué me importa a mí? ¿Tengo yo algún interés en ello? ¿Insinúa tal vez que tengo motivos personales?

—La mayoría de la gente actúa por algún motivo.

—¡Me acusa en mi propia cara! ¡A mí, que he sido un padre para ella, me acusa de tener algún motivo malévolo!

—Yo no he dicho que fuera malévolo.

—Y ahora miente. ¡No tiene principios!

—Tío, me agota. Quiero irme.

—¡No se moverá de aquí! Quiero respuestas. ¿Qué intenciones tiene, señorita Keeldar?

—¿Con respecto a qué?

—Con respecto al matrimonio.

—Guardar la calma... y hacer exactamente lo que me plazca.

—¡Lo que le plazca! Esas palabras son de todo punto indecorosas.

—Señor mío, no me insulte, se lo advierto; sabe que no lo toleraré.

—Lee en francés. Son esas novelas francesas las que envenenan su entendimiento. Le han inculcado los principios franceses.

—El sonido de sus pasos tiene un eco terriblemente vacío en el terreno que ahora pisa. ¡Tenga cuidado!

—Todo eso terminará en una infamia tarde o temprano. Ya me lo imaginaba.

—¿Afirma usted, señor, que algo que me concierne a mí terminará en una infamia?

—Eso es... eso es. Acaba de decir que haría lo que le diera la gana. No acepta norma alguna, ni limitaciones.

—¡Tonterías! ¡Y tan vulgares como tontas!

—Está dispuesta a pasar por alto decencia y decoro.

—Me cansa usted, tío.

—¿Qué razones, señora, qué razones podía tener para rechazar a sir Philip?

—Al menos ésa es otra pregunta sensata, que me alegraré de contestar. Sir Philip es demasiado joven; para mí, no es más que un muchacho. Todos sus parientes, su madre sobre todo, se enojarían si se casara conmigo; semejante paso sembraría la discordia entre ellos: no estoy a su altura, a decir de todos.

—¿Es eso todo?

—Nuestros caracteres no son compatibles.

—Pero si no ha habido jamás caballero más afable.

—Es muy afable, una persona excelente, realmente estimable, pero no es superior a mí en ningún aspecto. No podría confiar en mí misma para hacerlo feliz; no lo intentaría siquiera, ni por todo el oro del mundo. No aceptaré una mano que no sepa mantenerme a raya.

—Pensaba que le gustaba obrar a su antojo; se contradice.

—Cuando prometa obedecer será con la convicción de que podré cumplir esa promesa. No podría obedecer a un muchacho como sir Philip. Además, jamás me dominaría; esperaría de mí que lo gobernara y guiara siempre, y no me gustaría lo más mínimo ese papel.

—¿Que no le gustaría alardear, someter, ordenar y gobernar?

—A mi marido no, sólo a mi tío.

—¿Dónde está la diferencia?

—Hay una leve diferencia, puede estar seguro. Y sé muy bien que un

hombre que desee vivir conmigo como marido con una relativa comodidad tiene que ser capaz de dominarme.

—Ojalá encuentre un auténtico tirano.

—Un tirano no me dominaría ni un solo día, ni una hora. Me rebelaría, me apartaría de él, lo desafiaría.

—¿Acaso no me ha desorientado ya bastante con sus contradicciones?

—Es evidente que le desoriento a usted.

—Dice que sir Philip es joven; tiene veintidós años.

—Mi marido ha de tener treinta, con el sentido común de un hombre de cuarenta.

—Más le vale entonces que escoja a un viejo, a algún galán calvo o de cabellos blancos.

—No, gracias.

—Podría manejar a su antojo a un tonto vejestorio; lo tendría pendiente de sus faldas.

—Eso también podría hacerlo con un joven, pero no tengo esa vocación. ¿No le he dicho que prefiero a alguien superior? Un hombre en cuya presencia me sienta obligada e inclinada a ser buena. Un hombre cuyo dominio acepte mi carácter impetuoso. Un hombre cuya aprobación sea una recompensa y cuya censura sea un castigo para mí. Un hombre al que me parezca imposible no amar y, muy posiblemente, no temer.

—¿Qué le impide sentir todo eso con sir Philip? Es un baronet, un hombre de posición, de fortuna y relaciones muy por encima de las tuyas. Si es intelecto lo que busca, él es un poeta; escribe versos, cosa que usted, según creo, no puede hacer, pese a toda su inteligencia.

—Ni su título, ni sus riquezas, ni su pedigrí, ni tampoco su poesía, sirven para investirlo del poder que he descrito. Ésas son cosas de poco peso, les falta lastre; una dosis de sentido práctico, sólido y bien cimentado le habría sido más útil conmigo.

—Henry y usted son unos entusiastas de la poesía; cuando era más niña solía inflamarse como la yesca cuando de poesía se trataba.

—¡Oh, tío! ¡No hay nada realmente valioso en este mundo, no hay nada glorioso en el mundo venidero, que no sea poesía!

—¡Cásese con un poeta, entonces, por amor de Dios!

—Muéstreme a uno y lo haré.

—Sir Philip.

—Ni hablar. Es usted casi tan buen poeta como él.

—Señora, no se me vaya por las ramas.

—La verdad es, tío, que era eso lo que pretendía, y me alegraría que me imitara. No perdamos los estribos el uno con el otro, no merece la pena.

—¡Perder los estribos, señorita Keeldar! Me gustaría saber quién es el que ha perdido los estribos.

—Yo no, todavía.

—Si lo que insinúa es que yo sí, creo que es usted culpable de impertinencia.

—Pronto perderá los estribos, si sigue así.

—¡Ahí está! Con esa lengua insolente, hasta Job perdería la paciencia.

—Ya lo sé.

—¡Nada de frivolidades, señorita! Esto no es cosa de risa. Estoy resuelto a investigar este asunto hasta sus últimas consecuencias, porque estoy convencido de que algo malo hay en el fondo. Acaba de describir, con demasiada libertad para su edad y su sexo, la clase de individuo que preferiría como marido. Dígame, por favor, ¿era un retrato del natural?

Shirley abrió la boca, pero en lugar de responder, se ruborizó.

—Exijo una respuesta a esa pregunta —dijo el señor Sympson, adquiriendo gran coraje e importancia gracias a la fuerza que le daba aquel síntoma de confusión en su sobrina.

—Era un retrato histórico, tío, de varios modelos del natural.

—¡Varios modelos! ¡Dios bendito!

—He estado enamorada varias veces.

—Eso es cinismo.

—De héroes de muchas naciones.

—¿Qué vendrá ahora?

—Y de filósofos.

—Está loca...

—No toque la campanilla, tío, alarmará a mi tía.

—¡Su pobre y querida tía, menuda sobrina tiene!

—Hubo un tiempo en el que amé a Sócrates.

—¡Bah! No me venga con sandeces, señora.

—He admirado a Temístocles, a Leónidas, a Epaminondas.

—Señorita Keeldar...

—Pasando por alto unos cuantos siglos, Washington era un hombre vulgar, pero me gustaba. Pero, hablando del presente...

—¡Ah! El presente.

—Voy a dejar a un lado las toscas fantasías de colegiala para pasar a la realidad.

—¡La realidad! Ésa es la prueba por la que tendrá que pasar, señora.

—Voy a admitir ante qué altar me arrodillo ahora; a revelar quién es ahora el ídolo de mi corazón...

—Dese prisa, hágame el favor; es casi la hora de comer, y tiene que confesar de una vez.

—Debo confesar: este secreto me oprime el corazón; debe ser revelado. Ojalá fuera usted el señor Helstone en lugar del señor Sympson, me comprendería mejor.

—Señora, éste es un asunto de sentido común y de prudencia, no de comprensión ni de sentimientos ni nada por el estilo. ¿Ha dicho que era el señor Helstone?

—No exactamente, pero es lo que más se le parece; son iguales.

—Quiero saber su nombre; quiero detalles.

—Decididamente son muy parecidos; sus rostros son parejos: un par de halcones humanos, y ambos son secos, directos y decididos. Pero mi héroe es el más fuerte de los dos; su espíritu tiene la claridad del profundo mar, la paciencia de sus rocas y la fuerza de su oleaje.

—¡Palabrería altisonante!

—Yo diría que puede ser tan mordaz como el filo de una sierra y tan áspero como un cuervo hambriento.

—Señorita Keeldar, ¿reside en Briarfield esa persona? Respóndame.

—Tío, voy a decírselo; tengo su nombre en la punta de la lengua.

—¡Hable, muchacha!

—Bien dicho, tío. «¡Habla, muchacha!». Muy trágico. Inglaterra ha bramado furiosamente contra ese hombre, tío, y un día lo aclamará con júbilo.

Los bramidos no le han amedrentado y no le alegrarán las aclamaciones.

—He dicho que estaba loca y lo está.

—La actitud de este país hacia él cambiará y volverá a cambiar; él jamás dejará de cumplir con su deber hacia Inglaterra. Vamos, no se enfade, tío, voy a decirle quién es.

—Dígamelo o yo...

—¡Escuche! Arthur Wellesley, lord Wellington.

El señor Sympson se levantó encolerizado; salió de la habitación hecho una furia, pero inmediatamente volvió a entrar hecho una furia también, cerró la puerta y volvió a ocupar su asiento.

—Señora, contésteme a esto: ¿le permitirán sus principios casarse con un hombre sin dinero, un hombre que esté por debajo de usted?

—Jamás me casaré con un hombre que esté por debajo de mí.

—¿Se casará usted, señorita Keeldar, con un hombre pobre? —Esto lo dijo con voz aguda.

—¿Con qué derecho me lo pregunta, señor Sympson?

—Insisto en que debo saberlo.

—Pues no va por buen camino.

—No permitiré que la respetabilidad de mi familia quede en entredicho.

—Buena resolución; manténgala.

—Señora, es usted quien debe mantenerla.

—Imposible, señor, puesto que no formo parte de su familia.

—¿Se atreve a repudiarnos?

—Desprecio la dictadura que usted pretende ejercer.

—¿Con quién piensa casarse, señorita Keeldar?

—No será con el señor Sam Wynne, porque lo desprecio, ni con sir Philip Nunnely, porque sólo le tengo afecto.

—¿Quién tiene en perspectiva?

—Cuatro candidatos rechazados.

—Semejante obstinación no sería posible a menos que estuviera usted bajo una influencia indecorosa.

—¿Qué quiere usted decir? Hay ciertas frases que consiguen que me hierva

la sangre. ¡Una influencia indecorosa! Eso no es más que cháchara de viejas.

—¿Es usted una señorita?

—Soy mil veces mejor: soy una mujer honesta, y como tal seré tratada.

—¿Sabe usted? —El señor Sympson se inclinó hacia Shirley con aire misterioso y hablando con tétrica solemnidad—. ¿Sabe usted que en toda la comarca abundan los rumores sobre usted y ese arrendatario arruinado que tiene, ese extranjero llamado Moore?

—¿Ah, sí?

—Sí. Su nombre está en todas las bocas.

—Mi nombre honra los labios que lo pronuncian; pluguiera al cielo que pudiera también purificarlos.

—¿Es él la persona que ejerce influencia sobre usted?

—Mucho más que cualquier otro por cuya causa haya abogado usted.

—¿Es con él con quien va a casarse?

—Es apuesto y varonil y dominante.

—¡Me lo dice a la cara! ¡Ese bribón flamenco! ¡Ese comerciante de tres al cuarto!

—Es un hombre de talento, y aventurero y decidido. Tiene un rostro de príncipe y el porte de un gobernante.

—¡Se regodea! ¡No disimula! ¡No siente vergüenza ni temor alguno!

—Cuando pronunciamos el nombre de Moore debemos olvidar la vergüenza y desechar el miedo: los Moore sólo conocen el honor y el coraje.

—Ya digo yo que está loca.

—Me ha estado provocando hasta que ha conseguido enfurecerme. Me ha estado importunando hasta alterarme.

—Ese Moore es hermano del preceptor de mi hijo. ¿Permitirá que un servidor la llame hermana?

Los ojos de Shirley se clavaron en su interrogador, grandes y brillantes.

—No, no. Ni por la posesión de toda una provincia, ni por todo un siglo de vida.

—No puede separar al marido de su familia.

—¿Y qué?

—Será la hermana del señor Louis Moore.

—Señor Sympson... estoy harta de todas estas sandeces; no pienso seguir aguantándolas. Usted y yo no pensamos igual, no tenemos los mismos objetivos, no tenemos los mismos dioses. No vemos las cosas desde la misma perspectiva, no las medimos por los mismos patrones, ni siquiera hablamos la misma lengua. Separémonos.

»No es —prosiguió, con gran excitación—, no es que le odie; es usted una buena persona; quizá, a su modo, sus intenciones sean buenas, pero no podemos llevarnos bien; siempre discrepamos. Usted me irrita con sus pequeñas interferencias y su tiranía mezquina; me exaspera, me vuelve irascible. En cuanto a sus pequeñas máximas, sus normas limitadas, sus prejuicios, aversiones y dogmas cicateros, despáchelos. Señor Sympson, váyase a ofrecerlos en sacrificio a la deidad a la que usted adora; yo me lavo las manos; no quiero saber nada de todo ese lote. Mi credo, mi luz, mi fe y mi esperanza son distintos a los suyos.

—¡Su credo! Me parece a mí que es una infiel.

—Una infiel a su religión; una atea de su dios.

—¡¡¡Una... atea!!!

—Su dios, señor, es el Mundo. A mis ojos, es usted, si no un infiel, un idólatra. Creo que su adoración es toda ignorancia; en todas las cosas me parece demasiado supersticioso. Señor, su dios, su gran Bel, su Dagón de cola de pez, se alza ante mí como un demonio. Usted y los que son como usted lo han elevado hasta un trono, lo han coronado y le han dado un cetro. ¡Contemple ahora su abominable gobierno! Vea cómo se afana en el trabajo que más le complace: el de casamentero. Une a jóvenes con viejos, a fuertes con imbéciles. Extiende el brazo de Mecencio y encadena a los muertos con los vivos. En su reino hay odio: un odio secreto; hay repugnancia: una repugnancia tácita; hay traición: una traición familiar; hay vicio: un vicio profundo, funesto, doméstico. En sus dominios, los niños crecen sin amar entre padres que nunca han amado; se los alimenta con engaños desde la cuna; se educan en una atmósfera corrompida por la mentira. Su dios, señor Sympson, gobierna el tálamo de los reyes. ¡Repare en sus dinastías reales! Su deidad es la deidad de las aristocracias extranjeras. ¡Examine la sangre azul de España! Su dios es el himeneo de Francia. ¿Cómo es la vida familiar francesa? Todo lo que rodea a su dios se corrompe rápidamente, todo degenera y entra en decadencia bajo su cetro. Su dios es una muerte enmascarada.

—¡Esa forma de hablar es abominable! Mis hijas no deben volver a relacionarse con usted, señorita Keeldar; su compañía es peligrosa. De haberla conocido un poco antes... pero, aunque me parecía singular, nunca hubiera creído...

—Bien, señor, ¿empieza a darse cuenta de que es inútil hacer planes para mí, de que, con eso, lo único que hace es sembrar viento para recoger tempestades? Yo barro de mi camino las telarañas de sus proyectos para pasar sin mancharme. He tomado una resolución que es inamovible. Serán mi corazón y mi conciencia las que dispongan de mi mano, y sólo ellos. Dese por enterado.

El señor Sympson empezaba a sumirse en el desconcierto.

—¡Jamás había oído nada semejante! —musitaba una y otra vez—. Jamás me habían hablado de esta manera, ni me habían tratado así.

—Está usted muy confuso, señor. Será mejor que se retire o lo haré yo.

Él se apresuró a levantarse.

—Tenemos que irnos de esta casa; tenemos que hacer el equipaje de inmediato.

—No dé prisa a mi tía y a mis primos, déjelos que se tomen su tiempo.

—Se acabó nuestra relación con ella; no es conveniente.

Se dirigió hacia la puerta; volvió en busca de su pañuelo; se le cayó la caja de rapé y, dejando su contenido esparcido por la alfombra, salió dando traspies. Tartar estaba tumbado fuera, sobre la estera: el señor Sympson estuvo a punto de caer sobre él; en el apogeo de su exasperación, lanzó una imprecación al perro y un grosero epíteto a su dueña.

—¡Pobre señor Sympson! Es débil y vulgar —se dijo Shirley—. Me duele la cabeza y estoy cansada —añadió y, recostando la cabeza sobre un cojín, pasó suavemente de la excitación al reposo.

Cierta persona que entró en la estancia un cuarto de hora después la encontró dormida. Cuando Shirley se alteraba, solía descansar luego, a voluntad, de esa forma natural.

El intruso se detuvo ante la presencia inconsciente y dijo:

—Señorita Keeldar.

Tal vez su voz armonizara con algún sueño que ella tuviera: no la sobresaltó, la despertó apenas. Sin abrir los ojos, Shirley se limitó a girar un poco la cabeza, de modo que su pómulo y su perfil, ocultos antes por el brazo, se hicieron visibles: tenía el cutis sonrosado, parecía feliz con su media sonrisa, pero sus pestañas estaban húmedas: había llorado mientras dormía o, tal vez, antes de quedarse dormida unas cuantas lágrimas naturales habían caído al oír aquel epíteto. No hay hombre ni mujer que sea siempre fuerte, que sea siempre capaz de resistir una opinión injusta, una palabra difamadora; la calumnia, incluso de labios de un estúpido, hiere a veces los sentimientos

desprevenidos. Shirley tenía la apariencia de una niña a la que habían castigado por traviesa, pero que, perdonada, descansaba por fin.

—Señorita Keeldar —repitió la voz. Esta vez la despertó; Shirley alzó la vista y vio a su lado a Louis Moore, no cerca, sino de pie, detenido en el gesto de caminar hacia ella, a dos o tres metros de distancia.

—¡Oh, señor Moore! —dijo—. Me temo que ha sido mi tío de nuevo; nos hemos peleado.

—El señor Sympson debería dejarla en paz —fue la réplica—. ¿No ve acaso que aún no ha recuperado usted las fuerzas ni mucho menos?

—Le aseguro que no me ha encontrado débil. No he llorado mientras ha estado aquí.

—Está a punto de evacuar Fieldhead, según dice él. Ahora está dando instrucciones a su familia. Ha estado en la sala de estudio dando órdenes de un modo que, supongo, era la continuación del modo en que la ha atosigado a usted.

—¿Se van Henry y usted?

—Creo que, en cuanto a Henry, ése era el tenor de las instrucciones apenas inteligibles de su tío, pero puede que mañana haya cambiado de opinión; de su estado de ánimo actual no se puede esperar la menor coherencia durante dos horas seguidas; dudo de que la deje a usted sola antes de que pasen varias semanas. A mí se ha dirigido con palabras que requerirán cierta atención y algunos comentarios más tarde, cuando tenga tiempo para concedérselos. Justo cuando ha entrado su tío, estaba ocupado en leer una nota que he recibido del señor Yorke, tan ocupado que le he dejado con la palabra en la boca. Se ha quedado allí, desvariando. Aquí está la nota; quiero que usted la lea; se refiere a mi hermano Robert. —Y Louis miró a Shirley.

—Me alegraré de tener noticias de él. ¿Vuelve a casa?

—Ya ha vuelto; está en Yorkshire. El señor Yorke fue ayer a recibirle en Stilbro.

—Señor Moore... ¿ocurre algo malo?

—¿Ha temblado mi voz? Ahora está en Briarmains, y yo me voy a verlo.

—¿Qué ha sucedido?

—Si se pone tan pálida lamentaré haber hablado. Podría haber sido peor. Robert no está muerto, sino gravemente herido.

—¡Oh! Señor, es usted el que está pálido. Siéntese junto a mí.

—Lea la nota; deje que yo se la abra.

La señorita Keeldar leyó la nota. Escuetamente daba a conocer que en la noche de la víspera alguien había disparado a Robert Moore desde detrás del muro de la plantación Milldean, al pie del Brow, y que la herida era grave, pero que no se esperaba que fuera mortal. Del asesino, o asesinos, nada se sabía; habían huido. «Sin duda —decía Yorke— fue un acto de venganza. Es una pena que se haya llegado a suscitar ese rencor, pero ya nada puede hacerse por evitarlo».

—Es mi único hermano —dijo Louis cuando Shirley le devolvió la nota—. No puedo quedarme de brazos cruzados sabiendo que unos rufianes le tendieron una emboscada y le dispararon desde detrás de un muro como si fuera una bestia salvaje.

—Tranquilícese; no desespere. Se pondrá bien. Sé que se pondrá bien.

En su afán por consolarlo, Shirley alargó su mano hacia la del señor Moore, que reposaba sobre el brazo de la butaca; la tocó levemente, de modo apenas perceptible.

—Bien, deme la mano —dijo él—; será la primera vez. Es un momento de desgracia. Démela. —Sin esperar consentimiento ni rechazo, Louis tomó lo que pedía—. Ahora me voy a Briarmains —prosiguió—. Quiero que vaya usted a la rectoría y le cuente a Caroline Helstone lo que ha ocurrido. ¿Lo hará? Más vale que se entere por usted.

—Inmediatamente —dijo Shirley con dócil presteza—. ¿Debo decirle que su hermano no corre peligro?

—Dígaselo.

—¿Volverá usted pronto y me traerá noticias?

—Volveré o le escribiré una nota.

—Confíe en mí para cuidar de Caroline. Se lo comunicaré también a su hermana, claro que seguramente ya estará con Robert, ¿no es así?

—Sin duda, o acudirá pronto. Bien, buenos días.

—¿Se mantendrá usted firme, pase lo que pase?

—Ya lo veremos.

Los dedos de Shirley se vieron obligados a separarse de los del preceptor; Louis se vio obligado a soltar la mano doblada, apretada, oculta dentro de la suya.

«Pensaba que tendría que consolarla —se dijo mientras caminaba en dirección a Briarmains—, y es ella la que me ha dado fuerzas a mí. ¡Esa mirada compasiva, ese tacto amable! ¡No hay plumón tan suave, ni elixir más

potente! Se ha posado como un copo de nieve, me ha traspasado como un relámpago. Mil veces he anhelado poseer esa mano, sostenerla. La he poseído; durante cinco minutos ha sido mía. Sus dedos y los míos no volverán a ser desconocidos. Después de haberse encontrado una vez habrán de volver a encontrarse».

CAPÍTULO XXXII

EL ADOLESCENTE Y LA NINFA DE LOS BOSQUES

El señor Yorke había llevado a su joven camarada a Briarmains, dado que estaban más cerca de allí que del Hollow. Había ordenado que lo acostaran en la mejor cama de la casa y con el mismo cuidado que si se tratara de uno de sus hijos. La visión de la sangre que brotaba de la herida infligida a traición en verdad convirtió a Moore en un hijo adoptado para el caballero de Yorkshire. El espectáculo de aquel súbito suceso, de la alta y erguida figura postrada en medio de la carretera en todo su orgullo, de la hermosa cabeza morena caída en el polvo, de aquel joven en la flor de la edad derribado de repente, pálido, inerte y desvalido, fue la combinación de circunstancias que despertó el vivísimo interés del señor Yorke por la víctima.

No había ninguna otra mano que lo alzara, que prestara su ayuda, ninguna otra voz que interrogara afectuosamente, ningún otro cerebro con el que acordar las medidas necesarias: tuvo que hacerlo todo él solo. El hecho de que el joven mudo y sangrante (joven lo consideraba él) dependiera por completo de su benevolencia fue lo más eficaz para garantizar esa benevolencia. Al señor Yorke le gustaba tener poder y servirse de él; en sus manos tenía ahora poder sobre la vida de uno de sus congéneres y eso le satisfacía.

No fue menor la satisfacción que sintió su arisca cónyuge: el incidente era muy de su estilo y de su gusto. Algunas mujeres se habrían espantado al ver al hombre ensangrentado que introducían en su casa y depositaban en su vestíbulo en medio de la noche. Muchos habrían pensado que aquél era motivo suficiente para la histeria. No: la señora Yorke tenía ataques de histeria cuando Jessie no quería abandonar el jardín para hacer sus labores de punto, o cuando Martin proponía marcharse a Australia a fin de lograr la libertad y escapar a la tiranía de Matthew, pero un intento de asesinato junto a su puerta, un hombre moribundo en su mejor cama, eran un estímulo, alegraban su espíritu, daban a su cofia el garbo de un turbante.

La señora Yorke era una de esas mujeres capaces de hacer la vida imposible a una simple criada, pero que, al mismo tiempo, obraría como una

heroína en un hospital lleno de enfermos de peste. Casi amó a Moore, su corazón de pedernal suspiró casi por él cuando le fue entregado a su cuidado, cuando quedó en sus manos y dependió de ella tanto como su hijo pequeño, que aún dormía en cuna. De haber visto a alguna sirvienta o a una de sus hijas darle un vaso de agua, o arreglarle la almohada, habría abofeteado a la intrusa. Echaba a Jessie y a Rose de los dominios superiores de la casa en cuanto las veía; a las criadas les prohibió que pusieran allí los pies.

Si el accidente hubiera ocurrido a las puertas de la rectoría y el viejo Helstone hubiera metido en su casa al mártir, ni Yorke ni su mujer habrían sentido lástima por él; habrían dictaminado que no había hecho más que recibir su merecido por su tiranía y su intromisión. Tal como fueron las cosas, se convirtió, temporalmente, en la niña de sus ojos.

¡Vivir para ver! A Louis Moore le permitieron visitarlo, sentarse en el borde de la cama e inclinarse sobre la almohada, coger la mano de su hermano y depositar un beso fraternal en su pálida frente, y la señora Yorke lo aceptó. Toleró que se pasara allí la mitad del día; en una ocasión le permitió quedarse velando toda la noche en el dormitorio; ella misma se levantó a las cinco de la madrugada en una lluviosa mañana de noviembre, y con sus propias manos encendió el fuego de la cocina, hizo el desayuno para los dos hermanos y se lo sirvió. Majestuosamente envuelta en una inmensa bata de franela, un chal y un gorro de dormir, se sentó para ver cómo comían, tan complacida como una gallina contemplando a sus polluelos. Sin embargo, ese mismo día amonestó a la cocinera por atreverse a hacer y a llevar un cuenco de gachas de sagú al señor Moore, y la doncella perdió su favor porque, cuando el señor Louis Moore se marchaba, le llevó el abrigo que había estado aireándose en la cocina y, como una «descarada» que era, le había ayudado a ponérselo y había aceptado, a cambio, un «gracias, muchacha» y una sonrisa. Dos señoras acudieron un día, pálidas y preocupadas, y rogaron encarecidamente, humildemente, que se les permitiera ver al señor Moore un instante. La señora Yorke endureció su corazón y las echó con cajas destempladas, no sin oprobio.

Pero ¿cómo fue cuando llegó Hortense Moore? No tan mal como cabría esperar; en realidad a la señora Yorke parecía gustarle toda la familia Moore más de lo que le había gustado ninguna otra. Hortense y ella tenían un tema de conversación inagotable en las corrompidas tendencias de la servidumbre. Su opinión sobre esa clase era similar; miraban a los criados con la misma suspicacia y los juzgaban con la misma severidad. Hortense, además y desde un principio, no dio la menor muestra de estar celosa por las atenciones que la señora Yorke dispensaba a Robert, dejó que ocupara el puesto de enfermera sin entrometerse casi y, en cuanto a sí misma, halló una incesante actividad en enredar por toda la casa, supervisando la cocina, informando de lo que pasaba allí y, en resumen, haciéndose útil. A los visitantes, ambas mujeres acordaron

excluirlos diligentemente de la habitación del herido. Al joven propietario de la fábrica lo tenían cautivo y apenas dejaban que le diera el aire y la luz del sol.

El señor MacTurk, el cirujano al que se había encomendado la curación de Moore, había pronosticado que la herida era de carácter peligroso, pero confiaba en que no fuera desesperado. Al principio intentó ponerlo en manos de una enfermera de su elección, pero ni la señora Yorke ni Hortense quisieron oír hablar de semejante cosa; ambas prometieron acatar fielmente sus instrucciones. En consecuencia, Moore quedó provisionalmente en sus manos.

Sin duda habrían cumplido con este compromiso del modo más eficaz posible de no haber sido por algo que sucedió: las vendas se colocaron mal o se manosearon, a lo que siguió una gran pérdida de sangre. Se llamó a MacTurk, cuyo caballo llegó echando espumarajos por la boca. Era uno de esos cirujanos a los que es peligroso enojar: brusco, cuando de mejor humor estaba; violento, cuando estaba del peor. Al ver el estado del herido, se desahogó con un florido lenguaje con el que no es necesario llenar esta página. Un par de ramos de sus flores más escogidas cayó sobre la imperturbable cabeza de un tal señor Graves, un ayudante joven e impávido al que solía llevar consigo; regaló un segundo ramillete a otro joven caballero de su séquito, un interesante facsímil de sí mismo, puesto que en realidad era su propio hijo; pero la cesta llena de flores infamantes cayó en masa sobre el entrometido sexo femenino.

Durante la mayor parte de una noche invernal, él mismo y sus satélites se ocuparon sin descanso de Moore. Allí, junto a su cama, encerrados solos con él en su dormitorio, se afanaron y pelearon por el exhausto cuerpo. Los tres estaban en un lado de la cama, en el otro estaba la Muerte. La batalla fue encarnizada; duró hasta que empezó a alborear, cuando la balanza entre los beligerantes parecía tan igualada que las dos partes podrían haber reclamado la victoria para sí.

Al amanecer, Graves y el joven MacTurk se quedaron al cuidado del paciente, mientras el cirujano iba en persona en busca de fuerzas de refresco en la persona de la señora Horsfall, la mejor enfermera de su plantilla. Puso a esta mujer a cargo del señor Moore, con órdenes sumamente estrictas sobre la responsabilidad que había recaído sobre sus hombros. Ella aceptó esta responsabilidad sin inmutarse, del mismo modo que ocupó el sillón que había junto a la cabecera de la cama. En ese momento dio comienzo su reinado.

La señora Horsfall tenía una virtud: las órdenes que recibía de MacTurk las cumplía al pie de la letra; a sus ojos, los Diez Mandamientos la obligaban a menos que el dictado de su cirujano. En otros aspectos no era una mujer, sino un dragón. A Hortense la borró del mapa; la señora Yorke cedió el terreno,

abrumada. Sin embargo, ambas mujeres eran personas que se atribuían cierta dignidad a sí mismas y a las que otros atribuían cierto peso. Completamente acobardadas por la amplitud, la altura, la corpulencia y la fuerza muscular de la señora Horsfall, se retiraron al gabinete de atrás. Ella, por su parte, se quedaba arriba cuando lo prefería, y abajo cuando le venía en gana; se tomaba su copita tres veces al día, y se fumaba cuatro pipas de tabaco.

En cuanto a Moore, ya nadie se aventuraba a preguntar por él: la señora Horsfall lo tenía bajo su entera supervisión; era ella la que tenía que ocuparse de él en todo, y era creencia general que así lo hacía.

MacTurk iba a verlo mañana y tarde. Su caso, complicado por aquel desafortunado incidente, había adquirido relevancia para el cirujano; a Moore lo veía como un mecanismo de relojería estropeado que contribuiría a aumentar su reputación si conseguía volver a ponerlo en marcha. Graves y el joven MacTurk —las únicas visitas que recibía el enfermo— le tenían la misma consideración que la que solían prestar al ocupante ocasional de la sala de disección del hospital de Stilbro.

Para Robert Moore fue de lo más agradable: con dolores, en peligro de muerte, demasiado débil para moverse y casi demasiado para hablar, con una especie de gigante como guardián y tres cirujanos como única compañía. Así pasó, postrado, los días, cada vez más cortos, y las noches, cada vez más largas, de todo el triste mes de noviembre.

En el inicio de su cautividad se resistía débilmente a la señora Horsfall: detestaba la visión de su cuerpo grueso y tosco y temía el contacto de sus duras manos, pero ella le enseñó docilidad en un abrir y cerrar de ojos. Hacía caso omiso de su metro ochenta de estatura, de su fuerza y su vigor varoniles: le daba la vuelta en la cama como cualquier otra mujer habría dado la vuelta a un bebé en su cuna. Cuando Moore se portaba bien se dirigía a él llamándolo «querido» y «cariño», y cuando se portaba mal algunas veces lo zarandeaba. Si Moore intentaba hablar cuando el señor MacTurk estaba presente, alzaba la mano y le ordenaba callarse como una enfermera reprendería a un niño impertinente. Habría sido mejor si ella no fumara, si no bebiera ginebra, pensaba él, pero hacía ambas cosas. En una ocasión —en ausencia de la enfermera— le comunicó a MacTurk que aquella mujer «bebía alguna copita».

—¡Bah! Mi querido señor, todas hacen lo mismo —fue la respuesta que obtuvo a su afán—. Pero Horsfall tiene una virtud —añadió el cirujano—, sobria o bebida, siempre recuerda que debe obedecerme.

Por fin pasó aquel otoño: lluvias y bruma retiraron de Inglaterra lágrimas y mortaja; el viento se alejó para suspirar sobre tierras lejanas. Después de

noviembre llegó el invierno, acompañado de claridad, quietud y heladas.

Un día tranquilo había dado paso a una noche cristalina; el mundo tenía el color del Polo Norte: todas sus luces y matices parecían los reflejos de gemas de color blanco, violeta o verde pálido. Las colinas ostentaban un azul liláceo; el ocaso tenía un tinte púrpura en el rojo; el cielo era hielo, todo él de un azul celeste plateado; cuando salieron las estrellas, fueron de cristal blanco, no dorado; tonos grises o cerúleos, o de un tenue esmeralda —fríos, puros y transparentes— teñían la mayor parte del paisaje.

¿Qué es eso que está solo en un bosque que ya no es verde, ni siquiera rojizo, un bosque de un color neutro? ¿Qué es ese objeto azul oscuro que se mueve? Vaya, es un adolescente, un estudiante de segunda enseñanza de Briarfield que se ha separado de sus compañeros, los cuales se dirigen a casa caminando cansinamente por la carretera, y busca cierto árbol con cierto montículo musgoso junto a la raíz, apto para servir de asiento. ¿Por qué se entretiene aquí? El aire es frío y se está haciendo de noche. Se sienta; ¿en qué piensa? ¿Nota el sobrio encanto que la naturaleza ofrece esta noche? Una luna nacarada sonrío a través de los árboles grises. ¿Le importa a él esa sonrisa?

Imposible saberlo, puesto que guarda silencio y su semblante es inexpresivo: por el momento no es un espejo que refleje las sensaciones, sino más bien una máscara que las disimula. Este muchacho es un mozalbete de quince años, delgado y alto para sus años; en su rostro hay tan poca amabilidad como servilismo. Sus ojos parecen preparados para advertir cualquier asomo de dominación o de engaño, y los demás rasgos indican que sus facultades están dispuestas a la resistencia. Los profesores sensatos evitan injerencias innecesarias con respecto a este muchacho. Sería inútil que intentaran domarlo con severidad; ganárselo con halagos sería un empeño peor que inútil. Es mejor dejarlo tranquilo. El tiempo lo educará y la experiencia será su maestra.

Supuestamente, Martin Yorke (es uno de los jóvenes Yorke, claro está) escarnece el nombre de la poesía; que alguien le hable de sentimientos y recibirá sarcasmos como respuesta. Aquí está ahora, vagando solo, presentando sus respetos a la Naturaleza, que despliega ante su atenta mirada una página de poesía austera, solemne y silenciosa.

Después de sentarse, saca un libro de su cartera, no la gramática latina, sino un libro de cuentos de hadas de contrabando. Aún queda una hora de luz para su joven y aguda visión; además, la luna lo visita: sus rayos, tenues y borrosos todavía, bañan el claro que lo acoge.

Lee; la lectura lo conduce a una solitaria región montañosa; todo cuanto le rodea es áspero y desolado, informe y casi incoloro. Oye el tañido de unas campanas traído por el viento; entre los pliegues sin forma de la neblina

aparece ante sus ojos una visión refulgente: una dama con atuendo verde sobre un palafren blanco como la nieve. Martin ve su vestido, sus gemas y su corcel; ella lo detiene con una enigmática pregunta. Bajo su hechizo, tiene que seguirla al país de las hadas.

Una segunda leyenda lo transporta hasta la orilla del mar, inundada por una fuerte marea que se agita al pie de vertiginosos acantilados; llueve y sopla el viento. Un arrecife de rocas negras y rugosas se extiende hasta mar adentro; a lo largo de este arrecife y entre sus piedras se estrellan las olas, las guirnaldas, las ráfagas de blanca espuma, barriéndolas, saltando por encima de ellas. Sobre las rocas hay un paseante solitario que camina con paso cauteloso sobre las húmedas algas marinas, contemplando los huecos en los que el mar tiene varias brazas de profundidad y es de un claro esmeralda, y viendo allí una vegetación más grande, salvaje y extraña que la que se encuentra en tierra, con un tesoro de conchas —algunas verdes, algunas púrpuras, algunas nacaradas— apiñadas en los zarcillos de las plantas sinuosas. Oye un grito. Alza la vista y, ante él, en la punta desolada del arrecife, ve una cosa alta y pálida con forma de hombre, pero hecho de espuma transparente, trémula, espantosa. No está sola; unas figuras humanas juegan en las rocas, un grupo de mujeres de espuma, de nereidas blancas y evanescentes.

¡Silencio! Cierra el libro; lo esconde en la cartera. Martin oye unas pisadas. Aguza el oído. No... sí. De nuevo las hojas muertas, levemente aplastadas, crujen en el sendero del bosque. Martin aguza la vista: los árboles se espacian y aparece una mujer.

Es una señora vestida de seda oscura y con la cara tapada por un velo. Martin no se había encontrado jamás con una señora en aquel bosque, ni con ninguna mujer, salvo, de vez en cuando, con alguna aldeana que acudiera a recoger frutos secos. Esta noche, la aparición no le desagrada. Observa, cuando se acerca, que no es vieja ni vulgar, sino, por el contrario, muy joven y, de no ser porque ahora reconoce en ella a la que a menudo ha tildado obstinadamente de fea, pensaría que se esconden rasgos de belleza tras la fina gasa del velo.

Ella pasa por su lado sin decir nada. Martin ya sabía que lo iba a hacer: todas las mujeres son monos orgullosos, y él no conoce a una muñeca más engreída que Caroline Helstone. La idea apenas ha tenido tiempo de asentarse en su cabeza cuando la dama retrocede los dos pasos que la separan de él y, alzándose el velo, posa la mirada sobre su rostro, al tiempo que pregunta en voz baja:

—¿Es usted uno de los hijos del señor Yorke?

Ninguna prueba humana habría conseguido convencer a Martin Yorke de que se ruborizó cuando le dirigieron aquellas palabras, pero enrojeció hasta la

raíz del cabello.

—Sí —dijo sin rodeos, y se alentó a sí mismo a preguntarse con desdén qué vendría después.

—Creo que es Martin, ¿verdad? —fue el comentario siguiente.

No podría haber sido más afortunado: era una frase sencilla, pronunciada con gran naturalidad y algo de timidez, pero sonó en armonía con la naturaleza del adolescente y lo amansó como una nota musical.

Martin tenía una fuerte personalidad; le pareció normal y sensato que la joven lo distinguiera de sus hermanos. Al igual que su padre, detestaba los formalismos: era aceptable oír a una señorita dirigiéndose a él como Martin a secas y no como señor Martin o señorito Martin, apelativo este con el que Caroline se habría ganado su eterna antipatía. Peor, si cabe, que el formalismo, era el otro extremo: una familiaridad indiferente; el leve tono cohibido, la vacilación apenas perceptible, le parecieron totalmente adecuados.

—Soy Martin —dijo.

—¿Están bien su padre y su madre? —Fue una suerte que no dijera papá y mamá, eso lo habría estropeado todo—. ¿Y Rose y Jessie?

—Supongo que sí.

—¿Mi prima Hortense está todavía en Briarmains?

—¡Oh, sí!

Martin esbozó una sonrisa cómica y un gemido; Caroline le sonrió a su vez, adivinando la opinión que debían de tener los jóvenes Yorke sobre Hortense.

—¿Se lleva bien con su madre?

—Son tan iguales en cuestión de criados que es inevitable que se lleven bien.

—Hace frío esta noche.

—¿Por qué está fuera de casa a estas horas?

—Me he perdido en este bosque.

Por fin Martin se permitió una reconfortante carcajada de desprecio.

—¡Se ha perdido en el enorme bosque de Briarmains! No se merece encontrar el camino.

—No había estado nunca aquí, y creo que he entrado ilegalmente. Puede denunciarme si quiere, Martin, y hacer que me multen; es el bosque de su

padre.

—Yo diría que eso ya lo sabía pero, en vista de que es usted tan simple como para perderse, la guiaré.

—No es necesario; ahora ya sé por dónde voy. No me pasará nada, Martin. ¿Cómo está el señor Moore? —añadió con precipitación.

Martin había oído ciertos rumores; se le ocurrió que podía ser divertido hacer un experimento.

—Se va a morir. No hay nada que pueda salvarlo. ¡Se ha perdido toda esperanza!

Caroline se apartó el velo de la cara. Miró a Martin a los ojos y dijo:

—¡Va a morir!

—Sí, a morir. Todo por culpa de las mujeres, de mi madre y las demás; hicieron algo mal con sus vendas que lo estropeó todo. Se habría puesto bien de no ser por ellas. Estoy convencido de que deberían arrestarlas, encerrarlas, juzgarlas y mandarlas a Botany Bay como mínimo.

Su interlocutora quizá no oyó este juicio: se quedó inmóvil. Un par de minutos después, sin decir una sola palabra, echó a andar; no dio las buenas noches, no preguntó nada más. Eso no era divertido, ni era lo que esperaba Martin; él esperaba algo dramático y expansivo. No valía la pena asustar a la chica si ella no lo divertía a su vez. La llamó:

—¡Señorita Helstone!

Ella no le oyó ni se dio la vuelta. Martin corrió hasta alcanzarla.

—Vamos. ¿La ha afectado lo que le he dicho?

—No sabe nada de la muerte, Martin. Es demasiado joven para que le hable de semejante cosa.

—¿Me ha creído? ¡No era más que un bulo! Moore come como tres hombres. Se pasan el día haciendo sagú o tapioca o algo bueno para él. Siempre que entro en la cocina hay una cacerola al fuego con algún manjar para él. Creo que voy a hacerme el herido para que me alimenten con lo mejor de lo mejor, como a él.

—¡Martin! ¡Martin! —Aquí la voz de Caroline tembló, y ella se detuvo—. Ha estado muy mal por su parte lo que ha hecho, Martin. Casi me mata del susto.

Se detuvo de nuevo, se apoyó en un árbol, temblando, estremeciéndose, y con una palidez cadavérica.

Martin la contempló con una curiosidad indescriptible. En cierto sentido era «fabuloso» ver aquello, como habría dicho él: le revelaba muchas cosas, y empezaba a aficionarse a descubrir secretos. En otro sentido, le recordó lo que había sentido en una ocasión en que oyó a un mirlo hembra lamentándose por sus crías, que él había aplastado con una piedra, y no era un sentimiento agradable. Incapaz de encontrar las palabras idóneas para consolar a Caroline, empezó a maquinarse lo que podía hacer. Sonrió; la sonrisa del muchacho dio una asombrosa transparencia a su fisonomía.

—¡Eureka! —exclamó—. Voy a arreglarlo todo. Ahora que ya está mejor, señorita Caroline, siga caminando —pidió.

Sin parar mientes en que para la señorita Helstone sería más difícil que a él trepar por un muro o traspasar un seto, la guio por un atajo que no conducía a ninguna verja. La consecuencia fue que tuvo que ayudarla a sortear algunos obstáculos formidables y, aunque la denostaba por su incapacidad, en realidad le encantaba sentirse útil.

—Martin, antes de que nos despidamos, asegúreme, con toda seriedad y dándome su palabra de honor, que el señor Moore está mejor.

—¡Sí que le interesa ese Moore!

—No... pero... muchos de sus amigos podrían preguntarme por él, y quisiera ser capaz de decirles la verdad.

—Puede decirles que está perfectamente, sólo le sobra pereza. Puede decirles que toma chuletas de cordero para comer y un exquisito arrurruz para cenar. Una noche, yo mismo intercepté un plato que iba de camino a su habitación, y me comí la mitad.

—¿Y quién se ocupa de él, Martin? ¿Quién lo cuida?

—¿Quién lo cuida? ¡El bebé grande! Pues una mujer tan grande y gorda como nuestro aljibe más grande; una vieja ordinaria y fea. No dudo de que con ella se lo pasa la mar de bien. No dejan que se le acerque nadie más y está casi siempre a oscuras. Yo creo que ella lo maltrata en esa habitación. Algunas veces, cuando estoy acostado en mi cama, escucho a través de la pared y me parece oírla dándole golpes. Debería ver sus puños: en una de sus palmas cabrían media docena de manos como las de usted. Después de todo, a pesar de las chuletas y las gelatinas que le dan, no me gustaría estar en su piel. De hecho, personalmente opino que ella se zampa la mayor parte de lo que suben en la bandeja para el señor Moore. Espero que no lo esté matando de hambre.

Silencio profundo y meditación por parte de Caroline, mientras Martin la observaba furtivamente.

—Supongo que usted no lo ha visto nunca, ¿no, Martin?

—¿Yo? No. Por mi parte, no me interesa verlo para nada.

De nuevo silencio.

—¿No vino usted un día a casa con la señora Pryor, hace unas cinco semanas, para preguntar por él? —preguntó Martin.

—Sí.

—Y diría que deseaba que la llevaran a su dormitorio, ¿no?

—Las dos lo deseábamos, lo suplicamos, pero su madre se negó.

—¡Sí! Se negó. Lo oí todo. Mi madre la trató como le gusta tratar a las visitas de vez en cuando: se comportó con usted con severidad y rudeza.

—No fue amable; porque somos parientes, ¿comprende, Martin?, y es natural que nos interese por el señor Moore. Pero ahora tenemos que despedirnos; hemos llegado a la verja de la casa de su padre.

—Muy bien, ¿y qué? La acompañaré hasta su casa.

—Lo echarán en falta y se preguntarán dónde está.

—Que hagan lo que quieran... creo que puedo cuidar de mí mismo.

Martin sabía que había incurrido ya en el castigo de un sermón y pan duro para el té. No le importaba, la noche le había proporcionado una aventura, y eso era mejor que los bollos y las tostadas.

Acompañó a Caroline a su casa. Por el camino prometió visitar al señor Moore, a pesar del dragón que guardaba su dormitorio, y señaló una hora para el día siguiente para que Caroline volviera al bosque de Briarmains a recibir noticias suyas; se encontrarían junto a cierto árbol. Aquella intriga no conducía a nada, pero a él le gustaba.

Cuando llegó a casa, lo esperaban sin falta el pan seco y el sermón, y se le ordenó que se acostara temprano. Aceptó el castigo con el mayor estoicismo.

Antes de subir a su habitación, hizo una visita furtiva al comedor, estancia majestuosamente fría que raras veces se utilizaba, pues la familia solía comer en la salita de la parte posterior de la casa. Se acercó a la chimenea y alzó la bujía que portaba para iluminar los dos retratos colgados encima de la repisa; eran dos mujeres: una, de una belleza serena, feliz e inocente; la otra, más hermosa, pero con expresión triste y desesperada.

—Así estaba ella cuando se ha puesto pálida y se ha apoyado en el árbol, sollozando —dijo, mirando el segundo retrato—. Supongo —prosiguió, cuando estaba ya en su dormitorio, sentado en el borde de su jergón—, supongo que eso es lo que llaman «estar enamorado». Sí, está enamorada de ese tipo larguirucho de la habitación de al lado. ¡Chitón! ¿Ésa es Horsfall

golpeándolo? Me extraña que Moore no grite. Realmente suena como si hubiera caído sobre él con uñas y dientes, pero supongo que está haciendo la cama. Una vez vi cómo la hacía: golpeaba el colchón como si estuviera boxeando. Es extraño, Zillah (así la llaman), Zillah Horsfall es una mujer y Caroline Helstone es una mujer; son dos individuos de la misma especie, pero no se parecen en nada. ¿Es bonita esa Caroline? Sospecho que sí. Es agradable de ver; su rostro tiene una especie de claridad y sus ojos son tan dulces... Me gusta que me mire, me sienta bien. Tiene las pestañas largas, su sombra parece descansar sobre lo que ella mira e infundir paz y reflexión. Si se porta bien y sigue complaciéndome como hoy, puede que le haga un favor. Me encanta la idea de burlar a mi madre y a esa ogresa, la vieja Horsfall. No es que me entusiasme satisfacer a Moore, pero exigiré una recompensa por mi intervención, y en la moneda que yo elija. Ya sé cuál será: algo desagradable para Moore y agradable para mí.

Martin se acostó.

CAPÍTULO XXXIII

LA TÁCTICA DE MARTIN

A fin de llevar a cabo sus planes, era preciso que Martin se quedara en casa aquel día. Así pues, no tuvo apetito durante el desayuno y, justo a la hora de salir de casa, sintió un intenso dolor en el pecho, lo que hizo aconsejable que, en lugar de salir con Mark rumbo a la escuela de enseñanza secundaria, heredara el sillón de su padre junto a la chimenea y también su periódico matutino. Una vez resuelto este punto satisfactoriamente, con Mark en la clase del señor Sumner y Matthew y el señor Yorke metidos en la oficina de contabilidad, sólo quedaban otras tres hazañas, no, cuatro, por lograr.

La primera de ellas era comerse el desayuno que aún no había probado y del que sus quince años difícilmente podían prescindir; la segunda, tercera y cuarta eran conseguir librarse de su madre, de la señorita Moore y de la señora Horsfall, sucesivamente, antes de las cuatro de la tarde.

La primera era, por el momento, la más acuciante, puesto que la tarea que pensaba abordar exigía cierta cantidad de energía que su juvenil estómago vacío no parecía capaz de aportar.

Martin conocía el camino de la despensa y, puesto que lo conocía, tomó esa dirección. Los sirvientes estaban en la cocina, desayunando solemnemente con las puertas cerradas; su madre y la señorita Moore estaban tomando el aire en el jardín y hablando sobre las susodichas puertas. A salvo en la despensa,

Martin hizo una cuidada selección de provisiones; estaba decidido a compensar la demora con un desayuno rebuscado. Le pareció deseable y aconsejable variar su dieta habitual, y algo insípida, de pan con leche, y se le ocurrió que podía combinar lo sabroso con lo saludable. En un estante había una cantidad de rosadas manzanas guardadas entre paja; cogió tres. Había pastas en una bandeja; escogió un buñuelo de albaricoque y una tarta de ciruelas damascenas. No demoró la vista en el sencillo pan casero, pero inspeccionó con interés unos pastelillos de grosella para el té, y se dignó elegir uno. Gracias a su navaja de muelle pudo apropiarse de un ala de pollo y de una lonja de jamón; pensó que unas natillas armonizarían con las demás viandas y, habiéndolas añadido a su botín, salió finalmente al vestíbulo. Se encontraba a medio camino de la salita de atrás —tres pasos más y habría anclado ya en aquel puerto seguro— cuando se abrió la puerta principal y apareció Matthew en el umbral. Mucho mejor habría sido ver aparecer al viejo caballero con toda su parafernalia de cuernos, cola y pezuñas.

A Matthew, escéptico y sarcástico, le había costado dar crédito al dolor del pecho desde un principio: había mascullado unas palabras, entre las que la frase «enfermedad fingida» había sido perfectamente audible, y la sucesión de la butaca y el periódico le había causado, al parecer, espasmos mentales. El espectáculo que tenía ahora ante sus ojos, las manzanas, las tartas, el pastelillo, el pollo, el jamón y las natillas, era una prueba que no podía por menos que inflar su opinión sobre su propia sagacidad.

Martin se quedó parado, interdit, durante unos instantes; al poco sabía el terreno que pisaba y dictaminó que todo iba bien. Con la auténtica perspicacia des âmes élites, comprendió de inmediato cómo podía manejar la situación para garantizar que se cumpliera la segunda tarea, es decir, deshacerse de su madre. Sabía que un enfrentamiento entre Matthew y él sugería siempre a la señora Yorke la conveniencia de un ataque de histeria; sabía también que, basándose en el principio de la calma que sucede a la tormenta, tras una mañana de histeria era cosa segura que su madre se permitiría el lujo de pasarse la tarde en la cama. Esto le convenía perfectamente.

El enfrentamiento se produjo debidamente en el vestíbulo. Una carcajada irónica, una burla insultante, una pulla despectiva, recibidas con una réplica despreocupada, pero mordaz, fueron la señal. Los dos hermanos la obedecieron, lanzándose el uno contra el otro. Martin, que solía hacer poco ruido en tales ocasiones, hizo en ésta grandes aspavientos. Allí irrumpieron las criadas, la señora Yorke, la señorita Moore; no hubo mano femenina que pudiera separarlos: se llamó al señor Yorke.

—Hijos —dijo él—, si esto vuelve a ocurrir, uno de vosotros tendrá que abandonar mi techo. No toleraré peleas fraternales como la de Caín y Abel en mi casa.

Pronto Martin se dejó conducir. Había salido magullado; era el más joven y delgado. Estaba muy tranquilo, no se había enfadado; sonreía incluso, contento de haber concluido con la parte más difícil de su tarea.

En una ocasión pareció flaquear en el curso de la mañana.

«No vale la pena que me moleste por esa tal Caroline», se dijo. Pero un cuarto de hora más tarde volvía a estar en el comedor, mirando la cabeza de trenzas despeinadas y ojos turbios por la desesperación. «Sí —añadió—. Por mi culpa lloró, se estremeció, casi se desmaya, ahora voy a hacer que sonría; además, quiero burlar a todas estas mujeres».

Inmediatamente después de comer, la señora Yorke cumplió las expectativas de su hijo y se retiró a su dormitorio. Le tocaba el turno a Hortense.

Esta señora estaba cómodamente instalada en la salita de atrás, remendando calcetines, cuando Martin —dejando a un lado el libro que había estado hojeando tumbado en el sofá, con la voluptuosa tranquilidad de un inmaduro pachá (afirmaba hallarse todavía indispuerto)— inició perezosamente un discurso sobre Sarah, la criada del Hollow. En el curso de su sinuosa verborrea, insinuó que se decía que dicha damisela tenía tres pretendientes: Frederic Murgatroyd, Jeremiah Pighills y John, hijo de Mally, hija de Hannah, hija de Deb, y que la señorita Mann había afirmado a ciencia cierta que la muchacha, sola y con la casa a su cargo, invitaba a menudo a sus galanes a comer en el Hollow y les ofrecía los mejores manjares de que disponía.

No fue necesario más. Hortense no podría haber vivido ni una hora más sin acudir al escenario de estos inicuos manejos para inspeccionar la situación en persona. Sólo quedaba la señora Horsfall.

Con el campo libre, Martin sacó un manojito de llaves del costurero de su madre; con una de estas llaves abrió el aparador, del que extrajo una botella negra y un vaso pequeño; los dejó sobre la mesa, subió la escalera ágilmente, se dirigió a la habitación del señor Moore, llamó a la puerta y la enfermera la abrió.

—Si le parece bien, señora, está invitada a ir a la salita de atrás y tomar algo; no la molestarán. Toda la familia está fuera.

Martin en persona la acompañó escalera abajo, la introdujo en la salita y cerró la puerta; Horsfall estaba a buen recaudo.

El trabajo más arduo había terminado; había llegado el momento de hacer lo más placentero. Agarró la gorra y se encaminó al bosque.

Aún no eran más que las tres y media. La mañana había sido radiante, pero

el cielo se había encapotado, empezaba a nevar y soplaba un viento frío: el bosque tenía un aire tenebroso y el viejo árbol se alzaba sombrío, pero a Martin le agradó el camino umbrío y encontró cierto encanto en el aspecto espectral del viejo roble sin ramas.

Tuvo que esperar. Se paseó de un lado a otro bajo la copiosa nevada y el viento, que al principio sólo gemía, pero que ahora ululaba lastimeramente.

—Tarda mucho en venir —musitó, mirando hacia el otro lado del estrecho sendero—. ¿Por qué tengo tantas ganas de verla? —añadió—. No viene por mí. Pero tengo poder sobre ella y quiero que venga para poder ejercerlo. —Siguió paseándose—. Bueno —dijo, reanudando su soliloquio después de un rato—, si no viene, la odiaré y la despreciaré.

Dieron las cuatro: Martin oyó el reloj de la iglesia en la distancia. Unos pasos tan rápidos y ligeros que, de no haber sido por el crujido de las hojas, apenas habrían sonado en el sendero del bosque, contuvieron su impaciencia. El viento soplaba ahora con violencia y la densa tormenta blanca podía desorientar a cualquiera, pero ella avanzaba sin desaliento.

—Bueno, Martin —dijo Caroline ansiosamente—, ¿cómo está?

«Es extraño cómo se desvive por él —pensó Martin—. Creo que la nieve cegadora y el frío penetrante no le importan nada, y eso que no es más que una “mocosa”, como diría mi madre. Siento deseos de tener una capa con la que abrigarla».

Sumido en estas meditaciones, olvidó responder a la señorita Helstone.

—¿Lo ha visto?

—No.

—¡Oh! Prometió que iría a verlo.

—Pienso hacer algo mucho mejor por usted. ¿No le dije que yo no tengo ningún interés en verlo?

—Pero tardaré mucho en tener noticias ciertas sobre él, y estoy harta de esperar. Martin, vaya a verlo, por favor, y dele recuerdos de Caroline Helstone, y dígame que desearía saber cómo está y si puedo hacer algo por él.

—No.

—Está usted muy cambiado. Anoche se mostraba mucho más amigable.

—Venga, no debemos quedarnos en el bosque, hace demasiado frío.

—Pero, antes de irme, prométame que volverá mañana con alguna noticia de él.

—Ni hablar. Soy demasiado delicado para estas citas en pleno invierno. Si supiera usted cuánto me dolía el pecho esta mañana y que he tenido que pasar sin desayuno y que, además, me han tirado por los suelos, comprendería que es una temeridad hacerme venir aquí en medio de una nevada. Venga, le digo.

—¿Es verdad que está delicado de salud, Martin?

—¿No lo parezco?

—Tiene las mejillas sonrosadas.

—Eso es la fiebre. ¿Viene o no viene?

—¿Adónde?

—Conmigo. He sido un estúpido por no traer una capa; le habría venido bien para calentarse.

—Váyase a casa. Mi camino está en la dirección opuesta.

—Cójase de mi brazo. Yo la ayudaré.

—Pero el muro... el seto... es difícil de trepar, y usted es demasiado delgado y joven para ayudarme sin hacerse daño.

—Entrará por la puerta.

—Pero...

—¡Pero!, ¡pero! ¿Confía en mí o no?

Ella lo miró a la cara.

—Creo que sí. Cualquier cosa antes que volver tan preocupada como he venido.

—De eso no puedo responder. Pero le prometo una cosa: déjese guiar por mí y verá a Moore en persona.

—¿Verlo yo en persona?

—Usted.

—Pero, querido Martin, ¿lo sabe él?

—¡Ah! Ahora soy querido. No, no lo sabe.

—¿Y su madre y los demás?

—Todo está en orden.

Caroline se sumió en una larga y silenciosa reflexión, pero siguió caminando con su guía hasta que tuvieron a la vista Briarmains.

—¿Se ha decidido ya? —preguntó.

Ella seguía muda.

—Decídase. Hemos llegado. Yo no pienso ir a verlo, eso se lo aseguro, salvo para anunciarle su llegada.

—Martin, es usted un muchacho extraño, y este paso que vamos a dar también lo es, pero todo lo que siento es y ha sido extraño durante mucho tiempo. Lo veré.

—Habiendo dicho eso, ¿no vacilará luego ni se retractará?

—No.

—Allá vamos, pues. No tema pasar por delante de la ventana de la salita; no la verá nadie. Mi padre y Matthew están en la fábrica, Mark está en el colegio, las criadas están en la cocina, la señorita Moore está en su casa del Hollow, mi madre está acostada y la señora Horsfall en el Paraíso. Fíjese... no tengo que llamar; abro la puerta, el vestíbulo está vacío, la escalera está en silencio, igual que la galería; toda la casa y sus moradores se hallan bajo un hechizo, que no romperé hasta que usted se haya ido.

—Martin, confío en usted.

—No ha dicho jamás nada más cierto. Deme su chal, le sacudiré la nieve y lo pondré a secar. Está helada y mojada; no se preocupe, hay una chimenea encendida arriba. ¿Está lista?

—Sí.

—Sígame.

Martin dejó sus zapatos en la estera y subió la escalera descalzo; Caroline lo siguió sigilosamente. Arriba había una galería y un corredor; al final de éste, Martin se detuvo ante una puerta y llamó; tuvo que dar dos golpes... tres; una voz, que al menos uno de los que aguardaban conocía bien, dijo por fin:

—Entre.

El muchacho entró con determinación.

—Señor Moore, ha venido una señora a preguntar por usted. Las mujeres no están; es día de colada, y las criadas están sumergidas en agua jabonosa en la trascocina, así que le he pedido que suba.

—¿Aquí, señor mío?

—Aquí, señor, pero si a usted no le parece bien, volverá a bajar.

—¿Es éste un lugar, o soy yo una persona a la que se le pueda traer una señora de visita, muchacho absurdo?

—No, así que me la llevo.

—Martin, quédese donde está. ¿Quién es?

—Su abuela, la de ese castillo junto al Scheldt del que habla la señorita Moore.

—Martin —dijo la señorita Helstone en un susurro apenas audible—, no sea tonto.

—¿Está ahí? —preguntó Moore rápidamente. Había captado un sonido imperfecto.

—Ahí está, a punto de desmayarse. Está en el umbral, escandalizada por su falta de afecto filial.

—Martin, es usted un maléfico cruce entre trasgo y paje. ¿Cómo es ella?

—Más parecida a mí que a usted, pues es joven y hermosa.

—Hágala pasar. ¿Me oye?

—Entre, señorita Caroline.

—¡Señorita Caroline! —repitió Moore.

Y cuando la señorita Caroline entró, le salió al paso, en medio de la habitación, una figura alta y enflaquecida que le cogió ambas manos.

—Les doy un cuarto de hora —dijo Martin antes de retirarse—, nada más. Díganse lo que tengan que decirse en ese tiempo; mientras, yo esperaré en la galería. No se acercará nadie. Luego la acompañaré fuera sin que la vean. Si se obstinara usted en quedarse más tiempo, la abandonaría a su suerte.

Martin cerró la puerta. En la galería estaba exultante como un rey: jamás se había metido en aventura que le gustara tanto como aquella, pues ninguna otra aventura le había otorgado tanta importancia, ni le había inspirado tanto interés.

—Por fin has venido —dijo el hombre flaco, mirando a su visitante con ojos hundidos.

—¿Me esperabas?

—Durante un mes, casi dos meses, hemos estado muy cerca el uno del otro, y yo he sufrido mucho, y ha peligrado mi vida, y me he sentido muy desgraciado, Cary.

—No he podido venir.

—¿No? Pero la rectoría y Briarmains están muy cerca, apenas a tres kilómetros.

El rostro de Caroline expresó dolor y placer al escuchar aquellos reproches

implícitos; fue dulce, fue amargo defenderse de ellos.

—Cuando digo que no he podido venir quiero decir que no he podido verte, pues vine con mamá el mismo día en que nos enteramos de lo que te había ocurrido. El señor MacTurk nos dijo que las visitas estaban prohibidas.

—Pero después, todas las tardes apacibles de estas largas semanas he esperado y aguzado el oído. Algo aquí, Cary —se puso la mano sobre el pecho—, me decía que era imposible que no pensaras en mí. No porque me lo merezca, pero hace tiempo que nos conocemos, somos primos.

—Volví, Robert. Mamá y yo volvimos.

—¿Sí? Vamos, eso tienes que explicármelo. Ya que volviste, nos sentaremos y hablaremos.

Se sentaron. Caroline acercó su silla. Empujada violentamente por un viento polar, la nieve había oscurecido el día. La pareja no oyó el bramido «borrascoso» del viento, ni vio la blanca carga de nieve que arrojaba; los dos parecían ser conscientes tan sólo de una cosa: la presencia del otro.

—¿De modo que volviste otra vez con tu madre?

—Y la señora Yorke nos trató de una forma extraña. Pedimos verte. «No —dijo ella—, en mi casa no. En estos momentos soy responsable de su vida; no la pondré en peligro por media hora de cotilleos frívolos». Pero no quiero repetir todo lo que dijo, fue muy desagradable. Sin embargo, volvimos una vez más, mamá, la señorita Keeldar y yo. Aquella vez pensábamos que venceríamos, porque éramos tres contra una y Shirley estaba de nuestra parte, pero la señora Yorke disparó toda su batería.

Moore sonrió.

—¿Qué dijo?

—Cosas que nos dejaron atónitas. Al final Shirley se echó a reír, yo lloré, mamá se enojó muchísimo: nos barrieron del campo de batalla a las tres. Desde entonces paso todos los días por delante de la casa por la mera satisfacción de mirar tu ventana, que se distingue de las otras por las cortinas echadas. La verdad es que no me atrevía a entrar.

—Deseaba tanto que vinieras, Caroline.

—No lo sabía. Ni por un instante llegué a soñar que pensaras en mí. Si hubiera imaginado siquiera remotamente tal posibilidad...

—La señora Yorke te habría vencido de todas formas.

—No. Habría intentado alguna estratagema, si hubiera fallado con la persuasión. Habría acudido a la puerta de la cocina, la criada me habría dejado

entrar y yo habría subido directamente hasta aquí. En realidad, lo que me detuvo fue más el miedo a parecer una intrusa, el miedo a ti, que el miedo a la señora Yorke.

—Anoche mismo desesperaba de volver a verte. La debilidad me ha llevado a una terrible depresión... unas terribles depresiones.

—¿Y estás siempre solo?

—Peor que solo.

—Pero debes de estar mejor, puesto que puedes levantarte ya de la cama.

—Dudo de que sobreviva; no veo perspectiva alguna, después de tan gran agotamiento, sino la postración definitiva.

—Tienes... tienes que volver a tu casa del Hollow.

—Me acompañaría la monotonía; no hay nada que venga a alegrarme.

—Yo pondré remedio a eso; lo voy a remediar aunque tenga que luchar contra diez señoras Yorke.

—Cary, me haces sonreír.

—Sonríe, sonríe otra vez. ¿Te digo lo que me gustaría?

—Dime cualquier cosa, pero no dejes de hablar. Soy como Saúl: de no ser por la música perecería.

—Me gustaría que te trajeran a la rectoría para que mamá y yo pudiéramos cuidarte.

—¡Menudo regalo! Desde que me dispararon no había vuelto a reír hasta hoy.

—¿Tienes dolores, Robert?

—Ahora ya no me duele demasiado, pero estoy muy débil y mi estado de ánimo es indescriptible: sombrío, estéril, impotente. ¿No lo lees acaso en mi rostro? No soy más que un espectro de mí mismo.

—Estás cambiado, pero yo te habría reconocido en cualquier parte. Sin embargo, comprendo tus sentimientos; yo he experimentado algo parecido. Desde la última vez que nos vimos, también yo he estado muy enferma.

—¿Muy enferma?

—Creí morir. Mi vida parecía un libro a punto de acabar. Todas las noches, alrededor de las doce, me despertaba con espantosas pesadillas, y el libro estaba abierto ante mis ojos en la última página, donde ponía «Fin». Tenía extraños presentimientos.

—Lo mismo me ocurre a mí.

—Creía que no volvería a verte jamás, y me quedé muy delgada, tanto como tú ahora. No podía hacer nada por mí misma, ni acostarme ni levantarme, y no podía comer, pero ya ves que estoy mejor.

—¡Tu consuelo es tan dulce como triste! Estoy demasiado débil para saber qué es lo que siento, pero mientras te oigo, vuelvo a sentir.

—Aquí estoy, a tu lado, cuando pensaba que no volveríamos a estar juntos. Te hablo, veo cómo escuchas de buen grado y me miras con amabilidad. ¿Contaba con ello? No, había perdido toda esperanza.

Moore suspiró; su suspiro fue tan hondo que casi se convirtió en gemido. Se cubrió los ojos con la mano.

—¡Ojalá viva para reparar mi culpa!

Ésta fue su plegaria.

—¿Y cuál es tu culpa?

—No hablemos de eso por ahora, Cary. Es tal mi abatimiento que no tengo fuerzas para abordar esa cuestión. ¿Te acompañó la señora Pryor en tu enfermedad?

—Sí —Caroline sonrió alegremente—. ¿Sabes ya que es mi madre?

—Sí, me lo dijo Hortense, pero también esa historia quiero oírla de tus labios. ¿Te hace feliz?

—¿Quién, mamá? No podría expresar cuánto la quiero. Ella fue mi sostén en mis peores horas.

—Merezco oírte decir eso en un momento en el que apenas puedo llevarme la mano a la cabeza. Lo merezco.

—No era un reproche.

—Es como si me echaran brasas ardiendo sobre la cabeza, igual que cada una de las palabras que me diriges y cada una de las expresiones que iluminan tu dulce rostro. Acércate más, Lina, y dame la mano... si mis dedos escuálidos no te asustan.

Caroline tomó esos delgados dedos entre sus manos menudas, inclinó la cabeza et les effleura de ses lèvres (lo escribo en francés porque el verbo effleurer es una palabra exquisita). Moore se sintió sumamente conmovido: dos lagrimones rodaron por sus mejillas hundidas.

—Guardaré estas cosas en mi corazón, Cary. Este beso lo recordaré y volverás a oír hablar de él algún día.

—¡Salga! —exclamó Martin, abriendo la puerta—. Váyase; ha estado veinte minutos en lugar de un cuarto de hora.

—No se moverá de aquí todavía, pedazo de tonto.

—No me atrevo a quedarme más tiempo, Robert.

—¿Me prometes que volverás?

—No, no puede prometérselo —replicó Martin—. Esto no debe convertirse en una costumbre. No quiero que me causen problemas. Una vez ha sido suficiente, no permitiré que se repita.

—¡Que no permitirá que se repita, dice!

—¡Calla! No le hagas enfadar. No podríamos habernos visto hoy de no ser por él. Pero volveré, si es lo que tú deseas.

—Es lo que deseo, es mi único deseo, casi el único que puedo sentir.

—Salga inmediatamente. Mi madre ha tosido, se ha levantado, ha puesto los pies en el suelo. Imagine lo que puede pasar si la encuentra aunque sea en la escalera, señorita Caroline; no hay despedida que valga —se interpuso entre Moore y ella—, tiene que marcharse.

—Mi chal, Martin.

—Lo tengo. La ayudaré a ponérselo cuando lleguemos al vestíbulo.

Martin obligó a los dos primos a separarse, y no permitió otra despedida que la que podía expresarse con miradas. Hizo bajar la escalera a Caroline casi en volandas. En el vestíbulo le puso el chal alrededor de los hombros y, de no haber sido porque los pasos de su madre retumbaron en el piso de la galería y porque se lo impidió la falta de confianza en sí mismo y el natural y por lo tanto noble impulso de su corazón adolescente, habría reclamado su recompensa, habría dicho: «Ahora, señorita Caroline, a cambio de todo esto, deme un beso». Pero antes de que surgieran de sus labios estas palabras, Caroline había cruzado el camino nevado, rozando los montones de nieve más que sorteándolos.

—Está en deuda conmigo, y ha de pagarme.

Martin se consoló pensando que había sido la oportunidad y no la audacia lo que le había faltado; juzgó erróneamente su propia naturaleza, teniéndola por menos de lo que en realidad era.

CAPÍTULO XXXIV

UN CASO DE PERSECUCIÓN FAMILIAR.

UN EJEMPLO EXTRAORDINARIO DE PERSEVERANCIA PIADOSA EN EL CUMPLIMIENTO DE LOS DEBERES RELIGIOSOS

Tras haber probado el gusto de la aventura, Martin quería una segunda dosis; tras haber sentido la dignidad del poder, aborrecía la idea de renunciar a él. La señorita Helstone —esa chica que siempre le había parecido fea y cuyo rostro tenía ahora continuamente en la cabeza, día y noche, a oscuras y a la luz del sol— había estado por una vez a su alcance; le daba miedo pensar que esa visita tal vez no volviera a repetirse.

Aunque era todavía un adolescente, no era un adolescente común: estaba destinado a ser único. Unos años más tarde hizo grandes esfuerzos por refinarse y adaptarse al patrón del resto del mundo, pero nunca lo logró: siempre estuvo marcado por la originalidad. Se encontraba ahora sentado en su pupitre de la escuela, dándole vueltas al modo de añadir un nuevo capítulo a su recién iniciado idilio: aún no sabía cuántos de estos idilios que se inician están condenados a no pasar jamás del primer o, como mucho, del segundo capítulo. El medio día de fiesta del sábado lo pasó en el bosque con su libro de cuentos de hadas y ese otro libro no escrito de su imaginación.

Martin abrigaba una impía resistencia al domingo. Cuando llegaba ese sagrado día, sus padres —pese a rechazar la comunidad con la Iglesia oficial— no dejaban de llenar su largo banco de la iglesia de Briarfield con todos sus retoños. En teoría, el señor Yorke equiparaba todas las sectas y religiones; para la señora Yorke, la palma se la llevaban moravos y cuáqueros, por la corona de humildad que ostentaban tales proceres. Sin embargo, jamás se los había visto poner los pies en una de sus reuniones.

A Martin, digo, no le gustaban los domingos, porque el servicio religioso de la mañana era largo y por lo general el sermón no era de su agrado. Aquel sábado por la tarde, empero, sus meditaciones en el bosque lo llevaron a ver en el día siguiente un encanto que antes no tenía.

El nuevo día trajo consigo una intensa nevada, tan intensa que la señora Yorke anunció durante el desayuno su convicción de que era mejor que tanto los niños como las niñas se quedaran en casa, y su decisión de que, en lugar de ir a la iglesia, debían sentarse en silencio durante dos horas en la salita de atrás, mientras Rose y Martin se turnaban para leer una serie de sermones de John Wesley. Dado que era reformista y agitador, John Wesley gozaba del favor de la señora Yorke y de su marido.

—Rose hará lo que le venga en gana —dijo Martin, sin alzar la vista del libro que, según su costumbre, entonces y en su vida futura, leía mientras

desayunaba su pan con leche.

—Rose hará lo que se le ordene, y Martin también —dijo su madre.

—Yo voy a la iglesia.

Ésta fue la réplica del hijo, con el inefable sosiego de un auténtico Yorke que sabe lo que quiere y pretende imponer su voluntad y que, puesto entre la espada y la pared, se dejará matar siempre que no halle el modo de librarse, pero no cederá jamás.

—Con este tiempo no es recomendable —dijo el padre.

No hubo respuesta; el estudioso joven siguió leyendo; lentamente partió el pan y se tomó la leche.

—Martin detesta ir a la iglesia, pero aún detesta más obedecer —dijo la señora Yorke.

—¿Debo suponer que es por pura perversidad?

—Sí, en efecto.

—No, madre, no lo es.

—¿Por qué es entonces?

—Por una combinación de motivos, cuya complejidad estoy tan poco dispuesto a explicarte como a abrirme en canal para mostrar la maquinaria interna de mi cuerpo.

—¡Escuchad a Martin! ¡Oídle hablar! —exclamó el señor Yorke—. A este hijo mío acabaré viéndolo en la magistratura. La Naturaleza le reserva el destino de vivir de su labia. Hesther, tu tercer hijo será abogado, sin duda; tiene todo lo que hace falta: descaro, engreimiento y palabrería, palabrería y más palabrería.

—Pásame un poco de pan, Rose, por favor —pidió Martin con gran gravedad, serenidad y flema.

El muchacho tenía una voz de por sí baja y quejumbrosa y que, en sus momentos «tercos», apenas pasaba de ser un susurro de señorita. Cuanto más obstinado e inflexible era su estado de ánimo, más suave y lastimero era su tono. Tocó la campanilla y pidió amablemente sus chanclos.

—Pero, Martin —insistió su progenitor—, hay tanta nieve en el camino que hasta a un hombre le costaría andar. Sin embargo, muchacho —continuó, viendo que su hijo se levantaba cuando la campana de la iglesia empezaba a sonar—, en este caso, no voy a frustrar tu empeñada voluntad. Ve a la iglesia. El viento es cortante y cae una fría aguanieve, además del grueso manto que tendrás bajo los pies. Vete, ya que prefieres eso a un buen fuego.

Martin se puso tranquilamente el abrigo, la bufanda y la gorra, y salió sin prisas.

«Mi padre tiene más sentido común que mi madre —pensó—. ¡Cuánta falta les hace a las mujeres! Clavan las uñas en la carne pensando que las hundan en una piedra insensible».

Llegó a la iglesia temprano.

«Bueno, si el tiempo la asusta (y estamos en medio de una auténtica tormenta de diciembre), o si la señora Pryor no la deja salir y no consigo verla, me enfadaré. Pero, con tormenta o con tornado, con granizo o con hielo, tiene que venir, y si tiene un cerebro digno de sus ojos y sus facciones, vendrá. Vendrá con la esperanza de verme, igual que yo he venido con la esperanza de verla a ella. Querrá saber algo de su condenado enamorado, igual que yo quiero probar de nuevo lo que me parece la esencia de la vida: un sorbo de existencia que conserva el espíritu sin que se haya evaporado. La aventura es al estancamiento lo que el champán a la insípida cerveza negra».

Miró a un lado y a otro. La iglesia estaba fría, silenciosa y vacía casi por completo; tan sólo había una anciana además de él. A medida que el carillón dejaba de sonar y la única campana repicaba lentamente empezaron a llegar, uno tras otro, los ancianos feligreses que ocupaban su humilde posición en los bancos gratuitos. Son siempre los más frágiles, los más viejos y pobres los que desafían el peor tiempo para probar y mantener su fidelidad a la querida y vieja madre Iglesia. Aquella tempestuosa mañana no asistió ninguna de las familias opulentas, no apareció ni un solo carruaje; todos los bancos forrados y con cojines estaban vacíos; sólo en los asientos de roble desnudo se alineaban los ancianos de cabellos grises y los pobres.

—La despreciaré, si no viene —musitó Martin rotundamente y con rabia. El sombrero de teja del rector había pasado por delante del pórtico. El señor Helstone y su sacristán estaban en la sacristía.

Cesó el sonido de la campana; en el atril se colocó el libro; se cerraron las puertas; comenzó el servicio: el banco de la rectoría seguía vacío; ella no estaba en él; Martin la despreció.

«¡Criatura indigna! ¡Criatura insípida! ¡Saco de palabras huecas! ¡Es como todas las demás chicas: débil, egoísta y superficial!».

Tal era la liturgia de Martin.

«No es como nuestro retrato; sus ojos no son grandes ni expresivos; su nariz no es recta ni delicada, ni helénica; su boca no tiene ese encanto que yo le había atribuido, que yo imaginaba que podía aliviar mi tristeza cuando estoy de peor humor. ¿Qué es? Una percha, una muñeca, un juguete: una chica, en

definitiva».

Tan absorto estaba el joven cínico que olvidó levantarse en el momento indicado, y siguió arrodillado en ejemplar actitud de devoción cuando —terminada la letanía— se atacó el primer himno. Verse así sorprendido no contribuyó a apaciguar su ánimo: se levantó rojo como la grana (pues era tan susceptible al ridículo como cualquier jovencita). Para empeorar las cosas, la puerta de la iglesia había vuelto a abrirse y los pasillos empezaban a llenarse: unos pasos ligeros; cien pies menudos entraron apresuradamente. Eran los alumnos de la escuela dominical. Siguiendo la costumbre de Briarfield durante el invierno, los niños esperaban en una habitación donde había una estufa caliente y los llevaban a la iglesia justo antes del salmo y el sermón.

Los más pequeños se instalaron primero y, por fin, cuando los niños y niñas estuvieron todos sentados —cuando el sonido del órgano subía y el coro y la congregación se levantaban para elevar las notas del salmo— entró silenciosamente una clase de jovencitas, cerrando la procesión. Cuando también ellas estuvieron sentadas, su maestra ocupó el banco de la rectoría. Martin conocía aquella capa gris azulada y el pequeño sombrero de castor: era precisamente el atuendo que su mirada anhelaba captar. La señorita Helstone no había permitido que la tormenta fuera un impedimento; al final, había ido a la iglesia. Seguramente Martin susurró su satisfacción a su libro de himnos; en cualquier caso, hundió su rostro en él durante dos minutos.

Satisfecho o no, tuvo tiempo de encolerizarse de nuevo con ella antes de que terminara el sermón; la señorita Helstone no le había mirado ni una sola vez; al menos, no había tenido la suerte de interceptar una mirada.

«Si no se fija en mí —pensó—, si demuestra que no estoy en sus pensamientos, tendré peor opinión que nunca de ella. Sería de lo más despreciable que hubiera venido por esos colegiales con cara de borrego de la escuela dominical y no por mí o por ese esqueleto larguirucho de Moore».

El sermón llegó a su término; se dio la bendición; la congregación se dispersó; la señorita Helstone no se había acercado en ningún momento.

Cuando Martin emprendió el regreso a casa, notó, ahora sí, que el aguanieve era realmente intenso y el viento del este realmente frío.

El camino más corto atravesaba unos campos; era peligroso, porque la nieve estaba sin pisar; no le importó; lo cogería igual. Junto a la segunda cerca con escalera se alzaba un bosquecillo. ¿Era un paraguas lo que esperaba allí? Sí, un paraguas que se sostenía con dificultad bajo la ventisca. Detrás del paraguas ondeaba una capa gris azulada. Martin sonrió al tiempo que subía esforzadamente la empinada cuesta cubierta de nieve, tan difícil para el pie como una pendiente en las regiones superiores del Etna. Su rostro tenía una

expresión inimitable cuando, al llegar a la escalera, se sentó en ella, impasible, e inició una conversación que, por su parte, estaba dispuesto a prolongar indefinidamente.

—Creo que sería mejor que hiciera un trato: cámbieme por la señora Pryor.

—No estaba segura de que fuera a venir por este camino, Martin, pero he decidido arriesgarme. Ni en la iglesia ni en el cementerio se puede hablar en privado.

—¿Está de acuerdo? ¿Mandaría a la señora Pryor con mi madre, y me pondría a mí en su papel?

—¡Como si le entendiera! ¿Cómo se le ha metido la señora Pryor en la cabeza?

—Usted la llama «mamá», ¿no es así?

—Es mi madre.

—Imposible; una madre tan poco eficiente, tan descuidada; yo sería cinco veces mejor. Puede usted reírse; no pongo objeciones a verla reír: sus dientes... detesto los dientes feos, pero los suyos son tan bonitos como un collar de perlas, un collar incluso con las perlas más blancas y más regulares.

—Martin, ¿a qué viene eso? Creía que los Yorke no hacían jamás cumplidos.

—No los han hecho hasta esta generación, pero yo me siento como si mi vocación fuera a llegar a ser una nueva variedad de la especie Yorke. Estoy cansado de mis propios antepasados; tenemos tradiciones que se remontan a cuatro siglos: historias de Hiram, que fue hijo de Hiram, que fue hijo de Samuel, que fue hijo de John, que fue hijo de Zerubbabel Yorke. Todos, desde Zerubbabel hasta el último Hiram, fueron tal como usted ve a mi padre. Antes de eso hubo un Godfrey; tenemos su retrato, está colgado en la habitación de Moore: es igual que yo. De ese personaje no sabemos nada, pero estoy seguro de que era diferente de sus descendientes: tiene los largos cabellos negros y rizados; viste con pulcritud de caballero. Habiendo dicho antes que es igual que yo, no es necesario que añada que es apuesto.

—Usted no es apuesto, Martin.

—No, pero espere un poco, deme tiempo. Tengo intención de empezar a cultivarme, a refinarme, desde hoy mismo, y ya veremos.

—Es un muchacho muy extraño, Martin, pero no crea que llegará a ser apuesto: no puede.

—Pienso intentarlo. Pero estábamos hablando de la señora Pryor; debe de ser la madre más desnaturalizada que existe para dejar que su hija salga a la

intemperie con este tiempo. La mía se ha enfadado de veras porque he querido ir a la iglesia; ha estado a punto de lanzarme el escobón de la cocina.

—Mamá estaba muy preocupada por mí, pero me temo que he sido más obstinada que ella: tenía que salir.

—¿Para verme a mí?

—Exactamente. No pensaba en otra cosa. Temía que la nieve le impidiera venir. No sabe lo que me he alegrado al verlo solo en el banco.

—He ido para cumplir con mi deber y dar un buen ejemplo a la parroquia. Así que ha sido obstinada, ¿verdad? Me gustaría verla en uno de esos momentos, ya lo creo que sí. ¿No conseguiría yo imponerle disciplina si fuera su dueño? Déjeme sostenerle el paraguas.

—No puedo quedarme ni dos minutos; la comida en la rectoría debe de estar ya lista.

—Y también la nuestra, y siempre comemos platos calientes los domingos. Hoy será ganso asado con pastel de manzana y pudín de arroz. Siempre me las arreglo para saber cuál será el menú. Bien, todos esos platos me entusiasman, pero me sacrificaré, si usted también lo hace.

—Nosotros tendremos una comida fría: mi tío no permite que se cocine especialmente el día del Señor. Pero debo regresar; se armaría un gran revuelo en casa si no apareciera.

—¡También en Briarmains, por Dios! Ya me parece oír a mi padre enviando al capataz y a cinco de sus tintoreros en seis direcciones diferentes para que busquen el cuerpo de su hijo pródigo en la nieve, y a mi madre arrepintiéndose de los muchos agravios que me ha infligido, ahora que ya no estoy.

—Martin, ¿cómo está el señor Moore?

—Para eso ha venido, sólo para hacer esa pregunta.

—Vamos, dígamelo ya.

—¡Que lo cuelguen! No está peor, pero lo tratan tan mal como siempre, enjaulado, encerrado y solo. Quieren convertirlo en un idiota o en un maníaco, y que lo declaren loco. Horsfall lo mata de hambre; ya vio lo delgado que estaba.

—Fue muy bueno el otro día, Martin.

—¿Qué día? Yo soy siempre bueno, un modelo.

—¿Cuándo volverá a serlo?

—Ya veo lo que pretende, pero no conseguirá engatusarme. Yo no soy ningún gato.

—Pero debe hacerse; es absolutamente correcto y necesario.

—¡Cómo abusa de mí! Recuerde que fui yo el que lo hizo todo la otra vez por propia voluntad.

—Y volverá a hacerlo.

—No. Todo ese asunto me dio demasiados quebraderos de cabeza. Me gusta la tranquilidad.

—El señor Moore quiere verme, Martin, y yo quiero verlo a él.

—Lo supongo —con frialdad.

—Es una crueldad que su madre excluya a los amigos.

—Dígaselo a ella.

—A sus propios parientes.

—Vaya y échesele en cara.

—Sabe perfectamente que no se conseguiría nada. Bueno, no cejaré en mi empeño. Tengo que verlo y lo veré. Si usted no me ayuda, me las arreglaré sola.

—Hágalo; no hay nada como la confianza en uno mismo y no depender de nadie más.

—Ahora no tengo tiempo de discutir, pero creo que es usted irritante. Buenos días.

Así se fue la señorita Helstone, con el paraguas cerrado, pues no podía sujetarlo contra el viento.

«No es insulsa, no es superficial —se dijo Martin—. Será interesante observar cómo se desenvuelve sin ayuda. Aunque la tormenta no fuera de nieve, sino de fuego, como el que cayó para arrasar las ciudades de la llanura, ella la arrostraría con tal de conseguir hablar cinco minutos con ese Moore. Bueno, creo que he disfrutado de una mañana placentera: las decepciones han servido para pasar el tiempo; los miedos y arrebatos de ira han hecho que esta corta conversación haya sido más agradable cuando se ha producido al fin. Ella esperaba convencerme en seguida. No lo va a conseguir a la primera; tendrá que venir una y otra y otra vez. Me gustaría enfurecerla, hacerla llorar; quiero descubrir hasta dónde estaría dispuesta a llegar, qué se atrevería a hacer, para imponer su voluntad. Me parece extraño y novedoso encontrar a un ser humano que piensa tanto en otro como ella piensa en Moore. Pero es hora de volver a casa; mi apetito me lo dice. ¿Voy yo a renunciar al ganso? Y

veremos si hoy es Matthew o soy yo quien se lleva la tajada más grande del pastel de manzana».

CAPÍTULO XXXV

EN EL QUE SE HACEN CIERTOS PROGRESOS, AUNQUE ESCASOS

Martin lo tenía todo bien pensado: había trazado un hábil plan para su divertimento particular, pero intrigantes más viejos y sabios que él están a menudo condenados a ver barridos proyectos mejor hilvanados por la súbita escoba del Destino, esa cruel ama de casa cuyo brazo colérico nadie puede dominar. En el caso presente, esa escoba estaba fabricada con las duras fibras de la terca resolución de Moore, firmemente atadas con el hilo de su voluntad. Empezaba a recobrar la fuerza y a hacer extraños progresos en detrimento de la señora Horsfall. Cada mañana asombraba a la matrona con algo nuevo. Primero, la liberó de sus deberes como ayudante de cámara: se vestiría solo. Después, rechazó el café que le llevaba: desayunaría con la familia. Finalmente, se negó a dejarla entrar en la habitación. El mismo día, en medio de las protestas de todas las mujeres de la casa, salió al aire libre. A la mañana siguiente fue con el señor Yorke a la oficina de contabilidad y solicitó que se enviara a alguien a Redhouse Inn a pedir un tálburi. Estaba decidido, dijo, a regresar al Hollow aquella misma tarde. En lugar de oponerse, el señor Yorke le hizo de cómplice: mandó ir en busca del tálburi, aunque la señora Yorke afirmó que eso sería la muerte de Moore. El tálburi llegó. Moore, parco en palabras, hizo hablar a su bolsa: expresó su gratitud a los sirvientes y a la señora Horsfall con el tintineo de sus monedas. Esta última aprobó y comprendió su lenguaje perfectamente, que reparaba toda contumacia previa; su paciente y ella se despidieron como los mejores amigos del mundo.

Una vez visitada y apaciguada la cocina, Moore se dirigió a la salita: tenía que aplacar a la señora Yorke, tarea que no resultaría tan fácil como pacificar a sus criadas. Allí estaba ella, sumida en una hosca ira, absorta sus pensamientos en las más sombrías especulaciones sobre la profundidad de la ingratitud del hombre. Moore se acercó y se inclinó sobre ella. Ella se vio obligada a alzar la vista, aunque fuera sólo para echarlo. Aún había belleza en los rasgos pálidos y consumidos del joven; había seriedad y una especie de dulzura —pues sonreía— en sus ojos hundidos.

—¡Adiós! —dijo y, cuando habló, su sonrisa resplandeció y se difuminó. Ya no tenía un dominio férreo sobre sus sentimientos: en su estado de

debilidad, cualquier emoción insignificante se hacía patente.

—¿Y por qué nos abandona? —preguntó ella—. Nosotros le cuidaremos y haremos todo lo que nos pida, si se queda hasta que esté un poco más fuerte.

—¡Adiós! —repitió él, y añadió—: Ha sido usted como una madre para mí. Dele un abrazo a su obstinado hijo.

Como extranjero que era, le ofreció primero una mejilla y luego la otra: ella le dio sendos besos.

—¡Qué trastorno, qué carga he sido para ustedes! —musitó.

—¡Ahora sí que nos trastorna, joven testarudo! —fue la réplica—. ¿Quién va a cuidar de usted en la casa del Hollow? Su hermana Hortense sabe tanto de estas cosas como una niña.

—¡Gracias a Dios! Porque he tenido cuidados suficientes para toda la vida.

En aquel momento entraron las hijas de la señora Yorke: Jessie llorando, Rose tranquila, pero seria. Moore se las llevó al vestíbulo para consolarlas y darles un beso. Sabía que, por su carácter, la madre no soportaba ver que se prodigaban muestras de cariño a otra persona que no fuera ella misma: se habría enojado si Moore hubiera acariciado a un gatito en su presencia.

Los chicos estaban junto al tálburi cuando Moore se montó en él, pero de ellos no se despidió. Al señor Yorke se limitó a decirle:

—Por fin se libra de mí. Fue un disparo desafortunado para usted, Yorke; convirtió Briarmains en un hospital. Venga pronto a verme al Hollow.

Moore subió el cristal de la ventanilla; el tálburi emprendió la marcha. Al cabo de media hora Moore se bajaba frente al portillo de su jardín. Tras pagar al cochero y despedir el vehículo, se apoyó en ese portillo un instante para descansar y meditar a la vez.

«Hace seis meses salí por esta puerta —se dijo— como un hombre orgulloso, furioso y decepcionado. Vuelvo ahora más triste y más sabio; débil, pero no preocupado. Me rodea un mundo frío y gris, pero sereno. Un mundo del que, si bien poco espero, tampoco temo nada. No siento ya el terror a la vergüenza que antes me esclavizaba. Si llegara lo peor, puedo trabajar, igual que Joe Scott, para ganarme la vida honradamente. En ese destino funesto veo aún dificultades, pero no degradación. Antes, la ruina me parecía equivalente al deshonor. Ahora ya no: conozco la diferencia. La ruina es un mal, pero para ese mal estoy preparado; sé qué día llegará, pues lo he calculado. Aún puedo aplazarla seis meses, ni una hora más. Si cambian las cosas antes de esa fecha, lo que no es probable; si se libera nuestro negocio de las trabas que ahora parecen insolubles (de todas las cosas, la que menos probabilidades de suceder tiene), puede que todavía venza en esta larga contienda, puede que... ¡Dios

bendito! ¿Qué no podría hacer? Pero la idea no es más que una locura pasajera. Seamos cuerdos. La ruina llegará; que caiga su hacha sobre las raíces de mi fortuna para cortarlas. Arrancaré un árbol joven, cruzaré el mar y lo plantaré en los bosques americanos. Louis vendrá conmigo. ¿No vendrá nadie más que Louis? No puedo decirlo... no tengo derecho a preguntarlo».

Entró en casa.

Era por la tarde y fuera todavía había luz. En el cielo crepuscular no había estrellas ni luna, pues, aunque la helada era tan intensa que ennegrecía la vegetación, el cielo llevaba una máscara de nubes congeladas y compactas. También el embalse de la fábrica estaba helado. El Hollow estaba sumido en un silencio absoluto; dentro ya era de noche. Sarah había encendido un buen fuego en el gabinete y preparaba el té en la cocina.

—Hortense —dijo Moore cuando su hermana se apresuró a ayudarle a quitarse la capa—. Estoy contento de volver a casa.

Hortense no se dio cuenta de la singular novedad de aquella expresión en boca de su hermano, que antes jamás había considerado aquella casa como suya, y a quien sus estrechos límites habían parecido siempre más restrictivos que protectores. Sin embargo, todo lo que contribuyera a la felicidad de su hermano la hacía feliz a ella, y así lo manifestó.

Robert se sentó, pero pronto volvió a levantarse; se acercó a la ventana; regresó junto al fuego.

—¡Hortense!

—Mon frère?

—Este gabinete está muy limpio y agradable; parece especialmente alegre.

—Es cierto, hermano. En tu ausencia he mandado limpiar escrupulosamente la casa de arriba abajo.

—Hermana, creo que en este primer día de mi regreso a casa deberías invitar a alguna amiga a tomar el té, aunque sólo sea para enseñarle lo pulcra que la has dejado.

—Cierto, hermano; si no fuera tan tarde, podría enviar recado a la señorita Mann.

—Sí, pero realmente es demasiado tarde para molestar a esa buena señora, y hace demasiado frío para que salga.

—¡Qué considerado eres, querido Robert! Tendremos que posponerlo para otro día.

—Quiero invitar a alguien hoy, querida hermana. A alguna persona

tranquila que no nos canse a ninguno de los dos.

—¿La señorita Ainley?

—Excelente persona, según dicen, pero vive demasiado lejos. Dile a Harry Scott que vaya a la rectoría y que diga de tu parte que invitas a Caroline Helstone a pasar la velada contigo.

—¿No sería mejor mañana, querido hermano?

—Me gustaría que viera la casa ahora mismo. Su limpieza y su pulcritud te honran.

—Podría ser beneficioso para ella, a modo de ejemplo.

—Podría y debe serlo. Tiene que venir.

Moore se dirigió a la cocina.

—Sarah, retrasa el té media hora —dijo.

Luego encargó a la criada que enviara a Harry Scott a la rectoría y garabateó apresuradamente una nota a lápiz, enrollada y dirigida a «la señorita Helstone».

Apenas había tenido tiempo Sarah de impacientarse por miedo a que se estropearan las tostadas ya preparadas cuando regresó el mensajero y, con él, la invitada.

Ésta entró por la cocina, subió tranquilamente la escalera de la cocina para quitarse el sombrero y las pieles, y bajó con la misma calma, con los hermosos rizos graciosamente peinados, el encantador vestido de lana y el delicado cuello sin mácula, y su pequeña y alegre bolsa de labores en la mano. Se detuvo a intercambiar unas cuantas palabras amables con Sarah, a contemplar al gatito moteado recién nacido que se calentaba junto al fuego de la cocina, y a hablar con el canario al que había sobresaltado una súbita llamarada; luego se dirigió al gabinete.

El saludo amable y la calurosa acogida se dispensaron con la naturalidad propia de un encuentro entre primos. Una sensación de placer, serena y sutil como un perfume, se esparció por la habitación; la lámpara que acababan de encender ardía alegremente; llegó la bandeja con el hervidor borbotante.

—Estoy contento de haber vuelto a casa —repitió el señor Moore.

Se sentaron en torno a la mesa. Fue Hortense quien más habló. Felicitó a Caroline por la evidente mejoría de su salud: le había vuelto el color a las mejillas, se la veía más lozana, dijo. Era cierto. El cambio en la señorita Helstone era evidente: todo en ella parecía ágil; habían desaparecido la depresión, el miedo y la melancolía. Ahora que no estaba ya abatida, ni triste,

ni apática, ni lánguida, tenía el aspecto de quien ha probado el cordial que aligera el corazón, y se ha elevado en las alas de la esperanza.

Después del té, Hortense subió a su habitación: hacía un mes que no revolvía sus cajones, y el impulso de hacerlo se volvió irresistible. En su ausencia, la charla corrió por cuenta de Caroline, que asumió la tarea con desenvoltura, adoptando su tono de conversación más ameno. Una placentera facilidad de palabra y un lenguaje elegante dieron un nuevo encanto a temas familiares; un nuevo tono musical en la siempre dulce voz sorprendió gratamente a su interlocutor y lo cautivó; nuevas sombras y luces en la expresión elevaron el joven semblante, dándole carácter y vivacidad.

—Caroline, parece como si te hubieran dado una buena noticia —dijo Moore tras contemplarla con seriedad durante unos minutos.

—¿En serio?

—Te he enviado recado esta noche porque creía que podías animarme, pero me has animado más de lo que esperaba.

—Me alegro. ¿Y realmente te animo?

—Estás radiante; te mueves como flotando; tu voz es musical.

—Es agradable volver a estar aquí.

—Ciertamente es agradable; es lo mismo que yo siento. Y ver la salud en tus mejillas y la esperanza en tus ojos también es agradable, Cary. Pero ¿qué es esa esperanza y cuál es la fuente de esa dicha que percibo en ti?

—Primero, soy feliz por mamá. La quiero muchísimo y ella me quiere a mí. Me cuidó con amor durante mucho tiempo; ahora que me he restablecido gracias a sus cuidados, soy yo la que se ocupa de ella todo el día. Le digo que ahora me toca a mí atenderla, y eso es lo que hago. Soy su camarera, además de su hija. Me gusta... te reirías si supieras cómo me complace hacerle vestidos y coser para ella. Está tan elegante ahora, Robert. No le permito ser anticuada. Y además, su charla es amena, llena de sabiduría, juiciosa, bien informada, y de recursos inagotables que han amasado calladamente sus dotes de observación. Cada día que pasa me gusta más, más alto es mi concepto de ella, más la quiero.

—Eso es entonces lo primero, Cary. Esa forma de hablar de «mamá» basta para que uno sienta celos de la vieja señora.

—No es vieja, Robert.

—De la joven señora, entonces.

—No pretende ser joven.

—Bueno, pues de la matrona. Pero has dicho que el cariño de «mamá» era lo primero que te hacía feliz. ¿Qué es lo otro?

—Que me alegro de que estés mejor.

—¿Qué más?

—Me alegro de que seamos amigos.

—¿Tú y yo?

—Sí. Hubo un tiempo en que pensé que no lo seríamos.

—Cary, tengo intención de contarte un día una cosa de mí que me avergüenza y que, por lo tanto, no te agradará.

—¡Ah! ¡No lo hagas! No soporto la idea de pensar mal de ti.

—Y yo no soporto la idea de que pienses mejor de mí mismo de lo que merezco.

—Bueno, pero lo cierto es que ya estoy al tanto de esa «cosa». En realidad, creo que lo sé todo.

—No, no lo sabes.

—Creo que sí.

—¿A quién concierne, aparte de mí?

Caroline enrojeció; vaciló; calló.

—¡Habla, Cary! ¿A quién concierne?

Ella intentó pronunciar un nombre y no pudo.

—Dímelo; estamos solos. Sé sincera.

—Pero ¿y si me equivoco?

—Te lo perdonaré. Susúrralo, Cary.

Robert acercó la oreja a los labios de Caroline, que, aun así, no quiso o no pudo contestar. Viendo que él aguardaba y que estaba dispuesto a arrancarle una respuesta, dijo por fin:

—Hace una semana, la señorita Keeldar pasó un día en la rectoría. Cuando llegó la noche, helaba, y la convencimos para que se quedara.

—¿Y os dedicasteis a rizaros el pelo?

—¿Cómo lo sabes?

—Y entonces os pusisteis a charlar y ella te contó...

—No fue entonces, así que no eres tan listo como crees. Además, no me

contó nada.

—¿Dormisteis juntas?

—Compartimos la habitación y la cama. No dormimos gran cosa. Nos pasamos la noche hablando.

—¡Pondría la mano en el fuego! Y entonces salió todo a relucir. Tant pis. Habría preferido que lo supieras por mí.

—Te equivocas. Shirley no me contó lo que sospechas; no es del tipo de personas que airean tales cosas, pero yo deduje algo por varias cosas que me dijo, comprendí otras por los rumores y adiviné el resto por instinto.

—Pero si no te contó que quería casarme con ella por su dinero, y que me rechazó, indignada y con desprecio (no es necesario que te sobresaltes ni que te ruborices; tampoco es necesario que te pinches esos dedos temblorosos con la aguja: es la verdad, tanto si te gusta como si no); si no fue ése el asunto del que trataron vuestras augustas confidencias, ¿qué rumbo tomaron? Has dicho que hablasteis toda la noche: ¿de qué?

—De cosas sobre las que nunca antes habíamos hablado en profundidad, pese a haber sido íntimas amigas. Pero no esperarás que te las cuente a ti.

—Sí, sí, Cary, cuéntamelas. Has dicho que somos amigos y los amigos han de confiar siempre el uno en el otro.

—Pero ¿te comprometes a no contar a nadie lo que te diga?

—Totalmente.

—¿Ni siquiera a Louis?

—¿Ni siquiera a Louis? ¿Qué le importan a él los secretos de unas señoritas?

—Robert, Shirley es una persona curiosa y magnánima.

—Supongo. Imagino que tiene sus virtudes y sus defectos.

—Es cautelosa cuando se trata de expresar sus sentimientos, pero cuando éstos fluyen como un río y pasan caudalosos y rápidos ante tus ojos, casi sin su consentimiento, te quedas mirando, te asombras, la admiras y... creo... que la amas.

—¿Viste tú ese espectáculo?

—Sí, en medio de la noche, cuando toda la casa estaba en silencio e iluminada por las estrellas, y el frío reflejo de la nieve brillaba tenuemente en el dormitorio; entonces vi el corazón de Shirley.

—¿Su corazón? ¿Crees que te lo mostró?

—Su corazón.

—¿Y cómo era?

—Como un altar, pues era sagrado; como la nieve, pues era puro; como una llama, pues era cálido; como la muerte, pues era fuerte.

—¿Ama? Dímelo.

—¿Tú qué crees?

—Que no ha amado todavía a nadie que la haya amado.

—¿Quiénes son esos que la han amado?

Robert enumeró una lista de caballeros que se cerraba con sir Philip Nunnely.

—No ha amado a ninguno de ellos.

—Sin embargo, algunos son dignos del afecto de una mujer.

—Del de algunas mujeres, pero no del de Shirley.

—¿Es mejor ella que otras de su sexo?

—Es peculiar y más peligrosa si se casa uno con ella... irreflexivamente.

—Me lo imagino.

—Habló de ti...

—¡Oh! ¡Así que lo hizo! Antes lo has negado.

—No habló como tú imaginas, pero yo le pregunté y la obligué a que me dijera qué pensaba o, más bien, qué sentía por ti. Quería saberlo; hacía tiempo que quería saberlo.

—También yo, pero oigamos el resto. Sin duda piensa que soy un ser vil y despreciable, ¿no?

—La opinión que tiene de ti es casi la más elevada que puede tener una mujer de un hombre. Ya sabes que Shirley puede ser muy elocuente cuando quiere; todavía me parece sentir la pasión de las ardientes palabras con que se expresó.

—Pero ¿qué siente?

—Hasta que tú la escandalizaste (me dijo que la habías escandalizado, pero no quiso contarme cómo), sentía lo mismo que una hermana por un hermano al que quiere y del que está orgullosa.

—No volveré a escandalizarla, Cary, pues su indignación rebotó sobre mí, haciendo que me tambaleara. Pero esa comparación entre hermana y hermano

es una tontería: ella es demasiado rica y orgullosa para abrigar sentimientos fraternales por mí.

—No la conoces, Robert, y ahora creo (antes pensaba de otra forma) que no llegarás a conocerla: tú y ella no estáis hechos para entenderos.

—Puede que sea así. Siento aprecio por ella; la admiro. No obstante, mis impresiones acerca de ella son duras, quizá despiadadas. Creo, por ejemplo, que es incapaz de amar...

—¡Shirley incapaz de amar!

—Que no se casará jamás. La imagino celosa de su orgullo, reacia a renunciar a su poder, a compartir su propiedad.

—Shirley ha herido tu amor propio.

—Cierto, aunque no sentía cariño, ni una chispa de pasión, por ella.

—Entonces, Robert, fue una maldad por tu parte querer casarte con ella.

—Y una vileza, mi pequeña pastora, mi hermosa sacerdotisa. Jamás he deseado besar a la señorita Keeldar en toda mi vida, a pesar de que tiene unos labios bonitos, de color escarlata y redondeados como cerezas maduras; o, si lo deseé, fue un mero impulso visual.

—Ahora dudo de si dices la verdad: las uvas y las cerezas son amargas... «cuando cuelgan demasiado alto».

—Tiene una bonita figura, un bonito rostro, hermosos cabellos: sé ver todos sus encantos, pero no soy sensible a ellos o, si lo soy, es de un modo que ella desdeñaría. Supongo que me tentó el dorado exterior del cebo. Caroline, ¡qué noble persona es tu Robert, grande, bueno, desinteresado, y tan puro!

—Pero no perfecto; cometiste un gran error en una ocasión, pero no volveremos a oír hablar de eso.

—¿Y no pensaremos más en ello, Cary? ¿No lo despreciaremos en el fondo de nuestro corazón amable, pero justo, compasivo, pero recto?

—¡Jamás! Recordaremos que, con la vara que lo midamos, seremos medidos, y no tendremos desprecio que mostrar, sino sólo afecto.

—Que no será suficiente, te lo advierto. Un día se te exigirá algo mucho más fuerte, más dulce y cálido que el afecto. ¿Podrás dármelo?

Caroline estaba conmovida, realmente conmovida.

—Cálmate, Lina —dijo Moore con tono apaciguador—. No tengo intención, porque no tengo derecho, de alterarte ahora, ni en los meses venideros. No pongas esa cara, como si fueras a dejarme. No haremos ninguna

otra alusión perturbadora; volveremos a los cotilleos. No tiembles; mírame a la cara, ve el pobre fantasma, pálido y gris, en que me he convertido, más lastimoso que imponente.

Ella lo miró tímidamente.

—Todavía tienes algo que impone, a pesar de tu palidez —dijo cuando sus miradas se cruzaron.

—Volviendo a Shirley —prosiguió Moore—, ¿crees que se casará algún día?

—Ama.

—Platónicamente, teóricamente, ¡todo disparates!

—Ama, como yo digo, con todo su corazón.

—¿Te lo dijo ella?

—No puedo afirmar que lo dijera con esas palabras; no confesó que amara a un hombre en concreto.

—Eso pensaba.

—Pero el sentimiento se abrió paso a su pesar, y yo lo vi. Habló de un hombre en un tono que no dejaba lugar a dudas; su sola voz fue testimonio más que suficiente. Tras haberle sonsacado su opinión sobre tu carácter, pedí una segunda opinión sobre... otra persona acerca de la cual tenía yo mis conjeturas, aunque eran las más confusas y enmarañadas del mundo. Me empeñé en que hablara: la zarandé, la regañé, le pellizqué los dedos cuando intentó eludirme con sarcasmos y burlas de esa extraña e irritante manera suya, y por fin salió: la voz, digo, fue suficiente; la elevó apenas por encima de un susurro, pero con una intensa vehemencia. No fue una confesión, no hubo confidencias; ella no se rebaja a tales cosas, pero estoy segura de que la felicidad de cierto hombre es tan preciosa para ella como su propia vida.

—¿Quién es él?

—La acusé directamente; no lo negó; no lo reconoció, pero me miró y vi sus ojos al reflejo de la nieve. Me bastó: la vencí sin piedad.

—¿Qué derecho tenías a vencer? ¿Quieres decir con eso que su corazón está libre?

—Esté yo como esté, Shirley es una cautiva. ¡La leona ha encontrado su domador! Puede que sea dueña de todo cuanto la rodea, pero no lo es de sí misma.

—¿De modo que te regocijaste al reconocer a una compañera de cautividad en una mujer tan hermosa y señorial?

—Sí. Robert, dices bien, en una mujer tan hermosa y señorial.

—Lo confiesas, entonces, ¿eres una compañera de cautividad?

—No confieso nada, pero digo que la altanera Shirley no es más libre de lo que fue Agar.

—¿Y puedes decirme quién es el Abraham, el heroico patriarca que ha logrado tal conquista?

—Hablas aún con cinismo y desprecio, y con amargura, pero yo te haré cambiar de actitud.

—Ya lo veremos. ¿Puede casarse Shirley con ese Cupido?

—¡Cupido! Es tan Cupido como tú eres un Cíclope.

—¿Puede casarse con él?

—Ya lo verás.

—Quiero saber su nombre, Cary.

—Adivínalo.

—¿Es alguien de la vecindad?

—Sí, de la parroquia de Briarfield.

—Entonces es alguien indigno de ella. No conozco una sola alma en la parroquia de Briarfield que sea su igual.

—Adivina.

—Imposible. Supongo que está engañada y al final cometerá un disparate.

Caroline sonrió.

—¿Apruebas la elección? —preguntó Moore.

—Totalmente.

—Entonces estoy desconcertado, pues la cabeza que ostenta esa abundante cascada de rizos castaños es una excelente máquina de pensar, de alta precisión, que se vanagloria de un juicio correcto y equilibrado, heredado de «mamá», supongo.

—Y yo apruebo la elección totalmente, y a mamá le encantó.

—¡A «mamá» le encantó! A la señora Pryor. ¿No es entonces un amor romántico?

—Es romántico, pero también es razonable.

—Dímelo, Cary. Dímelo, por piedad. Estoy demasiado débil para que me

atormentes de esta manera.

—Has de sufrir un poco; no te hará ningún daño, no estás tan débil como pretendes.

—Dos veces se me ha pasado ya por la cabeza esta noche la idea de caer al suelo a tus pies.

—Más vale que no lo hagas; me negaría a ayudarte a levantarte.

—Y de adorarte. Mi madre era católica; te pareces a la más encantadora de las imágenes de la Virgen que tenía. Creo que abrazaré su fe para arrodillarme y adorarte a ti.

—Robert, Robert, estate quieto, no seas ridículo. Me iré con Hortense si haces extravagancias.

—Me has robado el sentido; ahora mismo no me viene nada a la cabeza más que les litanies de la sainte Viérge. «Rose celeste, reine des Anges!».

—«Tour d'ivoire, maison d'or»; ¿no es ésa la jerga? Bueno, siéntate y acierta la adivinanza.

—Pero ¡«mamá», encantada! Ahí está lo asombroso.

—Te diré lo que dijo mamá cuando se lo conté: «Puedes estar segura, querida mía, de que esa elección hará feliz a la señorita Keeldar».

—Haré un intento y nada más. Es el viejo Helstone. Va a ser tu tía.

—Se lo contaré a mi tío; ¡se lo contaré a Shirley! —exclamó Caroline, entre risas gozosas—. Prueba otra vez, Robert. Tus errores son muy divertidos.

—Es el párroco, Hall.

—Desde luego que no; él es mío, con tu permiso.

—¡Tuyo! ¡Sí! Todas las mujeres de Briarfield parecen haber convertido a ese sacerdote en un ídolo. Me gustaría saber por qué; es calvo, corto de vista y con los cabellos grises.

—Vendrá Fanny a buscarme antes de que hayas resuelto el acertijo, si no te das prisa.

—No más adivinanzas, estoy cansado. Además, no me importa. Por mí como si se casa con le grand Ture.

—¿Quieres que te lo susurre?

—Eso sí, y rápido. Ahí viene Hortense; acércate un poco más, Lina mía. Me importa más el susurro que las palabras.

Caroline susurró un nombre. Robert dio un respingo, sus ojos centellearon,

él soltó una breve carcajada. Entró la señorita Moore, y detrás de ella Sarah para informar de que había llegado Fanny. No había más tiempo para conversaciones.

Robert encontró un momento para intercambiar unas cuantas frases más entre cuchicheos; aguardaba al pie de la escalera cuando Caroline bajó para ponerse el chal.

—¿Debo llamar noble criatura a Shirley ahora? —preguntó él.

—Si quieres decir la verdad, por supuesto.

—¿Debo perdonarla?

—¿Perdonarla? ¡Qué malo eres, Robert! ¿Quién obró mal, tú o ella?

—¿Debo amarla por fin, Cary?

Caroline alzó el rostro con vehemencia e hizo un movimiento hacia él entre cariñoso y malhumorado.

—Una palabra tuya, e intentaré obedecerte.

—Por supuesto que no debes amarla; la sola idea es perversa.

—Pero es hermosa, peculiarmente hermosa: la suya es una belleza que se hace notar poco a poco; la primera vez que la ves, sólo te parece bonita; no descubres que es hermosa hasta que no pasa un año.

—No eres tú quien dice esas cosas. Vamos, Robert, sé bueno.

—¡Oh! Cary, no tengo amor que dar. Aunque me cortejara la diosa de la belleza, no podría responder a sus requerimientos: no hay en este pecho un corazón que pueda llamar mío.

—Mejor que mejor; estás a salvo sin él. Buenas noches.

—¿Por qué has de irte siempre, Lina, en el momento justo en que más quiero que te quedes?

—Porque deseas más conservar cuando más seguro es que pierdas.

—Escucha, una palabra más. Vigila tu propio corazón, ¿me oyes?

—No hay peligro.

—No estoy seguro de eso; ese párroco platónico, por ejemplo...

—¿Quién? ¿Malone?

—Cyril Hall; a él le debo más de un arrebato de celos.

—En cuanto a ti, has estado coqueteando con la señorita Mann. El otro día me enseñó una planta que le habías regalado. Fanny, estoy lista.

CAPÍTULO XXXVI

ESCRITO EN LA SALA DE ESTUDIOS

Las dudas de Louis Moore con respecto a la inmediata evacuación de Fieldhead que pensaba llevar a cabo el señor Sympson estaban bien fundadas, como se vio. Al día siguiente de la gran pelea acerca de sir Philip Nunnely se produjo una especie de reconciliación entre tío y sobrina: Shirley, que era demasiado buena para faltar a la hospitalidad o parecerlo (excepto en el caso único del señor Donne), rogó a toda la familia que se quedara unos días más. Tan insistentes fueron sus ruegos que se hizo evidente que existía algún motivo por el que deseaba que se quedaran. Los Sympson le tomaron la palabra; en realidad, el tío no se resignaba a dejarla sin vigilancia y en libertad para casarse con Robert Moore tan pronto como el estado de dicho caballero le permitiera (el señor Sympson rezó piadosamente para que esto no sucediera jamás) renovar sus supuestas pretensiones a la mano de Shirley. Se quedaron todos.

En un primer momento, ofuscado por la ira contra la casa de los Moore, el señor Sympson se había conducido de tal modo con el señor Louis que éste —paciente con el duro trabajo o el sufrimiento, pero intolerante con la insolencia grosera— había dimitido de su cargo en el acto, y sólo aceptó volver a ocuparlo hasta que la familia abandonara Yorkshire. Sólo eso consiguieron las súplicas de la señora Sympson; el afecto que sentía Louis por su pupilo fue un motivo adicional para que accediera, y seguramente tenía un tercer motivo, más fuerte que cualquiera de los otros dos; seguramente le habría resultado realmente penoso abandonar Fieldhead en aquel preciso momento.

Todo fue bien durante un tiempo; la señorita Keeldar recobró la salud y el buen ánimo; Moore había hallado el modo de disipar todas sus aprensiones nerviosas y, verdaderamente, desde el momento mismo en que Shirley se confió a él, todos los miedos parecieron alzar el vuelo, su corazón volvió a ser tan alegre y su actitud tan despreocupada como las de una niña que, sin pensar ni en su propia vida ni en la muerte, delega toda la responsabilidad en sus padres. Louis Moore y William Farren —por cuyo medio inquirió el primero acerca del estado de Phoebe— convinieron en afirmar que la perra no estaba rabiosa, que sólo los malos tratos la habían inducido a huir, pues estaba demostrado que su amo tenía la costumbre de castigarla con violencia. Su afirmación podía ser o no ser cierta; el mozo de cuadra y el guardabosques decían lo contrario, y afirmaban que, si aquél no era un caso claro de hidrofobia, era porque no existía tal enfermedad. Louis Moore no dio crédito a

tales pruebas y a Shirley le informó únicamente de lo que podía ser alentador. Ella le creyó y, verdadero o falso, lo cierto es que en su caso el mordisco fue totalmente inocuo.

Pasó noviembre; llegó diciembre. Por fin los Sympson se marchaban: consideraban un deber estar en casa por Navidad; hacían el equipaje; partirían al cabo de pocos días. Una noche de invierno, durante la última semana de su estancia, Louis Moore volvió a coger su cuaderno de hojas blancas y conversó con él como sigue:

Está más encantadora que nunca. Desde que se despejó aquella pequeña nube, el deterioro y la palidez se han desvanecido. Fue maravilloso ver la prontitud con que la mágica energía de la juventud le devolvió la vivacidad y la lozanía.

Después del desayuno de esta mañana, después de verla y escucharla, después de —por así decirlo— sentirla con cada átomo sensible de mi cuerpo, he pasado de su resplandeciente presencia al frío del salón. Al coger un pequeño libro encuadernado en oro, he descubierto que contenía una selección poética. He leído un par de poemas; no sé si el hechizo estaba en mí o en los versos, pero mi corazón se ha conmovido, mi pulso se ha acelerado; estaba enardecido, pese al ambiente helado. Yo también soy joven todavía; aunque ella dijo que nunca me ha considerado joven, apenas he cumplido los treinta. Hay momentos en que la vida —sin otro motivo más que el de mi juventud— me sonrío con dulzura.

Era la hora de ir a la sala de estudios y allí fui. La habitación es bastante agradable por las mañanas; el sol se filtra entonces a través de la baja celosía; los libros están ordenados; no hay papeles esparcidos; el fuego es limpio y claro; no han caído todavía cenizas ni se han acumulado. Encontré a Henry allí, y con él a la señorita Keeldar: estaban juntos.

He dicho que estaba más encantadora que nunca: es cierto. En sus mejillas se abren sendas rosas de un tono que no es intenso, sino delicado; sus ojos, siempre oscuros, nítidos y expresivos, expresan ahora un lenguaje que no puedo traducir. Es la manifestación, vista, que no oída, mediante la que debían de comunicarse los ángeles entre sí cuando había «silencio en el cielo». Sus cabellos han sido siempre negros como la noche y finos como la seda, su cuello ha sido siempre blanco, flexible, nacarado, pero ahora tienen un nuevo encanto: sus bucles son suaves como las sombras y los hombros sobre los que caen tienen la gracia de una diosa. Antes sólo veía su belleza, ahora la siento.

Henry le decía la lección aprendida antes de decírmela a mí; ella sostenía el libro con una mano, la otra mano la sostenía él. Ese muchacho disfruta de más privilegios de los que le corresponden; se atreve a acariciar y es acariciado. ¡Cuánta indulgencia y cuánta compasión le demuestra ella! Son

excesivas; de continuar así, en unos cuantos años, cuando el alma de Henry estuviera ya formada, se la entregaría a ella en ofrenda como yo le he entregado la mía.

He visto que sus párpados se agitaban cuando he entrado yo, pero no ha levantado la vista; ahora apenas me mira. También parece más callada; a mí casi nunca me habla y, cuando estoy presente, habla poco con los demás. En mis horas bajas, atribuyo este cambio a la indiferencia... a la aversión... a quién sabe qué. En los momentos de euforia, le doy otro significado, me digo que si fuera su igual, encontraría recato en esa timidez, y amor en ese recato. Tal como están las cosas, ¿puedo atreverme a buscarlo? ¿Qué haría con él, si lo encontrara?

Esta mañana me he atrevido por fin a buscar la manera de pasar a solas una hora con ella; no sólo deseaba esa entrevista, estaba dispuesto a obtenerla. Me he atrevido a buscar el abrigo de la soledad. Con gran decisión he pedido a Henry que viniera a la puerta y le he dicho sin vacilar; «Vaya a donde quiera, muchacho, pero no vuelva hasta que yo le llame».

Noté que a Henry no le gustaba que lo echara; el muchacho es joven, pero también es un pensador. Sus ojos reflexivos me miran a veces con un extraño brillo; intuye lo que me une a Shirley; adivina que hay un placer mayor en la reserva con la que ella me trata a mí que en todas las expresiones de afecto que le dispensa a él. El joven león lisiado me rugiría alguna que otra vez por haber domado a su leona y ser ahora su guardián, si no fuera porque el hábito de la disciplina y el instinto del afecto lo mantienen a raya. Adelante, Henry, debes aprender a aceptar tu parte de amargura en la vida, como el resto de la estirpe de Adán, la que ha existido antes y la que vendrá después de ti; tu destino no puede ser una excepción a la suerte de toda la humanidad; agradece que tu amor se desengañe en época tan temprana, antes de que pueda reclamar su afinidad con la pasión. El enojo de una hora, una punzada de envidia, bastan para expresar lo que sientes; el clima de tus emociones no conoce aún los celos ardientes como el sol en lo alto, la rabia destructora como una tormenta tropical... todavía.

Ocupé mi lugar habitual en el escritorio, como acostumbraba a hacer. Tengo la suerte de ser capaz de disimular mi agitación interna con una calma aparente. Nadie que observe mi rostro imperturbable podrá adivinar el torbellino que se revuelve a veces en mi corazón, se traga mis pensamientos y hace zozobrar la prudencia. Es agradable tener el don de seguir el curso de la vida con tranquilidad y firmeza sin alarmar a nadie con un movimiento excéntrico. No tenía intención en aquel momento de pronunciar una sola palabra de amor, ni de revelar ni una sola chispa del fuego en el que me consumía. Jamás he sido presuntuoso, nunca lo seré. Antes que parecer siquiera egoísta e interesado, me levantaré decididamente, haré de tripas

corazón y me alejaría de ella para siempre, para buscar en el confín del mundo una vida nueva, fría y estéril como la roca que diariamente baña la marea salada. Mi propósito esta mañana era observarla a ella detenidamente, leer una línea en la página de su corazón. Antes de marcharme, estaba resuelto a saber qué era lo que dejaba atrás.

Tenía varias plumas que arreglar; a la mayoría de los hombres les habrían temblado las manos teniendo el corazón tan agitado; las mías han trabajado sin que les fallara el pulso, y mi voz, cuando me he decidido a ejercitarla, no ha vacilado.

—Dentro de una semana estará usted sola en Fieldhead, señorita Keeldar.

—Sí, creo que mi tío tiene ahora la seria intención de marcharse.

—Se va descontento.

—Está disgustado conmigo.

—Se va tal como vino, su estancia aquí no le ha servido de nada; eso le mortifica.

—Confío en que el fracaso de sus planes le quite las ganas de trazar otros nuevos.

—A su modo, el señor Sympson era sincero al desear lo mejor para usted. Todo lo que ha hecho, o pretendía hacer, creía que era por su bien.

—Dice mucho en su favor que quiera defender a un hombre que se ha permitido tratarle a usted con tanta insolencia.

—Jamás me he escandalizado cuando lo que dice una persona está de acuerdo con su carácter, ni le he guardado resentimiento por ello, y desde luego el ataque vulgar y virulento de que fui objeto después de que usted lo hubiera derrotado estaba en perfecta consonancia con su carácter.

—¿Dejará de ser el preceptor de Henry?

—Me separaré de Henry por un tiempo (si él y yo vivimos, volveremos a encontrarnos, porque existe un afecto mutuo), y seré expulsado del seno de la familia Sympson para siempre. Por fortuna este cambio no me deja desamparado, pero precipita la ejecución prematura de proyectos concebidos hace ya tiempo.

—No hay cambio que lo pille a usted desprevenido. Estaba segura de que estaría preparado para cualquier alteración repentina con su calma característica. Siempre he pensado que vive usted en el mundo como un arquero solitario en un bosque, atento y vigilante, pero el carcaj que cuelga de su hombro contiene más de una flecha y su arco está provisto de una segunda cuerda. Tal es también la costumbre de su hermano. Podrían partir ambos

como cazadores errantes hacia las tierras más salvajes y remotas del Oeste, y saldrían adelante. Los árboles les servirían para hacerse una cabaña, el seno desnudo del bosque talado les proporcionaría campos de labranza, los búfalos probarían los disparos de sus rifles, y, agachando cuernos y joroba, les rendirían homenaje.

—¿Y una tribu india de pies negros o de cabezas achatadas nos proporcionaría sendas esposas, tal vez?

—No —vaciló—, creo que no. Lo salvaje es sórdido; creo, es decir, espero que ninguno de los dos compartiera su hogar con alguien a quien no pudiera entregar el corazón.

—¿Cómo se le ha ocurrido hablar del salvaje Oeste, señorita Keeldar? ¿Ha estado conmigo en espíritu sin que yo la viera? ¿Se ha introducido en mis ensoñaciones y ha contemplado mi cerebro elaborando un proyecto de futuro?

Ella había roto en pedazos un trozo de papel para encender velas, pajuela lo llaman; arrojó al fuego un fragmento tras otro y contempló cómo se consumían pensativamente. No dijo nada.

—¿Cómo se ha enterado de lo que parece saber sobre mis intenciones?

—No sé nada; acabo de descubrirlo; yo hablaba al azar.

—Su azar parece adivinación. Nunca volveré a ser preceptor; jamás volveré a tener un pupilo después de Henry y de usted; nunca más volveré a sentarme diariamente a la mesa de otro hombre, ni seré el apéndice de una familia. Soy un hombre de treinta años; jamás he sido libre desde que era un niño de diez. Es tanta mi sed de libertad, siento una pasión tan profunda por conocerla y hacerla mía, un deseo de día y un anhelo de noche tan grandes por obtenerla y poseerla, que incluso cruzaría el Atlántico para conseguirla; la seguiré hasta el corazón de los bosques vírgenes. No aceptaré a una salvaje como esclava; no podría ser una esposa. No conozco a ninguna mujer blanca a la que ame que quiera acompañarme, pero estoy convencido de que me aguarda la libertad, sentada bajo un pino. Cuando la llame, vendrá a mi casa de troncos y colmará mi abrazo.

Shirley no pudo oírme hablar así sin sentirse conmovida, y ciertamente se conmovió. Era bueno; era lo que yo pretendía. No pudo responderme, ni mirarme; yo habría lamentado que hubiera podido hacerlo. Tenía las mejillas encendidas como si una flor de color carmesí, a través de cuyos pétalos brillara el sol, hubiera arrojado su luz sobre ella. En los párpados blancos y las cejas negras de sus ojos bajos temblaba cuanto de delicado hay en un sentido del pudor entre doloroso y placentero.

Pronto pudo dominar su emoción y reprimir sus sentimientos. Vi que había

notado la insurrección y despertaba para aplastarla; se sentó. Pude leer la expresión de su cara; decía: «Veo la línea que es mi límite; no hay nada que pueda hacer que lo traspase. Siento, sé hasta dónde puedo revelar mis sentimientos, y cuándo debo cerrar el libro. He avanzado cierta distancia, toda la que me permite la naturaleza auténtica y soberana de mi sexo. Aquí me planto. Mi corazón puede romperse si es rechazado; que se rompa, jamás me deshonrará, jamás deshonrará a mis hermanas. ¡Sufrir antes que rebajarse! ¡Muerte antes que traición!».

Yo, por mi parte, me decía: «Si ella fuera pobre, estaría a sus pies. Si fuera menor su rango, la estrecharía entre mis brazos. Su dinero y su posición son dos grifos que la guardan, uno a cada lado. El amor mira y suspira, pero no se atreve. La pasión revolotea sobre ella, pero se mantiene a raya. La verdad y la devoción se espantan. No hay nada que perder en ganarla, no hay que hacer sacrificio alguno; el beneficio es neto y, por lo tanto, indescriptiblemente difícil».

Difícil o no, tenía que hacer algo, tenía que decir algo. No podía ni quería permanecer en silencio ante aquella beldad que la modestia enmudecía. Hablé, y aún hablé con calma pero, aunque mis palabras eran serenas, noté que adquirirían un tono marcado, rotundo y grave.

—Aun así, sé que me sentiría extraño con esa ninfa de las montañas, la libertad. Sospecho que es pariente de esa soledad que cortejé en otro tiempo y de la que ahora quiero divorciarme. Estas oréadas son peculiares: se acercan a ti con su embrujo sobrenatural, como una noche estrellada; te inspiran un deleite intenso, pero sin calor; su belleza es la belleza de los espíritus; su gracia no es la gracia de la vida, sino la de las estaciones o los paisajes naturales; el suyo es el húmedo arrebol de la mañana, el lánguido resplandor del anochecer, la paz de la luna, la volubilidad de las nubes. Quiero algo distinto y lo tendré. Ese esplendor élfico es frío a la vista y helado al tacto. No soy un poeta: no puedo vivir con abstracciones. Usted, señorita Keeldar, con su humor sarcástico, me ha llamado a veces filósofo materialista, dando a entender que me basta con vivir de lo sustancial. Ciertamente me siento materialista de los pies a la cabeza y, aunque la Naturaleza es gloriosa y yo la adoro con la sólida intensidad de un sólido corazón, preferiría contemplarla a través de los suaves ojos humanos de una esposa amante y amada antes que a través de las fieras órbitas de la más alta diosa del Olimpo.

—Juno no podría asarle un filete de búfalo como a usted le gusta —dijo ella.

—No, no podría. Pero yo le diré quién podría hacerlo: una joven huérfana, sin dinero ni amigos. Ojalá encontrara a alguien así; lo bastante bonita para que yo la amara, con una mente y un corazón que fueran de mi gusto, que no

carecieran de educación, sinceros y modestos. Nada me importan los conocimientos adquiridos, pero aceptaría de buena gana el germen de esas dulces dotes naturales con las que no puede rivalizar nada de lo que se adquiere. En cuanto al carácter, el que el Destino disponga: puedo dominar cualquiera, por apasionado que sea. De una criatura como ésta, me gustaría ser, primero tutor y después marido. Le enseñaría mi lenguaje, mis hábitos y mis principios, y luego la recompensaría con mi amor.

—¡Recompensarla! ¡Señor de la creación! ¡Recompensarla! —exclamó ella con una mueca.

—Y ella me lo devolvería multiplicado por mil.

—Si quisiera, señor mío.

—Querría.

—Ha estipulado usted cualquier carácter que sea voluntad del Destino. Un carácter compulsivo es pedernal y fuelle para el metal de algunas almas.

—Y el amor la chispa que desprende.

—¿A quién le interesa el amor que no es más que una chispa que se ve, vuela hacia lo alto y desaparece?

—Debo encontrar a mi joven huérfana. Dígame cómo, señorita Keeldar.

—Ponga un anuncio, y no se olvide de añadir, cuando describa los requisitos, que ha de ser buena cocinera.

—Tengo que encontrarla y, cuando la encuentre, me casaré con ella.

—¡No me lo creo! —Y su voz adquirió de pronto un singular tono de desdén.

Esto me gustó: había conseguido sacarla de las hondas meditaciones en que la había encontrado, y quise provocarla aún más.

—¿Por qué lo duda?

—¡Casarse usted!

—Sí, por supuesto; no hay nada más obvio: puedo hacerlo, y lo haré.

—Lo contrario es lo evidente, señor Moore.

Me hechizaba cuando se volvía desdeñosa, casi insultante; cuando el orgullo, el genio y la mofa se mezclaban en sus grandes y bellos ojos, que justo en aquel momento tenían la expresión de un esmerejón.

—Hágame el favor de decirme qué razones tiene para sostener esa opinión, señorita Keeldar.

—¿Cómo conseguirá casarse?, me pregunto yo.

—Con facilidad y presteza cuando halle a la persona adecuada.

—¡Resígnese al celibato! —Hizo un ademán, como entregándome algo—. ¡Acepte su destino!

—No, no puede usted darme lo que ya tengo. El celibato ha sido mío durante treinta años. Si desea ofrecerme un regalo, un obsequio de despedida, un recuerdo, habrá de cambiar su bendición.

—¡Pues entonces, resígnese a algo peor!

—¿Cómo? ¿Qué?

Me sentía ahora, y parecía, exaltado, y hablaba con vehemencia. Fue una imprudencia abandonar mi tabla de salvación, la calma, siquiera por un instante, pues me privó de una ventaja que fue para ella. La pequeña chispa de genio se disolvió en sarcasmo y se extendió por su semblante en los remolinos de una sonrisa burlona.

—Tome una esposa que le haya hecho la corte para salvar su modestia y se haya arrojado en sus brazos para ahorrarle escrúpulos.

—Dígame dónde hallarla.

—En cualquier viuda robusta que haya tenido unos cuantos maridos y sepa de tales cosas.

—Entonces no puede ser rica. ¡Oh, esas ricachonas!

—Jamás habría recolectado usted los frutos del jardín dorado. ¡No tiene valor para enfrentarse con el dragón insomne; no tiene la astucia para conseguir la ayuda de Atlas!

—Parece acalorada y altiva.

—No tan altiva como usted. El suyo es el orgullo monstruoso que finge humildad.

—Soy un asalariado: sé cuál es mi lugar.

—Soy una mujer: sé cuál es el mío.

—Soy pobre: he de ser orgulloso.

—He de someterme a ordenanzas y tengo obligaciones tan rigurosas como las suyas.

Habíamos alcanzado un punto crítico y nos detuvimos para mirarnos. Tuve la impresión de que ella no iba a ceder. Aparte de esto, no vi ni sentí nada más. Aún disponía de unos instantes, se acercaba el final —oía su bullicio—, pero

aún no llegaba; me demoraría, esperaría, hablaría y, cuando me acuciara el impulso, pensaba actuar. Nunca me precipito; jamás me he precipitado en toda mi vida. Las personas con prisas beben el néctar de la existencia cuando aún escalda; yo lo saboreo frío como la escarcha. Procedí.

—Al parecer, señorita Keeldar, es tan poco probable que se case usted como yo. Sé que ha rechazado tres, no, cuatro propuestas ventajosas, y creo que también una quinta. ¿Ha rechazado a sir Philip Nunnely?

Formulé esta pregunta de manera repentina.

—¿Creía usted que debía aceptarlo?

—Pensé que tal vez lo haría.

—¿Y en qué se basaba, si puede saberse?

—Rangos y edades compatibles; una agradable diferencia de carácter, pues él es afable y apacible; armonía de gustos intelectuales.

—¡Bonita frase! Vayamos por partes. «Rangos compatibles». El suyo está muy por encima del mío: compare mi casa con su palacio, por favor; sus parientes y amigos me menosprecian. «Edad adecuada». Nacimos el mismo año, en consecuencia, él es aún un muchacho, mientras que yo soy una mujer, que podría tener diez años más que él a todos los efectos. «Diferencia de carácter». Él es apacible y afable; yo... ¿qué? Dígamelo usted.

—Hermana de la radiante, rápida y fiera leoparda.

—¿Y usted quería emparejarme con un muchacho, cuando los mil años están todavía a millones de siglos de la humanidad, cuando es todavía, en realidad, un arcángel que se encuentra en el séptimo cielo y no ha recibido la orden de descender? ¡Bárbaro injusto! «Armonía de gustos intelectuales». Él es aficionado a la poesía y yo la detesto...

—¿En serio? Eso es nuevo para mí.

—Siempre que voy al Priory o sir Philip viene a Fieldhead, me estremezco ante la visión de unos metros o el sonido de unas rimas. ¡Armonía, dice! ¿Cuándo he compuesto yo sonetos edulcorados o he ensartado estrofas frágiles como fragmentos de cristal? ¿Y cuándo he dado a entender que esos abalorios eran brillantes auténticos?

—Podría tener la satisfacción de elevar su nivel, de mejorar sus gustos.

—¡Elevar y mejorar! ¡Enseñar y dirigir! ¡Paciencia e indulgencia! ¡Bah! Mi marido no ha de ser mi bebé. No voy a pedirle que aprenda una lección diariamente y comprobar luego que se la sabe, y darle un confite si es bueno o un sermón paciente, reflexivo y patético, si es malo. Pero es normal en un preceptor hablar de la «satisfacción de enseñar». Supongo que cree usted que

es la mejor ocupación del mundo. Yo no, me niego. ¡Mejorar a un marido! No. Insisto en que mi marido ha de mejorarme a mí o habremos de separarnos.

—¡Dios sabe que lo necesita!

—¿Qué quiere decir con eso, señor Moore?

—Lo que oye. Es absolutamente necesario mejorar.

—Si fuera usted una mujer, educaría usted a monsieur, votre man, divinamente. Le iría de perlas; enseñar es su vocación.

—¿Puedo preguntarle si, en su estado de ánimo actual, amable y equitativo, pretende usted echarme en cara que sea preceptor?

—Sí, amargamente, y también todo lo que usted quiera, cualquier defecto del que sea dolorosamente consciente.

—¿Ser pobre, por ejemplo?

—Por supuesto; eso le escocería. Su pobreza le resulta dolorosa; no hace más que darle vueltas y vueltas.

—¿No ser más que una persona sumamente vulgar para ofrecerse a la mujer que podría ser la dueña de mi corazón?

—Exactamente. Tiene usted la mala costumbre de llamarse a sí mismo vulgar. Es muy susceptible en lo tocante a sus facciones, porque no son apolíneas. Las insulta más de lo necesario, con la débil esperanza de que los demás digan una palabra en su favor, cosa que no ocurrirá. Desde luego su cara no tiene nada de lo que alardear: no se encuentran en ella ni un bello rasgo ni un agradable matiz.

—Compárela con la suya.

—Es como la de un dios egipcio: una enorme cabeza de piedra enterrada en la arena; pero no, no voy a compararla con algo tan elevado; se parece a la de Tartar, es usted primo de mi mastín. Creo que es todo lo parecido a él que un hombre puede parecerse a un perro.

—Tartar es su querido compañero. En verano, cuando se levanta usted temprano y sale a los campos para mojarse los pies con el rocío y refrescarse la cara y alisarse el cabello con la brisa, siempre lo llama para que la acompañe. A veces lo llama con un silbido que yo le enseñé. En la soledad de su bosque, cuando cree que no la escucha nadie más que Tartar, silba las melodías que imita de mis labios o canta las canciones que ha aprendido de oído de mi boca. No preguntaré de dónde surge la emoción que vierte en esas canciones, pues sé que es su corazón quien la derrama, señorita Keeldar. En las noches invernales, Tartar se tiende a sus pies: le permite que descanse la cabeza sobre su perfumado regazo; le deja echarse sobre el borde de su vestido

de raso; el tosco pelaje conoce el tacto de su mano. En una ocasión la vi besarlo en ese lunar blanco como la nieve que destaca en su ancha frente. Es peligroso decir que soy como Tartar, me sugiere que puedo reclamar que me traten como a él.

—Quizá, señor, pueda conseguir lo mismo de su joven huérfana sin dinero y sin amigos, cuando la encuentre.

—¡Oh! Podría encontrar a esa joven tal como la imagino. Alguien a quien domar primero y enseñar después, a quien enseñar y acariciar luego. Sacaría a la pobre criatura orgullosa de la pobreza, le impondría mi dominio y luego sería indulgente con los caprichos que antes no estaban influidos por nadie, y que nadie le había concedido. La vería irritarse y apaciguarse una docena de veces en un mismo día y, quizá, con el tiempo, cuando su aprendizaje hubiera concluido, la vería como madre ejemplar y paciente de una docena de niños; sólo de vez en cuando le daría un cachete al pequeño Louis a modo de pago de los intereses de la enorme deuda contraída con el padre. ¡Oh! —proseguí—, mi huérfana me daría muchos besos; esperaría en el umbral de la puerta a que llegara a casa por la noche; se lanzaría a mis brazos; mantendría la luz y el calor de mi hogar. ¡Dios bendiga esta dulce idea! Tengo que encontrarla.

Los ojos de Shirley centellearon, sus labios se abrieron, pero volvió a cerrarlos e impetuosamente se dio la vuelta.

—¡Dígame usted, dígame dónde está, señorita Keeldar!

Otro movimiento por su parte, todo altivez, pasión e impulso.

—Tengo que saberlo. Usted puede decírmelo. Tiene que decírmelo.

—Jamás.

Volvió a darse la vuelta para marcharse. ¿Podía yo dejarla marchar como siempre que se separaba de mí? No; había llegado demasiado lejos. Estaba demasiado cerca del fin para no alcanzarlo. Tenía que deshacerme al instante del obstáculo de las dudas, de los disparates de la indecisión, y averiguar la verdad simple y llana. Ella tenía que representar su parte y decirme cuál era. Yo tenía que aceptar la mía, y atenerme a ella.

—Un minuto aún, señora —dije, sin quitar la mano del picaporte antes de abrir la puerta—. Hemos sostenido una larga conversación esta mañana, pero aún no se ha dicho la última palabra; es usted quien debe hacerlo.

—¿Puedo pasar?

—No, yo guardo la puerta. Preferiría morir antes que dejar que se vaya ahora sin decirme lo que quiero saber.

—¿Qué espera que le diga?

—Lo que muero por saber, lo que debo y quiero oír; lo que ya no se atreve a callar.

—Señor Moore, no sé de qué me habla; no es usted el mismo de siempre.

Supongo que realmente no era el de siempre, porque la asustaba, eso era evidente. Bien estaba; tenía que asustarla para ganarla.

—Sabe perfectamente lo que quiero decir, y por primera vez soy yo de verdad lo que tiene ante usted. He dejado a un lado al preceptor y le presento al hombre; recuerde que es un caballero.

Shirley temblaba. Puso su mano sobre la mía como si quisiera apartarla del picaporte; fue igual que si con su suave tacto hubiera querido arrancar metal soldado a metal. Se sintió impotente y retrocedió, de nuevo temblorosa.

No tengo palabras para explicar mi transformación, pero su emoción me transmitió un nuevo espíritu. No me desanimaban ni me alegraban ni sus tierras ni su oro; no pensaba en ellos, no me importaban, no eran nada más que escoria que no podía estorbarme. Sólo la veía a ella, su hermosa y grácil figura, la gracia, la majestad y la modestia de su juventud.

—Mi pupila —dije.

—Mi maestro —respondió en voz baja.

—Tengo algo que decirle.

Ella aguardó con la frente baja y los rizos caídos.

—Tengo que decirle que durante cuatro años se ha ido ganando el corazón de su maestro, y que ahora es suyo. Tengo que declarar que me ha embrujado, a pesar de mi juicio y mi experiencia y de la diferencia de posición y de fortuna. Por sus expresiones, su manera de hablar y de moverse, por el modo en que me ha mostrado sus defectos y sus virtudes (o más bien cualidades, pues carecen de la seriedad de la virtud), la amo, la amo con todas mis fuerzas. Ya está dicho.

Ella buscó las palabras con que expresarse, pero no las encontró; intentó reírse, pero en vano. Apasionadamente repetí que la amaba.

—Bueno, señor Moore, ¿y entonces qué? —fue la respuesta que recibí, en un tono que habría sido malhumorado si no fuera porque se le quebró la voz.

—¿No tiene nada que decirme? ¿No tiene amor que darme?

—Un poco.

—No dejaré que me torture; ni siquiera quiero jugar en este momento.

—No quiero jugar, quiero marcharme.

—¡Cómo se atreve a hablar de marcharse ahora! ¡Marcharse! ¡Cómo! ¿Con mi corazón en la mano, para dejarlo sobre su tocador y traspasarlo con sus alfileres? No se moverá de mi presencia, no se alejará de mí, hasta que reciba un rehén (prenda por prenda), su corazón a cambio del mío.

—Lo que usted quiere se extravió, se perdió hace algún tiempo. Déjeme ir a buscarlo.

—Proclame que está donde suelen estar sus llaves: en mi poder.

—Usted debería saberlo. ¿Y dónde están mis llaves, señor Moore, por cierto? He vuelto a perderlas, la señora Gill me ha pedido dinero y no tengo nada más que esta moneda de seis peniques.

Se sacó la moneda del bolsillo de su delantal y la mostró en la palma de la mano. Podría haber jugado con ella, pero de nada me habría servido, era la vida y la muerte lo que estaban en juego. Apoderándome a un tiempo de la moneda y de la mano que la sostenía, pregunté:

—¿He de morir sin usted o vivir para adorarla?

—Haga lo que le parezca; por nada del mundo dictaría yo su elección.

—Tiene que decirme con sus propias palabras si me condena al exilio o me llama a la esperanza.

—Váyase. Podré sobrellevar que me deje.

—Tal vez también yo pueda sobrellevar dejarla, pero respóndame, Shirley, mi pupila, mi soberana, respóndame.

—Muera sin mí, si quiere. Viva para mí, si se atreve.

—No le tengo miedo, leoparda mía. Me atrevo a vivir para usted y con usted desde este momento hasta mi muerte. Bien, entonces es mía, no dejaré que se separe de mí nunca jamás. Esté donde esté mi hogar, he elegido a mi esposa. Si me quedo en Inglaterra, en Inglaterra se quedará usted; si cruzo el Atlántico, también lo cruzará usted: nuestras vidas están selladas; nuestros destinos, entrelazados.

—¿Y somos iguales entonces, señor? ¿Somos iguales por fin?

—Usted es más joven, más frágil y débil, más ignorante que yo.

—¿Será bueno conmigo y no un tirano?

—¿Me dejará respirar y no me llevará por la calle de la amargura? No debe sonreír en este momento. El mundo da vueltas y cambia a mi alrededor. El sol es una vertiginosa llamarada escarlata; el cielo es un torbellino violeta que gira sobre mí.

Soy un hombre fuerte, pero me tambaleé al hablar. Toda la creación se volvió exagerada: el color más vivo, el movimiento más rápido, más vital la vida misma. Por un instante, apenas la veía a ella, pero oí su voz, cruelmente dulce. No quiso atenuar uno de sus encantos por compasión; tal vez no sabía lo que yo sentía.

—Me has llamado leoparda; recuerda: la leoparda es indomable —dijo.

—Mansa o fiera, salvaje o sometida, eres mía.

—Me alegro de conocer a mi guardián; estoy acostumbrada a él. Sólo su voz obedeceré, sólo su mano me dirigirá, sólo a sus pies reposaré.

La llevé de vuelta a su asiento y me senté junto a ella. Quería volver a oírla hablar; nunca tendría bastante de su voz y sus palabras.

—¿Cuánto me amas? —pregunté.

—¡Ah! Ya lo sabes. No voy a darte gusto; no voy a halagarte.

—No sé ni la mitad de lo que querría saber; mi corazón anhela su alimento. Si supieras el hambre y la ferocidad que siente, te apresurarías a aplacarlo con una palabra amable.

—¡Pobre Tartar! —dijo ella, tocando y palmeando mi mano—. Pobrecito; mi fiel amigo; ¡tumbate, mimado y favorito de Shirley!

—Pero no me tumbaré hasta que me alimentes con palabras cariñosas.

Y por fin las pronunció.

—Querido Louis, sé fiel, no me abandones nunca. Nada me importa la vida a menos que pueda pasarla a tu lado.

—Algo más.

Me dio entonces la de arena; no era su costumbre ofrecer el mismo plato dos veces.

—¡Señor! —dijo, levantándose—. Dios le libre de volver a mencionar cosas tan sórdidas como el dinero, la pobreza o la desigualdad. Sería realmente peligroso que me atormentara con esos exasperantes escrúpulos. Ni se atreva.

Enrojecí. Una vez más deseé no ser tan pobre o que ella no fuera tan rica. Shirley notó mi momentáneo pesar y fue entonces, realmente, cuando me acarició. Mezclado con mi tormento, experimenté el éxtasis.

—Señor Moore —me dijo, mirándome con semblante dulce, franco y serio—, enséñeme y ayúdeme a ser buena. No le pido que libere mis hombros de todas las preocupaciones y deberes de mis bienes, pero sí que comparta mi carga y me enseñe a sostener bien mi parte. Su juicio es equilibrado, su

corazón es benevolente; sus principios son firmes. Sé que es sensato, siento su bondad, creo que tiene conciencia. Sea mi compañero el resto de nuestras vidas, sea mi guía en lo que ignoro, sea mi maestro cuando yerre, ¡sea mi amigo siempre!

—¡Todo ello seré, con la ayuda de Dios!

Una vez más, sigue un pasaje del cuaderno, si te apetece, lector; si no, pásalo por alto:

Los Sympson se han marchado, pero no antes de descubrirlo todo y pedir explicaciones. Mi actitud, o tal vez mi expresión, debieron de dejar traslucir algo; estaba tranquilo, pero a veces olvidaba ser precavido. Me quedaba en la sala más tiempo del habitual; no podía soportar estar lejos de ella; regresaba para verla y me regodeaba en su visión como Tartar al sol. Si ella salía del gabinete de roble, yo me levantaba instintivamente y salía también. Ella me censuró este proceder en más de una ocasión; yo la seguía con la vaga idea de hablar a solas en el vestíbulo o en algún otro lugar. Ayer, hacia el anochecer, la tuve para mí solo durante cinco minutos, junto a la chimenea del vestíbulo: estábamos de pie, uno al lado del otro; ella se reía de mí y yo disfrutaba oyendo su voz; pasaron las señoritas Sympson y nos miraron; no nos separamos; al poco rato, volvieron a pasar y a mirarnos otra vez. Llegó la señora Sympson; no nos movimos. El señor Sympson abrió la puerta del comedor; Shirley le lanzó una mirada furiosa en pago por su mirada de espía, hizo una mueca de desprecio y se echó hacia atrás los rizos. Su mirada fue aclaratoria y desafiante a un tiempo; decía: «Me gusta la compañía del señor Moore, y le desafío a que ponga alguna objeción».

—¿Quiere darle a entender nuestra situación? —pregunté.

—Sí —dijo—, pero lo dejaré en manos del azar. Habrá una escena. Ni la busco ni la temo, pero usted debe estar presente, pues estoy indescribiblemente cansada de enfrentarme con él a solas. No me gusta verlo en uno de sus ataques de ira; deja a un lado todo el decoro y el disimulo convencionales, y el auténtico ser humano que hay debajo es lo que usted llamaría *commun, plat, bas, vilain et un peu méchant*. Sus ideas no son limpias, señor Moore, necesitan que las restrieguen con jabón y tierra de batán. Creo que podría añadir su imaginación al contenido de la cesta de la ropa sucia de la señora Gill y dejar que la ponga a hervir en su caldera con agua de lluvia y polvo de blanquear (espero que me considere ahora una lavandera aceptable); le haría mucho bien.

Esta mañana, creyendo oír que Shirley bajaba la escalera temprano, bajé al instante. No me había engañado: allí estaba, cosiendo muy atareada en la salita del desayuno, donde la criada estaba acabando de ordenar y limpiar el polvo. Se había levantado cuando alboreaba para acabar un pequeño recuerdo que

pensaba regalar a Henry. Me recibió con frialdad, que yo acepté, ocupándome en leer en silencio en el asiento de la ventana, hasta que salió la criada. Incluso cuando nos quedamos solos, tardé en molestarla; el mero hecho de tenerla a la vista era la dicha para mí, y una dicha idónea para aquella hora temprana: serena, incompleta, pero progresiva. De haberla importunado, sé que habría sufrido un desaire. «No estoy para pretendientes», estaba escrito en su cara; por lo tanto, seguí leyendo, mirándola furtivamente de vez en cuando; observé que su semblante se suavizaba, y se despejaba, al notar que yo respetaba su estado de ánimo y que disfrutaba del goce apacible del momento.

La distancia entre nosotros se hizo más corta y la ligera capa de escarcha se derritió gradualmente: antes de que transcurriera una hora estaba a su lado, viéndola coser, cosechando sus sonrisas dulces y sus palabras alegres, que cayeron para mí en abundancia. Estábamos como teníamos derecho a estar, sentados uno junto al otro: mi brazo descansaba sobre el respaldo de su silla; estaba lo bastante cerca de ella para contar las puntadas de su labor y distinguir el ojo de su aguja. De repente se abrió la puerta.

Creo que si me hubiera sobresaltado, apartándome de ella en aquel preciso instante, Shirley me habría despreciado. Gracias a mi carácter flemático, son raras las veces en que me sobresalto. Cuando estoy contento, bien, cómodo, no me altero fácilmente; bien estaba, très bien, en consecuencia, seguí inmutable, no moví ni un solo músculo. Apenas miré hacia la puerta.

—Buenos días, tío —dijo, dirigiéndose a esa persona, que se detuvo en el umbral de la puerta, petrificado.

—¿Lleva mucho rato aquí, señorita Keeldar, a solas con el señor Moore?

—Sí, mucho. Los dos hemos bajado temprano; apenas había amanecido.

—Este proceder es impropio...

—Lo era al principio; yo estaba de mal humor y no he sido cortés con él, pero se dará cuenta de que ahora somos amigos.

—Me doy cuenta de muchas más cosas de las que ustedes desearían.

—Lo dudo, señor —dije yo—. No ocultamos nada. Permítame comunicarle que cualquier otro comentario que tenga a bien hacerme lo dirija a mí. A partir de ahora, yo me interpondré entre la señorita Keeldar y todo lo que la moleste.

—¡Usted! ¿Qué interés tiene usted en la señorita Keeldar?

—El de protegerla, cuidarla y servirla.

—¿Usted, señor? ¿Usted, el preceptor?

—Ni una sola palabra insultante, señor —intervino ella—, ni una sílaba

irrespetuosa al señor Moore en esta casa.

—¿Se pone de su parte?

—¿De su parte? ¡Oh, sí!

Shirley se volvió hacia mí en un repentino arranque afectuoso, al que yo respondí rodeándola con el brazo. Nos levantamos los dos.

—¡Jesús bendito! —exclamó el hombre en bata que seguía en la puerta, temblando de pies a cabeza. Creo que «Jesús» debe de ser el apellido de los lares del señor Sympson, pues en momentos de apremio siempre invoca a ese ídolo.

—Entre, tío, y lo sabrá todo. Cuénteselo todo, Louis.

—¡Que se atreva a hablar! ¡Mendigo! ¡Bribón! ¡Hipócrita farisaico! ¡Lacayo vil, intrigante e infame! ¡Apártese de mi sobrina, señor, suéltela!

Ella se agarró a mí con energía.

—Estoy al lado de mi futuro marido —dijo—. ¿Quién osará tocarlo a él o a mí?

—¡Su marido! —gritó, extendiendo las manos, y se desplomó en una silla.

—No hace mucho quiso usted saber con quién pensaba casarme. Mi intención se había formado ya entonces, pero aún no estaba madura y no podía comunicársela; ahora está en sazón, madurada por el sol, perfecta. Acepte el fruto: ¡acepte al señor Moore!

—Pero —su tono era frenético— no se casará con él; no será suya.

—Prefiero morir antes que ser de otro. Me moriría si no puedo ser suya.

El señor Sympson profirió exclamaciones con las que jamás mancillaré estas páginas.

Shirley se quedó blanca como el papel; presa de temblores, le fallaron las fuerzas. La tumbé en el sofá, la miré para comprobar que no se había desmayado, lo que ella me aseguró con una sonrisa divina, la besé, y luego, aunque me fuera en ello la vida, no conseguiría recordar con claridad lo que ocurrió en los cinco minutos siguientes. Shirley me contó después —entre lágrimas, risas y temblores— que me volví loco y que se me llevaron todos los demonios; según ella, la dejé en el sofá, crucé la habitación de un salto, el señor Sympson desapareció por la puerta, también yo desaparecí, y oyó chillar a la señora Gill.

La señora Gill seguía chillando cuando recobré el juicio. Me encontraba entonces en otra estancia: el gabinete de roble, creo. Tenía al señor Sympson aplastado contra una silla, agarrándolo por el corbatín. Tenía los ojos

desorbitados; creo que lo estaba estrangulando. El ama de llaves se retorció las manos y me suplicaba que desistiera. Desistí en aquel momento y en el acto recobré la sangre fría, pero le dije a la señora Gill que fuera en busca del tálburi de la Redhouse Inn al instante e informé al señor Sympson de que debía abandonar Fieldhead en cuanto llegara el vehículo. Pese a que estaba muerto de miedo, afirmó que no pensaba marcharse. Repetí la orden anterior y añadí que mandaran llamar a un agente del orden. Dije:

—Se irá de aquí, por las buenas o por las malas.

Él me amenazó con entablar una acción judicial; no me importaba nada. No era la primera vez que me imponía, no con tanta violencia como en ese momento, pero sí con el mismo rigor. Fue una noche en que unos ladrones intentaron robar en Sympson-Grove; la lamentable cobardía del señor Sympson habría hecho que se limitara a dar estúpidamente la alarma, sin atreverse a ofrecer resistencia. Me vi entonces obligado a proteger su morada y a su familia, haciéndome valer por encima de él... y lo había conseguido. En cualquier caso, ahora no lo perdí de vista hasta que llegó el tálburi y lo metí en él, sin que dejara de vociferar en todo ese tiempo. Estaba terriblemente perplejo, además de colérico; se habría resistido, pero no sabía cómo. Quiso llamar a su mujer y a sus hijas. Le dije que lo seguirían tan pronto como estuvieran preparadas; se comportó de un modo inenarrable: echaba humo, bufaba de cólera, pero era una cólera incapaz de suscitar una acción; aquel hombre, bien dirigido, siempre será impotente. Sé que jamás me atacará con la ley; conozco a su mujer, a la que tiraniza en cosas triviales, pero que es su guía en los asuntos importantes. Hace tiempo que me gané la eterna gratitud de la madre por mi devoción hacia el hijo; decía que había curado a Henry de alguna de sus dolencias mejor que cualquier mujer, y eso jamás lo olvidará. Ella y sus hijas se han ido hoy, mudas de ira y de consternación, pero sé que me respeta. Cuando Henry se ha aferrado a mi cuello al alzarlo yo para colocarlo junto a su madre en el carruaje, cuando le he arreglado a ella la manta para que no tuviera frío, he visto que estaban a punto de brotar las lágrimas, pese a que me ha vuelto el rostro. Tanto mayor será su celo en la defensa de mi causa, por haberse marchado furiosa conmigo. Me alegra; no por mí, sino por la que es mi vida y mi ídolo: mi Shirley.

Una semana más tarde, vuelve a escribir:

Ahora estoy en Stilbro; me alojo temporalmente en casa de un amigo, al que puedo ayudar en su profesión. Todos los días voy a Fieldhead a caballo. ¿Cuánto tiempo habrá de pasar para que pueda considerar mi hogar esa casa y llamar mía a su dueña? No me siento cómodo, estoy intranquilo, atormentado, torturado a veces. Viéndola ahora, cualquiera diría que nunca ha apoyado la mejilla en mi hombro, ni se ha abrazado a mí con afecto o confianza. Me siento inseguro; ella me hace desgraciado; me rehúye cuando la visito; se aleja

de mí. Hoy la he obligado a alzar el rostro, resuelto a sondear las profundidades de sus negros ojos. ¡Qué difícil describir lo que he leído en ellos! ¡Pantera! ¡Hermosa hija de la selva! ¡Naturaleza salvaje, indómita, sin igual! Mordisquea su cadena; ¡veo los dientes blancos royendo el acero! Sueña con su jungla y suspira por su libertad virginal. Ojalá volvieran los Sympson para obligarla a abrazarme de nuevo. Ojalá el peligro de perderme fuera el mismo que el de que yo la pierda a ella. No, no temo una pérdida definitiva, pero un largo aplazamiento...

Ahora es de noche, medianoche. He pasado la tarde y la velada en Fieldhead. Hace unas horas ha pasado por mi lado, bajando la escalera de roble hacia el vestíbulo; no sabía que yo estaba cerca de la ventana de la escalera, en la penumbra, mirando las constelaciones de helado brillo. ¡Qué cerca de la barandilla se deslizaba! ¡Con qué timidez se han posado sobre mí sus grandes ojos! ¡Qué evanescente, fugitiva, voluble parecía, esbelta y veloz como la cola de un cometa!

La seguí al interior del salón; la señora Pryor y Caroline Helstone estaban allí; ella les ha pedido que le hagan compañía durante una temporada. Con su blanco vestido de noche, con los largos cabellos cayendo sueltos, espesos y rizados, con su paso mullido, sus pálidas mejillas y la mirada llena de noche y de fuego, me pareció un ser espiritual, hecho de elementos, hija de una brisa y una llama, de un rayo de luz y una gota de lluvia, un ser inalcanzable al que jamás podría detener ni retener. Deseé ser capaz de no seguirla con la mirada, mientras ella se movía de un lado a otro, pero me fue imposible. Conversé con las otras dos señoras del mejor modo que pude, pero sin dejar de mirarla a ella. Shirley estaba muy callada; creo que no me dirigió ni una sola palabra, ni siquiera cuando me ofreció el té. Ocurrió que la señora Gill quiso hablar con ella un momento y tuvo que salir. Yo también salí al vestíbulo iluminado por la luna con la intención de hablar con ella cuando regresara; no fue vano mi empeño.

—¡Señorita Keeldar, aguarde un instante! —le dije, yendo a su encuentro.

—¿Por qué? Hace demasiado frío en el vestíbulo.

—A mí no me lo parece. A mi lado, tampoco debería hacer frío para usted.

—Pero siento escalofríos.

—De miedo, creo yo. ¿Por qué me teme? Está callada y distante, ¿por qué?

—Es natural que tema a quien parece un gran duende oscuro que se acerca a mí a la luz de la luna.

—¡No, no se vaya! Quédese un rato conmigo. Charlemos un poco tranquilamente. Hace tres días que no hablamos a solas. Estos cambios son

cruels.

—No deseo ser cruel —respondió ella con dulzura; la verdad era que todo en ella, en su rostro, en su voz, era dulzura, pero también había reserva y un aire efímero, fugaz, intangible.

—Puede estar segura de que me hace sufrir —dije—. Aún no ha pasado una semana desde que me llamó su futuro marido y me trató como a tal; ahora vuelvo a ser el preceptor; se dirige a mí como señor Moore y señor; sus labios han olvidado el Louis.

—No, Louis, no. Es un nombre claro, transparente, que no se olvida con facilidad.

—Sea cordial con Louis entonces; deje que se acerque... deje que se acerque.

—Soy cordial —dijo, alejándose, flotando como una sombra blanca.

—Su voz es muy dulce y susurrante —respondí, avanzando serenamente—, parece aliviada, pero todavía con miedo.

—No, estoy muy tranquila, y no temo nada —me aseguró.

—Salvo a su adorador.

Hiné una rodilla en el suelo, a sus pies.

—Comprenda que me encuentro en un mundo nuevo, señor Moore. No me conozco a mí misma ni le conozco a usted. Pero levántese; cuando hace eso me siento molesta y turbada.

Obedecí; no habría sido conveniente que mantuviera esa postura por más tiempo. La incité a recobrar la serenidad y darme su confianza y lo logré; confió en mí y volvió a abrazarme.

—Shirley —dije—, puedes imaginar cuán lejos estoy de ser feliz en mi estado actual de incertidumbre.

—¡Oh, sí; eres feliz! —exclamó ella rápidamente—. ¡No sabes lo feliz que eres! ¡Cualquier cambio sería para peor!

—Feliz o no, no puedo resistirlo por más tiempo, y tú eres demasiado generosa para pedírmelo.

—Sé razonable, Louis, ¡sé paciente! Me gustas porque eres paciente.

—No quiero gustarte más entonces; ámame, fija la fecha de nuestra boda. Piensa en ello esta noche y decide.

Ella emitió un murmullo, inarticulado pero expresivo; salió disparada, o se disolvió entre mis brazos, y la perdí.

CAPÍTULO XXXVII

LA CONCLUSIÓN

Sí, lector, ha llegado el momento de ajustar cuentas. Sólo queda por narrar brevemente el destino final de algunos de los personajes a los que hemos conocido en este relato, y luego tú y yo tendremos que estrecharnos la mano y despedirnos por el momento.

Volvamos a nuestros muy amados coadjutores, a los que habíamos descuidado tanto tiempo. ¡Acércate, humilde mérito! Veo que Malone responde a la invocación con presteza: sabe reconocer su descripción cuando la oye.

No, Peter Augustus, no tenemos nada que decirle; no puede ser. Es imposible encomendarnos a la conmovedora historia de sus hazañas y destinos. ¿No se da cuenta, Peter, de que un público entendido tiene sus manías; de que la verdad sin adornos no sirve; de que los hechos desnudos nadie los cree? ¿No sabe acaso que ahora se disfruta tan poco con el chillido de un cerdo auténtico como en épocas pretéritas? Si relatara el desenlace de su vida y milagros, el público se alejaría dando alaridos histéricos, y se elevarían grandes voces pidiendo sales y plumas quemadas. «¡Imposible!», se declararía aquí; «¡falso!», se respondería allá. «¡Nada artístico!», se decidiría solemnemente. ¡Fíjese bien! Siempre que se presenta la verdad, llana y lisa, acaba denunciándose como mentira: la repudian, la expulsan, la condenan al ostracismo. Mientras que el producto de la imaginación, la pura ficción, se adopta, se mima, se considera hermosa, adecuada, delicadamente natural; la pequeña bastarda se lleva todos los dulces; la criatura sincera y legítima, las bofetadas. Así es el mundo, Peter, y siendo usted un pilluelo legítimo, tosco, sucio y pícaro, debe retirarse.

Deje su lugar al señor Sweeting.

Aquí llega, con su dama del brazo, la mujer más espléndida y pesada de Yorkshire: la señora Sweeting; de soltera, la señorita Dora Sykes. Se casaron bajo los mejores auspicios. Al señor Sweeting acababan de instalarlo en un holgado beneficio eclesiástico y el señor Sykes estaba en situación de dar a Dora una sustanciosa dote. Vivieron largos y felices años, amados por sus feligreses y por un numeroso círculo de amigos.

¡Bien! Creo que le he dado una bonita capa de barniz.

Avance, señor Donne.

Este caballero se condujo de manera admirable; mucho mejor de lo que tú y yo podríamos haber esperado, lector. También él se casó con una mujercita sensata, callada y digna. El matrimonio fue obra de Donne, que se convirtió en un marido ejemplar y en un párroco verdaderamente activo (como pastor se negó a actuar escrupulosamente hasta el final de sus días). El exterior del cáliz y el plato lo pulió con el mejor pulimento; los accesorios y el mobiliario del altar y del templo los cuidó con el celo de un tapicero, con el esmero de un ebanista. Su pequeña escuela, su pequeña iglesia, su pequeña casa parroquial; todos estos edificios se construyeron gracias a él y a él hicieron honor; cada uno era un modelo a su manera. Si la uniformidad y el gusto en arquitectura hubieran sido la misma cosa que la firmeza y la seriedad en religión, ¡qué pastor para un rebaño cristiano habría sido el señor Donne!

Existía un arte que el señor Donne dominaba como ningún otro mortal: el de mendigar. Sin ayuda, tan sólo con su empeño, consiguió dinero para todas sus construcciones mendigándolo. Su dominio de la táctica y su campo de acción eran únicos en lo que se refería a tal menester. Mendigaba de pobres y ricos, del mocoso descalzo de una casucha y del duque con su corona ducal; sus cartas en demanda de dinero llegaban hasta todos los rincones: le llegaron a la vieja reina Carlota, a sus hijas, las princesas, a sus hijos, los duques reales, al príncipe regente, a lord Castlereagh, a todos y cada uno de los miembros del gabinete ministerial; y, más extraordinario aún si cabe, es saber que a todos ellos les sacó algo. Es un hecho constatable que recibió cinco libras de la vieja dama tacaña, la reina Carlota, y dos guineas del despilfarrador real, su hijo primogénito. Cuando el señor Donne se lanzaba a una de sus expediciones de mendicante, se protegía con una armadura hecha de desvergüenza: que uno le hubiera dado cien libras el día anterior no era razón, según él, para que no pudiera darle doscientas hoy; él mismo te lo decía a la cara, y diez a uno a que conseguía sacarte el dinero; la gente daba para desembarazarse de él. Al fin y al cabo, hacía algún bien con el dinero; fue útil para su época y su generación.

Tal vez debería señalar que, tras la súbita y prematura desaparición del señor Malone de la parroquia de Briarfield (no puedo decirte cómo ocurrió, lector; debes privarte de la curiosidad para pagar tu amor elegante por lo hermoso y placentero), le sucedió otro coadjutor irlandés, el señor Macarthey. Me alegra poder informarte, con toda sinceridad, de que este caballero honró a su país en tan gran medida como Malone lo había deshonorado. Demostró ser un hombre tan decente, digno y escrupuloso como Peter era violento, alborotador y... (este último epíteto he decidido suprimirlo para no descubrir el pastel). Macarthey trabajó lealmente para la parroquia: las escuelas, tanto la dominical como la diaria, florecieron bajo su batuta como jóvenes laureles. Como humano que era, tenía sus defectos, claro está; sin embargo, eran los defectos formales propios de un clérigo, que muchos llamarían virtudes: la circunstancia de verse invitado a tomar el té con un disidente lo dejaba

trastornado durante una semana; el espectáculo de un cuáquero con el sombrero puesto en la iglesia, la idea de enterrar a un semejante no bautizado con los ritos cristianos eran cosas que podían causar singulares estragos en la organización física y mental del señor Macarthey. Por lo demás, era un hombre cuerdo y racional, diligente y caritativo.

No dudo de que un público amante de la justicia habrá advertido ya que hasta ahora he exhibido una negligencia criminal en perseguir, atrapar y conducir a su merecido castigo al aspirante a asesino del señor Robert Moore. Tenía ahí una buena excusa para llevar a mis bien dispuestos lectores al retortero de una forma digna y estimulante a la vez: pasando por la ley y el evangelio, la mazmorra, el puerto y los últimos «estertores de la muerte». Puede que a ti te hubiera gustado, lector, pero a mí no; y muy pronto mi sujeto se habría resistido y yo me habría derrumbado. Me alegró constatar que los hechos me exoneraron completamente de tal empeño. El asesino no fue castigado, como consecuencia de la siguiente eventualidad: que nunca fue perseguido. Los magistrados se soliviantaron un poco, como si fueran a alzarse para acometer valientes hazañas, pero dado que, en lugar de guiarlos y azuzarlos como había hecho hasta entonces, el propio señor Moore estaba tendido en su cama del Hollow, riéndose para sus adentros y haciendo una mueca burlona con todos los rasgos de su rostro pálido y extranjero, se lo pensaron mejor y, tras cumplimentar ciertos formulismos indispensables, resolvieron prudentemente dejar que el asunto cayera en el olvido, y así se hizo.

El señor Moore sabía quién le había disparado y lo sabía todo Briarfield: no era otro que Michael Hartley, el tejedor medio loco al que ya he aludido, un antinomista fanático en cuestiones religiosas y un radical en cuestiones de política; el desgraciado murió de delirium trémens un año después de su intento de asesinato, y Robert dio una guinea a su desdichada viuda para el entierro.

El invierno ha quedado atrás; ha pasado la primavera con su efímero recorrido lleno de luz y sombras, florido y lluvioso. Estamos ahora en pleno verano, a mediados de junio, el mes de junio de 1812.

El sol abrasa, el cielo es de un intenso tono azul y dorado, con matices rojos, como corresponde a la estación, a la época, al espíritu actual de las naciones. El siglo diecinueve juguetea en su adolescencia de gigante; el joven titán arranca montañas mientras juega y lanza rocas por diversión. Este verano Bonaparte lleva las riendas de Europa; recorre las estepas rusas con sus ejércitos; lleva consigo franceses y polacos, italianos e hijos del Rin: seiscientos mil hombres. Marcha sobre la vieja Moscú, al pie de los muros de

la ciudad le espera el rudo cosaco. ¡Bárbaro estoico!, aguarda sin miedo la destrucción desatada, confía en una nube que traiga una tempestad de nieve; la estepa, el viento y la granizada son su defensa, sus aliados, los elementos: aire, agua, fuego. ¿Y qué son éstos?: tres arcángeles terroríficos eternamente apostados ante el trono de Jehová. Visten de blanco, y se ciñen con cinturones de oro; alzan las copas que rebosan de la ira de Dios. Su hora llega el día de la venganza; su señal es la palabra del Señor de los Ejércitos, «que clama Su excelencia con voz tonante».

«¿Por ventura has entrado en los depósitos de la nieve, y has visto los depósitos donde está amontonado el granizo, los cuales tengo yo prevenidos para usar de ellos contra el enemigo en el día del combate y del conflicto?».

«Id y derramad las siete copas de la ira de Dios en la tierra».

Está hecho: el fuego abrasa la tierra, el mar parece «la sangre de los muertos», las islas han desaparecido; de los montes no ha quedado rastro.

En este año lord Wellington asumió el mando en España: lo hicieron generalísimo para salvarse. En este año lord Wellington tomó Badajoz, hizo la campaña de Vitoria, capturó Pamplona, tomó al asalto San Sebastián; en este año ganó la batalla de Salamanca.

¡Hombres de Manchester!, les pido perdón por este breve resumen sobre hechos de guerra que carece de importancia. Para ustedes ahora lord Wellington no es más que un anciano caballero decrepito; creo que alguno de ustedes le ha llamado «senil», se ha burlado de su edad y de su falta de vigor físico. ¡Qué grandes héroes! Hombres como ustedes tienen derecho a pisotear lo que de mortal hay en un semidiós. Mófense cuanto quieran; su desprecio no podrá romper jamás su viejo y magnífico corazón.

Pero vengan, amigos, sean cuáqueros o estampadores de algodón; celebremos un congreso para la paz y expulsemos nuestro veneno sin alharacas. Hemos hablado con celo impropio de batallas sangrientas y generales carniceros; llegamos ahora a una victoria en su especialidad. El 18 de junio de 1812 se abrogaron las Reales Ordenes y se abrieron los puertos bloqueados. Sabes muy bien, lector —si eres lo bastante viejo para recordarlo—, que en aquella época hiciste temblar Yorkshire y Lancashire con tu clamor. Los campaneros resquebrajaron una campana de la iglesia de Briarfield; aún hoy su sonido es discordante. La Asociación de Comerciantes y Fabricantes se reunió para comer en Stilbro, y todos volvieron a casa en un estado en el que sus mujeres jamás desearían volverlos a ver. Liverpool respingaba y resoplaba como un hipopótamo al que una tormenta sorprende durmiendo entre los cañizales. Algunos comerciantes americanos se sintieron amenazados de apoplejía y se hicieron sangrar. En aquel primer momento de prosperidad, todos, como hombres previsores, se prepararon para lanzarse a los entresijos

de la especulación y ahondar en nuevas dificultades, en cuyas honduras podían perderse en algún día futuro. Las existencias que se habían acumulado durante años desaparecieron en un momento, en un abrir y cerrar de ojos; los almacenes se vaciaron, los barcos se cargaron; el trabajo abundaba, subieron los salarios: parecía llegado el tiempo de las vacas gordas. Puede que estas perspectivas fueran engañosas, pero también eran brillantes; para algunos, incluso fueron ciertas. En aquella época, en aquel mes único de junio, se cimentó más de una fortuna sólida.

Cuando toda una comarca se regocija, hasta los más humildes de sus habitantes saborean un aire festivo: el sonido de las campanas despierta la más aislada de las moradas, como si invitara a todos a estar alegres. Y así pensaba Caroline Helstone mientras se vestía con más esmero del acostumbrado el día de esa victoria del comercio y fue, vestida con su mejor vestido de muselina, a pasar la tarde en Fieldhead, donde tenía que supervisar ciertos preparativos de sombrerería para un gran acontecimiento, puesto que la última palabra en estos asuntos se reservaba a su gusto impecable. Decidió sobre la guirnalda, el velo y el vestido que habrían de llevarse ante el altar; eligió varios vestidos y trajes para ocasiones más corrientes, prácticamente sin pedir opinión a la novia, que, en realidad, estaba de un humor algo avinagrado.

Louis había presagiado dificultades y las había encontrado: de hecho, su amada se había mostrado sumamente irritante posponiendo la boda día tras día, semana tras semana, mes tras mes. Lo engatusaba al principio con delicadas excusas sobre su indecisión, hasta que, al final, despertó en su naturaleza mesurada, pero resuelta, las ansias de sublevarse contra una tiranía tan dulce como insufrible.

Había sido necesaria una suerte de conmoción para que Shirley se decidiera, pero por fin, ahí estaba, encadenada a una fecha, conquistada por el amor y atada por una promesa.

Así vencida y confinada, languidecía Shirley como cualquier otro animal de la selva. Sólo su captor podía animarla; sólo esa compañía podía compensar el perdido privilegio de la libertad: si se ausentaba, se sentaba sola en un rincón o vagaba por la casa, hablaba poco y comía menos.

Ella no contribuyó en nada a los preparativos para las nupcias; Louis se vio obligado a dirigirlo todo en persona. Prácticamente era el señor de Fieldhead semanas antes de serlo nominalmente: el señor menos arrogante y más benevolente que haya existido nunca, pero con su dama, señor absoluto. Ella abdicó sin una palabra de protesta, sin lucha. «Dígaselo al señor Moore; pregúnteselo al señor Moore» era su respuesta cuando se le pedían instrucciones. Jamás hubo galán de una novia rica al que se liberara hasta tal

extremo de la posición de subalterno, ni al que se obligara de forma tan inevitable a adoptar un papel predominante.

En todo esto, la señorita Keeldar cedía en parte a su estado de ánimo, pero un comentario que hizo un año más tarde demostró que en parte actuaba también obedeciendo a una táctica. Louis, dijo, jamás habría aprendido a gobernar si ella no hubiera dejado de hacerlo; la incapacidad de la soberana había desarrollado las facultades del primer ministro.

Se había nombrado a la señorita Helstone dama de honor en las nupcias ya cercanas, pero la Fortuna le había destinado otro papel.

Caroline había llegado a casa a tiempo para regar sus plantas. Había realizado esta pequeña tarea y sólo le faltaba un rosal que florecía en un tranquilo y verde rincón en la parte posterior de la casa. Después de que esta planta recibiera la ducha vigorizante, descansó unos minutos. Cerca del muro había un fragmento de piedra esculpida: una reliquia monacal que tal vez en otro tiempo había sido la base de una cruz; se subió a ella para disfrutar de una vista mejor. Aún sostenía la regadera con una mano; con la otra, se apartaba ligeramente el vestido para evitar que le cayeran gotas. Asomando la cabeza por encima del muro, miró más allá de los campos solitarios, más allá de tres árboles oscuros que se elevaban apiñados hacia el cielo, más allá de un solitario espino a la entrada de un recóndito sendero: paseó la vista por los negros páramos, donde ardían varias fogatas. La noche estival era cálida, la música de las campanas era jubilosa, el humo azul de las fogatas era tenue y sus llamas rojas y vivas: sobre este paisaje, en el cielo del que había desaparecido el sol, centelleaba un punto plateado: la estrella del amor.

Caroline no estaba triste aquella noche, muy al contrario; pero mientras miraba suspiró y, mientras suspiraba, una mano la rodeó y se posó suavemente en su cintura. Caroline creyó saber quién se había acercado y aceptó la caricia sin sobresaltarse.

—Estoy contemplando Venus, mamá. Mira qué hermosa. ¡Qué blanco es su brillo comparado con el rojo intenso de las fogatas!

La respuesta fue una caricia más estrecha, Caroline se dio la vuelta y vio, no el rostro de matrona de la señora Pryor, sino, más arriba, un semblante moreno y varonil. Dejó caer la regadera y se bajó del pedestal.

—He pasado una hora con «mamá» —dijo el intruso—. He tenido una larga conversación con ella. ¿Dónde has estado tú, mientras tanto?

—En Fieldhead. Shirley está tan insoportable como siempre, Robert. No quiere decir ni que sí ni que no a las preguntas que se le hacen. Prefiere estar sola; no sé muy bien si es por melancolía o por indiferencia. Si le llamas la atención o la reprendes, te lanza una mirada entre pensativa y desconsiderada,

y acabas yéndote con una sensación rara, tan alterada como ella. No sé qué va a hacer Louis con ella. Yo, si fuera un caballero, creo que no me atrevería a hacerme cargo de ella.

—No te preocupes: están hechos el uno para el otro. Por extraño que parezca, esos caprichos hacen que a Louis le guste más aún. Si hay alguien que pueda manejarla, es él. Sin embargo, lo agota; su noviazgo está siendo muy tempestuoso para un carácter mesurado como el suyo, pero ya verás cómo acaba venciendo. Caroline, te he estado buscando para hablar contigo. ¿Por qué doblan las campanas?

—Por la derogación de esa terrible ley tuya, las Ordenes que tanto odias. Estás contento, ¿verdad?

—Ayer por la noche, a esta misma hora, empaquetaba unos libros para un viaje por mar; eran las únicas pertenencias, aparte de unas ropas, semillas, raíces y herramientas, que me creía con libertad de llevar conmigo a Canadá. Iba a abandonarte.

—¿A abandonarme? ¿A abandonarme?

Los dedos menudos de Caroline sujetaron el brazo de su primo: hablaba como asustada, y lo parecía.

—Ya no, ya no. Mírame a la cara; sí, mírame bien. ¿Es la desesperación de la partida lo que lees en ella?

Caroline contempló un semblante iluminado, cuyos trazos eran radiantes, pero la página en sí misma era oscura: el rostro, poderoso en la majestad de sus rasgos, derramaba sobre ella esperanza, cariño, deleite.

—¿Será buena para ti la derogación? ¿Será muy buena... inmediatamente? —preguntó.

—La derogación de las Reales Ordenes me ha salvado. Ya no he de temer la bancarrota; ya no tendré que cerrar la fábrica; ya no tendré que abandonar Inglaterra, ni seré pobre; ahora podré pagar mis deudas y todo el paño que tengo en los almacenes me lo quitarán de las manos y me harán muchos más pedidos. Hoy se sientan los sólidos cimientos de mi fortuna en ultramar, sobre los que, por primera vez en mi vida, podré edificar con seguridad.

Caroline devoró sus palabras; sostuvo la mano de Robert entre las suyas; emitió un largo suspiro.

—¿Estás salvado? ¿Tus graves apuros se han disipado?

—Se han disipado. Ahora puedo respirar, puedo actuar.

—¡Por fin! ¡Oh! La Providencia es misericordiosa. Dale las gracias, Robert.

—Doy gracias a la Providencia.

—¡Y también yo, por ti! —Caroline lo miró con devoción.

—Ahora podré contratar más obreros, pagar salarios más altos, trazar proyectos más sensatos y generosos, hacer el bien, ser menos egoísta. Ahora, Caroline, podré tener una casa, un hogar que pueda considerar realmente mío... y ahora...

Hizo una pausa, pues se le quebraba aquella grave voz.

—Y ahora —prosiguió—, ahora puedo pensar en casarme. Ahora puedo buscar esposa. —Éste no era un momento para que Caroline hablara, y no lo hizo—. ¿Querrá Caroline, que mansamente espera ser perdonada como ella perdona, querrá perdonar todo lo que la he hecho sufrir, todo el dolor que le he causado con mi maldad y la enfermedad del cuerpo y del alma de la que soy culpable? ¿Olvidará Caroline que conoce mis pobres ambiciones, mis sórdidos planes? ¿Me permitirá expiar todas esas cosas? ¿Me permitirá demostrarle que, del mismo modo que una vez la abandoné cruelmente, jugué con ella sin piedad y la herí de la manera más despreciable, soy capaz ahora de amarla fielmente, de cuidarla con amor y de adorarla? —Su mano seguía atrapada en las de Caroline; le respondió una leve presión—. ¿Es mía Caroline?

—Caroline es tuya.

—La guardaré como un tesoro; el sentido de su valor está aquí, en mi corazón; la necesidad de su compañía se entremezcla con mi vida; no habrá de ser mayor mi celo por la sangre cuyo flujo alienta mi pulso que por la felicidad y el bienestar de Caroline.

—Yo también te amo, Robert, y te cuidaré fielmente.

—¿Tú me cuidarás fielmente? ¿Cuidarme fielmente, como si esta rosa prometiera proteger esta piedra dura y gris de la tempestad? Pero sí, ella me cuidará a su modo; estas manos me administrarán cariñosamente todas las comodidades que necesite. Sé que el ser que pretendo unir al mío me dará un consuelo, una comprensión y una pureza a las que yo soy ajeno.

De pronto Caroline pareció acongojada; le temblaban los labios.

—¿Qué es lo que agita a mi paloma? —preguntó Moore, cuando ella se apoyó en su pecho y luego se apartó de él con nerviosismo.

—¡Pobre mamá! Yo soy lo único que tiene en el mundo. ¿Tendré que abandonarla?

—¿Sabes?, había pensado en ese obstáculo, y tu madre y yo lo hemos hablado.

—Dime qué deseas tú, qué te gustaría, y pensaré si me es posible acceder.

Pero no puedo abandonarla, ni siquiera por ti. No puedo romperle el corazón, aunque sea para tenerte a ti.

—Ella te fue fiel cuando yo fui desleal, ¿verdad? Yo jamás acudí junto a tu lecho cuando estabas enferma, y ella te veló sin descanso.

—¿Qué debo hacer? Cualquier cosa menos dejarla.

—Es mi deseo que no la abandones nunca.

—¿Podrá vivir muy cerca de nosotros?

—Con nosotros; sólo que dispondrá de sus propios aposentos y su sirvienta, pues eso es lo que ella misma estipula.

—¿Sabes que tiene una renta que, con sus hábitos, la convierte en una persona completamente independiente?

—Me lo ha dicho con un orgullo amable que me ha recordado al de otra persona.

—No es entrometida en absoluto y es incapaz de chismorrear.

—La conozco, Cary, pero, aunque en lugar de ser la personificación del comedimiento y la discreción fuera todo lo contrario, no la temería.

—¿Aunque sea tu suegra? —Caroline asintió con malicia. Moore sonrió.

—Louis y yo no somos de esos hombres que temen a sus suegras, Cary. Nuestros enemigos no han sido nunca, ni serán, los de nuestro propio ámbito familiar. No me cabe la menor duda de que mi suegra me tratará muy bien.

—Lo hará, con su discreción característica, ¿sabes? No es una persona efusiva y, cuando la veas callada, o incluso fría, no debes creer que está disgustada; es sólo su forma de ser. Deja que sea yo quien interprete sus estados de ánimo cuando te desconcierten, y cree siempre lo que te diga, Robert.

—¡Oh, por supuesto! Bromas aparte, tengo la sensación de que nos llevaremos bien; on nepeut mieux. Hortense, como bien sabes, es extremadamente susceptible, en el sentido francés de la palabra, y quizá no sea siempre razonable en sus exigencias, pero es mi querida y sincera hermana, jamás he herido sus sentimientos ni he tenido ninguna disputa grave con ella en toda mi vida.

—No, en verdad eres muy generoso y considerado, muy cariñoso e indulgente con ella, y serás igual de considerado con mamá. Eres todo un caballero, Robert, y en ningún lugar eres más caballeroso que en tu propio hogar.

—Me gusta ese elogio; es muy agradable. Me complace que mi Caroline

me vea así.

—Mamá piensa de ti lo mismo que yo.

—Espero que no sea lo mismo exactamente.

—No quiere casarse contigo, no seas vanidoso, pero el otro día me dijo: «Querida, el señor Moore tiene unos modales muy agradables; es uno de los pocos caballeros a los que he visto combinar la cortesía con un aire de sinceridad».

—Tu madre es una misántropa, ¿no? No tiene muy buena opinión del sexo fuerte.

—Se abstiene de juzgarlo en su totalidad, pero acepta excepciones a las que admira: Louis y el señor Hall y, últimamente, tú. Antes no le gustabas. Lo sé porque no hablaba nunca de ti. Pero, Robert...

—Bien, ¿qué pasa ahora? ¿Qué nueva idea se te ha ocurrido?

—¿Has visto a mi tío?

—Sí, tu madre le ha pedido que viniera a hablar con nosotros. Accede con condiciones: si puedo demostrar que soy capaz de mantener a una esposa, puedo tenerla, y puedo mantenerla mejor de lo que él cree, mejor de lo que quiero alardear.

—Si te haces rico, ¿harás el bien con tu dinero, Robert?

—Lo haré; tú me dirás cómo. La verdad es que tengo algunas ideas propias, de las que tú y yo hablaremos un día en nuestra casa. He comprendido que es necesario hacer el bien; he aprendido que es una locura ser egoísta. Caroline, preveo lo que ahora voy a pronosticar. Esta guerra acabará pronto; seguramente el comercio prosperará en los años venideros; puede que se produzca un breve malentendido entre Inglaterra y América, pero no durará demasiado. ¿Qué pensarías si un día, tal vez dentro de diez años, Louis y yo dividiéramos la parroquia de Briarfield entre los dos? En cualquier caso, Louis tiene asegurado su poder y su fortuna y no enterrará su talento; es un hombre bueno y tiene, además, un intelecto de una capacidad nada desdeñable. Su cerebro es lento, pero fuerte; necesita trabajar. Puede que trabaje con parsimonia, pero lo hace bien. Lo harán magistrado del distrito; Shirley dice que ha de ser así. Y obraría impulsivamente y de modo prematuro, a fin de obtener para él tal dignidad si Louis se lo permitiera; pero no lo hará. Como es habitual en él, actuará sin precipitarse; antes de que haya sido señor de Fieldhead durante un año, todo el distrito notará su tranquila influencia y reconocerá su modesta superioridad. Cuando se necesite un magistrado, con el tiempo, le darán el cargo voluntariamente y sin renuencia. Todo el mundo admira a su futura esposa y, con el tiempo, él gustará a todo el mundo. Está

hecho de la pâte que todos aprueban, es bon comme le pain: como el pan de cada día para los más quisquillosos; bueno para los niños y los ancianos, nutritivo para los pobres; saludable para los ricos. Shirley, a pesar de sus caprichos y excentricidades, de sus excusas y sus demoras, está perdidamente enamorada de él. Un día lo querrán todos tanto como ella podría desear; Louis será apreciado, respetado y consultado por todos, y todos confiarán en él... demasiado, en realidad. Sus consejos serán siempre juiciosos, su ayuda será siempre bienintencionada. Al cabo de poco tiempo, ambos se encontrarán continuamente importunados y él tendrá que imponer restricciones. En cuanto a mí, si todo sale a pedir de boca, mi éxito contribuirá a aumentar la fortuna de él y de Shirley; puedo doblar el valor de la fábrica, que es propiedad suya; puedo llenar esa hondonada estéril de hileras de casitas con jardín...

—¡Robert! ¿Y arrasar el bosque?

—El bosque se convertirá en leña antes de que transcurran cinco años. El hermoso barranco agreste se convertirá en una suave pendiente; la verde terraza natural será una calle pavimentada; habrá casitas en el oscuro barranco y en las laderas solitarias; el tosco sendero de grava se convertirá en una carretera firme, amplia y negra, hecha con las cenizas de mi fábrica. Y mi fábrica, Caroline, mi fábrica se extenderá a lo que ahora es el patio.

—¡Qué horrible! Cambiarás nuestro cielo azul de las colinas por la atmósfera humeante de Stilbro.

—Verteré las aguas del Pactolo en el valle de Briarfield.

—Prefiero mil veces nuestro arroyo.

—Conseguiré que se apruebe una ley para cercar el ejido de Nunnely y dividirlo en parcelas con sus respectivas granjas.

—Sin embargo, el páramo de Stilbro te desafiará, ¡a Dios gracias! ¿Qué podría cultivarse en Bilberry Moss? ¿Qué crecería en Rushedge?

—Caroline, los que no tienen casa, los que se mueren de hambre, los que no tienen trabajo, vendrán a la fábrica del Hollow desde todas partes, y Joe Scott les dará trabajo, y el señor Louis Moore les arrendará una parcela, y la señora Gill les dará un adelanto hasta que llegue el primer día de cobro. —Caroline le sonrió—. ¡Qué escuela dominical tendrás, Cary! ¡Qué cantidad de alumnos! ¡Qué escuela tendréis que dirigir entre Shirley, la señorita Ainley y tú! La fábrica concederá salarios al dueño y la dueña, y el caballero o el fabricante de paños dará una fiesta cada tres meses.

Caroline le ofreció un beso sin decir nada, ofrecimiento que fue exageradamente aprovechado hasta arrancarle un centenar.

—¡Sueños extravagantes! —dijo Moore, con un suspiro y una sonrisa—,

pero puede que hagamos realidad algunos de ellos. Mientras tanto, empieza a refrescar. Señora Moore, entremos.

Estamos en el mes de agosto: las campanas vuelven a repicar, no sólo en Yorkshire, sino en toda Inglaterra. Desde España se ha oído el largo sonido de una trompeta, que es cada vez más alto, pues proclama la victoria de Salamanca. Esta noche Briarfield estará iluminado. Hoy los arrendatarios de Fieldhead cenarán juntos; los obreros de la fábrica del Hollow se reunirán con un propósito festivo; las escuelas disfrutarán de un gran festín. Esta mañana se han celebrado dos bodas en la iglesia de Briarfield: el señor Louis Gérard Moore, anteriormente domiciliado en Amberes, se ha casado con Shirley, hija del difunto señor Charles Cave Keeldar, de Fieldhead; el señor Robert Gérard Moore, de la fábrica del Hollow, se ha casado con Caroline, sobrina del reverendo Matthewson Helstone, M. A., rector de Briarfield.

La ceremonia, en el primer caso, la ha oficiado el señor Helstone, y ha sido el señor Hiram Yorke, de Briarmains, el que ha llevado a la novia hasta el altar. En el segundo caso, el oficiante ha sido el señor Hall, vicario de Nunnely. En el cortejo nupcial, las dos personas más destacadas han sido los jóvenes padrinos de los novios, Henry Sympson y Martin Yorke.

Supongo que las profecías de Robert Moore se cumplieron, al menos en parte. El otro día pasé por el valle, que según la tradición fue verde y solitario y agreste en otro tiempo, y vi allí los sueños del dueño de la fábrica encarnados en piedra y ladrillo: la carretera de negra ceniza, las casitas y sus jardines; vi una gran fábrica, y una chimenea ambiciosa como la torre de Babel. Cuando volví a casa, le conté a mi vieja ama de llaves dónde había estado.

—¡Sí! —dijo ella—, en este mundo ocurren cambios muy extraños. Recuerdo cuándo se construyó la vieja fábrica, la primera en toda la comarca, y también recuerdo que la derribaron y que fui con mis compañeras a ver cómo ponían los cimientos de piedra para la nueva. Los dos señores Moore causaron un gran revuelo con aquello; estaban allí junto a un montón de personas distinguidas, y también las dos señoras Moore, que eran muy guapas y elegantes. La señora de Louis Moore era la más espléndida; siempre llevaba unos vestidos preciosos. La señora de Robert Moore era más discreta. La señora de Louis Moore sonreía cuando hablaba, tenía una expresión realmente feliz, alegre y afable, pero sus ojos eran capaces de traspasarte; ya no hay damas así hoy en día.

—¿Cómo era el Hollow entonces, Martha?

—Distinto de como es ahora, pero también recuerdo cuando era distinto al

de antes, cuando no había fábrica, ni casas ni mansión alguna, salvo Fieldhead, a menos de tres kilómetros. Recuerdo una noche de verano de hace cincuenta años, en que mi madre llegó corriendo justo al anochecer, fuera de sí, diciendo que había visto un hada en el Hollow de Fieldhead, y ésa fue la última hada que se vio en esta parte del país (aunque se las ha oído a lo largo de estos cuarenta años). Era un lugar solitario y hermoso, cubierto de robles y de nogales. Ahora está muy cambiado.

La historia está contada. Imagino al juicioso lector poniéndose los anteojos para buscar la moraleja. Sería un insulto a su sagacidad darle pistas. Tan sólo le diré: ¡que Dios le ampare en su búsqueda!

Freeditorial 